



LOS JUEGOS DE NEMESIS

JAMES S. A. COREY


NOVA

Annotation

Se han abierto miles de mundos y se ha desatado la mayor fiebre por ocupar el territorio de la historia de la humanidad. A medida que los colonos se marchan en oleadas sucesivas, las estructuras de poder del viejo Sistema Solar comienzan a ceder.

Las naves desaparecen sin dejar rastro. De manera clandestina, han empezado a formarse ejércitos privados. Alguien ha robado la única muestra de la protomolécula.

Diversos ataques terroristas que hasta este momento se tenían por imposibles han doblegado a los planetas interiores. Los pecados del pasado vuelven para cobrarse un coste terrible.

A medida que un nuevo orden se impone a base de sangre y fuego, James Holden y la tripulación de la Rocinante lucharán por sobrevivir y regresar al único hogar que les queda.

JAMES S. A. COREY

Los juegos de Nemesis

The Expanse N°5

Traducción de David Tejera Expósito

Penguin Random House

Sinopsis

Se han abierto miles de mundos y se ha desatado la mayor fiebre por ocupar el territorio de la historia de la humanidad. A medida que los colonos se marchan en oleadas sucesivas, las estructuras de poder del viejo Sistema Solar comienzan a ceder.

Las naves desaparecen sin dejar rastro. De manera clandestina, han empezado a formarse ejércitos privados. Alguien ha robado la única muestra de la protomolécula.

Diversos ataques terroristas que hasta este momento se tenían por imposibles han doblegado a los planetas interiores. Los pecados del pasado vuelven para cobrarse un coste terrible.

A medida que un nuevo orden se impone a base de sangre y fuego, James Holden y la tripulación de la *Rocinante* lucharán por sobrevivir y regresar al único hogar que les queda.

Título Original: *Nemesis Games*

Traductor: Tejera Expósito, David

Autor: S. A. Corey, James

©2020, Penguin Random House

ISBN: 9788417347727

Generado con: QualityEbook v0.87

James S. A. Corey

Los juegos de Némesis

(THE EXPANSE 5)

Para Ben Cook, un imprescindible

Prólogo

Filip

LOS ASTILLEROS gemelos de Calisto estaban uno junto al otro en el hemisferio de la luna que siempre quedaba oculto a la superficie de Júpiter. El Sol era la única estrella que resplandecía en la noche infinita, y la extensa mancha de la Vía Láctea brillaba con mucha más fuerza. Unas luces de obra blancas y adustas recorrían el borde de los cráteres e iluminaban los edificios, las palas cargadoras y los andamios. Las cuadernas de las naves a medio construir se distinguían entre el regolito del polvo de las piedras y del hielo. Eran dos astilleros, uno civil y el otro militar; uno de la Tierra y el otro propiedad de Marte. Ambos protegidos por los mismos cañones de riel antimeteoros y ambos dedicados a construir y reparar los navíos que llevarían a la humanidad hacia nuevos mundos al otro lado de los anillos cuando se resolviese el conflicto de Ilo, si es que eso llegaba a ocurrir.

Ambos iban a tener más problemas de lo habitual.

Filip avanzaba a la cabeza del resto de su equipo, que lo seguía de cerca. Había arrancado las luces led del traje y lijado el enchapado de cerámica para que la superficie no emitiese ningún reflejo. Hasta la pantalla de aviso estaba tan oscura que casi comprometía su visibilidad. Las voces que resonaban en sus oídos (tráfico de las naves, canales de seguridad y conversaciones de civiles) no obtenían respuesta alguna por su parte. Las oía sin responder. El láser de objetivo que llevaba a la espalda estaba apagado. Su equipo y él eran sombras entre las sombras. La tenue cuenta atrás que se columbraba a la izquierda de su campo visual bajó de quince minutos. Filip agitó la mano en aquel aire que tenía una densidad casi igual que la del vacío, gesto que en el idioma de los cinturianos significaba que avanzaran más despacio. Los compañeros que lo rodeaban le hicieron caso.

En el vacío que se extendía sobre ellos y a demasiada distancia como para que los vieses, los navíos marcianos que protegían el astillero intercambiaban mensajes con tono entrecortado y profesional. La flota se había desperdigado tanto que solo habían dejado dos naves en órbita. Solo dos, lo más seguro. Era posible que también hubiese otras ocultas en la negrura, sobreviviendo gracias al calor residual para ocultarse de los radares. Era posible, pero poco probable. Y, como decía el padre de Filip, en la vida había que arriesgarse.

Catorce minutos y treinta segundos. Dos temporizadores adicionales aparecieron junto a la cuenta atrás. Uno empezó en cuarenta y cinco segundos, y el otro en dos minutos.

—Transporte *Frank Aiken*, todo despejado para el ataque.

—Mensaje recibido, *Carson Lei* —dijo Cyn con ese bramido tan característico. Filip sintió la sonrisa del viejo cinturiano en las palabras—. *¿Coyos savent el mejor endroit pour boire cuando bajemos?*

En algún lugar de las alturas, la *Frank Aiken* bañaba las naves marcianas con unos inocuos láseres de cálculo ajustados a la misma frecuencia que el que Filip llevaba a la espalda. La voz del oficial de comunicaciones marciano que se oyó después no evidenciaba ni un atisbo de miedo.

—No le he recibido, *Frank Aiken*. Repita, por favor.

—Lo siento, lo siento —dijo Cyn entre risas—. Estimado y respetable señor, ¿sabe algún lugar en el que una pobre tripulación de cinturianos podría echar un trago cuando lleguemos a la superficie?

—No puedo ayudarle, *Frank Aiken* —respondió el marciano—. Mantengan la ruta.

—*Tu sais sa*. Claro como el agua. Seguimos rectos como una bala.

El grupo de Filip llegó a la parte superior del cráter y este bajó la mirada hacia la tierra de nadie que era el perímetro militar marciano, tal y como esperaba. Buscó los almacenes y los depósitos de suministros. Sacó el láser de objetivo, enterró la base en el hielo sucio y lo encendió. El resto del grupo, que se había esparcido por el borde del cráter a una distancia suficiente para quedar dentro del campo de visión de los demás, hizo lo propio con sus láseres. Eran viejos y habían montado las bases de alineación que llevaban debajo con todo tipo de elementos reutilizados de otros artefactos. Antes de que el pequeño led rojo de la base se pusiera verde, la primera de las dos cuentas atrás secundarias llegó a cero.

La alerta de seguridad tritonal resonó en el canal civil, seguida de la voz angustiada de una mujer.

—Tenemos un *mecha* de carga fugitivo en el terreno. Se dirige a la batería antimeteoros.

El pánico y la inquietud de la voz se extendió por el sistema auditivo de Filip mientras él hacía que su equipo se dispersara por el borde del cráter. Unas pequeñas volutas de polvo se levantaron a su alrededor y empezaron a formar una neblina en lugar de caer al suelo. El *mecha* de carga, que no respondía al control manual, avanzó a zancadas por esa tierra de nadie y se abalanzó sobre los cañones de la línea de defensa antimeteoros para bloquearlos, aunque solo fuese durante unos minutos. Cuatro marines marcianos salieron del búnker tal y como exigía el protocolo. Avanzaron por la superficie como si de una pista de hielo se tratase gracias a las servoarmaduras que llevaban. Cualquiera de ellos podía acabar de un plumazo con el equipo de Filip y volver ileso a su puesto, quizá afectado tan solo por un ligero remordimiento. Filip odiaba a todos sin distinción. El equipo de reparaciones ya iba de camino a la batería de defensa dañada. Todo volvería a la normalidad en menos de una hora.

Doce minutos y cuarenta y cinco segundos.

Filip hizo una pausa para mirar a su equipo: diez soldados voluntarios, lo mejor que el Cinturón podía ofrecer. Él era el único que conocía la importancia de esa incursión en el depósito de suministros marciano y cuáles serían las consecuencias. Todos estaban preparados para morir si llegaba a ser necesario, porque sabían quién era. Sabían quién era su padre. Filip lo sintió en las entrañas y también en el nudo que se le había formado en la garganta. No era miedo, era orgullo. Orgullo.

Doce minutos y treinta y cinco segundos. Treinta y cuatro. Treinta y tres. Los láseres que había colocado se activaron y bañaron a los cuatro marines, el búnker en el que estaban los refuerzos, las vallas del perímetro, los talleres y los barracones. Los marcianos se dieron la vuelta, ya que las armaduras eran tan sensibles que hasta notaban el más mínimo roce de esos láseres invisibles. Levantaron las armas al tiempo que echaban un vistazo alrededor. Filip se dio cuenta de que uno había visto al equipo y pasó de encañonar los láseres a apuntar hacia ellos. Hacia él.

Contuvo la respiración.

Dieciocho días antes, una nave que se encontraba en el sistema joviano y que Filip no tenía ni idea de cuál era había pegado un acelerón y llegado hasta diez o quizá incluso quince g. Justo en el nanosegundo que los ordenadores habían calculado, la nave había soltado unas pocas decenas de estructuras alargadas de wolframio con cuatro propulsores a chorro desechables en el centro de masas y unos sensores baratos de frecuencia fija unidos a ellos. Casi no tenían la complejidad necesaria para poder llamarse máquinas. Un niño de seis años podía construir cosas más sofisticadas que esas, pero con la aceleración que llevaban, que era de ciento cincuenta kilómetros por segundo, no tenían por qué ser complejas. Lo único que hacía falta era apuntarlas

en la dirección deseada.

Todo terminó antes de que la señal que llegó al ojo de Filip se propagase por su nervio óptico para abrirse camino hasta el neocórtex visual. Cuando los enemigos ya habían muerto sintió el ruido sordo, y también vio las partículas que ocupaban el lugar donde antes se encontraban esos marines y el resplandor de las dos pequeñas estrellas que hasta hacía un momento eran busques de guerra. En ese momento, activó la radio de su traje.

—Ichiban —dijo, orgulloso de que su voz sonase tan calmada.

El grupo empezó a botar pendiente abajo por el cráter mientras arrastraba los pies. Los astilleros marcianos se convirtieron en un paisaje onírico: copetes de llamas surgieron de los talleres destrozados cuando estallaron los gases inflamables; una nieve suave se elevó entre los barracones cuando la atmósfera salió despedida hacia el exterior y se congeló. Los marines habían quedado devastados, sus cuerpos cercenados y desperdigados por el terreno. Una nube de polvo y hielo envolvió al cráter y dejó su visión de los objetivos a merced de las indicaciones del visor táctico.

Diez minutos y trece segundos.

El equipo de Filip se dividió. Tres avanzaron hasta la mitad del espacio abierto y encontraron un lugar lo suficientemente grande como para empezar a desplegar la negra estructura de carbono del andamio de evacuación. Otros dos desenfundaron unas pistolas ametralladoras sin retroceso y se prepararon para disparar a quienquiera que saliese de entre los escombros. Otros dos corrieron hacia la armería, y los tres restantes lo siguieron hasta los cobertizos de suministros. El edificio surgió ante ellos entre el polvo, inhóspito e imponente. Las puertas de acceso estaban cerradas. Un *mecha* de carga yacía volcado junto a ellas, y su conductor había muerto o estaba a punto. El especialista técnico de Filip se acercó a los controles de las puertas y se deshizo de la carcasa con un cortador de energía.

Nueve minutos y siete segundos.

—Josie —llamó Filip.

—*En travaillant, sa sa?* —respondió Josie con brusquedad.

—Sé que estás trabajando —dijo Filip—. Pero si no puedes abrirlas...

Las enormes puertas de acceso se movieron, se estremecieron y empezaron a ascender. Josie se dio la vuelta y encendió un instante las luces del casco para que Filip viese el mohín que le acababa de dedicar. Entraron en el almacén. Repartidas por el lugar, había unas torres curvadas de cerámica y acero más densas que montañas. También unos cables finos como cabellos de cientos de kilómetros de largo enrollados en enormes carretes de plástico que eran más altos que Filip. Unas enormes impresoras esperaban listas para crear las placas que se unirían en el vacío, definir un volumen y crear una burbuja de aire, agua y organismos complejos que se asemejaran a los de un hábitat humano. Las luces de emergencia parpadearon y le dieron al amplio espacio el inquietante brillo de un desastre inminente. Avanzó. No recordaba haber desenfundado el arma, pero la llevaba en la mano. Miral, no Josie, había empezado a amarrarse a un *mecha* de carga.

Siete minutos.

La luz estroboscópica roja y blanca del primer vehículo de emergencia parpadeó entre el caos del astillero; parecía venir al mismo tiempo de todas partes y de ninguna. Filip atravesó hileras de equipamiento de soldadura e impresoras de metal. Baldas de polvo de acero y de cerámica más fino que el talco. Monturas en espiral. Capas y capas de armaduras de asfalto de espuma y kevlar apiladas formando la que parecía la mayor cama de todo el Sistema Solar. En una esquina del lugar había un motor Epstein al completo desmontado como si fuese el rompecabezas más complejo del universo. Filip lo ignoró todo.

El aire no tenía la densidad suficiente para transportar el sonido de los disparos. Su visor táctico envió la alerta de amenaza en el mismo momento en el que una marca resplandeciente aparecía en la viga de acero que tenía a la derecha. Se lanzó al suelo y, debido a la microgravedad, su cuerpo cayó mucho más lento de lo que lo hubiese hecho durante una aceleración. El marciano bajó de un salto hasta donde se encontraba. No llevaba la servoarmadura de los guardias, pero sí un exoesqueleto de técnico. Filip apuntó a su centro de masas y vació medio cargador. Los proyectiles resplandecieron al salir del cañón, quemaron su combustible y dejaron líneas llameantes de un gris rojizo en el aire poco denso de Calisto. Cuatro de ellos impactaron en el marciano, y unas gotas de sangre se elevaron en el ambiente como si fuesen copos de nieve rojos. El exoesqueleto pasó a estado de emergencia y sus leds se volvieron de un ámbar inquietante. En una frecuencia, alguien anunció a los servicios de emergencia del lugar que había ocurrido algo terrible. Era una vana devoción por el deber que a Filip le resultó graciosa en aquel contexto.

Oyó la voz suave de Miral:

—Hoy, Filipito. Sa boîte sa palla?

Filip tardó un momento en encontrar al hombre. Estaba en el *mecha* de carga, y le costaba distinguir su oscurecido traje espacial del *mecha*, como si se hubiesen fabricado para formar una unidad. Lo único que distinguía a Miral de un operador al que hubiesen dejado abandonado era el círculo dividido de la APE que se entreveía debajo de la mugre. Los contendedores de los que hablaba aún seguían amarrados a los palés. Cada uno era de mil litros y había cuatro en total. En la superficie curvada tenían un aviso que rezaba: REVESTIMIENTO DE RESONANCIA DE ALTA DENSIDAD. Se trataba del revestimiento de absorción de energía que hacía que las naves marcianas fuesen indetectables. Tecnología de camuflaje. La había encontrado. Sintió que desaparecía de su interior un miedo que no había identificado hasta el momento.

—Sí —dijo Filip—. Eso es.

Cuatro minutos y treinta segundos.

El *mecha* de carga chirrió en la distancia, y el sonido se expandió gracias a las vibraciones que recorrían la base de la estructura en lugar de por la atmósfera poco densa. Filip y Josie avanzaron hacia las puertas. Las luces resplandecían aún más y parecían haber adquirido cierta direccionalidad. La radio del traje de Filip captó frecuencias en las que se oían gritos y alertas de seguridad. El ejército de Marte había ordenado la retirada de los vehículos de emergencia de la zona civil, preocupados por si se trataba de un ataque terrorista o enemigos de incógnito. Y era normal. En otras circunstancias, podría haberse tratado de eso. El visor táctico de Filip había delineado los edificios, marcado el andamio de evacuación a medio construir y evaluado su mejor suposición sobre la ubicación de los vehículos a tenor de los cálculos con los infrarrojos y las luces, que eran demasiado complicados para los ojos de Filip. Sintió que andaba por un croquis del que solo distinguía ángulos y superficies poco definidas, que el suelo se estremecía bajo sus pies mientras andaba por el regolito. Puede que hubiese sido una detonación. O un edificio que caía al suelo después de un largo y lento derrumbamiento. El *mecha* de carga de Miral apareció por las puertas abiertas recortado contra las luces del almacén. Llevaba los contendedores en las garras, negros e indistinguibles. Filip avanzó hacia el andamio y cambió la radio a su canal encriptado mientras arrastraba los pies.

—Informad.

—Un pequeño problema por aquí —dijo Aaman. Era el encargado del andamio. El regusto metálico del miedo se extendió por la boca de Filip.

—Aquí vamos bien —dijo, intentando sonar calmado—. ¿Qué ha pasado?

—Esas partículas de mierda están jodiendo el andamio. Hay gravilla en las juntas.

Tres minutos y cuarenta segundos. Treinta y nueve.

—Voy —anunció Filip.

La voz de Andrew los interrumpió.

—Nos disparan en la armería, jefecillo.

Filip ignoró el diminutivo.

—¿Cuántos?

—Muchos —respondió Andrew—. Chuchu ha caído y yo empiezo a tener problemas. Puede que necesite ayuda.

—Aguenta —dijo Filip mientras le daba vueltas a la situación. Tenía dos guardias apostados junto al andamio de evacuación listos para disparar a cualquiera que no perteneciese a su bando. Los tres constructores se afanaban con un soporte. Filip saltó hacia ellos y se agarró a la estructura negra. Andrew gruñó por la línea.

Supo al instante cuál era el problema al ver el conector que los retrasaba y la gravilla negra. De haber atmósfera, lo hubiese solucionado con un soplido fuerte, pero era imposible en la situación en la que se encontraban. Aaman había empezado a escarbar frenéticamente con un cuchillo, muy poco a poco, para dejar limpias las estrechas y complicadas juntas de la estructura de metal.

Tres minutos.

Aaman intentó forzar el soporte para conectarlo al resto de la estructura. Estuvo cerca, muy cerca, pero volvió a desengancharse cuando lo soltó. Filip vio que el hombre soltaba un taco y que el visor del casco se le llenaba de gotas de saliva. Si tuviesen una lata de aire...

Claro que la tenían.

Le quitó el cuchillo de las manos a Aaman y apuñaló la muñeca de su traje por la articulación, donde era menos robusto. Un dolor agudo le indicó que se había pasado un poco, pero daba igual. Ignoró la alarma del traje que había empezado a sonar. Se inclinó hacia delante, colocó la pequeña raja junto a la junta atascada, y el aire que salía empezó a limpiar el hielo y la tierra. También surgió una única gota de sangre que se congeló al instante y formó una esfera perfecta y escarlata que rebotó contra la estructura. Filip dio un paso atrás, y Aaman unió las piezas. En esta ocasión, sí encajaron bien. El traje roto selló el agujero tan pronto como Filip sacó el cuchillo.

Se dio la vuelta. Miral y Josie había liberado los contenedores de los palés y atado uno al andamio. Las resplandecientes luces de emergencia se habían atenuado, y los vehículos pasaban a su alrededor entre la neblina y la confusión. De camino a apagar el fuego de la armería, suponía. Allí era donde Filip pensaría que se encontraba la mayor amenaza, si no supiese lo que ocurría en realidad.

—Jefecillo —llamó Andrew con voz baja y ansiosa—. Por aquí estamos al límite.

—*Non ti preoccupare* —dijo Filip—. *Ge gut*.

Una de los dos guardias le puso una mano en el hombro.

—¿Quieres que me encargue? —preguntó—. ¿Voy a salvarlos?

Filip levantó un puño y lo agitó con suavidad adelante y atrás. No. La mujer se envaró al comprender lo que significaba ese mensaje y, por un instante, se planteó desobedecer la orden. Era su elección. En una situación así, amotinarse era castigo más que suficiente. Josie colocó el último contenedor en su lugar y ajustó los amarres. Aaman y los suyos colocaron el último soporte.

Un minuto y veinte segundos.

—¡Jefecillo! —gritó Andrew.

—Lo siento, Andrew —dijo Filip.

Se hizo el silencio durante un instante de estupefacción y luego oyó una ristra de obscenidades y vituperios. Los servicios de emergencia del astillero militar cada vez resonaban menos. La voz de una mujer que hablaba un alemán brusco y tranquilo daba órdenes con la casi aburrida eficiencia de alguien que está acostumbrado a las crisis, y otras voces le respondían con una profesionalidad similar. Filip señaló el andamio. Chuchu y Andrew habían muerto. Y, aunque no hubieran muerto, para él sí lo estaban. Filip se colocó en posición en el andamio y se ciñó los amarres a la cintura, debajo de la entrepierna y por el pecho. Luego apoyó la cabeza en las gruesas almohadillas.

Cincuenta y siete segundos.

—*Niban* —dijo.

No ocurrió nada.

Cambió al canal encriptado de la radio. Andrew lloraba y aullaba.

—¡*Niban!* ¡Ándale! —gritó Filip.

El andamio de evacuación se agitó bajo él y notó de repente que pesaba. Cuatro cohetes químicos aceleraron, iluminaron el suelo, desperdigaron los palés vacíos y volcaron el *mecha* de carga que Miral había abandonado. La aceleración hizo que la sangre circulara por las piernas de Filip y la visión de túnel limitó su percepción. Los sonidos de la radio se volvieron difusos, distantes, y sintió un vahído. Notó que el traje se le pegaba a los muslos, como si se los aplastase un gigante, y que la sangre volvía a circular por ellos. Volvió a recuperar un poco el sentido.

Bajo él, el cráter era una ampolla oblonga de polvo en la superficie de la luna. Las luces se agitaban por él. Las torres que había en el borde se habían quedado a oscuras, pero ahora parpadeaban como si los sistemas intentasen reiniciarse. Los astilleros de Calisto se tambaleaban como un alcohólico o una persona que acabase de recibir un fuerte golpe en la cabeza.

La cuenta atrás llegó a dos segundos. Luego a uno.

Cuando llegó a cero, se produjo el segundo ataque. Filip no vio el impacto de la roca. Al igual que los proyectiles de wolframio, iba a demasiada velocidad para que la percibiese el ojo humano. Lo que sí vio fue la nube de polvo que se levantó de improviso como si alguien le hubiese dado un susto, y luego la enorme onda expansiva que se extendió con tanta fuerza que hasta consiguió ver la atmósfera casi inexistente.

—Agarraos —indicó Filip, aunque en realidad no hacía falta. Todos los que se encontraban en el andamio ya se habían agarrado. En una atmósfera más densa aquello hubiese significado la muerte, pero allí solo era un poco peor que una mala tormenta. Aaman gruñó.

—¿Algún problema? —preguntó Filip.

—Una pinche piedra me ha hecho un agujero en el pie —respondió—. Duele.

—*Grazie* que no te lo hizo en la polla, coyo —apuntilló Josie.

—No me quejo —dijo Aaman—. No me quejo.

Los propulsores del andamio se desengancharon solos y se redujo la gravedad de la aceleración. Bajo ellos, la muerte había llegado a los astilleros. No había luces. Ni fuegos que ardiesen. Filip se volvió hacia la resplandeciente mancha de estrellas, el disco galáctico que brillaba sobre todos. Una de esas luces no era una estrella, sino el penacho del motor de la *Pella*, que iba camino de recoger a su obstinada tripulación. Excepto a Chuchu. Excepto a Andrew. Filip se preguntó por qué no se sentía mal por la pérdida de esas dos personas que estaban a su cargo. Era su primera misión. La prueba de que podía liderar una misión real, una en la que había riesgos de verdad, y salir indemne.

No quería hablar, de verdad que no quería. Quizá solo fuese un susurro que sopló entre sus labios. Miral rio entre dientes.

—No jodas, Filipito —dijo el anciano—. *Joyeux anniversaire, tu sais quoi?*

Filip Inaros levantó una mano como señal de agradecimiento.

Ese día cumplía quince años.

Holden

UN AÑO después de los ataques de Calisto, casi tres después de que su tripulación y él partiesen hacia Ilo y unos seis días más tarde de que llegaran de vuelta, James Holden flotaba junto a su nave mientras contemplaba cómo la desmontaba un *mecha* de demoliciones. Ocho cables tensos mantenían la *Rocinante* fija en las paredes de su atracadero. Era uno de los muchos muelles de reparación de la estación Tycho, y esa zona era solo una de las muchas que había en esa gigantesca construcción esférica. Había toda una variedad de proyectos en marcha a lo largo del kilómetro de volumen de la esfera de construcción, pero Holden solo tenía ojos para su nave.

El *mecha* terminó de cortar y desmontó una gran sección del casco exterior. Bajo ella se encontraba el esqueleto de la nave, unas robustas cuadernas rodeadas por una maraña enredada de cables y conductos bajo la que estaba la segunda piel de la nave, el casco interior.

—Sí —dijo Fred Johnson, que flotaba junto a él—. La habéis dejado para el arrastre.

Esas palabras, a pesar de estar distorsionadas y sonar con tono neutro debido al sistema de comunicaciones de los trajes espaciales, fueron como un puñetazo en la boca del estómago para Holden. Que Fred, el líder electo de la Alianza de Planetas Exteriores y uno de los tres hombres más poderosos del Sistema Solar, se preocupara personalmente por la condición de su nave debería de haber sido tranquilizador. En lugar de ello, sintió como si fuese un padre que le revisara la tarea para asegurarse de que lo había hecho bien.

—Las monturas del interior están dobladas —dijo una tercera voz por el comunicador. Un hombre de rostro anodino llamado Sakai, el nuevo jefe de ingeniería de Tycho después de la muerte de Samantha Rosenberg en lo que ahora todo el mundo conocía como el Incidente de la Zona Lenta. Sakai supervisaba las reparaciones desde su despacho cercano gracias a las cámaras y los escáneres de rayos X del *mecha*.

—¿Cómo le habéis hecho eso? —Fred señaló a la carcasa del cañón de riel que había en la parte inferior de la nave. El cañón del arma medía casi tanto como la nave, y más de uno de los montantes que lo unían al buque estaban visiblemente retorcidos.

—Bueno, ¿te he contado lo de esa vez que usamos la *Roci* para arrastrar un carguero pesado a una órbita planetaria más alta usando el cañón de riel como motor de reacción?

—Sí, menudo meneo —dijo Sakai sin humor alguno en la voz—. Puede que podamos arreglar algunos de los montantes, pero lo más seguro es que la aleación tenga tantas microfracturas que lo mejor sea reemplazarlos todos.

Fred silbó.

—Eso no os va a salir barato.

El líder de la APE era el inestable patrocinador y mecenas de la tripulación de la *Rocinante*. Holden esperaba que se encontrase en una fase de la relación en la que estuviese dispuesto a ayudarlos. La reparación de la nave iba a costar muy cara si no conseguía un descuento por cliente preferente. Aunque podían permitirselo.

—Hay muchos agujeros mal parcheados en el casco exterior —continuó Sakai—. El interior parece estar bien a simple vista, pero lo examinaremos al dedillo para asegurarnos de que no hay escapes.

Holden estuvo a punto de decir que el viaje de vuelta de Ilo hubiese tenido muchas más asfixias y muertes si el casco interior no estuviera bien, pero prefirió quedarse en silencio. No

había razón para llevarle la contraria al hombre responsable de hacer que su nave siguiese volando. Sintió un dolor en el pecho al recordar la sonrisa traviesa de Sam y esa manía que tenía de soltar alguna broma cada vez que lo criticaba. Habían pasado años, pero de vez en cuando le sorprendía la aflicción.

—Gracias —dijo en su lugar.

—No será rápido —aseguró Sakai.

El *mecha* voló hacia otra parte de la nave, clavó las patas magnéticas y un fuerte resplandor indicó que había empezado a cortar otra sección del casco exterior.

—Vayamos a mi despacho —dijo Fred—. A mi edad uno no puede pasar mucho tiempo en un traje espacial.

Había muchas cosas relacionadas con la reparación de las naves que resultaban mucho más sencillas en ingravidez y sin atmósfera. A cambio, los técnicos tenían que llevar trajes espaciales mientras trabajaban. Holden dio por hecho que Fred necesitaba orinar y no se había preocupado de colocarse el catéter tipo condón.

—Vale, vamos.

El despacho de Fred era grande para estar en una estación espacial, y también olía a cuero viejo y a buen café. La caja fuerte que tenía en la pared estaba hecha de titanio y acero deslucido, como si fuese utilería de una película antigua. La pantalla de pared que había detrás del escritorio mostraba la estructura de tres naves a medio construir. Tenían un diseño grande, aparatoso y funcional. Como el de una almádena. Eran los comienzos de la construcción de la flota naval personalizada de la APE. Holden sabía por qué la alianza necesitaba crear su propia fuerza defensiva, pero después de todo lo que había pasado durante los últimos años, no podía evitar pensar que la humanidad siempre superaba sus traumas de la manera equivocada.

—¿Café? —preguntó Fred.

Holden asintió, y Fred empezó a trastear con la máquina que tenía en una mesilla para preparar dos tazas. La que le pasó a Holden tenía un emblema borroso. El círculo dividido de la APE, tan desgastado que era difícil de ver.

Holden la cogió, hizo un gesto hacia la pantalla y dijo:

—¿Cuánto tiempo?

—Nuestra estimación actual es de seis meses —respondió Fred al tiempo que se sentaba en la silla y emitía un gruñido propio de un anciano—. Aunque podría no llegar nunca. La estructura social de la galaxia de hace un año no tiene nada que ver con la que tenemos en la actualidad.

—La diáspora.

—Si quieres llamarlo así... —dijo Fred, que asintió—. Yo lo llamo la fiebre por el territorio. Muchas caravanas que parten hacia la tierra prometida.

Había más de mil mundos disponibles, y personas de todos los planetas, estaciones y rocas del Sistema Solar se preparaban para hacerse con su parte. Y en el sistema natal, tres gobiernos se apresuraban por fabricar navíos de guerra suficientes para controlar la situación.

Un soldador resplandeció con tanta intensidad en el casco de una de las naves que la pantalla se oscureció.

—¿Lo de Ilo no debería haber sido una advertencia que indique que todo el mundo puede morir si hace lo mismo? —preguntó Holden—. ¿Es que nadie ha visto lo que ha pasado?

—Se ve que no ha servido para cohibirlos. ¿No recuerdas lo que ocurrió en el pasado en Estados Unidos?

—Sí. —Holden dio un sorbo al café de Fred. Estaba delicioso. Cultivado en la Tierra y de sabor intenso. Los privilegios de su posición—. Pillé tu referencia a las caravanas. Y crecí en

Montana, ya sabes. Ese rollo fronterizo no ha pasado de moda por esos lares.

—Pues como bien sabrás, la doctrina del destino manifiesto dio lugar a muchas tragedias. Muchas de esas caravanas no consiguieron llegar, y gran parte de las personas que sí lo hicieron acabaron como mano de obra barata de granjeros ricos, trabajando en minas o construyendo vías de tren.

Holden bebió el café sin dejar de mirar la construcción de la nave.

—Eso sin mencionar la tragedia de toda la gente que vivía en esos territorios antes de que llegasen las caravanas y les contagiasen una bonita plaga. Al menos en nuestra doctrina del destino galáctico no nos hemos topado con nada más avanzado que un lagarto mimo.

Fred asintió.

—Puede ser. Hasta ahora ha sido así. Pero todavía no se han investigado bien los ciento trece sistemas. Quién sabe qué nos vamos a encontrar.

—Robots asesinos y reactores de fusión del tamaño de continentes a la espera de que alguien pulse un interruptor para hacer estallar medio planeta, si no me falla la memoria.

—Ese solo es el ejemplo de lo que hay en uno de ellos. Podría ser peor.

Holden se encogió de hombros y terminó el café. Fred tenía razón. No había manera de saber lo que podía estar a la espera en esos mundos ni a qué peligros tendrían que enfrentarse los colonos que se precipitasen a reclamarlos.

—Avasarala no está contenta con lo que he hecho —dijo Holden.

—No, no lo está —convino Fred—. Pero yo sí.

—¿Cómo dices?

—Mira, esa anciana quería que fueses a ese lugar para demostrarle a todo el Sistema Solar lo peligroso que era. Que se asustasen y así aceptasen esperar a que el gobierno comprobara que era seguro. Todo para recuperar el control de la situación.

—Pero sí que asustaba mucho. ¿No fui lo suficientemente claro?

—Lo fuiste, pero también sobreviviste. Y ahora Ilo se prepara para introducir cargueros llenos de litio en el mercado del Sistema Solar. Se van a hacer ricos. Puede que sea una excepción, pero cuando nos queramos dar cuenta ya habrá gente buscando la siguiente mina de oro.

—No tengo claro qué hice mal.

—Nada —aseguró Fred—, pero Avasarala, el primer ministro Smith de Marte y el resto de los lumbreras políticos quieren tener el control. Y has hecho que sea imposible.

—¿Y entonces tú por qué estás contento?

—Porque —empezó a decir Fred con una amplia sonrisa— yo no intento tener el control de nada. Y esa es la razón por la que, a la larga, terminaré teniendo el control.

Holden se levantó y se sirvió otra taza del delicioso café de Fred.

—Bueno, pues vas a tener que ser un poco más concreto conmigo —dijo mientras se apoyaba en la pared que había junto a la máquina.

—Tengo la estación Medina, una embarcación autosuficiente por la que tiene que pasar todo aquel que quiera atravesar los anillos y que también se dedica a enviar refugios de emergencia y paquetes de semillas a todo aquel que los necesita. Hemos empezado a vender compost y filtros de agua a buen precio. Toda colonia que sobreviva lo hará en parte porque los hemos ayudado, por lo que cuando llegue el momento de organizar una especie de consejo de administración galáctico, ¿a quién van a hacer caso? ¿A los quieren conseguir la hegemonía a punta de pistola o a los que estuvieron allí para ayudarlos en los peores momentos?

—Te harán caso a ti —dijo Holden—. Y por eso has empezado a construir las naves. Ahora

que todo el mundo necesita ayuda, tienes que dar la impresión de ser servicial, pero cuando quieran un gobierno quieres provocarles una sensación de seguridad.

—Así es —dijo Fred al tiempo que se reclinaba en la silla—. La Alianza de Planetas Exteriores siempre ha representado todo lo que está más allá del Cinturón. Eso seguirá siendo así, aunque lo expandiremos un poquito.

—No puede ser tan fácil. No me creo que la Tierra y Marte se queden con los brazos cruzados mientras tú te haces con el control de la galaxia por vender casetas y menús de almuerzo.

—Nada es fácil —admitió Fred—, pero empezaremos tal y como te he dicho. Mientras tenga el control de la estación Medina, el centro del tablero será mío.

—¿Has leído bien mi informe? —preguntó Holden, incapaz de eliminar del todo la incredulidad de tu voz.

—No infravaloro los peligros que dejaron en esos mundos...

—Olvida lo que dejaron. —Holden soltó la taza de café a medio terminar y cruzó la estancia hasta inclinarse sobre el escritorio de Fred. El anciano se reclinó con el ceño fruncido—. Olvida los robots y ese ferrocarril que aún funciona después de llevar apagado durante mil millones de años. Los reactores explosivos. También las babosas mortales y los microbios que se te meten en los ojos y te dejan ciego.

—¿Cómo de larga es la lista?

Holden lo ignoró.

—Lo único que deberías recordar es la bala mágica que lo detuvo todo.

—Encontraste el artefacto por casualidad. Teniendo en cuenta que...

—No, no fue casualidad. Es la resolución más terrorífica a la paradoja de Fermi que se me ocurre. ¿Sabes por qué no hemos hablado de nativos americanos en nuestra analogía del Viejo Oeste? Porque están muertos. Sean quienes sean esas cosas que construyeron todo eso, empezaron con ventaja y usaron ese constructor de puertas de protomolécula para matar a todos los demás. Y lo peor no es eso, lo que da miedo de verdad es que luego apareció algo diferente y les pegó un tiro en la nuca a los primeros para después dejar sus cadáveres desperdigados por toda la galaxia. ¿Quién disparó la bala mágica? Eso es lo que deberíamos preguntarnos. ¿Crees que van a compadecerse de nosotros si vamos de víctimas?

Fred había cedido a la tripulación dos suites en el piso de viviendas del equipo directivo del anillo habitacional de la estación Tycho. Naomi y Holden compartieron una, mientras que Amos y Alex se quedaron en la otra, aunque en la práctica se podía decir que solo la usaban para dormir. Cuando los chicos no estaban disfrutando de algunos de los muchos divertimentos de la estación, pasaban el resto del tiempo en el apartamento de Holden y Naomi.

Cuando Holden entró, Naomi se encontraba sentada en el comedor y desplazaba hacia abajo lo que parecía un documento complejo en su terminal portátil. Le sonrió sin levantar la cabeza. Alex estaba sentado en el sofá que había en el salón. La pantalla de pared estaba encendida y en ella se veían unos gráficos y los presentadores de un canal de noticias, pero el sonido estaba silenciado y el piloto tenía la cabeza reclinada y los ojos cerrados. Roncaba apacible.

—¿Ahora también duermen aquí? —preguntó Holden al tiempo que se sentaba a la mesa frente a Naomi—. Amos va a comprar algo de cenar. ¿Cómo vas con eso?

—¿Quieres que primero te dé las malas noticias o las peores? —Naomi levantó al fin la vista del terminal. La inclinó hacia un lado y entornó los ojos—. ¿Has conseguido que nos vuelva a despedir?

—Esta vez no. La *Roci* está para el arrastre. Sakai dice que...

—Veintiocho semanas —interrumpió Naomi.

—Eso mismo. ¿Me has pirateado el terminal?

—Estoy analizando las hojas de cálculo —dijo al tiempo que señalaba la pantalla—. Me las enviaron hace una hora. Este... este Sakai es bastante bueno.

El «pero no tan bueno como Sam» se quedó flotando en el ambiente sin que ninguno de los dos lo pronunciara. Naomi bajó la vista hacia la mesa y ocultó el rostro bajo su pelo.

—Vale, esas son las malas noticias —dijo Holden—. Medio año de inactividad, y aún estoy esperando a que Fred venga a decirme que nos lo paga él. Aunque sea una parte. Un poco, lo que sea.

—Estamos forrados igualmente. Ayer nos ingresaron el pago de la ONU.

Holden hizo un gesto con la cabeza para obviar el comentario.

—Vamos a olvidarnos del dinero por un momento. No consigo que nadie me haga caso cuando les hablo de ese artefacto.

Naomi hizo un gesto de indiferencia con las manos a la manera cinturiana.

—¿Y por qué creías que ahora sí lo iban a hacer? Nunca han hecho caso.

—Me gustaría que por una vez mi visión optimista de la humanidad se correspondiese con la realidad.

—He hecho café —dijo ella mientras señalaba la cocina con la cabeza.

—Fred me ha dado un poco del suyo, y era tan delicioso que por el momento prefiero no arruinar el recuerdo con otros de menos calidad. Es lo único bueno que he sacado de la reunión.

La puerta del apartamento se deslizó a un lado y apareció Amos con un par de bolsas enormes. El aroma a curri y cebolla inundó la estancia.

—La manduca —dijo mientras soltaba las bolsas en la mesa frente a Holden—. Por cierto, capi, ¿cuándo me devuelven la nave?

—¿Eso es comida? —dijo Alex con voz grave y soñolienta desde el salón. Amos no respondió, sino que se limitó a sacar las cajas de las bolsas y a colocarlas en la mesa. Holden creía que estaba demasiado molesto como para comer, pero el olor especiado de la comida india le hizo cambiar de opinión.

—Va a tardar lo suyo —respondió Naomi a Amos con la boca llena de tofu—. Hemos retorcido los montantes.

—Joder —dijo Amos antes de sentarse y coger un par de palillos—. Os dejo unas semanas a solas con mi niña y la liais.

—Se usaron superarmas alienígenas —dijo Alex mientras entraba en la estancia con el pelo despeinado y sudoroso—. Se alteraron las leyes de la física. Y se cometieron errores.

—El rollo de siempre —dijo Amos mientras le pasaba al piloto un cartón de arroz con curri—. Pon el sonido. Eso parece Ilo.

Naomi activó el sonido del canal de vídeo, y la voz de un presentador resonó por el apartamento.

—... una restauración parcial de la energía, pero fuentes del lugar afirman que este contratiempo...

—¿Es pollo de verdad? —preguntó Alex mientras cogía otro de los cartones—. ¿No estamos despilfarrando mucho dinero?

—Calla —imprecó el mecánico—. Están hablando de la colonia.

Alex puso los ojos en blanco, pero se quedó en silencio mientras se echaba en el plato varias tiras de pollo picante.

—... en otro orden de cosas, esta semana se ha filtrado un borrador de informe que detalla la investigación sobre el ataque a los astilleros de Calisto del año pasado. Aunque el texto no es

definitivo, los informes preliminares sugieren que ha sido obra de una célula disidente de la Alianza de Planetas Exteriores, y la gran cantidad de bajas...

Amos volvió a silenciar el canal dándole un golpe a los controles de la mesa.

—Joder, quería saber más de lo que ocurre en Ilo, no ver como unos vaqueros imbéciles de la APE hacen saltar cosas por los aires.

—Me pregunto si Fred sabe quién es el responsable —dijo Holden—. Seguro que le está poniendo difícil a la línea dura de la APE esgrimir esa teoría de «nosotros contra todo el Sistema Solar».

—Pero ¿qué era lo que buscaban allí? —preguntó Alex—. En Calisto no almacenan la munición pesada. Ni las bombas nucleares. No hay nada que merezca realizar una incursión.

—Vale, ¿ahora le estamos buscando sentido a esa gilipollez? —preguntó Amos—. Mira, que alguien me pase el naan.

Holden suspiró y se reclinó en la silla.

—Supongo que esto me convierte en un papanatas ingenuo, pero pensaba que después de Ilo tendríamos un momento de paz. Que nadie iba a necesitar hacer saltar cosas por los aires.

—Pero en realidad es así como están las cosas, ¿no? —dijo Naomi antes de soltar un eructo y dejar los palillos en la mesa—. Parece que la Tierra y Marte han firmado una tregua algo tensa y la facción legítima de la APE está gobernando en lugar de batallando. Los colonos de Ilo están trabajando con la ONU en lugar de dispararse entre ellos. No podemos pretender que esté todo en calma. Somos humanos, al fin y al cabo. Un porcentaje de la especie siempre va a estar formado por estúpidos.

—Un buen discurso, jefa —dijo Amos.

Terminaron de comer y se sentaron en amistoso silencio durante varios minutos. Amos sacó cervezas de un pequeño frigorífico y se las pasó a los demás. Alex empezó a hurgarse los dientes con uña del dedo meñique y Naomi volvió a examinar los pronósticos de las reparaciones.

—Bueno —dijo unos minutos después mientras examinaba los números con mucha atención—, las buenas noticias son que si la ONU y la APE deciden que tenemos que hacernos cargo de las facturas de la *Roci*, podremos pagarlas solo con lo que tenemos en los ahorros de emergencia de la nave.

—Seguro que hay mucho trabajo llevando a los colonos a través de los anillos —aventuró Alex—. Cuando podamos volar de nuevo, claro.

—Claro, como si pudiésemos transportar mucho abono con la bodega tan pequeña que tenemos —dijo Amos con un bufido—. Además, quizá no deberíamos buscar clientes con el perfil de tipos sin blanca y desesperados.

—Afrontémoslo —dijo Holden—, si las cosas siguen así, nos va a costar mucho encontrar encargos para un navío de guerra privado.

Amos rio.

—Deja que te suelte un «te lo dije» preventivo. Porque cuando veas que lo que acabas de decir no se cumple, como siempre, quizá no esté contigo para decírtelo.

Alex

LO QUE más le gustaba a Alex Kamal de los viajes largos era la manera en la que cambiaban la percepción del tiempo. Las semanas, o incluso meses, que pasaba en aceleración transcurrían como si se encontrasen en un pequeño universo independiente. Todo se reducía a la nave y a las personas que se encontraban en ella. Lo único que tenían que hacer durante largos períodos de tiempo era realizar el mantenimiento básico de los sistemas, y la vida perdía toda su urgencia. Todo transcurría según lo planeado, y lo planeado se limitaba a que no hubiese ninguna emergencia. Viajar a través del vacío del espacio le aportaba una sensación irracional de paz y bienestar. Esa era la razón por la que podía dedicarse a ello.

Había conocido a otros, hombres y mujeres jóvenes en su mayor parte, que tenían una opinión diferente. Cuando estaba en la armada, conoció a un piloto que había participado en muchas misiones en los planetas interiores, entre la Tierra, la Luna y Marte. Lo habían trasladado para realizar un viaje a las lunas jovianas bajo el mando de Alex. Cuando pasó el lapso de tiempo en el que habría terminado un viaje entre los planetas interiores, el hombre empezó a desmoronarse: se enfadaba por cualquier cosa, comía demasiado o no comía nada, se paseaba nervioso desde el centro de mando hasta la sala de máquinas de la nave como un tigre que merodea por su jaula. Cuando llegaron a Ganímedes, el doctor de la nave y Alex empezaron a echar sedantes en su comida para que las cosas no fueran a más. Al final de la misión, Alex había recomendado que nunca se le volviese a asignar un viaje largo a ese piloto. El entrenamiento era una cosa, pero algunos no servían para una prueba real.

Sin embargo, él también tenía su estrés y sus preocupaciones. La ansiedad no abandonaba a Alex desde la destrucción de la *Canterbury*. La *Rocinante* solo tenía cuatro tripulantes, una cantidad escasa para una nave de ese tamaño. Amos y Holden tenían una personalidad masculina y fuerte que podía acabar con la dinámica del día a día si llegaban a enfrentarse. El capitán y la segunda de a bordo eran pareja y, si rompían su relación, aquello sería el fin de mucho más que su trabajo. Eran el mismo tipo de preocupaciones que tenía siempre, independientemente de la tripulación con la que volase. Llevaban años en la *Roci* sin que nada se descontrolase, y de por sí eso ya le daba cierta estabilidad. A pesar de todo, Alex siempre se sentía relajado al terminar un viaje y, al mismo tiempo, siempre se sentía aliviado cada vez que empezaba el siguiente. Y si no siempre, al menos casi siempre.

La llegada a la estación Tycho también debería haber sido un alivio. La *Roci* estaba peor de lo que Alex la había visto nunca, y los astilleros de Tycho eran de los mejores del sistema, además de ser en los que se sentían más cómodos. El prisionero que habían traído de Nueva Terra había pasado a ser problema de otro y ya no se encontraba en la nave. La *Edward Israel*, la otra mitad del convoy neoterrano, también viajaba apaciblemente en dirección a los planetas interiores. Los siguientes seis meses solo iban a ser de reparaciones y esparcimiento. Lo normal era que no tuviesen demasiadas preocupaciones.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Amos.

Alex se encogió de hombros, abrió la pequeña unidad de refrigeración de comida que había en la suite, la cerró y volvió a encogerse de hombros.

—Venga, sé que te pasa algo, joder.

—Es verdad.

Las luces tenían ese resplandor azul y amarillento que imitaba el amanecer, pero Alex no había dormido. O no mucho, al menos. Amos estaba sentado junto a la encimera y se había servido una taza de café.

—No vamos a hacer uno de esos numeritos en los que necesitas que te haga varias preguntas para sentirte más cómodo al expresar tus sentimientos, ¿verdad?

Alex rio.

—No, eso nunca funciona.

—Vale, pues nada de eso.

Mientras viajaban en la nave, Holden y Naomi solían centrarse el uno en el otro aunque no se diesen cuenta de ello. Era normal en una pareja que se sintiesen más cómodos entre ellos que con el resto de la tripulación. De haber sido de otra manera, Alex hubiera empezado a preocuparse. Pero eso los dejaba a Amos y a él como únicos compañeros. Alex se enorgullecía de poder llevarse bien con casi todo el mundo en un navío, y Amos no era la excepción. Era un hombre con el que no hacía falta leer entre líneas. Cuando decía que necesitaba pasar un momento a solas, era porque necesitaba pasar un momento a solas. Cuando Alex le preguntaba si quería ver con él uno de los estrenos del nuevo cine negro que había descargado de la Tierra, la respuesta estaba única y exclusivamente enfocada a esa pregunta concreta. No había acusaciones ni represalias sociales ni voluntad de dejarlo de lado. Era lo que era y ya está. A veces, Alex se preguntaba qué habría pasado si Amos hubiese sido uno de los que murieron en la *Donnager* y hubiese pasado todos aquellos años con su antiguo médico, Shed Garvey.

Lo más seguro era que las cosas no hubiesen ido tan bien. O quizá Alex se habría adaptado. Quién sabe.

—He estado teniendo unos sueños que... me perturban —respondió Alex.

—¿Pesadillas y eso?

—No. Sueños de los buenos, de los que son mejores que el mundo real. Esos con los que te sientes mal por haberte despertado.

—Vaya —dijo Amos, pensativo mientras se tomaba el café.

—¿Has tenido ese tipo de sueños alguna vez?

—Qué va.

—Pues lo que me pasa es que en todos sale Tali.

—¿Tali?

—Talissa.

—Tu ex mujer.

—Sí —dijo Alex—. Siempre aparece en ellos y las cosas van... bien. O sea, no me refiero a que estemos juntos, pero a veces yo estoy en Marte y otras ella está en la nave. Pero está presente, y estamos bien, y luego me despierto y no está y no estamos juntos y...

Amos frunció el ceño y curvó los labios en un gesto retorcido que hacía que su cabeza pareciese más pequeña y le daba cierto aire reflexivo a su rostro.

—¿Quieres volver con tu ex?

—No, de verdad que no.

—¿Estás cachondo?

—No, no son sueños húmedos.

—Pues poco más te puedo decir. Tú verás.

—Empecé a tenerlos en ese lugar —continuó Alex, que se refería al otro lado de los anillos, cuando orbitaba alrededor de Nueva Terra—. Salió su nombre en una conversación y desde ese momento... Le fallé.

—Ya te digo.

—Se pasó años esperando por mí, y luego no conseguí ser el hombre que quería ser.

—No, no lo fuiste. ¿Quieres un café?

—Lo necesito —aceptó Alex.

Amos le puso uno. El mecánico no le echó azúcar, pero dejó vacío un tercio de la taza para rellenarlo con crema. Era lo que tenía haber compartido tanto tiempo juntos en una nave.

—No me gusta cómo acabaron las cosas con ella —dijo Alex. Era una afirmación muy simple, no una revelación, pero la pronunció como si fuera una confesión.

—Normal —convino Amos.

—Una parte de mí cree que esto es una oportunidad.

—¿Esto?

—El hecho de que la *Roci* se tenga que quedar tanto tiempo en el dique seco. Podría ir a Marte para verla y pedirle perdón.

—¿Y volver a dejarla en la cuneta cuando podamos volver a encender el motor de la nave?

Alex bajó la mirada y miró el café.

—Me gustaría arreglar las cosas.

Amos le dedicó un profundo encogimiento de hombros.

—Pues ve.

Se le ocurrieron una gran cantidad de objeciones. Los cuatro no se habían separado desde que habían formado la tripulación, y no creía que fuese buena idea hacerlo ahora. Puede que el equipo de reparaciones de Tycho lo necesitase o que le hiciesen un cambio a la nave del que no tuviese conocimiento hasta que todo llegase a un punto crítico más adelante. O peor, quizá se marchase para no volver. A lo largo de los últimos años, el universo le había demostrado que nada era para siempre.

Lo salvó el sonido de un terminal portátil. Amos se sacó el dispositivo del bolsillo, lo miró, tocó la pantalla y frunció el ceño.

—Necesito un poco de intimidad.

—Claro —dijo Alex—. Sin problema.

Las ligeras curvas de la estación Tycho se extendían por el exterior de la suite. El lugar era una de las joyas de la corona de la Alianza de Planetas Exteriores. Ceres era mayor y la estación Medina dominaba esa extraña zona de vacío que había entre los anillos, pero la estación Tycho había sido el orgullo de la APE desde el principio. Sus formas eran más parecidas a las de un velero que a las de cualquiera de las otras naves en las que Alex había servido, y no eran nada prácticas. Lo atractivo de la estación era que se trataba de un lugar del que uno podía presumir. Era el lugar en el que se encontraban las mentes que habían hecho girar Eros y Ceres, también donde se encontraba el astillero que había construido el mayor navío de la historia de la humanidad. Los hombres y mujeres que, hacía tan solo unas pocas generaciones, habían desafiado al abismo que se encontraba más allá de Marte también habían sido tan inteligentes y poderosos como para construir aquel lugar.

Alex se abrió paso hasta una gran avenida. Las personas que pasaban junto a él eran cinturianos, con cuerpos más alargados que el estándar de la Tierra y las cabezas más anchas. El propio Alex había crecido en la gravedad relativamente más baja que había en Marte, pero ni él llegaba a tener esa fisiología tan característica de un niño que había crecido en ingravidez.

Había plantas que crecían en los espacios vacíos de los amplios pasillos, unas parras que se alzaban contra la gravedad de la rotación igual que lo hubiesen hecho contra la de la Tierra. Los niños deambulaban por el lugar, fugados de la escuela igual que había hecho él cuando vivía en

Londres Nova. Se bebió el café e intentó disfrutar de la calma que suponía no tener nada que hacer. La estación Tycho era tan artificial como la *Roci*, y el vacío del exterior de su casco no era menos indulgente, pero no consiguió tranquilizarse. No estaba en su nave, no era su hogar. Los que pasaban junto a él mientras se dirigía a las zonas comunes y contemplaba la enormidad y las capas de cerámica pura de ese espectáculo reluciente que eran los astilleros no formaban parte de su familia. Y no dejaba de preguntarse qué hubiese pensado Tali de la situación en la que se encontraba. Si podría haber llegado a apreciar la belleza de aquella vida a pesar de que él había sido incapaz de hacerlo con la que ella quería en Marte.

Alex se dio la vuelta al terminarse el café. Caminó entre la multitud y se abrió paso hasta los carritos eléctricos mientras intercambiaba disculpas educadas en esa catástrofe lingüística y políglota que era el argot cinturiano. No le dio mucha importancia al lugar al que se dirigía hasta que llegó.

La *Roci* estaba medio desnuda en el vacío. Le habían quitado el casco exterior, y el interior resplandecía como nuevo a las luces de trabajo. Parecía más pequeña. La mayor parte de las cicatrices de sus aventuras habían afectado al casco exterior. Ahora solo le quedaban las peores. No podía verlas desde allí, pero sabía dónde estaban. La *Rocinante* era la nave que había pilotado durante más tiempo en toda su carrera, y era a la que más cariño le tenía. Más incluso que a la primera.

—Volveré —le dijo a la nave. Un equipo de soldadura se iluminó como respuesta en el cono del motor y, por un momento, resplandeció más que el Sol al descubierto en el cielo de Marte.

La suite de Holden y Naomi estaba al final del mismo pasillo de la que él compartía con Amos, y la puerta tenía esa textura de madera hogareña y falsa con un número igual de brillante junto a ella en la pared. Alex entró sin pedir permiso e interrumpió la conversación que ambos mantenían en el interior.

—... si crees que es necesario —dijo Naomi desde la habitación principal de la suite—. Pero yo diría que hay pruebas más que suficientes de que la última vez lo limpiaste por completo. O sea, Miller no ha vuelto, ¿verdad?

—No —respondió Holden al tiempo que saludaba a Alex con la cabeza—. Pero el simple hecho de haber tenido ese mejunje en la nave durante tanto tiempo sin saberlo me pone los pelos de punta.

Alex levantó la taza de café, y Holden la cogió y la llenó de forma automática. Sin azúcar y con mucho espacio para la crema.

—Sí que los pone, sí —dijo Naomi al entrar en la cocina—. Pero no creo que sea razón suficiente para cambiar todo el mamparo, joder. Los repuestos nunca son tan resistentes como los originales. Ya lo sabes.

Alex había conocido a Naomi Nagata en la *Canterbury*. Aún veía a esa chica enfadada y huesuda que el capitán McDowell le había presentado como la nueva ingeniera. Se había ocultado detrás de su melena durante casi un año, melena en la que ahora empezaban a asomar las primeras canas. Estaba más alta y también se la veía más cómoda en su propio pellejo. Más segura de sí misma y más fuerte de lo que Alex pensaba que sería. Y Holden, el segundo de a bordo fanfarrón y egocéntrico que se había pasado al trabajo civil y que se vanagloriaba de que lo hubiesen echado por desacato, se había convertido en este hombre que ahora le pasaba la crema y admitía sin problema lo absurdo de sus miedos. Sospechaba que el tiempo los había cambiado a todos, aunque no estaba seguro de cómo le había afectado a él. La subjetividad le impedía darse cuenta, supuso.

Excepto Amos. Amos no había cambiado.

—¿Y tú, Alex?

Sonrió y respondió con marcado acento del Valles Marineris.

—Ya ves, si no nos mató cuando estaba ahí, no va a hacerlo ahora que no está.

—De acuerdo —accedió Holden con un suspiro.

—Nos ahorraremos dinero —dijo Naomi—. Y nos vendrá bien hacerlo.

—Lo sé —dijo Holden—. Pero aun así me voy a sentir un poco raro.

—¿Dónde está Amos? —preguntó Naomi—. ¿Sigue pendoneando por ahí?

—No —aseguró Alex—. Pasó tanto tiempo en los burdeles los primeros días que se ha quedado sin dinero en efectivo. Ahora nos dedicamos a pasar el rato.

—Tenemos que encontrar algo para mantenerlo ocupado mientras estamos en Tycho —dijo Holden—. Joder, en realidad tendríamos que encontrar algo para mantenernos todos ocupados.

—Podríamos buscar trabajo en la estación —aventuró Naomi—. No sé si hay alguna vacante.

—Media docena de sitios nos han ofrecido pagarnos por unas reuniones informativas sobre Nueva Terra —dijo Holden.

—A nosotros y a todos los que han regresado del Anillo —aseguró Naomi con tono burlón—. Pero las comunicaciones entre ambos lugares siguen funcionando.

—¿Te refieres a que no deberíamos hacerlo? —preguntó Holden con tono lastimero.

—Me refiero a que puedo encontrar muchos trabajos remunerados mejores que hablar de mí misma.

Holden se desmoralizó, solo un poco.

—Tienes razón. Pero aun así vamos a pasar mucho tiempo aquí, así que necesitamos hacer algo.

Alex respiró hondo. Ese era. El momento. Titubeó. Puso crema en la taza y la oscuridad del café dio paso a un agradable tono tostado. Sintió que el nudo que tenía en la garganta era del tamaño de un huevo.

—Bueno... —empezó a decir—. Yo... esto... he estado pensando... y...

La puerta de la suite se abrió de repente y entró Amos.

—Oye, capi. Voy a necesitar algo de tiempo libre.

Naomiladeó la cabeza al tiempo que fruncía el ceño, pero fue Holden el que terminó por hablar.

—¿Tiempo libre?

—Sí, necesito volver a la Tierra una temporada.

Naomi se sentó en el taburete junto a la barra de la cocina.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé —respondió Amos—. Puede que no sea nada, pero necesito ir y comprobarlo. Para asegurarme. Ya sabéis.

—¿Algo va mal, Amos? —preguntó Holden—. Porque si es importante, podríamos esperar a que la *Roci* esté reparada e ir todos. Llevo mucho tiempo intentando encontrar una excusa para que Naomi baje a la Tierra y mi familia pueda conocerla.

La irritación cruzó el gesto de la ingeniera por tan poco tiempo que estuvo a punto de pasar desapercibida a la frecuencia de refresco de la visión de Alex. Esos momentos le ponían un poco nervioso. Holden era capaz de sacar a Naomi de su zona de confort sin ni siquiera darse cuenta. Pero, antes de que Amos volviese a hablar, la mujer ya se había recuperado.

—Pues quizá tengas que seguir buscando una excusa, capi. Tengo un poco de prisa. Ha muerto una mujer con la que solía pasar mucho tiempo. Necesito asegurarme de que todo va bien por allí.

—Vaya, lo siento mucho —dijo Naomi.

Al mismo tiempo, Holden preguntó:

—¿Problemas con la herencia?

—Algo así, sí —respondió Amos—. Pues eso, he reservado un viaje a Ceres y luego al pozo, pero necesito algo de efectivo de mi parte de los ahorros para gastar mientras esté allí.

El silencio se apoderó de la estancia durante un momento.

—Pero vas a volver —afirmó Naomi.

—Esa es la idea —confirmó Amos.

Alex se sorprendió al comprobar que la respuesta había sido mucho más sincera que un sí a secas. Amos planeaba volver, pero podía pasar cualquier cosa. En todo el tiempo que habían pasado juntos en la *Cant* o en la *Roci*, Alex solo había oído hablar a Amos de su vida en la Tierra en términos generales. Se preguntó si era porque no había nada interesante que contar de su pasado o si este era demasiado doloroso como para hablar de él. Siendo Amos, podría haberse tratado de ambas cosas a la vez.

—Claro —dijo Holden—. Dime cuánto necesitas.

La negociación fue breve e hicieron la transferencia a través de los terminales portátiles. Amos sonrió y le dio una palmada en el hombro a Alex.

—Bueno, pues te quedas la habitación toda para ti.

—¿Cuándo zarpas? —preguntó Alex.

—En una hora, más o menos. Debería ir a ponerme a la cola.

—Muy bien —dijo Alex—. Cuídate, compañero.

—Por supuesto —dijo Amos antes de marcharse.

Los tres tripulantes de la *Roci* restantes se quedaron en silencio en la cocina. Holden parecía estupefacto; Naomi, entretenida, y Alex sentía una mezcla de ambas cosas.

—Vaya, eso ha sido muy raro —dijo Holden—. ¿Creéis que estará bien?

—Es Amos —dijo Naomi—. Estoy más preocupada por los que se interpongan en su camino.

—Bien visto —dijo Holden, que se incorporó para sentarte en la encimera y se volvió hacia Alex—. Bueno, ¿qué era eso en lo que estabas pensando?

Alex asintió.

«Pensaba en lo difícil que es romper una familia y en la familia que rompí en el pasado, y también en que necesito volver a ver a mi ex mujer e intentar darle un final a quienes éramos y a todo lo que hicimos.»

Decir algo así parecía un tanto anticlimático en la situación en la que se encontraban.

—Pues visto que vamos a tener que pasar bastante tiempo en tierra, estaba pensando que podría ir a Marte y ver cómo va la cosa por allí.

—Genial —dijo Holden—. Pero volverás antes de que terminen las reparaciones, ¿verdad?

Alex sonrió.

—Esa es la idea.

Naomi

LA MESA de golgo estaba preparada para los primeros lanzamientos; el primer y el segundo marcador estaban intactos y el campo aún vacío. La machacona línea de bajo de la sala principal del Blauwe Blome hacía vibrar la cubierta y emitía un tenue murmullo que no entorpecía las conversaciones. Naomi sopesó la pelota de metal con una mano y notó la sutil diferencia entre masa y peso, que dependía de la gravedad. Malikah y sus compañeros de equipo del grupo de reparaciones se encontraban frente a ella y esperaban. Uno de ellos bebía un Azul Miserable, una bebida cerúlea y resplandeciente que le manchaba la boca como un pintalabios. Habían pasado... ¿tres años?, ¿cuatro?, desde que Naomi había jugado al golgo por última vez, y ellos jugaban todos los jueves. Volvió a sopesar la pelota, suspiró y la lanzó haciéndola girar. Las pelotas del equipo opuesto salieron disparadas al momento hacia la suya a la misma velocidad e intentaron bloquear su lanzamiento.

Era la típica jugada que se usaba contra un principiante. Naomi estaba oxidada, pero no era una principiante. La jugada terminó y la mesa registró el tiro. Cuando apareció, el marcador de Naomi se encontraba a mucha más distancia del indicador de la mitad. Su equipo la vitoreó y Malikah gruñó. Todos sonreían. Era un juego amistoso, algo que no se podía decir de otros.

—¡Siguiente, siguiente! —gritó uno de los compañeros de equipo de Naomi mientras agitaba una mano grande y pálida. Se llamaba Pere o Paar. Algo así. Ella cogió la pelota de metal y se la pasó. El hombre sonrió y le echó una mirada de arriba abajo por todo el cuerpo. Pobrecito. Naomi se apartó, y Malikah se acercó para colocarse junto a ella.

—Aún se te da bien —dijo. Tenía una voz bonita, y el acento de la estación Ceres suavizaba los tonos más marcados, propios de la zona más profunda del Cinturón.

—Pasé mucho tiempo jugando la última vez que estuve por aquí —dijo Naomi—. Uno no olvida lo que hace de joven, ¿no?

—Ni aunque quiera hacerlo. —Malikah rio, y Naomi hizo lo propio.

Malikah vivía en un bloque de habitaciones que había tres niveles por debajo y a treinta grados en dirección rotatoria del club. La última vez que Naomi había estado por allí, las paredes estaban cubiertas con una tela estampada de patrones marrones y dorados y el aire tenía un aroma agradable a incienso artificial que no obstruía los recicladores de aire. Naomi había dormido en un saco sobre la cubierta durante dos noches, y había conciliado el sueño con una melodía de arpa y los murmullos de Malikah y Sam de fondo. Pero ahora Sam estaba muerta, ella había vuelto con Jim y la humanidad había heredado miles de soles que se encontraban a dos años de distancia. Estar allí riendo con Malikah y los equipos de reparaciones le hacía darse cuenta aún más de cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo.

Malikah tocó el hombro de Naomi y frunció el ceño.

—*Bist ajá?*

—Eso estaba pensando —dijo Naomi. Le había costado entender la jerga cinturiana. Al parecer el golgo no era lo único con lo que necesitaba práctica.

Las comisuras de los labios de Malikah descendieron al mismo tiempo que la mesa de golgo estalló en vítores de alegría y consternación. Por un momento, fue como si Sam también estuviese allí. No la propia mujer pelirroja que hacía gala de esa chabacanería vivaracha y la costumbre de usar palabras más propias de niños (bu, bu y pupa) para describir cascos atravesados por

meteoroides, sino el espacio en el que debería haberse encontrado. Ambas sabían que en ese lugar faltaba alguien.

Paar o Pere le pasó la pelota al siguiente jugador, el jefe de ingeniería Sakai, mientras el otro equipo le daba palmaditas burlonas en la espalda. Naomi avanzó para ver cómo iba la partida. Estar entre cinturianos, solo cinturianos, le resultaba extrañamente reconfortante. Quería a su tripulación, pero eran dos terrícolas y un marciano. Había conversaciones que nunca podría tener con ellos.

Se dio cuenta de que Jim había llegado sin que le hiciese falta darse la vuelta. Los jugadores que tenía frente a ella en la mesa le dieron palmaditas socarronas en la espalda. Abrieron los ojos como platos y una ligera emoción se apoderó del ambiente. Nadie dijo nada, pero era como si lo hubiesen hecho:

«¡Mirad, es James Holden!».

Era fácil olvidar que Jim era quien era. Dos guerras habían dado comienzo por su culpa, y también había tenido un papel importante en el final de ambas. Había capitaneado la primera nave humana que había atravesado el Anillo, o al menos la primera que había sobrevivido. También había entrado en la base alienígena que había en el centro de la zona lenta y vuelto con vida. Había sobrevivido a la estación Eros y a la destrucción de la *Agatha King*. Había estado en Nueva Terra, la primera colonia humana en un planeta extraterrestre, y conseguido allí una tregua algo torpe e insólita. Llegaba a ser incómodo ver cómo los demás reaccionaban al ver a ese Holden, el que aparecía en las pantallas y en los canales de noticias. Sabía que Jim no se parecía en nada a ese James Holden, pero no había razón alguna para decirlo. Algunas cosas seguían siendo un secreto aunque las gritases a los cuatro vientos.

—Hola, amor —dijo Jim al tiempo que la rodeaba con el brazo. En la otra mano llevaba un martini de uva.

—¿Es para mí? —preguntó Naomi mientras cogía el cóctel.

—Eso espero. Yo no me lo bebería ni por una apuesta.

—¡Oye, coyo! —dijo Paar o Pere, que había levantado la pelota—. ¿Quieres tirar?

Unas fuertes carcajadas estallaron en el ambiente. Algunas eran de alegría («¡James Holden va a jugar al golgo con nosotros!»), pero otras eran más crueles («A ver cómo la caga el pez gordo»). Naomi se preguntó si Jim se había dado cuenta de cómo cambiaba el ambiente de un lugar cada vez que llegaba él. Supuso que lo más seguro era que no.

—No —respondió Jim con una sonrisa—. Se me da fatal. No sabría qué hacer.

Naomi se inclinó hacia Malikah.

—Debería irme. Muchas gracias por dejarme jugar. —Lo que en realidad significaba: «Te estoy muy agradecida por dejarme pasar un rato con otros cinturianos como yo».

—Eres *très* bienvenida, coya-mis —dijo Malikah. Lo que en realidad significaba: «No eres culpable de la muerte de Sam, y si lo fueses ya te habría perdonado».

Naomi agarró a Jim por el hombro y le hizo girar hacia la barra. La música empezó a retumbar aún más cuando atravesaron la puerta, momento en el que la luz y el sonido se unieron en un asalto sensorial. La gente se arremolinaba en grupos o en parejas por la pista de baile. En el pasado, mucho antes de conocer a Jim, la idea de emborracharse muchísimo y restregarse con todos esos cuerpos le hubiese parecido atractiva. Recordaba con cariño a la chica que solía ser, pero no era una época que quisiese revivir. Se detuvo en la barra y se terminó el martini. La música estaba demasiado alta para mantener una conversación, pero se entretuvo mirando cómo la gente se daba cuenta de que Jim acababa de llegar y examinando sus caras de «es o no es». Por su parte, Jim parecía aburrido pero afable. La idea de ser el centro de atención le resultaba extraña.

Era una de las cosas de él que le gustaban a Naomi.

Cuando se acabó el martini, lo cogió de ambas manos y lo llevó hacia el pasillo público que salía del club. Había hombres y mujeres esperando para entrar, casi todos cinturianos, que se los quedaron mirando. Era de noche en la estación Tycho, lo que tampoco es que fuese muy importante. La estación se administraba en tres turnos rotatorios de ocho horas: diversión, trabajo y sueño. El turno en el que trabajabas determinaba a las personas que conocías. Era como vivir en tres ciudades diferentes que ocupaban el mismo espacio. Un mundo en el que siempre había dos tercios de desconocidos. Rodeó a Jim por la cintura con el brazo y lo arrastró hacia ella hasta que notó que sus muslos empezaban a frotarse.

—Tenemos que hablar —dijo.

Jim se tensó un poco, pero mantuvo la voz suave y apacible.

—¿Una charla de mujer a hombre?

—Peor —dijo Naomi—. De segunda a capitán.

—¿Qué ha pasado?

Subieron a un ascensor, y Naomi pulsó el botón que los llevaba a la cubierta donde se encontraba su suite. Naomi recapituló sobre lo que iba a decir mientras la cabina chirriaba y las puertas se cerraban poco a poco. No es que no supiese lo que tenía que decir, pero a él le iba a gustar tan poco como a ella.

—Deberíamos empezar a pensar en contratar a más tripulación.

Conocía muy bien los silencios de Jim, y reconoció aquel. Levantó la mirada hacia su gesto impertérrito, a cómo sus ojos parpadeaban una fracción de segundo más rápido de lo que era habitual.

—¿Tú crees? —dijo—. Yo diría que estamos bien así.

—Lo estamos. Lo hemos estado. La *Roci* tiene diseño militar. Funciones inteligentes y muchos sistemas automatizados, lo que conlleva que haya muchas redundancias. Esa es la razón por la que hemos sido capaces de volar con un tercio de la tripulación que debería tener durante tanto tiempo.

—Eso y porque somos la mejor puta tripulación que surca el espacio.

—Sí, eso también ayuda. Está claro que tenemos un grupo la mar de bueno si atendemos a nuestra hoja de servicios, pero también somos muy frágiles.

La cabina se agitó debido a las complejas fuerzas de la rotación de la estación y de la aceleración del ascensor. Estaba segura de que la agitación se había originado fuera.

—Creo que no sé a qué te refieres con eso de frágiles —dijo Jim.

—Llevamos en la *Rocinante* desde que la sacamos de la *Donnager*. No hemos cambiado al personal. Tampoco hemos contratado sustitutos temporales. Dime una sola nave que haya hecho algo así. En la *Canterbury* había misiones en las que una cuarta parte del personal viajaba junta por primera vez. Y aun así...

Las puertas se abrieron. Salieron y se apartaron para dejar pasar a otra pareja. Naomi los oyó murmurar mientras la cabina volvía a cerrarse. Jim se quedó en silencio mientras regresaban a la suite. Cuando habló, lo hizo en voz baja y con tono reflexivo.

—¿Crees que alguno de ellos no volverá? ¿Amos? ¿Alex?

—Lo que creo es que han pasado muchas cosas. Las aceleraciones fuertes pueden provocar derrames. El zumo ayuda, pero no es una garantía. Hay gente que nos ha disparado. También hemos estado sin energía en deterioro orbital. Recuerdas que nos ha pasado todo eso, ¿verdad?

—Claro, pero...

—Si perdemos a alguien, pasaremos de tener una tercera parte de la tripulación habitual a

una cuarta parte. Y a eso tendrás que añadir que también perderemos las habilidades de esa persona, que no son redundantes.

Jim se quedó quieto con la mano sobre la puerta que llevaba a sus habitaciones.

—Un momento. Un momento. ¿Cómo que si perdemos a alguien?

—Sí.

Abrió los ojos como platos, estupefacto. Unas pequeñas arrugas de angustia aparecieron en los pliegues de sus ojos. Naomi extendió la mano para estirarlas, pero no desaparecieron.

—¿Intentas que me prepare para la muerte de un miembro de mi tripulación?

—Bueno, si nos ponemos técnicos diría que hay un cien por cien de posibilidades de que ocurra si son humanos.

Jim empezó a decir algo, titubeó, abrió la puerta de la suite y entró. Naomi lo siguió y cerró la puerta detrás de ellos. Quería dejar pasar el tema, pero si lo hacía no sabía cuándo iba a poder mencionarlo otra vez.

—Si fuésemos una tripulación convencional, tendríamos a dos personas para cada puesto. Y, en caso de que alguien muriese o quedase incapacitado, habría alguien para cubrir el puesto.

—No voy a añadir cuatro miembros más a la tripulación, y mucho menos ocho —dijo Jim al tiempo que entraba en el dormitorio, como si huyese de la conversación. Naomi esperó a que desaparecieran el silencio, la angustia y el miedo de hacerla enfadar. Tardó unos quince segundos—. No volamos como una tripulación convencional porque no somos una tripulación convencional. Conseguimos la *Roci* cuando absolutamente todo el mundo del Sistema Solar quería dispararnos. Unas naves camufladas destruyeron un acorazado delante de nuestras narices. Perdimos la *Cant* y también perdimos a Shed. Uno no puede pasar por todo eso y seguir siendo normal.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que en la nave no hay una tripulación y no funcionamos como una tripulación. Somos una familia.

—Cierto —dijo Naomi—. Y eso es un problema.

Se miraron desde los extremos de la habitación. La mandíbula de Jim se agitaba como si rumiase objeciones y porfias. Sabía que Naomi tenía razón, pero quería que no estuviese en lo cierto. Ella vio cómo se daba cuenta de que había llegado a un callejón sin salida.

—Muy bien —dijo él—. Cuando vuelvan los demás, hablaremos de hacer algunas entrevistas. Podríamos llevar a un par de personas en una o dos misiones. Si se les da bien, nos plantearíamos hacerlos fijos.

—Eso suena bien —accedió Naomi.

—El ambiente de la nave va a cambiar —aseguró Jim.

—Todo cambia —dijo ella al tiempo que lo rodeaba con los brazos.

Encargaron comida en un restaurante indio de cocina fusión: curri, arroz modificado genéticamente y una proteína fúngica texturizada que costaba distinguir de un filete de ternera. Jim intentó estar animado el resto de la tarde y ocultarle a Naomi lo incómodo que se sentía. No funcionó ni de lejos, pero ella agradeció el esfuerzo.

Después de la cena vieron algunos canales de entretenimiento hasta que llegó ese momento agradable del día en el que apagaba la pantalla y se lo llevaba a la cama. El sexo con Holden había empezado siendo algo emocionante hacía unos años, cuando eran conscientes de lo estúpido que era que un capitán y una segunda de a bordo se acostasen juntos. Ahora era mucho más pleno, tranquilo y juguetón. Y también mucho más reconfortante.

Al terminar, tumbada en el enorme colchón de gel y con las sábanas enredadas a los pies,

Naomi empezó a divagar. Pensó en la *Roci* y en Sam, en un libro de poesía que había leído cuando era niña y en un grupo de música que le había recomendado uno de los ingenieros con más experiencia de la *Canterbury*. La voz de Jim la despertó de improviso cuando sus recuerdos habían empezado a adquirir la confusión surrealista de los sueños.

—No me gusta que se vayan.

—¿Mmm?

—Alex y Amos, que no me gusta que se vayan. No vamos a estar con ellos si se meten en problemas. Y ni siquiera puedo encender los motores de la *Roci* para ir a ayudarlos.

—Estarán bien —aseguró Naomi.

—Lo sé. En parte lo sé. —Se incorporó sobre un codo—. ¿De verdad no estás preocupada?

—Puede que un poco.

—O sea, ya sé que son adultos, pero si les pasara algo... Y si no vuelven...

—Será duro —dijo Naomi—. Los cuatro hemos sido lo único en lo que podemos confiar desde hace muchos años.

—Sí —dijo Holden. Un momento después añadió—: ¿Sabes quién es esa mujer con la que Amos ha ido a hablar?

—No, no lo sé.

—¿Crees que era su amante?

—No lo sé —repitió Naomi—. Algo me dice que más bien era una madre adoptiva o algo así.

—Mmm. Quizá. No sé por qué me vino a la cabeza que sería su amante. —Su voz había empezado a adquirir el tono confuso del sueño—. Oye, ¿te puedo hacer una pregunta indiscreta?

—Siempre que recuerde la respuesta.

—¿Por qué Amos y tú no acabasteis juntos? En la *Cant*, me refiero.

Naomi rio, se giró y le puso la mano en el pecho. Aún le gustaba el olor de su piel a pesar de todo el tiempo que habían pasado juntos en una nave.

—¿Hablas en serio? ¿Te has parado a fijarte en su vida sexual?

—No creo que sea un tema a tratar entre Amos y yo.

—Te aseguro que sería una visión poco agradable.

—Mmm. Vale. Es que, ya sabes, estaba pensando en lo mucho que andaba detrás de ti en la *Cant* y en el hecho de que nunca haya dicho nada de dejar la *Roci*.

—Amos no se ha quedado en la *Roci* por mí, sino por ti —aseguró Naomi.

—¿Por mí?

—Te usa como si fueses una conciencia secundaria externa.

—No, no lo hace.

—Sí que lo hace. Ha encontrado alguien que tiene ética y sigue sus órdenes —aseguró Naomi—. Es su manera de intentar no ser un monstruo.

—¿Por qué tendría que intentar no ser un monstruo? —Las palabras se confundieron entre el farfalleo del sueño.

—Porque lo es —dijo Naomi a punto de caer rendida.

«Y por eso nos llevamos bien.»

El mensaje llegó dos días después y sin previo aviso. Naomi se había puesto un traje de maniobras extravehiculares e inspeccionaba la nave con el jefe de ingeniería Sakai. Él había empezado a explicarle por qué pensaban poner una aleación de cerámica diferente a las conexiones entre el casco exterior y el interior, pero justo en ese momento se iluminó un mensaje prioritario en su visor táctico. Sintió pavor, como si fuese consecuencia de la charla que había

mantenido con Holden. Le había pasado algo a Alex. O a Amos.

—Un momento —dijo, a lo que Sakai respondió levantando un puño.

Abrió el mensaje. Apareció una pantalla de transmisión vacía a excepción del círculo dividido de la APE y luego Marco. Los años le habían cambiado un poco la cara y suavizado la curva de la mandíbula. Su piel tenía la misma viveza y solidez que recordaba, y las manos que tenía entrelazadas sobre la mesa del lugar donde había hecho la grabación eran igual de delicadas. Sonrió con una mezcla de tristeza y placer que hizo que Naomi cayera de improviso precipitada hacia el pasado.

El mensaje se detuvo, interrumpido por el sistema médico del traje. Le habían incrementado las pulsaciones y la presión sanguínea. Señaló con la barbilla el botón de ignorar y la voz de Marco titubeó con suavidad en sus oídos hasta que el vídeo volvió a estabilizarse.

—Lo siento. Sé que no quieres saber nada de mí. Si sirve de algo, me gustaría dejar claro que es la primera vez que lo hago y que es por algo importante.

«Apágalo —pensó—. Para el vídeo. Bórralo. Lo más seguro es que todo sean mentiras. Mentiras o la parte de la verdad que más le conviene a él. Olvida que lo has recibido.»

Marco apartó la mirada de la cámara como si le leyese la mente o supiera lo que Naomi pensaba.

—Naomi, ya sabes que no estaba de acuerdo con que te marcharas, pero siempre lo respeté. No me puse en contacto contigo ni cuando apareciste en las noticias y todo el mundo supo dónde estabas. Y ahora no lo hago por mí.

Las palabras sonaban nítidas, cariñosas y prudentes: la gramática perfecta de alguien que hablaba un segundo idioma de manera tan perfecta que sonaba algo raro. No había en él ni rastro del dialecto cinturiano. Otro de los rasgos que el tiempo había cambiado.

—Cyn y Karal me han dicho que te diga que te siguen teniendo cariño y respeto, pero son los únicos que saben que te he mandado este mensaje. Y por qué lo he hecho. Están en la estación Ceres, pero no se pueden quedar mucho tiempo. Necesito que te reúnas con sus equipos allí y... No, lo siento. Ha sido un error. No debería haberlo dicho así. Es que me encuentro en un callejón sin salida. No sé qué hacer y tú eres la única a la que le puedo pedir ayuda. Es Filip. Se ha metido en un lío.

Amos

LE DOLÍA la garganta.

Amos tragó saliva para intentar deshacer el nudo que se le había formado, pero lo único que consiguió fue un dolor equiparable a tragar arena. El equipo médico de la *Roci* le había inyectado las dosis de vacunas y profilaxis antibióticas hacía tres meses, como correspondía. No debería haber enfermado, pero así estaban las cosas, y ahora sentía un nudo en la parte de atrás del gaznate que le hacía pensar que se había tragado una pelota de golf y que esta se había quedado a medio camino.

A su alrededor, los ciudadanos y los viajeros deambulaban por el puerto espacial de la estación Ceres como hormigas en un hormiguero, y sus voces formaban un rugido uniforme que era tan apacible como el silencio. A Amos le resultaba gracioso que aquella fuese una metáfora que ningún habitante de Ceres sería capaz de entender. Él no había visto hormigas desde hacía casi dos décadas, pero los recuerdos de juventud en los que esos insectos se llevaban una cucaracha o limpiaban los restos del cadáver de una rata eran muy nítidos. Al igual que las cucarachas y las ratas, las hormigas habían aprendido a vivir entre sus vecinos humanos sin muchos problemas. Nadie se había preocupado por ellas cuando el hormigón de las ciudades se extendió por todo el mundo y muchas especies engrosaron las listas de las que se encontraban en peligro de extinción. Les iba bien, gracias, y la comida rápida que caía al suelo era igual de nutritiva y deliciosa que los cadáveres de los animales de los bosques de antaño.

Adaptarse o morir.

Si Amos tuviese una filosofía, sería esa. El hormigón reemplaza el bosque. Si te metes en su camino, lo levantarán sobre ti. Si eres capaz de vivir entre las grietas, te las apañarás en cualquier parte. Y siempre había grietas.

El hormiguero de Ceres bullía a su alrededor. A pesar de que se encontraban en el extremo de la cadena alimenticia, la gente compraba tentempiés en los quioscos o billetes para lanzaderas y vuelos de larga distancia que salían de la estación. Allí también había personas adaptadas a las grietas. Una niña de menos de diez años con el pelo largo y sucio vestida con un mono rosa que le quedaba dos tallas más pequeño miraba a los viajeros con sutileza. Esperaba a que alguien soltase el equipaje o el terminal portátil el tiempo suficiente para robarlo. Vio que Amos se la quedaba mirando y se dirigió a toda prisa hacia una escotilla de mantenimiento que quedaba cerca del suelo.

Vivía en las grietas, pero sobrevivía. Se adaptaba y no moría.

Volvió a tragar saliva y el dolor le retorció el gesto. El terminal portátil emitió un sonido, y Amos levantó la mirada hacia el letrero donde se anunciaban los vuelos, que dominaba el espacio público de la estación. Unas letras amarillas y resplandecientes en una tipografía en la que primaba la legibilidad a la belleza. El vuelo de larga distancia que lo llevaría a la Luna estaba confirmado para zarpar en cualquier momento dentro de las tres horas siguientes. Tocó la pantalla del terminal portátil para indicar al sistema automatizado que iba a cogerlo y luego empezó a buscar la mejor manera de perder tres horas.

Había un bar cerca de la puerta. Iba a ser fácil.

No quería emborracharse y perder el vuelo, así que se limitó a beber cerveza, despacio y de forma metódica, avisando al camarero cuando el vaso estaba casi vacío para así tener otra lista

cuando terminase. Su idea era quedarse desorientado pero relajado, y sabía muy bien cómo llegar a ese punto en el menor tiempo posible.

No es que los bares ofreciesen muchos entretenimientos o distracciones, así que se pudo centrar en el vaso, en el camarero y en la siguiente ronda. El nudo de su garganta se agrandaba con cada trago. Lo ignoró. El resto de los parroquianos estaban tranquilos, leyendo en los terminales portátiles o susurrando en pequeños grupos mientras bebían. Todo el mundo iba a alguna parte. Aquel lugar no era un destino, era algo con lo que te topabas en mitad de un viaje, algo accidental y olvidable.

Lydia había muerto.

Había pasado veinte años pensando en ella. El tatuaje de su cara que tenía sobre el corazón tenía parte de la culpa, claro. Le venía a la cabeza cada vez que se miraba en el espejo sin camisa. Pero, aparte de eso, tenía que tomar decisiones todos los días, y cada una de esas decisiones empezaba con una vocecilla en su cabeza que le preguntaba qué era lo que Lydia quería que hiciese en una situación así. Se había dado cuenta de que llevaba dos décadas sin hablar con ella cuando Erich le había enviado el mensaje. Lo que también significaba que ella tenía veinte años más que cuando se había marchado. ¿Qué edad tenía entonces? Recordaba que el gris empezaba a asomar en sus cabellos, y también las arrugas en los ojos y la boca. Era mayor que él, pero él tenía quince años y había mucha gente que se podía meter en el saco de «mayor que él».

Y ahora había muerto.

Quizá alguien veinte años mayor que la mujer que recordaba tenía la edad suficiente para morir de causas naturales. Quizá había muerto en un hospital, o en su cama cómoda y acogedora rodeada de amigos. Quizá tenía un gato durmiendo a sus pies cuando ocurrió. Amos esperó que así fuera. Porque si no era así y no había fallecido por causas naturales, iba a matar a todos y cada uno de los que tuvieran la más mínima implicación. Analizó la idea en su cabeza y le dio muchas vueltas para ver si Lydia le decía que no lo hiciese. Dio otro largo trago de cerveza y le ardió la garganta. Esperaba de verdad no estar enfermado.

«No estás enfermo —dijo la voz de Lydia en su mente—, sino triste. Es tristeza. El nudo de tu garganta. El hueco de tu esternón. La sensación de vacío en tu estómago a pesar de toda la cerveza que entra en él. Eso es la tristeza.»

—Vaya —dijo Amos en voz alta.

—¿Quieres algo, amigo? —preguntó el camarero con un desinterés muy profesional.

—Otra —dijo Amos al tiempo que señalaba al vaso medio vacío de cerveza que aún le quedaba.

«No procesas bien la tristeza», dijo otra voz. La de Holden en esta ocasión. Era cierto. Esa era la razón por la que confiaba en el capitán. Cuando Holden decía algo, era porque lo creía de verdad. No tenía que analizarlo ni intentar descubrir qué era lo que quería decir en realidad. El capitán actuaba de buena fe incluso cuando la cagaba. Amos no conocía a mucha gente así.

La única emoción fuerte que Amos había sentido desde siempre era la rabia. Siempre estaba ahí, esperándolo. Procesar la tristeza de esa manera era fácil y directo. Algo que era capaz de comprender. El que estaba sentado a unos pocos taburetes de él tenía el aspecto enjuto y hostil de un tripulante de saltarrocas. El hombre llevaba agitando la misma cerveza desde hacía una hora, y cada vez que Amos pedía otra ronda, le dedicaba una mirada a caballo entre la irritación y la envidia, como si codiciase su supuestamente ilimitada cuenta de crédito. Sería muy fácil decirle algo cortante en voz alta y dejarlo en evidencia delante del resto de los parroquianos. El pobre cabrón se vería obligado a morder el anzuelo, y Amos podría procesar su tristeza con él. Un buen meneo le vendría bien para relajarse.

«Ese tipo no ha matado a Lydia», dijo la voz de Holden.

«Pero que la hayan asesinado es una posibilidad —pensó Amos—. Y tengo que descubrir quién lo ha hecho.»

—Cóbrate aquí, *ami* —dijo Amos al camarero al tiempo que agitaba el terminal portátil. Señaló al tripulante—. Y ponle dos rondas más a ese de ahí a mi cuenta.

El hombre frunció el ceño, como si esperase un insulto. Al ver que no llegaba, dijo:

—Gracias, hermano.

—De nada, *frère*. Cuidado ahí fuera.

—*Sa sa* —dijo el tripulante, que se terminó la cerveza y extendió la mano hacia una de las dos que Amos le acababa de comprar—. Igualmente, *sais dui*?

Amos echó de menos su catre en la *Roci*.

El transporte de largas distancias se llamaba *Apacible Ave Cantora*, pero su parecido con un pájaro empezaba y acababa en las letras blancas que estaban pintadas en el casco. Desde el exterior parecía un contenedor de basura gigante con un motor en forma de cono en un extremo y un pequeño centro de mando en el otro. Desde dentro se parecía al interior de un contenedor de basura gigante, con la excepción de que estaba dividido en doce cubiertas a cincuenta personas cada una.

La única privacidad que tenía eran las finas cortinas de los cubículos de las duchas, y la gente solo parecía usar el tigre acompañados por miembros uniformados de la tripulación.

«Vale —pensó Amos—, como en una prisión.»

Eligió un catre, que en realidad era un asiento de colisión con un pequeño espacio de almacenamiento debajo y una minúscula pantalla de entretenimiento en el mamparo junto a él, lo más alejado posible del tigre y de la cafetería. Intentaba estar lejos de las zonas más transitadas. La gente con la que compartía su espacio era una familia de tres a un lado y una anciana al otro.

La anciana se pasó todo el vuelo hasta arriba de unas pequeñas pastillas blancas; no dejó de mirar el techo ni de agitarse o sudar a causa de delirios febriles durante toda la noche. Amos se presentó a la mujer y le ofreció otras pastillas. Ella las rechazó, y ahí terminó toda relación con ella.

La familia que se encontraba al otro lado era mucho más amable. Estaba formada por dos hombres de treinta y pocos y su hija, que tendría unos siete. Uno de ellos era un ingeniero estructural llamado Rico. El otro era un amo de casa llamado Jianguo. La niña se llamaba Wendy. Miraron a Amos con recelo cuando colocó las cosas en el catre, pero él les sonrió, les estrechó las manos y le compró a Wendy una barrita de helado de la máquina expendedora de la cafetería, así que dejaron de desconfiar. Conocía muy bien a los hombres que se interesaban demasiado por los niños pequeños, y sabía cómo no parecerse a uno de ellos.

Rico viajaba a la Luna para empezar a trabajar en uno de los nuevos puestos en los astilleros orbitales Bush.

—Muchos coyos van al pozo. Hay *beaucoup* trabajos ahora que todos quieren hacerse con uno de los anillos. Nuevas colonias. Nuevos mundos.

—La situación se estabilizará cuando pase la avalancha —aseguró Amos. Estaba reclinado en su asiento viendo un canal de vídeo en su pantalla silenciada mientras oía cómo Rico hablaba sin parar.

Rico hizo un gesto de indiferencia con las manos propio de los cinturianos y miró a su hija, que dormía en su catre.

—Lo hago por ella, *tu sais*? El futuro es el futuro. Pero ahora estoy ahorrando unos yuanes. Para la escuela, para un viaje a los anillos, para lo que necesite.

—Te entiendo. El futuro es el futuro.

—Mirad, parece que han limpiado el baño. Voy a darme una ducha.

—¿Qué más da, tío? —preguntó Amos—. ¿Por qué tanto revuelo?

Rico ladeó la cabeza, como si Amos hubiese preguntado por qué había tanto vacío en el espacio. La verdad era que Amos sabía la respuesta, pero le resultaba interesante descubrir si Rico también la conocía.

—Las bandas de los viajes de largas distancias, coyo. Es el precio a pagar por volar tan barato. Ser pobre es una mierda.

—Pero la tripulación los vigila, ¿no? Si alguien se mete en líos, nos gasean a todos y atrapan a los responsables. Cortan por lo sano.

—No vigilan las duchas. Allí no hay cámaras. Y si no les pagas cuando vienen a extorsionarte, aprovechan el baño para cobrárselas. Es mejor ir cuando la tripulación anda por allí.

—No jodas —dijo Amos, fingiendo sorpresa—. A mí todavía no han venido a extorsionarme.

—Vendrán, *homme*. Cuida de Jian y de Wendy mientras no estoy, ¿vale?

—Con todos mis sentidos, hermano.

Rico tenía razón. Después del ajetreo del principio del vuelo, cuando los primeros grupos terminaron de elegir catre y de cambiarse de sitio después de decidir que odiaban a sus acompañantes, la gente parecía bastante asentada. Los cinturianos en las cubiertas cinturianas. Y los interianos en las cubiertas que compartían los terrícolas y los marcianos. Amos estaba en una cinturiana, pero parecía ser el único al que no le importaba mezclarse.

Como en una prisión, sin duda.

El sexto día, un pequeño grupo de matones de una cubierta superior bajó en el ascensor y empezó a diseminarse por el compartimento. Había unas cincuenta personas, así que tardaron un buen rato en hablar con todos. Amos se hizo el dormido en su asiento de colisión mientras los vigilaba con el rabillo del ojo. Era una estafa muy precaria. Un matón se acercaba a un pasajero, le hablaba de las políticas de seguridad durante el vuelo y luego recibía una transferencia de crédito en un terminal barato y desechable. Todas las amenazas eran tácitas, y todo el mundo pagaba. Era un fraude muy burdo, pero tan simple que funcionaba.

Uno de los extorsionadores, que parecía tener menos de catorce años, se acercó a ellos. Rico empezó a sacar el terminal portátil, pero Amos se incorporó en el catre y le hizo un gesto con la mano.

—Por aquí no pases. Ninguno de los que estamos en esta esquina vamos a pagar.

El matón lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Amos le dedicó una sonrisa. No es que tuviese ganas de que lo gasearan y lo ataran, pero lo superaría si era lo que tenía que pasar.

—Hombre muerto —dijo el matón. Lo dijo con la voz más varonil que fue capaz y Amos respetó el esfuerzo, pero lo había amenazado gente mucho más intimidante que un cinturiano delgado y adolescente. Amos asintió, como si meditase la amenaza.

—Pues una vez me quedé atrapado en el entresuelo de un reactor cuando estalló un conducto refrigerante —empezó a decir Amos.

—¿Qué? —preguntó el chico. Hasta Rico y Jianguo se habían quedado mirando a Amos como si se hubiese vuelto loco. El mecánico se movió y los cardanes chirriaron cuando reorientó el asiento.

—Mira, el refrigerante es radiactivo de cojones. Se vaporiza al entrar en contacto con el aire. No es recomendable que te toque la piel, pero con agua puedes evitar lo peor. Tampoco es recomendable respirarlo, ya que ¿cómo vas a sacar de tus pulmones ese puñado de partículas

radiactivas? Sí, lo más seguro es que termines derritiéndote desde dentro.

El chico miró por encima del hombro, como si buscara ayuda para enfrentarse a ese tipo que no dejaba de decir imbecilidades, pero el resto del equipo de extorsión estaba ocupado.

—Bueno —continuó Amos al tiempo que se inclinaba hacia delante—, pues tuve que llegar hasta la esclusa de aire de mantenimiento, abrir una taquilla de emergencia y ponerme una mascarilla, todo aguantando la respiración para que no me entrara esa mierda.

—¿Y qué? Aun así tienes que...

—La moraleja del cuentito de infortunios es que aprendí varias cosas sobre mí.

—¿Ah, sí?

La situación se había vuelto tan extraña que el chico hasta parecía interesado en saber lo que Amos le iba a contar.

—Aprendí que puedo aguantar la respiración durante casi dos minutos mientras realizo una actividad física bajo estrés.

—Y con eso quieres decir que...

—Quiero decir que deberías preguntarte algo. ¿Cuánto daño crees que podría ser capaz de hacerte en esos dos minutos antes de respirar el gas incapacitante? Yo diría que mucho.

El chico no dijo nada. Rico y Jianguo contuvieron el aliento. Wendy miraba a Amos con los ojos abiertos como platos y una sonrisa.

—¿Hay algún problema? —Uno de los compañeros matones del chico se acercó para ver cómo le iba.

—Sí, este...

—No hay ningún problema —interrumpió Amos—. Solo le explicaba a tu socio por qué esta esquina de la estancia no va a pagar el seguro.

—¿Porque tú lo digas?

—Sí, porque yo lo digo.

El matón más experimentado miró a Amos de arriba abajo y lo examinó. Eran más o menos de la misma altura, pero quedaba patente que el mecánico pesaba unos veinticinco kilos más. Amos se levantó y se estiró un poco para dejarlo aún más claro.

—¿Cuál es tu tripulación? —preguntó el matón, que lo había confundido con alguien de una banda rival.

—La de la *Rocinante* —respondió Amos.

—No he oído hablar de ellos.

—Sí, seguro que sí la conoces. Pero me pillas fuera de contexto.

—La has cagado bien, coyo —dijo el matón.

Amos hizo un exagerado gesto de indiferencia con las manos a la manera cinturiana.

—Bueno, eso es algo que descubriremos tarde o temprano.

—Tarde o temprano, sí —dijo el matón al tiempo que cogía a su compañero y se marchaba a reunirse con el resto de su banda. Cuando cogieron el ascensor para marcharse a otra cubierta, el chico se quedó atrás y se quedó mirando con fijeza y sin disimulo a Amos desde el otro lado de la estancia.

Amos suspiró y sacó una toalla del morral.

—Voy a darme una ducha.

—Estás loco —imprecó Jianguo—. No hay uniformados en la cubierta. Van a ir a por ti.

—Claro.

—¿Y por qué vas?

—Porque —empezó a decir Amos mientras se levantaba y se echaba la toalla al hombro—

odio las esperas.

El joven empezó a hablar por el terminal portátil justo cuando Amos entró en el baño con la toalla bien visible. Llamaba a las tropas.

El baño estaba formado por cinco cubículos de plástico endeble pegados al mamparo y diez retretes de ingravidez uno al lado del otro. También había unos lavabos alineados justo frente a la puerta. El espacio abierto del medio tenía bancos para sentarse mientras uno esperaba su turno en la ducha o para vestirse después. No era el mejor lugar para un combate cuerpo a cuerpo. Había muchos lugares contra los que golpearse, y los bancos eran un peligro con el que tropezarse.

Amos lanzó la toalla a un lavabo y se apoyó en él con los brazos cruzados. No tuvo que esperar mucho. Unos pocos minutos después de que el joven hubiese hecho la llamada, cinco matones del equipo de extorsión y él entraron en el compartimento.

—¿Solo seis? Me siento un poco insultado.

—No eres pequeño —dijo el mayor, que parecía ser el líder—. Pero los grandullones también mueren.

—Cierto. Venga, ¿cómo hacemos? Estoy en vuestro terreno, así que respetaré las reglas de la casa.

El líder rio.

—Qué divertido. Morirás pronto, pero eres divertido. —Se volvió hacia el joven y dijo—: Todo tuyo, coyo.

El joven sacó un pincho del bolsillo. No se podían entrar armas en la zona de pasajeros, pero aquello era un pedazo de metal aserrado que habían arrancado de algún lugar de la nave para luego afilarlo. Como en una prisión.

—No quiero faltarte al respeto —le dijo Amos—. Mira, yo maté al primero cuando tenía tu edad. Bueno, a los primeros en realidad, pero eso no es lo importante. Que sepas que te voy a tratar en serio, tanto a ti como a ese cuchillo.

—Bien.

—No —dijo Amos con voz triste—, en realidad no está bien.

Antes de que nadie pudiera moverse, Amos cruzó el espacio que los separaba y agarró al joven por el brazo del arma. La nave solo estaba a un tercio de g de aceleración, por lo que pudo levantar al chico del suelo, girarlo en el aire y golpearle el brazo contra uno de los cubículos de las duchas. El cuerpo del joven siguió avanzando por el impulso y Amos no lo detuvo, por lo que se le retorció el brazo. El sonido de los tendones del hombro restalló como si alguien hubiese golpeado una chapa de madera húmeda con un martillo. El cuchillo cayó al suelo de entre los dedos inertes, y Amos le soltó el brazo.

Se hizo el silencio mientras los cinco matones miraban el arma que había caído a los pies de Amos, y él les devolvió la mirada. Ya no sentía ese vacío en el estómago. Tampoco lo sentía en el pecho. Le había dejado de doler la garganta.

—¿Quién es el siguiente? —dijo mientras estiraba las manos y les dedicaba una sonrisa involuntaria.

Se abalanzaron sobre él, y Amos extendió los brazos y los recibió como amantes que llevaban muchísimo tiempo sin verse.

—¿Estás bien? —preguntó Rico. Le estaba limpiando a Amos un pequeño corte que tenía en la cabeza con una gasa empapada en alcohol.

—Sí, ha sido poca cosa.

—¿Ellos están bien?

—Diría que algo peor que yo —respondió Amos—, pero aun así no es nada grave. Podrán

salir por su propio pie del baño cuando despierten.

—No tenías que hacer eso por mí. No me importaba pagar.

—No. —Al ver la mirada inquisitiva de Rico, Amos añadió—: No lo he hecho por ti. Y, Rico, será mejor que guardes ese dinero en la cuenta de ahorros de Wendy o tú serás el siguiente.

Holden

UNO DE los abuelos de Holden se había pasado la juventud participando en rodeos. En todas las fotos aparecía como un hombre alto, musculoso y robusto que llevaba un cinto con una hebilla enorme y sombrero de vaquero. Pero el hombre que Holden había conocido de pequeño era flaco, pálido y estaba encorvado. Era como si los años se hubiesen llevado todo lo superfluo y convertido a ese hombre en un anciano consumido.

Se sorprendió al ver lo macilento que veía a Fred.

Aún era alto, pero ya casi no lucía esos recios músculos del pasado y ahora tenía colgajos de piel en el cuello y en la parte trasera de los brazos. Había pasado de tener el pelo canoso casi por completo a quedarse casi calvo. Aún irradiaba un aura de autoridad absoluta, por lo que se podía llegar a deducir que era una característica que nunca había estado relacionada con su físico.

Cuando Holden se sentó, Fred tenía dos vasos y una botella de algo oscuro sobre el escritorio. Le ofreció una copa con un ligero gesto de la cabeza, y Holden aceptó con un asentimiento. Fred la sirvió, y él se reclinó en la silla con un suspiro. Luego dijo:

—Gracias.

Fred se encogió de hombros.

—Buscaba cualquier excusa.

—No me refería a la bebida, pero gracias también por eso. Gracias por la ayuda con la *Roci*, quería decir. Avasarala nos dio dinero, pero cuando le entregué la factura había ciertas averías de las que aún no sabíamos nada. Hubiésemos tenido un problema sin ese descuento de cliente preferente.

—¿Quién dice que os vaya a hacer un descuento? —preguntó Fred mientras le pasaba la copa a Holden. Pero sonrió mientras lo decía.

Fred se dejó caer en la silla con un gruñido. Holden no se había dado cuenta del miedo que le tenía a esa conversación. Se sintió como si estuviese pidiendo limosna, aunque en realidad se tratase de una charla de negocios distendida. Se alegró al ver que habían conseguido el descuento. También al comprobar que Fred no intentaba escurrir el bulto. Le hacía sentir que pasaba un rato con un amigo.

—Estás viejo, Fred.

—Me siento viejo, pero lo sigo prefiriendo a la única alternativa.

Holden levantó la copa.

—Por los que ya no están entre nosotros.

—Por los que ya no están entre nosotros —repitió Fred. Ambos bebieron—. La lista crece cada vez que nos vemos.

—Lo siento por Toro, pero se podría decir que es el salvador del Sistema Solar. No llegué a conocerlo mucho, pero algo me dice que le hubiese encantado el título.

—Por Toro —dijo Fred, que volvió a levantar la copa.

—Y por Sam —añadió Holden mientras levantaba la suya.

—Me iré pronto, así que quería hablar contigo.

—Un momento. ¿Cómo que irte? Irte... ¿irte? ¿O irte en plan como Toro y Sam?

—No, aún no te vas a librar de mí. Tengo que ir a la estación Medina —explicó Fred. Se puso un poco más de bourbon mientras fruncía el ceño, como si fuese una operación muy

complicada—. Es donde está toda la acción ahora.

—¿En serio? Creía haber oído algo sobre que la secretaria general de la ONU y el primer ministro de Marte se iban a sentar a negociar. Creía que era ahí hacia donde te dirigías.

—Que hablen todo lo que quieran. Ahora el poder se encuentra en la geografía. Medina está en el centro de la conexión entre anillos. Será el lugar que ostentará la supremacía durante mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo crees que la ONU y Marte te dejarán seguir con el numerito? Tienes ventaja, pero ellos cuentan con una buena cantidad de naves peligrosas con las que atacarte si llegan a la conclusión de que quieren arrebatarte ese lugar.

—Avasarala y yo hablamos mucho sobre el tema. No queremos que se nos vaya de las manos. —Fred hizo una pausa para darle un gran trago a la copa—. Pero tenemos dos problemas.

Holden bajó el vaso. Había empezado a darle la impresión (o más que una impresión) de que el descuento en las reparaciones no iba a ser el final de sus negociaciones.

—Marte —dijo Holden.

—Sí, Marte está acabado —aseguró Fred al tiempo que asentía—. Es imposible salvar el planeta, pero también tenemos un buen puñado de extremistas de la APE que no dejan de armar jaleo. El ataque en Calisto del año pasado fue obra de ellos. También los disturbios de agua en la estación Palas. Y más cosas. La piratería ha aumentado, y hay muchas más naves de las que me gustaría con el círculo dividido de la APE pintado en el casco.

—Pensé que todos los problemas se resolverían dándole un planeta gratis a esa gente.

Fred le dio otro trago a la copa antes de responder.

—Afirman que la cultura cinturiana está adaptada al espacio y que la perspectiva de que haya nuevas colonias con aire y gravedad reduce la base económica de la que depende su pueblo. Obligar a todo el mundo a bajar a un pozo de gravedad es el equivalente moral a un genocidio.

Holden parpadeó.

—¿Que darles un planeta gratis es un genocidio?

—Aseguran que estar adaptados a la baja gravedad no es una discapacidad, sino que forma parte intrínseca de su naturaleza. No quieren vivir en un planeta, así que, en su opinión, es como si los matásemos.

—Vale, entiendo que no quieran pasar seis meses hasta arriba de esteroides y estimuladores de crecimiento óseo, pero tanto como matarlos...

—También hay que tener en cuenta que es una adaptación que no todos serían capaces de tolerar. Pero eso no es lo importante, lo importante es que todo esto —Fred hizo un gesto con la mano para abarcar la estación espacial en la que se encontraban— llegará a su fin cuando todo el mundo viva en un planeta. No servirá de nada durante generaciones, como mínimo. Quizá para siempre. No hay razón alguna para gastar recursos en los planetas exteriores ni realizar explotaciones mineras en el Cinturón cuando podemos encontrar lo mismo en esos pozos y, además, conseguir aire y agua gratis.

—Vale, cuando no tengan nada que quieran los demás, se morirán de hambre en el vacío. ¿A eso te refieres?

—Eso es lo que opinan ellos —dijo Fred.

Holden y él se quedaron un momento en silencio mientras le daban otro trago a la bebida.

—Sí —dijo Holden al fin—. Bueno, en parte tienen razón, pero la verdad es que no se me ocurre qué pueden hacer al respecto.

—Tienen a gente intentando encontrar una solución, pero se les está yendo de las manos.

—Calisto y Palas.

—Y hace poco han atacado la Tierra con un viejo carguero pesado que ya estaba fuera de servicio.

Holden rio.

—No he oído que nadie haya bombardeado la Tierra, así que no debe de haberles salido bien.

—Bueno, fue un ataque suicida, y el suicidio funcionó a medias. La flota de la ONU que patrullaba la órbita alta redujo a gas el carguero a una décima parte de una UA de distancia del planeta. No hubo que lamentar daños, pero sí llegó a la prensa. No obstante, es posible que todos estos ataques sean algo preliminar y que en realidad estén planeando algo grande para demostrar que no se puede ignorar al Cinturón. Lo que me da más miedo es que nadie se imagina qué están tramando.

El pasillo principal ligeramente inclinado del anillo habitacional de la estación Tycho estaba lleno de trabajadores. Holden no hacía mucho caso a los horarios de la estación, pero ahora que esa multitud se arremolinaba a su alrededor daba por hecho que tocaba cambio de turno. Eso, o se estaba llevando a cabo una evacuación ordenada sin que sonase ninguna alarma.

—¡Anda, Holden! —saludó alguien al pasar.

—¿Qué tal? —respondió él sin estar muy seguro de a quién se lo decía.

Todavía no sabía muy bien cómo afrontar el hecho de ser una celebridad. La gente le señalaba, se quedaba mirándolo y susurraba al verlo pasar. Holden sabía que, en general, no podía tomárselo como un insulto y que en su mayor parte se debía a la sorpresa que sentían al verlo en el mundo real cuando hasta ese momento solo lo habían visto en una pantalla. Muchos de los murmullos que oía eran: «¿Ese no es James Holden? Creo que es James Holden».

—Holden —saludó una mujer que se le acercaba por el pasillo—, ¿qué tal?

La estación Tycho daba cobijo a unas quince mil personas que trabajaban en tres turnos diferentes. Era como una pequeña ciudad espacial. No recordaba si conocía a la mujer que le acababa de hablar, así que se limitó a sonreír y dijo:

—Anda, ¿qué tal?

—Bien, bien —respondió ella mientras pasaba de largo.

Se sintió muy aliviado cuando llegó a la puerta de su apartamento y vio que la única persona que había dentro era Naomi. Estaba sentada a la mesa frente a una humeante taza de té y con la mirada perdida. Holden era incapaz de distinguir si se trataba de melancolía o si intentaba resolver un complicado problema de ingeniería. Eran miradas confusamente similares.

Se sirvió un vaso de agua del grifo de la cocina, se sentó frente a ella y esperó a que hablase. Naomi levantó la mirada y le dedicó una sonrisa triste. Al parecer no tenía nada que ver con la ingeniería.

—¿Qué tal? —saludó Naomi.

—¿Qué tal?

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Es algo que pueda solucionar? —preguntó Holden—. Dímelo y no se hable más.

Naomi le dio un sorbo al té para ganar algo de tiempo. No era buena señal, porque indicaba que se trataba de algo que no sabía muy bien cómo abordar. Holden sintió que se le constreñían los músculos del estómago.

—Bueno, en parte ese es el problema —dijo—. Tengo que hacer algo, y no puedo dejar que te involucres. Nada de nada. Porque, si lo haces, intentarás hacer todo lo posible por solucionarlo y no es algo que esté en tu mano.

—No entiendo —dijo Holden.

—Te prometo que cuando vuelva te lo contaré todo con pelos y señales.

—Un momento. ¿Cuándo vuelvas? ¿Adónde vas?

—En principio, a Ceres —respondió Naomi—, pero puede que tenga que ir a algún sitio más. Y no estoy segura de cuánto tiempo estaré fuera.

—Naomi —dijo Holden mientras extendía el brazo por encima de la mesa para cogerle la mano—. Me estás asustando muchísimo. Ni de broma vas a ir a Ceres sin mí. Sobre todo si es por algo malo, y algo me dice que esto es muy malo.

Naomi soltó el té y cogió la mano de Holden con las suyas. Los dedos con los que había sostenido la taza estaban calientes y el resto fríos.

—Pero eso es lo que va a ocurrir. No es una negociación. Así que, o voy porque me entiendes y me das el espacio suficiente para encargarme de esto por mi cuenta, o voy porque rompemos la relación y tu opinión ya no influirá para nada en mis acciones.

—Un momento, ¿qué?

—¿Quieres que rompamos? —preguntó Naomi. Le estrechó la mano con fuerza.

—No, claro que no.

—Pues gracias por confiar tanto en mí como para dejar que me encargue sola de esto.

—¿He dicho yo eso? —preguntó Holden.

—Sí, eso mismo. —Naomi se levantó. Junto a ella en el suelo había un morral lleno que Holden no había visto—. Me pondré en contacto contigo cuando pueda, pero si no es el caso, no saques conclusiones precipitadas. ¿Vale?

—Vale —respondió Holden. Un ambiente onírico se había apoderado de la escena. En pie junto al extremo de la mesa y con ese morral verde oliva, Naomi parecía estar muy lejos de él. Sintió que la estancia se agrandaba, o que él se había encogido. Holden también se levantó, y el vértigo le hizo trastabillar.

Naomi soltó la bolsa y lo abrazó con fuerza.

—Volveré. Te lo prometo —susurró con la barbilla apoyada en la frente de Holden.

—Vale —repitió él. Su cerebro había perdido la capacidad de formar palabras.

Naomi le dio un último apretón, cogió la maleta y atravesó la puerta.

—¡Un momento! —llamó Holden.

Ella echó la vista atrás.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Naomi antes de marcharse.

Holden se volvió a sentar, porque era eso o caer al suelo. Consiguió levantarse de la silla un minuto o una hora después, no lo supo a ciencia cierta. Estuvo a punto de llamar a Amos para invitarlo a unas copas, pero en ese momento recordó que Amos y Alex también se habían marchado.

Todos se habían marchado.

Le parecía extraño ver que nada había cambiado a pesar de que a su alrededor todo era diferente. Seguía levantándose por la mañana, lavándose los dientes, poniéndose ropa limpia y también desayunando. Llegó a los muelles de reparaciones a las nueve de la mañana hora local, se puso un traje espacial e intentó ayudar al equipo de reparaciones de la *Rocinante*. Se pasó ocho horas deambulando entre las cuadernas de la nave, colocando conductos, instalando propulsores de maniobra de repuesto o tapando agujeros. No sabía hacer muchas de las cosas que había que hacer, pero quería estar allí y siguió las órdenes de los técnicos que hacían el trabajo más complicado.

Le resultaba muy normal, rutinario, como si hubiese recuperado su antigua vida.

Pero luego regresaba al apartamento ocho horas después y no había nadie. Se sintió solo de verdad por primera vez en años. Amos no iba a ir a decirle de salir a un bar. Alex no se pasaba los días sentado en el sofá viendo canales de vídeo y haciendo comentarios sarcásticos a la pantalla. Naomi no estaba allí para preguntarle qué tal había ido el día ni para comparar cómo iban las reparaciones con sus notas. La habitación olía a vacío.

No era algo a lo que hubiese tenido que enfrentarse en el pasado, pero Holden empezaba a darse cuenta de lo mucho que necesitaba una familia. Había crecido con ocho progenitores y un grupo casi ilimitado de abuelos, tías, tíos y primos. Cuando se alistó en la marina y se marchó de la Tierra, pasó cuatro años en la academia con compañeros de habitación, de clase y también novias. Incluso después de que lo echaran por desacato, había ido directo a trabajar a Pur & Limp en la *Canterbury*, donde le esperaba una familia más variada de compañeros y amigos. Y si no eran amigos, al menos estaba rodeado de gente.

Las únicas dos personas de Tycho que consideraba amigos íntimos eran Fred, que solía estar ocupado con sus maquinaciones políticas y casi no tenía tiempo ni para respirar, y Sam, que había muerto en la zona lenta hacía unos años. El hombre que ahora ocupaba el lugar de Sam, Sakai, era un ingeniero competente y parecía tomarse en serio las reparaciones de la *Roci*, pero no había expresado interés alguno en mantener una relación más allá de eso.

Por esa razón, Holden pasaba mucho tiempo en los bares.

El Blauwe Blome era muy ruidoso y estaba lleno de mucha gente que conocía a Naomi, pero no a él. Las zonas cercanas a los muelles estaban hasta arriba de trabajadores ruidosos a los que seguro no les importaría meterse en una pelea con un tipo famoso al terminar de trabajar para descargar tensiones. Cualquiera lugar en el que había más de cuatro personas al mismo tiempo acababa por convertirse en un «haced una fila para sacaros una foto con James Holden y pasar una hora haciéndole preguntas personales». Por suerte, encontró un pequeño restaurante enclavado en un pasillo secundario entre una zona residencial y otra comercial. Se especializaba en lo que los cinturianos llamaban comida italiana y tenía una pequeña barra en una estancia trasera que todo el mundo parecía ignorar.

Allí Holden podía sentarse a una pequeña mesa, echarle un vistazo a las últimas noticias en su terminal portátil, revisar los mensajes y ponerse a leer al fin todos los libros que se había descargado durante los últimos seis años. En la barra se servía la misma comida que en el restaurante, y no estaba nada mal, aunque tenía poco que ver con lo que en la Tierra se consideraba comida italiana. Los cócteles no estaban muy allá, pero eran baratos.

La situación hubiese sido hasta mínimamente tolerable si Naomi no pareciese haberse esfumado del universo. Alex enviaba informes regulares de su situación. Amos había configurado su terminal portátil para enviar un mensaje de aviso a Holden cuando aterrizase en la Luna y luego en Nueva York. Pero de Naomi no tenía indicio alguno. Sabía que seguía existiendo, o que al menos su terminal portátil seguía encendido. Los mensajes que Holden le enviaba llegaban a alguna parte. Nunca recibió un aviso de conexión fallida. Pero la única respuesta que obtenía era esa notificación de mensaje recibido con éxito.

Después de pasar unas semanas con esa horrible rutina de comida italiana de mala calidad y cócteles baratos, al fin le sonó el terminal al recibir una solicitud de llamada. Sabía no que podía tratarse de Naomi. El retraso de la conexión hacía que una llamada en directo fuese impracticable para dos personas que no viviesen en la misma estación. Aun así, sacó el terminal del bolsillo a tanta velocidad que se le cayó y rodó por toda la estancia.

Chip, el camarero, dijo:

—¿Muchos margaritas o qué?

—Tuve suficiente con el primero —respondió Holden, que se agachó bajo una mesa en busca del terminal—. Y que sepas que llamar margarita a eso debería de ser ilegal.

—Es lo más parecido a un margarita que se puede hacer con vino de arroz y saborizante de lima concentrado —dijo Chip, que no parecía afectado por el comentario.

—¿Hola? —gritó Holden al terminal mientras tocaba con fuerza la pantalla para aceptar la llamada—. ¿Hola?

—¿Hola? ¿Jim? —dijo una voz de mujer. No se parecía nada a la de Naomi.

—¿Quién es? —preguntó antes de golpearse la cabeza con el borde de la mesa al salir de debajo. Luego gritó—: ¡Joder!

—Monica —respondió la voz al otro lado de la línea—. Monica Stuart. ¿Te pillo en mal momento?

—Ando un tanto ocupado, Monica —dijo Holden. Chip puso los ojos en blanco. Holden le dedicó una peineta, y el camarero empezó a preparar otra bebida, seguro que para castigarlo por la afrenta.

—Entiendo —dijo Monica—, pero tengo algo a lo que me gustaría que le echases un vistazo. ¿Nos podríamos ver en algún momento? ¿Para cenar, tomar una copa o lo que sea?

—Me temo que voy a pasar una buena temporada en la estación Tycho, Monica. Le están haciendo una buena puesta a punto a la *Roci*, así que...

—Ya, ya, lo sé. Yo también ando por Tycho. Por eso te he llamado.

—Vale —dijo Holden—. Claro que estás aquí, sí.

—¿Te va bien esta noche?

Chip dejó la bebida en una bandeja, y un camarero apareció por la puerta que daba al restaurante para llevársela. Vio que Holden la miraba y articuló un «¿Quieres otra?». La idea de pasar otra noche cenando lo que el restaurante se empeñaba en llamar lasaña y bebiendo esos «margaritas» de Chip para quitarse el sabor que le dejaba en la boca le pareció una lenta tortura.

Lo cierto era que se sentía solo y aburrido. Monica Stuart era periodista y tenía la mala costumbre de aparecer solo cuando le interesaba o cuando quería algo concreto. Siempre tenía intenciones ocultas. Pero si le decía que no, borraría de un plumazo la posibilidad de pasar una tarde diferente a las que había pasado desde que Naomi ya no estaba con él.

—Claro, Monica. Una cena estaría genial, pero que no sea italiano.

Comieron sushi de salmón de los peces que se criaban en la piscifactoría de la estación. Era carísimo, pero lo pagó ella con la cuenta de gastos. Holden se atiborró hasta que empezó a apretarle la ropa.

Ella comió con moderación, realizando movimientos cortos y precisos con los palillos y casi se podría decir que cogiendo un grano de arroz cada vez que se los llevaba a la boca. Ignoró por completo el wasabi. Holden también notó que la edad había hecho mella en sus facciones desde la última vez que la había visto en persona, pero a diferencia de Fred, los años le habían sentado bien y le daban un toque de experiencia y dignidad a su aspecto de celebridad.

Empezaron la velada hablando de cosas sin importancia: cómo iban las reparaciones de la nave, cómo le iba al resto del equipo que había viajado en la *Rocinante* cuando el Anillo era una novedad, dónde estaban Alex, Amos y Naomi. Holden habló más de lo que pretendía. Monica no le disgustaba, pero tampoco era alguien en quien confiase en demasía. Pero se conocían, habían viajado juntos y tenía casi más ganas de hablar con alguien conocido que de deleitarse con un buen plato de comida.

—Pues ha ocurrido algo raro —dijo Monica mientras se limpiaba las comisuras de los labios con una servilleta.

—¿Más raro que comer pescado crudo en una estación espacial con una de las reporteras más famosas de todo el Sistema Solar?

—Me halagas.

—Es una costumbre que tengo. No te confundas.

Monica empezó a rebuscar en el bolso y sacó una pantalla de vídeo enrollable. Apartó la vajilla y la extendió en la mesa. Se iluminó y apareció en ella la imagen de un carguero pesado, grande y con forma de bloque, que se dirigía a uno de los anillos que había en el interior de la zona lenta.

—Mira esto.

La imagen empezó a moverse. El carguero aceleró hacia la puerta anular a poca velocidad. Holden supuso que se trataba del que llevaba del Sistema Solar a la zona lenta y a la estación Medina, pero podría haber sido cualquier otro. Todos eran muy parecidos. La nave atravesó la puerta, y la imagen parpadeó y se agitó cuando el equipo de grabación recibió el embate de las partículas de alta energía y el flujo magnético. Después se estabilizó, pero la nave ya no estaba allí. No es que fuese muy significativo. La luz que atravesaba las puertas siempre se comportaba de forma extraña y alteraba las imágenes de la misma manera que ocurría en el agua. El vídeo terminó.

—La he visto antes —dijo Holden—. Tiene buenos efectos especiales, pero la trama deja mucho que desear.

—Imposible. ¿Sabes qué le ha pasado a esa nave? —dijo Monica con un gesto embargado por la emoción.

—¿Qué?

—No, venga, intenta adivinar. Especula. Formula una hipótesis. Porque te puedo asegurar que nunca llegó a cruzar al otro lado.

Alex

—OYE, Bobbie —dijo Alex a la cámara de su terminal portátil—. Voy a estar una semana o dos en el Marineris, me quedo en casa de mi prima. Me preguntaba si te apetecería quedar para comer mientras ando por allí.

Terminó de grabar el mensaje, lo envió, se metió el terminal portátil en el bolsillo, titubeó y volvió a sacarlo. Empezó a rebuscar en los contactos en busca de otra distracción. Cada minuto que pasaba se encontraba más cerca de la ligera exosfera de su hogar. Ya estaban en órbita alrededor de Fobos y de la gravilla casi invisible y desperdigada que la gente llamaba el Anillo de Deimos. La nave de transporte no tenía pantallas, pero seguro que desde allí habría podido ver la enorme estructura de metal de la base Hécate que se erigía en la ladera del monte Olimpo. Había ido al campo de entrenamiento de esa base después de alistarse en la marina.

El de Valles Marineris había sido uno de los primeros asentamientos a gran escala de Marte. Estaba formado por cinco vecindarios interconectados que estaban enclavados en los enormes cañones y se amontonaban bajo piedra y regolito. La red de puentes y túneles que los conectaba se llamaba Haizhe porque las estructuras más occidentales de los túneles y puentes formaban algo parecido al dibujo animado de una medusa. La última línea de alta velocidad que se había montado y que llegaba hasta Londres Nova parecía una lanza que atravesase la umbrela de la medusa.

Las oleadas de colonos chinos e indios habían excavado a mucha profundidad en la tierra seca del lugar y sobrevivido a duras penas a una existencia parva y arriesgada que había conseguido llevar al límite la habitabilidad y las capacidades humanas. La familia de Alex había sido una de esas. Él era hijo único, y sus padres eran mayores. No tenía sobrinos ni sobrinas, pero había tantos primos Kamal en el Valles que podría quedarse en habitaciones de invitados durante meses y no llegar a saludarlos a todos.

El transporte se estremeció debido a que la atmósfera del exterior ya tenía la densidad suficiente como para causar turbulencias. Empezó a sonar con suavidad la alarma de aceleración y una grabación les indicó a él y al resto de los pasajeros que se amarrasen a los asientos de gel y pusiesen cualquier objeto que pesara más de dos kilos dentro de las taquillas que había en los mamparos que tenían al lado. La maniobra de desaceleración empezaría en treinta segundos y alcanzarían una aceleración máxima de tres g. La voz lo pronunció como si fuese mucho, y supuso que la mayoría de los pasajeros habían quedado impresionados.

Dejó el terminal portátil en la taquilla, activó el ciclo de cerrado y esperó a que los propulsores de freno lo empujasen contra el asiento. Un bebé lloraba en uno de los compartimentos. Empezó la cuenta atrás, que creó una melodía que tenía un ritmo distinguible en cualquier idioma. Los tonos terminaron en un acorde suave y brusco que dio paso a la aceleración, y Alex quedó empotrado contra el gel. Se quedó medio dormido mientras la nave se agitaba y repiqueteaba. La atmósfera de Marte no tenía la densidad suficiente para apoyar el aerofrenado a lo largo de la trayectoria descendente de la nave, pero aun así podía generar mucho calor. Alex empezó a realizar los cálculos de aterrizaje en la duermevela, y los números se volvieron cada vez más surrealistas a medida que el sueño ligero se apoderaba de él. Si algo hubiese ido mal, un cambio en la aceleración, una sacudida por impacto o un cambio en los cardanes de la nave, se habría despertado y puesto alerta al instante. Pero no sintió nada, lo que indicaba que todo estaba

en orden. Era una vuelta a casa más que decente.

El muelle en sí se encontraba en la base del valle. Seis kilómetros y medio de roca se erigían desde el suelo, y la franja de cielo que se abría encima se extendía poco más de treinta grados de borde a borde. La estación de tratamiento era uno de los edificios más antiguos del Marineris, y tenía una enorme cúpula transparente que servía tanto para bloquear la radiación como para impresionar por su tamaño. Los cañones se extendían hacia el este, abruptos, accidentados y hermosos. Las luces resplandecían en las paredes del cañón en las que los vecindarios sobresalían de la roca, casas de los increíblemente ricos que habían cambiado la seguridad de la profundidad de la tierra por tener una ventana que diese al exterior. Otro transporte sobrevoló el suelo a baja altura, lo que al parecer les daba a sus finas alas un poco más de impulso.

Los datos confirmaban que en otra época Marte había tenido su propia biosfera. Que había llovido en aquel terreno. Que los ríos habían fluido. Puede que no fuese durante el abrir y cerrar de ojos que suponía la historia de la humanidad en el tiempo geológico, pero sí en algún pasado remoto. Alex hizo cola en la aduana y levantó la vista. La gravedad del planeta, que solo era de un tercio de g, le resultó un tanto extraña. No importaba lo que dijese los números, la gravedad de la aceleración era diferente que la de un pozo de gravedad. Alex sintió que la magnificencia de los cañones y lo inquietante de su peso le oprimían el pecho.

Estaba allí. Había vuelto a casa.

El hombre que se encargaba de la llegada de los viajeros hacía gala de un frondoso bigote blanco con algunas hebras rojas. Tenía los ojos inyectados en sangre y expresión taciturna.

—¿Placer o negocios?

—Ni una cosa ni la otra —dijo Alex con acento marcado—. He venido a ver a mi exmujer.

El hombre le dedicó una breve sonrisa.

—¿Y eso acabará en placer o en negocios?

—En negocios seguro que no —respondió Alex.

El hombre tocó la pantalla del terminal y asintió a la cámara. Mientras el sistema confirmaba que Alex era quien decía ser, él se preguntó por qué había dicho eso. No había dicho que Tali fuese una arpía ni la había insultado, pero no le había costado mucho dejarse llevar por aquel chiste fácil. Le dio la impresión de que ella merecía algo mejor por su parte. Y seguro que así era.

—Disfrute de su estancia —dijo el hombre, que dejó paso para que Alex entrase en el mundo que había abandonado.

Su prima Min se encontraba en la zona de espera. Era diez años más joven, y los últimos vestigios de la juventud empezaban a desaparecer de sus rasgos a medida que se abrían paso los primeros lastres de la mediana edad. La sonrisa seguía siendo la de la niña que había conocido.

—Qué pasa, vaquero —dijo con un acento del Marineris más marcado del que seguro solía tener—. ¿Qué te trae por aquí?

—Poco sentido común y muchos sentimientos —dijo Alex al tiempo que abría los brazos. Se abrazaron un instante.

—¿Has traído equipaje? —preguntó Min.

—Viajo ligero.

—Muy bien. Un carrito nos espera en la entrada.

Alex arqueó una ceja.

—No tenías por qué hacerlo.

—Son más baratos que antes y los chicos no volverán de la universidad inferior hasta dentro de cuatro horas. ¿Quieres hacer algo antes de que ocupen todo nuestro tiempo?

—Solo he venido para dos cosas: ver a la gente y comerme unos fideos de Hassan.

Una turbación se reflejó en la cara de Min por un instante antes de volver a desaparecer.

—Hay un restaurante de fideos muy bueno en la cara sur. Tienen una salsa de ajo maravillosa. Pero Hassan cerró hace unos cuatros años.

—Bueno. No, no pasa nada. Lo que me gustaba de los fideos de Hassan no era que fuesen buenos.

—Sí, está claro que buenos no eran.

—Lo que me gustaba era que los hacía él.

El carrito era uno común y eléctrico, más amplio y resistente de los que se usaban en las estaciones. Las ruedas eran de un polímero color claro que no dejaba marca en el suelo de los pasillos. Alex se colocó en el asiento de pasajeros y dejó que Min se encargara de conducirlo. Hablaron sobre cosas irrelevantes y familiares: quién se había casado, quién divorciado y quién se había mudado y adónde. Un número sorprendente de parientes de Min se dirigían en naves hacia el Anillo y, aunque no lo decía de manera directa, Alex tuvo la sensación de que ella estaba más interesada en saber qué había visto él al otro lado que en cómo le iba la vida.

Atravesaron un largo túnel de acceso y luego uno de los puentes que conectaban con Bunker Hill. Era el vecindario en el que Alex había crecido. Las cenizas de su padre estaban en la cripta de la sinagoga del lugar, mientras que las de su madre se habían esparcido por el Ophir Chasmata. La primera chica a la que había besado vivía a solo dos pasillos de la casa en la que ahora vivía la familia de Min. Su mejor amigo de la infancia era un chico de etnia china llamado Johnny Zhou que vivía con un hermano y una hermana mayores al otro lado del cañón.

Los recuerdos se apoderaron de sus pensamientos ahora que volvía a recorrer esos pasillos. Pasaron por la curva del pasillo del Lone Star Sharabaghar, donde había concursos de baile y de bebida todos los fines de semana. Por la bodega de la esquina del pasillo Dallas con el Nu Ren Jie, donde cuando tenía nueve años lo habían pillado robando chicles. Por el puesto de peaje del Alamo Mall en cuyos baños se había puesto muy enfermo. Sabía que eran cosas que ocurrían miles de veces todos los días y que lo único que las convertían en algo excepcional era que le pertenecían a él.

Pasó un tiempo sin darse cuenta de que algo le estaba haciendo sentir incómodo. Era como la diferencia entre la gravedad planetaria y la de la aceleración: el vacío de los pasillos era demasiado sutil para darse cuenta en un primer momento. Incluso cuando Min empezó a internarse más en el vecindario, lo que más le llamó la atención del lugar eran las luces y las cerraduras. No salía luz alguna de las habitaciones, y los negocios estaban desperdigados por los pasillos como puñados de arena. No es que fuese muy significativo, pero Alex vio cómo una a una iban brotando como flores en un prado las cerraduras externas que los caseros y los equipos de seguridad colocaban en las puertas cuando el lugar dejaba de estar habitado. Siguió charlando con su prima, pero empezó a contarlas mientras avanzaban. De las siguientes cien puertas con las que se encontraron, fueran hogares, negocios, garitas de mantenimiento o escuelas, había veintiuna que no estaban en uso.

Lo mencionó cuando Min detuvo el carrito frente a su puerta.

—Sí —afirmó ella con una tranquilidad que parecía impostada—. Un pueblo fantasma.

Talissa se había mudado en algún momento de los años que habían pasado. Las habitaciones antiguas que habían compartido se encontraban en Ballard, enclavadas entre la estación naval y la vieja potabilizadora de agua. Los registros locales confirmaban que ahora vivía en Galveston Shallow. No era el vecindario que había imaginado para ella, pero las cosas cambiaban. Quizá ahora tuviese más dinero. Esperaba que así fuese y deseaba que la vida le fuera lo mejor posible.

Los pasillos de Galveston Shallow eran amplios. La luz se proyectaba desde unos huecos que

había en la superficie y era luz del sol filtrada a través de una serie de protecciones transparentes que reducían al mínimo la radiación. Los techos grandes e inclinados hacían que el lugar casi pareciera orgánico y natural, y el olor de los recicladores de aire se disimulaba bajo los cargados y margosos aromas de las plantas que crecían por el lugar. Las zonas comunes estaban llenas de frondosos potos y lenguas de vaca, que producían un montón de oxígeno. La humedad del aire era extraña y reconfortante. Alex se dio cuenta de que aquel era el sueño de Marte hecho realidad, pero en un espacio reducido. Algún día, el proyecto de terraformación convertiría el planeta en algo así, si es que llegaba a funcionar. La flora, la fauna, el agua y el aire. Algún día, siglos después de que él hubiese muerto, la gente podría caminar por la superficie del planeta rodeada de plantas como aquellas. Y quizá también sentir el sol directamente sobre su piel.

Se estaba distraendo. Comparó su posición con la de la nueva dirección de Tali en su terminal portátil. El corazón le había empezado a latir más rápido de lo habitual y no tenía muy claro qué hacer con las manos. Se preguntó qué le iba a decir su mujer, cómo lo iba a mirar. Tanto la rabia como la alegría estarían justificadas. Aun así, esperaba que fuese alegría.

Su plan, que era encontrar el lugar, recuperar la compostura y llamar al timbre, fracasó sin remedio, ya que la vio tan pronto como dobló la última curva que daba a sus habitaciones. Estaba arrodillada entre las plantas de la zona común con una pala de jardinería en la mano. Llevaba unos pantalones de trabajo de tela gruesa manchados de tierra y una descolorida camisa marrón con una infinidad de bolsillos y enganches para herramientas de jardinería, la mayoría vacíos. Tenía el pelo de un castaño refulgente y ni una cana, por lo que debía de ser teñido. También la cara más ancha y las mejillas más voluminosas, pero era guapa y era Talissa.

Alex sintió que una sonrisa resultado de la ansiedad en lugar de la alegría se dibujaba en sus labios. Se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar despacio, con tranquilidad y naturalidad. Tali levantó la cabeza de lo que estaba haciendo y la volvió a bajar. Se le tensaron los hombros, la levantó otra vez y se quedó mirando a Alex. Luego él levantó una mano con la palma hacia fuera.

—¿Alex? —dijo mientras él llegaba al borde de la zona ajardinada.

—¿Qué tal, Tali? —saludó Alex.

—¿Qué haces aquí? —dijo con una voz de la que lo único que emanaba era recelo.

—Están arreglando mi nave y tenía tiempo libre. Se me ocurrió que podía pasar por la ciudad y ver qué tal le va a la gente. Ya sabes.

Talissa asintió, y su boca se retorció en ese gesto que significaba que le estaba dando muchas vueltas a algo. Quizá debería haberle enviado un mensaje antes de venir, pero Alex creía que tenía que ser un encuentro cara a cara.

—Bueno —dijo ella—. Vale.

—No quiero interrumpir, pero ¿te apetecería que te invitase a una taza de té cuando termines? Tali giró sobre los talones y ladeó la cabeza.

—Alex, déjalo ya. ¿Qué haces aquí?

—Nada —respondió él.

—No. Tiene que haber algo. Estás aquí por algo.

—De verdad que no. Es solo que...

—No —dijo ella con tono amable—. No me engañes. Uno no va a casa de su ex mujer sin razón porque le apetece invitarla a una taza de té.

—Bueno, vale —dijo Alex—, pero pensaba que...

Tali agitó la cabeza y se dio la vuelta para seguir excavando en la tierra negra.

—¿Qué pensaste? ¿Que tomaríamos algo, hablaríamos de los viejos tiempos y nos

pondríamos sensibleros? ¿Que quizá la nostalgia conseguiría que nos acostásemos?

—¿Qué? No, yo no...

—Mira, no me dejes como la mala. Tengo una vida rica, plena y compleja de la que tú elegiste no formar parte. Me pasan muchas cosas que no me apetece compartir contigo, y consolar al tipo que me abandonó hace trepecientos años porque tiene... ¿Qué sé yo? ¿Una crisis de la mediana edad? No es mi prioridad y no creo que me lo merezca.

—Vaya —se limitó a decir Alex. Sintió como si se hubiese tragado un proyectil de wolframio y se ruborizó. Tali suspiró y volvió a mirarlo. No tenía expresión cruel. Ni siquiera antipática. Cansada, quizá.

—Lo siento —dijo ella—. Éramos una pareja que se conocía el uno al otro, pero eso se acabó.

—Claro. Lo siento.

—No es culpa mía que estés así. Al contrario, es culpa tuya. Yo solo estaba atendiendo mis plantas.

—Lo sé. No quería incomodarte. Ni ahora ni antes.

—¿Antes? ¿Cuando me abandonaste?

—Eso no era lo que quería. No tenía nada que ver contigo ni...

Tali agitó la cabeza con fuerza, con una sonrisa que Alex conocía bien.

—No. No quiero hablar del tema, Alex. Ya hemos empezado a entrar en el pasado, y esa es justo la conversación que no quiero tener. ¿Vale?

—Vale.

—Muy bien.

—Lo siento si ha sido... difícil.

—Me las apañó —dijo ella.

Alex levantó la mano, el mismo gesto que le había dedicado al acercarse, pero con un significado diferente. Se dio la vuelta. Empezó a andar. La humillación le encogía el pecho. Casi no pudo resistir las ganas de echar la vista atrás para comprobar si ella también lo miraba a él.

Pero no lo hizo.

Tali estaba en lo cierto. Había una razón por la que había aparecido en la puerta de su casa sin previo aviso: porque sabía que si le decía que no, tendría que respetar esa decisión. Pero Alex sabía que si se veían en persona, respirando el mismo aire, a ella le costaría más rechazarlo. Eso era. Y hacerlo quizá le había puesto las cosas más difíciles a ella.

El primer bar en el que entró se llamaba Los Compadres, y el ambiente olía a lúpulo y a queso derretido. El hombre de detrás de la barra no parecía tener ni la edad necesaria para beber, y su piel cetrina estaba adornada con una melena rojiza y un bigote del que como mucho se podría haber dicho que era pelusilla. Alex se sentó en un taburete alto y pidió un whisky.

—Un poco temprano para empezar la fiesta —dijo el camarero mientras se lo servía—. ¿Qué celebras?

—Pues resulta —empezó a decir Alex exagerando un poco su acento del Valles Marineris para darle más efecto a sus palabras— que a veces soy un gilipollas.

—Es duro darse cuenta.

—Sí que lo es.

—¿Y esperas que beber solo lo mejore?

—Qué va. Solo me atengo a las tradiciones propias de la alienada aflicción masculina.

—Me parece bien —dijo el camarero—. ¿Quieres algo para comer?

—Pásame la carta.

Media hora después, solo se había bebido la mitad de la copa. El bar empezaba a llenarse, lo que significaba que había quizá unas veinte personas en un espacio que podía albergar hasta setenta. Sonaban rancheras por unos altavoces ocultos. Volver a casa de su prima y fingir que todo iba bien era un poco peor que quedarse sentado en el bar, así que decidió esperar a que se le pasase la autocompasión. Intentó pensar en lo que podía haber dicho o hecho de forma diferente para que las cosas hubiesen resultado distintas. Lo único que se le había ocurrido por el momento era «No abandones a tu esposa», que venía a ser lo mismo que «Sé otra persona».

Le sonó el terminal portátil y lo sacó. Era un mensaje que le acababa de enviar Bobbie Draper.

¿Qué tal, Alex? Siento haber tardado tanto en ponerme en contacto contigo, pero he estado ocupadísima. Claro que me gustaría quedar si estás por aquí. Puede que tenga que pedirte un favor, si te parece. Pásate cuando quieras.

Vivía en Londres Nova. Tocó la dirección y apareció un mapa en la pantalla. Alex no estaba muy lejos de la parada de metro exprés y quizá podría llegar para la hora de la cena. Tocó la superficie de la barra con el terminal portátil para pagar la bebida y se estiró. En el pasillo había un carrito roto y media docena de trabajadores de mantenimiento alrededor. Una mujer con la piel del color de la leche pasó a su lado y se quedó mirándolo hasta que Alex le dedicó un saludo con la cabeza. Supuso que se estaría preguntando si de verdad era el piloto de James Holden. Se marchó antes de que se lo pudiese preguntar.

Sí. Le iba a venir bien ver a Bobbie.

Amos

HABÍAN construido el puerto espacial un kilómetro a las afueras de Ciudad Lovell. Ahora era el corazón geográfico de la mayor metrópolis de la Luna, aunque no era algo que se pudiese afirmar viéndola desde el espacio. Había muy pocas cúpulas en la Luna, ya que la constante lluvia de micrometeoritos la podía convertir en una lanzadera de eyección atmosférica fortuita. Por eso, mientras descendían, los únicos indicios de que allí había una ciudad eran los puntos de acceso esporádicos que había repartidos por la superficie y el propio puerto espacial. Los muelles no eran los originales, pero seguían siendo muy antiguos. El entablado había sido blanco, pero ahora había unos caminos grises que los años habían llenado de marcas de botas y ruedas de carritos. Las ventanas marcadas de la oficina del sindicato se elevaban sobre el alargado pasillo, y el aire tenía el aroma a pólvora propio del polvo lunar.

Los extorsionadores se quedaron en la zona de desembarco en tropel para intimidar a Amos con la mirada mientras abandonaba la nave. Él se limitó a sonreír y saludar con la mano mientras avanzaba cerca de Rico, Jianguo y Wendy. Los acompañó hasta que abandonaron la enorme terminal.

—Hermano —dijo Rico al tiempo que le estrechaba la mano a Amos—. ¿Adónde irás ahora?

—Al pozo —respondió Amos—. Vosotros cuidad de esa pequeña, ¿vale? Y buena suerte con los nuevos trabajos.

Jianguo apretó a Wendy con más fuerza.

—Lo haremos. *Xie xie pour tout*.

Rico y Jianguo lo miraron como si esperasen algo más, pero Amos no tenía nada más que decir, por lo que se dio media vuelta y se dirigió a la terminal de transportes planetarios. La zona de espera estaba cubierta por una enorme cúpula falsa diseñada para impresionar a los turistas. La estructura al completo se encontraba bajo tierra, pero la enorme estancia estaba cubierta de arriba abajo por pantallas de ultra-alta definición en las que se veía el exterior. Las colinas y los cráteres de la superficie lunar se extendían en todas direcciones, pero lo que más llamaba la atención era el semicírculo verdeazulado que destacaba en el vacío. A esa distancia era un lugar muy bonito. Las ciudades eran poco más que luciérnagas parpadeantes. Desde la órbita lunar no se veía casi ninguna estructura creada por el hombre en el lugar donde el Sol proyectaba luz en el planeta. Parecía limpio e inmaculado.

Una mentira muy agradable.

El hecho de que cuanto más te acercases a algo peor aspecto iba a tener parecía una verdad universal. Hasta la persona más bella del universo albergaba un paisaje apocalíptico, lleno de cráteres e infestado de horrores si se miraba con el aumento adecuado. Con la Tierra ocurría lo mismo. Desde el espacio era una joya resplandeciente, pero de cerca era un territorio devastado cubierto de bichitos que se alimentaban de los restos.

—Un billete para Nueva York —dijo Amos a la taquilla automatizada.

El viaje a la Tierra fue tan corto que nadie intentó extorsionarlo, así que transcurrió sin contratiempos. El vuelo en sí estuvo lleno de turbulencias que le provocaron náuseas, por lo que no fue un camino de rosas. El espacio tenía sus cosas buenas: es cierto que podía ser un vacío infinito lleno de radiación que podía matarte en un abrir y cerrar de ojos si te despistabas, pero al

menos no había turbulencias. La lanzadera no tenía muchas ventanas, pero la parte delantera del compartimento contaba con una enorme pantalla panorámica en la que se veía el descenso por las cámaras externas. Nueva York pasó de ser un borrón grisáceo a una ciudad bien definida. El puerto espacial que había sobre la masa de tierra artificial que se encontraba al sur de Staten Island pasó de ser un plateado sello postal a una intrincada red de zonas de aterrizaje y vías de lanzamiento rodeadas por el océano Atlántico y que se encontraban muy cerca de la Lower New York Bay. Unos pequeños barcos de juguete que bien podrían haber adornado el baño de un bebé crecieron hasta convertirse en gigantescos cargueros a energía solar que surcaban los océanos. Todo lo que vio durante el descenso resplandecía y era tecnológicamente elegante.

Eso también era mentira.

Cuando la lanzadera aterrizó, Amos estaba deseando internarse en la ciudad para encontrarse algo lleno de mugre y ver al fin cosas que no fuesen mentira. Se levantó, sintió la gravedad de la Tierra y salió de la lanzadera. Le hubiese gustado sentir que algo iba mal y que le costaba andar por el lugar después de todo el tiempo que llevaba sin hacerlo, pero lo cierto era que había algo oculto en su interior, puede que incluso a nivel genético, que se alegraba de haber vuelto. Sus ancestros habían pasado miles de millones de años a un g de gravedad aportando información a esas estructuras internas, y su organismo suspiró aliviado al ver que todo volvía a su cauce.

—Gracias por volar con nosotros —dijo un rostro anodino con voz afable desde una pantalla que había cerca de la salida. La voz estaba medida a la perfección para no tener ningún dialecto regional ni marcas de género—. Esperamos volver a verle pronto.

—Qué te den —dijo Amos a la pantalla mientras le dedicaba una sonrisa.

—Gracias, señor —respondió la cara, que parecía haberse quedado mirándolo—. Transworld Interplanetary se tomará en serio sus comentarios y sugerencias.

Después de un breve recorrido en metro desde la zona de aterrizaje al centro de visitantes del puerto espacial, Amos llegó a la cola de aduanas para entrar en Nueva York y caminar por la superficie de la Tierra por primera vez en veintitantos años. El centro de visitantes apestaba a cuerpos demasiado hacinados, pero debajo de ese olor había un aroma no tan desagradable a sal y algas podridas. El océano del exterior se filtraba por todas partes. Era un recuerdo olfativo que recorría la Isla de Ellis de la era espacial y que dejaba claro por qué la Tierra era tan única para la especie humana. La cuna de todo. El agua salada que fluía por las venas de la humanidad era la misma que la de los océanos que se extendían por fuera de esos edificios. Los mares existían desde hacía más tiempo que los humanos y habían tenido un cometido fundamental en su desarrollo, y cuando todos hubiesen muerto recuperarían esa agua sin pensárselo dos veces.

Eso al menos no era mentira.

—Documentos de ciudadanía, gremio o sindicato —pidió el hombre de gesto desganado del puesto de aduanas. Parecía el único trabajo del lugar que aún no hacía un robot. Daba la impresión de que podía programarse a las máquinas para hacer cualquier cosa excepto para identificar a los que no tenían buenas intenciones. Amos sabía que le estaban escaneando todo el cuerpo, midiendo su ritmo cardíaco, sus niveles de humedad en la piel y su respiración. Pero todo eso podía disimularse con drogas o con entrenamiento. El trabajo del ser humano que había detrás del mostrador era fijarse en si había algo raro en él.

Amos le sonrió.

—Claro —dijo al tiempo que abría la identificación de la ONU en su terminal portátil. El agente de aduanas lo cogió y lo comparó con la de la base de datos. Leyó la pantalla con gesto impertérrito. Amos no había pasado por casa desde hacía casi tres décadas. Esperó a sabiendas de que seguro lo dirigirían a una cola de seguridad adicional para realizar una búsqueda más

exhaustiva. No sería la primera vez que un desconocido le metía un dedo por el culo.

—Muy bien —dijo el agente—. Que tenga una buena estancia.

—Que le vaya bien —se despidió Amos sin poder disimular el gesto de sorpresa de su rostro. El agente agitó las manos impaciente para que siguiera caminando mientras le decía que avanzase. La persona que esperaba detrás de él en la cola carraspeó con fuerza.

Amos se encogió de hombros y atravesó la línea amarilla que marcaba la frontera legal entre la Tierra y el resto del universo.

—¿Amos Burton? —preguntó alguien. Era una anciana con un traje gris asequible, ese que solían llevar los burócratas o policías de rango medio. Por eso no se sorprendió con lo que la mujer dijo después—: Tiene que venir con nosotros ahora mismo.

Amos le dedicó una sonrisa y sopesó sus opciones. Seis policías que llevaban una armadura antidisturbios propia de las situaciones de alto riesgo habían empezado a reunirse a su alrededor. Tres de ellos habían sacado pistolas táser, y los otros tres, semiautomáticas.

Amos levantó las manos.

—Me ha pillado, sheriff. ¿De qué se me acusa?

La agente de traje gris no dijo nada, y dos antidisturbios le colocaron las manos detrás de la espalda y lo esposaron.

—Lo digo porque acabo de llegar —explicó Amos—. Cualquier crimen que vaya a cometer no es más que hipotético, por el momento.

—Silencio —dijo la mujer—. No está bajo arresto. Vamos a dar un paseo.

—¿Y si no quiero?

—Pues le arrestaremos.

La comisaría del puerto espacial era casi como cualquier otra en la que Amos había estado. A veces las paredes eran de un gris industrial; otras, de un verde gubernamental. Pero los despachos de hormigón con ventanas de cristal que daban a las islas de cubículos amontonados eran tan cómodos en la Tierra como lo eran en Ceres. Hasta tenían el mismo olor a café quemado.

La policía de traje gris lo llevó a través del escritorio del sargento, asintió y lo soltó en una pequeña estancia que no se parecía a las salas de interrogatorio a las que estaba acostumbrado. Además de la mesa y cuatro sillas, lo único que había en ella era una enorme pantalla que casi cubría por completo una de las paredes. La policía lo ayudó a sentarse en una de las sillas que quedaban frente a la pantalla y luego se marchó y cerró la puerta al salir.

—Vaya —dijo Amos mientras pensaba si iba a ser testigo de una nueva estrategia de interrogación del cuerpo de policía. Se reclinó en la silla para ponerse cómodo y, si podía, echarse un sueñecito después del viaje tan movido en la lanzadera.

—¿A qué viene esto? ¿Te crees que es la hora de la siesta? Que alguien lo despierte, joder —dijo una voz que le resultaba familiar.

La imagen de Chrisjen Avasarala había aparecido en la pantalla y lo miraba desde las alturas. Su cara tenía cuatro veces el tamaño natural en ese monitor gigante.

—O no tengo problemas o estoy hasta arriba de mierda —dijo Amos con una sonrisa en el gesto—. ¿Cómo va todo, Chrissie?

—Me alegro de verte, pero vuelve a llamarme así y haré que un agente te acaricie un poco con una picana eléctrica —respondió Avasarala. Amos vio que también asomaba una sonrisa entre sus facciones.

—Claro, señora supersecretaria. ¿Llamas para echar un rato o...?

—¿Qué haces en la Tierra? —preguntó Avasarala sin rastro de humor en la voz.

—He venido a presentar mis respetos a una amiga que ha muerto. ¿Me he olvidado de

rellenar un formulario o algo así?

—¿Quién? ¿Quién ha muerto?

—Pues nadie que a ti te importe —dijo Amos con amabilidad impostada.

—¿No te ha enviado Holden?

—Qué va —respondió Amos mientras la ira empezaba a acumularse en el vientre como si fuese un trago de buen whisky. Tiró de las esposas y calculó las posibilidades que tenía de librarse de ellas para luego cruzar una estancia llena de policías. Sonrió sin darse cuenta.

—Si has venido a buscar a Murtry, deberías saber que no está en la Tierra ahora mismo —continuó Avasarala—. Afirma que le diste una paliza de muerte en la esclusa de aire de la *Rocinante* durante el vuelo de vuelta. ¿Has venido a terminar lo que empezaste?

—Murtry me atacó primero, así que podría decirse que fue en defensa propia. Además, ¿no crees que si lo quisiera muerto ya lo estaría? No es que suela dejar de pegar a la gente por cansancio.

—Entonces ¿a qué has venido? Si tienes algún mensaje de parte de Holden, ya puedes ir soltándolo. Si Holden quiere ponerse en contacto con alguien, será mejor que me digas con quién y a qué se dedica.

—Que Holden no tiene nada que ver con esto, joder —dijo Amos—. ¿No lo había dicho antes? Porque me da la impresión de que empiezo a repetirme.

—Él... —empezó a decir Avasarala, pero Amos la interrumpió.

—Él es el capitán de la nave en la que trabajo, no el jefe de mi puta vida. Tengo asuntos personales que tratar en la Tierra y esa es la razón de que esté aquí. Así que o me dices qué quieres o me dejas ir.

Amos no se dio cuenta de que Avasarala había empezado a inclinarse hacia delante hasta que la anciana volvió a reclinarsse. Respiró hondo y terminó por suspirar.

—Más te vale que lo digas en serio.

—El humor no es lo mío.

—Muy bien, pero espero que entiendas mi preocupación.

—¿Preocupación por que Holden trame algo? Pero ¿es que no lo conoces? No ha hecho nada en secreto en toda su vida.

Avasarala rio al oír el comentario.

—Cierto. Pero como haya enviado a su asesino a sueldo a la Tierra, haremos...

—Un momento. ¿Qué has dicho?

—Que como Holden haya enviado...

—No, lo de Holden no. Me has llamado su asesino a sueldo. ¿Eso es lo que opinas de mí? ¿Que soy un asesino que Holden tiene en nómina?

Avasarala frunció el ceño.

—¿Acaso no lo eres?

—Bueno, yo diría que soy mecánico, pero he de reconocer que el hecho de que la ONU tenga un archivo donde se afirma que soy el asesino de la *Rocinante* me parece fantástico.

—Sabes que si dices eso no vas a convencernos de lo contrario, ¿verdad?

—Bueno —dijo Amos al tiempo que se encogía de hombros como un terrícola, con las manos a la espalda debido a las esposas—, ¿hemos terminado?

—Casi —respondió Avasarala—. ¿Cómo estaban todos cuando te marchaste? ¿Bien?

—La *Roci* quedó muy maltrecha por lo ocurrido en Ilo, pero la tripulación está bien. Alex estaba intentando ponerse en contacto con su ex. El capitán y Naomi siguen frotándose sus partes con regularidad. Todo bien, vamos.

—¿Alex está en Marte?

—Bueno, es donde vive su ex. Supongo que habrá ido, pero la última vez que lo vi aún seguía en Tycho.

—Qué interesante —comentó Avasarala—. Y no me refiero al hecho de que vaya a intentar ponerse en contacto con su ex. Cualquiera que intente algo así es gilipollas.

—¿Verdad?

—Bueno —dijo Avasarala, que levantó la vista hacia alguien que se encontraba fuera del encuadre. Sonrió y aceptó una taza humeante de la mano flotante que apareció en la pantalla, le dio un gran sorbo y suspiró de placer—. Gracias por la charla, señor Burton.

—El placer ha sido mío.

—Por favor, ten en cuenta que mi nombre suele relacionarse con la *Rocinante*, el capitán Holden y su tripulación.

—¿Y? —preguntó Amos al tiempo que volvía a encogerse de hombros.

—Y —dijo Avasarala, que dejó la taza sobre el escritorio y volvió a inclinarse hacia delante — que si vas a hacer algo que voy a tener que ocultar, te agradecería que me llamas antes.

—Sin problema, Chrissie.

—Te he dicho que dejes de llamarme así, joder —dijo con una sonrisa en el gesto.

La pantalla se volvió a quedar en negro, y entró en la estancia la mujer que lo había detenido en el puerto espacial. Amos señaló la pantalla con la barbilla.

—Creo que le gusto.

Las calles de Nueva York no eran muy diferentes a esas de Baltimore en las que él había crecido. Había innumerables edificios altos, gran cantidad de tráfico automatizado y muchas personas que podían dividirse en dos grupos: los que tenían un lugar al que ir y los que no. Los trabajadores corrían del transporte público a los edificios de oficinas y viceversa con cada cambio de turno. Compraban cosas en los puestos callejeros, y el simple hecho de tener dinero era ya una señal de su estatus social. Los que vivían con la renta básica andaban sin rumbo y hacían trueques, vivían de lo que les sobraba a los productivos y hacían sus tejemanejes clandestinos, tan insignificantes que al gobierno no le merecía la pena prestar la más mínima atención.

Había un tercer grupo que andaba sin rumbo entre ellos como fantasmas, invisibles a todos los que no perteneciesen a su mundo. Los que vivían entre los intersticios. Ladrones en busca de una presa fácil. Camellos, estafadores y prostitutas de todas las edades y que pertenecían a cualquier punto del espectro del género y de la orientación sexual. Era el grupo al que había pertenecido Amos. Un camello que se encontraba en una esquina frunció el ceño al verlo, ya que había averiguado lo que era a pesar de no conocerlo. Daba igual. No se iba a quedar en la ciudad el tiempo suficiente para que alguien se acercara a él y descubriese cómo encajaba en ese ecosistema.

Después de caminar durante varias horas y de acostumbrarse a la sensación de gravedad y al hormigón bajo sus pies, Amos se detuvo en un hotel al azar y alquiló una habitación. Había algo en él que sí había cambiado: el dinero. Navegar en la *Rocinante* era un trabajo rentable a pesar de los peligros y las desdichas. Lo que había ganado le permitía no tener que preocuparse por el precio del hotel, así que se limitó a pedir una habitación y pagar con el terminal.

Se dio una buena ducha al llegar. La cara de Lydia lo miraba desde el espejo del baño mientras se lavaba los dientes y se afeitaba el pelo incipiente que había empezado a crecerle en la cabeza. Acicalarse le parecía un ritual, como las preparaciones de un hombre santo antes de realizar alguna ceremonia sagrada.

Al terminar, se sentó desnudo en medio de la enorme cama del dormitorio y leyó la

necrológica de Lydia

LYDIA MAALOUF ALLEN, FALLECIDA EL MIÉRCOLES 14 DE ABRIL EN...

Allen. Amos no conocía ese nombre. No le sonaba a ningún apodo y siempre la había conocido como Lydia Maalouf. Si no era un apodo, ¿sería su apellido de casada? Qué interesante.

CHARLES JACOB ALLEN, SU MARIDO DESDE HACE ONCE AÑOS...

Lydia se había casado con un hombre llamado Charles más de una década después de que él se hubiese marchado. Amos sondeó el descubrimiento como si metiera el dedo en una herida para descubrir si estaba infectada. Para comprobar si dolía. Pero lo único que encontró fue curiosidad.

FALLECIÓ TRANQUILA EN SU HOGAR DE FILADELFIA CON CHARLES A SU LADO...

Charles era el último que la había visto viva, por lo que era el primero a quien Amos tenía que buscar. Después de leer el resto de la necrológica varias veces, se conectó a la página de transporte público y compró un billete para el tren de alta velocidad a Filadelfia. Luego se tumbó en la cama y cerró los ojos. Le recorrió una extraña emoción al pensar que iba a reunirse con el marido de Lydia, como si compartiesen familia y Charles fuese alguien que debería haber conocido de toda la vida pero no hubiese podido hacerlo hasta ahora. No conseguía dormirse, pero la suavidad de la cama le relajó los músculos que se le tensaban en la espalda y también le hizo olvidar las náuseas que había sentido durante el viaje en lanzadera. Ahora tenía más claro cuál era su objetivo.

Si Lydia de verdad había muerto tranquila en su cama con su amado marido junto a ella, lo único que tendría que hacer sería hablar con él, echar un vistazo a la casa, poner flores en su tumba y darle un último adiós. Si ese no era el caso, tendría que matar a alguien. Ninguna de las dos posibilidades le ponía nervioso. Ambas le parecían bien.

Se dejó dormir.

Holden

HOLDEN rebobinó el vídeo y volvió a reproducirlo. La nave, una horrenda caja de metal con contenedores de almacenamiento adicionales amarrados en los flancos, le recordó a las carretas atiborradas de provisiones de las antiguas películas del Oeste. No eran muy diferentes. La *Rabia Balkhi*, registrada a nombre del capitán Eric Khan de Palas, no era más que un montón de gente y suministros que se dirigían a la frontera para reclamar un territorio. Cierto era que no tenían caballos, pero sí reactores de fusión.

La nave volvió a atravesar la puerta, la imagen vibró y se emborronó y la *Balkhi* desapareció.

—¿Y bien? —preguntó Monica con un tono cargado de expectación—. ¿Qué opinas?

Holden se rascó el brazo mientras pensaba una respuesta.

—Hay un millón de razones por las que un cacharro oxidado podría desaparecer ahí fuera —dijo—. Pérdida de contención en el núcleo, pérdida de presión atmosférica, toparse con escombros. Joder, es que hasta puede que se hayan quedado sin radio y estén viviendo cómodamente en un nuevo planeta a la espera de que alguien se pase para comprobar cómo les va.

—Quizá —dijo Monica al tiempo que asentía—. Si solo fuese una, pero de las cuatrocientas treinta y siete naves que han atravesado los anillos a otros sistemas estelares el último año, trece han desaparecido sin más. Puf.

Ella abrió los dedos como si imitase una pequeña explosión, y Holden hizo los cálculos mentalmente. Eran un tres por ciento del total. Cuando él estaba en la armada, los presupuestos siempre anticipaban un cero coma cinco por ciento de pérdidas por fallos mecánicos, impactos de asteroides, sabotajes y actividades enemigas. La cifra que le había comentado Monica era seis veces superior.

—Vaya —dijo él—. Parece una cifra demasiado alta para unas naves que han conseguido volar durante un año y medio hasta el Anillo.

—Eso es. Demasiado alta. Si las naves explotasen con tanta regularidad, nadie querría volar en ellas.

—Bueno —dijo Holden. Luego hizo una pausa para pedir otra copa desde la carta integrada en la mesa. Tenía la impresión de que la iba a necesitar—. ¿Y por qué nadie dice nada al respecto? ¿Quién está haciendo el seguimiento?

—¡Nadie! —dijo Monica con aire triunfante—. Esa es la cuestión. Nadie está haciendo el seguimiento. Hay miles de naves que abandonan el sistema para dirigirse hacia las puertas. Pertenecen a ciudadanos de tres gobiernos diferentes, y a algunos que incluso ni se consideran ciudadanos de ningún gobierno. La mayoría nunca ha preparado un plan de vuelo, y se ha limitado a tirar el equipaje en una saltarrocas y acelerar en busca de nuevos mundos.

—Supongo que así es como se consiguen nuevas propiedades.

—Y por eso se marchan, solos o acompañados, pero todos con la intención de llegar los primeros sea donde sea. El problema es que hay algo que los está deteniendo y haciéndolos desaparecer. A algunos, al menos.

—Está claro que tienes una teoría —dijo Holden.

—Creo que es la protomolécula.

Holden suspiró y se frotó la cara con ambas manos. Llegó su bebida y le dio un sorbo que

duró un minuto. Su boca quedó impregnada por el frío del hielo y el amargor de la ginebra. Monica se quedó mirándolo, a punto de botar debido a la impaciencia.

—No, no lo es —aseguró—. La protomolécula ha desaparecido. Ha muerto. Lancé uno de sus últimos nódulos de procesamiento hacia una estrella.

—¿Cómo lo sabes? Aunque se tratase del último resto de esa arma que ha fabricado los anillos, sabemos que quienquiera que los crease lo ha hecho con herramientas protomoleculares. Además, ¿qué otra cosa podría ser? He leído los informes que hablan sobre todos esos robots y cosas que se despertaron en Ilo. Era la protomolécula atacándonos por quitarle sus cosas.

—No, no lo era —aseguró Holden—. Eso no es lo que pasó. Llevé a ese lugar sin saberlo un nódulo de la infección original que aún intentaba comunicarse con quienquiera que lo hubiese enviado. Al hacerlo, despertó muchas cosas en Ilo. Las desconectamos y, como te acabo de decir, lo lancé a una estrella para evitar que volviese a ocurrir.

—¿Por qué estás tan seguro?

Uno de los chefs del bar de sushi anunció algo a voz en grito y media docena de personas que se encontraban a su alrededor le aplaudieron. Holden respiró hondo y soltó el aire poco a poco entre los dientes.

—Supongo que no puedo estarlo del todo. ¿Crees que podrías probar que no tengo razón?

—Creo que podría encontrar la manera de probar que sí la tienes —dijo Monica. Puso un gesto que indicó a Holden que lo que estaba a punto de decir era la verdadera razón de que hubiesen mantenido esa conversación. Parecía una gata cazando a punto de abalanzarse sobre un bistec—. Fred Johnson aún conserva la que podría ser la última muestra de la protomolécula. La que sacaste de esa nave secreta de Mao-Kwikowski.

—La que... ¡Eh! ¿Cómo lo sabes? —preguntó Holden—. ¿Y cuántas personas más lo saben?

—No revelo mis fuentes, pero creo que deberíamos hacernos con ella y comprobar si somos capaces de despertarla. Hacer que regrese ese fantasma tuyo de Miller y descubrir si es la protomolécula la que está usando las puertas para destruir nuestras naves.

Media docena de respuestas que iban desde «Es la peor idea que he oído» hasta «¿De verdad has oído lo que estás diciendo?» cruzaron la mente de Holden, que esperó unos segundos hasta que solo quedó una de ellas.

—¿De verdad quieres hacer una sesión de espiritismo?

—Yo no lo llamaría...

—No —dijo Holden—. Me niego.

—No puedo dejarlo pasar. Si no me ayudas con esto...

—No he dicho que no te vaya a ayudar, solo he dicho que no pienso conversar con un mejunje alienígena asesino para que me empiece a contar viejas batallitas de poli jubilado. Te aseguro que será mejor pasar de él y dejarlo tranquilo.

Monica puso un gesto campechano e interesado.

—Bueno, ¿entonces qué?

—Sabes lo que es la navaja de Ockham, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Bueno, pues afirma que la solución más sencilla suele ser la más probable. Imagina que oyes unos cascos en la distancia. Lo normal sería que pensases que son caballos, no cebras. Pues según tu lógica, estás pensando directamente que son unicornios.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Pues que será mejor que vayamos a buscar caballos o cebras antes de ponernos con los unicornios.

Holden no podía considerar ese nuevo e intrigante misterio como un nuevo trabajo a tiempo completo, pero al menos le servía para dejar de echar de menos a Naomi. Y a Amos. Y a Alex. Pero sobre todo a Naomi. Mientras se arrastraba por las cuadernas descarnadas del flanco de la *Rocinante* con un soplete de plasma en la mano en busca de fisuras, Holden se preguntó dónde iban esas naves al desaparecer. Monica tenía razón, era un número demasiado alto para achacarlo tan solo a errores fortuitos del sistema. Quedaban muchas otras posibilidades, aunque no tuviese en cuenta su teoría del unicornio protomolecular, y Holden había dejado de creer en las coincidencias desde que había empezado a pasar algo de tiempo con el inspector Miller. Además, también tenía que tener en cuenta que las células radicales de la APE habían empezado a atacar propiedades de los planetas interiores, como Calisto. O incluso la Tierra.

Una célula violenta de la APE que estaba muy en contra de la colonización. Y ahora, naves coloniales cargadas de suministros habían empezado a desaparecer sin dejar rastro. También había que tener en cuenta la estación Medina, conocida anteriormente como la *Bégimo* y antes como la *Nauvoo*, y el núcleo de las puertas anulares, que estaban bajo el control férreo de la APE. Era una teoría bastante convincente, pero no tenía prueba alguna de que fuese cierta.

De ser el caso, las naves podrían haber sido abordadas por las tripulaciones piratas de la APE, que se habrían llevado los suministros y lanzado a los colonos... ¿al vacío? Sería algo espantoso, pero la humanidad se había hecho cosas más horribles a sí misma. Si de verdad era cierto, seguro que se habían quedado las naves y para eso tendrían que haberlas hecho desaparecer, lo que conllevaba cambiar los códigos de los transpondedores. El hecho de que la *Rocinante* hubiese dejado de ser la *Tachi* era una prueba fehaciente de que era algo que la APE podía llegar a hacer.

—Sakai —dijo Holden al tiempo que cambiaba la frecuencia de la radio al canal privado que compartía con el jefe de ingeniería—. Oye, ¿estás por ahí?

—¿Algún problema? —preguntó con un tono de voz que sonaba como si retase a Holden a tener uno. Holden había aprendido a no ofenderse por sus formas. La impaciencia era el estado por omisión de Sakai.

—Una adivinanza, más bien.

—Odio las adivinanzas.

—Digamos que intentas descubrir si alguien ha robado un puñado de naves y cambiado los códigos de los transpondedores. ¿Cómo podrías encontrar esas naves si lo necesitas?

El ingeniero soltó un bufido reflexivo y tardó en responder.

—No habría que buscar las naves desaparecidas —respondió al fin—, sino las nuevas que han aparecido de la nada.

—Vale, sí. Tienes toda la razón. Gracias —respondió Holden.

Se detuvo junto a una soldadura agrietada que había entre el casco interior y una de las cuadernas de la nave y empezó a tocarla con el soplete. El protector facial se le oscureció, y el mundo se convirtió en un lugar oscuro en el que solo resplandecía una luz azul. Mientras trabajaba, pensó en cómo rastrear naves que hubiesen aparecido por arte de magia. El registro público de naves era un buen lugar para empezar, pero uno podía acabar abrumado por los datos si lo hacía de forma manual. Si Naomi estuviese allí, sin duda podría ayudarlo a crear un programa con su terminal portátil para encontrar lo que buscaba en diez minutos. Por desgracia, no podía contar con esas aptitudes para la programación, pero Fred tenía ingenieros informáticos a sueldo y si...

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sakai. Se había hecho un largo silencio desde que el ingeniero había hablado por última vez, por lo que a Holden le costó recordar el contexto de la

pregunta.

—¿Por qué qué? ¿Que por qué quiero saber cómo encontrar naves perdidas?

—Sí.

—Bueno, hay una amiga reportera que las busca y le he dicho que le echaría una mano. Intentaba encontrar la manera de hacerlo.

—Stuart —dijo Sakai. Era medio afirmación y medio pregunta—. He oído que está en la estación.

—Sí, mi vieja amiga Monica. Lo cierto es que creo que está cazando gamusinos, pero le dije que iba a ayudarla. Necesito algo para dejar de sentirme solo y melancólico.

—Sí —dijo Sakai, quien un momento después añadió—: Al menos la cosa no está tan mal como para que hayas empezado a creer en los gamusinos.

La luz de un mensaje de vídeo parpadeaba en el terminal de su habitación. Holden intentó por todos los medios no tener la esperanza de que fuese de Naomi, pero aun así sintió una desesperanza devastadora cuando vio la cara rechoncha de Alex en la pantalla.

—¿Qué tal, jefe? —dijo el piloto—. ¿Te acuerdas que iba a ver a mi ex mujer para tener una de esas reconciliaciones lacrimógenas? Pues ha salido mal. Supongo que debería habérmelo pensado mejor. Ahora creo que iré a ver qué tal le va a Bobbie antes de largarme, puede que me vaya mejor. ¿Cómo está mi chica? Espero que la dejéis impecable y esté en perfecto estado cuando regrese. Volveré a llamarte cuando pueda. Kamal, cambio y corto.

Holden estuvo a punto de empezar el vídeo de respuesta preguntando qué había ocurrido con la ex mujer de Alex, pero la pequeña voz de Naomi que se había asentado en su cabeza le dijo «No seas un metomentodo», y terminó por responder:

—Gracias por ponerte en contacto conmigo. Saluda a Bobbie de mi parte. Aún quedan meses para que la *Roci* esté lista, así que tómate tu tiempo.

Se quedó sentado un minuto mientras pensaba algo más que decir, pero al final borró la parte del vídeo en la que se había quedado en silencio y lo envió. Le resultaba extraño no tener nada que decirle a alguien tan importante para él ahora que no estaban juntos. Alex y él solían hablar sobre la nave, sobre los otros dos miembros de la tripulación o sobre cosas que hacer, pero ahora que todos estaban separados y la *Roci* en dique seco le daba la impresión de que hablar sobre cualquier otro tema sería un ataque directo a la intimidad de Alex. Pensar al respecto le hizo columbrar el largo camino hacia la amarga soledad, por lo que decidió ponerse a investigar.

La verdad es que no le hubiese venido mal tener un sombrero a mano.

—Qué pronto has vuelto —dijo Fred cuando Holden entró en su despacho acompañado por uno de los subalternos del líder de la APE—. Sé que mi café es muy bueno, pero...

Holden cogió una silla y se estiró mientras Fred se afanaba con la cafetera.

—Monica Stuart está en Tycho.

—Claro. ¿Crees que alguien así podría atracar en la estación sin que me enterase?

—No —admitió Holden—. Pero ¿sabes a qué ha venido?

La cafetera empezó a silbar, y la estancia se llenó de un aroma amargo e intenso. Fred se inclinó sobre el escritorio y tocó el terminal mientras el café terminaba de salir.

—Tiene algo que ver con naves desaparecidas, ¿verdad? Eso es lo que me ha comentado nuestro equipo de inteligencia.

—¿Se han molestado en profundizar un poco?

—La verdad es que no. He oído cosas, pero aquí estamos hasta arriba. Todas las naves que tienen un Epstein se dirigen hacia las puertas. Estamos muy ocupados intentando evitar que

choquen al atravesar los anillos. La mayoría se dirigen a sistemas inexplorados en los que no hay otras naves ni estaciones. No sabemos nada de algunas de ellas, así que parece que a esas les ha ocurrido lo evidente.

Holden aceptó la taza humeante de las manos de Fred con un gesto de agradecimiento y le dio un sorbo. El café del anciano nunca decepcionaba.

—Eso lo sé —aseguró Holden después de darle otro trago—. Y creo que la teoría de Monica es muy disparatada, pero es el tipo de noticia que empezará a llamar la atención de la gente si no encontramos una respuesta mejor.

—¿Ya tiene una teoría?

—Cree que es cosa de la protomolécula. Se basa en la tecnología y los robots que se activaron en Ilo.

—Me dijiste que se había acabado —dijo Fred al tiempo que frunció el ceño por encima de la taza de café. Unas volutas de vapor surgieron de su boca cuando volvió a hablar, como si de un dragón se tratase.

—Sí, no va a volver. Que yo sepa, no queda ninguna civilización protomolecular activa en todo el universo. Pero...

—Pero yo tengo ese mejunje inactivo que me diste.

—Así es, y Monica se ha enterado de alguna manera —dijo Holden.

Fred frunció aún más el ceño al oírlo.

—Parece que tengo algún soplón.

—Sin duda, sí, pero eso no es lo que me preocupa.

Las cejas de Fred se arquearon en un gesto inquisitivo.

—Monica dice que deberíamos usar ese mejunje como una tabla de *ouija* e invocar al fantasma de Miller.

—Pero eso es una estupidez —dijo Fred.

—¿Verdad? Por eso creo que antes de ponernos a trastear con virus alienígenas deberíamos tener en cuenta el resto de las posibilidades.

—Supongo que siempre hay una primera vez para todo —dijo Fred, con un sarcasmo demasiado sutil para lo que suponía su respuesta—. ¿Tienes alguna otra teoría?

—La tengo, pero no te va a gustar.

—Bueno, yo tengo bourbon, por si necesitamos anestesia para la operación.

—Puede que llegue a hacer falta —respondió Holden, que se terminó el resto del café para hacer algo de tiempo. Holden aún se sentía intimidado en presencia de Fred a pesar de todo lo que el hombre había envejecido durante la última década. Le costaba sacar a colación temas con los que Fred podía llegar a sentirse ofendido.

—¿Más? —preguntó al tiempo que señalaba la taza vacía de Holden. Él rechazó la oferta agitando la cabeza.

—Pues puede estar relacionado con esa célula independiente de la APE de la que me habías hablado —empezó a decir Holden.

—No creo que...

—Han realizado al menos dos ataques públicos. Uno a propiedades de Marte y otro en la mismísima Tierra.

—Y ambos fracasaron.

—Quizá —dijo Holden—, pero estamos dando por hecho que sabíamos cuáles eran sus objetivos, y no me parece que sea lo más sensato. Quizá ellos consideren como victorias hacer estallar por los aires gran parte de unos astilleros marcianos y obligar a la flota de la ONU a

disparar misiles contra un carguero arcaico.

—Muy bien —aceptó Fred, que asintió a regañadientes—. Tienes razón.

—También hay que tener en cuenta algo más. Esos radicales sin duda creen que la Tierra y Marte van a abandonarlos una vez se colonicen los nuevos mundos, por lo que los propios colonos también suponen un problema para ellos.

—Cierto.

—¿Y si esa célula radical de la APE decidiese que, además de atacar cosas de los planetas interiores, también les vendría bien enviar un mensaje atacando algunas naves coloniales?

—Bueno —empezó a decir Fred, tan lento que parecía que rumiase la respuesta mientras la pronunciaba—, el problema que le veo a esa teoría es el lugar donde realizarían dichos ataques.

—Los harían al otro lado de las puertas.

—Por eso lo digo —continuó Fred—. Atacarlas al atravesar el Cinturón sería lo lógico. Pero ¿al otro lado de las puertas? ¿Cómo han llegado allí? A menos que creas que han saboteado las naves de alguna manera. ¿Una bomba con una mecha muy larga?

—Hay otra posibilidad —aseguró Holden.

—No, no la hay —espetó Fred, que sabía lo que iba a decir a continuación.

—Fred, mira, sé que no quieres pensar que hay gente de Medina que te ha traicionado, pero quizá hayan manipulado los registros o apagado los sensores cuando no querían que los demás viesen quién atravesaba las puertas. Sé que es difícil de creer.

—Medina es clave para nuestros planes a largo plazo —dijo Fred con voz implacable—. He apostado en la estación a los trabajadores en los que más puedo confiar. Si los radicales tienen una quinta columna, no podría confiar en nadie de mi organización. En ese caso, sería mejor que lo dejara todo de lado y me retirase.

—En Medina hay miles de personas, y dudo que puedas poner la mano en el fuego por todos y cada uno de ellos.

—No, pero sí por los que lideran la estación. Son los más leales. Es imposible que pueda llegar a suceder algo así sin que ellos tengan constancia ni sin su cooperación.

—Eso da mucho miedo.

—Significaría que la estación Medina no está bajo mi control —explicó Fred—. Que la célula más violenta y extremista de nuestra facción controla el cuello de botella de toda la galaxia.

—¿Y cómo podríamos descubrir qué ha ocurrido? —preguntó Holden.

Fred se reclinó en la silla con un suspiro y dedicó una sonrisa triste a Holden.

—¿Sabes qué creo? Creo que estás aburrido, solo y que buscas algo para distraerte. No te dediques a dismantelar la organización que me he pasado formando toda mi vida para entretenerme un rato.

—Pero las naves han desaparecido. Está claro que ha ocurrido algo, aunque no sea cosa de Medina. No creo que podamos ignorarlo con la esperanza de que termine por solucionarse solo.

—Arregla tu nave, Jim. Arrégla y vuelve a reunir a tu tripulación. Esto de las naves desaparecidas no es asunto tuyo.

—Gracias por el café —dijo Holden al tiempo que se levantaba para marcharse.

—No lo vas a dejar, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Creo que como rompas algo de mi propiedad, pagarás por ello —respondió Fred.

—Lo tendré en cuenta —dijo Holden, con una sonrisa en el gesto—. Te mantendré al tanto.

Mientras salía por la puerta se imaginó que Miller le decía con una sonrisa en la cara:

«Uno sabe que ha encontrado una pregunta muy interesante cuando nadie quiere que

encuentres la respuesta».

Naomi

ÉRASE una vez una niña cinturiana llamada Naomi Nagata que se había convertido en una mujer. Las diferencias entre ambas se habían ido forjando día a día, hora a hora e incluso minuto a minuto, y el diagrama de Venn que las representaba no tenía casi ningún punto en común. Hacía años que Naomi había eliminado todas las similitudes que podía. El resto había permanecido a pesar de sus esfuerzos, pero se las ingeniaba para ignorarlo.

—Disfrute de su estancia en Ceres —dijo el agente de aduanas mientras pasaba a mirar al hombre que se acercaba detrás de Naomi. Ella asintió, le dedicó una sonrisa educada a través de la melena y recorrió los amplios pasillos del puerto espacial para convertirse en otro rostro más entre los millones que había en aquel lugar.

La estación Ceres era la mayor ciudad del Cinturón. Unos seis millones de personas que vivían en un asteroide ahuecado de cientos de kilómetros de diámetro. Había oído que casi un millón de individuos pasaban por su puerto espacial todos los días. Durante la mayor parte de su vida, la estación había sido un símbolo del colonialismo de los planetas interiores. Una torre enemiga en territorio cinturiano.

El calor de los pasillos era casi insoportable fuera de lo que era el puerto espacial, como si la carga entrópica de la ciudad estuviese atrapada en un termo en el vacío del espacio. La humedad cargaba el aire, y el olor a orín seco era como volver a ver la sonrisa de un viejo amigo. Unas pantallas de unos tres metros de alto lanzaban a diestro y siniestro anuncios tanto de maquinaria como de moda exclusiva, y el ruido que hacían era poco más que un rumor entre la constante sinfonía de voces, carritos y máquinas. Las imágenes de alguna batalla en la Tierra aparecieron en un canal público. Sería otra de esas pequeñas sectas de insurgentes o uno de esos conflictos étnicos habituales que volvían a provocar un derramamiento de sangre y que solo eran importantes porque ocurrían en la Tierra, lugar que tenía una carga muy simbólica hasta para los cinturianos que llevaban generaciones flotando en el vacío. La madre de la humanidad, esa cuyo látigo no dejaba de azuzar a los cinturianos. En la pantalla, un hombre de piel pálida con una herida sanguinolenta en el cuero cabelludo levantaba un libro. Uno sagrado, lo más seguro. Gritaba con un gesto cargado de rabia. Estaba segura de que la muerte de los mismos cinturianos no hubiese sido noticia. Ni siquiera ahora.

Avanzó en dirección rotatoria en busca de un puesto de comida que sirviese algo que le apeteciera en ese momento. Una opción eran los mismos productos franquiciados de siempre, los que había en cualquier estación, pero ahora tenía más, ya que la APE se había hecho con el control de Ceres. Dhejet y huevos al curri, fideos al sucedáneo de ternera, pienso rojo. La comida de su infancia. Comida cinturiana. La comida de la *Rocinante* había sido diseñada por alguien de la armada marciana y las existencias de comida para las que estaba preparada siempre eran nutritivas, a veces buenas y otras excelentes. Pero no era su comida.

Pidió un pienso rojo en un puesto malgrado que tenía una marquesina ajada después de que le pegaran publicidad de clubs de alterne durante generaciones. Se lo sirvieron en un recipiente marrón y cerrado a presión que le cabía en la palma izquierda y que traía una especie de espátula de plástico para comerlo. El comino del primer bocado sirvió para desempolvarle los recuerdos. Por un instante, volvió a sentir que se encontraba en su catre, en la nave del *zio* Kriztec, con un cuenco de cerámica blanca que le encantaba y que había olvidado durante años, comiendo en

silencio mientras los demás cantaban en la cocina. No podía tener más de seis años, pero era un recuerdo vívido y muy nítido. Dio otro bocado y lo saboreó. Mientras lo hacía, vio al hombre que la había estado siguiendo.

Era delgado, incluso para tratarse de un nativo. Tenía el pelo de un gris sucio que le caía por los hombros como si fuesen las alas plegadas de un ave. Se encontraba a unos quince metros de ella y hacía como que miraba un canal de noticias con un rostro aburrido pero apacible. Naomi no sabía qué era lo que le había llamado la atención y hecho pensar que ese hombre estaba allí por ella. Se debía quizá a la naturalidad con la que no la miraba o al ángulo de su postura.

Volvió a avanzar en dirección rotatoria y empezó a moverse rápido pero sin correr, lo que obligó al hombre a seguirle el paso. Mientras caminaba, Naomi inspeccionó la multitud que la rodeaba. Si estaba en lo cierto, puede que hubiera más integrantes del equipo de aquel hombre. Se deslizó con soltura entre los huecos que dejaban los cuerpos que se cruzaban con ella y que solo se abrían por un instante para volver a cerrarse en segundos. Había pasado seis meses en Ceres cuando tenía trece años y también durante el tiempo entre viaje y viaje, pero la estación estaba muy lejos de ser un hogar para ella. Hizo lo que pudo para alcanzar un pasillo secundario que estaba casi segura de que unía dos grandes avenidas.

Quizá estaba equivocada. Quizá el hombre, fuera quien fuese, solo se encontraba allí en ese preciso momento en el que ella estaba un tanto inquieta. No miró atrás hasta que el pasillo secundario volvió a abrirse a la gran cantidad de transeúntes que se dirigían hasta la siguiente puerta. Le echó un rápido vistazo al lugar y encontró lo que necesitaba. Un puesto de cambio de divisas con paredes opacas que se encontraba a cuatro metros de distancia y que se erigía como una roca entre el gentío. Se dirigió sin pensárselo a la parte de atrás y se apoyó en la parte trasera del puesto, donde sus omóplatos sintieron el frío del metal. El aire estaba tan viciado que había empezado a sudar un poco, y unas gotas le recorrían la clavícula y el flequillo. Intentó pasar desapercibida y no molestar a nadie mientras contaba despacio de cien a cero.

Cuando llegó a treinta y dos, el de las alas pasó junto a ella con la cabeza alta y examinando a la multitud que tenía delante. El sabor metálico propio del miedo le impregnó las papilas gustativas al tiempo que se volvía hacia el puesto y empezaba a andar en dirección opuesta, por el pasillo que acababa de atravesar. Retrocedió mientras no dejaba de darle vueltas a la situación. Quizá Marco al fin había tomado la decisión de volver a entrar en su vida y la amenaza a Filip era el cebo para atraerla. O las fuerzas de seguridad habían estado esperando por ella y al fin iban a capturarla. O alguien que había visto demasiadas noticias sobre Ilo había decidido acosarla. O quizá Marco solo había enviado a sus hombres para ver qué hacía. Esta última era la menos probable.

Cuando volvió al pasillo principal, paró un carrito y pagó para que la llevase tres niveles más arriba, donde había un parque. La mujer que lo conducía no se fijó en ella, lo que era un alivio. Naomi se reclinó contra el plástico duro del asiento y se terminó el pienso. Las ruedas chirriaron contra la cubierta mientras el vehículo ascendía, cada vez más cerca del centro de rotación y más lejos del puerto.

—¿*Du* vas a algún lugar en concreto? —preguntó la conductora.

—La verdad es que no lo sé —respondió Naomi—. Te lo diré cuando lleguemos.

Naomi había conocido a Marco cuando tenía dieciséis años, mientras terminaba las prácticas que tenía que realizar en la estación Higía. En la Luna habría tenido que dedicarse a hacer trabajos de ingeniería en cualquiera de los astilleros. Solo eran unas prácticas y sabía que aún tenían que pasar tres o cuatro cuatrimestres antes de conseguir un trabajo de verdad, aunque ya supiera hacerlo.

Marco formaba parte de una tripulación de rescate y minería que siempre iba a la estación Higía a realizar sus reparaciones para luego volver a recorrer el Cinturón en busca de metales raros y, a veces, encargarse de recuperar los restos de los naufragios con los que se topaban en sus viajes. Y en ocasiones, o eso decían los rumores, de naufragios que eran demasiado recientes. El capitán era un hombre llamado Rokku que odiaba los planetas interiores tanto como el resto de los cinturianos. La tripulación seguía los rudimentos más típicos de la APE, y no era una célula militar porque nadie se lo había pedido. En aquella época, Naomi vivía con la *zia* Margolis, otra de sus tías adoptivas, y realizaba trabajos sin licencia en la refinería a cambio de aire, agua, comida, acceso a la red y un lugar en el que dormir. Marco y los suyos representaban para ella todo un bastión de estabilidad en aquel momento. Era una tripulación que llevaba trabajando junta en la misma nave desde hacía siete misiones y que le daba la impresión de ser como una familia.

Y Marco era impresionante. Los ojos negros, el pelo liso y azabache, un arco de Cupido pronunciado en los labios y una barba que al acariciarla parecía que tocara un animal salvaje. Deambulaba por los pasillos que había cerca del bar de la estación, demasiado joven para comprar bebidas, pero con un encanto innato que hacía que los mayores se la compraran sin problema, eso cuando no conseguía engatusar a los vendedores por sus propios medios. El resto de la tripulación de Rokku (Gran Dave, Cyn, Mikkam y Karal) tenía más rango que Marco, pero seguían sus órdenes en tierra firme. Naomi no era capaz de recordar el momento en el que había pasado a formar parte de la tripulación. Simplemente había empezado a pasar tiempo con ellos, a estar en los mismos lugares, a reírse de los mismos chistes, y la relación había llegado a un punto en el que los demás daban por sentado que ella debía estar ahí. También la invitaron cuando rompieron el sello de la puerta de un almacén que terminarían por convertir en un club privado. Y poco después ella los empezaría a ayudar a romper otros sellos.

No era la mejor época de la estación Higía. La Coalición Tierra-Marte estaba muy unida durante aquellos años. Los impuestos y aranceles que se cobraban por los suministros básicos rozaban una cantidad que hacía casi insostenible llevar una vida digna. Y a veces superaban dicha cantidad. El aire de las naves que atracaban era tan escaso que las tripulaciones estaban al borde de la anoxia, y el mercado negro de la hidroponía estaba muy activo. La estación Higía pertenecía a título legal a un conglomerado empresarial de la Tierra, pero en realidad era una zona autónoma llena de actividades ilícitas que se mantenía gracias a la costumbre, la desesperación y el arraigado respeto de los cinturianos por las infraestructuras.

Cuando Marco estaba en el lugar, hasta las antiguas y resquebrajadas cubiertas de cerámica parecían un poco menos destrozadas. Era el tipo de persona que cambiaba el significado de todo lo que lo rodeaba. En aquella época, había una niña cinturiana llamada Naomi que habría hecho todo lo posible para seguirlo a cualquier parte. Ahora era una mujer, y jamás reconocería que había llegado a pensar algo así.

Pero allí estaba.

El club Rzhavchina estaba a mucha altura y muy cerca del centro de rotación. Unas puertas de acero oxidado pintado con sellador bloqueaban la entrada, y un portero que le sacaba media cabeza y el doble de ancho que ella la fulminó con la mirada mientras las atravesaba. El hombre no la detuvo. A esta altura, la rotación de la estación provocaba un tirón lateral. El agua se vertía inclinada. El precio barato de las propiedades del lugar no era lo único que hacía que el lugar estuviese a rebosar de cinturianos. El efecto Coriolis empezaba a tener unas consecuencias más que subliminales con las que los terrícolas y marcianos no se sentían demasiado cómodos. Vivir en un lugar rotatorio era un orgullo para los cinturianos, un distintivo de su naturaleza y de por qué eran diferentes a los demás.

En el ambiente sonaba una música ominosa y de ritmo constante que más bien parecía un ataque encubierto. El suelo estaba pegajoso por las partes que no habían quedado cubiertas por las cáscaras de cacahuets, y un aroma a sal y a cerveza barata impregnaba el aire. Naomi se dirigió hacia el fondo y se sentó lo más apartada y oculta que fue capaz. Había unas quince o veinte personas, y sintió cómo la miraban. Apretó un poco los dientes y también frunció los labios un milímetro, gestos tanto de desagrado como de mimetismo con el ambiente. La pared en la que se apoyó vibraba al ritmo de las líneas de bajo.

Pidió una bebida en el sistema de la mesa y pagó con un vale precargado. Antes de que el chico de cara enjuta que había detrás de la barra se la sirviera, las puertas de metal del pasillo volvieron a abrirse y entró el de las alas. Sus movimientos eran forzados y tensos; su rostro estaba lleno de ira, pero era indescifrable. No la había seguido hasta allí. Naomi sabía que aquel era el lugar al que se iba a dirigir el hombre después de haber fracasado en su misión. Se apoyó un centímetro más contra la pared.

El de las alas se sentó en la barra, se levantó y volvió a sentarse. Se abrió una puerta que quedaba oculta en las sombras de la pared del fondo del club. El hombre que la atravesó era enorme. Tenía los músculos del cuello y del torso tan grandes y definidos que podrían haberse utilizado para dar una clase de anatomía. Su cabello gris como el metal estaba casi rapado, y unas cicatrices blancas cruzaban la parte de atrás de su oreja izquierda como si del mapa del delta de un río se tratara. Un tatuaje enorme con el círculo dividido de la APE decoraba uno de los lados del cuello. Se dirigió hacia la parte de la barra en la que esperaba el de las alas, que había empezado a extender las manos como si se disculpara. Naomi no fue capaz de oír lo que dijo, pero los gestos no dejaban lugar a dudas. El hombre la había visto, pero la había perdido. Lo sentía. «Por favor, no me arranques las rótulas.» A la cinturiana se le escapó una ligera sonrisa.

El grandullón ladeó la cabeza, asintió y dijo algo que pareció relajar al de las alas lo suficiente como para que dejara escapar una sonrisa. Luego, el más robusto se volvió despacio y entornó los ojos para columbrar a su alrededor entre la oscuridad que envolvía el club. Su mirada se detuvo cuando llegó hasta Naomi. El chico de la barra se había empezado a acercar a ella con la bebida en una bandeja, pero el grandullón le puso una mano en el pecho y lo empujó hacia atrás. Naomi se sentó más recta y levantó la cabeza para mirar al robusto directamente a los ojos mientras este se acercaba a la mesa. Seguían siendo tan pálidos como los recordaba.

—Nudillos —dijo el hombre.

—Cyn —respondió Naomi poco antes de que unos brazos enormes la rodeasen para levantarla del asiento. Ella devolvió el abrazo. El olor y el calor que irradiaban de la piel del hombre le hicieron pensar que en realidad acababa de abrazar a un oso—. Dios, no has cambiado nada.

—La edad me ha sentado bien, *uhkti*. Soy más grande y más listo.

La dejó en el asiento con un ruido sordo y le dedicó una sonrisa que le dibujó en el rostro unas arrugas que se expandieron como las ondas en una charca. Naomi le dio unas palmaditas en el hombro, y él ensanchó la sonrisa. El de las alas tenía los ojos abiertos como platos en la barra. Naomi lo saludó con la mano. El hombre que habían enviado para seguirla titubeó, pero terminó por devolverle el saludo.

—Bueno, ¿qué me he perdido? —preguntó Naomi mientras seguía a Cyn a través de la puerta del fondo del club.

—Pues todo, *sa sa?* —bramó Cyn—. ¿Qué te ha contado Marco?

—Pues diría que muy poco.

—Siempre igual. Siempre igual.

Al otro lado de la delgada puerta, un pasillo serpenteaba y se internaba en la roca sin pulir del asteroide. El sellador era antiguo, gris y empezaba a descascarillarse, y el frío emanaba de la piedra. Había tres hombres apoyados contra la pared con armas en las manos. El mayor de todos era Karal. No conocía a los dos más jóvenes. Naomi le dio un beso en la mejilla a Karal al pasar. Los otros la miraron con una mezcla de asombro y desconfianza. El pasillo oculto terminaba en una puerta de acero.

—¿Por qué tanto secretismo? —preguntó Naomi—. La APE controla Ceres, ¿no?

—Hay dos APE —explicó Cyn.

—Y vosotros formáis parte de esa otra —dijo Naomi con voz tranquila para ocultar su inquietud.

—Siempre —aseguró Cyn.

La puerta se deslizó para abrirse, y Cyn se agachó para pasar por ella. Con él delante era imposible ver lo que había al otro lado. Naomi lo siguió.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo Cyn por encima del hombro—. Y será mejor que no lleguemos mucho más lejos. El plan era reunirnos con Marco hace un mes.

—¿Marco no está por aquí?

—Aquí solo estamos los polluelos —dijo con un tono del que parecía emanar una sonrisa.

La estancia en la que entraron era amplia y fría. Una máquina limpiasuelos agitaba el aire estancado y dejaba cierto aroma a caucho. Había raciones y agua apiladas en estanterías de plástico impreso. También una pequeña mesa laminada con cinco taburetes alrededor y un viejo repetidor de red que colgaba de los cables, así como varios catres pegados a la pared de cuatro metros de alto. Se distinguían cuerpos bajo las mantas, pero a Cyn pareció darle igual que durmiesen, ya que siguió hablando en voz alta.

—El caso es que tenemos que estar ocultos cuando todo se venga abajo, *sa sa?*

—¿Cuándo se venga abajo el qué?

Cyn se sentó a la mesa, extendió un brazo enorme y cogió una botella sin etiquetar de las estanterías. La descorchó con los dientes.

—Ay, Nudillos —dijo entre risas—. Ya veo que cuando dijiste que no te había contado mucho era en serio, ¿eh?

Naomi se sentó en uno de los taburetes mientras Cyn servía el líquido ambarino en dos vasos. Los efluvios olían a alcohol, mantequilla y azúcar quemada. Naomi sintió que sus papilas gustativas respondían al aroma. Sabía a vuelta a casa.

—No hay nada como el brandy de la *zia* Margolis —dijo Cyn con un suspiro.

—Y tanto —dijo Naomi—. Bueno, ahora que estoy por aquí, ¿por qué no me pones al día?

—Bueno —dijo Cyn—, está relacionado con esas pinche puertas anulares. Y seguro que tú lo sabes mejor que nadie. Otros miles de planetas interiores y más razones para dar por culo al Cinturón, *oui?* Y la mitad de los cinturianos le están chupando la polla al Carnicero y dándoselas de nobles, legales y políticos. Por eso nosotros, y con «nosotros» quiero decir Marco, ¿vale?, decidimos hace dos o tres años...

—Está prohibido hablar del tema —espetó de repente la voz de un joven. Cyn miró hacia la puerta, y Naomi se volvió con pavor. El chico parecía terriblemente viejo y joven al mismo tiempo. Tenía la piel más oscura y el pelo más rizado que el de Marco, pero los ojos eran iguales. Y la boca. Algo enorme, mayor que los océanos, se agitó en el pecho de Naomi. Eran emociones que llevaban largo tiempo enterradas y que amenazaron con tirarla al suelo. Intentó ocultarlas, pero tuvo que apoyarse en la mesa con una mano para recuperar la compostura.

El chico entró en la estancia. La camisa de color terroso que llevaba le quedaba grande, pero

Naomi fue capaz de distinguir que su complexión estaba a caballo entre la de un adolescente inexperto y un hombre musculado. Una de las figuras que dormía en los catres se agitó, se dio la vuelta y siguió a lo suyo.

—Está prohibido hablar del tema hasta que todos hayan vuelto y estemos a salvo. No podemos hablar de ello ni aquí. Nada de nada. *Tu sais quoi?*

—*Sais* —respondió Cyn—. Pero pensaba que...

—Sé lo que pensabas. Tiene sentido, pero no podemos hablar del tema.

Los ojos del joven se giraron hacia Naomi por primera vez, y vio su gesto constreñido en el reflejo de las pupilas del chico. Se preguntó qué pensaría él de ella. Qué pasaba por su cabeza y qué era lo que sentía, y si era muy diferente a la alegría, la culpa y el ponzoñoso arrepentimiento que padecía ella. Aquel era el momento que Naomi no se había permitido anhelar, y sabía que iba a tener que enfrentarse a él desde el momento que vio en Tycho el mensaje que Marco le había enviado. No estaba preparada. El chico le dedicó una breve y ligera sonrisa y luego la saludó con la cabeza.

—Filip —dijo ella con cautela, como si fuese una palabra muy frágil.

Él respondió con una voz que bien podría haber sido el reflejo de la de Naomi:

—Madre.

Amos

LA ESTACIÓN de trenes de alta velocidad de Filadelfia se encontraba cerca del centro de una zona comercial de clase media. Los trabajadores deambulaban por las calles entre las plazas comerciales mientras compraban sencillos atuendos de temporada y lujos de poco valor que solo estaban disponibles para los que tenían dinero, aunque no fuese mucho. Las tiendas más prestigiosas estaban en otra parte, protegidas por equipos de seguridad que se encargaban de no dejar entrar a ese tipo de personas.

En la Tierra, la gente con dinero también estaba dividida en clases.

A Amos le costaba aceptar que con el dinero que tenía en la cuenta podía dar el pego como una persona de clase alta. Se reía para sí al imaginarse paseando por un centro comercial para ricachones con su atuendo ordinario hecho por cinturianos y dándoles propina a los vendedores después de gastar cantidades ingentes de dinero en algo que no le iba a servir para nada. Como una coctelera de platino macizo, por ejemplo. Que usaría las pocas veces al año que se bebía un martini.

Quizá más tarde. Después de lo que tenía que hacer.

Salió del centro comercial y se dirigió al distrito residencial en el que, según su terminal portátil, se encontraba la vieja casa de Lydia. Cerca de la estrecha salida con forma de túnel le asaltó un chico de unos once o doce años que llevaba un mono de papel barato, de esos que daban gratis en los puestos de suministros básicos al pasar la huella dactilar. El chico le ofreció toda una variedad de servicios sexuales a precios irrisorios. Amos lo agarró por la barbilla y le levantó el rostro. Aún tenía los moretones amarillentos de unos golpes demasiado recientes, y también las marcas rosadas alrededor de los párpados que no dejaban lugar a dudas sobre su adicción al polvo de hadas.

—¿Quién es tu proxeneta? —preguntó Amos.

El chico se zafó de la manaza del mecánico.

—No me vas a tocar gratis, tío.

—No te preocupes, no soy un sobón. Pero ¿quién es? ¿Está por aquí?

—No sé a qué te refieres. —El chico empezó a mirar alrededor para encontrar la manera de escapar.

—Venga, sí, piérdete.

Amos miró cómo el chico salía corriendo y sintió una punzada en el estómago, como si estuviese a punto de darle un calambre. No podía ayudar a todos los niños con los que se topaba por la calle. Había demasiados y tenía otras cosas que hacer. Era frustrante. Quizá el chico fuese camino de encontrarse con su proxeneta y le contara que un tipo grandote y que daba miedo le había tocado la cara. De ser así, seguro que el chulo se pondría a buscarlo para darle una lección y dejarle claro que no tocara su mercancía.

Pensar en ello le arrancó una sonrisa e hizo que se le deshiciese el nudo del estómago.

La casa de Lydia se encontraba a treinta y siete manzanas de la estación de tren, en un barrio de clase baja, pero no de protección oficial. Alguien estaba pagando dinero de verdad por aquel hogar, lo que le resultaba interesante. Amos no creía que Lydia hubiese limpiado su historial delictivo lo suficiente como para ser apta para trabajar. Quizá su pareja era un ciudadano sin antecedentes y con las capacidades necesarias para tener un trabajo de verdad. Eso también le

parecía interesante. ¿Qué clase de persona honesta podía llegar a casarse con una anciana mafiosa como Lydia?

Amos caminó a ritmo tranquilo, sin llegar a abandonar la esperanza de que el proxeneta lo estuviese siguiendo y fuera a por él. Su terminal portátil le indicó que había llegado a su destino una hora y media después. La casa no era muy opulenta. Tenía una sola planta y era una copia exacta del resto de las casas de un piso que había repartidas por todo el vecindario. Contaba con un pequeño jardín que ocupaba el hueco entre el edificio y la acera. Parecía muy bien cuidado, pero Amos no recordaba haber visto a Lydia jamás con una planta.

Atravesó el estrecho sendero que cruzaba el jardín, llegó a la puerta delantera y llamó al timbre. Un hombre enjuto y anciano con un flequillo blanco abrió la puerta un momento después.

—¿Puedo ayudarte, hijo?

Amos sonrió, pero algo en su gesto hizo que el hombre se retirase un poco hacia el interior de la casa.

—Hola, soy un viejo amigo de Lydia Maalouf. Acabo de enterarme de que ha fallecido y me gustaría despedirme. —Se esforzó durante un buen rato en encontrar una forma de sonreír sin asustar al pequeño anciano.

Un minuto después, Charles, que era como se llamaba según la necrológica, se encogió de hombros y le indicó a Amos que entrase. No cabía duda de que el interior sí que era más propio de Lydia. Contaba con un mobiliario lujoso con cortinas y tapices de colores vivos que a Amos le recordaron al apartamento que la mujer tenía en Baltimore. Las estanterías y las mesas estaban llenas de fotos, instantáneas de su vida después de la marcha de Amos. Dos perros en un campo, que sonreían y agitaban la lengua a la cámara. Charles, con más pelo en la cabeza pero aún canoso, que excavaba en el jardín. Lydia y Charles juntos en un restaurante, con velas sobre la mesa y una sonrisa en el rostro mientras levantaban unas copas de vino.

Le dio la impresión de que había sido una buena vida y sintió que se relajaba a medida que las iba viendo. No estaba seguro de qué podía significar esa sensación, pero seguro que era algo bueno.

—¿Tienes nombre? —preguntó Charles—. ¿Quieres un té? Estaba preparándolo antes de que llamaras a la puerta.

—Claro, me tomaré uno —dijo Amos, que ignoró la primera pregunta. Se quedó en el salón acogedor mientras Charles trasteaba en la cocina.

—El funeral fue hace unos meses —dijo Charles—. ¿No estabas en el pozo?

—Qué va, últimamente he tenido trabajo por el Cinturón y he tardado en llegar.

Charles salió de la cocina y le tendió una taza humeante. Por el sabor, supo que se trataba de té verde sin endulzar.

—Timothy, ¿verdad? —preguntó Charles, con la misma naturalidad con la que preguntaría sobre el clima.

Amos apretó los dientes y sintió cómo la adrenalina entraba en su flujo sanguíneo.

—Hace mucho que no me llamo así —respondió.

—Lydia hablaba sobre tu madre, a veces —continuó Charles. Parecía estar tranquilo, como si supiese que lo que estaba a punto de ocurrir era inevitable.

—¿Mi madre?

—Lydia te acogió después de su muerte, ¿no?

—Sí —respondió Amos—. Eso fue lo que hizo.

—Bueno —zanjó Charles antes de darle otro sorbo al té—. ¿Ahora qué hacemos?

—Pues o te pregunto si puedo coger una de esas rosas de ahí fuera para dejarla en su tumba...

—¿O?

—O las cojo sin más porque aquí ya no vive nadie.

—No quiero problemas.

—Necesito saber qué le pasó.

Charles bajó la mirada, respiró hondo y asintió.

—Tuvo un aneurisma de aorta ascendente. Una noche se fue a dormir y nunca llegó a despertarse. Llamé a urgencias por la mañana, pero me dijeron que llevaba horas muerta.

Amos asintió.

—¿Fuiste bueno con ella, Charles?

—La quería, chico —respondió con tono un tanto cortante—. Haz lo que quieras, no puedo detenerte, pero no dejaré que pongas eso en duda. La quise desde que nos conocimos hasta nuestro último beso de buenas noches. Y aún la quiero.

La voz del anciano no titubeó ni un instante, pero tenía los ojos llorosos y le temblaban las manos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Amos.

—Como quieras. Si te apetece más té, no dudes en pedírmelo. La tetera está llena.

—Gracias, señor. Siento haber sido tan brusco, pero cuando me enteré me quedé preocupado porque...

—Sé a qué se dedicaba Lydia antes de conocernos —dijo Charles, que estaba sentado en un pequeño sofá frente a él—. Éramos muy sinceros el uno con el otro, pero aquí nunca nos molestó nadie hasta que se le dilató una arteria y murió una noche mientras dormía. Nada más.

Amos se frotó el cuero cabelludo un instante mientras decidía si creer al hombre. Terminó por creerle.

—Gracias. Y te vuelvo a pedir disculpas por ser tan maleducado —dijo Amos—. Entonces ¿me dejarás coger algunas de esas rosas?

—Claro —dijo Charles con un suspiro—. Tampoco es que el jardín vaya a durar mucho. Coge las que quieras.

—¿Te mudas?

—Bueno, el tipo que le pagaba el subsidio a Lydia dejó de enviar dinero después de su muerte. Teníamos un poco ahorrado, pero no mucho. Dentro de poco tendré que vivir de la ayuda básica, por lo que no me quedará otra que mudarme a un edificio del gobierno.

—¿Quién le pasaba dinero? —preguntó Amos, aunque ya sabía la respuesta de antemano.

—Era un chico llamado Erich. Tenía una banda en la ciudad natal de Lydia. Supongo que tú también lo conoces.

—Sé quién es —afirmó Amos—. ¿Sabe algo de ti? ¿Sabe que Lydia estaba casada?

—Claro. Se mantenía en contacto y se interesaba por nosotros.

—Y aun así dejó de enviar dinero después de la muerte de Lydia.

No era una pregunta, por lo que Charles se limitó a no decir nada y le dio un sorbo al té.

—Bueno —dijo Amos al tiempo que se levantaba—, tengo cosas que hacer. No te pongas aún con la mudanza. Pase lo que pase, me aseguraré de que tengas el dinero suficiente para seguir viviendo aquí.

—No tienes por qué hacerlo.

—En realidad, sí.

—Por ella —aventuró Charles.

—Por ella.

El viaje en tren de alta velocidad a Baltimore duró menos que el camino a pie hasta la

estación. La ciudad en sí no había cambiado en las dos décadas que Amos llevaba ausente. Su perfil lo conformaban el mismo grupo de rascacielos comerciales y la misma extensión de bloques de viviendas de clase baja o de protección oficial que terminaban por convertirse en manzanas organizadas de barrios de clase media en las afueras. La costa oriental seguía apestando a algas podridas, y las paredes de los edificios viejos sobresalían del agua turbia como si fuesen las vértebras de un monstruo marino que había muerto hacía mucho tiempo.

Amos tenía que admitir que se sintió como en casa, por poco que le gustase.

Cogió un taxi eléctrico automatizado desde la estación de tren hasta su antiguo barrio. En la calle, el lugar tampoco parecía haber cambiado mucho, más o menos. Las farolas habían sido reemplazadas por otras de un diseño algo más cuadrado. En algunas de las calles que antes eran peatonales ahora podían circular vehículos con permiso. Los matones, los camellos y los trabajadores sexuales tenían rostros diferentes, pero deambulaban por las mismas esquinas y escaleras delanteras en las que antes trabajaban sus antecesores. Había plantas nuevas que crecían por todas las grietas, grietas que ya estaban ahí antes.

Hizo que el taxi lo dejase en un puesto de café que había en una esquina y que tenía licencia para aceptar tarjetas de racionamiento de ayuda básica. Se encontraba en el lugar exacto donde había comido por última vez antes de marcharse de Baltimore. El puesto y la franquicia a la que pertenecía eran diferentes, pero los bollos y los *muffins* parecían idénticos.

—Un café mediano y un *muffin* de maíz —dijo a la chica que atendía en el puesto, que se sorprendió mucho al ver que Amos transfería dinero de verdad con el terminal en lugar de los créditos de racionamiento de la ayuda básica y estuvo a punto de tirar la comida. Amos terminó pagando el triple por el aperitivo cuando los neoyuanes de Ceres sufrieron todo tipo de recargos al cambiarlos a dólares de la ONU.

El *muffin* sabía como si lo hubiesen reciclado de otros *muffins* de maíz digeridos con anterioridad y el café podría haber pasado por un sucedáneo de petróleo, pero Amos se apoyó en la pared que había junto al puesto y se tomó su tiempo para disfrutarlos. Tiró los restos en una papelería de reciclado y le dio las gracias a la chica, que no respondió. Se había quedado mirándolo como si fuese algún tipo de criatura alienígena, por la ropa que llevaba puesta y por haber pagado con dinero espacial. Amos se dio cuenta de que no le faltaba razón para pensar así.

No tenía idea de dónde empezar a buscar a Erich, pero no tuvo que andar mucho para toparse con una adolescente con unas trenzas perfectas hechas a máquina y unos pantalones de algodón muy caros que salía de una puerta sombría.

—Oye —llamó Amos—. ¿Tienes un minuto?

—¿Para ti, Mongo?[1]

—No me llamo Mongo —indicó Amos con una sonrisa en el gesto. Vio el miedo que destilaba la mirada de la chica, a pesar de que lo había ocultado muy bien. Daba la impresión de que estaba acostumbrada a toparse con desconocidos peligrosos, lo que quería decir que sabía a qué clase de peligros se exponía.

—Pues un bruto como tú, debería.

—Eres de por aquí, ¿no? Venga, necesito tu ayuda.

—¿Necesitas hierba? ¿Polvo? También tengo neuros, puede que sean tu rollo. Hace que uno se olvide de este lugar horrible.

—No necesito tu mierda para colocarme, pajarillo. Solo quería preguntarte algo.

La chica rio y le dedicó una peineta. No era un cliente, así que no le servía para nada. Empezó a darse la vuelta para volver a cruzar la puerta sombría, pero Amos la aferró por el brazo con delicadeza. Un miedo atroz destelló en la mirada de la chica.

—Yo pregunto y tú respondes, pajarillo. Después te dejaré volar.

—Que te den, Mongo. —La chica le escupió e intentó zafarse del agarre de Amos.

—Estate quieta o te vas a hacer daño. Solo quiero saber quién es el líder de tu banda. Me gustaría hablar con un tipo llamado Erich. Uno que tiene el brazo jodido. Si no lo conoces, me gustaría que me dijese quién podría conocerlo, *tu sais?*

—*Sais?* —Dejó de forcejear—. Habla en mi idioma, retrasado.

—Erich. Busco a Erich. Dime dónde puede estar y me largo.

—O a lo mejor te desangras antes —dijo otra voz. Una figura enorme surgió de la puerta abierta por la que antes había salido la chica. Era un hombre grande como una montaña que tenía cicatrices alrededor de los ojos y la mano derecha metida en el bolsillo de una sudadera que le quedaba holgada—. Suéltala.

—Claro —dijo Amos al tiempo que la soltaba y ella salía corriendo hacia las escaleras que daban hacia la puerta. El que parecía una montaña le dedicó una sonrisa desagradable. Pensó que Amos le había hecho caso porque tenía miedo.

—Ahora lárgate.

—Qué va —dijo Amos devolviéndole la sonrisa—. Tengo que encontrar a Erich. He oído que ahora es el jefe. ¿Es el jefe de tu banda? Si no, quizá puedas ponerme en contacto con la banda que trabaja para él.

—Joder, te he dicho que...

Sea lo que fuere lo que iba a decir la montaña, se convirtió en un balbuceo después de que Amos le diese un puñetazo en la garganta. Mientras el hombre intentaba recordar cómo respirar, Amos levantó la sudadera del matón y le quitó la pistola que llevaba metida en el cinturón. Luego le dio una patada por detrás de las piernas para dejarlo de rodillas. No le apuntó con la pistola, pero la dejó colgando en su mano derecha.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer —empezó a decir Amos en voz baja para que solo lo oyese el hombretón. La vergüenza era una de las principales razones por las que alguien se lanzaba a pelear, por lo que Amos intentó no avergonzarlo mucho para que se calmara—. Tengo que hablar con Erich, así que o me ayudas o no. ¿Quieres ayudarme?

La montaña asintió, pero siguió sin responder.

—¿Ves? Ya somos amigos —aseguró Amos al tiempo que le daba una palmadita al recio hombro del matón—. ¿Puedes ayudar a tu nuevo amigo a encontrar a su otro amigo, Erich?

La montaña volvió a asentir.

—Acompáñame —consiguió articular.

—¡Gracias! —dijo Amos, que dejó que se pusiera en pie.

La montaña miró de reojo a la puerta, sin duda para indicarle a la chiquilla que avisara a alguien. A la banda de Erich, con suerte. A Amos no le importó. Quería que Erich se sintiese seguro cuando se encontraran. Si estaba rodeado de compañeros armados, se sentiría más protegido y sería más fácil hacerle entrar en razón.

La montaña lo guio por su viejo barrio hasta los muelles y el ruinoso monolito de piedra del fallido proyecto de arcología que se había construido en el lugar. Cojeaba un poco, como si le molestara la rodilla. Un par de tipos con abrigos largos que no terminaban de ocultar las armas que llevaban los saludaron con la cabeza al pasar y luego empezaron a seguirlos.

—Con escolta y todo —dijo Amos a uno de ellos.

—No hagas ninguna estupidez —respondió.

—Creo que llegas décadas tarde, pero intentaré hacerte caso.

Desde el exterior, la estructura de la antigua arcología daba la impresión de estar en ruinas,

pero una vez dentro el lugar cambiaba por completo. Alguien había reemplazado las baldosas del suelo que habían quedado dañadas por el agua. Las paredes estaban limpias y recién pintadas. Las puertas de madera podrida habían sido cambiadas por otras de amalgama y vidrio que aislaban la humedad del aire. El lugar tenía cierto aire a un lujoso edificio empresarial.

Amos no sabía a qué se dedicaba Erich en la actualidad, pero al parecer le iba muy bien.

Se detuvieron frente a un ascensor, y la montaña dijo:

—Está en la planta alta. Me piro, ¿vale? —Su voz aún sonaba algo rasposa, pero estaba mucho mejor.

—Muchas gracias por la ayuda —dijo Amos sin sarcasmo alguno—. Cuídate esa garganta. Bebe mucha agua e intenta no hablar mucho. Si dentro de tres días te sigue doliendo usa un atomizador de esteroides.

—Gracias —gruñó la montaña antes de marcharse.

Las puertas del ascensor se abrieron al tiempo que sonó la campanilla. Uno de los dos guardias que quedaban junto a él señaló la cabina.

—Tú delante.

—*Merci* —dijo Amos, que se quedó apoyado en la pared del fondo. Los guardias lo siguieron y uno de ellos pasó una tarjeta de metal por los controles del ascensor y tocó el botón que se encontraba más arriba.

Mientras ascendía, Amos se entretuvo intentando averiguar cómo podría quitarle el arma al guardia que tenía más cerca para luego matar al otro. Cuando al fin consiguió elaborar un plan que parecía que podía funcionar, volvió a sonar la campanilla y se abrieron las puertas.

—Por aquí —dijo un guardia mientras señalaba el pasillo.

—Parece una discoteca —dijo Amos—. Qué sofisticado.

El piso superior estaba rediseñado y amueblado sin escatimar en lujos, y el suelo, cubierto por una moqueta granate. Los guardias abrieron la puerta que se encontraba al final de pasillo, que tenía un aspecto similar a la madera, pero pesaba lo suficiente como para estar rellena de metal. Sofisticado, pero sin olvidarse de la seguridad.

Al contrario que el lujoso pasillo que acababan de cruzar, el despacho que había al otro lado de la puerta era muy funcional. Había un escritorio lleno de monitores y terminales conectados a la red, una pantalla de pared en la que se proyectaba la imagen de un océano para hacerla pasar por una ventana y una gran pelota de goma que hacía las veces de silla de oficina.

A Erich nunca le había gustado pasar mucho tiempo sentado.

—Timmy —saludó Erich desde el otro lado del escritorio, que parecía una barricada. Los dos guardias se apartaron para apostarse a ambos lados de la puerta.

—Ahora me llaman Amos.

Erich rio.

—Ya lo sabía, como supondrás.

—Lo suponía, sí —dijo Amos. Erich tenía buen aspecto, más saludable de lo que había aparentado jamás cuando era niño. Incluso tenía los michelines propios de un hombre de mediana edad sobre la cintura. Eso sí, también seguía teniendo ese brazo izquierdo pequeño y deformado y, por la manera en la que se mantenía en pie, daba la impresión de que aún cojeaba. Pero ahora que estaba rodeado por el éxito y que hacía gala de la rechonchez propia de una buena vida, esos defectos parecían trofeos del pasado en lugar de discapacidades.

—Bueno, me gustaría saber para qué has vuelto a la ciudad —comentó Erich.

—Le ha dado una buena tunda a Troy —dijo uno de los guardias—. Y Laci dice que también la ha maltratado un poco.

—¿Ha matado a alguien? —preguntó Erich. Al ver que ninguno de los guardias respondía, continuó—: Entonces es que se ha comportado con educación.

—En eso te tengo que dar la razón —dijo Amos con gesto afable en el rostro—. No he venido a desmontarte el chiringuito. Solo quiero hablar.

Erich se volvió a sentar en la pelota de goma y dijo:

—Pues hablemos.

Alex

HABÍAN pasado tres días desde que había visto (lo más seguro que por última vez) a Talissa y había quedado para comer con Bobbie Draper, y Alex sabía que ya era el momento de volver a casa. Había cenado con la familia y con un buen puñado de viejos amigos. Había visto lo que había cambiado y lo que no de su vieja ciudad natal. Y había vuelto a llegar a la conclusión de que a veces las cosas rotas no tenían arreglo. Era lo más cerca que iba a estar jamás de aceptarlo.

Pero también había decidido decepcionar a una persona más justo antes de marcharse

El metro de alta velocidad a Londres Nova no dejaba de zumbar mientras los anuncios que revoloteaban sobre los pasajeros prometían mejorar sus vidas de todas las maneras imaginables: certificaciones técnicas, ropa interior mejorada, blanqueamiento de dientes. El *software* de reconocimiento facial no tenía muy claro qué mostrarle a Alex, ya que ninguno de los anuncios parecía ir dirigido a él. El que más cerca había estado era el de una abogada con traje verde oliva que ofrecía su ayuda para comprar pasajes en las naves que cruzaban a los nuevos sistemas que había al otro lado del Anillo. «¡Empiece una nueva vida en las colonias exteriores! ¡Podemos ayudarle!»

Frente a él había un chico de unos diecisiete años que dedicaba una mirada impasible a la nada, con los ojos entornados a causa del sueño y el aburrimiento. Cuando Alex tenía más o menos su edad, se había debatido entre alistarse en la armada o matricularse en la universidad superior. Salía con Kerry Trautwine, a pesar de que el señor Trautwine era un fanático religioso que lo odiaba por no pertenecer a su misma secta. También pasaba las noches jugando a simuladores de batalla con Amal Shah y Korol Nadkarni.

Aquel chico que tenía frente a él recorría los mismos pasillos, comía en algunos de los mismos restaurantes y pensaba en el sexo más o menos en los mismos términos, pero también vivía en un universo muy diferente. Alex intentó imaginar lo que habría supuesto añadir a sus opciones la posibilidad de viajar a un planeta alienígena cuando tenía diecisiete años. ¿Se habría alistado? ¿Habría conocido a Talissa?

Una voz amable y mecánica anunció que habían llegado a la terminal de Aterpol. Los ojos del chico se abrieron, recuperó la consciencia y dedicó a Alex una mirada desconfiada. La desaceleración empujó a Alex contra el asiento y se sintió como si estuviese acelerando en una nave. No era la misma sensación, pero sí muy parecida.

Aterpol se encontraba en el centro de Londres Nova, y era la única estación que tenía transbordos a todos los barrios que conformaban la ciudad. Las zonas comunes contaban con techos abovedados, y las puertas de acceso que había en las paredes tenían cierre de seguridad para evitar que el aire escapara de la estancia. La terminal se abría a un amplio parque público con árboles de verdad que crecían en la tierra gracias a la luz de un crepúsculo artificial. Los bancos estaban fabricados para que pareciesen de madera y metal y se encontraban desperdigados por los senderos serpenteantes; también había un estanque que cargaba el ambiente con los aromas de la humedad y de las algas. La brisa y el murmullo reconfortante de los recicladores de aire surcaba el lugar como si de una oración perpetua e incesante se tratara. En las paredes se abrían ventanas, y en algunas de ellas resplandecía una luz. Alex pasó junto a negocios, apartamentos, restaurantes y zonas de mantenimiento.

Cruzó el parque hasta las puertas del fondo, donde los trenes de la zona salían hacia el resto

de los barrios. El de Innis Shallow, donde vivía Bobbie, no tenía muy buena reputación. Pero lo peor que uno podía encontrar en Marte no era tan peligroso como los sectores más turbios de la estación Ceres, y alguien que pensase plantarle cara a Bobbie tenía que ser un suicida o tener un ejército detrás de él.

Cuando llegó a la estación de Innis Shallow, Alex se embozó mejor en la chaqueta y continuó a pie. Había carritos para alquilar y una chica de poco más de catorce años con un *rickshaw* montado con partes improvisadas que lo llamaba desde una esquina. El camino era corto, y Alex temía la conversación que tendría lugar cuando llegase a su destino.

Había recorrido el mismo camino tres días antes, cuando seguía las instrucciones del terminal portátil para llegar al hogar de Bobbie, aún afectado por el malogrado encuentro con Tali. No había visto a la ex marine desde aquella noche en la Luna cuando todos habían contemplado cómo el Anillo surgía de las ruinas de Venus y flotaba hacia el extremo más alejado del sistema, pero solo buscaba algo que le distrajese de lo que le acababa de ocurrir ese día.

Bobbie vivía en un pasillo secundario muy agradable que contaba con su propia zona verde en el centro y unas luces que estaban fabricadas a propósito para parecer farolas de hierro forjado de la Londres del siglo XIX. Solo tuvo que esperar unos segundos delante de la puerta antes de que se abriese.

Bobbie Draper era una mujer grande, y aunque los años de vida civil le habían hecho perder algo de definición muscular, irradiaba fuerza y aptitudes con la misma naturalidad con la que un fuego irradia calor. Cada vez que la veía, Alex recordaba la historia de unos samoanos armados con piedras y lanzas que habían hecho que los conquistadores españoles se retirasen hasta sus naves en la mar. Bobbie era el tipo de mujer que le hacía pensar a uno que aquella historia era plausible.

—¡Alex! Entra. Lo siento, pero tengo esto hecho un desastre.

—No puede ser peor que mi camarote al final de un viaje de largas distancias.

La estancia principal era más amplia que el centro de mando de la *Roci*, y tenía una tonalidad gris y terracota que no deberían de haber pegado, pero lo hacían. En la mesa había espacio para cuatro, pero solo contaba con dos sillas. Al fondo, al otro lado de una arcada que quedaba frente a la entrada principal, había una pantalla de pared en la que se agitaban unos colores que iban cambiando poco a poco, como una imagen animada de los nenúfares de Monet. En el lugar donde la mayor parte de los hogares hubiesen tenido un sofá, Bobbie tenía una máquina para entrenar la resistencia que ocupaba gran parte de la habitación y junto a la que había una barra cromada para hacer ejercicios de peso muerto. Una escalera espiral con escalones de bambú laminado que reflejaban la luz cálida del lugar subía y bajaba en una esquina del salón.

—Menuda guarida —había dicho Alex.

Bobbie echó un vistazo a su alrededor con un gesto que parecía denotar culpabilidad.

—Es más de lo que necesito. Mucho más. Pero pensé que me iría bien tener mucho espacio para estirar un poco los músculos.

—Pues no te has quedado corta.

Bobbie se encogió de hombros.

—Es más de lo que necesito.

La ex marine se puso una chaqueta de cuero marrón que tenía aspecto profesional y la hacía parecer algo más enjuta, y luego llevó a Alex a comer a un puesto de pescado en el que le sirvieron la mejor trucha en tiras con salsa negra que había comido jamás. La cerveza era de la zona y estaba muy fría. La dolorosa voz de Talissa y el odio que sentía por sí mismo casi llegaron a desaparecer del todo. Bobbie le contó historias sobre su trabajo en la comunidad de veteranos:

sobre una mujer que había acudido en busca de ayuda psiquiátrica porque su hijo no dejaba de jugar a la consola desde que llegaba de una maniobra. Bobbie se había puesto en contacto con el sargento instructor del chico, que ahora trabajaba en los astilleros. También le habló sobre un hombre que llegó al lugar afirmando que el incidente con el juguete sexual que tenía alojado en el colon era un accidente laboral. Alex rio con Bobbie cada vez que ella lo hacía.

El piloto había ido tomando el relevo de la conversación poco a poco. Le contó lo ocurrido al otro lado del Anillo. Que había sido testigo de cómo la situación de Ilo, Nueva Terra o como coño terminasen por llamarlo empeoraba poco a poco a base de espasmos. Le contó cómo se había sentido al regresar con un prisionero, lo que llevó a hablar de la primera vez que había tenido una prisionera en la nave, Clarissa Mao, hija de Jules-Pierre y hermana de la paciente cero de la protomolécula. También le contó qué tal les iba a Naomi y a Holden.

En ese momento, sintió la punzada de nostalgia. Echaba de menos a la tripulación y la nave. Disfrutaba del humor de Bobbie y del patético carácter físico de su compañía, pero lo que quería en realidad desde hacía muchos días era volver a la *Rocinante*. Esa había sido la razón por la que su conversación con la ex marine había terminado de manera tan incómoda para él.

—Bueno, Alex —dijo Bobbie, que intentó que sus palabras sonasen tan naturales y amistosas como lo habían sido durante el resto de la conversación—, ¿y sigues en contacto con alguien que aún esté en servicio activo en la armada?

—Conozco a unos tipos que están destinados en Hécate, sí.

—Me preguntaba si podrías hacerme un pequeño favor.

—Claro, sin problema —aseguró Alex. Una fracción de segundo después preguntó—: ¿Qué necesitas?

—Es que estoy haciendo unos trabajillos por libre —empezó a decir, incómoda—. Es... extraoficial.

—¿Para Avasarala?

—Más o menos. Cené con ella la última vez que pasó por aquí, y dijo algunas cosas que me dieron que pensar. Están teniendo lugar muchos cambios ahora que se han abierto esas puertas a otros mundos. Cambios de estrategia y cosas así. Y uno de los principales recursos de Marte, una de las cosas para las que va a haber un gran negocio, es precisamente la armada.

—No te entiendo —dijo Alex al tiempo que se reclinaba en la silla—. ¿Dices que están aceptando encargos como mercenarios?

—Me refiero a que han desaparecido cosas, que hay un mercado negro. Los últimos años hemos sufrido unas guerras bastante importantes y muchas naves han quedado destruidas, pero hay otras que simplemente han desaparecido. Y la armada se empieza a quedar sin recursos. Sé que están muy centrados en seguirle el rastro a todo el material. ¿Te enteraste del ataque que hubo en los astilleros de Calisto?

—Algo he visto, sí.

—Es un buen ejemplo, ¿vale? Ocurrió algo grave, y lo primero que había que hacer era tratar de identificar quién estaba detrás y volver a recuperar las defensas.

—Exacto —aseguró Alex—. Esos serían los primeros pasos, sí.

—Y descubrir qué se perdió durante el ataque seguro que estaba en la lista de tareas de alguien, pero no era prioritario. Y, con todas las cosas que había que hacer, seguro que nunca llegó a serlo. Es algo que sabe todo el mundo aunque no se diga.

Alex bebió, soltó la botella y se enjugó la boca con el dorso de la mano.

—Por lo que, si había algún especulador en la base, podría haber aprovechado la oportunidad para robar parte del equipo, venderlo en el mercado negro y decir que había quedado

destruido durante el ataque.

—Así es. Bueno, sabemos que es algo que ocurre casi siempre, pero ¿por qué ahora que todo es un caos y las cosas no dejan de empeorar?

—Sí, y ahora que Marte ha perdido muchos habitantes que se marchan en las naves coloniales.

—Eso también —afirmó Bobbie. Tenía el rostro serio.

Alex se inclinó hacia delante en el asiento y apoyó los codos en la mesa. El olor de la trucha y la salsa negra seguía impregnando el ambiente a pesar de que el camarero ya se había llevado los platos. En la pantalla del restaurante, una joven con lo que parecía una parodia de un traje de negocios bailaba una canción pop generada por ordenador. Alex no había sido capaz de entender en qué idioma estaba, ya que cuando se hablaban a cierta velocidad los idiomas eran prácticamente indistinguibles.

—¿Lo que quieres decirme es que estás investigando los orígenes del equipamiento de Marte que se vende en el mercado negro?

—Armas —explicó Bobbie—. Equipo médico. Munición. Servoarmaduras. Naves, incluso.

—¿Y lo haces para pasar el rato por algo que te comentó Chrisjen Avasarala?

—Podría decirse que trabajo para ella.

Alex rio.

—A estas alturas me da miedo sacar el tema, pero empezaste diciendo que necesitabas un favor y no me has dicho cuál es.

—Muchos de los que están en Hécate no hablan conmigo. Yo soy marine, y ellos de la armada. Ya sabes. Pero tú sí que los conoces y, aunque no fuese el caso, eres uno de ellos y lo llevas en la sangre, algo a lo que yo jamás podré aspirar. El favor era si podías ayudarme a investigar un poco.

En aquel momento, Alex había asentido, pero lo que había dicho era:

—Déjame pensarlo.

Y ahora, porque se trataba de Bobbie y porque necesitaba pasar página en su vida, iba de camino a volver a verla para decirle que la respuesta era que no. Tenía una nave a la que volver. Si podía hacer algo por la ex marine desde allí, estaría encantado de hacerlo, pero su principal prioridad en aquel momento era salir de Marte para no volver jamás.

Llegó al final de pasillo. El resplandor de las farolas de metal le hizo creer que se encontraba siglos antes en una calle de la Tierra. El reflejo de un lugar en el que ni Bobbie ni él habían estado jamás, pero que aun así le resultaba agradable y reconfortante. Caminó despacio mientras oía el leve pero omnipresente traqueteo de los recicladores de aire, similar al murmullo de las corrientes del Támesis.

Alguien pegó un grito breve pero intenso. Al fin y al cabo, se encontraba en Innis Shallow. Alex empezó a caminar un poco más rápido. Se detuvo frente a la puerta de Bobbie.

Estaba cerrada, pero no del todo. Había una mancha negra redonda y aserrada en el panel, justo en el lugar en el que el cerrojo se unía al marco. Una delgada línea de luz que surgía del interior iluminaba el lugar en el que el marco había quedado torcido y la cerámica resquebrajada. Volvió a oír la voz del hombre que había gritado, un murmullo grave que terminó en un chasquido potente y definitivo. Venía del interior de las habitaciones de Bobbie.

El corazón de Alex latió el triple de rápido cuando sacó el terminal portátil y lo tocó con premura para alertar a los servicios de emergencia locales. Abrió una solicitud de alarma y la confirmó, pero no la rellenó con ningún detalle. No tenía tiempo. Se quedó delante de la puerta con los puños cerrados y deseando más que nunca que Amos estuviese allí con él.

Empujó la puerta y entró a toda prisa.

Bobbie se encontraba sentada en una de las dos sillas de la mesa. Tenía los dos brazos detrás y las piernas, que eran demasiado largas para sentarse con comodidad, extendidas delante de ella. Un hilillo de sangre le manaba de la boca y le bajaba por el cuello. Un hombre de atuendo gris le apuntaba en la nuca con una pistola.

En la misma estancia había otros dos hombres vestidos con el mismo atuendo gris que se volvieron hacia Alex. Ambos empuñaban pistolas automáticas. Un cuarto, que llevaba un traje informal de color ceniza y una camisa azul celeste, también se giró hacia Alex, con una expresión a caballo entre la sorpresa y la irritación. Alex abrió los ojos como platos al verlo.

—¡Joder! —gritó el hombre del traje.

La exclamación quedó ahogada por el ruido de la madera al romperse. Bobbie se movió más rápido de lo que Alex era capaz de seguir: destrozó por completo la silla en la que se encontraba y agarró al hombre del arma que tenía detrás por la muñeca. Pegó un grito, y un chasquido húmedo resonó en su brazo.

Uno de los otros dos que llevaban armas empezó a disparar como loco, y los estallidos resonaron en los oídos de Alex. Se lanzó entre gritos y arrolló al hombre del traje. Chocó contra él y ambos trastabillaron por la estancia. La rodilla del hombre alcanzó la entrepierna de Alex, y el mundo quedó velado por un dolor cegador. Alex cayó de rodillas, pero intentó que el del traje no se zafase de su agarre. No había dejado de oír disparos, y el ambiente quedó envuelto en una nube de pólvora quemada.

El hombre del traje sacó un arma de una funda sobaquera, pero Alex le agarró el brazo. Su muñeca tenía la densidad del hormigón y no había soltado el arma. Alguien gritó, y el rugido de un arma dio paso al alarido más grave y animal de una persona. Alex se impulsó hacia delante ahora que el dolor de sus testículos se había convertido en una leve molestia. Mordió la recia muñeca y hundió los dientes en la manga de seda hasta que sus incisivos superiores e inferiores se encontraron. El hombre del traje no se molestó ni en gritar y golpeó a Alex en la sien con la otra mano.

La escena pasó a convertirse en una mucho más tranquila y distante. Alex sintió cómo perdía fuerza en la mano con la que sujetaba el brazo del hombre, sintió que caía de espaldas y se golpeaba con fuerza en el coxis. Notó el dolor, pero le resultó ajeno. El hombre del traje levantó el arma para apuntarle. Le dio la impresión de que el cañón tenía la amplitud de una cueva.

«Vaya —pensó Alex—. Conque así es como voy a morir.»

La cabeza el hombre se sacudió hacia delante con brusquedad, y luego su cuerpo cayó desplomado al suelo. Bobbie apareció detrás de él con una mancuerna de seis kilos en una mano. El cromo tenía manchas de sangre y unas hebras que parecían pelos. Los disparos habían cesado.

—Hola —saludó Alex.

—¿Estás bien? —preguntó Bobbie al tiempo que se sentaba a su lado. Uno de los pistoleros pasó trastabillando junto a ellos a toda prisa con el antebrazo apoyado contra el pecho. Bobbie no fue detrás de él.

—Duele un poco —dijo Alex, que luego rodó para ponerse bocarriba y empezó a tener arcadas.

—Tranquilo —dijo ella—. Lo has hecho muy bien.

—Hacía tiempo que no me veía envuelto en una refriega cuerpo a cuerpo. Seguro que lo habría hecho mejor con algo más de práctica.

—Ya, bueno. Aun así, ellos eran cuatro y estaban armados, y nosotros dos desarmados. No nos ha ido nada mal.

Bobbie soltó un largo suspiro con la cabeza gacha. Alex intentó incorporarse.

—¿Estás bien?

—Me han pegado algún que otro tiro —respondió Bobbie—. Eran buenos.

—Joder. ¿Estás herida?

—Sí, voy a tener que acercarme a esa consola de ahí cuanto antes para llamar a los servicios de emergencia, antes de que la hemorragia me deje grogui.

—Lo hice antes de entrar —dijo Alex.

—Bien pensado.

—No estoy seguro de haberlo pensado mucho —aseguró el piloto. Luego dijo—: ¿Bobbie? No cierres los ojos.

—No, no los cierro —dijo ella con voz soñolienta—. Estoy bien.

Alex oyó cómo las sirenas tritonales se iban acercando poco a poco desde la distancia. Le dio la impresión de que la cubierta se estremecía durante un buen rato, pero luego se dio cuenta de que lo que temblaba era su cuerpo. Uno de los pistoleros estaba desplomado contra la pared a un lado de la estancia. Tenía el cuello girado en un ángulo imposible y la sangre se le secaba en el pecho, aunque ya había dejado de sangrar. Estaba muerto. El hombre del traje tosió y se atragantó como si se ahogase. Las sirenas sonaron más cerca. Una mujer les dijo que era policía y les comentó que iba a entrar con más gente.

—Venía de camino a darte una respuesta —dijo Alex—. Me quedo. Voy a ayudarte.

—Gracias.

—Esto ha sido por lo del mercado negro, ¿verdad? —preguntó—. Supongo que has dado con las preguntas adecuadas.

Bobbie consiguió dedicarle una sonrisa a duras penas. La ex marine tenía la camisa muy manchada de sangre, ahora que Alex se fijaba bien.

—No sé —respondió—. Vinieron a preguntar por ti.

Amos

—¿QUIERES coca? —preguntó Erich—. Nada sintético. Ingredientes reales que han salido de una planta.

—No, pero una copa si me apetece si te empeñas —respondió Amos.

Las formalidades parecían un mero ritual, pero eran importantes. Amos sabía que cuanto más peligrosas eran dos personas, más educadas y cuidadosas tendían a ser sus interacciones sociales. Los más fanfarrones y escandalosos lo eran para amedrentar al contrario, pero los más tranquilos eran así para encontrar una manera de sobreponerse.

—Tatu, trae una botella de El Charros —dijo Erich, y uno de los dos guardias salió de la estancia. Luego añadió dirigiéndose a Amos—: ¿Te has colocado con tequila últimamente?

—Qué va —respondió Amos—. La Tierra es el único lugar donde uno puede pillar buen tequila. El de los cinturianos es imbebible.

—Supongo que ahí arriba cuesta encontrar buen agave.

Amos se encogió de hombros y esperó. Tatu volvió con una botella alargada y dos vasos de chupito estrechos. Erich los llenó y levantó uno de ellos.

—Por los viejos amigos.

—Por los viejos amigos —repitió Amos al tiempo que se bebía el chupito.

—¿Otro? —preguntó Erich, que hizo un gesto hacia la botella.

—Claro.

—¿Te has dado una vuelta por el barrio?

—He venido directo desde la estación de tren.

—Pues no ha cambiado mucho —comentó Erich, que hizo una pausa mientras ambos bebían otro chupito. Volvió a llenar los vasos—. Verás caras diferentes, pero las esquinas son las mismas.

—Qué curioso, es justo lo que estaba pensando mientras venía de camino. Pero bueno, podría decirse que las cosas sí que han cambiado para ti.

—No las más importantes —dijo Erich con una sonrisa en el semblante mientras agitaba su pequeño y deforme brazo izquierdo.

Amos hizo un gesto con el que abarcó la estancia, los guardias y el edificio renovado que los rodeaba.

—Cuando me marché, huías para salvar el pellejo. Eso sin duda ha cambiado.

—Podéis salir, chicos —dijo Erich a Tatu y a su compañero.

Los guardias salieron en silencio y cerraron la puerta. Parecía buena señal. Podía significar que Erich estaba seguro de que Amos no había ido a matarlo o que tenía alguna manera de protegerse y no necesitaba a nadie más. Seguro que no era un arma bajo el escritorio, era demasiado directo para él. Amos empezó a examinar el lugar con indiferencia en busca de cables o bultos sospechosos en la silla o en el suelo bajo él.

Erich sirvió dos chupitos de tequila más y dijo:

—Al marcharte, me enseñaste algo muy valioso.

—¿El qué?

—Que nunca seré el tipo más duro de ningún sitio a menos que esté solo —dijo Erich, que volvió a agitar el bracito—. Pero sí que suelo ser el más listo. Uno puede contratar a alguien para

ejecutar un plan, pero crearlo desde cero es algo muy diferente.

—Tienes razón —convino Amos—. Por eso yo nunca seré capitán de una nave.

Erich reaccionó al oír esa frase. No cambió de expresión ni se agitó, pero Amos sintió que las palabras que acababa de pronunciar eran importantes para él.

—Pero tú eres útil —dijo Erich—. Siempre fuiste una persona muy útil. Ahora formas parte de una tripulación, ¿verdad?

—¿No me has visto en las noticias?

—Sí que te he visto. Estás muy diferente, con esa cabeza afeitada y más rota que antes, pero yo nunca me olvido de un nombre.

—Bueno, de este seguro que no —dijo Amos, que levantó el vaso para dedicarle el brindis a Erich—. *Merci* por eso, ya que estamos.

—Bueno, ¿y sigues con esa tripulación?

—Así es. ¿Por?

—Porque ahora mismo estás sentado en mi despacho bebiéndote mi tequila y no me puedo quitar de la cabeza que eres una persona útil que puede conseguir trabajo donde sea. Si es lo que has venido a buscar, tengo trabajo para ti. Pero si no es así, ¿a qué has venido?

Amos cogió la botella y se sirvió otra copa. Erich se esforzaba porque no se le notase el nerviosismo. Al parecer tenía mucha práctica, porque estuvo a punto de conseguirlo. El tiempo puede llegar a cambiar mucho a las personas. Erich había pasado de ser un pequeño e inquieto pirata informático por el que las autoridades ofrecían una recompensa a convertirse en el jefe de una buena parte de la zona portuaria de Baltimore. Pero hay cosas que nunca cambian y costumbres que nunca desaparecen. Erich estaba sentado muy quieto y lo miraba directo a los ojos sin parpadear, pero la pequeña mano de su deformado brazo izquierdo se abría y se cerraba como cuando un bebé intenta coger un juguete que está fuera de su alcance.

—He ido a casa de Lydia —dijo Amos al tiempo que le daba un pequeño sorbo al tequila.

—Ya no es la casa de Lydia. Ha muerto —dijo Erich—. ¿Por eso has venido? Después de que te marcharas, la traté tan bien como lo habrías hecho tú.

—¿Ah, sí? —preguntó Amos, que arqueó las cejas.

—Bueno, no exactamente como lo habrías hecho tú —admitió Erich mientras apartaba la mirada con gesto avergonzado.

—Gracias por lo que hiciste —dijo Amos.

—No me mataste cuando tenías buenas razones para hacerlo, y tampoco podías quedarte —dijo Erich, que se había inclinado hacia delante. Su mano izquierda había dejado de moverse—. Alejarte de ella formaba parte del favor que me hiciste y nunca lo he olvidado. Y ella también me ayudó al principio. Me ayudó a conseguir lo que tengo ahora. Me enseñó a usar la cabeza para enfrentarme a la fuerza bruta. La ayudé todo lo que pude.

—Y te lo agradezco —dijo Amos.

Erich entornó los ojos, y la mano derecha que sacó de debajo del escritorio empuñaba una pistola automática de cañón corto. Amos se sorprendió, pero se sintió orgulloso de su amigo. Erich apoyó la mano sobre la mesa sin dejar de apuntar a Amos, en señal más de advertencia que de amenaza.

—Si has venido a reclamar algo, quiero que sepas que no eres el primero que sale de este despacho con los pies por delante.

Amos levantó las manos en un fingido gesto de rendición.

—Pero si ni llevo un arma encima, jefe. Solo he venido a hablar.

—Pues habla.

—Lo que hiciste por Lydia estuvo muy bien —dijo Amos, que empezó a bajar los brazos poco a poco sin quitarle el ojo al arma—. Pero te equivocas. No ha muerto del todo. Aún queda una parte de ella.

Erich ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Eso vas a tener que explicármelo mejor.

—Un anciano que la quería, vivía con ella y le dio un beso de buenas noches antes de morir aún está vivo. Tiene una casa con un pequeño jardín de rosas que cuidaban los dos. Puede que también tenga algunos perros. Los vi en una foto, pero no sé si siguen vivos.

—Sigo sin entenderlo.

Amos se frotó un nudillo con el pulgar mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas. Era un pensamiento que nunca antes había dicho en voz alta y, si la cagaba y Erich le entendía mal, podían acabar matándose. Merecía la pena dedicar algo de tiempo a pensarlo bien.

—Te explico. El anciano se va a quedar con la casa hasta que se muera. Ese hombre es lo único que Lydia dejó atrás, lo último que queda de ella, así que se va a quedar la casa.

Erich soltó la pequeña pistola en el escritorio y se sirvió otra copa. Se reclinó en el asiento mientras sostenía el vaso con la mano derecha. No podía volver a coger el arma sin soltar la bebida, y eso le hubiese dado tiempo a Amos para cogerla antes que él. Era una señal, y Amos sintió que se le relajaban los músculos del cuello y de los hombros.

—Eres mucho más sentimental de lo que me había imaginado —dijo Erich.

—Hay pocas cosas que me pongan sentimental —accedió Amos—, pero cuando ocurre soy muy apasionado.

—Vale, ya sé qué quieres tú. Ahora, ¿qué es lo que gano yo? Le debía algo a Lydia, pero a ese viejo no le debo nada. ¿Qué gano yo manteniéndole el subsidio?

Amos suspiró y le dedicó una sonrisa triste a su viejo amigo.

—¿En serio?

—En serio.

—Ganas que no te mato a ti ni a esos dos tipos de ahí fuera. Ganas que no desmantele esta organización hasta los cimientos y se la dejo reconstruir a alguien que luego me deberá un favor.

—Vale —dijo Erich—. Ahí estás.

Amos tuvo que admitir que ahora Erich los tenía bien puestos. Ni siquiera había bajado la vista para mirar el arma que había sobre el escritorio mientras Amos lo amenazaba. Solo se había limitado a dedicarle al mecánico su versión de la misma sonrisa trágica.

—¿Ahí está quién?

—Timmy.

—Sí, supongo que sí. Pero sabes que esa no es mi primera opción. ¿Qué hacemos?

—No me costaría casi nada mantener la casa del anciano —dijo Erich, que luego negó con la cabeza como si no estuviese de acuerdo consigo mismo—. Pero aunque así fuese, lo haría. Solo para evitar que Timmy volviera a recorrer mis calles.

—Gracias otra vez.

Erich desdeñó el agradecimiento con un gesto de su mano buena, se levantó y se acercó a la enorme pantalla del despacho que hacía las veces de ventana. El arma seguía en la mesa, ignorada. Amos la miró un instante, pero luego se reclinó en la silla y se puso las manos detrás de la cabeza, con los codos a ambos lados.

—Es gracioso, ¿verdad? —dijo Erich, que señaló en la pantalla algo que Amos no veía desde donde se encontraba—. Ver esas nuevas caras en las mismas esquinas de siempre. Todo cambia, pero se queda igual al mismo tiempo. Yo he cambiado. Tú no has cambiado.

—Vivo en una nave espacial que se ha enfrentado a monstruos alienígenas —dijo Amos, encogiéndose de hombros—. Algo he cambiado.

—¿Algo de lo que has visto hasta ahora te ha dado más miedo que un yonqui sin dinero que se acerca a ti porque tienes su dosis? ¿Más que un proxeneta que cree que te estás escaqueando? —Erich rio, se dio la vuelta y se quedó dándole la espalda a la pantalla—. Olvida eso. ¿Algo de lo que has visto te ha dado más miedo que vivir con la ayuda básica?

—No —admitió Amos.

—Entonces has conseguido lo que querías —dijo Erich con voz neutra e impertérrita—. Sal de mi ciudad o te echo a los perros.

Amos se puso en pie. Estaba más cerca del arma que Erich y sintió que esta tiraba de él como la gravedad. Podría haberla cogido, matar a Erich y acabar con los dos guardias que había fuera. Antes del anochecer sería el líder de gran parte del territorio que ahora poseía aquel hombre y podría hacerse con el resto gracias a su fuerza bruta y determinación. Las posibilidades se proyectaron en su mente en un abrir y cerrar de ojos.

Pero en lugar de hacerlo, se limitó a colgar las manos de los pulgares en los bolsillos del pantalón y darse la vuelta hacia la puerta.

—Gracias por la bebida —dijo—. Me había olvidado de lo bueno que estaba el tequila.

—Le diré a Tatu que te dé algunas botellas al salir, para que te las lleves —dijo Erich.

—Vaya, pues no las voy a rechazar.

—Encantado de verte —dijo Erich, luego se quedó en silencio un instante—. El arma estaba descargada.

—¿Ah, sí?

—Hay una torreta de dardos oculta en el plafón —aseguró Erich al tiempo que miraba de soslayo el led que tenían encima—. Están envenenados. Podría matar a todos los que están en esta estancia menos a mí pronunciando una palabra.

—Genial. Pues gracias por no pronunciarla.

—Gracias por seguir siendo mi amigo.

A Amos la pareció una despedida, así que le dedicó una última sonrisa y se marchó. Tatu lo esperaba en el pasillo con una caja llena de botellas de tequila. Seguro que los guardias lo habían oído todo.

—¿Necesitas ayuda para salir? —preguntó Tatu.

—Qué va —respondió Amos, que se echó la caja al hombro—. Se me da bien marcharme de los sitios.

Amos dejó que el terminal portátil lo llevase a la pensión de mala muerte más cercana y alquiló una habitación. Tiró las botellas y el morral en la cama y luego salió a la calle. Caminó un poco hasta llegar a un puesto de comida en el que compró algo que, con optimismo, llamaban salchicha belga, un optimismo que no le cuadraba demasiado, a menos que los belgas fueran famosos por sus productos con sabor a tofu. Tampoco le importó demasiado. Amos se dio cuenta de que era capaz de recordar de memoria el período orbital de todas las lunas jovianas, pero que no sabía ubicar Bélgica en un mapa. No creía que se encontrase en territorio estadounidense, pero poco más podía decir de aquel sitio. Eso no lo dejaba en muy buen lugar para criticar las costumbres culinarias de la zona.

Caminó sin rumbo hasta los muelles podridos y viejos en los que jugaba de niño, solo por tener un lugar al que ir y por acercarse al agua. Terminó la salchicha y, al ver que no había cerca una papelera de reciclaje, también masticó y se comió el envoltorio. Estaba hecho de fibras de maicena y sabía a cereales rancios.

Un pequeño grupo de adolescentes pasaron junto a él, pero luego se dieron la vuelta para seguirlo. Estaban esa edad en la que uno podía ser una víctima con patas o alguien capaz de cometer crímenes propios de un adulto. La edad para realizar pequeños robos, correr detrás de los camellos y atracar algo importante cuando se presentaba la oportunidad y no había muchos riesgos. Amos los ignoró y descendió por una escalerilla vieja y herrumbrosa del muelle.

Los adolescentes se quedaron quietos y empezaron a discutir en voz baja pero intensa. Amos supuso que estarían analizando si merecía la pena hacerse con la cuenta corriente de un extranjero de su tamaño, teniendo en cuenta que sería un salto de fe pensar que alguien de fuera de los muelles de Baltimore tenía más dinero que los que vivían allí. Sabía muy bien el resultado de esos cálculos, ya que él mismo los había hecho en el pasado. Siguió ignorándolos y se dedicó a escuchar el suave batir de las olas contra los pilares del muelle.

Una línea de fuego similar a un relámpago dibujado con regla iluminó el cielo en la distancia. Un estallido sónico recorrió la bahía unos instantes después, y Amos recordó de improviso y con intensidad estar sentado con Erich en esos muelles mientras veían cómo disparaban suministros hacia la órbita con cañones de riel y hablaban sobre abandonar el planeta.

Amos era de la Tierra para todos los que vivían fuera del pozo de gravedad, pero eso no era cierto. Al menos no de la manera que más importaba. Amos era de Baltimore, y no sabía prácticamente nada del mundo que se extendía más allá de las pocas decenas de manzanas del distrito pobre del lugar. La primera vez que había salido de la ciudad había sido para subir en un tren de alta velocidad hasta Bogotá, y de allí a la lanzadera que lo había llevado a la Luna.

Oyó unos pasos suaves en el muelle detrás de él. La discusión había terminado y los síes habían ganado a los noes. Amos se dio la vuelta para encararse a los adolescentes que se acercaban. Algunos llevaban porras improvisadas. Uno tenía un cuchillo.

—No merece la pena —dijo. No cerró ni levantó los puños. Se limitó a agitar la cabeza—. Esperad al siguiente.

La tensión se apoderó del momento cuando todos lo miraron y él les sostuvo la mirada. Luego, como si se hubiesen puesto de acuerdo por telepatía, el grupo de adolescentes se marchó sin decir nada.

Erich se equivocaba al pensar que Amos no había cambiado. El hombre que Amos era antes no tenía la experiencia que ahora cargaba sobre sus hombros. Ahora sabía cosas, tenía anhelos y capacidades. Antes solo sabía dónde encontrar buen bebercio, los camellos que siempre tenían marihuana y tabaco de buena calidad y distinguir entre los burdeles que hacían buenos precios a los lugareños y los que solo servían para desplumar a los turistas que buscaban emociones fuertes en los barrios pobres. También sabía dónde alquilar un arma por un módico precio y que el precio se triplicaba si terminabas por usarla. Sabía que salía más barato alquilar un taller durante unas horas y fabricar una por ti mismo. Como la escopeta que había usado la primera vez que mató a un hombre.

Pero la persona que era ahora sabía cómo mantener un reactor de fusión, cómo calibrar los muelles magnéticos para insuflar la máxima energía posible a las partículas ionizadas del escape y cómo arreglar una grieta en el casco de una nave. A ese tipo le daban igual las calles y los riesgos y placeres que ofrecían. Para el nuevo Amos, Baltimore era tan desconocida como la mítica región de Bélgica.

Y fue justo en ese momento cuando supo que aquella iba a ser la última vez que pisase la Tierra. No iba a volver jamás.

La mañana siguiente se levantó en la habitación alquilada del hostel con media botella de tequila en la mesilla de noche y la primera resaca que había tenido en años. Por un instante creyó

que había estado tan borracho que se había meado en la cama, pero luego se dio cuenta de que el calor sofocante de la habitación le había hecho sudar a mares. Tenía la garganta seca y la lengua hinchada.

Fue a limpiarse los sudores nocturnos y ladeó la cabeza para que el agua caliente y humeante de la ducha le llenase la boca. Se maravilló de los sabores después de haber pasado décadas bebiendo el agua filtrada y esterilizada de las naves y las estaciones espaciales. Esperó que no se debiera a microbios ni a metales pesados.

Sacó las botellas de tequila restantes de la caja y las metió a presión en el morral, rodeándolas con la ropa para protegerlas. Luego cogió el terminal portátil y empezó a buscar un viaje de vuelta a la Luna con una conexión de larga distancia a la estación Tycho. Se había despedido de Lydia, o de lo que quedaba de ella. En cierto sentido, también se había despedido de Erich. No quedaba nadie en todo el planeta que le importase una mierda.

Bueno, eso no era del todo cierto. Había alguien que quizá le importaba un poco.

Llamó al número que había usado Avasarala, y en la pantalla apareció un joven de rostro cincelado con la piel pálida, los dientes gigantescos y un corte de pelo perfecto. Se parecía al maniquí de una tienda muy cara.

—Despacho de la secretaria Avasarala.

—Ponme con Chrissie, chico, y rapidito.

El maniquí se quedó sorprendido y en silencio un instante.

—Lo siento, pero en estos momentos la secretaria no puede...

—Chico —dijo Amos al tiempo que le dedicaba una sonrisa—, estoy llamando a su número privado, ¿no? Me llamo Amos Burton. —Era mentira, pero una de esas que decía tanto que en cierto sentido se había hecho realidad—. Trabajo para James Holden. Algo me dice que si no le comentas ahora mismo que la estoy llamando, terminarás el día solicitando la ayuda básica.

—Un momento, por favor —dijo el maniquí. La pantalla pasó al logo azul y blanco de la ONU.

—Burton —dijo Chrisjen Avasarala, que apareció en la pantalla menos de treinta segundos después—. ¿Por qué coño sigues en mi planeta?

—Estaba a punto de irme, jefa, pero me he acordado de que me gustaría hablar con alguien más antes de irme.

—¿Conmigo? Porque no te tenía por una persona tan encantadora. Tengo que coger un vuelo a la Luna para empezar a preparar la reunión con el primer ministro de Marte.

—¿Te obligan a hacer esas cosas?

—Lo hago todo yo, y cada segundo que paso hablando contigo vale decenas de miles de dólares.

—¿En serio?

—No, me lo acabo de inventar, pero odio volar a la Luna y me he puesto a hacer otras cosas para retrasarlo lo máximo posible. ¿Quieres que te lleve? Estaré encantada si así consigo que te largues de mi planeta. ¿Qué? ¿He dicho algo gracioso?

—Qué va, es que me acabas de recordar a alguien —dijo Amos—. Bueno, diría que este es el último viaje que hago a este pozo de gravedad.

—Me dejas de piedra —dijo Avasarala.

—Y he llegado a la conclusión de que, ya que estoy aquí, debería atar todos los cabos sueltos y ver a todas las personas a las que quiero ver —continuó Amos—. ¿Dónde habéis encerrado a Bombón?

—¿Bombón?

—A la hija de Mao. A Clarissa. Voló con nosotros durante unos meses después de que evitásemos que matara al capitán y tengo que admitir que empezó a gustarme un poquito.

—¿Te follaste a una prisionera? —preguntó Avasarala con una expresión a caballo entre el asco y la diversión.

—Qué va —respondió Amos—. No suelo hacerle eso a la gente que me gusta.

Holden

TODO el mundo estaba seguro de que los sistemas que había abierto la red de puertas estaban desperdigados por la Vía Láctea. La cartografía aún seguía ubicando las naves que las cruzaban, pero algunos de los primeros cálculos indicaban que varios de esos nuevos sistemas se encontraban a decenas de miles de años luz de la Tierra y también daban resultados algo inciertos sobre el tiempo y la ubicación exacta. Al hablar de distancias tan vastas era fácil olvidar la inmensidad del Sistema Solar. Hasta que uno intentaba encontrar algo en él.

La ley obligaba a todas las naves espaciales en movimiento a registrar un plan de vuelo y llevar activado un transpondedor. Eso hacía que fuesen fáciles de rastrear y que, al tener el transpondedor activo, supieses hacia dónde apuntar el telescopio para ver el penacho de su motor desde cualquier lugar del sistema. Pero a veces las naves tenían que atracar en los muelles para ser reparadas, y era entonces cuando desaparecía su transpondedor. En otras ocasiones se las retiraba del servicio activo, y su transpondedor desaparecía y nunca volvía a usarse para nada legal. Las naves nuevas que entraban en circulación tenían nombres nuevos y las que se vendían cambiaban de nombre. Algunas se fabricaban con restos, otras se montaban en astilleros y otras eran derrelictos que se rescataban. Todo esto ocurría a lo largo de una extensión de entre unos mil billones o cien trillones de kilómetros cuadrados de espacio, y eso solo si ignorabas que se trataba de un espacio tridimensional.

Diecisiete naves habían desaparecido a través de las puertas anulares y, si Holden estaba en lo cierto, se encontraban en esos nuevos sistemas y se habían cambiado de nombre. En teoría había una manera de conseguir la información que necesitaba, pero a menos que quisiese pasar varios cientos de vidas comparando datos, iba a tener que buscar ayuda.

En concreto, necesitaba que un ordenador repasase una buena cantidad de bases de datos de naves nuevas, naves fuera de servicio, naves vendidas, naves reparadas y naves perdidas en busca de algún dato que no cuadrase. Era lo que un programador consideraría mucho trabajo incluso con un buen ordenador y un buen programa de procesamiento de datos.

Y, por desgracia, la mejor ingeniera que Holden conocía se había largado vete a saber dónde y no respondía a sus mensajes. No podía hacerlo solo, no tenía tiempo para aprender a hacerlo ni tampoco una tripulación que lo hiciese por él, así que lo que necesitaba era dinero.

Holden volvió a llamar a Fred después del turno de trabajo con el equipo de reparaciones de Sakai que se estaba encargando de la *Rocinante*.

—Oye, Fred, tengo un problema informático. ¿Puedo pagarle a uno de tus programadores para que me haga un trabajillo?

—¿Tienes que mejorar algo en la nave? —preguntó Fred—. ¿O es algo que sabes que podría molestarme?

—Algo que podría molestarte. ¿Tienes a alguien disponible para escribir unas líneas de código?

Paula Gutierrez tenía el cuerpo alargado y la cabeza un tanto sobredimensionada propios de una infancia en baja gravedad. Su sonrisa era mordaz y profesional. Era una programadora autónoma que, cinco años antes, había aceptado un trabajo de asesoría de seis meses en Tycho y luego se había quedado en la estación por todo el trabajo que había allí. Su rostro amplio de cejas

pobladas y dientes blancos y relucientes llenaba por completo la pantalla del terminal portátil de Holden.

—Pues eso es lo que busco. Y lo necesito cuanto antes —dijo Holden después de comentarle sus requisitos—. ¿Crees que es factible?

—Muy factible —aseguró Paula—. Tycho tiene una copia de seguridad de todas las bases de datos de tráfico, por lo que no tenemos ni que depender de las conexiones. Pero si lo quieres rápido, te va a salir caro.

—¿Cuánto es caro?

—Unos mil quinientos la hora. Y voy a tardar un mínimo de diez horas. Que sepas de antemano que no regateo y no hago descuentos.

—Sí que es caro —dijo Holden.

—Porque sé que soy tu única esperanza y estoy dispuesta a desplumarte.

—Venga, vale. ¿Cuándo empezarás a enviarme resultados?

Paula arqueó las cejas en un gesto de indiferencia y luego miró a algún lugar fuera del encuadre.

—Puede que dentro de unas veinte horas ya pueda empezar a enviarte cosas. ¿Quieres que te prepare un archivo o que te lo vaya enviando a medida que lo consiga?

—Ve enviándomelo, por favor. ¿No vas a preguntarme para qué lo necesito?

Paula rio.

—Nunca lo hago.

Monica había alquilado una pequeña suite de varias habitaciones en el nivel de visitantes de Tycho. Eran caras y, para sorpresa de Holden, no mucho mejores que las que Fred les había dado a él y a su tripulación. Había pocas empresas que trataran a los suyos mejor de lo que lo hacía Fred. No obstante, la educación hizo que Holden actuase como si las habitaciones fuesen algo especial para hacer que Monica no se sintiese mal por el dinero que se había gastado. Las recorrió sin dejar de emitir ruidos de asombro al ver lo amplias que eran y la calidad de los muebles.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho Fred? —preguntó Monica cuando Holden se sentó a la mesa y le dio un sorbo al té que la mujer había preparado.

—Sinceramente, no le ha dado la más mínima importancia a lo ocurrido.

—Me refería a qué ha dicho sobre usar la protomolécula para intentar ponernos en contacto con el inspector Miller.

—Sí —respondió Holden, que volvió a dejar el té en la mesa y lo apartó. El primer sorbo le había dejado la lengua áspera y escaldada—. Se lo mencioné, pero solo para que supiese que tenía un topo. Nunca ha entrado en mis planes usar la muestra para investigar. Por el momento, nadie va a sacar esa cosa de la lámpara en la que se encuentra.

—Entonces solo has venido a hacerme perder el tiempo.

—No —aseguró Holden—. Para nada. Creo que lo que dices sobre las naves desaparecidas es cierto, pero en mi opinión no se trata de una conspiración alienígena. Mi apuesta es que tiene que estar asociado con esa célula radical de la APE. Lo estoy investigando, por si te interesa.

Monica empezó a girar su terminal portátil sobre la superficie de la mesa con impaciencia al ver que Holden había cambiado de tema.

—Me he hecho un nombre con el reportaje de la *Bégimo*. Alienígenas, puertas que en realidad son agujeros de gusano y un fantasma protomolecular que solo habla con la persona más famosa de todo el Sistema Solar. No creo que mi siguiente artículo deba ser «Los humanos siguen echándose mierda unos a otros». No tiene gancho.

—Entonces ¿quieres encontrar esas naves desaparecidas o más extraños artefactos alienígenas que te hagan aún más famosa?

—Eso ha sonado terriblemente sentencioso para ser alguien que ha conseguido colarse en gran parte de las noticias importantes de los últimos seis años.

—Eso ha dolido —dijo Holden. Luego dejó que el silencio incómodo se extendiera por la estancia. Monica siguió haciendo girar el terminal portátil sin mirarlo a la cara.

—Lo siento —dijo al fin.

—No pasa nada. Mira, sufro el síndrome del nido vacío y me ha dejado un poco tocado. Tengo que distraerme con algo y he decidido encontrar esas naves desaparecidas. Lo más seguro es que no sea una conspiración alienígena, pero aun así voy a llegar al fondo del asunto. ¿Quieres ayudar?

—A decir verdad, no estoy segura de qué pensar. Creía que todo se iba a solucionar preguntando a esos alienígenas omniscientes. ¿Sabes lo grande que es el espacio?

—He estado pensando y tengo un plan —aseguró Holden—. Le he dicho a Fred que puede que sea cosa de la APE, pero no le gusta nada la idea y no me hace caso. Pero después de darle varias vueltas he llegado a la conclusión de que la APE no sería capaz de destruir esas naves. Los cinturianos no piensan así. Lo reciclan todo.

—¿Y?

—Pues que deberíamos empezar a buscar naves robadas. El jefe de ingeniería Sakai me sugirió que buscarse naves nuevas que hubiesen aparecido de la nada en lugar de ponerme a buscar las viejas.

—Sakai sugirió que...

—Es un tipo con el que trabajo en la reparación de la *Rocinante*. Sea como fuere, me pareció una buena idea, así que contraté a una analista de datos de por aquí para que escribiese un *script* de búsqueda que le siguiese la pista hasta el punto de origen a todos los nombres que hubiesen aparecido hace poco en los registros.

—Una analista de datos.

—Una programadora autónoma o como se llame ese oficio. Pues en cualquier momento me empezará a enviar datos en los que deberían aparecer esas naves que han desaparecido en circunstancias misteriosas. Nuestras diecisiete naves perdidas tienen que formar parte de ese grupo. Al menos, así podremos empezar a investigar a fondo una cantidad menor y no tendremos esa lista interminable.

Monica se levantó y se alejó unos pasos sin decir nada. Holden sopló el té y esperó. Cuando volvió a la mesa, la mujer le dedicó una mirada de cautelosa incredulidad.

—¿Has metido en esto a Fred Johnson, un ingeniero de Tycho y una puta *hacker*? ¿Cómo puedes ser tan imbécil?

Holden suspiró y se levantó.

—Fuiste la que me puso al tanto, así que tendré la amabilidad de ir contándote cómo avanza mi investigación...

—¿Y ahora te vas?

La incredulidad se extendió aún más por el rostro de Monica.

—Es que mira, la verdad es que no me apetece que alguien a quien intento ayudar me llame imbécil.

Monica levantó las manos en un gesto apaciguador que Holden suponía que no era sincero.

—Lo siento —dijo—, pero es que acabas de involucrar a tres personas más en mi... nuestra investigación, y uno de ellos es un miembro muy importante de la APE. ¿Cómo se te ocurrió

pensar que algo así sería buena idea?

—Ya me conoces —dijo Holden, que no volvió a sentarse pero tampoco fue directo hacia la puerta—. No se me da bien ocultar cosas. No creo que Fred sea el malo de la película, pero aunque lo sea nos ayudará ver cómo reacciona a nuestra investigación. Los secretos son el caldo de cultivo de todas las conspiraciones. Confía en mí. A las cucarachas no les gusta que la gente empiece a iluminarlas con una linterna.

—¿Y si deciden acabar con el que sostiene esa linterna?

—Bueno —dijo Holden con una sonrisa en los labios—, eso también sería interesante. No serían los primeros en intentarlo. Y aquí sigo.

Al día siguiente, Holden empezó a recibir los primeros datos del programa de Paula. Autorizó a su terminal portátil para que transfiriera la cantidad restante que le debía por sus servicios y luego empezó a echarle un vistazo a la lista. Habían aparecido muchas naves nuevas en Marte y en la Tierra, pero eso era lo normal. Los astilleros producían en serie navíos nuevos o renovaban los antiguos lo más rápido que les permitían sus mecánicos e ingenieros. Todo aquel capaz de reunir unos pocos yuanes intentaba conseguir un pasaje a las puertas anulares y a los mundos que había detrás de ellas, y la mayoría eran personas que ya vivían en los dos planetas interiores y estaban adaptados psicológicamente para habitarlos. De esas naves, el programa solo marcaba una pequeña fracción de las que tenían inconsistencias en los registros, pero incluso esas solo estaban allí por pequeños errores en el papeleo, no por piratería.

También había unas cuantas del Cinturón que eran sospechosas. Esas eran las más interesantes. Si la APE se había dedicado a robar naves, el lugar más lógico para ocultarlas tenía que ser una región del espacio llena de otras naves y estructuras metálicas. Holden empezó a comprobar una a una las naves de la lista del Cinturón.

La *Gozeriano* apareció de la nada en los muelles de la refinería de Palas, en un momento que concordaba con sus sospechas. Los registros indicaban que podía tratarse de un traspaso legítimo, pero no dejaban muy claro quién había muerto y qué relación tenía el nuevo propietario con el anterior. Holden supuso que las respuestas a esas dos preguntas eran «persona que solía ser el dueño de la nave» y «persona que había matado a la tripulación para quedarse con ella». El traspaso de propiedad era lo suficientemente sospechoso como para tratarse del resultado de un pirateo, pero la lista indicaba que la *Gozeriano* era una nave minera de casco ligero y sin motor Epstein. Una saltarrocas. Los registros de Palas confirmaban los datos y ninguna de las diecisiete naves perdidas tenía una descripción similar. Nadie iba a volar hasta el extremo del Sistema Solar para cruzar a otro mundo en un navío sin motor Epstein. Había lugares mucho más cómodos en los que morir de viejo.

Holden marcó la *Gozeriano* en su lista y pasó a la siguiente. Terminó de comprobar la primera de las listas de Paula a las tres de la mañana, hora de Tycho, y su turno de trabajo en la *Roci* empezaba a las ocho, por lo que le quedaban un par de horas para atormentarse antes de pasar una mañana miserable intentando hacer frente a la falta de sueño para encontrar los cables de los propulsores de maniobra.

Cuando terminó de trabajar lo único en lo que podía pensar era en cenar un poco y dormir mucho, pero el programa de Paula le envió los datos de casi cincuenta naves más, así que se compró unos fideos de camino a casa y pasó el resto de la noche revisando la lista.

La *Pastel de ratón* era un carguero de gases que no casaba con las naves de su lista de desaparecidas. La *Vento* había aparecido por primera vez antes de la fecha que le interesaba, que quedaba confirmada por una solicitud de atraque en el último muelle que había visitado. Los registros indicaban que la *Bufón Blasfemo* sí tenía motor Epstein, pero también que dicho motor

llevaba fuera de servicio desde hacía años. Al parecer, desde entonces solo la habían usado como una lanzadera con propulsores a chorro para distancias cortas.

Siguió comprobando las naves una a una. Su terminal resonó cuando recibió una comunicación. Era Amos, que se había puesto en contacto con un mensaje críptico que decía: «He visitado la tumba de mi amiga. Todo bien, pero aún tengo cosas que hacer. Ya te escribiré». Holden sorbió otro bocado de fideos, que llevaban fríos desde hacía mucho tiempo y habían pasado a tener la consistencia de las lombrices. Se preguntó cómo Miller podía dedicarse a algo así y le sorprendió darse cuenta de que muchas de las soluciones de cualquier investigación requerían cabezonería. Analizar listas interminables en busca de algo que no encajase. Hablar con todos y cada uno de los probables testigos una y otra vez. Callejear, como dirían los detectives de las películas del nuevo cine negro de Alex.

Pensar en Alex le iluminó la bombilla y volvió atrás en la lista para revisar una nave que se llamaba *Pau Kant*. Su última ubicación era (434) Hungaria, una roca de albedo alto de Hungaria, un grupo de asteroides que se encontraba relativamente cerca de la órbita de Marte pero tenía alta inclinación. El puesto de control de Marte había detectado la nave, pero la había perdido poco después, por lo que la dieron por perdida.

Aun así, antes de esa aparición corta y aislada, la *Pau Kant* no parecía haber existido en ningún otro registro. Holden no fue capaz de encontrar ninguna descripción del tipo de motor o de casco que tenía ni ningún documento de propiedad al que seguirle la pista. La había metido en su lista de naves que examinar más a fondo después, pero había algo en esa conexión entre Marte y los asteroides del Cinturón que le hizo sospechar.

El grupo Hungaria no era mal sitio para ocultar cosas. (434) Hungaria medía unos veinte kilómetros de diámetro. Era mucha masa para ocultar las naves de los radares, y el albedo alto también podía enmascarar los resultados de cualquiera que buscara las naves con un telescopio. Además, la ubicación era curiosa. Si los radicales de la APE estaban reuniendo naves para atacar los transportes coloniales, el anillo interior del Cinturón era un buen hangar. También habían atacado la Tierra hacía poco, y que no les hubiese salido bien no significaba que no lo fueran a intentar otra vez. Un puñado de naves ocultas en el anillo interior era el mejor primer paso para ese nuevo intento.

Los asteroides de Hungaria estaban muy lejos de la ubicación actual de la estación Tycho, y Holden no tenía nave. Pero estaban bastante cerca de Marte, lugar donde se encontraba Alex. Si el piloto era capaz de hacerse con un medio de transporte, no le llevaría mucho tiempo acercarse para echar un vistazo y comprobar si la *Pau Kant* seguía allí atada a una roca para pasar desapercibida. Sería una información muy interesante que pasarle a Fred, si es que la descripción encajaba con la de una de las naves desaparecidas de Monica.

Holden dejó el terminal sobre la mesa, lo colocó un poco levantado para grabarse la cara y dijo:

—¿Qué tal, Alex? Espero que las cosas te vayan bien por ahí, y también a Bobbie. Mira, he seguido investigando lo de las naves desaparecidas y he encontrado algo sospechoso en (434) Hungaria. ¿Podrías conseguir una nave para echarle un vistazo? Puedes sacar dinero de mi cuenta si necesitas alquilar una. Me gustaría que fueses a comprobar si en ese lugar hay una llamada *Pau Kant*, oculta e inactiva. Te adjunto las especificaciones con el código del transpondedor.

Holden guardó en un archivo toda la información y la ubicación más reciente de la *Pau* que había encontrado en los registros de Marte. Tenía pocos datos y era una posibilidad remota, pero estaba seguro de que Alex iba a disfrutar del viaje. Además, le había dicho de antemano que lo iba a pagar él para que no se sintiese mal por preguntar.

Tenía claro que el arrebató de energía que sintió al conseguir una pista en la investigación no duraría mucho, pero quería compartir su éxito con alguien y estaba muy despierto, así que llamó a Monica. Se topó con el buzón de voz. Le dejó un mensaje para que lo llamara, sorbió los últimos fideos fríos y pastosos y se quedó dormido de inmediato en el sillón.

La mañana siguiente no le tocaba turno de trabajo en la *Roci*, y Monica aún no le había devuelto la llamada, así que insistió. Nadie respondió. Pasó por su habitación de camino a desayunar, pero tampoco estaba en ella. Sabía que se había mosqueado un poco con él, pero no tanto como para dejar de lado todo e irse sin decirle nada. Hizo otra llamada.

—Seguridad de Tycho —dijo la voz de un joven.

—Hola, soy Jim Holden. Me gustaría preguntar por una periodista que estaba de visita, Monica Stuart. ¿Sabe si se ha marchado de la estación?

—Un segundo. No. Los registros indican que sigue a bordo. Su apartamento es el...

—¿Sigue siendo el mismo? Es que estoy en él y no abre la puerta ni responde a su terminal portátil.

—Los registros indican que su terminal no se ha conectado a la red de Tycho desde ayer bien temprano.

—Vaya —dijo Holden, que frunció el ceño frente a la puerta. La calma que había al otro lado le resultó ominosa. «¿Y si alguien había decidido de verdad acabar con el que sostenía la linterna?» Él no era el único que casaba con esa descripción—. Eso indica que no lo ha usado ni para pagarse un bocadillo. Algo me huele mal.

—¿Quiere que envíe un equipo?

—Por favor.

Holden esperaba lo peor cuando el equipo de seguridad abrió la puerta, y la situación no le decepcionó. Alguien había rebuscado minuciosamente en las habitaciones. La ropa y los efectos personales de Monica estaban desperdigados por el suelo. El terminal portátil que usaba para las entrevistas había sido aplastado por un talón, pero la pantalla aún parpadeaba cuando Holden la tocó. La única buena noticia fue que el equipo no encontró ningún rastro de sangre.

Holden llamó a Fred mientras los de seguridad terminaban de inspeccionar la zona.

—Soy yo —dijo tan pronto como el líder de la APE cogió la llamada—. Tienes un problema peor que el de los radicales en Medina.

—¿Sí? —Fred sonaba agotado—. ¿Cuál?

—Que también están en Tycho.

Naomi

SE SUPONÍA que Terryon Lock era un lugar nuevo en el vacío del sistema joviano. Lo crearon con la esperanza de que se convirtiese en un hogar cinturiano. Modular, para poder ampliarlo o reducirlo si era necesario. Uno que no estaba bajo el control de la Tierra, de Marte ni de nadie. Una ciudad libre en el espacio, con su propio gobierno y sus propios controles medioambientales. Naomi había visto los planos la primera vez que los volcaron en las redes. Rokku los había impreso en plástico fino para colgarlos en los mamparos de la nave. Terryon Lock era la nueva Jerusalén, pero las fuerzas de seguridad de Ganimedes lo cerraron. Nadie podía montar una colonia sin permiso. Los dejaron sin hogar. Sin un refugio, aunque fuesen ellos los que lo habían construido.

Cuando ocurrió ni siquiera estaba embarazada todavía. Tampoco sabía que aquel acontecimiento sería tan importante para ella.

Filip tenía ocho meses cuando destruyeron la *Agustín Gamarra*. La *Gamarra* había zarpado de la estación Ceres con un cargamento de equipamiento orgánico e hidropónico y luego acelerado hacia la estación de investigación que la Armada de la Coalición tenía en Oshima. Cuando llevaban diez horas de camino y viajaban a un sosegado cuarto de g, la botella magnética de la nave perdió contención y el núcleo de fusión quedó desparramado por la sala de máquinas. La *Gamarra* se había iluminado tanto como el Sol por una fracción de segundo y llegaron a morir doscientas treinta y cuatro personas. De la nave no quedaron ni los restos, y la investigación oficial del suceso nunca se cerró porque no se pudieron dilucidar las causas. Accidente o sabotaje. Contratiempo o asesinato.

Habían pasado de la habitación oculta al fondo del club a un apartamento privado que estaba aún más cerca del centro de rotación. Allí olía a ozono, al aire demasiado limpio de un filtro recién cambiado. Filip se encontraba sentado junto a una mesilla con las manos entrelazadas. Estaba al borde de un pequeño sofá de gel y espuma. Naomi miró los ojos negros del chico e intentó relacionarlos en su mente con los que recordaba. También rememoró sus labios y su cautivadora sonrisa sin dientes. No estaba segura de si el parecido de aquel chico con el bebé que recordaba era cierto o se lo estaba imaginando. ¿Cuánto podía llegar a cambiar alguien entre cuando era casi un bebé y casi un adulto? ¿De verdad era él? Tenía que serlo.

El hueco no estaba abandonado. Había ropa en la taquilla y comida y cerveza en la pequeña nevera. Las paredes blancas tenían muescas en las esquinas, donde se habían acumulado pequeños accidentes domésticos a lo largo de los años. Filip no le dijo a quién pertenecía el apartamento, y Naomi no preguntó.

—¿Por qué no has venido en la *Rocinante*? —preguntó. La pregunta parecía poco más que una tentativa, como si solo fuese una forma de romper el hielo antes de las de verdad. Esas que a ella le gustaría poder responder. «¿Por qué te fuiste? ¿No nos querías?»

—Está atracada. Necesitaba unas reparaciones. Llevará meses.

Filip asintió una vez, con brusquedad. Naomi reconoció a Marco en el gesto.

—Eso va a complicar las cosas.

—Marco no me dijo que quisieses la nave —dijo Naomi, que odió la disculpa implícita que pareció emanar de sus palabras—. Lo único que comentó fue que tenías problemas, que estabas

evitando a las autoridades y que yo... que yo podía ayudarte.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo.

Cuando Naomi había estado a punto de dar a luz, los hospitales de la estación Ceres eran los mejores que podían permitirse en el Cinturón. No tenían dinero para viajar a Europa o a Ganimedes durante todo el embarazo. Y Rokku también prefería los de Ceres a los de la estación Tycho. Los partos eran mucho más peligrosos para las cinturianas que para las mujeres que vivían con una gravedad constante, y Naomi ya había sufrido dos sustos. Marco y ella habían vivido en un hueco alquilado cerca del hospital, uno de las decenas que se les ofrecían a los cinturianos que necesitaban atención médica. Los términos del contrato no eran concluyentes, y podían quedarse hasta que ya no necesitasen a los médicos, el personal de enfermería, los sistemas automatizados ni los medicamentos con los que contaba el complejo médico.

Naomi aún recordaba la forma de la cama que había en aquel lugar, las cortinas de plástico barato con el firmamento impreso que Marco había colgado en el umbral de la puerta. El olor le revolvía el estómago, pero a él le gustaba tanto que Naomi lo había dejado pasar. Además, los últimos meses casi todo le revolvía el estómago. Se pasaba los días durmiendo y sintiendo cómo el bebé se agitaba en su interior. El feto de Filip nunca dejaba de moverse. En aquel momento no se había sentido como una niña que iba a dar a luz, sino como una mujer capaz de controlar su destino.

—¿Cuántos necesitas sacar de aquí? —preguntó Naomi.

—Quince en total.

—¿Contándote a ti?

—Dieciséis.

Naomi asintió.

—¿Alguna mercancía?

—No —respondió Filip. A Naomi le dio la impresión de que iba a decir algo más, pero un instante después el chico apartó la mirada.

En esa época, Ceres aún seguía bajo el control de la Tierra. La mayoría de los habitantes del lugar eran cinturianos que habían sido contratados por una de las empresas marcianas o terrícolas. La Tierra contrataba cinturianos para encargarse de la seguridad y también del tráfico espacial. Marte contrataba cinturianos para encargarse de la investigación biológica. A Marco le hacía gracia, pero siempre se lo tomaba con cierto resquemor. Decía que Ceres era el mayor templo de la humanidad dedicado al síndrome de Estocolmo.

Todos los que viajaban con Rokku daban parte de su salario a la APE, también Naomi. Y la APE se había encargado del bienestar de Naomi y Marco durante los últimos días del embarazo: mujeres de la zona les llevaban comida al hueco, hombres del lugar salían con Marco a los bares para que pudiese hablar con alguien aparte de Naomi. Ella solo podía dar las gracias por ello. Los días que Marco salía a beber y se quedaba sola en la cama con Filip, su mente divagaba en el silencio de la noche, lo que le daba una satisfacción casi trascendental. O al menos así es como lo recordaba ahora. En aquella época, cuando no sabía lo que ocurriría después, puede que su percepción hubiese sido diferente.

—¿Adónde queréis ir?

—No podemos hablar del tema —zanjó Filip.

Naomi se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Me has traído aquí porque es seguro, *sa sa*? ¿No podemos hablar porque puede oírnos alguien o porque crees que al decírmelo te estás poniendo en peligro? Porque si no confías en mí lo suficiente como para decirme lo que necesitas, tampoco deberías confiar en mí lo suficiente como para estar aquí.

Le dio la impresión de que las palabras tenían más matices de lo que parecía, como si aquellos problemas logísticos también estuviesen relacionados con la razón por la que había dejado atrás a Filip hacía años, con la relación que tenían en la actualidad. A Naomi le pareció oír un chisporroteo en las palabras, pero no sabía qué era lo que oía Filip o si quizá debería haberlas pronunciado de otra manera. La expresión del chico se torció por un instante. Aflicción, odio o dolor. Había desaparecido demasiado pronto como para identificarla. Naomi sintió que se le adhería otra capa de culpabilidad, pero tenía tantas que una más no marcaba diferencia alguna.

—Me dijo que te lo podía contar cuando saliésemos de la estación —explicó Filip.

—Pero al parecer no sabía que íbamos a viajar en otra nave. Los planes cambian. Siempre pasa.

Filip se quedó mirándola, con ojos inertes como canicas. Naomi se dio cuenta de que acababa de citar a Marco sin querer. Quizá Filip lo había considerado un golpe bajo y pensaba que Naomi se estaba apoderando de la autoridad de su padre al usar sus palabras. No lo sabía porque no lo conocía. No podía olvidarse de eso.

—Tenemos un punto de encuentro.

—¿Y una fecha?

—Sí.

—¿Cuánto nos queda?

Vio que había estado a punto de repetir el «No podemos hablar del tema», pero respondió con voz más aniñada y tenue, más vulnerable.

—Poco tiempo.

—¿Cuánto es poco?

Filip apartó la mirada.

—Muy poco.

Naomi sabía en aquella época que en Ceres había facciones más duras de la APE, pero no se había preocupado por ellas. Los radicales de la organización seguían siendo de la APE, y eso los convertía en familia. Quizá comparables con ese tío loco que se emborrachaba y siempre empezaba las peleas, pero el hecho de que la Tierra siempre subiese los impuestos y Marte redujese la cantidad que pagaba por los minerales, esa sensación constante de que los cinturianos siempre estaban bajo asedio, los unía aún más. Y después de pasar tanto tiempo con Rokku en la nave, las conversaciones sobre matar terrícolas y marcianos se habían convertido en una especie de ruido blanco.

El parto había sido difícil. Había durado treinta horas. Los músculos de la pared abdominal se le habían quedado destrozados debido a lo débiles que los tenía después de pasar una vida en gravedad irregular.

Es posible que tanto ella como el bebé hubiesen muerto de haber estado en la nave de Rokku o incluso en la estación Higía. Pero el complejo médico de Ceres estaba preparado para todo y mucho más. Una mujer de pelo canoso que tenía las manos y los brazos llenos de tatuajes había pasado todo el tiempo con ella. Le cantaba cancioncillas en suajili y árabe. Naomi aún recordaba su aspecto y su voz, aunque se le había olvidado el nombre. De hecho, no sabría decir si se lo llegó a decir alguna vez.

El agotado e iracundo Filip había respirado por primera a las cinco de la mañana del día

después de que llegasen al complejo. El automédico pediátrico lo había examinado, deliberado durante los cinco segundos más largos de la vida de Naomi y declarado que el bebé estaba sano, con una posibilidad de error que entraba dentro de la media. La mujer de pelo gris había dejado al niño sobre el pecho de Naomi y luego se había puesto a recitar bendiciones.

No se le había ocurrido pensar dónde se encontraba Marco en aquel momento. Había dado por hecho que estaba en la zona de espera, listo para ponerse a saborear el equivalente de un buen puro tan pronto como le dijese cómo estaba Naomi. Naomi y el hijo de ambos. Quizá estuviera en lo cierto, pero nunca llegó a saberlo.

—¿Tenemos que llegar al punto de encuentro sí o sí o basta con salir de la estación? —preguntó Naomi.

—Salir de la estación como mínimo. Lo mejor sería llegar a tiempo, pero nos valdrá con salir de aquí.

—¿Y adónde vamos?

—Al grupo *Hungaria*. —Era un grupo de pequeños asteroides. De albedo alto. Sin estación, pero contaba con unas instalaciones de almacenamiento de libre acceso. Las rocas cinturianas que se encontraban más cerca de los planetas interiores.

—¿Nos estará esperando alguien?

—Allí no. Hay una nave que está de camino. Va en dirección al Sol, pero camino de *Hungaria*. Se llama *Pella*.

—¿Y después?

Filip hizo el gesto de indiferencia con las manos de los cinturianos. Al parecer eso era todo lo que podía contarle a Naomi. Se preguntó qué pasaría si presionaba al chico, pero sabía que no podía hacerlo.

«Lo siento —pensó Naomi—. Te quería más que a nada en la vida. Me hubiese quedado contigo de haber tenido opción. Te hubiese llevado conmigo.»

Filip la miró y luego apartó la cara.

Las semanas posteriores al parto, Naomi había pasado la mayor parte del tiempo recuperándose. El bebé no la dejaba dormir mucho tiempo seguido, pero quitando los terribles cólicos que sufrió durante una semana, la cosa no fue muy diferente de lo que le habían contado. Lo peor fue el aburrimiento, pero Marco la ayudó a superarlo. El grupo de lugareños con el que se pasaba los días en el bar eran mecánicos y técnicos de los muelles, y Marco le planteaba problemas de ingeniería que los hombres tenían pendientes de resolver. Era un trabajo por el que un asistente podría haber cobrado medio mes de salario, pero ella lo hacía gratis por la necesidad que tenía de hacer algo intelectualmente desafiante. Mientras Filip dormía en la pequeña cuna de plástico, Naomi personalizaba programas de diagnóstico para depuradoras de agua. Creaba secuenciadores de tiempo virtual para unidades de detección de fuerza de corte. También diseñaba programas de anulación para probar los límites de contención de las botellas magnéticas.

Esos límites que se rebasarían y provocarían la destrucción de la *Gamarra* poco después.

—Muy bien —dijo Naomi—. Veré qué puedo hacer.

—¿Podrías conseguir otra nave? —preguntó Filip.

—A lo mejor puedo alquilar alguna.

—No podemos alquilar. Tiene que ser ilocalizable.

Eso significaba que, fuera lo que fuese a ocurrir, habría gente con armas persiguiendo a Filip, Cyn y los demás. Puede que fuerzas de seguridad, una facción rival u otra cosa que Naomi no era

capaz de predecir. Pero habría consecuencias. Y también violencia.

—A lo mejor puedo alquilar alguna con discreción —apuntilló Naomi—. Y si sale mal, me aseguraré de que no os afecte.

Filip tragó saliva. Naomi vio que un atisbo de miedo cruzaba su expresión por una décima de segundo. Tenía dieciséis años. Era un año más joven que la edad que tenía ella cuando había conocido a su padre. Tres años más joven que cuando Naomi le había dado el pecho por primera vez.

—Habría venido a por ti si él me hubiese dejado —dijo Naomi. Las palabras emanaron de ella sin control. Era un niño y ya cargaba con todos los agobios que Marco le hubiese impuesto. No era justo hacerle también responsable de cómo se sentía ella. Naomi se puso en pie—. No podrías haber hecho nada. Solo quiero que sepas que lo habría hecho. Si él me hubiese dejado.

«Si él me hubiese dejado. —Eran unas palabras que sonaban tan tóxicas como el plomo—. Lo habría hecho, pero él me controlaba. Aún me sigue controlando. Después de todos los años que han pasado y de todo lo que hemos cambiado, de todo lo que he hecho y en lo que me he convertido... No te habría dejado con él, pero Marco aún me controla. Me limita. Me castiga porque no le dejo hacer conmigo lo que él quiera.»

—De acuerdo —dijo Filip con rostro impertérrito.

Naomi asintió. Había cerrado los puños con tanta fuerza que le empezaron a doler los nudillos. Se obligó a relajarse.

—Dame un día y podré decirte algo.

—Ve al club —indicó Filip—. Si no estamos ahí, espera y nos pondremos en contacto. No podemos quedarnos quietos.

«Pensé que podría quedarme contigo», pensó Naomi. Y luego se odió a sí misma por lo decepcionada que se sentía. Aquello no era una reunión. Puede que lo que la había arrastrado hasta allí fuesen sus asuntos pendientes con Filip, pero él tenía otras cosas que hacer. Cosas que habían hecho que su madre, desaparecida hacía tanto tiempo, regresara a su vida. Era un problema que a Naomi le apeteciese sentarse con él a comer chucherías y compartir historias, algo que nunca había podido llegar a hacer.

—Me parece bien —dijo Naomi.

Titubeó y luego se volvió hacia la puerta. Cuando estaba a punto de llegar a ella, Filip habló con voz constreñida, como si le costara pronunciar las palabras.

—Gracias por venir.

Sintió como si alguien le diese un fuerte martillazo en el esternón, cerca del corazón. Filip la miraba desde la mesa y se parecía mucho a su padre. Naomi intentó recordar que ella también había tenido su edad y que en esa época ya hubiese sabido escoger palabras vacías y crueles. Notó que una sonrisa intentaba abrirse paso en su gesto y la obligaba a torcer los labios unos pocos milímetros. No era una expresión de alegría, sino de tristeza.

—Ha sido él quien te ha dicho que me digas eso, ¿verdad? —preguntó.

El silencio posterior se podía interpretar de cientos de maneras diferentes.

Después de lo de la *Gamarra*, Marco había vuelto a casa borracho y contento tras la celebración. Ella le había dicho que no hiciese ruido para no despertar al bebé. Él la había cogido en brazos y la había hecho girar en la pequeña habitación hasta que se había dado un golpe en el tobillo con la cama y soltado un grito de dolor. Luego la había dejado sobre el gel y empezado a frotarle la herida. Y a besarla. A los pies de Naomi, Marco había levantado la cara para dedicarle una sonrisa que no dejaba lugar a muchas conjeturas, y ella se había puesto a pensar si serían capaces de hacer el amor en silencio para que Filip siguiese durmiendo. Eso era justo lo que

había estado pensando cuando aquel hombre la había destrozado.

—Lo hemos conseguido, nosotros. Tú, *oui*?

—¿Qué hemos conseguido? —preguntó Naomi al tiempo que se echaba del todo sobre el gel de la cama.

—Vengarnos por lo de Terryon Lock —dijo Marco—. Dar la cara por el Cinturón. Por nosotros. Por él.

Marco hizo un gesto con la cabeza hacia el bebé. Filip tenía el pulgar en su boca flácida, y los ojos tan cerrados que parecía que nunca iba a volver a abrirlos. En el fondo, Naomi lo había sabido antes de llegar a procesar la información. Un escalofrío le recorrió el corazón, el estómago y se extendió por todo su cuerpo. Marco lo notó. El recuerdo de esa sonrisa impertérrita que la miraba desde debajo de sus rodillas aún la seguía atormentando.

—¿Y qué he hecho yo? —preguntó.

—El crimen perfecto —respondió Marco—. El primero de muchos.

Ese fue el momento en el que lo entendió. Habían destruido la *Gamarra* con su código. En esa nave habían muerto personas por su culpa, y las diatribas e insultos de Rokku habían dejado de ser palabras vacías. Ahora Marco era un asesino, y ella también. En aquel momento habían hecho el amor a pesar de todo, ya que Marco se había puesto demasiado cariñoso y amenazador como para rechazarlo y ella estaba demasiado conmocionada como para llegar a la conclusión de que en realidad no le apetecía nada. Lo odiaba, pero habían hecho el amor. Fue el principio de una época oscura. En retrospectiva, fue esa noche la que dio pie a todo lo demás: la depresión, el miedo, la pérdida de Filip y su intento de suicidio.

Palabras que estaban grabadas en la puerta al infierno personal que cruzó aquel día.

Resultaba muy sencillo alquilar un hueco en el muelle. Naomi tenía el dinero suficiente para comprar créditos anónimos, cambiar la divisa fuera de la estación y transferir la cantidad a una cuenta ilícita y temporal. Se sintió rara porque llevaba mucho tiempo sin hacer ese tipo de cosas. Desde que se había enrolado en la *Canterbury*, y le daba la impresión de que habían transcurrido unas siete vidas desde aquello.

Se sentó en la estrecha cama de gel y esperó a que se le pasaran los sollozos y las náuseas. Se le pasarían, aunque al principio le hubiese dado la impresión de que no. Luego se dio una larga ducha y se puso ropa limpia que había comprado en un puesto. El disco de ropa recio y comprimido que se expandió hasta convertirse en un mono le recordó a un insecto que saliese de su caparazón. Le dio la impresión de que podía sacar una metáfora de la imagen, pero desistió.

En el terminal portátil tenía media docena de mensajes de Jim. No los abrió. De hacerlo, se hubiese apoderado de ella la tentación de responder, de confesárselo todo para que la consolara, de hablar con alguien en quien confiaba plenamente. Y luego, él se hubiese sentido obligado a hacer algo. A ir a su encuentro y arreglar las cosas. A solucionar sus problemas y enmendar sus acciones. La distancia entre ambos lugares, entre Marco y la *Rocinante*, era demasiado valiosa como para sacrificarla. Ya tendría tiempo de desahogarse más adelante, cuando hubiese terminado todo lo que tenía que hacer. Después de salvar a Filip. Después de escapar de las garras de Marco. Naomi no abrió los mensajes de Jim, pero tampoco los borró.

Marco había empezado a actuar como un líder incluso cuando estaban bajo las órdenes de Rokku. Se le daba bien. No importaba lo mal que fueran las cosas, él siempre conseguía hacerles creer que había tenido en cuenta todos los imprevistos y apropiarse todas las soluciones, incluso aquellas que era evidente que no eran obra suya. En una ocasión le había explicado cómo lo hacía.

Marco le había dicho que el truco consistía en tener un plan simple que, más o menos, no

pudiese ir mal y luego ir acumulando riesgos. Después, tener una alternativa muy improbable, a lo mejor con una posibilidad de éxito de una entre cien, que si llegaba a ser factible podía dejarte a la altura de un dios. También una que pudiese llegar a funcionar una vez de cada veinte, pero que si la conseguías llevar a cabo te hacía parecer el más inteligente del grupo. Y otra de una de cada cinco, que estuviese más a tu alcance. Y si todas ellas fallaban, siempre te quedaba ese plan simple con el que ganabas siempre.

«Ganar siempre», era una frase que definía muy bien a Marco.

Naomi no había dejado de preguntarse a lo largo de los años en qué parte de esa escala encajaba ella. ¿En la del plan simple o en la alternativa que podía salir bien una de cada cien veces? Nunca lo había sabido, y jamás podría llegar a hacerlo. Pero ya no le importaba, aunque a veces sentía un cosquilleo similar al de un miembro fantasma.

Y ahora había vuelto a su lado y estaba haciendo lo que Marco quería. La había vuelto a hacer cómplice de sus planes, fueran los que fuesen. La diferencia era que esta vez Naomi sabía quién era él, y ella ya no era la niña a la que podía engañar para sabotear la *Gamarra*. Ya no era una adolescente perdidamente enamorada. Y Filip ya no era un bebé que Marco pudiese secuestrar para obligarla a hacer lo que no quería. Para obligarla a callar.

Al fin y al cabo, quizás, y solo quizás, aquel era el momento que llevaba esperando tanto tiempo. Quizá llamarla había sido un error. Ignoró la idea. Era demasiado peligroso, demasiado complicado. Seguro que Marco lo había previsto y estaba preparado.

Naomi tuvo que rebuscar en la guía de la estación durante casi una hora para encontrar la dirección a pesar de que sabía bien qué era lo que buscaba. No sabía a qué otras cosas se dedicaban en Exportaciones de Confines Periféricos, pero sí que eran lo suficientemente turbios como para no querer trabajar con ellos y, al mismo tiempo, eficientes como para enterarse antes que ellos de que los marcianos querían recuperar la propiedad de la *Rocinante*. Naomi encontró la dirección de la empresa, un atracadero diferente al de la última vez, y cogió un carrito.

Los almacenes cerca del muelle siempre estaban en continuo movimiento. El comercio y la eficiencia hacían que se usase todo el espacio, que los locales nunca quedasen vacíos y que siempre hubiese algo que cargar y que descargar. El cartel que había sobre la puerta que cruzó Naomi rezaba EXPORTACIONES DE CONFINES PERIFÉRICOS, pero en una semana, un día o una hora podía cambiar sin previo aviso.

Un hombre joven le sonrió desde el mostrador. Tenía el pelo corto y la piel varios tonos más oscuros que la suya. Naomi no fue capaz de distinguir si las gafas de montura metálica eran un mero adorno o tenían una interfaz integrada. Nunca lo había visto antes.

—Hola —dijo.

—Señorita Nagata —dijo él, como si se conociesen de antes—. Cuánto tiempo. Siento decir que por el momento no tenemos ningún encargo disponible para una nave como la suya.

—No he venido a eso —explicó Naomi—. Me gustaría alquilar una nave y necesito que sea algo muy discreto.

La expresión del hombre no cambió.

—Eso puede convertirse en un problema muy caro.

—Tengo que llevar a una tripulación que no llega a veinte personas.

—¿Durante cuánto tiempo necesitaría la nave?

—No lo sé.

—¿Llevará mercancía?

—No.

La mirada del hombre se tornó vidriosa por un instante. Las gafas sí que tenían una interfaz.

Naomi se cruzó de brazos.

«Una entre cien —pensó—. Llego a Ceres con mi navío de guerra listo para sacar al grupo de Ceres. Una de cada veinte, conozco a alguien que puede hacerlo.»

Se preguntó cuál era el plan que encajaba en la teoría de una de cada cinco. Y cuál era el más simple de todos.

El hombre volvió a fijar la mirada en Naomi.

—Creo que podríamos ayudarla —dijo.

Alex

EL VIAJE al hospital le pareció más propio de una pesadilla. Los analgésicos empezaron a surtir efecto a medida que el transporte aceleraba por los pasillos. El dolor que antes le hacía ser muy consciente de su cuerpo pasó a convertirse en una sensación incómoda y preocupante. En una ocasión, cuando estaban cerca de la entrada de emergencias, empezó a sufrir vahídos y a perder la consciencia. Los médicos no le prestaban mucha atención.

Todos estaban pendientes de Bobbie.

Los ojos de la grandullona estaban cerrados, y un tubo de plástico blanquecino sobresalía de su boca y le mantenía abierta la mandíbula. Alex solo veía parte de las lecturas de la camilla desde donde se encontraba, y no estaba seguro de cómo interpretar los datos. Los médicos hablaban con voz tensa y entrecortada. Él solo oía palabras como «reanimación cardiopulmonar», «estabilizar» o «mantener la presión» que le pusieron los pelos de punta. No veía el cuerpo de Bobbie al completo, pero le dio la impresión de que estaba inerte. Se intentó convencer de que no estaba muerta y de que, si lo estaba, harían todo lo posible para salvarla. Esperó que fuese cierto.

Cuando llegó al ala de emergencias lo condujeron en camilla hasta una cama quirúrgica automatizada que se parecía a las de la *Rocinante*. Lo más seguro es que el escáner hubiese durado un minuto y medio, pero a él le dio la impresión de que había estado allí una eternidad. Seguía de lado para mirar a Bobbie, pero se dio cuenta de que ahora la habían llevado a otra habitación. Aún no había valorado la magnitud del embotamiento mental en el que lo habían sumido las heridas y los analgésicos, pero se dio cuenta de ello cuando llegó la policía e intentó explicar a los agentes lo que había ocurrido.

—¿Y qué pinta la mujer de la servoarmadura en todo esto? —preguntó Bobbie.

Estaba sentada en la cama del hospital. Vestía una bata gruesa de papel desechable que llevaba impresas las palabras BHAMINI PAL MEMORIAL en azul oscuro sobre un fondo más claro. Tenía el pelo amarrado en un moño suelto y unos cardenales oscuros le cubrían la mejilla izquierda y los nudillos. Se movía con mucho cuidado, igual que lo hacía Alex cuando trabajaba muy duro y se sentía dolorido. A él no era a quien le habían disparado dos veces (una en el pulmón izquierdo y otra en la pierna derecha), pero aun así se había planteado en serio pedir una silla de ruedas para ir hasta la habitación de Bobbie.

—Me refería a ti —dijo Alex—. Estaba tan destrozado que ni me acordaba de tu nombre.

Bobbie rio entre dientes.

—Sí, seguro que regresarán para hablar contigo. Algo me dice que tu descripción de lo ocurrido fue un tanto confusa.

—¿Crees... que no deberíamos contar nada?

—No nos han arrestado —aseguró Bobbie—. Y el único de los del otro bando que aún respira quedó en manos de la justicia antes de que nosotros llegásemos al hospital. Estoy muy segura de que no vendrán a por nosotros si lo que quieren es meter a alguien entre rejas.

—¿Qué les dijiste?

—La verdad. Que un grupo de matones allanó mis habitaciones, me ató y empezaron a turnarse para coserme a patadas y preguntarme sobre qué había hablado con Alex Kamal.

Alex se presionó un pulgar contra el labio superior hasta que empezó a dolerle un poco. La

sonrisa de Bobbie estaba cargada de compasión.

—No sé por qué puede ser —dijo Alex—. No tengo enemigos en Marte. Que yo sepa.

Bobbie agitó la cabeza, y Alex volvió a comprobar que era una mujer muy atractiva. Tosió y dejó de pensar en ello al darse cuenta de que era un pensamiento muy inapropiado dadas las circunstancias.

—Yo diría que no tiene nada que ver contigo, sino con la gente a la que conoces —explicó Bobbie.

—¿Holden?

—Y Fred Johnson. Y quizá hasta puedan relacionarnos a nosotros dos con Avasarala como punto en común. Ella voló en la *Rocinante* durante un tiempo.

—Sí, un minuto y medio y hace años.

—Lo recuerdo. Yo también estaba allí —aseguró Bobbie—. Sea como fuere, la explicación más plausible es que dieron por hecho que yo te estaba pasando información o viceversa. Y, mejor aún, que eso los asustaba mucho.

—Bueno, no deja de ser una explicación, y a caballo regalado no le mires el diente. Pero eso de que les haya dado miedo no pinta nada bien —dijo Alex—. ¿Les dijiste algo sobre tu investigación?

—No, tampoco es que tenga mucha información.

—Pero crees que esto está relacionado.

—Ya te digo. ¿Tú no lo crees?

—En realidad, espero que sí —respondió Alex con un suspiro. Al otro lado del pasillo, alguien gritó algo que Alex no llegó a oír bien. Una enfermera los miraba a ambos con el ceño fruncido—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—Pues lo único que podemos hacer: seguir investigando —dijo Bobbie.

—Me parece bien. ¿Qué buscamos exactamente?

La expresión de Bobbie se ensombreció. Dijo que el problema eran las naves. La armada de Marte contaba con las mejores naves de todo el Sistema Solar. La Tierra tenía más, pero su armada había envejecido y contaba con tecnología antigua que tenía ya varias generaciones o había sido modernizada mediante un procedimiento en el que se metían con calzador diseños más recientes en armazones más antiguos. Ambas flotas habían sufrido muchas pérdidas durante los últimos años. Bobbie se había puesto a investigar desde que Avasarala le había encargado la misión, y había descubierto cosas muy interesantes.

Era fácil seguirle la pista a los siete enormes navíos de clase *Donnager*, pero la flota de corbetas que albergaban, naves como la *Rocinante*, era muy escurridiza. Bobbie había empezado por volver a revisar los datos de los enfrentamientos de Ío, de los alrededores del Anillo y de la zona lenta. Los informes de daños mostraban unas sumas de dinero exorbitantes.

Al principio creía que los números cuadraban. Media docena de naves perdidas por aquí, un puñado más por allá, códigos de transpondedor invalidados... Pero descubría más discrepancias a medida que iba investigando.

La *Tsu Chi*, una corbeta asignada a la *Bellaire*, había sido retirada del servicio y desmantelada después de los incidentes de Ío. Un año después volvió a aparecer en una pequeña refriega cerca de la luna Europa. La nave de suministros *Apalala* también había sido retirada del servicio, y de igual manera había vuelto a aparecer siete meses después para recoger una carga con destino a Ganímedes. Un cargamento de suministros médicos que se había perdido en un accidente había vuelto a aparecer durante un breve período de tiempo en el manifiesto de carga de una nave que iba camino de Ceres, pero había vuelto a esfumarse. Las armas que se habían

perdido en los combates que tuvieron lugar alrededor de lo que ahora era la estación Medina aparecieron y desaparecieron al momento en un inventario que se hizo en la base Hécate.

Bobbie supuso que alguien había empezado a volver a abrir esos viejos informes para alterarlos y así falsificar las destrucciones de las naves, y después había seguido borrando sus apariciones en los informes posteriores, o al menos lo había intentado. Ella había encontrado una buena cantidad de despistes, pero también era cierto que no había ni rastro de las naves que se habían borrado a conciencia. Eso significaba que alguno de los involucrados tenía un empleo lo suficientemente importante en la cadena de mando de la armada como para tener acceso a esos archivos.

Había un protocolo que establecía quién podía tener acceso, pero cuando estaba investigando sobre cómo se llevaba a cabo en la práctica, Alex le había mandado un mensaje para cenar con ella.

—Si te apetece, podrías ayudarme echándole un ojo —dijo Bobbie—. Solo me haría falta saber quién tiene la capacidad de cambiar esos datos. Una vez lo sepa, podré empezar a buscar a esas personas.

—Ibas bien encaminada —dijo Alex.

—Quizá me iría mejor si conociera a alguien de la armada.

—Bueno, esa es una línea de investigación, pero hay más.

Bobbie se inclinó hacia delante, respiró hondo y volvió a reclinarsse.

—¿Se te ocurre otra cosa?

—Alguien contrató a los matones que nos dieron una tunda. En mi opinión, también sería útil intentar descubrir algo más sobre ellos.

Bobbie sonrió.

—Eso era lo que pensaba hacer yo.

—Vale, entonces bien —dijo Alex.

En ese momento apareció un hombre en el umbral de la puerta. Era enorme. Sus hombros iban de lado a lado del marco, y su rostro amplio y robusto reflejaba una angustia que bien podría haber sido causada por la rabia o por el miedo. El ramo de narcisos que llevaba en la mano parecía pequeño en comparación, y seguiría siendo así hasta que lo dejase en un florero.

—Hola —dijo—. No quería...

—Entra —dijo Bobbie—. Alex, este es mi hermano Ben. Benji, este es Alex Kamal.

—Encantado de conocerte —dijo el gigante al tiempo que le estrechaba la mano con una manaza y la agitaba con suavidad—. Gracias por todo lo que has hecho.

—No hay de qué —dijo Alex.

La cama chirrió cuando el hermano de Bobbie se sentó al pie. Parecía como si la presencia de su hermana lo intimidase. Ahora que Bobbie le había indicado el parentesco, Alex vio que sí se parecían, aunque Bobbie era mucho más agradable a la vista.

—El doctor dice que estáis bien —dijo Ben—. David quería que te dijese que no deja de pensar en ti.

—Muy amable por su parte, pero sé que él solo piensa en la terraformación y en tetas —comentó Bobbie.

—He limpiado la habitación de invitados —continuó Ben—. Podrías venir a quedarte con nosotros cuando te dejen salir del hospital.

La sonrisa de Bobbie se ensanchó.

—No creo que lo haga.

—No —espetó su hermano—. No acepto un no por respuesta. Siempre te he dicho que Innis

Shallow era un lugar peligroso, más aún para alguien que vive solo. Si Alex no hubiese estado ahí para salvarte...

—No sé yo si podría decirse que la he salvado —dijo Alex, pero Ben frunció el ceño y continuó.

—... habrías muerto. O peor.

—¿Peor que estar muerta? —preguntó Bobbie.

—Ya sabes a qué me refiero.

Bobbie se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Sé a qué te refieres, pero también opino que es una gilipollez. En Innis Shallow corro el mismo peligro que correría en Breach Candy.

—¿Cómo puedes decir algo así? —preguntó su hermano, que empezaba a apretar los dientes—. Después de lo que te acaba de pasar deberías tener claro que...

Alex empezó a dirigirse hacia la puerta. Bobbie lo vio y le dedicó una sonrisa fugaz y elocuente que desapareció de su rostro al instante. «Lo siento», «gracias» y «seguiremos hablando de lo importante cuando se marche». Alex asintió y salió al pasillo seguido por las palabras mordaces de la discusión que había estallado entre los hermanos.

La policía lo esperaba cuando regresó a la camilla, y en esta ocasión sí fue capaz de hacer una declaración coherente. Aunque se guardó para sí algunos detalles.

El concepto de familia era poco más que una metáfora en las naves de largas distancias. De vez en cuando había un grupo que sí tenía una relación consanguínea, aunque casi siempre solían ser cinturianos. En los viajes militares y corporativos a veces había parejas casadas y de vez en cuando nacían bebés. También había primos que a veces acababan embarcando en la misma nave. Eran una excepción. La regla era que la familia era un eufemismo para hablar de las necesidades de cada uno. Amistad, intimidad, contacto humano; necesidades tan arraigadas al genoma humano que alguien que no las sintiese podía llegar a considerarse de otra especie. Tenía mucha más fuerza que la camaradería, era un sinónimo de lealtad, pero de una mucho más intensa que lo que reflejaba la propia palabra.

La experiencia de Alex con la familia de verdad y las relaciones consanguíneas se podía definir con un puñado de personas que terminaban en la misma lista de correo sin saber muy bien por qué se habían apuntado. Había querido a sus padres cuando estaban vivos y aún los echaba de menos. Sus primos siempre se alegraban de verlo, y a él le gustaba que lo recibieran bien y también su compañía. Pero siempre había cierta distancia y Alex entendió la razón cuando, a pesar de haber sido un encuentro breve, vio lo incompatible que era el carácter de Bobbie y de su hermano.

Se decía que una madre podía llegar a querer a su hija más que a su propia vida o que podía odiarla con toda su alma. O ambas cosas. Un hermano y una hermana podían llevarse bien, pelearse o tener una relación de fastidiosa indiferencia. Y si una relación podía albergar todos esos casos, quizá era cierto que la idea de familia no era más que una metáfora.

Cuando llegó al hueco de Min aún le seguía dando vueltas a esas ideas en la cabeza. Los niños y la niña que ella y su marido habían adoptado se encontraban todos en casa y compartían un almuerzo de pescado y fideos cuando llegó al lugar, y todos lo saludaron como si lo conociesen, como si se preocupasen por sus heridas, como si les importase. Alex se sentó a la mesa un rato y soltó un par de bromas para restarle importancia a aquel allanamiento y sus consecuencias, pero lo que quería hacer en realidad, lo que hizo tan pronto como se lo permitió la educación, fue disculparse y dirigirse a la habitación de invitados que habían preparado para él.

Tenía un mensaje de la *Roci*. Era de Holden. La familiaridad de aquellos ojos azules y del

pelo castaño y alborotado le hizo sentir extraño y que se encontraba fuera de lugar. Alex notó que una parte de él ya estaba de vuelta en la *Rocinante*, y se sorprendió un poco de que no fuese así.

—¿Qué tal, Alex? Espero que las cosas te vayan bien por ahí, y también a Bobbie.

—Sí —respondió Alex al vídeo—. Qué casualidad que lo digas justo ahora.

—Mira, he seguido investigando lo de las naves desaparecidas y he encontrado algo sospechoso en (434) Hungaria. ¿Podrías conseguir una nave para echarle un vistazo? Puedes sacar dinero de mi cuenta si necesitas alquilar una. Me gustaría que fueses a comprobar si en ese lugar hay una llamada *Pau Kant*, oculta e inactiva. Te adjunto las especificaciones con el código del transpondedor.

Alex pausó el vídeo y notó que se le erizaba el vello de la nuca. Que las naves desaparecidas se hubiesen puesto de moda le parecía inquietante. Vio el resto del mensaje de Holden sin dejar de frotarse la barbilla. Contenía mucha menos información de la que le hubiera gustado. Los registros de la *Pau Kant* no indicaban que fuese un navío marciano ni tampoco información útil. Alex configuró el terminal portátil para grabar un mensaje, se miró en el reflejo de la pantalla, se atusó el pelo con los dedos e inició la grabación.

—¿Qué tal, capitán? He recibido los datos de la *Pau Kant*. Me preguntaba si tendrías algo más de información. Me pillas liado con algo un tanto raro.

Le contó lo que les había pasado a Bobbie y a él restándole algo de importancia a los acontecimientos. No quería asustar a Holden ahora que no podía hacer nada para protegerlos. Sí que dijo que los atacantes se habían asustado un poco al ver a Alex, pero no comentó nada de la investigación de Bobbie y Avasarala. Puede que sonase paranoico, pero creyó que enviar esa información sin varios niveles más de encriptación podría acabar dándole problemas. Antes de detener la grabación, Alex le preguntó cuáles eran las otras naves que supuestamente habían desaparecido y cuál era su relación con Marte.

Quizá lo que Holden estaba buscando terminaba por ser una mera coincidencia. A lo mejor no había relación alguna entre la *Pau Kant* y los navíos de guerra marcianos. Aunque Alex no habría apostado por ello.

Miró los mensajes a ver si había alguno de Amos o de Naomi, pero se decepcionó un poco al ver que no. Grabó sendos mensajes cortos para ambos y los envió.

Las voces de los niños se alzaron en el salón principal del apartamento, tres conversaciones simultáneas que se enfrentaban para sobreponerse a las demás. Alex las ignoró, entró en la guía local y buscó nombres del pasado. Personas que recordaba de su época de servicio. Había decenas. Marian Costlow. Hannu Metzinger. Aaron Hu. Comprobó si esos viejos amigos, conocidos y enemigos seguían viviendo en Marte y aún estaban alistados. Quería dar con alguien que lo recordase lo suficiente como para salir a tomarse una cerveza y hablar con él.

Cuando llegó la noche, tenía tres nombres y les envió un mensaje a cada uno. Luego llamó a Bobbie. La mujer apareció en pantalla unos segundos después. Alex estaba seguro de que ya no se encontraba en el hospital. Llevaba una camisa con el cuello verde en lugar del azul de la bata de los pacientes, y ya se había lavado y trenzado el pelo.

—Alex —saludó—. Lo siento por lo de mi hermano. Tiene buenas intenciones, pero es un poco gilipollas.

—Todos tenemos nuestras cosas —dijo él—. ¿Has ido a su casa o estás en la tuya?

—En ninguna de ellas —respondió—. Tengo que contratar a un equipo de limpieza para que quiten la sangre del suelo y también me gustaría realizar una buena inspección de seguridad para descubrir cómo entraron.

—Sí, es normal que no te sientas segura hasta que la hayan hecho —convino Alex.

—Sí, ¿verdad? Además, si hay otro ataque tengo claro que no quiero que Ben y su mujer se vean afectados. He alquilado una habitación de hotel. Aquí tienen su propio equipo de seguridad y puedo pagar un poco más para tener vigilancia adicional.

Alex oyó que la voz de Min se alzaba en el salón para pedir calma. Lo dijo con el mismo tono risueño que el piloto oyó en las quejas de los niños. Una mano le atenazó el pecho. Él no había pensado en otro ataque, y debería.

—¿Tienen alguna habitación libre en ese hotel? —preguntó.

—Lo más seguro. ¿Quieres que pregunte?

—Qué va. Haré las maletas e iré directo si no te parece mal. Si en ese no hay, seguro que me puedo quedar en otro. —«Sea donde sea, menos en casa de Min», pensó—. He encontrado a algunos de la armada con los que pensaba hablar los próximos días. Te diré si descubro algo.

—Te lo agradezco mucho, Alex —dijo Bobbie—. Deberíamos hablar para hacerlo de la manera más segura posible. No quiero que caigas en una trampa.

—A mí tampoco me gustaría. Por cierto, no tienes ninguna nave, ¿verdad?

Bobbie parpadeó ante el cambio de tema.

—¿Qué tipo de nave?

—Algo que sea pequeño y rápido —respondió Alex—. Una con la que llegar hasta el Cinturón y echar un vistazo a una cosa que me ha pedido Holden.

—Bueno, en realidad sí que tengo una —explicó Bobbie—. Avasarala me dio esa vieja pinaza de carreras que le quitamos a Jules-Pierre Mao hace tiempo. Por ahora solo me ha servido para gastar dinero en tasas de atraque, pero seguro que podemos ponerla a punto.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Te dio la *Jabali*?

—No es broma. No me pagó, así que creo que fue su manera de saldar la deuda. Seguro que se sorprendería si se enterase de que aún no la he vendido. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Te lo diré cuando sepa más. Puede que en realidad no sea nada.

«Pero sea como fuere —pensó—, esa nave nos llevará a un lugar en el que será muy difícil que esos matones nos sigan la pista.»

Holden

LAS GRABACIONES de seguridad de la estación Tycho cubrían casi todos los lugares públicos. Tanto los amplios y abiertos pasillos comunes como los más estrechos pasadizos de acceso. También las grúas y los pasillos de mantenimiento. Los únicos lugares que quedaban ocultos al escrutinio del equipo de seguridad de la estación eran los negocios y los aposentos personales. En las taquillas de almacenamiento y los talleres también había cámaras que grababan a todo el que los abría o entraba. Aquello debería de haberles puesto las cosas fáciles, pero no fue el caso.

—Tiene que ser esta —dijo Holden al tiempo que tocaba la pantalla con un dedo. La puerta de la suite de Monica se abrió debajo de su uña. Dos personas salieron de la estancia. Llevaban unos monos ligeros de color azul sin distintivo alguno, unas capuchas ceñidas de color más oscuro y guantes de trabajo. La caja que arrastraban entre ellos con un carrito era del mismo plástico y cerámica que las que usaban los servicios medioambientales y alimenticios para transportar material biológico: materia fúngica sin tratar para texturizarla y saborizarla, la comida que luego se hacía con ella o, cuando era necesario, las heces que luego se usaban como sustrato para los hongos. Tenía unos cepos magnéticos que la fijaban al carrito, y el indicador de uno de los lados confirmaba que estaba sellada. Tenía más o menos el tamaño adecuado para que cupiese una mujer. O el cadáver de una mujer.

Ellos habían entrado una hora antes, y Monica veinte minutos. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido allí dentro, la mujer tenía que estar dentro de esa caja.

Fred frunció el ceño y se inclinó hacia la pantalla, marcó la caja como punto de interés e hizo que las cámaras la siguiesen. Holden no sabía a ciencia cierta en qué pensaba el anciano, pero sus ojos estaban cargados de ira. Ira y algo más.

—¿Los reconoces? —preguntó Holden.

—No están en el sistema.

—Entonces ¿cómo han entrado en la estación?

Fred lo fulminó con la mirada.

—Lo averiguaré.

—Claro. Perdona.

En la pantalla, los dos hombres (porque Holden estaba muy seguro de que ambos eran hombres) llevaron la caja hasta un pasillo de mantenimiento mientras las cámaras cambiaban de manera automática para seguirles la pista. En aquel espacio estrecho, la caja no dejaba de golpearse contra las paredes y se atascó cuando llegaron a una esquina.

—Puertas y esquinas —dijo Holden.

—¿Qué?

—Nada.

El vídeo de seguridad siguió a los hombres y al carrito hasta que entraron en un almacén lleno de palés con cajas similares. Los hombres llevaron el carrito hasta uno que no estaba lleno del todo, desconectaron los cepos y levantaron la caja para colocarla junto al resto. Fred dividió la pantalla: mantuvo unas cámaras en el carrito, pero añadió la imagen de seguimiento de los dos hombres. En una ventana se veía el almacén, y en la otra las dos figuras que salían a los pasillos comunes.

Dos operadores de *mechas* entraron en el almacén después del almuerzo y continuaron

apilando cajas. En los pasillos comunes, los dos hombres entraron en un baño y no volvieron a salir. El vídeo se adelantó hasta que la pantalla quedó cercada por un borde verde que indicaba que la imagen había pasado a ser en directo. Una llamada corta al gerente del almacén confirmó que los dos hombres no se habían refugiado en el baño, sino que habían desaparecido. Por otra parte, el vídeo del carrito aún seguía reproduciéndose, pero este yacía inmóvil junto al resto del material. Fred pasó el vídeo hacia delante. Los operadores de *mechas* entraron y salieron. Los palés se llenaron poco a poco y su fueron apilando uno encima del otro.

—Estado actual —dijo Fred.

El vídeo de seguridad avanzó centrado aún en la cámara del almacén. Hubiera lo que hubiese en la caja, aún seguía dentro.

—Bueno —dijo Fred al tiempo que se ponía en pie—. El día está a punto de torcerse a lo grande. ¿Quieres venir?

Los controles medioambientales del almacén indicaban que no había ninguna anomalía, pero Holden no podía evitar imaginar que olía algo debajo del aceite y del ozono. El olor de la muerte. La operadora de *mechas* era una mujer de rostro joven con el pelo castaño de la misma tonalidad que su piel. Empezó a sacar las cajas del palé con un rostro del que emanaba emoción, curiosidad y también un miedo que no se preocupaba por ocultar. Holden sentía que el nudo en el estómago se le constreñía más cada vez que la mujer sacaba una de las cajas. Monica le había dicho que implicar a más personas en la investigación era peligroso, y no podía evitar pensar que tenía que considerarse culpable de lo que fuera que iban a encontrar en los próximos minutos.

Por lo que la responsabilidad de solucionarlo recaía en él. Si es que se podía llegar a solucionar.

—Es esa —indicó Fred a la operadora de *mechas*—. Ponla por aquí.

La mujer bajó el contenedor hasta la cubierta. Los cepos magnéticos se activaron con un estruendo ahogado. El indicador aún confirmaba que estaba sellada. Puede que hubiesen metido a Monica ahí dentro cuando aún estaba viva, pero de ser así se habría quedado sin aire desde hacía horas. El *mecha* movió las patas traseras de titanio y cerámica para apartarse. Fred dio un paso al frente, levantó el terminal portátil y activó el control manual de la caja. El indicador cambió, y Fred abrió la tapa.

El olor intenso y orgánico le trajo a Holden recuerdos muy vívidos de cuando tenía catorce años y se encontraba en las instalaciones de su familia en la Tierra. Madre Sophie tenía una huerta junto a la cocina que olía así siempre que removía la tierra. La caja estaba llena hasta arriba de la desmigajada, suave y beis proteína fúngica. Fred se inclinó por el borde y enterró la mano con todas sus fuerzas. Buscaba un cadáver oculto. Tenía el brazo manchado hasta el codo cuando lo sacó. Negó con la cabeza. Era un gesto propio de la Tierra.

—¿Estás seguro de que es la caja correcta? —preguntó Holden.

—Lo estoy —aseguró Fred—, pero vamos a asegurarnos.

La operadora de *mechas*, que cada vez estaba más confundida, pasó la hora siguiente sacando cajas del palé mientras Holden y Fred se dedicaban a abrirlas. Fred interrumpió la búsqueda cuando el polvo de las proteínas hizo sonar la alarma de partículas de aire por segunda vez.

—No está aquí —dijo.

—Eso parece. Qué raro, ¿no?

—Sí que es raro.

Fred se frotó los ojos con el índice y el pulgar. Parecía muy viejo y muy cansado, pero cuando recobró la compostura recuperó su aura de poder y autoridad.

—O cambiaron la caja en algún lugar mientras venían hacia aquí o han manipulado los vídeos.

—Ambas cosas suenan muy mal.

Fred contempló a la operadora de *mechas* mientras la mujer apilaba las cajas abiertas a un lado para reciclar. Habló en voz muy baja para que solo lo oyese Holden:

—Y también quieren decir que tienen acceso prioritario a los sistemas de seguridad, pero no el necesario para borrar del todo los registros.

—Eso reduce la lista, ¿verdad?

—Puede que un poco. Podría ser un equipo de operaciones encubiertas de la ONU. Los veo capaces. O uno de Marte.

—Pero no lo crees, ¿verdad?

Fred se mordió el labio. Sacó el terminal portátil e introdujo una serie de códigos con golpes fuertes y precisos. Empezó a sonar la alarma y unos iconos de aviso dorados y verdes aparecieron en todas las pantallas, desde la del terminal portátil de Holden hasta la del *mecha*, pasando por la de los controles de la puerta. Fred se metió las manos en los bolsillos con un gruñido de satisfacción.

—¿Acabas de aislar la estación? —preguntó Holden.

—Eso he hecho —respondió Fred—. Y así se va a quedar hasta que consiga algunas respuestas y encuentre a Monica Stuart.

—Bien —dijo Holden—. Un poco exagerado, pero bien.

—Puede que me hayan tocado un poco las narices.

Todos los objetos de los aposentos de Monica estaban dispuestos en la encimera gris verdosa del laboratorio de seguridad. No había sangre, ninguna fotografía, y el caldo de ADN de los miles de personas que habían estado en contacto con ellos durante la semana anterior era demasiado insignificante como para identificar a un individuo en concreto. Era todo lo que quedaba de ella. Una bolsa de tela con la cremallera arrancada y cuya abertura recordaba a una sonrisa irreflexiva. Una camisa que Holden recordaba haberle visto puesta cuando se habían encontrado hacía unos días. Su terminal portátil, averiado y con la pantalla rota. Eso era todo lo que había traído a la estación cuando alquiló la suite. Parecía poca cosa, como si faltase algo. Holden se dio cuenta de que estaba dando por hecho que esas eran todas las posesiones de la mujer. Quizá tenía más en algún otro lugar, quizá no. Puede que aquellos objetos fuesen lo único que iba a quedar de ella si no la encontraban viva.

—No puedes estar hablando en serio, joder —dijo Sakai por lo que a Holden le pareció tercera o cuarta vez. El jefe de ingeniería tenía la cara roja y apretaba los dientes. Había llegado a la estación de seguridad unos minutos después que ellos, y a Holden le sorprendía que Fred aún no lo hubiese echado—. Me iban a llegar ocho naves la semana que viene. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Decirles que se queden en órbita y apaguen los motores hasta que puedan volver a atracar en la estación?

—Podrías empezar por ahí, sí —respondió Fred.

—Varias naves estaban a punto de zarpar con suministros para media docena de clientes.

—Soy consciente de ello, señor Sakai —dijo Fred sin alzar la voz y sin rastro alguno de reproche.

El desafecto de aquellas palabras tan educadas hizo que a Holden se le erizase el vello de la nuca. Sakai también lo sintió. No lo hizo callar, pero su tono pasó de uno acusatorio a uno más persuasivo.

—También estaba a punto de enviar equipo para dos docenas de trabajos. Son muchos los

que dependen de nosotros.

A Holden le dio la impresión de que los hombros de Fred se hundían por un instante, pero su voz sonó igual de implacable.

—Lo sé. Todo volverá a la normalidad tan pronto como sea posible.

Sakai titubeó, como si hubiese estado a punto de responder, pero luego se limitó a soltar un suspiro breve de impaciencia y salió de la estancia. La jefa de seguridad entró poco después. Era una mujer de rostro enjuto que Fred llamaba Drummer, pero Holden no sabía si aquel era su nombre, su apellido o la manera en la que la llamaba todo el mundo.

—¿Qué tal? —preguntó Fred.

—Nada que no podamos controlar —dijo. Tenía un acento muy marcado que Holden no fue capaz de identificar. La mujer se quedó mirándolo, lo saludó con un movimiento brusco de la cabeza y luego volvió a centrarse en Fred—. ¿Sabemos cuánto tiempo tendremos que mantener aislada la estación?

—Dígale a todo el mundo que los servicios quedarán interrumpidos durante el menor tiempo posible.

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo Drummer. Luego se dio la vuelta.

—Drummer. No se olvide de cerrar la puerta al salir.

La mujer parpadeó y volvió a fijarse en Holden antes de apartar la mirada. No dijo nada, pero cerró la puerta al salir. Fred dedicó a Holden una sonrisa cansada y triste.

—Sakai tiene razón. He aislado el equivalente al puerto importante de una ciudad por la desaparición de una mujer. Tycho está perdiendo miles de créditos en contratos a cada hora que pasa.

—Pues habrá que darse prisa en encontrarla.

—Con suerte no la habrán metido en los recicladores para descomponerla en agua y moléculas activas —comentó Fred. Un instante después añadió—: Las baterías de sensores han empezado a peinar la zona. Pronto sabremos si la han lanzado al vacío.

—Gracias —dijo Holden al tiempo que se apoyaba en la encimera—. Sé que no te lo suelo decir, pero muchas gracias.

Fred hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—¿Has visto a Drummer?

—Claro.

—Lleva tres años bajo mis órdenes directas y la conozco desde diez antes de que lo estuviera.

—Muy bien —dijo Holden.

—Ayer hubiese puesto la mano en el fuego por ella sin pestañear.

—¿Y ahora?

—Ahora solo estoy seguro de que hay una única persona en toda la estación que no me va a pegar un tiro en la nuca si sigo forzando la situación. Tú —respondió Fred.

—Tiene que ser agotador.

—Sí que lo es. Mira, James, lo que quiero decir es que, aunque me alegro de que agradezcas todo lo que estoy haciendo por ti, también necesito que pases a ser mi guardaespaldas durante un tiempo. A cambio, también intentaré evitar que te disparen a ti.

Holden asintió despacio. Algo había empezado a agitarse en las profundidades de su mente, una idea que no había llegado a formarse del todo. Sintió que el vértigo se apoderaba de él, como si se encontrara al borde de un acantilado.

—Tú y yo contra la mayor conspiración de la APE.

—Así es, hasta que no haya pruebas de lo contrario.

—Es una situación de lo más incómoda, ¿verdad?

—Sí, no es una en la que me agrada estar —convino Fred—. Alguien sabe cómo sortear mis sistemas de seguridad, y al parecer tu amiga reportera descubrió algo que los asustó tanto como para obligarlos a salir de su escondite.

—Las naves desaparecidas —comentó Holden—. Se lo mencioné a varias personas.

—No es que sea lo habitual.

—Mira, admito que debería haber tenido más cuidado, pero...

—No, no me refería a eso —dijo Fred—. Quería decir que cuando uno ha conseguido infiltrarse en el organigrama de seguridad del enemigo, lo normal es no hacer nada que lo deje en evidencia. Es un concepto básico en cualquier guerra de la información. Que el enemigo no sepa que ha quedado expuesto te permite seguir recopilando datos. Y una posibilidad así no se deja de lado a menos que las consecuencias sean demasiado graves o que...

—¿O que...?

—O que ese enemigo no vaya a durar mucho. Ahora no sé si esas naves desaparecidas han asustado tanto a alguien como para llevarlo a cometer un error estúpido o si mi posición en Tycho es tan precaria que les da igual que lo sepa.

—No se te ve muy afectado.

Fred arqueó una ceja.

—El pánico me consume por dentro —dijo con gesto impertérrito.

Holden volvió a mirar la pila de pertenencias de Monica como si le fuese a servir para aportar algo a la conversación. El terminal portátil emitió un triste parpadeo. La blusa colgaba mustia y lúgubre.

—¿Has conseguido sacar algo del terminal? —preguntó.

—No podemos conectarnos a él —dijo Fred—. Todas las herramientas de diagnóstico están desactivadas o protegidas por una encriptación de terceros. Periodistas.

Holden cogió el terminal. La pantalla rota era un caleidoscopio de luces. Lo único que aún podía llegar a verse bien era un botón rojo y parpadeante que había en una esquina y unas pocas letras que cabían en una esquirla grande: ÑAL ANTE. Holden tocó el botón rojo y la pantalla del terminal parpadeó una vez. El botón desapareció y las letras quedaron reemplazadas por una figura de un tono marrón claro cruzada por una línea, una pieza de rompecabezas que flotaba en un mar de ruido blanco.

—¿Qué has hecho? —preguntó Fred.

—Pues había un botón y lo he tocado —dijo Holden.

—Por Dios. Esa es una buena descripción de tu filosofía de vida, ¿verdad?

—Pero mira, al parecer he aceptado una señal entrante.

—¿De dónde?

Holden negó con la cabeza. Luego volvió a girarse hacia la pila de pertenencias de Monica y aquella idea que había empezado a rondarle la cabeza empezó a tornarse en alivio.

—Su cámara de vídeo —dijo—. Tiene un pequeño equipo portátil para las entrevistas. Es muy discreto aposta, para que la persona con la que habla se olvide de que la están grabando.

—¿Y?

Holden extendió los brazos.

—Pues que no está aquí.

Fred avanzó con los labios apretados y contempló la maraña de luces que emitía la pantalla rota. Holden notó que algo se movía, como si la imagen cambiase un poco. Se oyeron unas voces

al otro lado de la puerta del despacho de Fred. Un hombre irritado y a voz en grito, y la respuesta brusca y sosegada de Drummer.

—¿Seguro que no podemos conectarnos al terminal portátil? —preguntó Holden.

—Muy seguro —respondió Fred—, pero puede que se me haya ocurrido algo. Venga, a lo mejor podemos resolverlo con la ayuda de un equipo de fotografía astronómica.

Fred le explicó el problema. Les llevó tres horas montar el equipo necesario para capturar el brillo que salía de la pantalla rota y una hora más conseguir que el ordenador comprendiera lo que tenía que hacer. Al parecer, las propiedades de la luz que dispersan las nubes de polvo interplanetario pueden llegar a ser muy diferentes de las de la pantalla rota de un terminal portátil. Cuando consiguieron convencer a los sistemas de que el problema casaba con sus especificaciones, el laboratorio empezó a trabajar y a comparar ángulos y polarizaciones para mapear las fisuras en la superficie de la pantalla y crear una lente computacional que era imposible que existiese en el mundo físico.

Fred había vaciado y sellado el laboratorio. Holden se sentó en una silla y se limitó a escuchar el traqueteo de los escáneres al grabar los fotones y a ver cómo la imagen de la pantalla adquiría coherencia poco a poco. Fred no dejaba de tararear una melodía grave y lenta que resultaba melancólica y amenazadora al mismo tiempo. Los puestos y los escritorios vacíos resaltaban lo solos que estaban ambos en aquella estación llena de personas.

El equipo terminó de hacer cálculos y la imagen se actualizó, pero aún era muy irregular. Estaba cruzada por unas deformaciones irisadas y faltaban algunas secciones. Se parecía a la primera fase de una migraña.

No obstante, era suficiente. Vieron un recinto vacío que terminaba en una puerta cuadrada de metal adornada con un mecanismo de cierre industrial. Las paredes, el techo y el suelo estaban marcados con pintura amarilla y guías para almacenar cajas y palés.

—Es un contenedor de almacenamiento —dijo Fred—. La han metido en un contenedor.

—Fíjate en cómo se mueve la imagen. ¿Es ella la que se mueve?

Fred se encogió de hombros.

—Porque, si se mueve, lo más seguro es que esté viva, ¿verdad?

—Podría ser. Si está viva, es que la quieren viva. Y lejos de Tycho. Mira eso.

Holden miró hacia el lugar que señalaba el dedo de Fred.

—¿Es el borde de una puerta?

—La puerta está sellada, y no se sellan hasta que el contenedor está listo para embarcar. Lo más seguro es que haya un cuarto de millón de contenedores parecidos a este en la estación, pero me apuesto a que solo hay unos pocos miles sellados y listos para zarpar. No sabemos quién está detrás de esto, pero sí que la quieren lejos de nosotros.

Holden sintió que se le distendía un poco el nudo del estómago. Monica estaba viva en algún lugar, pero no estaba a salvo, al menos no por el momento. Holden no se había dado cuenta de cómo la culpa y el miedo se habían apoderado de él hasta que empezó a sentirse un poco más aliviado.

—¿Qué? —preguntó Fred.

—No he dicho nada.

—Pero has hecho ese ruido.

—Ah, sí —comentó Holden—. Es que me he dado cuenta de lo importante que es para mí no cagarla con las cosas que están bajo mi control ahora que todos los que me importan están tan lejos.

—Bien pensado. Lo estás haciendo bien.

—¿Te burlas de mí?

—Un poco, pero al mismo tiempo también estoy haciendo un escaneo de seguridad específico a los contenedores. ¿Y sabes qué? —Fred hizo un gesto a la pantalla que había sobre el escritorio que tenía delante. El enorme vacío de la esfera de construcción de Tycho quedó circundado por unas estrechas líneas esquemáticas. La costumbre hizo que Holden se fijase en la *Rocinante*, pero Fred señaló un grupo de contenedores de metal que flotaban detrás de ella—. Hay una señal térmica en uno de ellos.

Alex

ALEX había pasado mucho tiempo de su entrenamiento en la base Hécate, y volver ahora le resultaba extraño por varios motivos. El lugar había sufrido los mismos cambios a los que ya se había acostumbrado en su viaje a Marte: los viejos bares habían desaparecido, había nuevos restaurantes, las destrozadas canchas de balonmano se habían convertido en centros administrativos. Ese tipo de cosas. Pero lo que más le llamó la atención mientras atravesaba los amplios pasillos en un carrito fue la cantidad de jóvenes. Los cadetes se pavoneaban con las barbillas altas y sacando pecho, como si vistieran de gala, delante de lo que antes era la Parrilla Mexicana Cactus de Acero y donde ahora vendían comida tailandesa para llevar. Los anuncios de las pantallas eran de armas y de iglesias, servicios para solteros que estaban de misión y seguros de vida pensados para las familias que dejaban atrás. Eran el tipo de cosas que prometían control y comodidad en un universo incierto. Alex recordó que eran los mismos anuncios que se proyectaban desde hacía décadas. El estilo había cambiado, pero las necesidades y los miedos más profundos que las alimentaban eran los mismos.

Alex había llevado ese uniforme y había contado los mismos chistes. O unos parecidos, al menos. En aquella época se preguntaba con una mezcla de miedo e ilusión si vería violencia cuando saliese al ruedo. Había fingido ser más duro de lo que era con la esperanza de que se hiciese realidad. Recordó lo serio que era en aquella época. Rememoró la vez en la que Preston se había emborrachado y empezado una pelea con Gregory. Alex se había visto envuelto en el enfrentamiento, pero todo había acabado antes de la llegada de la policía militar, lo que hubiese acabado con sus trayectorias profesionales. También recordó la vez en la que habían pillado mintiendo a Andrea Howard, a quien luego habían echado por conducta deshonrosa. Fue como si en realidad hubiese muerto.

Ver a esos chicos le hizo pensar que seguro que también se peleaban y tomaban decisiones desafortunadas. Eran niños. Y él también había sido un niño cuando vivía allí y había tomado las mismas decisiones. Se había casado con Talissa cuando tenía más o menos la misma edad que ellos, y juntos habían calculado cuánto tardaría en volver a casa después de las misiones. Planes emprendidos por chicos de esa edad. Visto así, era normal que las cosas hubiesen salido como salieron.

Algo que también le sorprendió fue que todo el mundo parecía conocerlo.

Aparcó el carrito por fuera de una tetería llamada Poush que había sobrevivido a los años que habían pasado desde que él estaba de servicio. La marquesina azul y dorada proyectaba una tenue sombra sobre la puerta de cristal. La pintura envejecida de las ventanas se curvaba para formar marcos de inspiración *art nouveau* que tenían algunas frases en francés. Alex supuso que la idea era evocar el aspecto de una cafetería de París de siglos anteriores para la gente que ni siquiera había estado en el mismo planeta en el que se encontraba Francia. Le resultó extraño que aquella sensación tan pintoresca funcionara tan bien.

En el interior se hacinaban una docena de mesitas con manteles de lino auténtico. El aire era denso y tenía el aroma del café *qahwa* local, con almendras, canela y azúcar. El capitán Holden estaba obsesionado con el café, y a Alex le dio pena que estuviera en la estación Tycho, donde no podía disfrutar de aquellos olores. Antes de que pudiese terminar de pensar en ello, Fermín salió despedido de su silla y le dio un fuerte abrazo.

—¡Alex! —gritó Fermín—. Dios mío de mi alma. Has engordado.

—No —dijo Alex mientras le devolvía el abrazo para luego apartarse—. Tú sí que has engordado.

—Bueno —dijo su amigo al tiempo que asentía—. Sí, la verdad es que sí. Me había olvidado. Venga, siéntate.

El camarero, un joven de quizá dieciocho años, los miró desde la puerta de la cocina y abrió los ojos como platos. Les dedicó una sonrisa que desprendía la falsa educación habitual, pero Alex lo oyó hablar con alguien cuando el hombre se alejó de la puerta. Parecía emocionado. Alex intentó no sentirse incómodo.

—Gracias —dijo Alex—. No me gusta ser ese tipo que no da señales de vida hasta que necesita un favor.

—Y aquí estás a pesar de todo —dijo Fermín. Los años le habían llenado la barba de canas y también ensanchado sus mejillas. Alex creyó que, si entornaba los ojos, aún podría ver oculto entre sus facciones a ese hombre de rostro afilado con el que había servido en el pasado. Pero cuando el hombre hizo un gesto de desdén para que Alex dejara de preocuparse, vio que aquel hombre de su pasado aún estaba allí—. No es nada. Me gusta hacerle favores a mis amigos.

El camarero salió de la cocina y asintió. La copa de boca ancha que llevaba en la mano no dejaba de humear. La colocó frente a Alex con un gesto del que parecía emanar timidez.

—La especialidad de la casa —dijo el chico—. Para usted, señor Kamal.

—Vaya, gracias.

El chico volvió a asentir y se retiró. Alex rio entre dientes, incómodo y sin dejar de mirar la copa, y Fermín le dedicó una sonrisa.

—Venga ya, estarás acostumbrado a estas cosas, ¿no? Eres Alex Kamal. El primer piloto que cruzó el Anillo.

—Bueno, en realidad el primero que sobrevivió.

—Lo mismo es.

—Y tampoco es que lo hiciera aposta —comentó Alex—. Nos metimos porque no dejaban de dispararnos.

—¿Y eso hace que sea menos apasionante?

Alex sopló en la superficie de la taza y le dio un sorbo. Chai con miel, cardamomo y algo más que no era capaz de identificar.

—Ese viaje fue toda una experiencia —dijo con acento marcado—. Pero no creo que «apasionante» sea la mejor palabra para definirlo. Además, el capitán siempre se lleva toda la atención.

—Bueno, puede que ese sea el caso en otros sitios, pero aquí eres uno de los nuestros. Eres todo un ejemplo de alguien que ha conseguido alcanzar el éxito.

—¿Eso he conseguido?

Fermín extendió las manos como si pretendiese abarcar la tetería al completo, el pasillo de fuera, la base Hécate y todo Marte.

—Yo nunca he salido de este lugar y solo he conseguido llegar a ser suboficial. Dos divorcios y un hijo en la universidad superior que solo me llama dos veces al año para pedir dinero.

—Hombre, diría que también han intentado matarte menos veces que a mí. Lo mío no es tan divertido como crees.

—Supongo que no —dijo Fermín—. Las manzanas siempre parecen mejores en el huerto del vecino.

Se quedaron sentados bebiendo chai y comiendo galletas de almendras durante casi una hora, menos de lo que solían cuando eran más jóvenes. Fermín le puso al día sobre la media docena de conocidos que tenían en común. El chai estaba bueno y la conversación fue muy agradable. A Alex le costó atribuir su melancolía a algo en concreto. Cuando llegó el momento de marcharse, el chico se negó a aceptar el dinero.

—Invita la casa —se limitó a decir cuando intentaron pagar.

El puesto de control de la base estaba atendido por un equipo de seguridad que obligó a Fermín a pasar por un control de reconocimiento facial. Al terminar, cachearon a Alex en busca de armas o material de contrabando y luego le dieron un pase de visitante. El proceso duró menos de cinco minutos, como mucho. Alex siguió a Fermín hasta una pasarela móvil y luego se inclinó a su lado sobre la barandilla mientras la estructura los llevaba hasta las profundidades del monte Olimpo.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Alex.

—¿El comandante Duarte? Te gustará. Le gusta a todo el mundo. Es el edecán de la almirante Long. Lo ha sido durante los últimos diez años.

—¿Long no se ha retirado?

—Esa mujer morirá en su despacho —dijo Fermín. Su tono de voz parecía un tanto resentido, pero lo disimuló con una sonrisa.

—Te agradezco mucho la ayuda.

—No es problema. Duarte tiene muchas ganas de verte.

—¿En serio?

—Claro. ¿Por qué te sorprendes? Eres el piloto de la *Rocinante*. Eres famoso.

El despacho de Winston Duarte era sencillo y acogedor. El escritorio era de policarbonato prensado y no mucho más grande que el del recepcionista del vestíbulo. La pantalla de pared mostraba un paisaje algo abstracto y sosegado cuyos tonos sepia y marrones fluían por el encuadre y evocaban hojas caídas u operaciones matemáticas en casi la misma proporción. El único lujo de la estancia era una estantería en la que había lo que parecían ser libros impresos de estrategia militar. El hombre casaba con el lugar como si hubiera sido diseñado para pertenecer a él. Duarte era media cabeza más bajo que Alex, tenía las mejillas llenas de marcas de acné y unos ojos marrones y afables. Su figura irradiaba facultades y cordialidad. Después de que se estrechasen las manos, se sentó junto a Alex en lugar de al otro lado del escritorio.

—Tengo que decir que la visita me ha sorprendido —dijo Duarte—. Mi relación con la APE es puramente profesional.

—La *Roci* no forma parte de la APE.

Duarte arqueó las cejas un milímetro.

—¿En serio?

—Sí, somos autónomos. Hemos aceptado trabajos de la APE, pero también de la Tierra. O de empresas privadas si la cantidad merece la pena.

—Me retracto. Sea como fuere, encantado. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Kamal?

—Primero, llámame Alex. No he venido por asuntos oficiales. Estoy de permiso. He vuelto al nido de visita, pero me crucé con una vieja amiga que necesitaba ayuda y una cosa llevó a la otra.

—Y por eso has acabado aquí —dijo Duarte, que le dedicó una sonrisa afable y repentina—. Me considero afortunado de tenerte aquí. ¿Qué le ocurre a tu amigo?

—Tiene problemas con unas naves desaparecidas.

Duarte no se movió ni un centímetro y mantuvo su perfecta sonrisa. Alex creyó por un

momento que se había transformado en una estatua. Cuando volvió a moverse, se reclinó y se apoyó en la silla con una naturalidad exagerada que llamó mucho la atención.

—No se me ha informado sobre naves desaparecidas. ¿Hay algo que deba saber?

Alex entrelazó las manos sobre una rodilla.

—Tengo una amiga marine, bueno, ex marine, que ha estado investigando en el mercado negro.

—¿Periodista?

—Una marciana muy patriota —respondió Alex—. No quiere meterse donde no la llaman, y la verdad es que yo tampoco, pero ha descubierto cierta información que respalda su teoría.

—¿Qué información?

Alex levantó un dedo.

—Todo a su tiempo. Lo que quiero decir es que esta amiga mía no pertenece a la armada. No tiene amigos ni contactos, por lo que me pidió si podía indagar un poco. Y cuando lo hice...

—El suboficial Beltran te trajo hasta aquí —dijo Duarte—. Ya veo.

—¿Cometió un error?

Duarte se quedó en silencio un rato, con la mirada perdida e inescrutable. Alex se agitó en el asiento. No estaba acostumbrado a ese tipo de conversaciones y no sabía si aquella iba bien o mal. Duarte suspiró.

—No, no lo cometió.

—También... también te has dado cuenta de lo de las naves, ¿verdad?

Duarte se puso en pie y se acercó a la puerta, sin tocarla pero sin dejar de mirar. Ladeó la cabeza un milímetro.

—No me esperaba algo así. No voy a romper la cadena de mando.

—Y lo respeto —aseguró Alex—. No te voy a pedir que traiciones a nadie. Solo he dicho que tengo algo de información, y que quizá tú también tengas. Yo te diré lo que sé sin compromiso, y tú puedes hacer lo mismo si quieres. A lo mejor salimos ganando los dos.

—Tengo una investigación en curso.

—Puedes hacer lo que quieras con la información que te voy a dar —comentó Alex—. Y puede que también sea beneficioso que yo haga lo mismo con la que tú me des.

Duarte se quedó dubitativo y apretó los labios.

—Muy bien. ¿Qué tienes?

—Hay irregularidades en los inventarios. Cosas que se habían perdido o quedado destruidas y que luego han vuelto a aparecer. Armas. Suministros médicos.

—¿Naves?

—Sí —dijo Alex—. Naves.

—Dime un nombre.

—La *Apalala*.

A Alex le dio la impresión de que Duarte empezaba a desinflarse. El hombre se dirigió a su escritorio, se hundió en la silla que había detrás y luego habló con un tono relajado que a Alex le hizo sentir como si acabase de superar una prueba, como si se hubiese quitado la máscara impostada de cordialidad y sosiego con la que había empezado la reunión.

—La misma que he estado investigando yo —dijo al fin.

—¿Y qué has encontrado?

—No lo sé. No exactamente, al menos. No tenemos muchos efectivos. ¿Lo sabías?

—La gente zarpa hacia los nuevos planetas.

—Los inventarios van muy lentos. Aunque no lo queramos admitir, diría que la mayoría de

los datos son inventados. He intentado convencer a la almirante de que es un problema, pero o no me entiende o...

—¿O?

Duarte no terminó la frase.

—También he observado un patrón en los ataques. Puede que sean políticos o se deban solo a robos y piratería. ¿Sabes lo del ataque a Calisto?

—Algo he oído, sí.

—¿Tienes información al respecto?

—No.

Duarte apretó los dientes, decepcionado.

—Es que me resulta muy sospechoso, pero no sé muy bien por qué. El ataque estuvo muy calculado y lo coordinaron a la perfección. ¿Y todo para qué? ¿Para saquear unos astilleros?

—¿Qué se llevaron?

La mirada de Duarte se centró en Alex, a quien dedicó una sonrisa cargada de aflicción.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Y creo que nadie lo sabrá jamás porque no tenemos medios para averiguar qué era lo que había en ellos. Así de mal están las cosas.

Alex frunció el ceño.

—¿Me estás diciendo que la armada de Marte no sabe ni dónde están sus naves?

—Lo que te estoy diciendo es que somos incapaces de inventariar los suministros, las naves y el material. Desconocemos lo que hemos perdido porque no sabemos lo que tenemos. Y también que los líderes están tan centrados en no aparentarlo de cara a la Tierra y a la APE que han terminado por restarle importancia.

—Lo están encubriendo.

—No, le están restando importancia —dijo Duarte—. El primer ministro Smith se encuentra de camino a la Luna con una ostentosa escolta para reunirse con la secretaria general de la ONU y asegurarle que todo va bien. Y lo hace a sabiendas de que no es así. Si yo fuese un criminal o un contrabandista, Marte sería como estar en una Navidad permanente.

Alex soltó un taco. Duarte abrió el escritorio y sacó un cuaderno y una pluma de plata. Escribió algo, arrancó la hoja y luego la deslizó hacia Alex por la superficie. Había escrito el nombre KAARLO HENDERSON-CHARLES y una dirección de los barracones de la base con una letra impecable. Escribirlo en papel en lugar de confiar en los mensajes electrónicos podía considerarse ser muy precavido o estar paranoico. Alex no estaba seguro de cuál era el caso.

—Te recomiendo que no te vayas sin hablar con Kaarlo. Es un programador sénior que ha estado trabajando en un proyecto con el que se suponía que íbamos a coordinar las bases de datos. Fue el primero que vino a comentarme que había visto irregularidades. Si tienes preguntas específicas, quizá él pueda responderlas o indicarte dónde encontrarlas.

—¿Estará dispuesto a ayudarme?

—Puede —respondió Duarte—. Yo lo he hecho.

—¿Podrías... comentárselo?

—No —dijo Duarte con esa sonrisa triste en el rostro—. No voy a ordenarle a nadie que haga nada relacionado contigo. No te ofendas, pero ya no formas parte de la armada. Lo que estamos haciendo aquí tú y yo es algo que forma parte de mi investigación. Y escribiré un informe a la almirante, con todos los detalles.

—Para cubrirte las espaldas.

—No te quepa duda —afirmó Duarte—. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Sí, señor —dijo Alex.

Fermín ya no se encontraba en la sala de espera cuando salió del despacho, por lo que Alex se subió en una de las pasarelas móviles que se dirigían hacia el este, hacia los barracones. Le dolía un poco la cabeza, como si no hubiera mucho oxígeno en el aire.

La armada siempre había sido una de las pocas cosas inalterables de su vida. El factor permanente. Aunque su relación con ella sí que había cambiado. Había participado en misiones y luego se había retirado, pero esos cambios eran suyos, formaban parte de su vida, de su fragilidad, de su mortalidad y de su transitoriedad. Para Alex, pensar que la armada en sí podía ser frágil y que el mismísimo gobierno de Marte podía quedar derrocado era como pensar que el Sol se iba a apagar. Si eso no era estable, nada lo era.

Así que quizá fuese cierto que nada lo era.

El hueco de Kaarlo Henderson-Charles se encontraba junto a otros cien huecos iguales, y era sobrio y austero. La puerta gris verdosa no tenía nada que la diferenciara de las demás a excepción de los números. No había plantas en la maceta, solo tierra seca. La puerta se abrió cuando Alex tocó con los nudillos. Oyó que alguien gruñía con rabia en voz baja. No, no era una persona. Los recicladores limpiaban el aire a toda potencia. Alex notó cierto aroma a cordita y a carne podrida.

El cuerpo se encontraba sobre la mesa de la cocina y llevaba puesto el jersey del uniforme. La sangre se había acumulado bajo la silla, pero también había salpicado la pared y el techo. Aún le colgaba una pistola de la inerte mano derecha. Alex soltó una carcajada, mezcla de incredulidad y desesperación, luego sacó el terminal portátil y llamó a la policía militar.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Bobbie.

—¿Tú que crees? Pues que llegó la policía militar.

El vestíbulo del hotel estaba decorado con motivos dorados y carmesí. Una fuente de pared burbujeaba y vibraba detrás de los sillones, lo que le daba cierta privacidad a su conversación. Alex le dio otro sorbo al gin-tonic. El alcohol le quemó un poco la garganta. Bobbie se apretó los nudillos contra los labios y frunció el ceño. Le habían disparado y torturado, y de haber sido cualquier otra persona Alex hubiese pensado que se encontraba mucho mejor, pero siendo Bobbie aún le parecía que estaba muy frágil. Bajo la blusa se le notaban los bultos de las vendas que le cubrían las heridas de bala del lado izquierdo del cuerpo, pero poco más.

—¿Te interrogaron? —dijo Bobbie con tono tan neutro que casi no pareció una pregunta.

—Durante ocho horas. Duarte me dio una buena coartada y por eso no acabé en prisión.

—Un pequeño favor. ¿Y tu amigo? ¿Fermín?

—Al parecer, su terminal se ha desconectado de la red. No sé si fue él quien mató a ese tipo o si quienquiera que haya matado a Kaarlo también lo mató a él... No tengo ni idea de nada. —Volvió a beber. Un trago más largo—. Puede que esto de investigar no se me dé muy bien.

—Tampoco te creas que yo soy mejor —aseguró Bobbie—. Se podría decir que me he dedicado a agitar árboles y a ver qué cae. Por ahora solo puedo afirmar con seguridad que está pasando algo.

—Y que la gente está dispuesta a matar por ello —apuntilló Alex.

—Y que ahora que lo sabe la policía militar seguro que la investigación se va a complicar e intentarán controlarlo todo. Ya no vamos a poder hacer nada.

—Parece que nuestra época de detectives principiantes se ha terminado —convino Alex—. Bueno, al menos podré seguir preguntando por ahí.

—Ya has hecho más que suficiente —aseguró Bobbie—. Y no debería haberte metido en esto, pero es que no quiero decepcionar a la anciana.

—Lo entiendo. Y ojalá supiese qué está pasando.

—Y yo.

Alex terminó la bebida, y el hielo chasqueó contra sus dientes. Notó un calor muy agradable en el estómago. Miró a Bobbie y vio que ella también lo estaba mirando.

—¿Sabes? —empezó a decir—. Que todos nuestros planes aquí se hayan ido al traste no quiere decir que tengamos que dejarlo.

Bobbie parpadeó. Le dedicó un encogimiento de hombros muy ambiguo, pero Alex vio un brillo en sus ojos.

—Estás pensando en ese asteroide que te comentó Holden, ¿verdad?

—Tienes una nave y aquí ya no podemos hacer nada —comentó Alex—. Podríamos seguir la investigación por ahí.

—Y si alguien nos dispara, al menos ahora estaremos preparados —añadió Bobbie, de cuya indiferencia irradiaba cierta emoción. O quizá Alex estaba viendo lo que quería ver debido al alcohol y a la posibilidad de volver a sentarse en un asiento de piloto.

—Podríamos ir y echar un vistazo. Lo más seguro es que no haya nada.

Holden

LA ESFERA de construcción de la estación Tycho resplandecía alrededor de Holden, más que las estrellas. En los atracaderos había naves más o menos desmontadas, y la *Rocinante* solo era una más. Había otras que flotaban por la parte central a la espera de recibir la confirmación de que podían marcharse. Las chispas de los equipos de soldadura y los penachos blancos de los propulsores de maniobra parpadeaban por el lugar como si de luciérnagas se trataran. Holden solo oía su respiración y solo olía el aroma demasiado puro del aire embotellado. El traje sucio y gris verdoso de maniobras extravehiculares tenía las palabras de color naranja SEGURIDAD DE TYCHO estarcidas en una manga, y el fusil que llevaba en las manos lo había sacado de la taquilla de armas de Fred.

El equipo de seguridad de la estación estaba bajo aviso. Drummer y sus equipos tenían órdenes de vigilar a todo el mundo partiendo del supuesto de que, si había alguna facción de disidentes entre ellos, los leales a Fred los superarían en número. Y Holden estaba seguro de que lo creían a pies juntillas. Él había encendido el sistema de seguridad cuando habían empezado a examinar las esclusas, pero lo había vuelto a apagar al ver que le indicaba la ubicación de miles de posibles refugios desde los que podían pegarle un tiro.

Fred flotaba delante de él amarrado a un *mecha* de rescate de un amarillo resplandeciente. El equipo de emergencias tenía el aspecto de una mochila enorme colgada sobre los hombros del *mecha*. Un chorro de gas blanco salió despedido de uno de los costados del vehículo, y Fred flotó con elegancia hacia la derecha. Por un instante, el cerebro de Holden interpretó que las docenas de contenedores que había agrupados en el exterior del almacén estaban debajo de ellos, como si Fred y él fuesen buzos que flotaran en un vasto mar de vacío. Luego se giraron y les dio la impresión de que estaban sobre ellos y se abalanzaban con los pies por delante. Volvió a encender el visor táctico, cambió las prioridades de la pantalla y uno de los contenedores adquirió un contorno verde. El objetivo. La prisión, o la tumba, de Monica Stuart.

—¿Cómo vas por ahí? —oyó que le preguntaba Fred por el comunicador.

—Bien —dijo Holden, que frunció los labios con irritación antes de encender el micrófono—. Bien, pero no estoy acostumbrado a este traje. No me hago con los controles de esta cosa.

—Tú procura no morir si alguien empieza a dispararnos.

—Se intentará. Espero que no se les dé bien.

—Esperemos que no —dijo Fred—. Prepárate. Voy a entrar.

Holden pensó que, después de que identificasen el contenedor, enviarían a un *mecha* para cogerlo, llevarlo hasta un muelle y abrirlo. No había pensado en las posibles trampas hasta que Fred lo había comentado. Los datos del contenedor indicaban que estaba listo para ser recogido, pero no había información en el lugar en el que debería haber estado el nombre de la nave en la que iba a zarpar. En la imagen del vídeo de Monica solo se veía la puerta de acceso. No sabían si se iban a encontrar a la mujer sobre cubas de acetileno y oxígeno conectadas al mismo circuito que los cepos magnéticos. Lo que sabían con seguridad era que las puertas estaban cerradas y selladas, y que cabía la posibilidad de que estuviesen conectadas a un detonador. Según Fred, la opción menos peligrosa era abrir un agujero en la puerta y que alguien entrase a echar un vistazo. Y Holden era la única persona en la que sabía que podía confiar.

Fred se colocó delante de las puertas del contenedor, y el enorme brazo del *mecha* se

extendió para coger la mochila de emergencia. Fred la abrió con una presteza y eficacia propias de alguien que estaba acostumbrado a hacerlo. Una fina esclusa de emergencia de plástico, un soplete de un solo uso, dos trajes de aislamiento, una baliza de emergencia y una pequeña caja cerrada con suministros médicos. Todos los objetos quedaron flotando en el vacío a su alrededor como si alguien los hubiese enganchado a algo. Holden había pasado el tiempo suficiente transportando hielo en el vacío para no quedarse embobado al ver lo poco que se movía el equipo mientras flotaba.

—Deséame suerte —dijo Fred.

—No la cagues —dijo Holden.

El micrófono se apagó mientras el hombre se reía entre dientes, y los brazos del *mecha* empezaron a moverse con una precisión y velocidad quirúrgicas. El soplete se iluminó y cortó el metal mientras un inyector de espuma selladora cubría el agujero para evitar que el aire escapase del interior. Holden se conectó al laboratorio y abrió el vídeo en directo del terminal de Monica. Vio que en la imagen se veía el resplandor del soplete.

—Confirmado —le indicó a Fred—. Este es el bueno.

—Ya lo he visto —dijo Fred mientras terminaba de cortar. Después colocó la esclusa de aire sobre la cicatriz del metal, presionó el adhesivo contra la superficie y abrió la cremallera exterior —. Ahí lo tienes.

Holden avanzó. Fred extendió hacia él una enorme garra de *mecha* con tres dedos, y Holden le dio el fusil para luego coger el botiquín y el traje de emergencia.

—Sal de ahí si ves algo sospechoso —dijo Fred—. Si hay peligro, iremos a por un *mecha* de demoliciones de verdad.

—Solo voy a echar un vistazo —comentó Holden.

—Sí, seguro —dijo Fred.

El ángulo del protector facial ocultó la sonrisa de Fred, pero Holden fue capaz de oírla. Después, entró en la esclusa, la selló, infló la burbuja y abrió la capa interior. El corte era un cuadrado de un metro de lado con marcas de quemaduras en los bordes y relleno por una espuma beis. Holden puso un pie en la parte de la puerta del contenedor que no estaba cortada, activó las botas magnéticas y luego le dio una patada con la otra al corte. La espuma se deshizo y se rompió hacia dentro. El panel de metal cortado flotó hacia el interior, desde donde surgía una luz amarillenta.

Monica Stuart estaba amarrada a un asiento de colisión. Tenía los ojos abiertos, la mirada vidriosa y la boca flácida. También un corte que le cruzaba la mejilla rodeado por una costra negra. En la pared había un automédico barato del que salía un tubo hacia su cuello, como si fuese una correa. No parecía haber nada más. No había nada con un símbolo de PELIGRO EXPLOSIVOS.

El asiento de colisión se agitó sobre los cardanes cuando Holden se agarró a él. Los ojos de la mujer captaron el movimiento, y Holden creyó ver un atisbo de algo bajo esa mirada perdida: confusión y puede que también alivio. Le sacó la aguja del cuello con cuidado. Un chorro de líquido transparente burbujeó y empezó a flotar junto a ellos. Holden abrió el botiquín de emergencia y lo amarró al brazo de Monica. Cuarenta largos segundos después, el aparato indicó que la mujer parecía sedada, pero que estaba estable, y quedó a expensas de las indicaciones de Holden.

—¿Cómo va? —preguntó Fred.

Holden sí se acordó de encender el micrófono en esta ocasión.

—La tengo.

Tres horas después, se encontraban en la enfermería de la estación Tycho. La habitación estaba sellada, había cuatro guardias apostados en el exterior y la comunicación de la estancia a la red había sido desconectada físicamente. Había otras tres camas vacías y, de haber pacientes, los habrían llevado a otro sitio. El lugar estaba a caballo entre una sala de recuperación y una de seguridad. Y Holden no tenía muy claro si Monica se había dado cuenta de que gran parte de esa sensación de amparo era puro teatro.

—Eso no ha sido divertido —dijo Monica.

—Lo sé —comentó Holden—. Tiene pinta de haber sido horrible.

—No lo voy a negar.

Monica arrastró las palabras como si estuviese borracha, pero su mirada tenía la agudeza y la firmeza que Holden ya conocía.

Fred se encontraba al pie de la cama con los brazos cruzados.

—Lo siento, Monica, pero voy a tener que hacerte algunas preguntas.

Ella le dedicó una gran sonrisa.

—Suele ser al revés.

—Sí, pero yo no suelo responder a nada. Espero que tú sí lo hagas.

La mujer respiró hondo.

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué no empiezas por decirme cómo acabaste en ese contenedor? —preguntó Fred.

Se encogió de hombros, y Holden casi pudo sentir cómo le dolía.

—No tengo mucho que decir al respecto. Estaba en mi suite y se abrió la puerta. Entraron dos tipos. Envié una alerta de seguridad, grité mucho e intenté apartarme de ellos, pero luego me echaron un aerosol en la cara y me desmayé.

—¿La puerta se abrió? —preguntó Fred—. ¿No preguntaste quién era?

—No.

La expresión de Fred no cambió, pero Holden vio cómo la inclinación de sus hombros se hundía un poco.

—Continúa.

—Lo siguiente que recuerdo es que me estaban amarrando al asiento de colisión. Casi no podía moverme —continuó Monica—, pero sí que conseguí encender la cámara.

—¿Oíste si decían algo?

—Sí que los oí —respondió—. Eran cinturianos. Es lo que suponías, ¿no?

—Una de las cosas, sí. ¿Recuerdas qué dijeron?

—Me llamaron de todo —aseguró Monica—. También dijeron algo de un detonador, pero no pude seguir la conversación.

—El cinturiano puede llegar a ser difícil de entender.

—Y también estaba drogada y me habían agredido —dijo Monica, con tono más seco.

Fred levantó las manos en gesto de disculpa.

—No quería ofenderte —dijo—. ¿Recuerdas algo específico que...?

—Es por las naves coloniales desaparecidas, ¿verdad?

—Aún es pronto para achacarlo a algo —dijo Fred, que luego añadió de mala gana—, pero no deja de ser una posibilidad.

—Entonces es cosa de la APE y tú no sabías nada.

—No he confirmado ni desmentido nada, por ahora.

—Yo tampoco —dijo Monica al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Eh, eh, un momento —interrumpió Holden—. Calmaos los dos. Estamos en el mismo

bando, ¿no?

—Depende de cuánto paguéis.

Fred apretó los dientes.

—Acabamos de salvarte la vida.

—Y os lo agradezco —dijo Monica—. Tenéis que contar conmigo para la investigación. Para todo. Y quiero entrevistas exclusivas con los dos. Os contaré todo lo que sé sobre las naves coloniales y sobre mi secuestro. Hasta lo que no le conté a Holden. Y también avisaré antes de publicar cualquier cosa.

—Un momento —dijo Holden—. ¿Hay partes que no me contaste?

—Pero tendrás que esperar nuestra confirmación antes de publicar información.

—Eso sí que no —comentó Monica—. Y sabéis que me necesitáis.

—Pues solo para asuntos de seguridad, al menos —apuntilló Fred—. Y con dos semanas de antelación.

Las ansias hicieron resplandecer los ojos de Monica. Holden había viajado con ella durante semanas en dirección al Anillo y creía que la conocía, pero le sorprendió ver aquella insensibilidad en su mirada. A Fred parecía resultarle divertida.

—Una semana de antelación. Y no quiero que censure nada sin un buen motivo —dijo al tiempo que señalaba a Fred con un dedo acusatorio—. Confío en ti.

Fred miró a Holden y le dedicó una sonrisa fugaz e insulsa.

—Bueno, ahora cuento con dos personas que sé con seguridad que no trabajan para el otro bando.

Eso que Holden no sabía... No, así no. Eso que Holden sabía pero de lo que no se había dado cuenta era el número de naves que atravesaban los anillos de camino a los nuevos planetas. Los archivos de Monica le hacían un seguimiento a las casi quinientas naves que habían hecho ese viaje. Muchas eran más pequeñas que la *Rocinante* y viajaban en grupo para reclamar un mundo nuevo y desconocido o para unirse a un asentamiento recién creado en lugares con nombres como París, Nuevo Marte o Firdaws. Otras naves eran más grandes, auténticas naves coloniales cargadas con el mismo tipo de suministros que, generaciones anteriores, la humanidad había llevado hasta la Luna, Marte y las lunas jovianas.

La primera que había desaparecido era la *Sigyn*. Era un carguero de agua reconvertido algo más moderno que la *Canterbury*. Luego la *Swing de las tierras altas*, una pequeña saltarrocas que había estado a punto de quedar reducida a cenizas porque le habían puesto un motor Epstein tres veces más grande de lo recomendado para una nave de su tamaño. También la *Rabia Balkhi* que Monica le había enseñado a Holden en el vídeo, pero no era la primera ni la última en desaparecer. A medida que avanzaba la lista, Holden iba apuntando los tipos y las características de todas las naves desaparecidas para enviarle la información a Alex. La *Pau Kant* podía ser cualquiera de ellas.

También había otro patrón que se repetía en las desapariciones. Las naves lo hacían en momentos de mucho tráfico, cuando la estación Medina tenía que centrarse en cinco o seis naves diferentes. Y después, y esto era lo más interesante, el anillo por el que había pasado la nave desaparecida no enviaba ninguna señal de picos de radiación, sino una discontinuidad, un instante en el que los valores naturales cambiaban de improviso. No era algo que pasase con todas las naves que atravesaban los anillos. Monica lo había interpretado como una prueba de que la tecnología alienígena era capaz de hacer cosas enigmáticas e inquietantes. Pero sabiendo lo que sabían ahora, a Holden le parecía un error causado por la manipulación de datos. Tal y como habían hecho con otras cosas, como cambiar la caja en la que se habían llevado a Monica o el

hecho de entrar en un baño de hombres y no salir nunca, alguien tendría que haberse encargado de ocultar el rastro de las naves «desaparecidas» al cruzar el anillo. Si había un error similar en los datos del anillo que llevaba al Sistema Solar...

—¿Holden?

Estaba solo en la oficina de seguridad. Fred la había limpiado para su «uso personal», que venía a significar que en realidad la iban a usar como base de operaciones para su investigación privada y era una señal inequívoca de que estaba muy comprometido. El personal de seguridad junto al que había pasado Holden al entrar parecía desconcertado por haberse visto obligados a salir de sus propias oficinas, pero nadie había presentado queja alguna. Al menos no que él se hubiese enterado.

Fred se encontraba junto a la arcada del pequeño vestíbulo que llevaba a las salas de interrogatorio. Llevaba ropa de calle, de buena factura. Pequeños islotes de canas le cubrían parte de la barba en las mejillas y la barbilla, y tenía inyectados en sangre los ojos amarillentos como marfil envejecido. También se le notaba la espalda tensa y hacía gestos muy bruscos.

—¿Te has enterado de algo? —preguntó Holden.

—He hablado con un socio con el que llevo muchos años trabajando. Los retrasos en las comunicaciones siempre hacen que sea un engorro, pero... creo que ahora tengo algunas cosas más claras. Al menos ahora sé por dónde empezar.

—¿Puedes confiar en ellos?

Fred le dedicó una sonrisa agotada.

—Si Anderson Dawes está en mi contra, estaré jodido haga lo que haga.

—Vale —dijo Holden—. ¿Y por dónde empezamos?

—Necesito que me acompañes unos minutos —dijo Fred al tiempo que señalaba con la cabeza hacia las salas de interrogatorio.

—¿Vas a interrogarme?

—Más bien a usarte en una pequeña obra que tengo pensado interpretar.

—¿En serio?

—Si funciona, nos ahorrará tiempo.

Holden se envaró.

—¿Y si no?

—Pues no nos ahorrará tiempo.

—Me vale.

La sala de interrogatorios era fría, poco acogedora y estaba vacía. Atornillada al suelo había una mesa de metal que separaba un taburete sin respaldar de tres asientos acolchados con gel. Monica ya estaba sentada en uno de ellos. Tenía mucho mejor la herida de la cara, que ahora era poco más que un sarpullido alargado. No llevaba maquillaje, y sus facciones lucían más marcadas. Parecía mayor. Y le sentaba bien. Fred hizo un gesto para que Holden se sentase en el otro extremo, y luego se sentó en medio.

—Limitaos a quedaros serios. Yo me encargaré de hablar.

Holden miró a Monica y arqueó las cejas.

«¿Qué está pasando?»

Ella le dedicó una breve sonrisa.

«Supongo que ahora lo descubriremos.»

La puerta se abrió, y Drummer entró en la estancia. Sakai iba detrás de ella. El jefe de ingeniería empezó a pasear la mirada entre Holden y Monica, una y otra vez. Drummer lo guió hasta el taburete.

—Gracias —dijo Fred. Drummer asintió y salió de la estancia sin perder la compostura. Puede que estuviera molesta porque Fred había dejado de contar con ella, o quizá se debía a otra cosa. Holden se dio cuenta de que la situación podía dar paso a una paranoia muy acuciante en cualquier momento.

Fred suspiró. Cuando volvió a hablar, su voz sonó suave y acogedora como la franela.

—Bueno. Creo que sabes de qué va esto.

Sakai abrió la boca, pero la cerró al momento. Luego dio la impresión de que se le caía una máscara. Un odio consumado y rabioso se apoderó de sus facciones.

—¿Sabes qué? —dijo—. Que te den.

Fred se quedó quieto con el rostro impertérrito. Actuaba como si no lo hubiera oído. Sakai apretó los dientes y frunció el ceño mientras el silencio y la tensión convertían la situación en algo insoportable.

—Putos terrícolas arrogantes. Todos. ¿Crees que estáis aquí para salvarnos a nosotros? ¿A los pobres escuchimizados? ¿Crees que esa es vuestra misión? ¿Es que no os dais cuenta de lo condescendientes que sois? Todos. Todos y cada uno de vosotros. El Cinturón no necesita que la escoria terrícola lo salve. Sabemos salvarnos solitos. Pagaréis por todo, cabrones.

Holden sintió un acceso de ira en el pecho, pero Fred habló en voz baja y sosegada.

—Me estás diciendo que estás resentido conmigo por ser terrícola, ¿verdad?

Sakai se reclinó en el taburete, recuperó el equilibrio y luego se dio la vuelta para escupir sobre la cubierta. Fred se quedó a la espera, pero en esta ocasión Sakai no rompió el silencio. Un rato después, Fred se encogió de hombros, suspiró y se levantó. Se inclinó hacia delante y propinó a Sakai un golpe simple y chabacano, pero Holden no se sorprendió hasta que vio cómo el hombre se caía del asiento. La sangre empezó a manar de los labios del ingeniero.

—He dado mi vida y las vidas de gente a la que apreciaba para proteger y preservar el Cinturón, que ya es mucho más de lo que has hecho tú —gruñó Fred—. Y no estoy de humor para que un puto terrorista pretencioso se crea que puede darme lecciones.

—No te tengo miedo —dijo Sakai con una voz que le dejó claro a Holden que estaba asustado y desesperado. El propio Holden estaba un poco inquieto. No era la primera vez que veía a Fred Johnson enfadado, pero la rabia primitiva que emanaba del hombre en aquel momento era nueva para él. Fred no parpadeó. Aquella era la persona que había liderado ejércitos y matado a miles. El Carnicero. Sakai apartó la mirada del escrutinio inclemente de Fred, como si le hubiese propinado otro golpe.

—¡Drummer!

La jefa de seguridad abrió la puerta y entró en la estancia. Su cara no mostró atisbo alguno de sorpresa al ver la situación. Fred no la miró.

—Señora Drummer, lleve a esta escoria al calabozo y métalo en una celda aislada. Asegúrese de que se le da el pienso y el agua suficientes como para que no muera. Que no entre ni salga nadie del lugar donde se encuentre. Y también quiero un examen a fondo de sus movimientos en la estación. Quiero saber con quién hablaba, a quién enviaba mensajes y cada cuánto tiempo iba a cagar. Analicen uno a uno todos los datos.

—De acuerdo, señor —dijo Drummer. Se quedó en silencio y luego dijo—: ¿Quiere que reanudem la actividad de la estación?

—No —respondió Fred.

—De acuerdo, señor —repitió Drummer, que luego ayudó a Sakai a ponerse en pie y lo sacó a empujones por la puerta.

Holden carraspeó.

—Necesitamos revisar a fondo lo que ha hecho en la *Rocinante* —dijo—, porque ni de broma voy a volar en algo a lo que ese tipo le ha realizado inspecciones de seguridad.

Monica silbó por lo bajo.

—Una facción cismática de la APE —dijo—. Vaya. No sería la primera vez que un líder revolucionario acaba siendo objetivo de una célula extremista de su bando.

—No lo sería, no —dijo Fred—. Lo que me preocupa es que tengan la seguridad suficiente como para mostrar sus verdaderas intenciones.

Naomi

LA CERVEZA se elaboraba en cubas: tenía un sabor intenso a levadura y un regusto fúngico debido a que el lúpulo se había cambiado por setas transgénicas. Karal estaba cocinando cousa caliente: un pan fino, salado y sin levadura relleno de *roux* y cebolla caliente. Cyn, Naomi y un tipo nuevo llamado Miral, además de Karal y la comida caliente, se encontraban en el lugar, por lo que los recicladores de aire trabajaban a toda potencia. El calor, el aroma especiado, la cercanía de los cuerpos y el abotargamiento del alcohol le hicieron viajar atrás en el tiempo. Como si al abrir la puerta no se encontrasen en una dársena mugrienta de la estación Ceres, sino en la nave de Rokku, camino del próximo encargo o del próximo puerto.

—Pues Josie... —empezó a decir Cyn mientras agitaba una mano enorme. Hizo una pausa, miró a Naomi y frunció el ceño—. *¿Kennst Josie?*

—Sí, me acuerdo —dijo Naomi.

—Vale, pues Josie montó un negocio allí, *sa sa?* Empezó a cobrar a los terrícolas por atravesar el *Korridor*. Lo llamaba... —Cyn tartamudeó tres veces para pronunciar bien aquella palabra tan importante para la historia—. Lo llamaba peaje municipal. ¡Peaje municipal!

—¿Y cuánto tiempo estuvo haciéndolo? —preguntó Naomi.

—Lo suficiente como para vernos obligados a salir de la estación *avant* de que los de seguridad viniesen a por nosotros —dijo Cyn con una sonrisa. Luego se puso serio—. Pero eso fue antes.

—Antes —repitió Naomi al tiempo que levantaba el vaso—. Todo cambió después de lo de Eros.

—Todo cambió después de que esos *bâtards* destruyesen la *Cant* —apuntilló Miral, que miraba a Naomi con los ojos entornados como si le dijese «Era tu nave, ¿verdad?» y la invitase a hablar más de su pasado.

Naomi se inclinó un poco hacia delante y se ocultó detrás de un mechón de pelo.

—Todo cambió después de lo de la base Metis. Todo cambió después de lo de la estación Anderson. Todo cambió después de lo de Terryon Lock. Todo cambió después de todo.

—*Ez maudit igaz* —dijo Cyn al tiempo que asentía—. Todo cambió después de todo.

Karal levantó la cabeza. Su expresión era una a caballo entre la camaradería y el arrepentimiento que indicaba que para él «todo había cambiado después de la *Gamarra*».

Naomi le sonrió. Era cierto, y ella también lo sentía. Estar en aquella estancia con esas personas envolvía todo en un velo de nostalgia. A todos les hubiera encantado oír a Naomi hablar de Eros, de cómo había estado en la primera nave que había cruzado un anillo, de su viaje a la primera colonia de los nuevos mundos. Pero Cyn y Karal no preguntaron nada, así que los demás tampoco lo hicieron. Y ella prefirió no hacer comentarios.

Filip dormía en la habitación contigua con el cuerpo hecho un ovillo y los ojos cerrados con suavidad, no tan cerrados como los tendría un bebé que durmiese profundamente. El resto de la célula se encontraba dividida en varios pisos francos. Cuanto más divididos estuvieran, menos llamarían la atención; y si perdían algún grupo, el resto podría continuar como si nada hubiera ocurrido. La estrategia le resultaba extraña y familiar al mismo tiempo, como si acabara de oír una de sus canciones favoritas de antaño después de muchísimo tiempo. Karal levantó el cousa, lo sacó del calentador y lo hizo girar sobre los dedos, todo en un solo movimiento. Naomi extendió

la mano y el hombre le puso una hogaza en la palma. Sus dedos se rozaron. Era un gesto físico e íntimo de camaradería. O propio de un familiar. En el pasado tenía sentido, pero ahora sabían que no era cierto y que solo había sido un error de cálculo. Desde que Naomi había llegado todos habían tenido mucho cuidado de que las conversaciones no se desviaran por derroteros que sacasen a relucir los años que se había ausentado.

Por eso, cuando Naomi rompió aquella regla no escrita, nadie supo muy bien de qué hablaba. No le apetecía nada romper el hielo en aquel momento tan incómodo, pero tenía claro que quedarse callada hubiese sido peor que no decir nada.

—Filip tiene buen aspecto —dijo, como si pronunciar aquellas palabras no tuviese más implicaciones. Mordió el pan, y el *roux* y la cebolla le llenaron la lengua y el paladar de sabores salados, dulces y amargos. Luego siguió hablando—. Ha crecido.

—Sí —dijo Cyn, con cautela.

Naomi sintió que años de dolor, rabia, pérdidas y traiciones le subían por el esófago. Sonrió. La voz no se le quebró.

—¿Cómo os ha ido?

Cyn dedicó a Karal una mirada de soslayo, una fugaz y casi imperceptible. Habían entrado en terreno pedregoso. No sabía si ellos estaban nerviosos porque querían protegerla de la verdad o porque querían proteger de ella a Filip y a Marco. O si simplemente no querían formar parte del drama familiar entre su antigua pareja y su hijo.

—Filipito está muy bien —dijo Karal—. Es un chico muy inteligente y centrado. *Ist* centrado. Marco lo cuida. Lo mantiene a salvo.

—Más a salvo que a nosotros —comentó Miral, que intentó que el comentario sonase natural. Sus facciones delataban la curiosidad que sentía. Él no formaba parte del grupo cuando Marco y Naomi estaban juntos. Se sentía como si todos a su alrededor estuviesen conversando y él solo oyese la mitad de las cosas.

—*Was zu mir?* —preguntó Naomi.

—Todos le contamos la verdad —dijo Karal con tono más brusco—. No mentimos a los nuestros.

Cyn tosió una vez. Luego apartó la mirada de Naomi, como si se sintiera culpable.

—Cuando tuvo la edad suficiente para preguntar, Marco le contó cómo se complicaron las cosas. Se complicaron mucho. Y su madre tuvo que dejarlo todo atrás. Necesitaba *être seule*.

—Vaya —dijo Naomi. Así que era la historia que habían contado sobre ella. La de una persona demasiado sensible. Demasiado débil. Quizá hasta parecía cierta desde el punto de vista de Marco.

Pero ¿cómo encajaba eso en lo que se había convertido luego? Segunda de a bordo de la *Rocinante*, superviviente de la estación Eros, viajera a otros mundos. Visto así, sonaba un poco raro decir que se había marchado porque las cosas se habían «complicado mucho». A menos que no quisiese a su hijo lo suficiente como para quedarse. A menos que en realidad huyese de él.

—Filipito *ist* muy *gut* —dijo Cyn—. Estate orgullosa de él.

—Claro que sí —aseguró Naomi.

—Bueno —dijo Miral, que se esforzó por poner un tono relajado—. Viajas *mit* James Holden, ¿no? ¿Qué tal es?

—Un trabajo muy constante en el que no hay lugar para ascenso alguno —dijo Naomi.

Cyn rio. Un momento después, Miral se les unió con cierto deje de tristeza en la risa. El único que se quedó en silencio fue Karal, y lo más seguro es que fuese porque estaba concentrado en la comida.

El terminal portátil de Naomi resonó y ella lo sacó. Eran otros dos mensajes de Jim. Dejó el dedo a poco menos de un centímetro del botón para aceptarlos. Estaba a solo unos escasos movimientos de oír su voz, y aquella idea tiraba de ella como si fuese un imán. Oírlo ahora, aunque solo fuese un mensaje grabado, le hubiese sentado como una larga ducha con agua limpia. Guardó los mensajes en la cola de espera. Pronto podría oírlos todos. Pero si empezaba a hacerlo ahora, seguro que no sería capaz de parar. Y aún no había terminado. Después, solicitó una llamada con el número que le había dado el representante de Exportaciones de Confines Periféricos. Alguien aceptó la conexión al momento, y la pantalla se vio cercada por un borde rojo que indicaba que la línea era segura.

—Señora Nagata —dijo el joven—. ¿En qué puedo ayudarla hoy?

—Sigo esperando por la nave —indicó Naomi—. Necesito saber cómo va el trato.

El hombre puso la mirada perdida durante un instante y luego ensanchó la sonrisa.

—Aún estamos esperando a que la titularidad del vehículo se actualice en la base de datos, señora.

—Entonces ¿os ha llegado el pago?

—Sí. Podría usarla ya si la necesita, pero por favor tenga en cuenta que no tendrá permisos para abandonar el muelle hasta que no se actualice el registro.

—Sin problema —dijo Naomi al tiempo que se ponía en pie—. ¿Dónde está atracada?

—En el muelle seis, embarcadero diecinueve, señora. ¿Le gustaría que un representante de la empresa la acompañase para hacer la entrega?

—No —respondió—. Dejad las llaves en el arranque y nosotros nos haremos cargo.

—Claro. Ha sido un placer.

—Igualmente —zanjó Naomi—. Que vaya todo bien.

Naomi se desconectó. Cyn y Miral ya habían empezado a recoger algunas cosas. Karal levantó el último cousing del calentador con una mano y luego desconectó la máquina con la otra. A Naomi no le hizo falta decirles que avisaran a los demás. Cyn ya lo estaba haciendo. El ambiente del lugar no había cambiado, pero ella sintió de improviso que se había vuelto demasiado denso, como si el calor que emanaba de sus cuerpos y del calentador fuese opresivo. Naomi salió del lugar.

—Es la hora —dijo con voz amable. Recordó las películas y canales dramáticos en los que una madre levantaba a su hijo para ir a la escuela. Aquella situación era la más cercana a eso que experimentaría jamás, y disfrutó del momento aunque no fuese lo más adecuado.

—Filip. Nos vamos.

El chico abrió los ojos y se quedó algo aturdido por un instante. Parecía confuso. Vulnerable. Joven. Recuperó la compostura al momento, y volvió a ser él mismo. Esa nueva personalidad adolescente. La que Naomi no conocía.

Activaron el ciclo de apertura de la puerta y salieron al pasillo. La brisa fresca de la rotación olía a ozono y a humedad. Naomi aún tenía en la mano el cousing de Karal a medio comer. Le dio otro mordisco, pero se había enfriado y el *roux* empezaba a ponerse duro. Tiró lo que le quedaba en un reciclador e intentó no darle un significado metafórico a la situación.

Cyn salió por la puerta con su habitual ceño fruncido. Parecía mayor. Más curtido. Naomi echaba de menos al hombre que había sido en el pasado. También echaba de menos a la mujer que había sido ella.

—¿Estás lista, Nudillos? —preguntó Cyn.

—Claro que sí —respondió ella.

Cyn la examinó a fondo, como si en aquellas palabras hubiese oído algo más que una

afirmación.

La nave era un simple esqui de transporte, tan pequeña que daba la impresión de que en cualquier momento podía quedar aplastada por los cepos de atraque que la sujetaban. No tenía un motor Epstein, por lo que tendrían que usar los propulsores para desplazarse. Tendrían que volar a hervores y, aun así, se verían obligados a realizar gran parte del viaje flotando a la deriva. No era mucho mejor que ponerse unos trajes extravehiculares y partir con algunas botellas de aire adicionales, pero les serviría. Naomi la había comprado a precio de rescate, gracias a que había conseguido transferir el dinero de la parte que le correspondía de la *Rocinante* por dos cuentas anónimas, una en la Luna y otra el Ganimedes. La empresa a nombre de quien iba a quedar registrada se llamaba Cooperativa de Disminución de Riesgos Edward Slight, una que no existía antes del registro a su nombre de la nave y que volvería a desaparecer cuando hubiese cumplido su cometido. Los transpondedores indicarían que la nave se llamaba *Chetzemoka*. Naomi se dio cuenta de que ahora aquel vehículo representaba la mitad de sus posesiones, y su nombre ni siquiera figuraba en los documentos.

No parecía suficiente, pero sí una con la que pasar desapercibidos, aunque Naomi no las tuviera todas consigo.

Filip esperaba en el muelle que daba a la arcada de embarque, y Naomi se quedó a su lado. Cyn, Karal y Miral aún estaban lejos, lo que les daba a madre e hijo algo de privacidad. El embarcadero era un lugar alquilado que tenía un contador de números rojos en una pared para indicar el tiempo que quedaba antes del cambio de inquilino. Las paredes de metal y cerámica tenían el brillo opaco de la espuma selladora que había que reponer cada poco tiempo debido a la radiación del espacio. El aire apestaba a lubricante. Alguien había dejado en la pared un viejo póster con el círculo dividido de la APE en el que una semicircunferencia correspondía a Marte y la otra a la Tierra. Un auténtico militante de la organización.

Ella había pertenecido a ese grupo en el pasado.

Llegaron los demás. Josie y el viejo Sandy. También el de las alas, que aún no sabía cómo se llamaba. Una mujer de mirada triste y rostro recio que Naomi no había visto antes. Un hombre con la cabeza afeitada con cicatrices rojizas que le cubrían la piel oscura del cuero cabelludo y que cojeaba debido a una herida en el pie que no se había tratado bien. Llegaron más. Todos y cada uno de ellos saludaron a Filip con la cabeza al pasar, con una expresión mezcla de respeto y satisfacción. Todas esas personas conocían a su hijo mejor que ella. Todas embarcarían con él sin pensárselo dos veces. Sintió un dolor en el esternón que le hubiese preocupado en cualquier otro momento, pero ahora sabía muy bien a qué se debía.

Las lágrimas empezaron a acumularse en los ojos, pero parpadeó y consiguió contenerlas. Se mordió la lengua.

—¿Todo bien? —preguntó Filip.

Naomi rio y sintió que la mano que le atenazaba el corazón apretaba con más fuerza.

—Todo bien, sí. Tan pronto como se actualice el registro, podremos crear un plan de vuelo y zarpar.

—Bien.

—¿Tienes un momento?

Filip parpadeó y le dedicó a Naomi una mirada que parecía cargada de ansiedad. Un instante después, el chico asintió y señaló con la cabeza hacia una esquina. Caminaron juntos, y el resto de la tripulación los dejó solos. El corazón de Naomi latía como si estuviese en peligro. Podía sentir los latidos en el cuello.

Se detuvo junto a la pared del embarcadero. Filip se volvió hacia ella. Le vino a la memoria

el recuerdo de aquel niño sin dientes que le cogía el dedo mientras le dedicaba una sonrisa cargada de un amor inconfundible, y Naomi tardó un momento en recuperarse.

—Me alegro mucho de verte —dijo.

Pensó que su hijo no le iba a responder, pero lo hizo un segundo después.

—Yo también me alegro.

—La nave es tuya cuando terminemos con esto, ¿vale?

Filip miró la *Chetzemoka* por encima del hombro.

—¿Mía?

—Quiero que te la quedes. Véndela y guarda el dinero. O consérvala si lo prefieres. Es tuya y de nadie más.

El chico ladeó la cabeza.

—¿No vienes con nosotros?

—No he venido para volver a unirme al grupo —dijo con un suspiro—. Lo he hecho porque tu padre me dijo que necesitabas ayuda. He venido por ti. No puedo formar parte de vuestros planes, sean cuales sean. Ni antes ni ahora.

Filip se quedó quieto un rato. Naomi sintió que se le cerraba la garganta y le dio la impresión de que pronto no podría respirar.

—Lo entiendo —dijo su hijo. Su hijo, a quien volvía a dejar de lado. Que regresaba junto a Marco, con todo lo que eso conllevaba.

—Tu padre no es un buen hombre —espetó Naomi—. Sé que lo quieres. Yo también lo quise, pero no es...

—No tienes por qué justificarte —dijo Filip—. Acabas de hacernos un gran favor y te lo agradezco. Me decepciona que esto sea lo único que quieras hacer, pero él me había advertido que era una posibilidad.

—Podrías venir conmigo. —No tenía intención de decirlo, pero fue incapaz de evitarlo y, al pronunciar las palabras, se dio cuenta de cuánto lo anhelaba—. La nave en la que trabajo necesita tripulantes. Somos independientes y las cosas nos van bien. Podrías venir conmigo a una misión. Nos conoceríamos mejor.

La máscara de reticencia del chico se quebró por primera vez. Aparecieron tres líneas delgadas en su entrecejo y le dedicó a Naomi una sonrisa que bien podría haber sido de confusión o de compasión.

—Bueno, ahora mismo ando un poco ocupado —dijo.

Le dieron ganas de suplicar, de cogerlo y sacarlo de ahí. Quería estar con su hijo. No poder estar con él era más doloroso que la peor de las enfermedades.

—Bueno, quizá en otro momento —dijo al fin—. Avisa cuando puedas. Hay un hueco para ti en la *Rocinante*.

«Si Marco te deja —pensó, pero no lo dijo en voz alta—. Si no te hace daño para castigarme. —Y un momento después pensó—: Dios, va a ser muy difícil explicarle todo esto a Jim.»

—Quizá en otro momento —repitió Filip al tiempo que asentía. Extendió el brazo y se cogieron de la muñeca por un instante. Él fue el primero que se dio la vuelta. Se marchó con las manos en los bolsillos.

Naomi sintió un vacío inmenso y pelágico. Lo peor era que no se trataba de una sensación reciente, sino una que la había acompañado desde que se había marchado en el pasado. Todos y cada uno de los días de la vida que ella había elegido vivir en detrimento de la que Marco le había preparado. La diferencia era que ahora contemplaba con sus propios ojos lo que había

perdido y sentía lo trágico de la situación.

No vio acercarse a Cyn y a Karal hasta que estuvieron junto a ella. Se enjugó las lágrimas con el canto de la mano, enfadada, avergonzada y temerosa de que un comentario amable hiciese añicos la compostura que había logrado mantener. Un comentario amable o uno cruel.

—Oye, Nudillos —dijo Cyn con su voz grave y profunda como un desprendimiento de rocas—. Entonces ¿no vas a *kommt mit?* Filipito está serio y seco, pero piensa que está en mitad de una misión. Cuando no va de líder es muy divertido. Y también cariñoso.

—Tengo que irme —dijo Naomi, que sintió la untuosidad y la certeza de sus palabras—. Aquí las cosas no han cambiado.

—Tu hijo. Él —dijo Karal, con un tono acusatorio que tranquilizó a Naomi porque sabía cómo enfrentarlo.

—¿Sabes esas historias de lobos atrapados que se fagocitan para poder escapar? —dijo Naomi—. Pues ese chico es mi pata. Nunca volveré a ser una persona completa sin él, pero no puedo permitirme dejar de ser libre.

Cyn le dedicó una sonrisa, y Naomi vio la tristeza de su mirada. Algo hizo clic en su interior. Ya no tenía nada que hacer allí. Se había acabado. Ahora lo único que quería era marcharse, ponerse a oír todos los mensajes que Jim le había dejado y encontrar el medio de transporte más rápido posible hasta la estación Tycho. Estaba lista para volver a casa.

Cyn extendió los brazos, y ella se abalanzó sobre él por última vez. El grandullón la rodeó, y ella apoyó la cabeza en su hombro. Naomi soltó un taco, y Cyn rio entre dientes. Olía a sudor y a incienso.

—Joder, Nudillos —gruñó el hombre—. No tenía por qué acabar así. *Suis désolé, oui?*

La apretó aún con más fuerza, y Naomi sintió que no podía mover los brazos. El hombre retrocedió y le levantó los pies de la cubierta. Sintió un pinchazo en el muslo, y Karal se apartó de ella con la aguja aún en las manos. Naomi forcejeó y golpeó a Cyn con la rodilla. El feroz abrazo empezaba a dejarla sin aire. Mordió a Cyn en el hombro, que era el único lugar que le quedaba cerca, y sintió el sabor a sangre en la boca. La voz del hombre tenía un tono calmado y agradable, pero Naomi había dejado de distinguir las palabras. Se le empezó a dormir la pierna, y el entumecimiento se abrió paso hasta su vientre. Sintió que Cyn se abalanzaba hacia el suelo sin soltarla, pero nunca llegó a caer, como si sus piernas flotasen por el espacio sin volver a tocar la cubierta.

—No me hagáis esto —consiguió pronunciar, pero oyó su voz en la distancia—. Por favor, no me hagáis esto.

—Tenemos que hacerlo, Nudillos —dijo Cyn—. Era el plan desde el principio *immer, sa sa?* Por eso estás aquí.

Naomi se dio cuenta de algo, pero lo olvidó al instante. Intentó darle con la rodilla en la entrepierna, pero ya no estaba segura de dónde quedaban las piernas del hombre. Cada vez le costaba más respirar. Vio por encima del hombre que el resto la miraba desde la arcada que daba a la nave. Su nave. La nave de Filip. Todos se habían dado la vuelta para mirarla. Filip entre ellos, con gesto impertérrito y la mirada fija. Le dio la impresión de que había pegado un grito, pero bien podría haber sido producto de su imaginación. Y luego su mente se desconectó como si alguien hubiese pulsado un interruptor.

Alex

CUANDO pilotaba una nave (cualquier nave) había un punto en el que Alex sentía que su cuerpo se expandía hasta ocupar todo el navío. Llegaba a comprender las sensaciones de esa nave en particular al maniobrar y le hacía compartir con ella un momento muy íntimo. Sentía cómo se desvanecía la gravedad de la aceleración cuando se apagaba el motor, cuánto duraba un giro de ciento ochenta grados en mitad de un viaje. No era algo racional, pero cambiaba los sentimientos y la percepción de sí mismo que tenía el piloto. Cuando había pasado de la majestuosa mole que era la nave colonial convertida en carguero de hielo de la *Canterbury* a la veloz fragata militar que era la *Rocinante*, se había sentido rejuvenecer unos veinte años.

Pero hasta la *Roci* tenía toneladas de metal y cerámica. Podía girar muy rápido y con brusquedad, pero no dejaban de ser movimientos que tenían cierto empaque. Cierta mímica. En cambio, pilotar la pinaza de carreras *Jabalí* era como ir agarrado a una pluma en mitad de una tormenta. La nave era poco más que una burbuja del tamaño de la cubierta de operaciones de la *Roci* unida a un motor de fusión. Y la cubierta de ingeniería era poco más que un compartimento estanco que solo era accesible desde el exterior. No era el tipo de nave que podía mantenerse gracias al trabajo de su escasa tripulación, sino de las que necesitaban ayuda externa. Los dos asientos de colisión estaban muy juntos, y los compartimentos de detrás eran un baño, un dispensador de comida y un catre que era demasiado pequeño para el tamaño de Bobbie. No había ni siquiera un sistema de reciclado de comida, solo de aire y de agua. Un único propulsor de maniobra era más que suficiente para hacer girar la nave trescientos sesenta grados dos veces en diez segundos, con una potencia con la que la *Roci* hubiese girado poco más de cinco grados en el doble de tiempo.

Cuando Alex estaba en la *Rocinante* se imaginaba que la nave era la montura de un caballero, pero en la *Jabalí* tenía que imaginarse que se trataba de un perrito. Las pantallas rodeaban los asientos y cubrían los mamparos. Su campo visual al completo estaba rodeado por el firmamento y el Sol distante, así como los vectores y la velocidad relativa de todos los navíos que se encontraban a un cuarto de UA. Las pantallas mostraban los datos de desempeño de la nave como si se jactaran de ellos. La *Jabalí* lucía como nueva a pesar de la suciedad, las marcas de uso en los bordes de los asientos y de que la membrana antimetralla había pasado de moda hacía una década. Era un vehículo idealista, excesivo y un tanto desmedido. Alex sabía que si terminaba por acostumbrarse a él, la *Roci* le resultaría sosa y muy lenta cuando volviese a pilotarla. Pero sabía que sería por poco tiempo, hasta que se acostumbrase de nuevo. Gracias a eso consiguió no sentirse como un traidor. Era fácil enamorarse de la velocidad y la exuberancia de la *Jabalí*.

Pero era un navío en el que no había privacidad alguna.

—... la comunidad de Marte tiene el ojete tan apretado que ha empezado a refractar la luz — continuó Chrisjen Avasarala detrás de él —, pero la escolta del primer ministro ha zarpado al fin. Espero que cuando llegue a la Luna podamos obligarlo a decir algo novedoso que no haya dicho la media docena de diplomáticos que intentan cubrirle las espaldas. Al menos ahora sabe que hay un problema. Descubrir que tienes las manos llenas de mierda es un buen primer paso antes de ir a lavártelas.

Alex no había visto a la anciana desde que había estado con ella en la Luna, pero podía imaginarse su cara de abuelita y su mirada cargada de desprecio. La fiereza de la anciana

irradiaba agotamiento y asueto a partes iguales. Alex vio que a Bobbie le gustaba. Más que eso, confiaba en ella.

—Mientras tanto, no os metáis en problemas. No servís de nada si estáis muertos. Y a saber qué puede pasar si ese imbécil de Holden sigue tirando del hilo. Informadme cuando podáis.

Se oyó un chasquido y terminó el vídeo.

—Bueno —dijo Alex—. Veo que no ha cambiado.

—Ella es así —explicó Bobbie—. Muy consistente.

Alex giró el asiento para mirarla. El asiento de Bobbie parecía más pequeño aunque tuviese el mismo tamaño que el suyo. La pinaza avanzaba con suavidad a tres cuartos de g. Era casi el doble que la gravedad de Marte, pero Bobbie aún entrenaba a un g, tal y como hacía cuando aún era una marine en servicio activo. Alex le había comentado si quería que fuesen más despacio para no hacerle daño en las heridas, pero ella se había limitado a reírse. Aun así, tampoco es que necesitasen ir mucho más rápido.

—Dijiste que estabas trabajando con ella, ¿verdad? —preguntó Alex, intentando que no sonara como una acusación—. ¿Qué diferencia hay con trabajar para ella?

La risa de Bobbie sonó como un carraspeo.

—Supongo que la diferencia es que no me paga.

—Pero te ha dado la nave.

—Y otras cosas —dijo Bobbie. Su voz tenía una alegría muy bien calculada, como si hubiese estado practicando para ocultar la incomodidad—. Tiene muchos reclamos con los que llamar mi atención. En realidad trabajo para la comunidad de veteranos. Esto...

—Suenan complicado.

—Lo es —aseguró Bobbie—. Pero son cosas necesarias y me encuentro en una posición desde la que puedo hacerlas. Al menos me hace sentir que sirvo para algo. Pero aún echo de menos la persona que era. Antes.

—Amén, joder —dijo Alex. Vio que Bobbie arqueaba las cejas, sinónimo de que había sido demasiado efusivo—. Me encanta la *Roci*. Es una nave maravillosa, y tengo a la tripulación por una familia. Pero... No sé. También es culpable de que haya dejado de ver a muchos conocidos y de que ahora sea tan famoso. Son cosas que no terminan de gustarme.

Bobbie puso gesto sosegado, distante y abstraído.

—¿Aún sueñas con ello?

—Sí —respondió Alex, con un acento muy marcado. Sonó como una confesión—. ¿Y tú?

—Menos que antes, pero a veces sí. Se podría decir que ya lo he superado.

—¿En serio?

—Bueno. O eso o que me he hecho a la idea de que no lo voy a superar jamás. Es más o menos lo mismo.

—¿Echas de menos ser marine?

—Claro. Se me daba bien.

—¿Y no podrías volver a alistarte?

—No.

—Ya —dijo Alex—. Yo tampoco.

—¿A la armada?

—A cualquier servicio armado. Las cosas cambian y es imposible volver al pasado.

Bobbie soltó un suspiro de concordia. La extensión de vacío que separaba Marte y el Cinturón, que los separaba a ellos de las lejanas estrellas, no era más que una ilusión creada por unas pantallas curvas y unas buenas cámaras exteriores. Pero la manera en la que su voz se

propagaba en aquel cubículo sí que era muy real. Los dos se encontraban en el interior de una pequeña burbuja en un mar muchísimo mayor que los insignificantes océanos. La situación les permitía hablar con mucha más naturalidad de temas que a Alex solía costarle abordar. Además, Bobbie estaba a medio camino entre una desconocida y una compañera de tripulación, lo que le permitía no sentirse responsable del efecto que sus sentimientos tenían en ella. Sintió que los días de viaje entre Marte y Hungría fueron como estar sentado en un bar hablando con alguien mientras se tomaban unas cervezas.

Le habló del miedo que le daba el romance entre Holden y Naomi y los ataques de pánico que había sufrido durante el viaje de vuelta a la Tierra desde Nueva Terra. Le habló de las personas que había matado y de las pesadillas que habían terminado por reemplazar al sentimiento de culpa. De la época cuando había muerto su padre, y también su madre. La breve aventura amorosa que había tenido en una misión y lo culpable que se sentía.

Por su parte, Bobbie le habló de su familia. De los hermanos que tanto la querían pero que no tenían ni idea de la persona en la que se había convertido. De los intentos frustrados de salir con alguien desde que había vuelto a ser civil. De la vez que había tenido que evitar que su sobrino se viera involucrado en el negocio de las drogas.

Bobbie durmió en el asiento en lugar de intentar agazaparse en el catre. Alex la acompañó en el suyo por solidaridad, lo que hizo que durmiesen a las mismas horas, que tuviesen largas conversaciones y que fuera imposible montar guardia.

Hablaron sobre los anillos y sobre la protomolécula, de los rumores que Bobbie había oído sobre los metamateriales que se habían descubierto en los laboratorios de Ganimedes gracias a la observación del Anillo y de la ingeniería inversa que se había realizado en Marte con lo ocurrido en Venus. Durante las largas horas de cómodo silencio, comían las raciones que habían preparado y también miraban por los telescopios para seguir el recorrido de otras naves: varias prospectoras que se dirigían a un asteroide sin reclamar, la pequeña flotilla que escoltaba al primer ministro de Marte hasta la Luna, un carguero de agua que aceleraba hacia Saturno en busca de hielo para la estación Ceres, para así compensar todo el oxígeno y el hidrógeno que la humanidad había usado para hacer girar la estación y convertirla en la mayor ciudad portuaria de todo el Cinturón. El sistema de rastreo mostraba unos puntitos gracias a las señales de los transpondedores, ya que las naves eran muy pequeñas y estaban demasiado lejos como para verlas sin aumentos. El albedo alto del grupo Hungría solo servía para que los sensores las detectaran con más facilidad. Alex no hubiese distinguido las naves del resto de las estrellas del firmamento de no haber sido por los sistemas de la *Jabalí*.

La intimidad del navío y la brevedad del viaje le recordaron a una escapada amorosa de fin de semana pero sin el sexo. Alex se arrepintió de no haber llevado unas botellas de vino.

El primer indicio de que no estaban solos llegó cuando aún se encontraban a unos cientos de miles de *klicks* de Hungría. Los sensores externos de la *Jabalí* parpadearon y resplandecieron, y empezaron a llegar lecturas de proximidad. Las falsas estrellas que eran las naves desaparecieron cuando Alex activó los datos tácticos y los sensores en las pantallas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bobbie.

—Si estuviésemos en una nave militar, los sistemas nos estarían indicando que otro navío nos acaba de bañar con sus láseres de objetivo. A menos que las lecturas se equivoquen.

—¿Láseres de objetivo?

—Sí —confirmó Alex al tiempo que sentía cómo se le erizaba el vello de la nuca—. Son más atrevidos de lo que esperaba, la verdad.

—¿Eso quiere decir que cerca hay una nave camuflada?

Alex rebuscó en las bases de datos y en las rutinas, pero no había nada que llamara la atención. No esperaba encontrar nada, y así fue.

—No hemos detectado ninguna señal de transpondedor. Creo que hemos encontrado la *Pau Kant*. Si es que llegamos a verla, claro. Veamos qué hay ahí fuera.

Alex hizo un barrido con los sensores en un arco de diez grados y abrió el canal de comunicaciones.

—¿Hay alguien ahí? Somos el navío privado *Jabalí* y hemos salido de Marte. Nos hemos dado cuenta de que acabáis de señalarnos con el dedo. No queremos problemas. Me quedaría muchos más tranquilo si nos dijeseis algo.

La *Jabalí* era una nave de carreras. El juguete de una niña rica. En el tiempo que había tardado en detectar que había otra nave apuntando hacia ella, la *Rocinante* hubiese podido obtener el perfil y las especificaciones de la nave oculta, y luego apuntarla para dejar claro que iba en serio. La *Jabalí* indicó con una campanada que había obtenido el perfil y que empezaba a identificar sus especificaciones un rato después. Fue la primera vez desde que se habían marchado de Marte que a Alex le dieron ganas de encontrarse en el asiento del piloto de la *Rocinante*.

—No responden —indicó Bobbie.

—Tampoco disparan —apuntilló Alex—. No habrá problema mientras piensen que somos unos paletos que han robado un navío muy caro. O eso creo.

Los cardanes del asiento de Bobbie chirriaron bajo su peso cuando se agitó. Ella tampoco se lo creía. El instante se alargó demasiado, y Alex volvió a abrir el canal de comunicaciones.

—Oye, nave no identificada, voy a quedarme aquí hasta que me digas algo. Solo quiero que lo sepas, para que nadie se altere. Me gustaría que me respondieses para saber que todo va bien. No queremos ofender a nadie.

Alex apagó el motor y dejó de sentir la presión de la gravedad. El gel del asiento lo impulsó contra los amarres con suavidad. Sentía los latidos en el cuello. Tenía el pulso acelerado.

—Están pensando qué hacer con nosotros —dijo Bobbie.

—Opino igual.

—Sí que tardan.

La *Jabalí* indicó que tenía contacto visual, pero no se correspondía con los datos que les había enviado Holden. El navío que estaba a la vista no era ninguna de las naves coloniales que habían desaparecido al cruzar las puertas. Había un ochenta y nueve por ciento de posibilidades de que se tratase de una corbeta del ejército marciano que flotaba con equipo de camuflaje. Detrás de él, Bobbie vio lo mismo y llegó a la misma conclusión.

—Vaya —dijo—. Joder.

Después de haber encontrado la correspondencia del perfil, la *Jabalí* volvió a escanear la zona. Otro contacto pasivo. Fuera o no fuese la *Pau Kant*, la corbeta no estaba sola. Dos más. Luego seis. La *Jabalí* se centró en la más cercana y volvió a buscar una correspondencia de su perfil. Alex hizo un amago de activar los cañones de defensa en punta. El problema era que la *Jabalí* no tenía.

—Quizá quieran hablar —dijo Bobbie.

Su voz denotaba que no lo tenía muy claro. Él tampoco. Un instante después, la *Jabalí* indicó que la corbeta había disparado dos proyectiles.

Giró la pinaza para evitarlos y activó el motor de un golpe. El asiento lo golpeó y se le clavó en la espalda. Bobbie gruñó detrás de él. Le pidió perdón mentalmente, aceleró hasta los diez g y la pinaza salió despedida hacia delante.

No iba a ser suficiente.

Era una nave muy ligera, pero los misiles tenían un orden de magnitud menos de masa que acelerar. Y tampoco tenían en su interior algo tan frágil como un cuerpo humano. Podrían acelerar muchísimo más, por lo que terminarían por acortar las distancias en cuestión de horas. Alex no tenía el equipo necesario para destruirlos, y tampoco había nada detrás de lo que ocultarse. Ni siquiera tenía lastre que lanzar con la esperanza de hacer explotar los misiles.

Sintió que su campo de visión comenzaba a estrecharse, se oscureció por los bordes y empezó a ver unas volutas doradas que danzaban por el centro. Después notó que se le clavaban las agujas del asiento en los muslos y en el cuello, y que el frío helado del zumo empezaba a circular por su flujo sanguíneo. Se le aceleró el corazón y le costaba respirar, pero ahora veía con claridad. Tenía que pensar en algo. La nave era muy rápida, para ser una nave, pero no podía compararse a la velocidad de los misiles. No le daba tiempo de ocultarse detrás de nada, y como los proyectiles fuesen la mitad de buenos que la nave que los había disparado iban a colársele en el cono del motor hiciera lo que hiciese.

Podía huir, hacer que los misiles se colocaran en fila detrás de él y desprender el núcleo de la nave. Puede que la fusión acabase con el primero, pero después la nave se quedaría flotando a merced del segundo de los proyectiles.

Bueno, tener un plan malo era mejor que no tener ninguno. Extendió los dedos por los controles. La disposición era diferente a lo que estaba acostumbrado, y tocar las instrucciones equivocadas porque no se encontraba en su maldita nave le hubiese sentado como una patada en el culo.

Bobbie gruñó. Alex no tenía la fuerza necesaria para girar la cabeza y comprobar cómo estaba, pero esperaba que no le doliera mucho. Una aceleración así no era recomendable para alguien a quien habían cosido a tiros hacía poco. Se intentó convencer de que la queja se había debido al dolor provocado por las agujas al suministrarle el zumo.

Se encendió una alarma en la pantalla de la consola de Bobbie. PRIMER MINISTRO. NAVES DE ESCOLTA.

Alex tardó varios segundos en darse cuenta de a qué se refería Bobbie debido a las drogas, el pánico y el escaso flujo sanguíneo cerebral. La *Jabalí* no tenía cañones de defensa en punta ni misiles interceptores, pero la flotilla que iba camino a la Luna sí. Alex introdujo los datos en el sistema. Les iba a resultar imposible alcanzar a las naves marcianas antes de que los pillaran los misiles, pero sí que había una probabilidad (escasa) de que llegasen a entrar en el rango de alcance de las defensas antimisiles de las naves. Solo si cambiaba de rumbo en aquel mismo momento y si los marcianos se daban cuenta de lo que ocurría y reaccionaban rápido. Y, además, tendrían que acelerar a una velocidad que estaría cerca del límite de lo que Bobbie o él serían capaces de soportar.

Activó los propulsores de maniobra casi sin pensar, y los asientos de colisión chirriaron para adaptarse al nuevo vector. Le dio la impresión de que, al corregir el rumbo, los misiles lo habían anticipado y ahora se encontraban más cerca de la pinaza. Envío una señal de emergencia por todas las frecuencias estándar y esperó que la persona de la flotilla que la viese fuera avispada. Las dos esferas (el tiempo para el impacto y el alcance de las armas antiproyectil marcianas) aún no se habían superpuesto, pero solo había entre ellas unos pocos cientos de *klicks*, lo que vendría a ser unos instantes a la velocidad relativa a la que se encontraban. Activó el control médico y cambió el asiento de Bobbie del protocolo de zumo al de soporte vital.

«Lo siento, Bobbie —pensó—. Te hubiese avisado de haber tiempo, pero vas a necesitar echarte una siesta si no queremos que te desangres.»

Vio un pico en sus constantes vitales, que bajó al instante. La presión sanguínea y la

temperatura corporal cayeron como una piedra en un océano. Aceleró la nave hasta quince g.

Le dolía la cabeza. Esperaba que no fuese un derrame cerebral, pero hubiese sido de esperar. Mantener quince g de velocidad era una estupidez, un suicidio. Sintió que las costillas e incluso la piel le hacían presión en los pulmones y le sacaban el aire. Se quedaba sin aliento y empezó a hacer un sonido similar al de las arcadas. En ese momento, las esferas se tocaron. Los minutos pasaron muy despacio. Luego vio misiles que salían de la flotilla marciana. Habían tardado muchísimo, pero la ayuda estaba en camino. Intentó escribir un mensaje para advertir a los marcianos de que había más naves por la zona, una flota invisible, pero no tenía la lucidez necesaria para conservar aquel pensamiento durante mucho tiempo. Su consciencia iba y venía, como si el universo se entrecortase.

Se iluminó un aviso en el sistema médico. Pensó que eran las heridas de Bobbie que se volvían a abrir a pesar de sus esfuerzos, pero luego vio que el problema era él. Se le había roto algo en las entrañas. Canceló la alerta y siguió contemplando su muerte inminente.

No iban a conseguirlo. El primer misil estaba demasiado cerca e iba a alcanzar a la *Jabalí* antes de que llegase la ayuda. ¿No podía hacer nada? Algo...

Cambió de rumbo casi sin darse cuenta, como si hubiera sido cosa de su memoria muscular. Las esferas dejaron de tocarse e indicó a los sistemas que pasaran a seguir al segundo misil. Puede que... Puede.

Esperó. El primer proyectil se acercó aún más. Cinco mil. Cuatro mil. Soltó el núcleo.

Dos mil kilómetros. Dejó de sentir el impulso de la aceleración. La *Jabalí* seguía avanzando por el espacio, pero había dejado de acelerar. Detrás de él, el misil había quedado destruido en el horno nuclear provocado por la rápida dispersión del núcleo. El segundo misil se agitó y viró para evitar la nube expansiva de gas supercaliente. Después se iluminaron cuatro luces detrás de él, tan rápido que lo único que Alex vio en la pantalla fueron los fosfenos.

Una fracción de segundo después, las defensas antimisiles de la flotilla marciana destruyeron el torpedo que quedaba, pero él ya había perdido la consciencia.

Naomi

—*¿Bist gut, Nudillos?* —preguntó Karal.

La estrecha cocina improvisada era demasiado grande para una tripulación tan pequeña. Tenía un diseño muy malo y era un desperdicio de espacio. No estaba desgastada por el uso, sino que estaba fabricada con materiales muy baratos. Naomi lo miró desde detrás del manto formado por su pelo y sonrió.

—Se podría decir que bien —dijo, como si fuera un chiste—. *Ça va?*

Karal hizo un gesto de indiferencia con las manos. Los años le habían encanecido el pelo. Y también la barba. Naomi los recordaba negros como el espacio entre las estrellas.

El hombre la miró a los ojos, pero ella no se estremeció.

—Tengo algo que decir —comentó con un cargado acento cinturiano.

—Ya no hay secretos entre nosotros —aseguró Naomi antes de reír. Él también rio. Era una prisionera flirteando con el carcelero con la esperanza de que más tarde aquello le sirviese de algo. A lo mejor.

Lo que más la asustaba era lo bien que se le daba. Desde que había vuelto a estar consciente, hablaba cuando la gente le hablaba y reía cuando alguien contaba un chiste. Actuaba como si el secuestro fuese algo natural, como usar las herramientas de alguien sin pedir permiso. Se hacía la dormida y comía todo lo que podía tragar a pesar del nudo que tenía en la garganta. Todos la trataban como si fuese la chica que había sido en el pasado, como si pudieran ignorar los años y las diferencias, como si nunca se hubiese marchado. Como si nunca hubiese sido otra persona. Estaba tan acostumbrada a ocultar su miedo y su rabia que lo hizo con total naturalidad.

Aquello le hizo cuestionarse si de verdad había llegado a ser otra persona.

—Yo ayudé —dijo—. Ayudé a Filipito. Lo cuidé.

—Bien.

—No —dijo Karal—. Antes de eso. A veces estaba conmigo.

Naomi sonrió. Había intentado no recordar aquellos días horribles que había pasado después de decirle a Marco que se marchaba. Cuando él se había llevado a Filip. Para mantenerlo a salvo, había dicho. Hasta que ella se tranquilizara, había añadido luego. Se le hizo un nudo en la garganta, pero sonrió y lo ignoró.

—*Immer*, no. Pero a veces. *Sohn* moverse, ¿verdad? Noche aquí, dos noches allí.

El bebé había estado en manos de todas las personas que conocía en la época. Era una manipulación brillante. Marco había usado a su hijo como indicador de la confianza que le merecían sus compañeros y, al mismo tiempo, la había dejado a ella por una loca. Una persona peligrosa. Así se había asegurado de que todos pensarán que él era una persona tenaz y que ella había estado a punto de perder los papeles. Naomi recordó la manera en la que la había mirado Karal cuando ella se había derrumbado en brazos de su mujer. Se llamaba Souja. ¿Qué había pensado de las lágrimas que derramó y de todos los insultos que pronunció en aquella ocasión?

—Nadie me dijo nada y no tenía por qué saberlo. ¿Por qué contármelo ahora?

Karal volvió a hacer un gesto de indiferencia con las manos.

—Un nuevo *jour*, un nuevo comienzo. Hay que limar las asperezas.

Intentó percibir en sus facciones si lo que decía era cierto o si no era más que otra crueldad expresada de una manera que era imposible exponer sin volver a parecer la loca del grupo. De

haber ocurrido en la *Roci* habría podido averiguarlo, pero en aquel lugar la mezcla de miedo, rabia y control de sí misma la tenía demasiado ocupada. Era parte del magnífico plan que Marco había tramado en su contra. Todo le hacía creer que era una persona inútil, y era así como conseguía inutilizarla. Habían pasado quince años y aún funcionaba.

Luego empezó a pensar en Amos, y se concentró en él más que en lo que la rodeaba.

«A ellos no les importa lo que pienses, jefa. Solo lo que hagas.»

No sabía a ciencia cierta si se trataba de un recuerdo o de un intento de su mente por tener una certeza a la que aferrarse en un entorno en el que no había nada en lo que confiar.

«Como Amos se haya convertido en mi consejero, estoy bien jodida», pensó. Luego rio. Karal aventuró una sonrisa.

—Gracias por decírmelo directamente —comentó Naomi—. Un nuevo comienzo. Hay que limar las asperezas.

«Y si en algún momento tengo la oportunidad de abandonarte en un incendio, te juro por Dios que vas a arder, Karal.»

Sonó una campanilla y luego oyeron el aviso de aceleración. No se había dado cuenta de que la nave había virado. Puede que fuese mientras dormía o que lo hubiera hecho poco a poco durante horas, caso en el que era imposible notarlo. No importaba. Allí no era más que parte del cargamento. No tenía ni voz ni voto.

—Amárrate, ¿vale? —dijo Karal.

—Voy a ello —dijo Naomi al tiempo que se impulsaba con suavidad hacia el techo y luego otra vez hacia la cubierta en dirección al asiento de colisión que había entre Cyn y el de las alas. Había descubierto que su verdadero nombre era Alex, pero aquel espacio de su mente ya estaba ocupado, por lo que para ella nunca dejaría de ser el de las alas. El hombre le dedicó una sonrisa, y ella se la devolvió mientras se amarraba contra el gel.

El aviso pasó de aquel resplandor ambarino a convertirse en una cuenta atrás representada con números del mismo color. Cuando llegó a cero, el asiento se precipitó contra ella con tanta fuerza que penetró varios centímetros en el gel. Había dado comienzo la maniobra de desaceleración. Cuando terminara se encontrarían en el mismo lugar que Marco.

Cuando el conducto de abordaje se conectó a la esclusa de aire, Naomi pensó que le dedicarían alguna despedida. Abrazos, mentiras y el tipo de cosas que la gente hacía al separarse después de un largo viaje. Al ver que no ocurría, se dio cuenta de que solo había sido un largo viaje para ella. Para ellos, el vuelo desde Ceres hasta el espacio vacío en dirección al Sol que se encontraba entre Marte y los asteroides Hungaria era como ir del sofá al baño.

Filip salió de la cubierta de operaciones con rostro adusto y penetrante. No, así no. Salió como un niño que intentaba parecer adusto y penetrante.

—Cacheadla en busca de armas —dijo con brusquedad.

Cyn miró de Filip a Naomi varias veces.

—*Wirklich?* Es de los nuestros. Desde hace mucho tiempo. No creo que...

—Ningún prisionero entra en la *Pella* sin que se le cachee —dijo Filip al tiempo que sacaba una pistola de dardos del bolsillo sin apuntar a nadie en particular—. Así son las cosas. ¿Vale?

Cyn hizo un gesto de indiferencia con las manos y se volvió hacia Naomi.

—Así son las cosas.

Filip la miró con los labios muy apretados. Era muy consciente del gatillo en el que tenía apoyado el dedo índice. Se suponía que debía tener aspecto amenazador, pero en realidad parecía estar muy asustado. Y enfadado. Obligar a un hijo a realizar un secuestro parecía muy propio de Marco. No era algo que diese la impresión de ser muy cruel, pero que en el fondo sí lo era.

Tampoco daba la impresión de que fuese a perjudicar la relación que había entre madre e hijo, pero en el fondo sí que lo hacía. Lo tenía todo muy calculado. Hasta hacer que Filip fuese a Ceres ahora le parecía una manipulación.

«Aquí está tu hijo, en el mismo lugar en el que lo abandonaste. Ven, cae en mi trampa y podrás recuperarlo.»

Y Naomi había caído. No sabía si estaba más decepcionada por Filip o por ella misma. Eran dos tipos de decepción muy diferentes. A Filip podía perdonarle cualquier cosa. Era un niño, y estaba a merced de Marco. Pero perdonarse a sí misma iba a ser más complicado. Además, tampoco es que tuviera mucha práctica.

Naomi sufrió un vahído cuando terminó el ciclo de apertura de la puerta exterior de la esclusa. El conducto de abordaje tenía el diseño habitual de polietileno inflado y soportes de titanio. No había nada raro. No reconoció el olor hasta que llegaron al otro extremo del conducto: ese aroma agrio, intenso y probablemente cancerígeno. La degasificación de los compuestos orgánicos volátiles de la tela.

—¿Esto es nuevo? —preguntó Naomi.

—No hablamos de ello —respondió Filip.

—No hablamos de muchas cosas, ¿no crees? —espetó. Filip la miró, sorprendido por la agresividad de su tono.

«Crees que me conoces —pensó—, pero lo único que sabes es lo que te han contado.»

La esclusa de aire de la otra nave le era extrañamente familiar. La curva era igual que la de la *Roci*, y también el diseño del pasador. Era marciana. Militar, para ser exactos. Marco había conseguido un navío militar. Había soldados esperándola en el interior. A diferencia del grupo de harapientos de la estación Ceres, los hombres llevaban algo parecido a un uniforme: unos monos grises con sendos círculos divididos grabados en el brazo y el pecho. Parecían disfraces de bajo presupuesto de una obra de teatro en comparación con el diseño immaculado del pasillo de la nave. No obstante, las armas sí que parecían reales, y Naomi no dudó ni un segundo de que serían capaces de usarlas.

El puente parecía el hermano pequeño del de la *Rocinante*. Después del diseño cutre y exiguo de la *Chetzemoka*, los asientos y las pantallas de factura militar le resultaron muy fiables y reconfortantes. Y allí, plantado en mitad de la estancia, flotaba Marco. Llevaba algo similar a un uniforme militar, pero sin insignia.

Era hermoso como una estatua. Tenía que reconocerlo. Aún recordaba lo segura que la hacían sentir esos labios y la candidez de su mirada. Hacía una eternidad. El hombre le dedicó una sonrisa, y Naomi sintió como un alivio que se extendía por todo su cuerpo. Volvía a estar con él, subyugada a su autoridad. Su pesadilla se había hecho realidad, así que al menos ya no tenía que seguir temiendo que la acechara.

—La he traído, señor —dijo Filip, que pronunció con fuerza todas y cada una de las consonantes—. Misión cumplida.

—Sabía que lo harías —dijo Marco. En persona, su voz tenía la riqueza que se perdía en los mensajes grabados—. Buen trabajo, mijo.

Filip le dedicó un breve saludo militar y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Pero bueno! —dijo Marco para obligar al chico a pararse—. No seas maleducado, Filip. Dale un beso a tu madre antes de marcharte.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Naomi, pero Filip se acercó con la mirada perdida y vidriosa y le dio un beso en la mejilla con sus labios secos antes de dirigirse hacia el ascensor. Los guardias fueron detrás de él, excepto dos que se apostaron detrás de Naomi.

—Cuánto tiempo —saludó Marco—. Estás genial. Se podría decir que para ti no han pasado los años.

—Lo mismo digo —comentó Naomi—. Aunque sueñas diferente. ¿Cuándo dejaste de hablar como un cinturiano?

Marco extendió los brazos.

—Uno debe hablar como los opresores si quiere que estos le hagan caso. No solo el mismo idioma, sino también la misma dicción. Acusar a alguien de tiranía por muy cierto que sea pierde fuerza a menos que se haga de la manera que el poder tiene por buena. Por eso le funcionó a Fred Johnson. Era una autoridad icónica que las propias autoridades de la Tierra entendían.

—Entonces has estado practicando —dijo Naomi al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Es mi trabajo. —Marco extendió los brazos, tocó la cubierta superior con los dedos y se impulsó hacia el asiento de uno de los puestos—. Gracias por venir.

Naomi no respondió. Sintió que Marco ya había empezado a reescribir el pasado. Había empezado a tratarla como si ella aceptase estar ahí y volver a unirse a él. Como si la decisión hubiese sido suya. En lugar de hablar, señaló la cubierta de operaciones con un gesto de la cabeza.

—¿Dónde la conseguiste?

—Tengo amigos en las altas esferas —dijo Marco, que luego rio entre dientes—. Y también aliados muy sorprendentes. Siempre hay gente que sabe que cuando el mundo cambia, las reglas también lo hacen.

Naomi se tiró del pelo y lo dejó caer sobre los ojos. Luego se lo apartó con un gesto cargado de ira.

—Venga, dime. ¿A qué viene toda esta farsa?

Marco le dedicó una expresión dolida que casi daba el pego.

—No es una farsa. Filip estaba en apuros y tú tenías la posibilidad de sacar a nuestro hijo de un lugar horrible que puede llegar a convertirse en uno mucho peor.

—¿Y me lo pagas metiéndome en tu nave a la fuerza? No sé si debería darte las gracias por ello.

—Sí que deberías —dijo Marco—. Te hemos traído aquí porque eres una de los nuestros. Para mantenerte a salvo. Si pudiésemos habértelo explicado todo, lo habríamos hecho, pero la situación es delicada y no podemos pararnos a aclarar las cosas cuando el peligro es tan inminente. Las vidas de millones de cinturianos están en juego y...

—Venga ya —dijo Naomi.

—¿No me crees? —dijo Marco con tono algo más brusco—. Tú eres la responsable de sus muertes. Tú y tu nuevo capitán. Nos mataste en el instante en el que se abrieron esas puertas.

—Pues yo diría que aún respiras —dijo Naomi, con una rabia que más bien parecía mal humor. Él también lo notó.

—No creciste en un pozo de gravedad. Sabes lo poco que les importamos a los interianos. La *Chesed*. La estación Anderson. El incendio de la mina Cielo. Las vidas de los cinturianos no valen nada para ellos. Nunca han valido nada. Lo sabes.

—No todos son iguales.

—Algunos fingen que no lo son, *ou non?* —Se le escapó el acento cinturiano en la pregunta. Y también una rabia incontrolable—. Pero aun así pueden bajar a los pozos. Y ahora hay miles de nuevos mundos a los que esos miles de millones de interianos pueden viajar. Sin entrenamiento, sin rehabilitación, sin drogas. ¿Sabes cuántos cinturianos pueden tolerar un g de gravedad? ¿Con todo tipo de ayuda, cuidados médicos, exoesqueletos mecánicos y enfermerías para tratarlos? Dos tercios. Dos tercios de nosotros podrían convertirse en lisiados en esos intrépidos neomundos si

los interianos nos ayudasen con todo su dinero. ¿Crees que va a ocurrir? No lo han hecho nunca. El año pasado, algunas farmacéuticas incluso dejaron de fabricar los cócteles de densidad ósea más baratos. No liberaron las patentes y no pidieron perdón a las naves que no tenían presupuesto para permitirse los más caros. Dejaron de fabricarlos. Necesitaban la mano de obra para cubrir la demanda de las naves coloniales e investigar los datos que llegan desde el otro lado de los anillos.

»Somos un escollo, Naomi. Tú, yo, Cyn, Karal. *Zia Margolis*. Filip. Los interianos han seguido con su vida y se han olvidado de nosotros porque se lo pueden permitir. Ellos son los que escriben la historia. ¿Y sabes qué dirán de nosotros? Nos dedicarán un párrafo para comentar lo triste que es que una raza se quede obsoleta y que hubiese sido mucho más humano por su parte acabar con todos nosotros.

»Dime. ¿Acaso me equivoco?

Era la misma diatriba de siempre, pero perfeccionada por los años. Una variante de las mismas razones que comentaba cuando vivía en Ceres. Naomi incluso esperó que dijese: «La *Gamarra* se lo merecía. Es la guerra, y cualquiera que ayude a enfrentarse al enemigo es un soldado, lo sepa o no». Sintió que se le descomponían las tripas, una sensación que tenía muy presente en el pasado. Algo le hizo clic en la cabeza y una sensación de impotencia que llevaba allí dormida mucho tiempo empezó a despertar. Hizo como si no estuviese allí con la esperanza de que si lo deseaba muy fuerte se convirtiera en realidad.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó, con mucha menos contundencia de la que pretendía.

Marco sonrió. Cuando volvió a hablar, recuperó aquella voz de líder culto. El matón cinturiano de poca monta quedó escondido bajo aquella máscara.

—Eras una de los nuestros. Te has desviado, es cierto, pero eso no cambia quién eres. Eres la madre de mi hijo. No quiero hacerte daño.

Naomi debería haber preguntado qué quería decir con eso. Se lo había dejado en bandeja.

«¿A qué te refieres con hacerme daño?», debería haberle preguntado a Marco. Él le habría respondido y visto que ella abría los ojos como platos. Habría disfrutado del miedo en su rostro.

Ni de broma.

—No me querías a mí —dijo al fin—. Querías la *Rocinante*, pero el plan no te ha salido bien. ¿No es cierto? ¿O quizá querías a Holden? Puedes decírmelo. ¿Querías dártelas de poderoso frente a mi nueva pareja? Porque habría sido muy penoso.

Naomi sintió que se le aceleraba la respiración y cómo la adrenalina empezaba a correrle por las venas. Marco se puso muy serio, pero antes de que pudiese responder se oyó por el canal de comunicaciones una voz que no consiguió reconocer y que resonó por toda la cubierta.

—*Hast* contacto —dijo una mujer.

—*Was*?

—Una pequeña. Una pinaza que zarpó de Marte. Está hablando con la *Andreas Hofer*.

—¿Una exploradora? —espetó Marco.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Luego la voz respondió:

—No es más que un pinche imbécil en el lugar equivocado. No parece que esté acompañada.

—¿Cuánto falta para el impacto?

—Veintisiete minutos. —No titubeó ni un segundo. La persona al otro lado de la línea sabía que se lo iba a preguntar. Marco frunció el ceño al panel de control.

—Ya podrían haber esperado un poco. Habría quedado mucho más bonito. Qué le vamos a hacer. Destruid la pinaza.

—*Mit alles* nuestras fuerzas?

Marco miró a Naomi con sus ojos negros. Le dedicó una breve sonrisa. Imbécil melodramático.

—No. *Alles* no, pero atacad también la nave del primer ministro de Marte. Decidle al equipo de asalto que se prepare para destruir a esos arenosos cuando intenten escapar.

—*Gut* —dijo la mujer—. Órdenes recibidas.

Marco esperó con las manos extendidas, como si se tratara de un desafío.

—Esto es lo que tenemos que hacer —dijo—. Asegurarnos de que no nos van a olvidar. Coger las cadenas con las que nos oprimían y usarlas como látigos contra ellos. No nos extinguiremos. Aprenderán a respetarnos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Desconectar el Anillo? —preguntó Naomi—. ¿Volver a fabricar drogas óseas baratas? ¿Qué crees que conseguirás atacando a un político marciano? ¿Cómo va a ayudar eso a los nuestros?

Marco no rio, pero se tranquilizó un poco. A Naomi le dio la sensación de que había dicho una estupidez, tal y como él esperaba. No pudo evitar sentir vergüenza.

—Lo siento, Naomi. Tenemos que dejar la conversación para luego. Quiero que sepas que me alegro mucho de que hayas vuelto. Sé que tenemos muchas discrepancias y que no vemos el mundo de la misma manera, pero siempre serás la madre de mi hijo y siempre te querré por ello.

Levantó el puño hacia los guardias.

—Aseguraos de que está a salvo y preparaos para acelerar. Vamos camino de una refriega.

—Sí, señor —dijo uno de los guardias mientras el otro agarraba a Naomi por el codo. Su primer instinto fue el de resistirse y apartarse, pero ¿de qué le hubiera servido? La obligaron a caminar hacia el ascensor mientras apretaba los dientes con tanta fuerza que empezaron a dolerle.

—Una última cosa —dijo Marco. Naomi se dio la vuelta porque creía que se lo había dicho a ella, pero no era así—. Cuando la encerréis, aseguraos de que tiene algún lugar en el que ver los canales de noticias. Hoy todo va a cambiar y no me gustaría que se lo perdiese.

Amos

—A ESTA hora, los informes indican que un gigantesco asteroide ha impactado en el norte de África. El Centro Oxford de Rabat, que se encuentra a unos quinientos kilómetros al oeste del punto de impacto, estima que en el epicentro ha tenido lugar un terremoto de ocho coma setenta y cinco grados en la escala de Richter.

Amos volvió a intentar reclinarsse en la silla. Era muy incómoda. De plástico ligero, para empezar, y modelada en una fábrica por una máquina que luego no tenía que sentarse en ella. Su primera suposición era que se había diseñado para ser incómoda, e inútil cuando se usaba para golpear a alguien. Y encima la habían atornillado, por lo que cada cinco minutos, más o menos, apoyaba los pies en el suelo de hormigón impreso y se volvía a colocar casi por inercia. La silla se doblaba un poco por la presión, pero Amos no se sentía más cómodo, y cuando dejaba de empujar volvía a su posición original.

—... nunca visto desde lo de Krakatoa. El tráfico aéreo se ha visto seriamente afectado, ya que la nube de detritos amenaza tanto a los vuelos comerciales como al transporte aéreo de mercancías. Nos hemos puesto en contacto con Kivrin Althussen en Dakar para analizar mejor la situación. ¿Kivrin?

La pantalla pasó a una mujer de piel olivácea con un hiyab de tono arenoso que se humedeció los labios, asintió y empezó a hablar.

—La onda expansiva ha llegado a Dakar hace menos de una hora, y las autoridades aún no han terminado de evaluar los daños. Mi impresión es que la ciudad ha quedado devastada. Tenemos informes que afirman que muchas de las estructuras del lugar no han resistido el impacto inicial. La red eléctrica también ha quedado inoperativa. Los hospitales y los centros médicos de emergencia están a rebosar. Se están evacuando las torres Elkhatab en este mismo momento, y hay miedo de que la torre septentrional haya quedado inestable. El cielo... El cielo...

Amos intentó volver a reclinarsse, suspiró y se levantó del asiento. La sala de espera estaba vacía a excepción de él y una anciana que se encontraba en la otra esquina y que no dejaba de cubrirse la boca con el brazo para toser. No podía decirse que fuese un sitio muy grande. Las ventanas daban a un insulso paisaje de doscientos metros cuadrados de Carolina del Norte, desde la entrada de las instalaciones hasta la puerta del perímetro. Dos hileras de vallas de monofilamento antihuracanes bloqueaban el camino a un edificio de hormigón de dos pisos. Había nidos de ametralladoras en cada esquina, pero las defensas automáticas y las armas estaban inertes como piedras. El edificio era bajo: del suelo solo sobresalía un piso que albergaba las oficinas administrativas y una entrada gigantesca. La mayoría de lo que ocurría en el interior tenía lugar bajo tierra. Era un lugar en el que Amos esperaba no acabar nunca.

Lo bueno era que, cuando terminase, podría largarse de allí.

—En otro orden de cosas, la llamada de emergencia de las naves que escoltan al primer ministro de Marte parece ser legítima. Un grupo de navíos sin identificar...

Las puertas de la oficina se abrieron de par en par detrás de él. El hombre que había en el interior parecía tener más de cien kilos de puro músculo y también estar muy aburrido.

—¡Clarke!

—¡Aquí! —dijo la mujer, que tosió al tiempo que se puso en pie—. ¡Yo soy Clarke!

—Por aquí, señora.

Amos se rascó el cuello y volvió a mirar hacia el patio de la prisión. El canal de noticias seguía dando con emoción noticias anecdóticas. Le habría prestado más atención si no le hubiera estado dando vueltas a la manera de escapar de aquel lugar si acababan encerrándolo en él y buscando un buen lugar para morir intentándolo. Por lo poco de las noticias que fue capaz de oír, parecía que era un buen día para los reporteros.

—¡Burton!

Se acercó despacio. El grandullón miró su terminal portátil.

—¿Tú eres Burton?

—Hoy sí.

—Por aquí, señor.

Lo llevó a una estancia pequeña con más sillas atornilladas al suelo. También había una mesa muy maciza a la que no le hacía mucha falta estar atornillada.

—Bueno. ¿Viene de visita?

—Eso es —respondió Amos—. Vengo a ver a Clarissa Mao.

El grandullón levantó la vista bajo sus pobladas cejas.

—Aquí no usamos nombres.

Amos sacó el terminal portátil.

—Vengo a ver a 42-82-4131.

—Gracias. Tiene que dejar aquí todos sus efectos personales, además de comida, bebida, el terminal portátil o cualquier prenda que tenga más de siete gramos de metal. Nada de cremalleras ni plantillas ortopédicas. Mientras se encuentre dentro de las instalaciones de la prisión, sus derechos civiles quedarán reducidos tal y como expone el código Gorman. Puede disponer de una copia de dicho código si la solicita. ¿La quiere?

—Da igual.

—Lo siento, señor. Tiene que decirme sí o no.

—No.

—Gracias, señor. Mientras se encuentre en la prisión está obligado a someterse a las órdenes de cualquier guardia o funcionario de inmediato y sin cuestionarlo. Es por su seguridad. Si no lo hace, los guardias o los funcionarios de la prisión están autorizados a usar cualquier medio a su disposición para garantizar su seguridad o la de otros. ¿Me ha entendido y está de acuerdo?

—Claro —dijo Amos—. ¿Por qué no iba a estarlo?

El grandullón deslizó un terminal portátil por la mesa y Amos colocó el pulgar en la pantalla hasta que le leyó la huella. Un pequeño indicador que había a un lado del formulario pasó a verde. El grandullón lo volvió a coger, y también se hizo con el terminal y los zapatos de Amos. Las zapatillas que le dio estaban hechas de papel.

—Bienvenido al Foso —dijo el grandullón, que le dedicó una sonrisa por primera vez.

El ascensor era de acero y titanio y contaba con un molesto juego de focos que titilaba tan rápido que en realidad daba la impresión de que era una luz fija. En la cabina había dos guardias que parecían vivir en el interior y que se pasaban todo el día subiendo y bajando. Un trabajo muy poco agradecido. Dejaron salir a Amos después de bajar diez pisos, donde lo esperaba una escolta: una mujer de pelo canoso con la cara ancha que llevaba una armadura ligera y un arma en la pistolera que Amos no fue capaz de identificar. Algo emitió dos pitidos cuando salió del ascensor, pero ninguno de los guardias hizo amago de disparar a nadie, por lo que supuso que era normal.

—Por aquí, señor —dijo la mujer.

—Vale, sin problema —comentó Amos. Sus pisadas resonaron por el suelo y por el techo.

Las luces estaban enclaustradas en jaulas de metal, lo que proyectaba sombras por todas partes. Amos empezó a abrir y cerrar las manos sin querer mientras pensaba la manera exacta en la que tenía que estamparle la cabeza contra la pared a la escolta para poder quitarle el arma. Era una costumbre habitual, pero el lugar no dejaba de avivarla.

—¿Es la primera vez que baja? —preguntó la mujer.

—¿Se nota?

—Un poco.

Se oyó el rugido de un hombre que venía del fondo del pasillo. Amos sintió una calma a la que estaba muy acostumbrado. La mujer arqueó las cejas, y él le sonrió. Luego, la guardia frunció los labios. Ahora lo miraba de manera diferente.

—Estará bien —dijo—. Acompáñeme por aquí.

El pasillo era de un hormigón inclemente, con unas puertas de metal verde grisáceo que se alineaban con unas ventanas idénticas de cristal tintado de verde que hacía que las habitaciones contiguas parecieran estar sumergidas. En la primera de ellas, cuatro guardias con la misma armadura que la mujer que escoltaba a Amos forzaban a un hombre a tirarse al suelo. La mujer de la sala de espera estaba acurrucada en una esquina con los ojos cerrados. Parecía estar rezando. El prisionero, un hombre alto de pelo largo y de barba poblada y suelta del color del metal, volvió a rugir. El brazo del hombre se movió más rápido de lo que el ojo de Amos pudo captar, agarró a una guardia por el tobillo y tiró de ella. La mujer trastabilló, pero dos de los otros habían sacado lo que parecían unas picanas. Una de ellas impactó en la espalda del prisionero, y la otra en la base del cráneo. El hombre de la barba metálica cayó al suelo no sin antes soltar un taco. La guardia que había caído se levantó con la nariz llena de sangre mientras los demás se burlaban de ella. La anciana se puso de rodillas sin dejar de mover los labios. Respiraba hondo y de manera entrecortada. Luego habló, un lamento que parecía llegar desde kilómetros de distancia.

La escolta que acompañaba a Amos la ignoró, y él hizo lo propio.

—La tuya está aquí. Está prohibido intercambiar objetos de cualquier tipo. Si en algún momento te sientes amenazado, levanta la mano. Os estaremos vigilando.

—Gracias —dijo Amos.

Amos no se había dado cuenta de lo mucho que aquel lugar le recordaba a una clínica para gente que vivía con la ayuda básica hasta que vio a Clarissa. La estancia tenía una cama de hospital de plástico barato, un retrete de metal pegado a la pared sin mucha cobertura para darle algo de intimidad, un sistema médico maltrecho, una pantalla de pared en la que se veía un gris resplandeciente, y en medio de todo Clarissa, con tres alargados tubos de plástico que se le introducían en las venas. Estaba más delgada de lo que la había visto al volver de la estación Medina antes de que se convirtiese en la estación Medina. Sus codos abultaban más que sus brazos, y sus ojos parecían enormes.

—¿Cómo andas, Bombón? —dijo Amos mientras se sentaba en la silla que había junto a la cama—. Te veo hecha una mierda.

La mujer sonrió.

—Bienvenido al psiquiátrico Bedlam.

—Anda, pensaba que estábamos en Belén, distrito de Carolina del Norte.

—El primer Bedlam también se llamaba Belén. Bueno, ¿qué te trae a mi pequeña habitación financiada por el Estado?

Al otro lado de la ventana se veía cómo dos guardias arrastraban al hombre de la barba metálica. Clarissa vio que Amos los miraba y le dedicó una sonrisa.

—Es Konecheck —dijo—. Voluntario.

—¿Cómo lo sabes?

—Puede marcharse cuando quiera —dijo al tiempo que levantaba los brazos para mostrarle los tubos—. Aquí todos estamos modificados. Si les dejara quitarle las modificaciones, podrían trasladarlo a Angola o a Newport. No sería libre, pero al menos vería el cielo.

—¿Y por qué no lo obligan a quitárselas?

—La privacidad corporal forma parte de la constitución. Konecheck ha hecho cosas muy malas, pero aun así ganaría en los tribunales si lo hicieran.

—¿Y qué hay de la tuya? Ya sabes. Esa... modificación.

Clarissa inclinó la cabeza y su risa agitó los tubos.

—Aparte del hecho de que cada vez que la uso acabo echa un ovillo, vomitando y gimoteando durante varios minutos, también tiene otros inconvenientes. Si me la quitan, sobreviviré, pero no será en un estado mucho mejor que en el que estoy ahora. Resulta que hay razones para que esto que llevo en mi interior no se haya convertido en tecnología de uso habitual.

—Vaya. Qué mal.

—Ya ves. Estoy obligada a quedarme aquí hasta que... hasta mis últimos días. Me dan bloqueantes todas las mañanas, almuerzo en la cafetería, hago media hora de ejercicio y luego puedo quedarme sentada en mi celda o en una sala de contención con otros nueve reclusos durante tres horas. Así una y otra vez. Es lo justo. Hice cosas muy malas.

—Y todas esas tonterías que dijo la pastora sobre la redención, sobre reformarte...

—A veces es imposible que uno pueda llegar a redimirse —dijo con una voz que denotaba que ya había pensado en ello, un tono cansado pero fuerte al mismo tiempo—. Hay manchas que nunca salen. En ocasiones, uno hace cosas tan horribles que tiene que cargar con las consecuencias durante el resto de su vida y llevarse el arrepentimiento hasta la tumba. Es el único final feliz para esas personas.

—Mmm —murmuró Amos—. La verdad es que no sé a qué te refieres.

—Espero que no llegues a saberlo nunca —comentó Clarissa.

—Lo siento por no haberte pegado un tiro cuando tuve la oportunidad.

—Yo siento no haber sabido cómo pedírtelo. Bueno, ¿qué te trae aquí abajo?

—Lo cierto es que estaba por la zona para despedirme de varias personas de mi pasado y, como no creo que vuelva a bajar al planeta, me dio por pasarme a saludar.

Los ojos de Clarissa se llenaron de lágrimas y cogió la mano de Amos, que se sintió extraño al notar el contacto. Los dedos de la mujer eran demasiado finos y nudosos, pero le pareció de mala educación retirarla, por lo que intentó recordar lo que hacía la gente en momentos íntimos como aquel. Se imaginó que no era Amos, sino Naomi, y apretó la mano de Clarissa.

—Gracias. Gracias por acordarte de mí —dijo ella—. Cuéntame qué tal los demás. ¿En qué anda metido Holden?

—Bueno, pues no veas —dijo Amos—. ¿Cuánto te han contado de lo ocurrido en Ilo?

—Los censores no me dejan ver nada relacionado con él. Ni contigo. Ni con nada que tenga que ver con Mao-Kwikowski, la protomolécula o los anillos. Puede perturbar mi mente.

Amos se acomodó.

—Muy bien. Pues hace unos años el capi recibió una llamada...

Amos pasó entre cuarenta y cinco minutos y una hora contándole a Clarissa Mao lo que había ocurrido desde que la *Rocinante* la había entregado a las autoridades. No tenía mucha experiencia contando historias que no tenían golpes de efecto, por lo que tuvo claro que había sido un relato más bien soso. No obstante, Clarissa no le quitó ojo de encima en ningún momento. El sistema médico pitaba de vez en cuando como respuesta a lo que fuera que ocurriese en su flujo sanguíneo.

Los ojos de la mujer empezaron a cerrarse como si fuera a dormirse, pero no dejó de apretarle la mano. Su respiración también se volvió más regular. Amos no estaba seguro de si aquello era un efecto secundario de los medicamentos o si se debía a otra cosa. Luego dejó de hablar, y ella pareció no darse cuenta. Le resultaba raro marcharse sin avisar, pero tampoco quería despertarla solo para despedirse. Se quedó sentado un rato mirándola porque no había otra cosa a la que mirar.

Era curioso que Clarissa pareciera más joven. No tenía arrugas en las comisuras de los labios ni en los ojos. Tampoco se le habían empezado a caer las mejillas. Era como si el tiempo que había pasado allí abajo en prisión no hubiese transcurrido para ella. Como si no envejeciera, como si no fuese a morir y tuviera que pasar la eternidad deseándolo allí dentro. Seguro que era un efecto secundario de la mierda que le habían metido en el cuerpo. Amos sabía que ciertos residuos medioambientales también tenían el mismo efecto, pero no los conocía a fondo. Clarissa había matado a mucha gente, pero él también, directa e indirectamente. Le parecía extraño poder salir de aquel lugar y que ella se tuviera que quedar dentro. La mujer se arrepentía de lo que había hecho. Quizá eso era lo que los diferenciaba. Castigo y arrepentimiento, las dos caras de la moneda kármica. O quizá el universo era aleatorio y ya está. Konecheck no parecía arrepentirse de nada, y también estaba encerrado en aquel lugar.

La alarma empezó a sonar cuando Amos estaba a punto de levantar la mano. Los ojos de Clarissa se abrieron de improviso y se incorporó, lista y alerta, sin un atisbo de modorra en el gesto. Quizá no se había dormido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Clarissa.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo.

La mujer negó con la cabeza.

—No he oído nunca esa alarma.

Amos recuperó al fin el control de su mano. Se acercó a la puerta, pero la escolta ya había empezado a abrirla. Tenía el arma desenfundada, pero no apuntaba a nada en concreto.

—Lo siento, señor —dijo, con voz más alta que antes. Estaba asustada. O quizá emocionada—. Las instalaciones acaban de cerrarse debido a una emergencia. Me temo que voy a tener que pedirle que se quede aquí.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó.

—No puedo saberlo, señor. Hasta que pase la emergencia.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Clarissa—. ¿Está en peligro?

Era una pregunta muy inteligente. A los guardias les importaba una mierda que los prisioneros estuvieran en peligro, por eso Clarissa había preguntado por el civil. No obstante, la mujer no tenía por qué contarles nada.

Aunque resultó que sí lo hizo.

—Una roca cayó en las afueras de Marruecos hace unas tres horas —dijo la mujer, con un tono que se fue elevando a medida que llegaba al final de la oración y que le dio cierto aire inquisitivo.

—Algo he visto, sí —comentó Amos.

—¿Y cómo ha pasado las defensas? —preguntó Clarissa.

—Iba rapidísimo —dijo la guardia—, como si estuviese acelerada.

—Por Dios —dijo Clarissa, que sintió como si alguien le hubiera dado un golpe en la boca del estómago.

—¿Alguien ha tirado una roca aposta? —preguntó Amos.

—Varias rocas. En plural —apuntilló la mujer—. Hace unos quince minutos ha caído otra en

mitad del Atlántico. Hay un tsunami y varias alertas por inundación desde Groenlandia hasta el puto Brasil.

—¿Y Baltimore?

—En toda la costa. Por todas partes. —Los ojos de la mujer habían empezado a anegarse de lágrimas y no dejaban de moverse de un lado a otro. Puede que fuese pánico. Pena, quizá. Hizo un gesto con el arma, pero fue un movimiento inútil—. Las instalaciones están cerradas hasta que lo sepamos.

—¿Hasta que sepamos el qué?

Fue Clarissa la que respondió.

—Si esa ha sido la última roca o si va a haber más impactos.

El silencio posterior los despojó de sus roles de guardia, civil y prisionera. Se convirtieron en tres personas solas en una habitación.

El momento pasó.

—Volveré tan pronto como sepa algo más, señor.

Amos empezó a pensar en todas las posibilidades que se le ocurrían y no vio muchas opciones.

—Espera. Sé que no se usa para eso, pero ¿podríamos ver los canales de noticias en esa pantalla de allí?

—Los prisioneros solo pueden verlos en las zonas comunes.

—Claro —aseguró Amos—, pero yo no soy un prisionero, ¿verdad?

La mujer bajó la mirada y luego se encogió de hombros. Sacó el terminal portátil, introdujo unas pocas líneas de texto y la pantalla gris parpadeó hasta que volvió a la vida. Un hombre pálido de labios carnosos comentaba las últimas noticias:

—... no detectadas por las baterías de radar. Hemos recibido informes de que ha tenido lugar una anomalía térmica que puede estar relacionada con el ataque.

La escolta asintió y cerró la puerta. Amos no fue capaz de oír el cerrojo, pero estaba muy seguro de que lo había pasado. Se volvió a sentar en la silla y levantó los talones para apoyarlos en la cama. Clarissa se incorporó y entrelazó sus huesudas manos. Un hombre de pelo blanco apareció en la pantalla y empezó a hablar con seriedad de la importancia de no sacar conclusiones precipitadas.

—¿Sabes dónde ha tenido lugar el primer impacto? —preguntó Clarissa—. ¿No recuerdas nada de las noticias?

—No prestaba atención. Me suena algo como Krakatoa. ¿Eso es un lugar?

Clarissa cerró los ojos. No se le notó demasiado, pero se puso un poco más pálida.

—No exactamente. Es un volcán que entró en erupción hace muchísimo tiempo. Lanzó cenizas hasta ocho kilómetros de altura y las ondas expansivas dieron la vuelta al mundo hasta siete veces.

—Pero eso no está en el norte de África, ¿no?

—No —respondió Clarissa—. No me puedo creer que hayan hecho algo así. Están tirando rocas. ¿Quién sería capaz? Uno no... no podemos reemplazar la Tierra.

—Bueno, en realidad ahora sí se puede, más o menos —explicó Amos—. Hay muchos planetas ahí fuera que antes no estaban.

—No me puedo creer que alguien sea capaz de hacer algo así.

—Bueno, pues lo han hecho.

Clarissa tragó saliva. Tenía que haber escaleras por la zona. Estarían cerradas para que los prisioneros no pudiesen acceder a ellas, pero Amos sabía que tenía que haber. Se acercó a la

ventana del pasillo y apretó la cabeza contra ella. No fue capaz de ver nada ni a un lado ni a otro. También le dio la impresión de que sería inútil darle una patada al cristal. Y tampoco es que estuviese pensando en hacerlo. Solo era una idea más.

Una nube con forma de hongo se elevó sobre un océano enorme y vacío en la pantalla. Una mujer hablaba con voz tranquila sobre el megatonelaje y la capacidad destructiva, mientras un mapa mostraba un punto rojo en el norte de África y otro en el océano.

Clarissa siseó.

—¿Qué? —preguntó Amos.

—Fíjate en la distancia que los separa —explicó Clarissa—. Si cae otra, va a ser cerca de aquí.

—Perfecto —comentó Amos—. Tampoco es que podamos hacer nada para evitarlo.

Las bisagras estaban al otro lado de la puerta, cómo no iban a estarlo. Era una puta prisión. Amos chasqueó la lengua contra los dientes. Quizá no quedara mucho para que finalizara la alerta y lo dejaran salir. Era otra opción. Pero si no... Vaya si aquella iba a ser una manera muy tonta de morir.

—¿En qué piensas? —preguntó Clarissa.

—Pues en que he pasado un día muy largo en esta pelota de barro, Bombón.

Holden

HOLDEN se reclinó en la silla. Le dolía la cabeza y tenía los ojos fijos en la pantalla. La importancia de las noticias hacía que el despacho de Fred le pareciese un lugar nuevo y desconocido: el escritorio lleno de arañazos negros fruto del uso que había en una esquina, la caja fuerte que se encontraba en una pared y que parecía una pequeña ventana con cristal unidireccional, la moqueta industrial. Fred estaba apoyado sobre los codos y tenía la mirada cargada de aflicción; era como si Holden lo viese por primera vez. Hacía menos de una hora que habían empezado a llegar informes con franjas rojas que indicaban lo serio del asunto. Ya habían olvidado los titulares previos, que indicaban que un meteoro o puede que un pequeño cometa había impactado en el norte de África. Ahora, las naves que llevaban al primer ministro de la República de Marte estaban en la mira de una flotilla desconocida y puede que hostil, y la escolta marciana se disponía a interceptarla. Aquella habría sido la noticia del año.

Pero fue entonces cuando la segunda roca cayó en la Tierra, y lo que parecía un desastre natural se convirtió en otro ataque.

—Están conectados —dijo Holden. Pronunció muy despacio cada una de las palabras. Cada una de las ideas. Era como si la conmoción hubiese hecho que su mente se comprimiera contra el gel de un asiento—. Esto y el ataque al primer ministro. Están conectados, ¿verdad?

—No lo sé. Puede —respondió Fred—. Lo más probable.

—Esto es lo que planeaban. Lo que pretendía tu célula disidente de la APE —explicó Holden—. Dime que no sabías nada. Que no formas parte de lo que acaba de ocurrir.

Fred suspiró y se volvió hacia él. El cansancio se apoderó por completo de su expresión.

—Que te den.

—Sí, vale. Tenía que preguntar. —Un momento después añadió—: Es que... joder.

En el canal de noticias vieron las imágenes de la atmósfera superior de la Tierra, donde el ataque se asemejaba a un moretón. La nube de polvo se extendía hacia el oeste a medida que el planeta rotaba e iba a seguir expandiéndose hasta cubrir por completo el hemisferio norte, o quizá más, aunque por ahora no era más que una mancha oscura. No podía dejar de pensar en esa imagen. No se lo creía. Su familia se encontraba en la Tierra, sus madres, sus padres, y también el lugar en el que había crecido. Llevaba mucho tiempo sin verlos, y ahora...

Fred le interrumpió el pensamiento.

—Tenemos que tomar la iniciativa —dijo, tanto para sí como para Holden—. Tenemos que...

Una solicitud de llamada apareció a un lado de la pantalla, y Fred la aceptó. La cara de Drummer ocupó la pequeña ventana por completo.

—Señor, tenemos un problema —dijo—. Una de las naves que estaban estacionadas fuera a la espera de atracar acaba de apuntar hacia los motores principales y el anillo habitacional superior.

—¿No tenemos las defensas activadas?

—Ese es el problema, señor. Hemos comprobado que...

La puerta del despacho se abrió de improviso. Las tres personas que entraron llevaban puesto el uniforme de seguridad de la estación Tycho. Una de ellas llevaba un gran morral. Las otras dos llevaban en las manos herramientas que Holden intentaba identificar por todos los medios. Parecían unos terminales portátiles muy extraños o una especie de artilugios compactos.

O armas.

Al tiempo que la primera mujer disparaba, Holden oyó en su mente una voz de tono radiofónico que decía: «Es un ataque coordinado por todo el sistema». El estruendo sonó como un golpe, y la silla donde se encontraba Fred cayó hacia atrás. Holden se afanó por sacar el arma, pero la segunda de las mujeres ya se había girado hacia él. Intentó tirarse al suelo para cubrirse detrás del escritorio, pero las dos dispararon casi al mismo tiempo. Holden respiró hondo. Sintió un puntapié bajo las costillas, pero no sabía si se había golpeado con el filo de la mesa o si le acababan de pegar un tiro. Disparó sin mirar, y el hombre soltó el morral. La cabeza de la primera mujer salió despedida hacia atrás y cayó de rodillas. Oyó los disparos de otra persona, y tardó lo que le parecían minutos, pero seguro había sido menos de un segundo, en darse cuenta de que había sido Fred, tirado en el suelo bocarriba detrás del escritorio y disparando entre sus pies. Holden no tenía ni idea de dónde había sacado el arma, ya que solo habían pasado unos segundos desde había comenzado el ataque.

La segunda mujer giró el arma hacia Fred, pero Holden respiró hondo, recordó cómo se apuntaba y le disparó en las costillas. El hombre salió corriendo por la puerta del despacho. Holden lo dejó marchar y se tumbó en el suelo. No parecía estar sangrando, pero aún no estaba seguro de si había recibido un tiro. La primera mujer se incorporó a duras penas hasta volver a quedar de rodillas mientras se apretaba la oreja con una mano ensangrentada. Fred le volvió a disparar. Cayó al suelo. Todo parecía estar envuelto en una bruma onírica, pero Holden consiguió ver que el morral había caído abierto al suelo. En el interior había trajes de aislamiento de emergencia.

Fred gritó, pero su voz le sonó lejana y extrañamente aguda. Los disparos los habían dejado casi sordos.

—Menudo guardaespaldas de mierda que eres, Holden. ¿Lo sabías?

—Tampoco es que haya recibido entrenamiento —respondió Holden. Las palabras resonaron con más fuerza en su garganta que en sus oídos. Oyó los gritos de otra persona, pero no venían de esa estancia. Salían de la consola del escritorio. Era Drummer. Se encorvó sobre Fred y la ignoró. Le manaba sangre de un costado, pero Holden no fue capaz de ver dónde estaba la herida.

—¿Estás bien? —preguntó a voz en grito.

—Un poco por los suelos —gruñó Fred al tiempo que se incorporaba. El gesto se le retorció en un mohín de dolor, apretó los dientes y volvió a sentarse. Drummer estaba pálida en el monitor.

—Vas a tener que hablar más alto —comentó Fred—. Hay algo de alboroto por aquí. ¡Holden! Asegura la maldita puerta.

—Puertas y esquinas —citó Holden al tiempo que pasaba sobre los cuerpos—. Siempre. Puertas y esquinas.

El exterior del despacho de seguridad estaba vacío. Había una luz que parpadeaba en la pared. Era una señal de emergencia de alguna clase. También oyó la alarma ahora que sabía que alguien la habría activado. Era la alerta de evacuación. Alguien había empezado a evacuar el anillo de la estación. La cosa no pintaba nada bien. Se preguntó si eran los tipos buenos los que la habían hecho sonar o si también formaba parte del plan. Si quizá era una distracción mientras ocurría algo aún peor. Cada vez le costaba más recuperar el aliento. Tenía que asegurarse de que no le habían pegado un tiro.

Miró el arma que aferraba en una mano.

«Creo que acabo de matar a alguien», pensó. Y alguien acababa de lanzar una roca contra la Tierra. Y también habían intentado matar a Fred. Todo iba mal. Muy mal.

No se dio cuenta de que Fred se le había acercado por detrás hasta que lo cogió por el codo,

se apoyó en él e intentó salir de la estancia.

—Hemos sobrevivido, grumete —dijo—. Será mejor que nos larguemos. Nos han disparado un torpedo y algún malnacido ha sabotado los sistemas de defensa.

Fred había empezado a soltar más tacos de lo habitual. El estrés del combate había despertado al marine que llevaba tanto tiempo aletargado en su interior.

—¿Han disparado al anillo? —preguntó Holden.

—Sí. A mi despacho, para ser más exactos. Empiezo a pensar que no les caigo muy bien.

Avanzaron juntos y a duras penas. La gente trastabillaba mientras se afanaba para ponerse a cubierto o llegar a las estaciones de evacuación.

Un anciano con el pelo rapado y los labios grabados en una mueca permanente vio a Fred y la sangre. Sin mediar palabra, le cogió el brazo y se lo echó por encima del hombro.

—¿Vamos a la enfermería o estamos evacuando? —preguntó el de la mueca.

—Ni una cosa ni la otra —respondió Fred—. Los tipos malos intentan hacerse con el control de ingeniería. Han sobrepasado a los míos, que ahora están acorralados. Y dos torpedos enemigos vienen de camino para destruir los motores. Tenemos que calmar a los nuestros y volver a activar las defensas. Tenemos que contraatacar.

—¿Estás de coña? —preguntó Holden—. Te acaban de disparar y estás sangrando.

—Soy consciente de ello —dijo Fred—. Hay un ascensor de seguridad aquí a la izquierda. Podríamos cogerlo para llegar hasta la esfera de construcción. ¿Cómo se llama, jefe?

El de la mueca miró a Holden con una expresión que denotaba que no sabía a quién iba dirigida la pregunta. Holden agitó la cabeza. Fred ya sabía su nombre.

—Garret Ming, electricista de primera, señor. Llevo unos diez años trabajando para usted, directa o indirectamente.

—Es una pena no haberle conocido antes —comentó Fred—. ¿Sabe cómo usar un arma?

—Aprendo rápido, señor.

Fred tenía el rostro gris. Holden no sabía si se debía a la pérdida de sangre, a la conmoción o si era el primer síntoma de la desesperanza.

—Muy bien.

La estación Tycho estaba construida como una pelota de medio kilómetro de diámetro. La esfera de construcción era lo suficientemente grande como para acomodar en su interior cualquier nave más pequeña que un acorazado. Cuando estaba quieta, los dos anillos que la rodeaban por el ecuador y que albergaban a los mejores ingenieros y técnicos del Cinturón contaban con la gravedad rotacional. Los grandes motores de la base de la esfera eran capaces de mover la estación a cualquier lugar del sistema. O también sacarla de él. En Tycho se habían supervisado los experimentos que habían terminado haciendo rotar Ceres y Palas. Era el mismísimo corazón del Cinturón y también su mayor orgullo. La *Nauvoo*, la nave cuya misión iba a ser llevar a los humanos hasta las estrellas, había sido demasiado grande para caber en la esfera, pero había terminado construyéndose junto a la gigantesca estación. Tycho era el lugar ideal para la gestación de los sueños más grandilocuentes. Era la mejor prueba de la ambición y las capacidades de la humanidad, junto a la terraformación de Marte y las granjas de Ganimedes.

Holden nunca podría haber imaginado que en realidad fuese un lugar tan delicado.

El ascensor del anillo a la cúpula de construcción era particularmente incómodo. Empezaron sintiendo el tercio de g de la estación, después la estructura se agitó y notaron cómo perdían peso poco a poco. Cuando las puertas volvieron a abrirse estaban flotando. La sangre que había empezado a gotear del brazo de Fred se había convertido en una capa de líquido que se mantenía pegada a su cuerpo gracias a la tensión superficial a medida que se iba espesando y convirtiendo

en una especie de jalea. Garret estaba cubierto de ella, y Holden también. Esperaban que Fred se desmayase en cualquier momento, pero el anciano no había perdido ni un ápice de su determinación.

La esfera de construcción, que tenía el aspecto de una red con una funcionalidad depurada, se veía desde el tubo alargado y transparente de pasillo de acceso. Había otros pasillos que se curvaban entre las cuadernas de la estación, paredes cubiertas con un patrón repetitivo y sutil de paneles de acceso, conexiones de energía, taquillas de almacenamiento y de equipo y planchas de estacionamiento de *mechas*. Los huesos de acero y cerámica del lugar se entreveían por todas partes, y la luz era tan inclemente y brillante como la del sol en el vacío. El aire del pasillo de acceso era dulzón y tenía un cierto aroma a lubricante de carbono y descargas eléctricas. Los tres se impulsaron al mismo tiempo y de cabeza hacia la zona sur, donde se encontraban la cubierta de ingeniería y los enormes reactores de fusión. El cuerpo de Holden no fue capaz de decidirse entre si caía a lo largo de un pozo extenso y serpenteante o nadando en horizontal por un río subterráneo de aire.

—¡Drummer! —espetó Fred—. Informe de estado.

Se oyó un chasquido confuso por su terminal portátil, y luego la voz de una mujer que parecía la manifestación muy contenida de un pánico visceral: calmada, entrecortada y muy bien calculada.

—Recibido. La cubierta principal de ingeniería ha sido tomada por el enemigo. También tienen bajo control la auxiliar y al personal que se encontraba allí, pero solo disponen de veintidós efectivos bien armados en la zona, señor. Ambas facciones estamos a la espera de que haya algún movimiento.

—¿Pueden escapar?

—No de forma segura, señor. Ellos no pueden moverse, pero nosotros tampoco.

—¿Sabemos si...?

Se oyó un gran estruendo al otro lado de la línea y, un segundo después, un rugir que hacía vibrar los huesos atronó por el pasillo. Garret soltó un taco entre murmullos.

—Ha impactado el primer torpedo, señor —dijo Drummer.

—¿En el anillo?

—No, señor. En el cono del motor. El torpedo que se dirigía hacia el anillo impactó hace unos pocos minutos, pero la detonación ha fallado.

—Una ligera ventaja —dijo Fred—. ¿Con qué van armados los insurgentes?

—Con pequeñas armas automáticas y algunas granadas.

—¿Puedes dejarlos sin aire?

—Podríamos con el control manual, pero no tengo hombres suficientes para hacerlo.

—Yo me he encontrado con un electricista de primera —comentó Fred—. Dime adónde tengo que llevarlo.

—Recibido. Hay un acceso en la cubierta de servicio cuatro. Controles medioambientales Delta-Foxtrot-Whisky-barra-seis-uno-cuatro-ocho.

—Tienen trajes de aislamiento —dijo Holden—. Al menos los que atacaron tu despacho. Tenían trajes de emergencia. Puede que dejarlos sin aire no sirva para nada.

La respuesta de Drummer salió del terminal portátil de Fred.

—Pues evitaremos que salgan de allí hasta que se les acaben las reservas de oxígeno de los trajes si es necesario.

—Bien —dijo Fred—. Vamos de camino.

—No se entretenga, señor —dijo Drummer.

Dejó de oírse el siseo de la estática de la conexión. Fred soltó un breve gruñido de satisfacción y se impulsó con más fuerza por el pasillo.

—No va a funcionar —dijo Holden—. Descubrirán lo que planeamos y harán un agujero en el mamparo o cualquier otra cosa.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre códigos y cifrados, Holden?

—¿Qué?

—Códigos y cifrados. Los cifrados encriptan el mensaje para que nadie sepa cuáles son las palabras, pero con los códigos las palabras se dicen sin pudor alguno, ya que lo que cambia es su significado. Cualquiera con un ordenador lo suficientemente potente puede romper un cifrado, pero un código es inviolable.

Holden se lanzó hacia una amplia intersección entre tres pasillos. Por un instante, la estación se extendió a su alrededor en tres ejes. Fred y Garret flotaban cerca de él, pero se habían impulsado con más fuerza y llegaron antes al otro lado. Fred viró hacia la izquierda e hizo un gesto para que lo siguieran.

—La cubierta de servicio cuatro está por el otro lado, señor —dijo Garret.

—Pero las cuatro personas del equipo de emboscada están por aquí —respondió Fred. Cada vez le costaba más hablar—. Nivel seis, sección catorce, atracadero ocho. Cuando lleguemos, intentaré hacerlos salir y así podremos flanquearlos.

Holden se quedó un momento pensando.

—Lo tenías todo preparado por si llegaba a ocurrir algo así. ¿Te has parado a pensar en qué ocurriría si Drummer también es uno de ellos?

—También tengo planes de contingencia con Oliver, Chu y Stavros —aseguró Fred—. Puedo urdir un plan secreto en un canal público con cualquiera de ellos.

—Qué astuto —comentó Holden.

—Digamos que es algo que siempre he tenido presente.

El equipo de emboscada se encontraba donde había dicho Fred. Estaba formado por tres hombres cinturianos y una mujer con la complexión recia de terrícola, todos ataviados con armadura ligera, armas antidisturbios y granadas de supresión. Fred le dio a Garret una escopeta de cañón corto y lo situó en la retaguardia, donde estaría seguro y también sería útil. Uno de los del equipo intentó inspeccionarle la herida a Fred, pero él hizo un gesto para que se apartase.

Cerca de la parte inferior de la estación, las curvas de los pasillos eran más pronunciadas y el horizonte daba la impresión de estar más cerca. Se encontraban a menos de diez metros de las puertas que daban a la cubierta auxiliar de ingeniería, y podían tomar cobertura en la pared inclinada. Cuando llegara el momento, tendrían que acercarse aún más.

El terminal portátil de Holden le vibró en el bolsillo. Un canal de noticias rodeado por franjas rojas anunció que una tercera roca había impactado contra la Tierra. Holden cerró el mensaje con el pulgar. No podía permitirse pensar en lo que estaba ocurriendo en el resto del Sistema Solar si quería centrarse en lo que estaba a punto de suceder en aquel pasillo. Sintió un nudo en la garganta, y las manos empezaron a temblarle de forma incontrolable. Su familia vivía en la Tierra. Amos estaba en la Tierra. Alex se encontraba en una pequeña nave en algún lugar cercano a la flotilla del primer ministro de Marte. Y Naomi... no sabía dónde estaba Naomi, lo que le preocupaba aún más.

—Espero que esté bien —murmuró—. Por favor.

—¿Qué? —preguntó Fred.

—Nada. Estoy listo.

Fred abrió el canal.

—Drummer. El plan de dejarlos sin aire es imposible. Vamos a tener que usar artillería pesada. Tengo un pelotón de marines de combate que he encontrado en un bar. Van a tu encuentro.

—Recibido —respondió Drummer. Holden se imaginó que una sonrisa destilaba de su voz—. Pero que sea rápido. Tenemos dos bajas y no creo que podamos resistir mucho más.

—Diez minutos —aseguró Fred al tiempo que levantaba la mano izquierda para indicar a los demás que tomaran posiciones en la lengua de signos cinturiana. El equipo de emboscada levantó las armas. Holden hizo lo propio. Los que se encontraban en la cubierta auxiliar de ingeniería tardaron casi cinco minutos en decidir si iban a actuar.

La puerta se abrió de improviso, y la primera media docena de enemigos surgió del interior de la cubierta. Llevaban atuendos normales: uniformes de seguridad o monos de técnicos, ropa con la que Holden podría haberse encontrado en cualquier bar o pasillo. Eran personas normales, ciudadanos de Tycho. O del Cinturón. Se apostaron por el lugar para cubrirse del fuego de cobertura de Drummer y los suyos, pero aún no habían visto al equipo de Fred, que abrió fuego a su señal. Holden tenía claro que no quería darle a nadie. Una segunda oleada intentó salir de la cubierta mientras la primera se volvía a retirar hacia el interior. El equipo de Drummer descargó una andanada de proyectiles de gel y granadas de supresión que estalló y se convirtió en una espuma que se endureció al instante.

La reyerta terminó medio minuto después. A los quince minutos, ya habían vuelto a activar los sistemas de defensa y el torpedero aceleraba a toda máquina hacia algún lugar entre los asteroides troyanos. Tardaron casi una hora en valorar las pérdidas.

Fred permitió que lo llevaran a la enfermería ahora que la situación era algo más estable. La suave gravedad del anillo aún le afectaba, lo que era indicativo del estado de debilidad en el que se encontraba. El sistema médico le clavó cuatro agujas para hacerle una transfusión de sangre artificial, y Fred empezó a recuperar el color en el rostro. Holden se encontraba sentado en la camilla de al lado y miraba las lecturas de los monitores sin prestar atención. Quería enterarse de las noticias de la Tierra, pero al mismo tiempo prefería no saber nada. Cuanto más lo retrasase, más podría evitar pensar en ello. Drummer llegó poco después con el informe de daños y se sintió aliviado. Otra distracción.

—Los torpedos han agrietado el cono del motor —afirmó.

—¿Es grave? —preguntó Fred.

—¿Quieres volar en una nave con el cono remendado? Es lo suficientemente grave como para que tengamos que reemplazarlo.

—Me parece bien —dijo Fred.

—Al menos no han destruido el anillo —comentó Holden—. Si ese torpedo hubiera explotado...

Drummer se puso pálida.

—Estábamos equivocados. El enemigo disparó un proyectil que tenía el casco y el motor de un torpedo, pero en realidad llevaba un *mecha* acoplado en el otro extremo. Lo dispararon hacia el despacho de Fred, abrió el casco exterior y consiguió arrancar una de las paredes.

Fred parpadeó.

—Por eso necesitaban trajes de maniobras extravehiculares —dijo Holden—. Pero sigo sin verlo claro. Eso de abrir tu despacho como si fuera una lata de sardinas me resulta una manera muy curiosa de llegar hasta ti.

—No iban a por mí —dijo Fred, que se quedó en silencio y luego soltó un taco.

—¿Qué? —preguntó Holden—. ¿Entonces?

Fue Drummer la que respondió. Su voz tenía la misma calma profesional que Holden había

oído durante el tiroteo.

—El enemigo arrancó la pared en la que se encontraba la caja fuerte del coronel Johnson. No les será fácil abrirla, pero debemos de dar por hecho que lo conseguirán con el tiempo y los recursos necesarios.

—Pero tu cadena de mando estaba comprometida, ¿no? ¿Qué información van a sacar de ahí que no tuviesen ya?

Holden sabía lo que Fred estaba a punto de responder, pero decidió esperar a que fuese él quien lo pronunciara, con la esperanza de que el universo le demostrase que se equivocaba y que no había ocurrido lo peor que podía pasar.

—Se han llevado la muestra —respondió Fred, que convirtió las sospechas de Holden en realidad—. No sé quién está detrás de esto, pero ahora tiene la protomolécula.

Amos

—¿NO indica la densidad? —preguntó Clarissa. Fuera lo que fuese el mejunje que le habían introducido en las venas, el efecto empezaba a remitir y tenía mucho mejor aspecto. Amos aún podía verle las venas debajo de la piel fina y cuarteada, pero tenía las mejillas de un tono mucho más saludable.

—Claro, pero es que aun así habría que acelerar las rocas. Tires un proyectil de wolframio o una puta almohada de plumas, hace falta acelerar la nave hasta la velocidad a la que quieres lanzarlas. Es un precio energético que se paga de antemano.

—Pero una almohada se hubiese quemado antes de llegar al suelo.

—Bueno, en eso tienes razón.

En la pantalla, el canal de noticias no dejaba de mostrar las repeticiones de los impactos, vídeos de cualquier fuente imaginable: terminales, cámaras de seguridad, satélites mapeadores que se encontraban en órbita alta. El rastro de aire ionizado resplandecía como si surgiera del proyectil de un cañón de riel, y del norte de África emergió una nube de fuego que se repetía una y otra vez. Otro haz de aire surcó los cielos, y el océano Atlántico pasó de ser una enorme extensión de agua reposada a convertirse en una onda expansiva de un verde inquietante de la que luego se alzaron hacia los cielos chorros blancos y negros. Los periodistas no dejaban de mirar las imágenes repetidas, como si creyeran que así empezarían a cobrar sentido.

Habían muerto millones de personas, y millones más lo estarían en las próximas horas, víctimas de los tsunamis y de las inundaciones. Miles de millones perecerían a lo largo de las próximas semanas y meses. La Tierra se había convertido en un planeta muy diferente desde que Amos había descendido a sus profundidades. No era algo que llamara la atención a simple vista, pero tampoco es que ambos pudiesen hacer otra cosa más que mirar. Se había visto obligado a hablar de fruslerías con Bombón mientras esperaban lo que les deparase el destino.

El hombre que hablaba por el canal de noticias tenía un agradable acento europeo y una calma impostada, fruto sin duda de una buena dosis de pastillas. O quizá los técnicos de sonido le habían alterado la voz.

—Los proyectiles son indetectables para los radares hasta que entran en la atmósfera de la Tierra, menos de un segundo antes del impacto.

La imagen cambió a una satelital y apocalíptica: cinco fotogramas en bucle en los que se veía el impacto en el océano Atlántico y cómo la onda expansiva empezaba a avanzar por el agua. Era impresionante.

—Ya ves —dijo Amos al tiempo que señalaba la pantalla con el pulgar—, por eso sabemos que usaban equipo de camuflaje en las rocas. Se quema y deja de funcionar cuando el proyectil llega a la atmósfera. ¿No crees? Sea como fuere, fíjate en que pasa de la ionosfera al nivel del mar en medio segundo, lo que quiere decir que va a unos doscientos *klicks* por segundo. Esto ya son cálculos menos precisos, pero los impactos que estamos viendo podrían conseguirse con un proyectil de carburo de wolframio de unos tres o cuatro metros de diámetro. No son tan grandes.

—¿Lo has calculado todo mentalmente?

Amos se encogió de hombros.

—Llevo muchos años dedicándome a jugar con reactores de fusión de confinamiento magnético. Los cálculos son más o menos iguales. Uno se acostumbra a hacerlos.

—Eso parece —dijo Bombón. Luego preguntó—: ¿Crees que vamos a morir?

—Sí.

—¿Por culpa de esto?

—Puede ser.

El canal de noticias había pasado a poner en bucle un vídeo de cinco segundos en el que se veía un velero. Se vio un haz de luz que formaba una línea perfecta, y la presión empezó a deformar el aire, la luz y la lente de la cámara hasta que la imagen se resquebrajó. Quienquiera que se encontrase en el barco había muerto antes de saber qué era lo que miraba. Era muy probable que las últimas palabras más comunes aquel día fuesen «Vaya, qué raro» o «Mierda, joder». Amos notaba que le habían empezado a doler las tripas, como si hubiese comido mucho, pero era una sensación distante. Seguro que se debía al miedo o a la conmoción. Bombón carraspeó, y Amos la miró.

—Me hubiese gustado volver a ver a mi padre.

—¿Ah, sí?

Clarissa se quedó en silencio un instante.

—¿Sabes? Si lo hubiera conseguido, si hubiera descubierto cómo controlar la protomolécula, todo habría sido muy diferente y esto no estaría ocurriendo.

—Pero habría ocurrido otra cosa. Además, si hubieses visto a esa cosa de cerca seguro que no la habrías preferido.

—¿Crees que el capitán Holden...?

El suelo se abalanzó hacia Amos y lo golpeó en las piernas. Intentó rodar por instinto, pero la situación era peor de lo que pensaba. No había manera de evitarlo. La pantalla se resquebrajó y se fundieron las luces. Se oyó un estruendo. Algo lo zarandeó por la estancia como si fuera un dado en un cubilete mientras recibía golpes que no sabía de dónde venían. Todo se quedó a oscuras.

Un instante indeterminado después, se encendió la luz ámbar de emergencia. La camilla de Clarissa estaba volcada, y ella se encontraba tirada en el suelo. Junto al equipo médico se había derramado un charco de líquido transparente que llenaba la estancia de un aroma intenso similar al del alcohol o el líquido refrigerante. El grueso cristal de la ventana blindada se había resquebrajado sin llegar a romperse del todo y ahora estaba opaca como la nieve. Un entramado de grietas recorría la pared. Amos oyó la risa medio enloquecida de Clarissa en una esquina y sintió que una sonrisa feral se dibujaba en sus labios para acompañarla. Había empezado a sonar una alarma, y el aullido repetitivo no dejaba de fluctuar. No sabía si era porque tenía que sonar así o porque había quedado estropeada debido a la onda expansiva.

—¿Estás entera, Bombón?

—No estoy segura. Me duele mucho la mano. Puede que me haya roto algo.

Amos se puso en pie. Le dolía todo, pero su familiaridad con el dolor le indicó que no tenía heridas graves, por lo que lo ignoró. No tenía muy claro si el que había empezado a temblar era el suelo o su cuerpo.

—Bueno, sería todo un engorro.

La puerta que daba al pasillo seguía cerrada, pero había algo raro en ella, como si el marco se hubiera retorcido. Se preguntó si podría volver a abrirse.

—Estamos diez pisos bajo tierra —indicó Clarissa.

—Eso es.

—Si aquí estamos así de mal, ¿cómo estarán las cosas arriba?

—No sé —dijo Amos—. Vayamos a ver.

Clarissa se incorporó. Tenía la mano izquierda tan hinchada que ya era el doble de grande

que la derecha. Sin duda tenía algo roto. El atuendo de la prisión le daba un aspecto fantasmal, como si fuera algo muerto que aún no hubiese dejado de moverse. Una idea que no le parecía del todo equivocada a Amos.

—El lugar está cerrado por emergencias —dijo Clarissa—. No podemos ir a ninguna parte.

—Bueno, para que esto esté cerrado por emergencias primero tiene que ser una prisión, y para que sea una prisión antes tiene que haber una civilización ahí fuera. Algo me dice que esto ha pasado a convertirse en un gran agujero en el suelo con un puñado de personas peligrosas dentro. Deberíamos irnos.

Amos le dio una patada a la puerta, pero fue como darle un puñetazo a un mamparo con las manos desnudas. Se acercó a la ventana e intentó hacer lo propio, pero el resultado no fue mucho más esperanzador. Lo intentó tres veces más antes de que una voz lo interrumpiese con un grito desde el exterior.

—¡Pare ahora mismo! ¡Este lugar está cerrado por emergencias!

—Mira, alguien que no se ha enterado de que esto ya no es una prisión —dijo Bombón, con un tono de voz que la hacía parecer borracha. Puede que se debiera a la conmoción de haberse partido la mano.

—¡Aquí dentro! —gritó Amos—. ¡Eh! ¡Estamos atrapados aquí dentro!

—La prisión está cerrada, señor. Tiene que quedarse ahí hasta que...

—Las paredes están agrietadas —respondió Amos entre gritos—. Esto se va a derrumbar.

No estaba muy lejos de la realidad. Se hizo un largo silencio y luego se oyó un chasquido en la puerta. La puerta se abrió unos pocos centímetros y luego se atrancó. La escolta miró hacia el interior. Del pasillo salía una tenue luz de emergencia contra la que se recortaba la figura gris de la mujer. A pesar de la iluminación, Amos fue capaz de ver el miedo que irradiaba su mirada. Había más personas detrás de ella, pero no fue capaz de averiguar el número.

—Lo siento, señor, pero las instalaciones están cerradas por...

Amos apoyó el hombro contra la puerta, pero no para abrirla, sino para evitar que la volviera a cerrar.

—Por emergencias, sí, eso ya lo he oído —terminó Amos—. El tema es que necesitamos evacuar.

—Señor, no se puede. Es una...

—No me refiero solo a nosotros. Vosotros también. Hay que salir de aquí. A menos que de verdad queráis morir en acto de servicio, lo que me resultaría un tanto decepcionante.

La escolta se humedeció los labios y miró con brusquedad a la derecha. Amos intentó pensar en algo para convencerla del todo, pero lo mejor que se le ocurrió fue darle un puñetazo en la mandíbula con la esperanza de desequilibrarla lo suficiente para salir antes de que alguien le pegara un tiro. Empezó a echar el brazo hacia atrás para hacerlo, pero justo en ese momento Clarissa le puso la mano en el hombro.

—Tienes conocidos en la superficie, ¿verdad? —preguntó a la mujer del otro lado de la puerta—. ¿Amigos? ¿Familia?

La escolta puso la mirada perdida, como si no los mirase a ellos sino a otra persona. Alguien que acababa de morir, seguramente.

—No puedo... no puedo permitirme pensar en ellos ahora.

—Las regulaciones penales afirman que tienes la responsabilidad de mantener la seguridad y la salud de los prisioneros bajo tu custodia —continuó Clarissa—. No te vas a meter en problemas por liderar una evacuación. Serás una heroína.

La escolta empezó a respirar cada vez más rápido, como si estuviese haciendo ejercicio

físico. Amos había visto cómo les ocurría lo mismo a algunas personas que se enfadaban por algo, pero nunca había llegado a entender esa reacción. Clarissa lo apartó a un lado y se inclinó hacia la mujer.

—No podrás formar parte de los efectivos de asistencia si te quedas enterrada aquí abajo — dijo en voz baja, como si se disculpara por algo—. Puede que haya réplicas y que se derrumben las paredes. Evacuar es lo más adecuado.

La escolta tragó saliva.

Clarissa se inclinó aún más y dijo, casi entre susurros:

—Hay un civil aquí conmigo.

La mujer dijo algo en voz muy baja que Amos no llegó a oír, y luego se volvió para hablar por encima del hombro:

—Ayúdame a abrir esta maldita puerta, Sullivan. La estructura está comprometida y tenemos a un puto civil aquí dentro que necesita ayuda. Morris, si esa cabrona intenta hacer algo, ataca con todo lo que tengas. ¿Has entendido, gilipollas? Como hagas algo sospechoso, estás acabada.

Se oyó una risa en el pasillo, una que sonó como una amenaza. Amos y Clarissa se echaron hacia atrás. Aparecieron dos manos más que se aferraron a la puerta y empezaron a empujar para abrirla.

—¿Un civil que necesita ayuda? ¿Así es como la has convencido? —preguntó Amos.

Bombón se encogió de hombros.

—Era la excusa que necesitaba esa mujer. Pero bueno, también estás de muy buen ver.

—Lo sé, lo sé, pero no estoy acostumbrado a que la gente se dé cuenta.

La puerta se abrió hacia el pasillo con un chirrido y volvió a atrancarse a medio camino. Lo más seguro era que no pudiera moverse más. En el corredor, los daños eran mucho más evidentes. Había una grieta que cruzaba el centro y que llegaba a tener tres o cuatro centímetros de profundidad en uno de los lados. El aire estaba más denso que cuando Amos había entrado, lo que le hizo sentir una necesidad instintiva de revisar los recicladores de aire. Pero quizá fuese normal. Estar a treinta y tantos metros bajo el suelo era casi igual que estar en el vacío: si las cosas se estropeaban, la presión terminaba por convertirse en un problema.

Konecheck, el otro prisionero, se encontraba agachado en el suelo mientras Morris, otro de los guardias, estaba de pie junto a él y le apuntaba a la espalda con un arma que Amos no reconoció. La cara del prisionero estaba hinchada y amoratada por la parte izquierda, como si hubiese perdido un combate de boxeo y el árbitro hubiera tardado demasiado en separar a los contrincantes. Eran la mujer, otros dos guardias, Bombón y ese tipo.

Konecheck alzó la mirada entre la mata de pelo gris metálico y saludó a Amos con la cabeza de manera casi imperceptible. Amos notó algo parecido al consuelo, relajó los hombros y sintió un bienestar en las entrañas. Las cosas iban a ponerse muy feas, pero era una violencia con la que él se encontraba muy cómodo.

—Nuevo plan —dijo la escolta—. Vamos a evacuar a estos prisioneros y al civil hasta la superficie.

El guardia que había ayudado a abrir la puerta, Suliman, Sullivan o algo así, era un hombre de cuello musculado que solo tenía una ceja negra y poblada que le cruzaba toda la frente. Morris, el que llevaba el arma, era más delgado, mayor, con mala dentadura y le faltaba el nudillo del dedo meñique de la mano izquierda.

—¿Seguro que no quieres dejar a los prisioneros encerrados en una taquilla antes de irnos? —preguntó Morris—. Me sentiría mucho más seguro saliendo de aquí sin tener detrás a esos putos psicópatas.

—Bombón viene conmigo —espetó Amos al tiempo que se encogía un poco de hombros—. Pase lo que pase.

—Puede que necesitemos ayuda para levantar los escombros —dijo Konecheck. Era él quien se había reído antes. Las palabras sonaron huecas, pero había en ellas un tono amenazador que los demás no parecían haber notado. Amos se preguntó por qué.

—Los ascensores están fuera de servicio, por lo que tendremos que subir por las escaleras —dijo la escolta—. Es la única manera de salir de aquí. Cuando llegemos arriba, nos encargaremos de poner a los prisioneros a buen recaudo.

—¿Y qué vas a hacer con la radiación? —dijo el guardia más musculoso, el que Amos estaba casi seguro de que se llamaba Sullivan.

—Eso solo pasa con las bombas nucleares, imbécil —gruñó Konecheck.

—¿Rona? ¿No deberías pedir permiso al capitán antes de hacer algo así? —preguntó Morris, quien no había dejado de mirar hacia la espalda de Konecheck. Amos se dio cuenta de que era un tipo muy competente e intentó recordar la información por si después le resultaba útil.

—El capitán no responde —dijo la mujer, Rona. Lo hizo con brusquedad, como si intentara que no se le notase que estaba muy asustada. Los otros dos guardias se quedaron en silencio, lo que hizo pensar a Amos que no sabían nada de los problemas para comunicarse con el capitán—. Vayamos hacia las escaleras. Morris, tú delante. Después los prisioneros, después yo y luego Sully. Señor, usted irá detrás.

—Iré con ellos —dijo Amos.

—¿No quieres dejar sola conmigo a tu novia? —preguntó Konecheck.

Amos sonrió.

—No.

—Venga, vamos —anunció Rona—. Antes de que lleguen las réplicas.

El miedo era una sensación interesante. Amos era capaz de verlo en todos los guardias, pero no era capaz de concretar en qué. Quizá en la manera en la que Morris no dejaba de mirar por encima del hombro. O en la que Rona y Sullivan caminaban al mismo ritmo detrás de ellos, como si hubiesen acordado de antemano la longitud de sus zancadas. Bombón parecía estar concentrada y ausente, pero Amos sabía que ella era así. A su izquierda, Konecheck se atusaba la barba como si pretendiese darles a entender que era un tipo muy malo, algo que a Amos le habría resultado muy divertido si aquel tipo no tuviese un sistema nervioso modificado en específico para la violencia. Las personas con esas modificaciones estaban asustadas todo el tiempo, o tan destrozadas que no suponían un peligro. Amos no tenía muy claro si él también se sentía asustado. No tenía manera de averiguarlo. También se preguntó si iban a caer más rocas, pero sabía que no podía hacer nada para evitarlo si se llegaba a dar el caso.

La prisión estaba en ruinas a su alrededor. Había grietas que cruzaban las paredes, como si alguien hubiera separado el suelo unos centímetros para luego volver a colocarlo en su lugar. También oyeron el agua que corría por alguna tubería que no eran capaces de ver. Las luces de emergencia estaban encendidas, pero algunas se habían fundido y había lagunas de completa oscuridad. Amos no hubiese querido usar los ascensores ni aunque funcionasen. Una de las cosas que había aprendido después de vivir años en el interior de una nave era que había muy pocos indicadores de estado para la cantidad de sistemas que había en ellas. Si el Foso hubiese estado en órbita planetaria, Amos ya estaría durmiendo con un traje de aislamiento para no llevarse una sorpresa desagradable si un día se despertaba y de repente dejaba de haber aire.

—Deja de silbar, joder —dijo Konecheck.

—¿Estaba silbando? —preguntó Amos.

—Sí —respondió Bombón, que no había dejado de tocarse la mano hinchada.

—Vaya —dijo Amos, que empezó a silbar otra vez, aunque ahora de forma deliberada.

—He dicho que te calles —gruñó Konecheck.

—Sí —afirmó Amos al tiempo que asentía—. Sí que lo has dicho.

—Los prisioneros tienen que mantener silencio —espetó Rona detrás de ellos—. Y que el civil también cierre la puta boca, por favor.

Amos miró a Konecheck con el rabillo del ojo. Aún era muy pronto para estar seguro, pero había un sesenta por ciento de posibilidades de que iba a tener que matarlo. No ahora, pero sí antes de que acabase aquello. Esperaba estar en lo cierto.

El suelo se estremeció como si alguien hubiese encendido un propulsor mal calibrado. El polvo de hormigón se elevó por los aires y resplandeció ambarino a las luces de emergencia. Morris soltó un taco.

—Una réplica —tranquilizó Rona—. Solo ha sido una réplica.

—Puede ser —dijo Clarissa—. También podría ser la onda expansiva de África. No recuerdo la velocidad a la que una energía así se extiende por el manto.

—No puede ser la del norte de África, joder —dijo Konecheck—. Es imposible que llegue hasta aquí.

—Cuando estalló la fábrica de Galveston, la onda expansiva aún podía notarse después de haber dado tres vueltas alrededor del planeta —aseguró Bombón.

—Anda, la zorrilla ahora es profesora de Historia.

—¡Los prisioneros tienen que mantener silencio! —gritó Rona. Parecía algo más inquieta.

Doblaron una esquina tras la que resplandecía una luz verde y vieron el dibujo de un monigote de grandes piernas subiendo unas escaleras. Amos se preguntó cuántas personas más habría en ese nivel, encerrados y a la espera de que los rescataran. Cuántos habrían empezado a subir por las escaleras para escapar de aquel lugar. Aquellos guardias se habían tomado su trabajo muy en serio, pero estaba muy seguro de que había muchos otros que habían empezado a tomar sus propias decisiones.

Morris se detuvo junto a la puerta de la escalera. La pantalla que había junto a ella en la pared mostraba la imagen roja de una cerradura, hasta que el hombre pasó junto a ella el terminal y tocó algo en la pantalla para abrirla. La pantalla se volvió verde y la puerta se deslizó a un lado. Era normal que una prisión tuviese las cerraduras conectadas al suministro eléctrico de emergencias.

Una avalancha de barro, agua, rocas, hormigón y acero se precipitó hacia el pasillo. Morris soltó un grito y dio un salto hacia atrás, pero cayó al suelo y empezó a agarrarse la canilla. Tenía el pantalón rasgado, y Amos vio que los dedos estaban manchados de un líquido oscuro. Sangre.

—¡Morris! —gritó Rona—. ¿Todo bien?

—Voy a necesitar puntos.

—Voy a adelantarme para echar un vistazo —dijo Amos, que esperó que los guardias hubiesen entendido su tono de «No me disparéis».

Las escaleras habían desaparecido al otro lado de la puerta; de hecho, había tanta tierra y escombros que parecía que allí nunca hubiera habido unas. No sabía de dónde venía el agua, pero no olía mal, lo que significaba que probablemente fuese agua potable. Sintió otro temblor que hizo que cayesen unas pocas piedras y un pedazo de hormigón del tamaño de su cabeza.

Sullivan no había dejado de murmurar una ristra de tacos en voz baja, indicativo de que había pasado de la rabia a las primeras muestras de pánico. Amos negó con la cabeza.

—Imposible salir por aquí —dijo—. Al menos no sin antes pasar unos meses excavando con

un *mecha*. Vamos a tener que encontrar otra manera de subir.

—Pero que no hay otra manera de subir, cojones —espetó Rona—. La ruta de evacuación es esta. No hay otra.

—¿Bombón?

Clarissa habló con tono calmado, pero entre dientes.

—Está difícil, Amos. Es una prisión para criminales de alto riesgo. No suelen tener rutas alternativas.

—Eso lo entiendo —dijo Amos—, pero ponte creativa, venga.

—Los guardias tienen los códigos de seguridad. Si pudiésemos llegar hasta el hueco del ascensor y la cabina no nos bloqueara el camino, quizá podríamos escalarlo.

—¿Diez pisos a un g y con una mano rota? —Amos no mencionó la conmoción que seguro también había afectado el sentido del equilibrio de Bombón.

—Divertido no iba a ser.

—Las escalerillas de acceso del hueco están cerradas —dijo la guardia—. Y están detrás de unas compuertas para evitar que nadie sin permiso pueda usarlas.

Konecheck soltó una carcajada impávida, y Sullivan le apuntó con uno de esos extraños artilugios parecidos a armas.

—¿Bombón?

—Pues no sé, quizá encontremos otra alternativa.

Amos estiró el cuello y las vértebras le estallaron como fuegos artificiales.

—Menudo día de mierda más largo que nos espera, joder —dijo.

Naomi

LAS NOTICIAS llegaban cada hora, y la situación parecía empeorar por momentos. Los canales de la Tierra y Marte y los informes de la estación Tycho o de Ganímedes solo mostraban reporteros y periodistas conmocionados o que no podían dejar de llorar. Los impactos que habían aquejado la Tierra ocupaban gran parte del ancho de banda, eran imágenes apocalípticas. Las ciudades de la costa del Atlántico quedaban anegadas bajo olas que rompían y hacían saltar por los aires las ventanas del piso cuarenta o cincuenta de los edificios. Un ejército de pequeños tornados se había formado justo detrás de la onda expansiva. El planeta que Naomi estaba acostumbrada a ver brillar gracias al permanente resplandor de las ciudades había quedado a oscuras. Había un hospital de campaña en Dakar donde no dejaban de llover piedras y ceniza sobre pilas y pilas de cadáveres. El tembloroso portavoz de la ONU confirmó la muerte de la secretaria general. Los comentarios, la especulación, los informes y las teorías, y luego otros informes y teorías que los contradecían, cubrían por completo el vacío que separaba los planetas. Los retrasos en la comunicación hacían casi imposible ordenar los acontecimientos. Todo parecía estar ocurriendo al mismo tiempo.

Naomi supuso que eso era justo lo que Marco quería.

Los sucesos de otros lugares, cosas que en otras circunstancias habrían sido devastadoras, no parecían más que notas al pie de la gigantesca destrucción que estaba teniendo lugar en la Tierra. Sí, había tenido lugar un intento de golpe de Estado en Tycho, pero la Tierra podía acabar destruida. Una célula de la APE también se había hecho con el control de los muelles de Ganímedes, pero la Tierra podía acabar destruida. Y los navíos de escolta marcianos se enfrentaban a una flotilla desconocida cerca de los asteroides de Hungaria, pero la Tierra podía acabar destruida. Flotaba en el ambiente la sensación de que la humanidad se enfrentaba a una amenaza inevitable.

Fuera, en la sala común, se oían voces de júbilo exaltadas y entusiasmadas con cada nueva noticia. Naomi las veía en el camarote que le habían asignado, cada vez más conmocionada. Y no solo eso, sentía algo más. Tardó medio día en apagar la pantalla. El reflejo de su rostro en la negrura posterior le pareció muy similar al de un periodista que intentase sin suerte encontrar las palabras adecuadas para describir la situación. Naomi se impulsó para alejarse del asiento de colisión y salió a la sala común. Era muy parecida a la cocina de la *Rocinante*, y su mente no dejaba de intentar encontrar similitudes. Un espacio del todo desconocido le hubiera resultado mucho más sencillo de afrontar que aquel valle inquietante de lo arquitectónico.

—¿Qué tal, Nudillos? —dijo Cyn, que se apartó de la multitud—. *Wo gehst?*

Naomi le dedicó un gesto de indiferencia con las manos, pero Cyn no volvió a sentarse. No era un amigo preguntando adónde iba, sino un guardia exigiéndole información a un prisionero. Al darse cuenta, adecuó su expresión a la situación.

—Era esto, ¿verdad? Esta era la razón por la que me necesitaba.

—Marco *ist* Marco —dijo Cyn con una voz que, de tan amable, le sonó extraña—. Creyó que tenías que estar con nosotros. Eso hicimos. ¿Qué más da la razón? Ahora este *ist* el lugar más seguro del sistema.

Naomi respiró hondo y luego soltó el aire.

—Tengo mucho que asimilar —dijo—. Mucho.

—*Gut* —dijo Cyn.

Naomi se miró las manos y entrelazó los dedos. «Actúa como uno de ellos», pensó. ¿Qué sería de ella si volvía a unirse a ese bando? La respuesta llegó de forma muy natural, como si ya fuese uno de ellos, como si siempre lo hubiese sido.

—La nave tiene un inventario —dijo Naomi—. Podría hacer las comprobaciones y ser de utilidad.

—Te ayudo —dijo él al tiempo que se le acercaba.

Naomi sabía adónde ir, dónde la iba a dejar el ascensor y el lugar en el que se encontraba el taller. No se había dado cuenta de que durante los años que había pasado en la *Roci* también había interiorizado la lógica del diseño de las naves de la armada de Marte. Cuando llegó a su destino, sabía dónde encontrar las baterías de diagnóstico aunque nunca hubiese pisado aquella estancia en concreto.

Cyn titubeó un poco cuando la vio empezar a abrir las taquillas. Comprobar el inventario y probar las baterías, los relés y las burbujas de almacenamiento era algo que todo aquel que había crecido en el Cinturón había hecho en algún momento durante su tiempo libre. Para ellos era tan natural como beber agua, por lo que cuando Naomi cogió un relé, él hizo lo propio. La puerta de la bodega estaba sellada, pero Cyn activó el ciclo de apertura.

El lugar estaba bien aprovisionado. Había palés magnéticos afianzados en las cubiertas y formando hileras muy bien colocadas. Naomi se preguntó de dónde los habían sacado y qué habían prometido a cambio a sus anteriores dueños. Se colocó junto al que estaba más cerca, tocó los controles del palé y lo abrió. En el interior había cajas. Baterías. Cogió la primera y la metió en el aparato que usaba para revisarlas. Se iluminó una luz verde, sacó la batería, la volvió a colocar donde estaba antes y cogió la siguiente.

—Todo irá bien —dijo Cyn—. Son de manufactura militar.

—Y gracias a Dios que los militares nunca hacen las cosas mal, ¿verdad? —El indicador se puso verde e intercambió la batería que tenía en la mano por la siguiente. Cyn se acercó a la siguiente caja, la abrió y empezó a imitar a Naomi.

Ella sabía que lo hacía por ser amable. No la había acompañado porque fuese su amigo, sino porque era su carcelero. El hombre podría haberla vuelto a llevar a su camarote y cerrar la puerta para abandonarla allí, pero no lo había hecho. También podría haberse quedado haciendo guardia mientras ella revisaba las baterías, y tampoco lo había hecho. En lugar de eso, se limitó a fingir que realizaban la misma tarea, de igual a igual. Aunque ello significase perderse el echarse una cerveza viendo el Día del Juicio Final con sus colegas. Naomi sintió un atisbo de gratitud en contra de su voluntad.

—Menudo día, ¿eh?

—Mucho tiempo preparándolo —comentó Cyn.

—Mucho tiempo —repitió Naomi de inmediato.

—Tiene que ser raro volver a verlo.

Naomi sacó otra batería, la comprobó, volvió a colocarla y cogió la siguiente. Cyn carraspeó.

—*Désolé*. No debería haber dicho eso.

—No, no pasa nada —dijo Naomi—. Y sí, se me hace muy raro volver a verlo. Me costó mucho dejarlo atrás y creía que nunca iba a volver.

—Una mala época.

—¿Esta o la del pasado?

Cyn soltó una carcajada y la miró con condescendencia y gesto inquisitivo.

—¿Esta? *C'est* la tierra prometida. Los cinturianos se han impuesto. Ya sabes cómo era antes. Seguro que recuerdas los problemas de no tener suficiente oxígeno o cuando te rompías los huesos porque las medicinas eran demasiado caras por culpa de los impuestos.

—Lo recuerdo —aseguró Naomi, pero Cyn había cogido carrerilla y decidido que no iba a quedarse callado. El hombre soltó el aparato y se quedó mirándola. La compasión había desaparecido de su rostro para dar paso a la rabia. No parecía enfadado con ella, sino con algo mucho más significativo.

—*Trois* de mis primos murieron porque las empresas de la Tierra no vendían buenos medicamentos contra el cáncer a los cinturianos. Nos dan la mierda que les sobra de las granjas de Ganimedes. Y para ellos estamos al mismo nivel. No debería ser así, pero ¿a quién le importa? Le quitaron la nave al *zio* Bennett porque se retrasó en pagar el permiso. Ni siquiera estaba en uno de esos pinche embarcaderos terrícolas, pero no había pagado y lo abordaron, lo abandonaron en Ceres y vendieron todo su equipo. ¿*Warum* lo hacen? ¿Para protegernos de los piratas? ¿Acaso nos protegen de los fabricantes de tercera que venden trajes viejos como si fuesen nuevos? ¿Acaso les importa si nos pegan un tiro? ¿Si nos matan?

—No, sé que no lo hacen ni les importa.

—Hacían e importaba, Nudillos. Porque ahora el pasado es el pasado. Hoy —dijo al tiempo que hacía un gesto con la mano para abarcar sus alrededores—. Llevas mucho tiempo volando con ellos, y puede que no sea *deine Schuld*. Lo que ocurrió, alejarte de Filipito. Puede que sea culpa nuestra, *ou non*? Pero empiezo a pensar que llevas tanto tiempo compartiendo catre con un coyo de la Tierra que te has olvidado de lo que eres. Quizá hasta has empezado a pensar que eres como ellos.

«No —quiso decir—, nunca lo he olvidado.» Pero mientras empezaba a articular las palabras se dio cuenta de que quizá no fueran ciertas. En el pasado había habido una niña con su nombre que pertenecía a aquel lugar. Una que había sentido la misma rabia que ahora notaba en Cyn y en Filip. Una que habría disfrutado con las muertes que habían asolado la Tierra. Pero Jim era de la Tierra. Y Amos. Y Alex era de Marte, que desde la perspectiva cinturiana era casi lo mismo. ¿Y qué había sido ella? ¿La mascota cinturiana? ¿La que nunca había llegado a encajar? Naomi sabía que eso no era cierto, lo que demostraba que tenía que ser algo diferente.

Pero ¿la conocían de verdad sus compañeros? No les había contado muchas cosas y no sabía cómo habría cambiado la relación de haberlo hecho.

Cyn la miraba con el ceño fruncido, la vista fija y los dientes apretados. Naomi intentó ocultarse detrás de un mechón de pelo, pero no fue suficiente. Allí no servía de nada. No en aquel preciso momento. Tenía que decir algo, tenía que reaccionar o sería lo mismo que confesar, y estaba harta de asumir las consecuencias de cosas que no había decidido ella. Intentó pensar en qué diría Jim, pero pensar en él fue como tocar una herida abierta. Se sentía culpable por haberle ocultado su pasado, sentía pena y mucha añoranza porque estaban separados, y también miedo por si le había ocurrido algo malo en Tycho. O por si le estaba ocurriendo en aquel preciso momento mientras ella no podía hacer nada para ayudarlo. No sabía qué habría hecho Jim en su situación, pero tampoco se atrevió a imaginárselo.

«Muy bien. Pues Amos. ¿Qué haría Amos?»

Respiró hondo y soltó el aire. Cuando volvió a alzar la vista, se echó a un lado el mechón de pelo. Sonrió.

—Bueno, Cyn, es una forma de pensar —dijo con intensidad—. ¿No?

Cyn parpadeó. Estaba claro que no esperaba una respuesta así. Naomi comprobó la última de las baterías que quedaba en su palé, la volvió a colocar y luego cerró la caja. Cyn no había dejado

de mirarla, con la cabeza ladeada un centímetro hacia la izquierda. Aquel gesto parecía haber aumentado la cautela con la que la trataba.

Bien.

Naomi hizo un gesto con la cabeza al palé que tenía a sus pies.

—¿Vas a comprobar esas de ahí? —preguntó—. ¿Quieres que te ayude?

Los ataques parecieron terminar a la hora de la cena. No obstante, los canales de noticias trabajaban a toda máquina. Naomi se sentó a una mesa, como el resto de la nave, le resultó demasiado familiar. Cyn se encontraba a su derecha, y a su izquierda había una mujer que no conocía. Tenía frente a ella un plato lleno de champiñones en salsa picante hechos por Rokku. Se lo comió con una mano como los demás y se preguntó si alguien hubiera sido capaz de distinguir que ella ya no formaba parte de aquel grupo.

Habían dejado puesto un canal de la estación Tycho. Naomi lo vio e intentó no sentir nada. Al ver aparecer a Monica Stuart sintió una punzada de pavor que fue incapaz de explicar. La mujer presentó la entrevista con información que a Naomi no le contó nada nuevo. Luego se volvió hacia Fred Johnson, quien se encontraba sentado frente a ella con postura envarada. Lo vio mayor. Y cansado. Naomi dejó de mirar a la pantalla e intentó no hacer mucho caso a lo que decían. Miraba con el rabillo del ojo hacia los bordes de la imagen, consciente de que Jim podía estar junto a ellos. A su alrededor, los demás no dejaban de hacer comentarios y abuchear, pero consiguió oír parte de la entrevista.

—¿Cree que usted era el objetivo principal del ataque?

—Eso parece.

—¡Puto mentiroso! —gritó alguien desde el otro extremo de la cocina. El resto rugió para demostrar su aprobación. Cyn incluido.

Fred se movía con mucho cuidado, y tenía la cámara fija en el rostro. Estaba herido y no quería que se notara. Naomi había oído en una ocasión que en la Tierra los pájaros hacían todo lo posible para no revelar que estaban heridos, ya que una debilidad evidente era una invitación para atacar. La comparación le hizo ver a Fred como alguien vulnerable. Quizá ahora todo era vulnerable.

—Los atacantes están bajo custodia y pronto esperamos tener claro lo que ha ocurrido.

Aquellas palabras le hicieron darse cuenta de algo. Conociendo a Marco, le resultaba muy raro que no hubiese enviado una nota de prensa para reivindicar lo ocurrido. Al fin y al cabo, a ella la había secuestrado para jactarse de lo ocurrido, ¿no?

¿No? Se suponía que tendría que haber acudido a la cita con la *Rocinante*, pero había decepcionado a todos cuando no había sido así. Lo había hecho por la nave, ¿no? ¿O por Jim? Le dio miedo imaginar lo que habría ocurrido de no haber ido sola.

Y como si pensar en él lo hubiera invocado, Monica Stuart terminó la entrevista con el coronel Fred Johnson, portavoz de la APE y director de la estación Tycho, y se volvió hacia el capitán James Holden.

Naomi empezó a respirar de manera entrecortada.

—Nos han dicho que trabajaba usted como guardaespaldas del coronel Johnson —dijo Monica.

—Sí, así es —dijo Jim al tiempo que hacía una ligera mueca de disgusto. Estaba claro que el trabajo no le había salido muy bien—. En realidad no habría hecho falta. Las personas que se infiltraron en el equipo de seguridad resultaron ser pocas. Lo cierto es que el coronel nunca estuvo en peligro.

Mentía. Naomi apartó el plato que tenía delante.

—¿Es verdad que había un objetivo secundario? Hay personas que indican que el ataque podría haber sido una excusa para ocultar un robo.

La irritación cruzó la mirada de Jim por un instante. Naomi se preguntó si alguien más se había dado cuenta. Seguro que era porque Monica no les estaba haciendo las preguntas que habían acordado.

—No he oído esos comentarios —dijo Jim—. Que yo sepa, además de los daños a la infraestructura de la estación, el golpe de Estado ha sido un completo fracaso.

Otra mentira.

—¡Quitad ese canal! —gritó alguien. Se oyó un coro de asentimiento. Alguien dedicó un insulto horrible a Jim. Cyn miró a Naomi y luego apartó la mirada. Naomi volvió a concentrarse en la comida. La salsa picante le ardía en los labios, pero le dio igual. La pantalla cambió a uno de los principales canales de noticias de la Tierra. El reportero era un joven que llevaba un chubasquero negro. El texto al pie de la imagen decía que se encontraba en algún lugar llamado Oporto. Los edificios que tenía detrás eran antiguos y modernos, y de ellos caía un barro espeso. En un terreno elevado que tenía detrás se veían unas hileras de sacos. No, eran bolsas de cadáveres.

—Era él, ¿verdad?

Naomi no sabía cuánto tiempo llevaba Filip detrás de ella. La mujer que estaba a la izquierda asintió al oír la pregunta y luego se marchó. Filip ocupó el asiento vacío. Una barba incipiente le adornaba la mandíbula, pelo negro contra su piel de un marrón dorado. Se giró para mirar a Naomi y tardó unos segundos en ubicarla, como si estuviese borracho.

—Ese es el hombre por el que nos abandonaste, *ou non*?

Cyn gruñó como si alguien le hubiera dado un golpe. Naomi desconocía la razón. La pregunta era tan desafortunada que le pareció hasta graciosa.

—No, eso no fue lo que ocurrió —respondió—. Pero ahora vuelo con él, sí.

—Es guapo —afirmó Filip. Se preguntó a quién estaría pretendiendo imitar con aquellas palabras. No sonaba a algo que diría Marco—. Quería hablar *mit du* sobre que hayas acabado aquí. Tenemos que hablar.

Pero no siguió la frase. Naomi se preguntó si era arrepentimiento lo que había visto en su mirada o si se lo estaba imaginando porque era lo que le hubiese gustado ver. No supo qué responder ni cómo continuar la conversación. Sentía que era muchos tipos de persona al mismo tiempo: la prisionera, la colaboradora, la madre que se había reencontrado con su hijo, la madre que lo había abandonado, y que todas esas personas tenían algo diferente que decir. Y tampoco sabía si alguna de ellas era su auténtica identidad.

Lo más probable es que fuese todas al mismo tiempo.

—No fue como me hubiera gustado —dijo entre tartamudeos, como si le costara pronunciar las palabras—. Pero es lo que pasa en muchas ocasiones, ¿no crees?

Filip asintió y bajó la mirada. Pensó por un instante que se iba a marchar, y no supo a ciencia cierta si quería que lo hiciera o que se quedara.

—Eso que ves ahí —dijo Filip—. En el canal. Soy yo.

El reportero era mayor que Filip y tenía los hombros más anchos y la cara más amplia. Por un momento Naomi intentó encontrarles el parecido, pero luego sintió un escalofrío y descubrió a qué se refería en realidad.

—Es obra tuya.

—Es mi regalo de *Geburtstage* —dijo Filip—. Ese dispositivo de camuflaje que había en las rocas. Yo lideré al equipo que lo robó. Yo. Sin mí, nada de esto hubiese ocurrido.

Estaba presumiendo. Naomi vio en los pliegues de sus ojos y en lo blanco de sus labios lo mucho que quería impresionarla. Tener su aprobación. Sintió que una rabia se agitaba en su interior. En la pantalla, el reportero había empezado a recitar una lista de organizaciones de ayuda y grupos religiosos. Gente que intentaba organizarse para ayudar a los refugiados, como si no fuese la población del planeta al completo la que necesitaba ayuda en aquel momento.

—También lo hizo conmigo —dijo a Filip, que le dedicó una expresión inquisitiva—. Tu padre también manchó mis manos de sangre. Me hizo cómplice de sus asesinatos. Supongo que pensaba que así le iba a resultar más fácil controlarme.

No fue el comentario adecuado. El chico se estremeció y se cerró a la conversación, como la antena de un caracol al entrar en contacto con la sal. El canal cambió. Los muertos y desaparecidos en la Tierra habían superado la cifra de doscientos millones. Se oyó un grito de júbilo en la cocina.

—¿Por eso te fuiste? —preguntó—. ¿Porque no podías soportar hacer lo que había que hacer?

Naomi se quedó en silencio un rato. Luego respondió:

—Sí.

—Entonces, mejor que te fueras —dijo Filip. Naomi intentó convencerse de que no lo había dicho en serio, de que lo había hecho para hacerle daño. Y había funcionado. Pero también sintió una pena enorme por todas las cosas que su niño podría haber sido y no era. Por el buen hijo en el que podría haberse convertido si le hubieran dejado alguna alternativa. Pero ella lo había dejado en manos de un monstruo y la infección se había extendido. Eran una familia de monstruos: padre, madre e hijo.

Pensar así le ayudó a sobrellevarlo.

—Es mi culpa —dijo—. Todas esas personas han muerto por mi culpa. Intenté marcharme. Le dije que no lo entregaría a las autoridades si me dejaba marcharme contigo, así que fue él quien se fue. Me dijo que me estaba comportando como una loca y que no quería que estuviera contigo. Que a quien iba a entregar a las autoridades era a mí.

—Lo sé —dijo Filip. Escupió—. Me lo contó.

—Me iba a obligar a hacerlo una y otra vez. Siempre. Matar más personas para él. Intenté hacerlo. Intenté aguantar. Los dejé morir. ¿Te contó también que intenté suicidarme?

—Sí —dijo Filip. Naomi necesitaba parar. No quería hacerle cargar también con aquella culpa. Era su pequeño. Su pequeño que acababa de ayudar a destruir un planeta entero.

Dios, y aún quería protegerlo. Menuda estupidez, ¿no? Ahora era un asesino. Tenía que saberlo.

—Estaba en una esclusa de aire de la estación Ceres. Preparada para abrirla. Lo único que tenía que hacer era dar un paso. Era una de las antiguas. Azul y gris. Y tenía un aroma a manzana artificial. Seguro que se debía a algo que había en el reciclador. Y lo hice. Inicié el ciclo de apertura, pero la estación había puesto un mecanismo de protección del que no sabía nada. Y bueno. —Hizo un gesto de indiferencia con las manos—. Ese fue el momento en el que me di cuenta.

—¿De qué?

—De que no podía salvarte. De que acabarías con una madre muerta o con una ausente. Esas eran las únicas opciones.

—Hay personas que no están preparadas para ser soldados —dijo Filip. Lo hizo para hacerle daño, pero Naomi ya no podía estar peor.

—El único derecho que tenemos respecto a otras personas es el derecho a marcharnos. Te

habría llevado conmigo si hubiese podido, pero fue imposible. Me habría quedado si hubiese podido, pero también fue imposible. Te habría salvado si hubiese podido.

—No necesitaba que me salvaras.

—Acabas de matar a doscientos cincuenta millones de personas —dijo—. Y alguien debería haber evitado que lo hicieras.

Filip se levantó, inexpresivo. Naomi vislumbró por un momento el aspecto que tendría de mayor. Y también el que había tenido de niño. Vio un dolor inmenso en su mirada. Era diferente al suyo. Un dolor que Naomi esperaba que sintiese de verdad. Tenía la esperanza de que lamentara lo que había hecho.

—Antes de que te suicides, ven a hablar conmigo —dijo Naomi.

Él se apartó un centímetro, como si Naomi le acabara de gritar.

—*¿Warum* haría algo tan estúpido? *Je ne suis pas* un cobarde.

—Cuando llegue el momento, ven a hablar conmigo —repitió ella—. Nada conseguirá que olvides lo que has hecho, pero puedo ayudarte si quieres.

—No me importas una *merde, pute* —espetó Filip antes de marcharse.

El resto de los que se encontraban en la cocina los miraban o fingían que no. Naomi negó con la cabeza. Les dejó mirar. Todo le daba igual. Ni siquiera se sentía mal. Su corazón se había convertido en algo tan vasto, seco y vacío como un desierto. Tenía las cosas muy claras por primera vez desde que había visto la llamada de Marco en la estación Tycho.

Casi se había olvidado de que Cyn se encontraba en la misma estancia, pero en ese momento el hombre habló.

—Unas palabras muy duras para su gran día.

—Así es la vida —dijo Naomi. Pero pensó: «Este no es el gran día».

Oyó las palabras de Marco en sus recuerdos:

«Uno debe hablar como los opresores si quiere que estos le hagan caso. No solo el mismo idioma, sino también la misma dicción».

Pero Marco no había hablado con nadie aún. Naomi no tenía claro cuál era su plan, pero sabía muy bien que Marco era el único que lo conocía al completo.

Y que, fuera cual fuese, aún no había terminado.

Amos

SULLIVAN murió cuando había ascendido unos quince metros por el hueco del ascensor.

El plan, si es que podía llamarse así, era abrir las puertas del hueco, subir un piso y abrir las de ese. Cada piso era un buen lugar en el que descansar antes de subir al siguiente y, cuando llegaran donde se encontraba la cabina en los pisos superiores, tendrían la experiencia suficiente con el lugar para encontrar la manera de evitar a los guardias o de obligarlos a que los dejaran pasar. Pero ese era un problema al que tendrían que enfrentarse cuando llegaran arriba.

Tardaron una hora en abrir las primeras puertas, porque estaban cerradas a cal y canto y porque eran más gruesas de lo que lo eran normalmente las puertas de los ascensores. Amos, Sullivan y Morris habían empujado una de las hojas mientras Konecheck había hecho lo propio con la otra gracias a sus implantes, y así habían conseguido abrirlas lo suficiente para pasar. El suelo se había estremecido en dos ocasiones, la segunda con más fuerza que la primera. El manto planetario al completo se había puesto a vibrar como una campana. Amos empezaba a sentir sed, pero no creyó que mencionarlo fuese a servir para algo.

El hueco estaba oscuro, cosa que Amos esperaba. También estaba húmedo, cosa que no. Caían unas gotas negras como lluvia sucia que manchaban las paredes y hacían que se resbalasen. No estaba seguro de si venían de alguno de los pisos superiores o si la parte del edificio que daba a la superficie había quedado destrozada. Los guardias tenían linternas, pero a la luz de los haces solo se veían paredes de metal y los huecos por los que se movía la cabina. Destacaban una serie de paneles de acceso que se repetían cada cierta distancia y que parecían armarios que se perdían en la oscuridad en las alturas.

—Esa es la escalerilla de mantenimiento —dijo Rona al tiempo que acercaba la luz de la linterna a las puertas de uno de esos armarios—. Esas puertas se repliegan y detrás hay asideros.

—Genial —respondió Amos, que se asomó al hueco. El agujero descendía unos tres metros y en el fondo había una sopa oscura que bien podía ser más profunda, pero Amos esperaba no tener razones para descubrirlo. El aire olía a ceniza y a pintura. No quería pensar demasiado en el líquido que caía por el agujero ni en su procedencia. El hecho de que fuese tóxico no cambiaba lo que ellos tenían que hacer.

El hueco entre los pisos era de más o menos medio metro. Amos extendió el cuello y consiguió ver la abertura iluminada alrededor de las hojas de la puerta del ascensor en la pared, pero no había lugar para meter los dedos. Le pareció ver algo arriba del todo, un brillo que desapareció con el siguiente parpadeo.

—¿Podemos llegar a las siguientes puertas? —preguntó Clarissa detrás de él—. ¿Cómo lo ves?

—Veo que necesitamos un plan C —respondió Amos, que volvió al pasillo de la prisión.

Konecheck rio entre dientes, y Sullivan se volvió hacia él y levantó esa cosa parecida a un arma hacia la cabeza del prisionero.

—¿Te parece divertido, gilipollas? ¿Te hace gracia la situación, joder?

Amos ignoró la tensión homicida del ambiente y miró el arma. No era como nada que hubiera visto antes. La empuñadura era de cerámica maciza y contaba con una interfaz de contacto que la recorría. El cañón era corto, cuadrado y del ancho de su pulgar.

Konecheck alzó la mirada hacia Sullivan con el rostro desfigurado por la rabia y con

expresión de desafío, algo que a Amos no le importaba mientras no pasara de ahí.

—¿Vas a usar eso, pequeñín?

—¿Qué dispara? —preguntó Amos—. Dime que no es una de esas cosas antidisturbios y que aquí abajo os dan balas de verdad.

Sullivan se volvió hacia él sin dejar de apuntar a Konecheck. Amos sonrió y luego puso la mano en el brazo del guardia y lo bajó con suavidad y muy despacio.

—¿A qué coño te refieres? —preguntó Sullivan.

—Es el plan C —explicó Amos—. Esa cosa dispara balas de verdad y no de las de gel o una mierda de esas, ¿verdad?

—Lleva balas de verdad, sí —respondió Morris—. ¿Por qué?

—Porque se me acaba de ocurrir que un arma en realidad se puede usar como un puño de metal algo cutre.

—Vas a tener que explicarte mejor —dijo Clarissa.

—Estaba pensando que tenemos tres puños de metal algo cutres que podemos usar para dar puñetazos al metal —dijo Amos.

Las armas tenían un enlace biométrico con los guardias, por si alguien como Bombón o Konecheck se hacía con una, por lo que Amos y Rona bajaron a ese fango en lugar de hacerlo solo Amos. El lodo negro le llegó hasta el tobillo, y estaba frío y pringoso. El primero de los armarios tenía la parte inferior sumergida en la superficie oscura. Amos golpeó el metal con los nudillos y se concentró en el ruido que hacía. El haz de luz de la linterna envolvió el hueco del ascensor y lo iluminó como si estuviera anocheciendo.

—Dispara aquí —dijo Amos, que marcó el metal con un poco de lodo—. Y aquí. Veamos si podemos crear unos asideros para los dedos.

—¿Y si rebota?

—Sería una putada.

El primer proyectil dejó un agujero de un centímetro de ancho en la chapa de metal. El segundo, de un poco menos. Amos palpó los bordes con la punta de los dedos. Estaban afilados, pero no tanto como un cuchillo. La lluvia negra le había manchado los hombros de la camisa, y esta había empezado a pegársele a la espalda.

—Oye, pequeñito —llamó—. ¿Puedes bajar un segundo?

Se hizo un breve silencio, roto por el gruñido de Konecheck.

—¿Cómo me has llamado?

—Pequeñito. Ven a echarle un ojo a esto. Podría servirnos.

Konecheck aterrizó en el agua con un salpicon y llenó de lodo a Amos y a Rona. No pasaba nada. El prisionero hizo el numerito de estirar los músculos de la espalda y las manos y luego metió los dos dedos en los agujeros de las balas, apoyó el otro brazo contra la pared y tiró. Una persona normal no habría podido hacer nada, pero el Foso no era un lugar para personas normales. El metal cedió, se dobló y dejó al descubierto una hilera de peldaños de metal con textura rugosa para tener más agarre. Konecheck sonrió, y el moretón de su cara magullada y la barba incipiente le hicieron parecer una criatura salida de una atracción de feria. Tenía las puntas de los dedos rojas y peladas, pero Amos no vio ni una gota de sangre.

—Muy bien —dijo Amos—. Es muy cutre, pero ahora tenemos un plan. Salgamos de aquí.

La escalerilla era estrecha e irregular. Era un proceso muy lento, pero la única alternativa. Sullivan y Konecheck subieron delante: el guardia con el arma preparada para hacer los huecos para los dedos y el monstruo para tirar de las planchas y arrancar el metal. Amos se sentó en el suelo de hormigón del pasillo con las piernas colgando en el hueco. Morris y Rona se quedaron en

pie detrás de él rodeando a Clarissa. A Amos le rugió el estómago. Se oía una y otra vez el estallido del arma sobre ellos.

—Me sorprende que no fuese más difícil encontrar la manera de salir —comentó Clarissa.

—Las prisiones no están hechas para dejarte encerrado en el interior, sino para retrasarte lo suficiente como para que alguien te pegue un tiro, ¿sabes? —comentó Amos—. Así es como funcionan.

—¿Has estado en alguna? —preguntó Rona.

—Qué va —dijo Amos—, pero conozco a gente que sí.

Se oyeron otros dos disparos y nadie cayó de la escalera ni se derrumbó nada en el hueco. La alarma dejó de oírse una hora después, y el silencio posterior fue tan repentino e inquietante como el ruido anterior. Ahora se oía un estrépito en la distancia. Voces cargadas de indignación. Se oyeron dos disparos que no venían del hueco del ascensor. Amos no sabía cuánta gente había en el Foso entre prisioneros, guardias y a saber qué más. Puede que cien. Puede que más. Supuso que los prisioneros estaban en el interior de las celdas. Encerrados. Y que si había más guardias seguro que habían empezado a actuar por sí mismos y no tenían pensado ir a buscarlos.

Otros dos disparos en el hueco, un murmullo y luego un grito. Amos estaba en pie antes de que el cuerpo de Sullivan cayese desde las alturas. Aterrizó en el fango del fondo. Rona pegó un grito y bajó mientras Morris encendía la linterna y apuntaba el haz hacia la escalerilla. Los pies de Konecheck eran dos puntos iluminados sobre los que apareció su rostro ensombrecido.

—Se ha resbalado —gritó.

—¡Y una mierda! —gritó Rona. Tenía el arma en la mano e iba en dirección a la escalerilla. Amos bajó al hueco y se interpuso en su camino con los brazos extendidos.

—Oye, oye, oye, nada de perder los papeles. Necesitamos a ese tipo.

—Vamos por el cuarto piso —dijo Konecheck—. Empiezo a ver luz ahí arriba. También noto una brisa. Ya casi está.

Sullivan estaba tendido en el barro y tenía la pierna bajo el cuerpo, doblada en un ángulo imposible y flácida como un trapo. Aún empuñaba el arma. Un indicador amarillo en ella indicaba que se había quedado sin munición. Sullivan había vivido lo suficiente antes de dejar de ser útil y luego Konecheck lo había matado.

Ese imbécil no había esperado ni a llegar a la superficie.

—Se ha resbalado —confirmó Amos—. Son cosas que pasan. Dejémonos de estupideces.

La rabia y el miedo hicieron rechinar los dientes de Rona. Amos sonrió y le dedicó un gesto con la cabeza, porque le pareció que era lo típico que se solía hacer en esas situaciones. No supo distinguir si había servido de algo.

—¿Va a subir alguien o voy a tener que seguir con esto yo solo? —gritó Konecheck.

—Que suba Morris —dijo Clarissa—. Con dos armas: una para el metal y otra por si acaso le hace algo. Ha sido un error y no volverá a ocurrir.

—¿Y dejarte a ti a tus anchas? —dijo Morris detrás de ella—. Ni de broma. Tiene que haber un guardia armado con cada prisionero.

—Tranquilo, yo evitaré que haga nada —dijo Amos, pero los guardias hicieron caso omiso.

—Subiremos todos —sentenció Rona—. Todos. Y si alguno hace el más mínimo gesto amenazador, juro por Dios que os mato.

—Yo soy civil —apuntilló Amos.

Rona señaló los peldaños con la barbilla.

—Arriba.

Empezaron a subir por la escalerilla hacia la oscuridad. Paso a paso. Unos diez metros, quizá

doce. Morris iba primero, después Clarissa, luego Amos y Rona era la última, con la linterna a buen recaudo en el cinturón y el arma empuñada. Konecheck consiguió abrir el siguiente tramo de escalerilla sin dejar de gruñir ni de soltar tacos por el esfuerzo. El fango negro seguía goteando desde las alturas y lo pringaba todo. Amos se preguntó si Sullivan no se habría resbalado de verdad, y luego rio entre dientes muy bajo para que nadie lo oyese. Konecheck llegó hasta el extremo superior de la escalerilla y se quedó colgando a un lado para dejar pasar a Morris. Se oyeron dos disparos y los hombres volvieron a intercambiar posiciones. Amos se preguntó si los peldaños estaban diseñados para soportar el peso de dos hombres al mismo tiempo. No se doblaban, al menos. Pasó mucho tiempo contemplando los tobillos de Clarissa, su piel pálida y sucia. Empezó a ver cómo temblaban. Puede que le doliera mucho la mano que se había roto, pero no dijo nada.

—¿Estás bien, Bombón?

—Estoy bien —respondió—. Un poco cansada.

—Aguanta, bizcochito —dijo Amos—. Ya casi hemos llegado.

Cada vez quedaba menos hueco del ascensor sobre ellos. No había ni rastro de la cabina ni de los guardias que se encontraban en el interior. Solo un cuadrado gris claro en el que ululaba la brisa. En un momento dado, cuando quedaban cuatro o cinco metros para llegar a su destino, Rona hizo un ruido similar a un sollozo, pero solo una vez. Amos no le preguntó qué tal estaba.

Konecheck llegó arriba y se aupó por el borde seguido de Morris, a quien le costó algo más. La lluvia negra seguía cayendo y se había vuelto más fría. Clarissa había empezado a temblar, y todo su cuerpo se agitaba como si fuese muy ligera y la brisa fuese a levantarla del suelo.

—Tú puedes, Bombón.

—Lo sé —dijo—. Sé que puedo.

Se impulsó por el borde, y luego Amos hizo lo propio. El hueco del ascensor terminaba en una plataforma sin obstáculo alguno, como si la mano de Dios hubiera pasado para barrerlo todo. La entrada del edificio estaba reducida a una amalgama de hormigón y madera astillada en mitad de la nada. La valla había desaparecido. Los árboles del horizonte habían quedado reducidos a rastrojos. Amos solo vio tierra y arbustos. El cielo estaba oscuro, y unas nubes enormes y bajas se desplazaban de un lado a otro como si de olas invertidas se tratase. El viento soplaba del este y traía consigo un hedor que no fue capaz de identificar. Era un paisaje muy parecido al de una batalla recién terminada. Peor.

—Venga —le dijo Rona al tiempo que le daba un golpecito en la pierna. Luego, sin previo aviso, Konecheck gruñó y Morris pegó un grito. Se oyó un disparo mientras Amos terminaba de subir y se ponía en pie. Konecheck había agarrado a Morris y lo sujetaba en el aire. La cabeza del guardia colgaba inerte y no dejaba lugar a dudas de lo sucedido. Clarissa estaba tirada en el suelo junto al prisionero de pelo canoso.

Las miradas de Amos y Konecheck se encontraron una fracción de segundo. Amos vio en él un regocijo primordial, la alegría de un chaval al quemar hormigas con una lupa. Konecheck soltó al guardia y se abalanzó hacia él con una velocidad inhumana y dejando huellas en aquel barro pringoso. Amos también se lanzó contra él, algo que el prisionero no esperaba, y le dio un puñetazo debajo de las costillas. Pero el codo de Konecheck salió de la nada y golpeó a Amos en la oreja con tanta fuerza que el mundo empezó a girar a su alrededor. Se tambaleó, y Konecheck lo agarró del brazo y del cinturón. Sintió como lo levantaba del suelo y vio la cabeza de Konecheck bajo él. Miró hacia el hueco del ascensor y vio que Rona lo miraba desde la escalerilla, con los ojos desorbitados y la boca abierta. La negrura bajo ella era interminable. Amos se preguntó si volvería a ver a Lydia cuando llegara al fondo. Lo más seguro era que no, pero se trataba de un

último pensamiento muy agradable.

El disparo desestabilizó a Konecheck, y Amos aprovechó el momento para conseguir zafarse. Cayó bocarriba. Clarissa estaba tumbada sobre Morris y tenía las dos manos alrededor del puño en el que el guardia tenía el arma. Volvió a apuntar al otro prisionero. La sangre empezó a manar del pecho de Konecheck, pero antes de que pudiese abalanzarse sobre ella, Rona se aupó del hueco del ascensor y lo agarró por el tobillo. Konecheck la intentó apartar de una patada tan rápida que la pierna del hombre se convirtió en un borrón. Rona gritó, pero Amos ya se había vuelto a levantar, de cuclillas para mantener bajo el centro de gravedad. El mundo aún giraba a su alrededor. No podía confiar en su oído interno, pero había pasado muchos años en ingravidez. Ignorar el vértigo era tan natural como que el agua mojase.

Le dio un puntapié muy fuerte a Konecheck en la entrepierna, y el hombre dio un paso atrás con los ojos abiertos como platos. Tuvo una décima de segundo para sorprenderse antes de caer al fondo del Foso. Así zanjaron el problema.

Amos se sentó sin dejar de tocarse la oreja herida mientras Rona terminaba de auparse a la tenue luz del exterior. Empezó a llorar y a mirar despacio, con pavor e incredulidad, la devastación que los rodeaba. Las manos de la mujer cayeron a sus costados como si fuese un pingüino. De tan sincera, su angustia perdió toda la gracia a pesar de parecer ridícula. La mujer actuaba como si lo hubiera perdido todo, y eso le hizo recuperar la dignidad a la situación.

—¿Qué ha pasado? —gritó la mujer como si alguien le fuese a responder. La brisa se llevó sus palabras. Luego dijo—: Por Dios, Esme.

Clarissa se había puesto bocarriba, tenía los brazos extendidos bajo aquella lluvia sucia y la cabeza apoyada en el cadáver del guardia como si fuera una almohada. También los ojos cerrados, pero Amos vio que se le movía el pecho. Amos miró a Rona con los ojos entornados.

—¿Esme? ¿Es de los tuyos?

Asintió sin mirar a Amos.

—Bueno —continuó él—. Si necesitas ir a buscarla, no hay problema.

—La prisionera... tengo que...

—No pasa nada. Yo evitaré que se meta en líos. Hasta que vuelvas. ¿Vale?

Sonó muy absurdo, pero la mujer pareció aceptarlo. Empezó a andar a trompicones hacia una colina baja que se alzaba en el horizonte. No iba a volver. Nadie iba a volver. No había ningún lugar al que volver.

Clarissa abrió los ojos. Amos vio cómo se le dibujaba una sonrisa en el rostro y alzaba las manos pringosas para luego atusarse el pelo. Rio, un sonido cargado de júbilo.

—La brisa —dijo—. Dios, pensé que nunca volvería a sentirla. Pensé que nunca volvería a salir. Es precioso.

Amos contempló las ruinas a su alrededor y se encogió de hombros.

—Supongo que depende del contexto.

Tenía hambre y sed. Estaba mojado. No tenían ropa ni lugar en el que cobijarse, y solo disponían de un arma que no podían disparar a menos que fuesen arrastrando a un cadáver. Hasta que el cuerpo se enfriara.

—Joder —dijo Amos—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Clarissa extendió un brazo enjuto y señaló el cielo con un dedo huesudo. Allí, entre las nubes y los detritos estratosféricos, se recortaba un disco pálido y perfecto.

—La Luna —dijo—. Si nos quedamos en el planeta moriremos cuando se acabe la comida. O el agua.

—Eso mismo estaba pensando.

—Hay yates. Sé dónde los guarda mi familia, pero es un puerto espacial para ricos. Hay mucha seguridad. Puede que necesitemos colarnos.

—Conozco a gente que podría ayudarnos —dijo Amos—. Si es que siguen vivos, claro.

—Pues ya tenemos plan —sentenció Clarissa, que no se movió. Había dejado de balbucear, lo que significa que no tenía heridas en la cabeza. Un problema menos. Amos se acercó, se tumbó sobre el cadáver y apoyó la coronilla en la de Clarissa. No les vendría nada mal descansar un poco, aunque tendrían que salir de allí cuanto antes. Iba a ser un viaje muy largo hasta Baltimore. Se preguntó si podrían encontrar un coche. O unas bicicletas, al menos. La oreja cada vez le latía menos. Seguro que pronto podría volver a caminar.

Aquel círculo pálido se ocultó detrás de unas volutas de nubes y cenizas que recorrían el cielo nocturno, para luego volver a aparecer.

—Qué divertido —dijo Clarissa—. Viajar a la Luna fue imposible durante la mayor parte de la historia de la humanidad. Un sueño inalcanzable. Luego se convirtió en una aventura. Luego en algo trivial. Y ahora ha vuelto a convertirse en algo casi imposible.

—Sí —dijo Amos—. Bueno...

Amos sintió que Clarissa se movía y giraba la cabeza para verlo mejor.

—¿Qué?

Hizo un gesto hacia el cielo.

—Pues que estoy casi seguro de que eso es el Sol. Pero, oye, que he entendido lo que querías decir.

Alex

LE DOLÍA la cabeza. Le dolía la espalda. No sentía las piernas. Todo eran inconvenientes hasta que recuperó la consciencia lo suficiente como para darse cuenta de que eso significaba que aún seguía con vida. El equipo médico emitió un sonido, sintió algo frío en el brazo y volvió a perder la consciencia.

Cuando despertó, se sentía casi humano. La enfermería era enorme. Cinco veces más grande que la de la *Rocinante*, como mínimo, pero más pequeña que el hospital de la *Bégimo*. La membrana antimetralla de las paredes era de un marrón suave, parecido a corteza de pan. Intentó incorporarse, pero el dolor le hizo replanteárselo.

—Vaya, señor Kamal. ¿Se siente mejor?

La doctora era una mujer de rostro menudo, piel pálida y ojos del color del hielo. Llevaba el uniforme de la ARCM. Alex asintió, más por educación que porque se sintiese mejor de verdad.

—¿Estoy bien? —preguntó.

—Depende —respondió la doctora—. Siga comiendo como si tuviese veinte años y le pasará factura.

Alex rio y sintió una punzada de dolor en el estómago. La doctora le dedicó un mohín y le puso la mano en el hombro.

—Le hemos realizado una pequeña cirugía cuando estaba inconsciente. Ese acelerón le complicó la úlcera que ya tenía.

—¿Tengo úlcera?

—Tenía. Ahora le hemos hecho un injerto, pero su cuerpo aún se está adaptando. Dele unos pocos días y estará mucho mejor.

—Sí —dijo Alex al tiempo que apoyaba la cabeza contra la almohada—. He estado muy estresado últimamente. ¿Bobbie está bien?

—Lo está. En este momento la están interrogando. Supongo que querrán hacer lo mismo con usted ahora que ha recuperado la consciencia.

—¿Y mi nave?

—La hemos dejado en el hangar y la estamos reabasteciendo. Se la devolveremos cuando todo vuelva a la normalidad.

Eso le hizo recordar algo.

—¿Normalidad?

—¿Recuerda a esos que le disparaban? Pues tenemos una escolta que se está asegurando de que no se les ocurra seguirnos. Nuestra idea es que usted ya se haya marchado cuando llegue el equipo de asistencia.

—Entonces ¿vienen refuerzos?

—Sí, claro —aseguró la doctora—. Media docena de las mejores naves. Seguro que son más de las que necesitamos, pero no nos conviene correr riesgos.

—Estoy muy de acuerdo —comentó Alex.

Cerró los ojos y el silencio le extrañó. Volvió a abrirlos. La doctora seguía donde se encontraba antes, así como su sonrisa y las manos, que tenía entrelazadas delante. Había lágrimas en sus ojos.

—Ha ocurrido algo mientras no estaba consciente. Será mejor que se lo digamos.

Bobbie se levantó y lo abrazó con fuerza nada más entrar en la sala de interrogatorios. Llevaba un mono como el que le habían dado a él. Al principio no dijeron nada, y a Alex le resultó extraño quedar envuelto entre los brazos de la mujer. Era mucho más alta que él, y también más fuerte. Suponía que el hecho de que una mujer tan atractiva lo agarrase así iba a tener alguna consecuencia erótica, pero lo único que sintió fue la vulnerabilidad que ambos compartían en aquel momento.

Alex nunca había estado en la Tierra. No era un lugar que conociese y tampoco podía decir que tuviera alguna conexión especial con él. Le sorprendió descubrir que se equivocaba. Doscientos cincuenta millones de muertos entre impactos y tsunamis. Y muchos más que también iban a morir pronto. Los canales de noticias habían empezado a hablar sobre los fallos en las infraestructuras, y también comentaban las temperaturas bajo cero que afectaban al hemisferio norte a pesar de que era primavera, debido a las gigantescas nubes de polvo, agua y detritos. Las grandes ciudades tenían reactores de fusión para la red eléctrica, pero todo lo que aún dependía de la energía solar había empezado a quedarse sin reservas en las baterías. Miles de millones de luces que también se iban a apagar. La secretaria general había muerto, así como un número indeterminado de miembros de la asamblea representativa. El ejército había ordenado que naves de todo el Sistema Solar se dirigieran hacia el planeta para acordonarlo en la órbita y así evitar futuros ataques. El golpe de Estado fallido de Tycho y la flotilla misteriosa con la que ellos se habían topado eran poco más que notas al pie comparado con lo que había ocurrido en la cuna de la humanidad.

Y lo peor era que nadie sabía quién era el responsable. Ni por qué lo había hecho.

Bobbie lo soltó y dio un paso atrás. Alex vio que la mirada de la mujer estaba tan vacía como la suya.

—Joder —dijo él.

—Sí.

Todos los elementos de la sala de interrogatorios le hacían sentir seguridad y comodidad. Las luces eran indirectas y no proyectaban sombras. Las paredes eran del mismo tono marrón cálido que el de la enfermería. Los asientos de colisión se encontraban alrededor de una pequeña mesa atornillada al suelo que hacía las veces de escritorio. Para Alex, era el típico despacho de los psiquiatras de las películas. Bobbie también miró alrededor, como si estuviese en un sitio del todo desconocido ahora que Alex estaba allí con ella. Hizo un gesto hacia el rincón de la pared de enfrente a la de la puerta.

—¿Quieres té? Tienen té.

—Claro. ¿Por qué no? —respondió Alex—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. O sea, estoy un poco conmocionada, pero ni siquiera he pasado por la enfermería —respondió Bobbie—. ¿Cuál quieres? Tienen orange pekoe, oolong, manzanilla...

—No conozco ninguno.

—Yo tampoco. Bueno, pues un oolong.

La máquina siseó, y Bobbie le pasó una burbuja. Estaba algo caliente y desprendía un sutil aroma a vapor de agua. Alex se sentó en la mesa e intentó darle un trago, pero quemaba mucho. Bobbie se sentó junto a él.

—Ha sido un viaje increíble —dijo ella—. Me arrepiento un poco de no haber estado consciente para verlo.

—Debería haberte avisado, pero ya sabes, la emoción del momento.

Ella agitó la cabeza.

—No pasa nada. De haber estado consciente, seguro que se me hubiese abierto una herida o

hubiese tenido un derrame. He visto los datos. En serio, incluso estando aquí con ropa limpia y mirando las grabaciones, hubo momentos en los que pensé que no íbamos a lograrlo.

La admiración que emanaba de su voz le sentó incluso mejor que el té. Estaba muy seguro de que se había ruborizado, pero esperó que Bobbie no se hubiera dado cuenta.

—Sí, estuvo muy cerca. Fue un puntazo que recordaras las naves de escolta. A mí no se me ocurría nada. ¿Sabemos de dónde coño son las otras?

—No. La mayor parte de la escolta se separó para cubrirnos, y por ahora parece que ha funcionado, pero no han recibido ninguna señal de transpondedor de los malos. Tampoco exigencias ni amenazas. Nada.

—Qué raro. —El té ya se había enfriado lo suficiente—. ¿Crees que me dejarían enviar un mensaje al capitán?

Bobbie suspiró y extendió los brazos.

—Puede que terminen dejándote, sí. Por ahora nos han tratado como aliados, pero a lo mejor tardan algo más en dejarnos usar sus baterías de comunicaciones. La escaramuza no ha terminado aún, aunque vaya camino de ello.

—¿Qué les has contado?

Bobbie frunció el ceño.

—La verdad. Aunque no me fue demasiado bien.

—¿A qué te refieres?

—Les dije que buscábamos naves desaparecidas que habían cambiado de transpondedor y que James Holden nos había dado el soplo.

—Vaya. Sí, eso suena un poco raro cuando lo dices en voz alta, ¿no?

—Después quisieron saber cómo sabía Holden dónde buscar y cuál era mi relación con él. La tuya la sabían, claro, por lo que se centraron en descubrir qué hacía yo contigo.

—¿Y qué respondiste?

—Que éramos viejos amigos y que tú habías estado en la armada, por lo que se te dan bien las naves. Yo soy más de trabajo de campo. Eso me llevó a comentarles los problemas que he tenido con el mercado negro en casa, que tú fuiste a preguntar a Hécate, el tipo que murió y los que me atacaron a mí.

—Que también murieron.

—Bueno, sí. Y después de eso creo que empezaron a sospechar cuando les dije que no sabía nada sobre ellos.

Alex se inclinó hacia delante. Aún se sentía débil y temblaba un poco.

—Al menos no creen que estemos relacionados con... ya sabes. Eso.

La puerta se abrió despacio, casi con arrepentimiento. El hombre que entró en la estancia era anciano y tenía el pelo muy blanco. Llevaba traje en lugar de mono o uniforme. Tenía el aspecto de un abogado muy amistoso. Detrás de él entraron dos marines con armadura completa. No saludaron a Alex ni a Bobbie, se limitaron a apostarse a ambos lados de la puerta. El hombre de pelo blanco saludó a Alex, luego a Bobbie y después se centró en Alex.

—¡Señor Kamal! —dijo. Su voz casaba con su apariencia—. Me alegra ver que está bien. Esperaba poder hablar con usted sobre esta situación tan desagradable que estamos viviendo. ¿Le parece?

Alex miró de soslayo a Bobbie, que se encogió de hombros de manera casi imperceptible. Al parecer no tenía ni idea de lo que pretendía aquel hombre.

—Claro —respondió Alex—. Les ayudaré en lo que pueda.

—Bien, bien, bien —dijo el hombre. Luego levantó un dedo—. Pero primero.

Se sentó a la mesa y un leve pero extraño fruncimiento de ceño adornó su rostro. Alex se sintió como si el director del colegio estuviera a punto de reprenderlos con educación.

—Sargenta Draper, me gustaría preguntarle por qué el gobierno de la Tierra parece tan interesado en querer hablar con usted. ¿Ha estado en contacto con ellos?

Bobbie se puso pálida y seria. Se llevó una mano a la boca.

—Vaya, lo siento mucho —dijo—. Parece una persona completamente diferente a la de los vídeos y no le había reconocido. Alex, este es el primer ministro Smith.

Alex se puso en pie de un brinco.

—¡Oh! Lo siento mucho, señor. Con todo lo que pasó en Ilo y demás, no pude seguir las últimas elecciones.

Uno de los guardias carraspeó, como si ocultara una carcajada. El fruncimiento de ceño del primer ministro Smith se volvió más auténtico y desconcertado. Hizo un gesto para indicarle a Alex que volviera a sentarse.

—Sí, tranquilo. No pasa nada. Pero vayamos al grano. ¿Han estado trabajando con el gobierno de la Tierra?

—No —dijo Bobbie—. He mantenido conversaciones y tengo una relación personal con una persona, eso sí. Con Chrisjen Avasarala. Pero nada más.

El primer ministro asintió y unió aún más las cejas.

—Sí, ya veo. Tras el fallecimiento de la secretaria general y el caos en la asamblea, Chrisjen Avasarala se ha convertido en la líder de facto del gobierno terrícola. Y se ha ofrecido voluntaria para... creo que las palabras exactas fueron «masajearme los cojones con una espátula» si llega a ocurrirle algo.

—Muy propio de ella —dijo Alex.

—Sí, tiene una prosa muy florida. Y también ha insistido mucho en poder hablar con usted. Me pregunto qué le va a contar exactamente.

—Pues nada que no diría delante de usted, señor —aseguró Bobbie—. No soy una espía. Me comenté que tenía ciertas dudas y preocupaciones que parecían legítimas e interesantes, por lo que me dediqué a investigar por mi cuenta. Estaré encantada de contárselo todo y comentarle también lo que he descubierto.

—Es amiga íntima de Chrisjen Avasarala y también vuela con la tripulación de la *Rocinante*. Al parecer tiene muchos contactos, tanto con la Tierra como con el Cinturón, sargenta.

—Señor, sí, señor —dijo Bobbie, mirando al frente con la cabeza un poco gacha—. Me alegra saber que todos estamos en el mismo bando.

El silencio se alargó más de lo que a Alex le hubiera gustado. El primer ministro entrelazó los dedos sobre la rodilla.

—Eso parece —dijo—. Así que me gustaría que me contara todo lo que ha descubierto y cómo podemos involucrar a nuestra amiga en común Chrisjen en nuestro siguiente paso.

El interrogatorio duró horas. Llevaron a Alex a otra habitación, y él les contó todo lo que había ocurrido desde que habían vuelto de Ilo. Luego había entrado otra mujer a la que Alex le había terminado contando lo mismo. Después lo llevaron otra vez a la habitación en la que se encontraba Bobbie, y les hicieron preguntas que, en general, fueron incapaces de responder. Se podría decir que fue un interrogatorio muy tranquilo, pero lo dejó agotado.

Esa noche le dieron un camarote propio. Tenía una taquilla, un asiento de colisión y una pantalla. Hasta le devolvieron el terminal portátil. El lugar era algo más grande que el suyo en la *Roci*, pequeño si se comparaba con la habitación de Tycho y algo mejor del lugar en el que vivía poco antes de abandonar la armada. Hasta le habían dejado grabar mensajes para Amos, Holden y

Naomi, aunque el sistema de la nave tenía que revisarlos antes de realizar el envío. Después de grabarlos, se obligó a mantenerse todo lo alejado posible de los canales de noticias.

Habían pasado años desde que había olido el aroma propio de una nave de la ARCM, un olor astringente que le traía recuerdos. Su primera misión. Su última misión. Una melancolía que al principio fue incapaz de identificar empezó a apoderarse de él. También tristeza. Y miedo. No dejaba de pensar en la tripulación de la *Roci*, una y otra vez. Se imaginó que volvían a la nave sin Amos. O sin Naomi. O que nunca volvía a ver la nave ni a oír la voz de Holden. Se rindió cuando llevaba una hora dando vueltas intentando dormir. Volvió a encender la luz y abrió un canal de noticias.

Marte había prometido cargamentos de comida y suministros de emergencia. Ganímedes recuperó el control de sus muelles y había empezado a devolver suministros a la Tierra. Un grupo que se hacía llamar el Frente Acadiano intentó adjudicarse los atentados, pero las autoridades lo desacreditaron al momento. En la Tierra ya habían empezado los disturbios. Se desconectó del canal de noticias y se vistió.

Envió una solicitud de llamada a Bobbie, quien la aceptó casi de inmediato. Alex no sabía dónde estaba, pero no era en su catre. Las paredes que tenía detrás se encontraban muy alejadas, y su voz reverberaba un poco. Tenía el pelo recogido, rubor en las mejillas y sudaba mucho.

—¿Qué tal? —saludó Bobbie al tiempo que levantaba la barbilla con brusquedad.

—¿Qué tal? No podía dormir, así que me dio por ver si estabas despierta.

—Acabo de terminar de entrenar. El teniente me ha dejado hacer un poco de ejercicio.

—Sabes que te han disparado no hace mucho, ¿verdad?

—¿Crees que unas pocas balas van a impedirme entrenar? —dijo con tanta rabia que Alex se cuestionó si de verdad era broma—. Hasta van a prestarme una armadura.

—¿Te has puesto alguna servoarmadura desde lo de Ío?

—Pues no. Va a ser... No sé. O una pasada o material para mis pesadillas.

Alex rio entre dientes, y ella sonrió. Verla sonreír le alivió como agua fría en una quemadura.

—¿Vuelves directa a tu habitación o vas a pasar por la cafetería?

—No me vendría mal algo de comer. ¿Nos vemos allí?

La cafetería no estaba muy concurrida. La cena del primer turno había terminado y aún quedaban horas para el almuerzo del segundo. Bobbie estaba sentada a solas en una mesa de la pared del fondo con el terminal portátil frente a ella. Había un grupo de tres hombres y una mujer sentados cerca y mirándola de vez en cuando al tiempo que conversaban. Alex sintió un arrebato protector, como si hubiese vuelto a la universidad inferior y un grupito de personas se estuviera riendo de uno de sus amigos.

Cogió un bocadillo de queso y una burbuja de agua y se sentó frente a Bobbie. En el plato que la mujer tenía delante quedaban los restos del pastel de carne con salsa que se había comido, y una voz muy familiar sonaba en su terminal portátil.

—... van a estar vigilando todo lo que digamos, joder. Si quieres hablar de la menstruación largo y tendido, quizá esta sea nuestra mejor oportunidad de hacerlo. Ese hombre es un aprensivo con las mujeres. Además, a nadie le gustan los fisgones, aunque sea un primer ministro.

—¿Cómo está? —preguntó Alex al tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacia el terminal portátil. Bobbie paró el vídeo y frunció el ceño a la pantalla que se acababa de poner en negro.

—Descorazonada, creo. Destrozada. Pero no lo va a admitir. Esto que ha ocurrido es uno de sus peores miedos. Se ha hecho realidad y no puede ignorarlo porque es una de las que tiene que... solucionarlo. El problema es que no tiene arreglo, ¿no?

—Qué va. Supongo que no.

—Nos van a llevar a la Luna.

—Me lo había imaginado —dijo Alex. El tono de su voz llamó la atención de Bobbie.

—¿No quieres ir?

—Sinceramente, me gustaría volver a casa. Regresar a la *Roci*, con mi tripulación y viajar a cualquier parte. Si es un lugar en el que no nos disparen, mejor.

—Lo de los disparos sería todo un lujo —comentó Bobbie—. Aunque no se me ocurre ningún sitio.

—Hay muchos planetas ahí fuera. Digamos que mi experiencia con las colonias es un poco escabrosa, pero entiendo el atractivo de los nuevos comienzos.

—No hay nuevos comienzos —afirmó Bobbie—. Todos cargan con las consecuencias del pasado. Empezar de cero tendría que pasar por abandonar por completo la historia, y no se me ocurre una forma de hacerlo.

—Déjame fantasear.

—Sí, yo también lo hago.

Dos de los hombres de la otra mesa se levantaron y llevaron la bandeja al reciclador. El hombre y la mujer que se quedaron sentados echaron un vistazo disimulado a Bobbie y Alex. Alex le dio un mordisco al bocadillo. Saborear el queso grasiento y la mantequilla falsa era como volver a su juventud. O como recordar todo el tiempo que había pasado y lo viejo que estaba.

—¿Alguna novedad de los gilipollas que nos dispararon?

—La trifulca con las naves de escolta aún no ha terminado. Se han replegado, pero no se han retirado. La escolta no se enfrentará a esos cabrones mientras se mantengan alejados.

—Muy bien.

—¿También te parece raro?

—Un poco —aseguró Alex—. Sería una emboscada muy cutre si no llegan a emboscar a nadie.

—Es culpa nuestra —afirmó Bobbie—. Tuya y mía. Estábamos en el lugar adecuado en el momento preciso y obligamos a los malos a descubrirse demasiado pronto. De no haber estado ahí, seguro que no hubiese muerto solo la secretaria general de la ONU. Creo que por eso nos han tratado tan bien aquí, porque Smith sabe que de no haber aparecido las cosas hubieran ido mucho peor.

—Puede que tengas razón, pero...

—Pero hay algo que no cuadra.

—Sí.

—Yo también lo creo, pero estamos nerviosos. Es normal. Alguien acaba de destruir gran parte de la civilización humana.

Las palabras sentaron a Alex como una patada en la entrepierna. Dejó el bocadillo en la mesa.

—Lo han hecho, ¿verdad? ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Cuáles serán las consecuencias?

—No tengo ni idea. Nadie lo sabe, pero lo superaremos y encontraremos al responsable. No vamos a dejar que se salgan con la suya.

—Haremos lo que haga falta.

—Cueste lo que cueste —apuntilló Bobbie.

Miles de millones de personas iban a morir y no había manera de salvarlas. La Tierra había quedado destrozada y nunca volvería a ser la misma aunque sobreviviese. Marte era un pueblo fantasma y el proyecto de terraformación que le daba vida se había empezado a abandonar. Los alienígenas que enviaron la protomolécula no habían necesitado destruir a la humanidad. Habían

dado a los humanos la oportunidad de hacerlo ellos mismos, y la especie no la había desaprovechado. Alex se enjugó una lágrima de rabia, y Bobbie fingió que no lo había visto.

—Sí —dijo él—. Pero me sentiré mucho mejor cuando llegue el equipo de asistencia.

—Amén —dijo Bobbie—. Aun así, me gustaría que fuesen más de seis naves. Bueno, siete. Seis y media, para ser exactos.

—¿Seis y media?

—El equipo de asistencia ha rescatado un carguero comercial en alguna parte. No es militar. Se llama *Chetzemoka*.

Holden

—UNA excusa para ocultar un robo —repitió Holden—. ¿A qué coño vino eso?

Fred Johnson siguió caminando. La ligera curva del pasillo desde el que se veía la esfera de construcción era un buen recordatorio de que la estación Tycho no había quedado destruida. Pasaron junto a personas que les dedicaron un saludo con la cabeza. Algunos llevaban brazaletes verdes como muestra de solidaridad, y muchos de ellos tenían el círculo dividido de la APE con una división adicional a noventa grados de la otra. Otros tenían un círculo estilizado en el que se podían leer las palabras UN PUEBLO, APE Y LA TIERRA. La mayor parte del daño físico a la estación se había concentrado en la cubierta de ingeniería y los niveles de la sala de máquinas de la zona inferior de la esfera y también en el despacho de Fred que se encontraba en el anillo, pero Holden sintió que la herida era mucho más profunda de lo que parecía. Tycho, al igual que Ceres, era una de las joyas de la corona de los planetas exteriores y uno de los fundamentos principales para justificar la independencia del Cinturón.

La estación se había transformado en otra cosa ahora que eran los cinturianos los que la habían atacado. La unidad que se notaba en el ambiente se debía más a un distanciamiento con la propia APE que con la compasión con el gobierno de la Tierra, al que habían considerado un enemigo hacía no mucho tiempo. La estación Tycho tenía que cuidar de la estación Tycho, y sus habitantes la defenderían de cualquiera que se cruzase en su camino.

Aunque quizá Holden estuviera proyectando en el lugar sus impresiones, porque lo cierto era que él se sentía así.

—Es periodista —respondió Fred—. Les pagan por hacer ese tipo de cosas. ¿Lo sabías?

—Le acabamos de salvar la vida. De no haber sido por nosotros, la habrían sacado de la estación para llevarla a Dios sabe dónde y... vete a saber. La habrían torturado o yo qué sé.

—Cierto —afirmó Fred. Llegaron al ascensor y atravesaron las puertas al abrirse. El puesto de Fred tenía sus privilegios, y la prioridad para usar los ascensores era uno de ellos—. Pero también le mentimos. Y lo sabe.

Holden reprimió una objeción porque no era mucho más que un simple «No le mentimos», y en el fondo sabía que sí lo habían hecho, y que era algo que hacía unos años sin duda no se habría ni planteado. No sabía si le molestaba más haber cambiado o no haberse dado cuenta hasta que alguien se lo había dicho.

Fred le dedicó una sonrisa cansada.

—«Enfádate con el sol por ponerse si eso es lo que quieres.» Es de un poeta llamado Jeffers.

—Claro, pero ¿acaso ese hombre se refería a las mentiras entre políticos y periodistas?

—Se refería justo a eso, sí.

El ascensor empezó a descender. Fred se apoyó en la pared del fondo y soltó un gruñido.

—No teníamos por qué hacerlo —dijo Holden.

—Sí que teníamos que hacerlo —aseguró Fred—. Es importante que un líder dé la cara después de un fracaso. Tiene que sobreponerse a lo ocurrido. Ayuda a afianzar su posición.

—Pero aun así...

—Aún puedo hacerlo —aseguró Fred—. Y vaya si lo voy a hacer.

Todavía estaban reparando el antiguo despacho de Fred. Drummer le había habilitado un espacio cerca del calabozo, que estaba a rebosar, hasta que su oficina dejara de estar expuesta al

vacío. Era una estancia más pequeña, menos cómoda y también menos imponente. Holden no pudo evitar pensar que Fred había sido degradado después de lo ocurrido o que, simplemente, había aceptado lo que el universo tenía preparado para él.

Fred se acomodó detrás del escritorio y se frotó los ojos con la palma de las manos.

—Lo cierto es que casi todo lo que hacemos aquí no será ni una nota al pie en los libros de historia.

—Eso no lo sabes. Solo lo dices porque tienes la moral baja —aseguró Holden, pero Fred ya había encendido el monitor del escritorio y empezado a trabajar.

—Anoche recibí dos mensajes. Bueno, más, pero solo dos que parezcan interesantes. El primero es de la ONU. Avasarala se encontraba en la Luna cuando ocurrieron los impactos y está preparando una respuesta.

—¿Una respuesta?

—Una conferencia diplomática. El primer ministro marciano ya está de camino. Quiere que yo también acuda. Para «representar a la facción menos perturbada de la APE». Si el futuro de la humanidad depende de las habilidades diplomáticas de esta mujer... No me gustaría perdermelo.

—¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Una guerra?

Fred soltó una carcajada lúgubre.

—Ya he hablado con Drummer. Está preparada para encargarse de dirigir Tycho en mi ausencia.

—Entonces ¿vas a ir?

—No sé si ahí, pero sí tengo claro que no me voy a quedar en Tycho. Hay otra cosa que me gustaría que vieras.

Fred abrió un mensaje e hizo un gesto a Holden para que se acercase. Era de un hombre pálido, con el pelo blanco y rapado y unas primeras arrugas de la mediana edad que competían con las cicatrices del acné de una remota juventud. Un mensaje en la esquina inferior izquierda indicaba que se había enviado desde la estación Pallas.

—Anderson Dawes —indicó Fred—. ¿Lo conoces?

—Un agitador muy influyente de la APE, ¿no?

—Es el hombre que se puso en contacto conmigo hace mucho tiempo y me hizo comprender las complejidades del Cinturón. Una figura clave del paso de Ceres a manos de la APE. Se ha pasado los últimos años negociando para que tengamos una participación similar a la de la Tierra y Marte en Ganimedes.

—Muy bien —dijo Holden.

Fred activó el vídeo, y el hombre empezó a moverse. Tenía una voz grave y áspera, como si le hubiesen golpeado en la garganta demasiadas veces.

—Fred, sé que tienes que estar pasándolo mal, pero que sepas que nos ha pillado por sorpresa a todos. Así son las cosas. La historia está llena de sorpresas que, en retrospectiva, parecen cosas obvias. Me gustaría que supieras que no apruebo nada de lo ocurrido, pero conozco a los responsables y los considero verdaderos patriotas, digan lo que digan sobre sus métodos.

—Pero ¿qué coño dice? —preguntó Holden.

—Silencio —indicó Fred.

—Te envío este mensaje para conseguir que la organización se reconcilie. Sé muy bien todo lo que has sacrificado y lo duro que has trabajado para la APE durante todos estos años. No lo olvido. Pero ha llegado una nueva era, una que se rige por otras normas. Sé que tienes la entereza suficiente para distinguir entre la justicia y hacer lo que es necesario. Te prometo que volverás a tener el liderazgo que tenías, pero voy a necesitar una muestra de tu buena voluntad. Algo que

mostrar a los que ahora están al mando para que vean tu predisposición, que eres capaz de negociar. Tienes a un prisionero. No es ninguno de los que ha participado en la rebelión. Hasta ellos son consciente de que es muy pronto para negociar, pero quizá con un prisionero... Se llama William Sakai. Sería un gesto de buena voluntad. Me gustaría que me lo entregaras en la estación Palas. A cambio, te garantizo que te conseguiré un asiento en la mesa de negociación cuando...

Fred detuvo la grabación. El rostro de Anderson Dawes se quedó con la boca y los ojos muy abiertos.

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó Holden.

—¿Has visto que alguien se haya reído?

Holden se sentó al borde del escritorio y se quedó contemplando la imagen estática del hombre. Su mente se convirtió en un batiburrillo de emociones encontradas: ira, sorpresa, rabia, entretenimiento, desesperación.

—Podrías decirle que ya lo hemos tirado por una esclusa de aire.

—¿Antes o después de que lo hayamos tirado por una esclusa de aire?

—Me valen ambas opciones.

Fred sonrió y apagó la pantalla.

—Lo dices, pero sabes que no lo harías. Eres un hombre decente aunque estés enfadado. Y resulta que yo también lo soy.

—¿En serio?

—La edad me ha ablandado. Ahora todo me parece más... delicado. La estación sigue cerrada, así que empezaremos por conseguir que parezca que todo ha vuelto a la normalidad. Pero eso no es lo más importante: ahora tenemos que tener en cuenta que los planetas interiores están en retirada y han empezado a reagruparse, y que los radicales de la APE se han hecho con el liderazgo.

—Pero son unos sanguinarios degenerados.

—Sí —convino Fred—. Y no sabemos quiénes son. Dawes lo sabe, pero yo no.

—Un momento —dijo Holden—. Espera. ¿Vas a darle a Sakai a ese tal Dawes para conseguir los nombres de los responsables del ataque a la Tierra y tener algo con lo que negociar con Avasarala? ¿Cuántas veces tienes pensado cambiar de bando a lo largo de tu vida?

—Yo nunca he cambiado de bando —dijo Fred—. Son los bandos los que no dejan de cambiar a mi alrededor. Yo siempre he estado del lado del orden. De la paz. De la justicia, si me apuras. Lo que ocurrió en la estación Anderson me abrió los ojos a cosas que no había visto, o que había decidido no ver. Y esto...

—¿Te ha vuelto a abrir los ojos?

—Aún no lo sé, es lo que intento averiguar. En la APE siempre ha habido radicales. El Colectivo Voltaire. Marco Inaros. Cassandra Lec. Pero estaban aislados y creíamos que podíamos controlarlos y mantenerlos a raya, no siempre, pero sí lo suficiente como para que sus salidas de tono les diesen buena prensa a los lugares más conocidos, como Ceres y Tycho. Ahora están al mando y no sé si lo mejor es declararles la guerra o ponernos de su parte e intentar que la caída sea lo menos aparatosa posible.

Negó con la cabeza.

—Ese tal Dawes amigo tuyo ya parece haberse metido en sus sábanas.

—Es leal al Cinturón. Cuando lo mejor que podía hacer era conseguir que los planetas interiores le respetaran como a un igual, ese era su objetivo. Yo debo lealtad... a todo el mundo. Durante mucho tiempo, eso significó hablar por los más desfavorecidos, pero después llegó la protomolécula y todo cambió. En estos momentos, si ponerme de parte de los radicales me da más

influencia, eso es lo que haré... Mientras los que son leales a mí conserven Medina, nadie podrá ignorarme. Luego intentaré apoyar a los que, en mi opinión, vayan a conseguir estabilizar las cosas, aunque sea a largo plazo.

—Eso suena a *realpolitik a posteriori* y parece que te estés justificando —dijo Holden. Un momento después añadió—: Señor.

—Lo es —dijo Fred—. Pero es lo único que puedo hacer ahora. ¿Si encargo a la *Rocinante* que me lleve a la Luna para acudir a la reunión con Avasarala, lo aceptarías?

—Si primero revisamos todo lo que Sakai le ha hecho a la nave y luego me traes a mi tripulación, sin duda. O mejor, podríamos ir a buscarlos, dondequiera que estén.

—¿Y si te contrato para que nos llesves al prisionero y a mí a Palas?

—Pues te quedas en tierra.

Fred rio entre dientes, se levantó y comprobó que llevaba encima el arma.

—Me encantan nuestras charlas, capitán. Tómate el día libre. Me pondré en contacto contigo cuando haya tomado una decisión. Sea cual sea.

—¿Y ahora adónde vas?

—Voy a hablar con Sakai —respondió Fred—. Quiero comprobar si puedo sonsacarle algo sobre lo ocurrido. Puede que la posibilidad de no lanzarlo por una de las esclusas de aire lo vuelva más locuaz. —Miró a Holden, y su expresión se tornó en una a caballo entre la pena y la compasión—. Intento hacer lo correcto, Holden, pero hay ocasiones en las que lo más obvio no lo es.

—Estoy de acuerdo —dijo Holden—. Pero no creo que esta sea una de esas ocasiones.

Holden se encontraba en un restaurante tailandés comiendo un curri de cacahuete que, por lo que era capaz de recordar de su juventud en la Tierra, tenía un sabor muy diferente al que servían en la superficie del planeta. Un pedazo de pollo falso flotaba dentro del cuenco de curri falso, y Holden no dejaba de empujarlo con el palillo para luego contemplar cómo volvía a salir a la superficie. En ese momento le llegaron dos mensajes. El primero era de madre Elise. Por ahora la familia estaba bien. Estaban bajo vigilancia medioambiental, pero no les había llegado ninguna orden de evacuación. Tampoco es que hubiese ningún lugar mejor preparado y equipado que el rancho al que evacuarlos, había dicho la mujer en el vídeo con una ceja levantada. Iban a enviar el reactor que les sobraba a la ciudad para ayudar a la red eléctrica de Three Forks, y también esperaban noticias de los Jackson, por si necesitaban algo. Holden la conocía lo suficientemente bien para saber que detrás de sus palabras había cierta angustia, pero le prometió seguir en contacto cuando se despidió. No era un gran alivio, pero al menos era algo.

El segundo de los mensajes era de Alex.

Bobbie Draper y él se encontraban en la nave del primer ministro y se dirigían hacia la Luna mientras las naves de escolta vigilaban los alrededores. Todos estaban muy asustados, pero creían que estarían bien por el momento. El equipo de asistencia estaba en camino y los alcanzaría en un día o dos. Alex no sabía nada de Naomi, dondequiera que estuviese. Y tampoco de Amos, ahora que lo pensaba. Hizo un chiste sobre que aquel hombre era capaz de sobrevivir a cualquier cosa y que la Tierra no era el primer planeta que había estallado bajo sus pies, pero el humor irradiaba el mismo miedo y pavor que sentía Holden. Volvió a reproducir el mensaje al completo tres veces más solo para oír una voz familiar.

Empezó a grabar una respuesta, pero el restaurante era un lugar demasiado abierto y demasiado público para las cosas que quería decir, por lo que se prometió hacerlo cuando volviese a sus habitaciones. Comió todo el curri que pudo, tal y como tenía el estómago, y la luz del restaurante cambió del amarillo a un tono dorado, colores de un falso atardecer planetario que

muchas de las personas que se encontraban allí solo habían visto en pantallas. Pagó la cuenta, y el camarero se acercó para ofrecerle toda una variedad de postres y cócteles. El hombre se quedó mirándolo tanto tiempo que, aunque la situación no llegó a sobrepasar los límites de la educación, a Holden le quedó claro que podría haberle pedido más de un servicio fuera de carta.

La mente de Holden no dejó de divagar al enfrentarse a esas preguntas. Más comida, más bebida, más reposo, más sexo. Cualquier tipo de sexo. Era consciente de la caverna profunda y oceánica que se abría en sus entrañas. Era algo parecido al hambre o a la sed, al agotamiento o a la lujuria, pero que era incapaz de satisfacer. No sabía cómo llamarlo, pero sí que le hacía sentir rabioso y desesperado. Aparte, el miedo por no volver a ver nunca a su tripulación le había formado un nudo en la garganta.

Luego descubrió qué era. Era nostalgia por volver a estar en casa, y la *Rocinante*, por muy maravillosa que fuera, no era su hogar a menos que Alex, Amos y Naomi se encontraran en el interior. Se preguntó cuánto tiempo le acompañaría esa sensación si nunca llegaban a volver. El camarero le dedicó una sonrisa amable.

—Nada —respondió Holden—. Gracias.

Salió al pasillo principal mientras pensaba en lo que le iba a decir a Alex y en cómo decirlo. Todo lo que dijera iba a ser analizado por los sistemas de comunicaciones marcianos, por lo que no quería dejar lugar a malas interpretaciones. El problema que le veía a ese planteamiento era que él siempre sabía lo que quería decir, pero no era capaz de leer las intenciones de los demás hasta que estos las dejaban claras. Quizá podía limitarse a hacer unos cuantos chistes y a decir que ya estaba listo para volver a reunirse con su tripulación.

Su terminal portátil emitió el sonido de una solicitud de llamada, y la aceptó. Esperaba ver a Alex, aunque sabía muy bien que era imposible debido al retraso. Drummer lo miraba con el ceño fruncido desde la pantalla.

—Señor Holden, me preguntaba si podría pasarse por el despacho auxiliar de seguridad.

—Supongo que sí —respondió Holden con repentino cansancio. En el fondo esperaba que Drummer también tuviera motivaciones ocultas—. ¿Qué ha pasado ahora?

Se oyó una ristra de improperios que cada vez se acercaba más a ella. Drummer se hizo a un lado y Fred se abalanzó sobre la pantalla.

—Si pudiésemos contártelo por aquí, no te haría venir.

—Muy bien —dijo Holden—. Voy para allá.

Cuando Holden llegó al despacho de seguridad, Fred no dejaba de deambular de un lado a otro con las manos entrelazadas a la espalda. Saludó con un brusco movimiento de la cabeza. Drummer se encontraba en su asiento y era la viva imagen de la profesionalidad, una postura diseñada para no darle ninguna razón al jefe para gritarle. No importaba. A Holden no le importaba ser el objetivo de los gritos.

—¿Qué ocurre?

—No sabemos nada de Medina —comentó Fred—. Se suponía que tenían que enviar un informe esta mañana, pero estaba ocupado y no le di importancia. Deberían haber llegado dos informes más, pero nada. Y... ¿Drummer? Enséñaselo.

La jefa de seguridad abrió un diagrama del Sistema Solar. Tenía una escala en la que hasta Júpiter y el Sol eran poco más que un píxel luminoso. Miles de puntos iluminados representaban el tráfico a lo largo de todo el sistema. Navíos, bases, satélites, sondas y boyas de navegación. Lo que venía a ser toda la humanidad. Hizo un movimiento y pronunció una sílaba, lo que hizo desaparecer todo aquel desorden. En su lugar aparecieron varias docenas de puntos verdes bajo los que se podían leer las palabras NO IDENTIFICADO donde los códigos de identificación

deberían haber formado una nube alfanumérica ininteligible. Alguien había conseguido establecer una relación ínfima pero significativa entre ellas.

—Tan pronto como perdimos la comunicación con la estación, vimos esto —dijo Drummer.

En ese momento, aparecieron veinticinco penachos de motor. Todos tenían características distintivas que indicaban que se trataba de naves militares marcianas, y todas aceleraban a mucha velocidad hacia el Anillo.

—¿A mucha velocidad?

—Entre ocho y diez g y subiendo, lo que significa que piensan llevar los motores al límite.

Holden silbó. Fred se detuvo. Tenía el rostro tan tranquilo que evidenciaba la rabia que surgía de su interior.

—Los que están en Medina son los que me son leales. Si la estación está en peligro o si esas naves se dirigen al lugar para atacarla, supondrá un obstáculo casi insalvable en mi relación con la nueva dirección de la APE.

—O sea, que les den por saco.

—Eso mismo.

—Medina está muy lejos —indicó Holden—. Tardarán en llegar, incluso a esa velocidad. Aun así, no creo que podamos adelantarnos.

—No podríamos hacer nada de igual manera. Una fragata marciana sería más que suficiente para volatilizarse todas las naves que tengo a mi disposición. Ni siquiera la *Rocinante* podría plantarles cara.

—Estaría bien saber de dónde han sacado esas naves marcianas —dijo Holden.

—Me aseguraré de preguntárselo a Dawes tan pronto como le comente lo que pienso de su intercambio de prisioneros. ¿Cuánto queda para que la *Rocinante* esté lista para volar?

—Unos cinco días si aceleramos un poco las reparaciones.

—Señora Drummer, indique a todos los equipos disponibles que se encarguen de la reparación y la revisión de seguridad de la *Rocinante*.

—Sí, señor —respondió Drummer, que se volvió hacia la pantalla para abrir el calendario de trabajo de la esfera de construcción. Fred bajó la mirada y luego volvió a alzar la cabeza.

—Los próximos días estaré un poco ocupado preparando Tycho para dejarla a las órdenes de Drummer. Me gustaría que tú te encargaras de supervisar a los equipos que trabajan en la *Rocinante*.

—No pensaba hacer otra cosa —indicó Holden.

—Genial —dijo Fred. Luego añadió con cierto tono melancólico—: Qué ganas de volver a ver la Luna.

Holden intentó esperar hasta llegar a sus habitaciones, pero la paciencia se le acabó al llegar al ascensor. Abrió un mensaje dirigido a Alex y preparó la cámara para grabar la respuesta.

—Oye, Alex. La cosa se ha animado un poco. Parece que vamos a reencontrarnos antes de lo que pensábamos...

Naomi

ERA ALGO que esperaba. Los pensamientos intrusivos llegaron como si hubiese recaído en una mala costumbre: conductos que tenían suficientes cables de alta tensión en el interior como para detener un corazón, compartimentos lo suficientemente pequeños como para sellarse y quedarse sin aire con facilidad, cómo manipular los equipos médicos para que administrasen sobredosis. Y las esclusas de aire. Siempre las esclusas de aire. Las ideas aún no se habían convertido en impulsos. Solo era su mente proporcionándole la información que le interesaba. Lo peor llegaría más adelante, si lo permitía.

Por ello, decidió distraerse. No con los canales de noticias que no dejaban de emitir información, ya que la hacían sentir más desamparada. Tampoco con las conversaciones con sus viejos amigos, ya que o la hacían sentir como una mentirosa o pensar que se estaba convirtiendo en su yo del pasado, esa persona para la que esos pensamientos intrusivos estaban a la orden del día. Se distrajo trabajando. Tareas simples como comprobar inventarios o cambiar filtros de aire, y siempre bajo la atenta mirada de un guardia. Hablaba con educación y de cosas superficiales, conversaciones propias de una tripulación que estaba obligada a viajar en la misma nave. Así consiguió que el resto creyera que era uno de ellos, algo imposible si se hubiese quedado encerrada en su camarote. Su única esperanza, si es que albergaba alguna, pasaba por encontrar la manera de normalizar su extraña relación con la tripulación. Y con Marco.

Al principio, intentó distraerse pensando en su verdadera tripulación. Alex y Amos. Jim. Hasta sus mejores recuerdos con ellos habían quedado ensombrecidos por la culpa y el dolor, por lo que decidió pasar a las preocupaciones técnicas. En la cocina, mientras los demás gritaban de júbilo al ver las imágenes de la devastación, Naomi especulaba con la potencia del reactor: empezó con el tamaño de la estancia y luego intentó averiguar los requerimientos de los sistemas de reciclado de aire y de la potabilizadora de agua, comparándolo siempre con el porcentaje de energía que usaba la *Roci*. Durante su turno para dormir, yacía inmóvil en el asiento de colisión mientras el tercio de *g* constante de la aceleración la impulsaba contra el gel como si una mano le oprimiera el pecho. Allí empezó a recordar cómo era la red eléctrica de la *Roci* y a pensar en cómo la lógica de su nave se podía aplicar en aquella. Lo hizo como si en realidad estuviera meditando, porque le resultaba peligroso considerar (incluso para sí) que lo que en realidad estaba haciendo era desarrollar un plan de acción.

Las piezas fueron encajando poco a poco a pesar de todo. Una caja de herramientas del taller tenía un pasador defectuoso y podría llegar a abrirla en unos pocos minutos. Las llaves octogonales que había en el interior le servirían para abrir el panel de acceso que había en la pared del ascensor que se encontraba entre los camarotes de la tripulación y la esclusa de aire. De allí podría sacar el comunicador de diagnóstico secundario, con el que alguien que tuviera unos minutos podría enviar un mensaje. Uno corto. En caso de tener algo que decir y alguien al que comunicárselo.

Naomi tenía media docena de planes similares. Un camino para avanzar a hurtadillas entre los cascos y hacerse con el control de un CDP. Una manera de usar un terminal portátil robado para hacer copias de los programas de ingeniería. Sabía cómo forzar el ciclo de apertura de una esclusa de aire engañando al sistema con los códigos de emergencia de la enfermería. La mayor parte de esos planes no eran más que fantasías, posibles en teoría pero que Naomi no tenía razón

alguna para intentar. Había algunos que eran muy factibles, pero todos se venían abajo debido a un hecho simple pero ineludible: la primera capa de seguridad siempre era física. Daba igual que encontrara la manera de hacerse con el control de toda la nave usando tan solo un imán y una tira de velcro, ya que Cyn, Aman o Bastien le pegarían un tiro en la nuca antes de conseguir llevarlo a cabo.

Por eso lo llamaba meditación y lo usaba para mantener la compostura. Y, a veces, al permanecer en silencio, mantenerse ocupada y tener siempre los sentidos alerta, oía cosas que se suponía que no debía de oír.

Karal, el que se encargaba de vigilarla durante aquel turno, hablaba con una mujer llamada Sárta mientras Naomi limpiaba la cubierta de la tripulación cerca de ellos. Lo cierto era que la nave estaba muy nueva y no necesitaba una limpieza tan a fondo, pero era trabajo. El de las alas, aquel que la había seguido la primera vez en Ceres, salió de su camarote ataviado con el uniforme de la armada marciana. Naomi alzó la vista y vio desde detrás de un mechón de pelo que el hombre se quedaba mirando cómo Karal y Sárta conversaban. El atisbo de envidia que le cruzó el rostro no había cambiado nada desde que los primeros humanos habían bajado de los árboles de la Tierra.

—Hola, vaqueros —dijo el de las alas exagerando una mezcla de acento marciano y cinturiano—. *Vise moi! Bin marteño, sa sa?* ¿Qué pasa, alfeñiques?

Karal rio entre dientes y Sárta puso gesto de irritación. El de las alas avanzó por el estrecho pasillo con estudiados andares marcianos. Naomi se hizo a un lado para dejarle pasar.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —preguntó Sárta.

—Tenemos que estar preparados —dijo Karal—. He oído que vamos a por *prisonniers*. Liano envía mensajes a Ceres. Láser. *Hamechie* sobre *prisonniers*.

—No es lo que he oído yo —dijo el de las alas, muy rápido y más a Sárta que a Karal—. He oído que solo es uno. Sakai. Y que él no cree... —Hizo un gesto de indiferencia con las manos.

—¿No cree...? —repitió Sárta al tiempo que imitaba el gesto. La rabia iluminó el rostro del de las alas.

—Todos sabemos lo que pasa —dijo—. A veces les dicen a los muertos que van a vivir. Karal, estabas allí. ¿Andrew y Chuchu? Primero dijeron que iban a ayudarlos y mira luego, que lo sentían mucho. Qué triste, *ou non?*

—*Soldats* que murieron de servicio —se limitó a decir Karal, pero se le vio afectado. Naomi lo notó en las manos y en las comisuras de los labios. Luego, como si se hubiese dado cuenta de su error, el hombre miró a Naomi. Ella mantuvo la expresión impertérrita y aburrida, con la atención fija en la juntura de la cubierta y la delgada espátula de plástico con la que la limpiaba. No podía dejar entrever la información que acababa de conseguir al oír la conversación.

Sakai era el nombre del nuevo jefe de ingeniería de Tycho, y si se trataba de la misma persona, también era uno de los hombres de Marco. Al parecer lo habían pillado; si no, no lo habrían llamado prisionero. Naomi sopló para apartarse el mechón de pelo de la cara, pasó a otra juntura y repitió el proceso.

—A trabajar, *sa sa?* —dijo Karal.

El de las alas gruñó, pero volvió a su camarote para hacer lo que le habían ordenado. Karal y Sárta siguieron flirteando, pero la situación había cambiado y el hombre no tardó en volver a quedarse a solas con Naomi, intentando matar el tiempo.

Naomi apretaba con fuerza el plástico contra las junturas para limpiar cualquier cosa que se hubiera acumulado en la cubierta, repetía el proceso y, mientras, razonaba la manera de encajar aquella nueva información en el plan general. Marco había esperado que Naomi llevase la

Rocinante a Ceres. Pero Sakai sabía que la nave necesitaba reparaciones y seguro que le había pasado la información a sus jefes.

Ella había pensado que Marco quería la nave en la que viajaba Naomi por la fama que había adquirido. Y en parte quizá también era por eso. O tal vez lo que quería en realidad era tener acceso a una nave a la que dejaran entrar sin problema a la estación Tycho. No lo sabía. Los planes de ese hombre eran tan enrevesados que seguro tenía media docena de ideas alternativas tanto para la *Roci* como para ella. Además, a Naomi le había sorprendido que dijese que Sakai estaba en peligro. ¿Tenían miedo de que Fred lo ejecutara? Quizá. Aunque a lo mejor se debía a otra cosa.

Sea como fuere, ahora sabía más que antes y, al igual que el pasador defectuoso de la caja de herramientas, era una información que le daba más opciones. Se preguntó qué habrían hecho en su lugar Jim, Amos o Alex, cómo habrían usado esa información. No era más que una cuestión teórica, ya que ella sabía muy bien lo que Naomi Nagata habría hecho, y no era algo que los demás fuesen capaces de hacer.

Cuando la cubierta quedó limpia, Naomi tiró la espátula en el reciclador, se puso en pie y se estiró. La gravedad de la aceleración hizo que le doliesen un poco las rodillas y la columna, y deseó que volaran más despacio, fueran adonde fuesen. No le dio muchas vueltas a la idea.

—Voy a darme una ducha, *sa sa*? —dijo Naomi—. Dile que quiero hablar con él.

—Él... ¿quién? —preguntó Karal.

Naomi arqueó una ceja.

—Dile que la madre de su hijo quiere hablar con él.

—¿En serio le has hecho luchar? —preguntó Naomi—. ¿Eso es lo que es para ti? ¿Un niño soldado?

Marco le dedicó una sonrisa que irradiaba algo de tristeza.

—¿De verdad crees que es un niño?

Era la única persona que estaba usando las máquinas de ejercicio. Mientras la nave flotaba a la deriva, toda la tripulación pasaba la mayor parte del tiempo en el gel o amarrada a uno de los *mechas*. Mientras la nave aceleraba, la mayoría de la tripulación se pasaba todo el tiempo intentando sobreponerse a su propio peso. Pero allí estaba Marco, con ropa de ejercicio cómoda, bandas de tela en los puños y tirando de unas cintas de goma que le ofrecían mucha resistencia. Los músculos de su espalda se contraían con cada tirón, y Naomi estaba segura de que sabía muy bien que se le marcaban. Había conocido a muchas personas musculadas en su vida y sabía distinguir entre los músculos que se desarrollaban a consecuencia del trabajo y los que lo hacían a consecuencia de la vanidad.

—Me ha parecido que alardeaba de ser el responsable del impacto de las rocas en la Tierra —dijo Naomi—. Como si fuera algo por lo que estar orgulloso.

—Lo es. Es mucho más de lo que yo o tú habríamos hecho a su edad. Filip es inteligente y tiene madera de líder. Dale veinte años más y se hará con el control de todo el Sistema Solar. O incluso más.

Naomi se acercó y apagó la secuencia de ejercicio. Las cintas anchas que Marco sujetaba quedaron distendidas con un siseo casi inaudible.

—No había terminado —dijo él.

—Dime que no me has traído aquí para esto —continuó Naomi—. Dime que no me has secuestrado para demostrarme lo buen padre que has sido y lo bien que has educado a nuestro hijo. Porque lo has traicionado.

La risa de Marco resonó tenue, acogedora y vibrante. Empezó a quitarse las bandas de las

manos. Habría sido tan fácil hacerle daño mientras lo hacía que Naomi estaba segura de que el hombre ya tenía en mente una forma de defenderse. Y si no, la misma posibilidad de que la tuviera era defensa más que suficiente. Naomi no había ido a matarlo, sino a sacarle información.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó Marco.

—No —dijo—. Creo que lo has hecho para presumir. Te dejé de lado, y eres tan inmaduro que no has sido capaz de asumirlo. Por eso querías que estuviese aquí durante el momento más importante de tu vida.

Era cierto. Naomi había visto en sus gestos un placer que surgía del control que tenía sobre ella. La extraña relación que mantenía con la tripulación también formaba parte de eso. Encerrarla en una celda habría sido un reconocimiento táctico de que en realidad era una amenaza. Marco quería verla indefensa, que fuese ella la que crease su propia celda en aquel lugar. Quizá algo así habría funcionado en el pasado, pero lo que él no sabía es que ahora era una persona diferente.

Algo que ella en realidad no tenía del todo claro. Cuando Marco entornó los ojos y negó con la cabeza, ella siguió sintiendo el nudo que la humillación le formaba en la garganta, tan familiar como una vieja costumbre. Quizá la verdad era más complicada de lo que Naomi pensaba.

—Te he traído a casa con el bando ganador porque eres la madre de mi hijo y siempre lo serás. Todo lo demás no son más que puras coincidencias. Y porque creo que aún podríamos conseguir pasar página...

—Y una mierda. ¿Pasar página? Perdiste. Se acabó. Solo dices que tenemos cosas pendientes porque no conseguiste ganar. Me marché. Sacrifiqué todo lo que tenía porque no tener nada y estar alejada de ti era mejor que tenerlo todo y seguir siendo tu marioneta.

Marco levantó las manos con las palmas hacia fuera en un burlesco gesto de paz. Pero no sirvió para nada. Ya no.

—Entiendo que habrías hecho las cosas de manera diferente y no te culpo por ello. No todos tienen la fuerza necesaria para convertirse en un soldado, pero yo creí que tú sí la tenías, que podía contar contigo, Naomi. Y cuando la situación te sobrepasó, llevé a nuestro hijo a un lugar en el que sabía que iba a estar seguro, sí. Me culpas por alejarlo de ti, pero tú habrías hecho exactamente lo mismo en mi lugar si hubieses podido.

—Cierto —aseguró ella—. Me lo habría llevado y nunca nos hubieses vuelto a ver.

—¿De verdad crees que somos tan diferentes, entonces?

El sudor le perlaba la piel. Cogió una toalla de una repisa y empezó a secarse la cara y los brazos. Naomi sabía que aquel hombre era guapo y llamativo, como las alas iridiscentes de una mosca verde. Sintió cómo la atenazaba el disgusto por dejarse influenciar por alguien así, y también sabía que en parte era lo que él quería. Aquellos pensamientos intrusivos se le agitaron en el tronco del encéfalo. Tenía que ignorarlos. Había ido a ese lugar para encontrar la respuesta a un rompecabezas.

Marco soltó la toalla.

—Naomi...

—Entonces es por Holden, ¿verdad? Me has traído aquí como... ¿como qué? ¿Un seguro contra él?

—Tu follamigo terrícola no me da miedo, Naomi —dijo Marco, pero ella notó la inclemencia de su voz, como un animal que huele un incendio en la distancia.

—Creo que sí te da miedo —continuó Naomi—. Creo que querías quitártelo de encima antes de que empezara todo esto y que yo era la encargada de hacerle caer en la trampa. Pero no tuviste en cuenta que podía venir sola, que no iba a obligar a un hombre a acompañarme para sentirme más fuerte.

Marco rio entre dientes, pero había algo extraño en el tono. Se bajó de la esterilla de gimnasia, la cogió y empezó a enrollarla.

—Estás intentando convencerte de ello a ti misma, Nudillos.

—¿Sabes por qué salgo con él?

Si Marco fuese una persona inteligente, no habría caído en ese anzuelo. Se hubiese marchado y la hubiese dejado allí a solas entre las máquinas. Si ella hubiese conseguido enfadarlo, aunque solo fuese un poco... Pero el hombre la sorprendió.

—Supongo que porque tienes una obsesión con los hombres poderosos —aventuró Marco.

—Porque él sí que es lo que tú siempre has querido ser.

Naomi vio que el golpe le había afectado. No sabía a ciencia cierta lo que había cambiado en él, pero sí se dio cuenta de que se le acababa de caer la máscara del Marco que ella había visto desde que la habían metido en esa nave, el líder sosegado, apático y seguro de sí mismo que había dado un golpe de Estado. Naomi volvió a encontrarse con el niño iracundo que casi había acabado con ella en el pasado. Su risa dejó de sonar tenue, acogedora o vibrante.

—Bueno, pues tú espera y verás cómo acaba. El gran Holden puede pensar que es inmortal, pero todos sangramos.

Eso era. Los datos que necesitaba. Su plan había funcionado. Puede que no fuera más que parte de la retórica de la riña, una amenaza vacía. O quizá le acababa de confesar que la *Rocinante* seguía formando parte de su gran plan.

—No podrás con él —aseguró Naomi.

—¿No? —Marco le enseñó los dientes, como si fuera un chimpancé—. Quizá, pero tú sí.

Se volvió con brusquedad y salió de la estancia sin decir nada más. La dejó allí sola, tal y como debería haber hecho hacía unos minutos. O hacía quince años.

—¿Has terminado? —preguntó Cyn al tiempo que señalaba con la cabeza la plasta de lentejas y arroz que Naomi tenía a medio comer en el plato.

En la pantalla, una generala de Marte acababa de darle un golpe a una mesa con el rostro rojo a causa de algo muy parecido al miedo. La mujer acababa de hacer hincapié en la cobardía de la persona o personas responsables de la atrocidad que acababa de sufrir no solo la Tierra, sino toda la humanidad. Cada dos o tres palabras, alguien que se encontraba en el extremo de la mesa lo repetía con un graznido agudo que parecía salido de unos dibujos animados.

Naomi rompió otro pedazo del ladrillo de lentejas y arroz y se lo metió en la boca.

—Casi —dijo alzando la voz para que se la oyese. Introdujo la bandeja y el resto de la comida en el reciclador y se dirigió al ascensor. Cyn la siguió de cerca, pero estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta hasta que el hombre volvió a hablar.

—He oído que has discutido *mit der Chef* —dijo Cyn—. ¿*Etwas á Filipito*?

Naomi soltó un gruñido evasivo.

Cyn se rascó la cicatriz que tenía detrás de la oreja izquierda.

—*Er ist un guter* coyo, tu hijo. Sé que no te va a gustar, pero... Filipito también lo ha oído. No le ha sentado bien.

El ascensor se paró, y Naomi salió al exterior. Cyn la siguió de cerca.

—¿No le ha sentado bien?

—No, nada bien. Nuestro Filipito es un hombre, pero respeta tu opinión, *tu sais*? Eres su madre.

Naomi sintió una punzada en el pecho, pero se limitó a asentir.

En su camarote, entrelazó los dedos detrás de la cabeza y se limitó alzar la vista hacia la negrura del techo. La pantalla que tenía a su derecha estaba apagada, pero no la echaba de menos.

Empezó a atar cabos.

Marco había atentado contra la vida de los líderes de la Tierra, Marte y la APE, pero solo había conseguido matar a la secretaria general de la ONU. Había intentado hacerse con la *Rocinante* antes de los atentados. Había desatado la peor catástrofe de la Tierra desde la extinción de los dinosaurios. Tenía navíos de guerra y armas marcianos, pero no había indicios de que colaborase con el gobierno o la armada del planeta. Eso era lo que sabía. ¿Qué nueva información acababa de conseguir?

Solo tres cosas. Primero, que el de las alas pensaba que los intentos de recuperar a Sakai eran más para tranquilizarlo a él que para conseguir salvarlo de verdad. Segundo, que Marco había dado a entender que Holden aún seguía en peligro y, tercero, que puede que ella fuese la que le iba a hacer daño.

Además de todo eso, Naomi tenía la certeza de que los ataques no iban a terminar hasta que Marco no subiese a la palestra y se convirtiera en el objetivo de toda la humanidad. Y si Sakai pensaba que iba a seguir prisionero, es que aún faltaba algo. Interesante. ¿Será que Sakai sabe algo más?

Oh.

Fred Johnson seguía vivo y la estación Tycho no estaba en manos de Marco. Holden seguía vivo. Y ella era la que le iba a hacer daño.

Eso significaba que la *Roci*, como antes la *Agustín Gamarra*, había sido sabotada para que la botella magnética perdiera contención. En el embarcadero, para ser más exactos. Fred Johnson, James Holden y, por consiguiente, el jefe de ingeniería Sakai y todos los que se encontraban en la estación morirían a manos de la bola de fuego de la explosión cuando se activase el programa que Naomi había escrito hacía más de una vida.

Iba a volver a ocurrir, y no podía hacer nada para evitarlo.

Amos

AVANZARON a pie. Las nubes en realidad no eran nubes, y la lluvia que caía sobre ellos era más arenilla y hollín que agua. Estaban impregnados de un olor a podredumbre y tierra removida, pero la temperatura era tan baja que se podía decir que solo olían el frío. Por la manera en la que los árboles estaban derribados (con las copas hacia el norte y las raíces hacia el sur), Amos tenía la esperanza de que se dirigiesen hacia territorio menos devastado. Al menos hasta que se acercaran más a la costa y empezaran a ver los estragos de las inundaciones.

Supuso que los menos afectados de Baltimore serían los que vivían en el proyecto de arcología que se encontraba en medio de la ciudad. El lugar había sido diseñado para albergar todo un ecosistema en el interior de sus enormes muros de acero y cerámica. Había sido un fracaso, pero era un lugar muy alto y diseñado para perdurar. Aunque los pisos inferiores hubiesen quedado inundados, los superiores eran capaces de alojar a muchas personas que se habrían librado de lo peor. Cuando Baltimore quedase cubierta por el mar, la arcología sobresaldría de las aguas como una isla.

También era un barrio problemático. Erich y sus matones controlaban una parte. Y, a menos que el resto perteneciera a una de las grandes bandas, como los Loca Greiga o la Rama Dorada, seguro que podían hacerse con el resto poco a poco. Y, de no conseguirlo, seguro que podría negociar con el dueño para poder convivir. Esperaba que no estuviese en manos de la Rama Dorada. Amos sabía que eran unos gilipollas de cuidado.

Pero ahora tenía problemas más inmediatos. Llegar a ese lugar era el objetivo final, pero aquel plan tenía lagunas si lo que pretendían era viajar a pie desde el Foso, que se encontraba en Belén, hasta la arcología de Baltimore. Entre ellos y su destino había unos tres millones de habitantes, si se dirigían al lugar en línea recta. Los centros urbanos de alta densidad demográfica no eran una buena idea. Amos tenía intención de desviarse un poco hacia el oeste y dar un rodeo. Estaba muy seguro de que encontrarían una zona protegida por la que sería más fácil avanzar, aunque tampoco es que hubiese pasado mucho tiempo de acampada en la Tierra. Eso era lo único que se le había ocurrido y creía que podría haberlo conseguido de haber viajado solo.

—¿Cómo te encuentras, Bombón?

Bombón asintió. Tenía la bata del hospital de la prisión manchada de barro desde los hombros hasta el dobladillo, y el pelo le colgaba largo y liso. Estaba muy pálida y demasiado flaca. Parecía un fantasma.

—Estoy bien —respondió.

Era una mentira como una casa, pero ¿qué podía hacer Amos? Había sido una pregunta muy tonta.

Caminaron, intentaron ahorrar energía y buscaron lugares en los que quizá hubiese agua potable. Había alguna que otra estación de emergencia en la autopista, llenas de hombres y mujeres con brazaletes que indicaban que eran personal sanitario y que tenían generadores para la energía eléctrica. La luz no pasaba de la de un tenue ocaso, incluso a mediodía. Las nubes evitaban que se perdiera parte del calor, pero también bloqueaban el sol. Daba la impresión de que se encontraban a principios de invierno, pero en realidad era pleno verano. De vez en cuando se topaban con unas nuevas ruinas: un edificio derruido con las paredes reducidas a vigas de acero y cerámica, un tren de alta velocidad volcado como si fuese una oruga muerta. Los cuerpos

que encontraron por el camino parecían ser de las víctimas del impacto en sí.

Gran parte de los refugiados de ojos vidriosos y conmocionados que encontraron por las carreteras parecían dirigirse hacia las estaciones, pero Amos intentaba evitarlos. Sabía que Clarissa no podía andar libre entre los ciudadanos legales de la Tierra, y tampoco le apetecía tener largas discusiones sobre si después del apocalipsis había que seguir respetando la ley. Además, no se les había perdido nada en esas estaciones, por lo que mantuvo los ojos bien abiertos y continuaron su viaje hacia el nordeste.

Tardaron tres días más en encontrar lo que Amos buscaba.

La tienda de campaña se encontraba a unos siete metros de la carretera. No era una tienda en el sentido estricto de la palabra, sino un toldo colocado entre un mástil de alta tensión y un árbol joven. Junto a ella había una hoguera y un hombre inclinado sobre ella que tiraba palos y ramitas en las llamas humeantes. También había una moto eléctrica apoyada en el mástil, con la pantalla apagada, quizá porque estaba ahorrando batería o quizá porque se había quedado sin ella. Amos se acercó con las manos siempre a la vista y se detuvo a unos cuatro metros del hombre. Bombón trastabillaba a su lado. Supuso que alguien que no la conociese ni supiera quién era no la iba a considerar una amenaza.

—¿Qué tal? —saludó Amos.

—¿Qué tal? —respondió el hombre al rato.

—¿Adónde te diriges? —preguntó Amos.

—Hacia el oeste —respondió el hombre—. Todo está hecho un desastre hacia el este, desde aquí hasta la costa. Quizá también me desvíe un poco hacia el sur. Intentaré encontrar un refugio acogedor.

—Sí, esto está hecho un desastre —dijo Amos como si se encontraran en un quiosco de café hablando del tiempo—. Nosotros vamos hacia el noroeste, a la zona de Baltimore.

—A lo que queda de ella, dirás —dijo el tipo—. No te lo tomes a mal, pero me parece un plan pésimo.

—No pasa nada. A mí el tuyo me parece igual de pésimo.

El hombre sonrió y no intentó sacar un arma. Si es que tenía una. Las personas legales de la Tierra no solían llevar tantas armas como las que se veían en el Cinturón. Además, le acababa de contar lo que tenía pensado hacer sin motivo alguno, por lo que lo más seguro es que no fuese un depredador, sino otro contable o personal médico que aún no se había dado cuenta de lo poco que le servían los estudios en el mundo en el que se encontraban ahora.

—Te ofrecería algo, pero lo cierto es que estamos pelados.

—Yo os ayudaría, pero en mi tienda solo cabe una persona.

—Yo soy pequeña —bromeó Clarissa. Era una broma a medias. Estaba muy delgada y seguro que tenía que estar pasando frío. Amos se dio cuenta de que la temperatura había descendido bastante.

—¿Queréis un consejo? Dirigíos unos pocos *clicks* hacia el norte antes de virar hacia el este —dijo el hombre.

—¿Por qué? —preguntó Amos.

—Un cabrón paramilitar con señales de PROHIBIDO EL PASO y toda esa parafernalia. Disparó al aire cuando me acerqué a pedir agua. El típico gilipollas que seguro se alegra de que el mundo se haya ido a la mierda y cree que le va a poder dar uso a todas las armas que había acumulado.

Amos dejó de sentir algo que llevaba tiempo oprimiéndole el pecho y se notó más tranquilo. Le dio la impresión de que lo que había sentido era alivio.

—Es bueno saberlo. Cuídate.

—Que la paz sea contigo.

—Y contigo —respondió Clarissa. Amos asintió, se giró hacia el norte y empezó a volver hacia la carretera. Medio *click* después, se detuvo, se acuclilló junto a un árbol y contempló el camino por el que acababan de llegar a ese lugar. Clarissa se agachó a su lado sin dejar de temblar.

—¿Qué haces?

—Comprobar que no nos sigue —respondió Amos—. Ya sabes. Por si acaso.

—¿Crees que nos seguirá?

Amos se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo bueno de la civilización es que mantiene a las personas civilizadas. Cuando desaparece, uno no puede estar seguro de que lo sigan siendo.

Clarissa le dedicó una sonrisa. No tenía buen aspecto. Amos se preguntó qué iba a hacer en caso de que muriera. Supuso que tendría que encontrar un plan alternativo.

—Actúas como si ya hubieras estado en esta situación —dijo.

—Joder, crecí así. Esta gente solo intenta sobrevivir. Somos humanos. Somos tribales. Cuanto más asentados estamos, mayor es la tribu. Sea una banda, un país o incluso un planeta. Pero luego llegan las turbulencias y la tribu vuelve a menguar.

Extendió una mano hacia el paisaje gris oscuro. Los árboles de esa zona no se habían caído, pero la oscuridad y el frío habían empezado a marchitar los arbustos y la maleza.

—Ahora mismo, nuestra tribu es de dos integrantes —dijo Amos.

Clarissa se estremeció, pero Amos no supo distinguir si era porque tenía más frío o por lo que acababa de decir. Se puso en pie y escudriñó la carretera. El tipo de la tienda no apareció. Bien.

—Muy bien, Bombón. Sigamos. Vamos a alejarnos un poco del camino.

Clarissa miró la carretera, que seguía hacia el norte, y puso gesto confuso.

—¿Adónde vamos?

—Hacia el este.

—¿Hacia donde se supone que no deberíamos ir porque un loco imbécil se ha puesto a disparar a la gente?

—Eso mismo.

La semana anterior, la ciudad había tenido un tamaño más que decente. Contaba con casas pequeñas y baratas en calles estrechas con paneles solares en todos los tejados para cuando el sol brillaba, ahora inservibles. También había gente por aquí y por allá. Quizá una de cada cinco o seis casas estaban habitadas, personas a la espera de que llegara ayuda o tan negativas que pensaban que quedarse era la mejor opción. O que tal vez habían decidido morir en casa. Una decisión tan racional como cualquier otra, tal y como estaban las cosas.

Caminaron por las aceras aunque no había muchos coches. A unas pocas manzanas de ellos oyeron el largo derrape de una furgoneta de policía. También vieron un sedán con una anciana encorvada en el asiento delantero que los ignoró con cautela al pasar junto a ellos. No iban a poder cargar las baterías de los vehículos cuando se gastaran, por lo que los viajes tenían que ser muy cortos o solo de ida. Una casa tenía un mensaje escrito en la fachada:

TODO LO QUE HAY EN ESTA CASA ES PROPIEDAD DE LA FAMILIA TRAVIS.
PERSEGUIREMOS Y MATAREMOS A LOS SAQUEADORES.

No pudo parar de reírse durante un par de manzanas. El supermercado del centro de la ciudad estaba a oscuras y no quedaba nada en las estanterías. Eso significaba que había personas

que se habían dado cuenta de la gravedad de la situación.

El complejo al que se dirigían se encontraba en el límite occidental de la localidad. A Amos le preocupaba no verlo, pero estaba rodeado por la carretera y muy bien señalizado: PROPIEDAD PRIVADA. NO PASAR. GUARDIAS ARMADOS.

El que más le gustaba era: NO SE PRESTA AYUDA.

Una extensión de tierra amplia y llana se abría frente a una casa blanca y modular. El vehículo aparcado frente a ella parecía fabricado para imitar alguna clase de equipamiento militar. Amos había vivido lo suficiente rodeado de equipo militar para reconocer la diferencia.

Dejó a Clarissa cerca de los límites de la propiedad y luego entró en el perímetro de seguridad. La valla tenía alambre de púas por todas partes, pero no estaba electrificado. Sabía que había un cincuenta por ciento de probabilidades de que hubiese un francotirador apostado en la azotea del edificio, pero tal vez la sombra que había visto solo fuera un pájaro. Era fácil olvidar que aún quedaba vida salvaje en el planeta a pesar de la superpoblación de personas. La casa era prefabricada o impresa, era difícil de distinguir. También vio tres cañerías que salían del suelo y que parecían pertenecer a un sistema de ventilación. Los árboles que rodeaban la propiedad tenían agujeros de bala en la corteza, y también vio que algo de sangre ensuciaba uno de los arbustos marchitos.

Había encontrado el lugar.

Se quedó quieto, hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Eh! ¿Hay alguien en casa?

Esperó más de un minuto sin dejar de estar pendiente de los movimientos. Algo se movió detrás de las cortinas de la ventana delantera. No vio nada más en la azotea. Seguro que habían sido unos gorriones, sí.

—¡Eh! ¿Hay alguien en casa? ¡Me llamo Amos Burton y quiero comerciar!

Le respondió un hombre con tono rabioso y estridente.

—¡Estás en propiedad privada!

—Por eso estoy aquí fuera jodiéndome la garganta en vez de acercarme a tocar el puto timbre. He oído que tú estás bien preparado para la situación, pero a mí me pilló con los pantalones bajados. Quiero comerciar y conseguir armas.

Se hizo un largo silencio. Si tenía suerte, el cabrón no le dispararía, pero no las tenía todas consigo. Amos sabía que en la vida había que arriesgarse.

—¿Qué me puedes ofrecer?

—Una potabilizadora de agua —gritó Amos—. La tengo ahí detrás.

—Ya tengo una.

—Puede que llegues a necesitar otra. Tampoco es que vayan a fabricar más por el momento. —Contó hasta diez—. Voy a acercarme a la casa para que podamos hablar.

—¡Estás en propiedad privada! ¡No entres!

Amos abrió la cancela y le dedicó al hombre su sonrisa más bobalicona.

—¡No pasa nada! Si estuviese armado, no vendría aquí a conseguir armas, ¿no crees? No me dispares. Solo quiero hablar.

Entró en la propiedad y dejó la cancela abierta detrás. Mantuvo las manos en el aire, con los dedos extendidos. Vio el vaho que desprendía su respiración. Sí que hacía frío, y no es que fuese a mejorar a corto plazo. Se preguntó si no debería haber dicho que lo que tenía era una estufa.

La puerta de la casa se abrió, y el hombre salió al exterior. Era alto, delgado y tenía una cara estúpida y cruel, así como un fusil de asalto de cañón largo con el que apuntaba al pecho de Amos. Sin duda se trataba de un arma no reglamentaria bajo la jurisdicción de la ONU.

—¿Qué tal! —dijo Amos al tiempo que lo saludaba con la mano—. Me llamo Amos.

—Ya lo habías dicho.

—Aún no sé cómo te llamas tú.

—Porque no te lo he dicho.

El hombre avanzó y se cubrió detrás del supuesto vehículo militar.

—Un fusil muy bonito —dijo Amos, que no había bajado las manos.

—Y también funciona —aseguró el hombre—. Desnúdate.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Si quieres comerciar conmigo, demuéstreme que no ocultas armas. ¡Desnúdate!

Vaya, eso sí que no lo había previsto, pero de perdidos al río. No sería el primer tipo que conocía que se ponía muy cachondo al sentirse poderoso. Amos se quitó la camisa, luego los zapatos uno a uno, se bajó los pantalones y dio un paso al frente para salir de las perneras. La brisa fría le quemaba la piel.

—¡Muy bien! —gritó Amos—. A menos que tenga una pistola metida en el culo, estarás de acuerdo conmigo con que no llevo nada encima, ¿verdad?

—Verdad —convino el hombre.

—Mira, si aún te preocupa, podrías enviar a alguien para que eche un vistazo a la ropa mientras tú no dejas de apuntarme para asegurarte de que no intento nada raro.

—No me digas lo que puedo hacer.

Eso era buena señal. Una pequeña prueba de que aquel tipo podía estar solo. Amos alzó la vista hacia el ático. Era un buen lugar para apostar a una segunda persona en caso de que la hubiese. Unas alas pequeñas y grises se agitaron sobre la casa en respuesta a la apreciación de Amos.

—¿Dónde está la potabilizadora?

—A unos cinco kilómetros siguiendo la carretera —dijo Amos al tiempo que señalaba con el pulgar—. Podría traértela sin problema en una hora.

—No te preocupes —dijo el hombre, que se echó la culata del fusil al hombro y siguió apuntando a Amos. La boca del cañón parecía abrirse a una caverna—. La cogeré yo mismo.

Algo parecido a una brisa agitó el césped del patio antes de que apretase el gatillo. Una brisa dentada. El hombre se tambaleó hacia atrás y luego soltó un alarido cargado de dolor y confusión. Los supresores hormonales químicos habían dejado de hacer efecto debido al tiempo que había transcurrido desde que habían salido del Foso, y Clarissa se movía demasiado rápido para que Amos pudiese seguirla a simple vista. Era como si la mujer se hubiera transformado en un colibrí muy malhumorado. El hombre cayó de rodillas. El fusil de asalto había desaparecido de sus manos y tenía un dedo roto y lleno de sangre. Se encorvó para agarrarse la mano herida, pero en ese momento se oyó el estruendo del arma y se le abrió una herida a un lado del pecho.

Y Clarissa se quedó quieta en ese instante, mientras sostenía el fusil con una mano y la bata de la prisión manchada de sangre ondeaba en la brisa. Cayó al suelo despacio. Amos se vistió y se acercó a ella, que ya tenía los ojos en blanco y había empezado a vomitar. Le puso su camisa sobre los hombros y esperó a que dejara de tener arcadas. Pasaron unos cinco minutos y, como nadie había salido de la casa para investigar o vengarse, Amos estaba casi seguro de que el muerto era un lobo solitario.

Clarissa se estremeció una vez, luego se quedó quieta y sus ojos dejaron de estar vidriosos.

—¿Qué tal? —preguntó—. ¿Hemos ganado?

—El primer asalto —respondió Amos al tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacia ella

—. ¿Siempre es así?

—Sí. El diseño es terrible.

—Hay que reconocer que funciona.

—Sí, claro. ¿Tú estás bien?

—Tengo un poco de frío —comentó Amos—. Pero no me matará. Quédate aquí un momento. Voy a ver qué hay ahí dentro.

—Iré contigo —dijo ella, que intentó incorporarse. Amos le puso una mano en el hombro, pero no le hizo falta empujar para volver a sentarla en el suelo.

—Iré yo primero. Me sorprendería que no hubiese trampas.

—Muy bien —dijo Clarissa entre jadeos—. Pues te espero aquí.

—Buen plan.

Se marcharon del lugar a la mañana siguiente temprano. Ambos habían conseguido trajes térmicos de categoría profesional, aunque a Amos le quedaba un poco ceñido y Clarissa había tenido que remangárselo. El búnker que había debajo de la casa tenía suministros suficientes como para sobrevivir un año o dos: equipo de supervivencia, armas, munición, raciones hipercalóricas, una pila de pornografía sorprendentemente aburrida y una colección de piezas de ajedrez preciosas y talladas a mano. Pero lo más interesante no estaba en el búnker. El garaje contaba con media docena de bicicletas sin usar y en perfecto estado, así como unas alforjas. Recorrieron la distancia que separaba el complejo de la autopista, pasando por la ciudad, en menos de media hora, a pesar de llevar los fusiles al hombro e ir cargados con toda el agua y la comida que pudieron. A mediodía ya habían cubierto más distancia que en tres días enteros a pie. Del Foso a la oficina de Erich habría unos setecientos *clicks*, y caminando solo avanzaban menos de treinta al día. Con las bicicletas avanzaban el doble de rápido. Si nada iba mal, llegarían a Baltimore en unos nueve días. Amos sabía que era mucho pedir teniendo en cuenta la situación, pero era optimista.

Pararon para comer a mediodía, pero estaba tan oscuro que bien podrían haber sido las horas antes del amanecer. Aún veía el vaho de su respiración ante él, pero Amos había dejado de sentir frío entre el ejercicio y el traje térmico. Bombón tenía muchísimo mejor aspecto. Sonreía y tenía las mejillas sonrosadas. Se sentaron en un viejo banco junto a la carretera que daba al este. Solo vieron barro y escombros desperdigados por el paisaje.

El horizonte quedaba iluminado por el brillo de algo enorme, una ciudad o un incendio, que se reflejaba debajo de las nubes en tonos grises y dorados. El fin del mundo también podía llegar a tener su encanto.

Bombón le dio un mordisco a una barrita y bebió un sorbo de la cantimplora con potabilización automática.

—¿Le sigues dando vueltas?

—¿A qué?

—A lo que hicimos.

—No sé a qué te refieres, Bombón.

La mujer lo miró con los ojos entornados, como si intentara dilucidar si Amos bromeaba.

—Allanamos la casa de un hombre, lo matamos y le quitamos todo lo que tenía. Si no hubiésemos pasado por aquí, esa persona quizá hubiera conseguido sobrevivir hasta que volviera a brillar el sol.

—Iba a dispararme solo porque yo tenía algo que él quería.

—Pero no lo habría hecho si no hubiéramos estado allí. Y le mentimos cuando le dijimos que queríamos comerciar.

—¿Quieres preguntarme algo, Bombón?

—Si ese hombre no hubiera tenido tantas ganas de apretar el gatillo, ¿lo hubieras dejado estar? O estaríamos aquí igual, con todas estas armas y toda esta comida.

—Ah, pues nos hubiéramos llevado sus cosas también, sí. Nuestro plan era el mismo pasara lo que pasase.

—Entonces no nos podemos considerar los buenos, ¿no?

Amos frunció el ceño. Era una pregunta que no se le había pasado por la cabeza hasta que la había articulado ella. Le molestaba no sentirse mal por ello. Se rascó el pecho e intentó imaginar lo que hubiera hecho Holden. O Naomi. O Lydia.

—Eso mismo —respondió—. Vamos, tengo que volver a la nave cuanto antes.

Alex

—ESTÁS de buen humor —dijo Bobbie mientras Alex se sentaba frente a ella. Desayunaba gachas con un revuelto de proteínas con aspecto parecido a huevos revueltos, salchichas y salsa picante. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo muy ceñida y tenía las mejillas sonrosadas como si acabara de terminar de hacer ejercicio. Alex se sentía en baja forma con solo mirarla, pero lo cierto era que tenía razón: estaba de buen humor.

—El capitán va a llevar a mi niña hasta la Luna.

Bobbie frunció el ceño.

—¿Tu... niña?

—La *Roci*.

—Ah, sí —dijo—. Por un instante había pensado que... sí. Tengo ganas de ver a Holden. Y a Avasarala.

—Qué bien me va a sentar volver a mi nave, joder —dijo Alex al tiempo que echaba pimienta en su plato de huevos rehidratados—. Ahora solo falta que vuelvan Amos y Naomi. Vaya. ¿He dicho algo malo?

La sombra que se había apoderado de la expresión de Bobbie volvió a desaparecer, y ella agitó la cabeza.

—Nada. Es que... no sé. Supongo que es la envidia. Hace mucho tiempo que no tengo compañeros.

Bobbie ensartó una de las salchichas en el tenedor y echó un vistazo a la cafetería mientras se la comía. Los huevos que había pedido Alex estaban blanquecinos y sabían más a levadura que a algo salido de una gallina. La situación le trajo a la memoria viejos recuerdos.

—¿Estar entre compañeros en servicio activo hace más difícil acostumbrarse a la vida como civil?

—Algo así.

—Las cosas cambian.

—Y es imposible volver al pasado —dijo Bobbie, que respondió citando al propio Alex.

Alex rompió un pedazo de tostada, se lo metió en la boca y siguió hablando.

—¿Seguro que estamos hablando del servicio activo?

Bobbie sonrió.

—No, supongo que no. Es que todavía no me he hecho a la idea. La Tierra nunca volverá a ser el lugar que conocíamos. Nunca será igual.

—No, nunca será igual.

—Marte tampoco —continuó Bobbie—. Mi sobrino, por ejemplo. Es un chico inteligente. Un empollón de los de manual. Pero lo único que ha visto en su vida es la universidad y el proyecto de terraformación. Nada más. Creo que fue una de las primeras personas que llegó a comprender el verdadero significado de que empezase a haber colonias fuera de nuestro sistema.

—Sí, eso lo cambia todo —convino Alex.

—Todo menos la manera en la que afrontamos las cosas —aseguró Bobbie mientras cargaba una escopeta imaginaria y amagaba con dispararla al tiempo que hacía el ruido de un estallido con la boca.

—Es increíble todo lo que hemos conseguido, en retrospectiva, teniendo en cuenta que no

somos más que unos primates avanzados que han arrastrado consigo sus rasgos evolutivos desde el Pleistoceno.

Bobbie rio entre dientes, y Alex se alegró de oír aquel sonido. Le encantaba hacer sentir mejor a los demás, como si el hecho de conseguir animar a alguien le quitase hierro a sus problemas e hiciese más llevadero que su tripulación estuviese en dificultades. Pero se dio cuenta de que pensar así también era problemático: si reconfortar a los demás lo reconfortaba a él, quizá que él se sintiese reconfortado también reconfortase a los demás, una sensación de falso bienestar que no arreglaba nada.

—He oído que el equipo de asistencia está a punto de llegar —dijo Alex.

—Sí, pero puede que no sea tan bueno como nos imaginamos —aseguró Bobbie al tiempo que masticaba una salchicha—. Oí una conversación esta mañana mientras entrenaba. El equipo de asistencia debería llegar ahora mismo a nuestro alcance operacional, pero se dice que la tripulación está verde como una lechuga. Que es su primera misión.

—¿De toda la tripulación? —preguntó Alex.

—Los veteranos están en Hungría cubriéndonos las espaldas.

—Bueno, mucho mejor tener a un puñado de adolescentes que no tenerlos —dijo Alex—. Pero, si te digo la verdad, pensaba que la caballería iba a tener algo más de experiencia.

—Seguro que todo el mundo pensaba lo mismo de nosotros cuando empezamos.

—Sin duda. En mi primera misión volé solo y casi pierdo contención en el núcleo sin querer.

—¿En serio?

—Estaba muy nervioso.

—Ya te digo —dijo Bobbie—. Bueno, esperemos que el viaje a la Luna vaya como la seda.

Alex asintió y le dio un sorbo a la burbuja de café.

—¿Crees que ocurrirá de verdad? ¿Que todo ha terminado?

El silencio de Bobbie fue respuesta más que suficiente.

Pasaron el resto de la comida hablando de temas mucho menos preocupantes: las diferencias entre los entrenamientos de los marines y de la armada y qué método era mejor; historias de Alex en Ilo y la zona lenta; especularon sobre lo que iba a hacer Avasarala cuando el primer ministro de Marte llegase a la Luna. Era trabajo, pero Alex lo encontró muy agradable y placentero. No había volado con Bobbie en años, pero le gustaba hablar con ella y estar a su lado. Le gustaba imaginar que en otra vida se convertía en su compañera. En la armada, claro. No veía a Bobbie viajando en un carguero como la *Canterbury*. También se preguntó cómo habría sido tenerla en la *Roci*. Parte de lo que convertía a su nave en un hogar era que la tripulación era escasa y compartían muchas cosas. Había una intimidad que solo se conseguía después de vivir durante mucho tiempo con las mismas personas. Todo el que llegara ahora, aunque fuera alguien tan competente, listo y agradable como Bobbie, iba a tener que enfrentarse a ese ambiente. Y no había nada que molestase más a una tripulación bien asentada que tener a alguien que se sintiese fuera de lugar.

Mientras pensaba en ello, masticaba los supuestos huevos y oía a Bobbie contar una historia de escalada en la superficie de Marte, empezaron a sonar las alarmas.

—Todo el mundo a sus puestos —dijo una voz nítida y calmada entre el estruendo de la alarma—. Esto no es un simulacro.

Alex se levantó y se dirigió a su asiento de colisión antes de llegar a comprender del todo lo que acababa de pasar. Bobbie caminaba a su lado. Ambos habían tirado las bandejas de desayuno y las burbujas en el reciclador al salir, ya que estaban entrenados para saber que cualquier cosa que no estuviese atornillada podía convertirse en un posible proyectil si la nave cambiaba de vector de manera demasiado brusca. La vibración irregular de los CDP había empezado a agitar la

cubierta, pero Alex no llegó a imaginar qué amenaza podía haberse acercado tanto sin ser detectada. Las alarmas no habían dejado de sonar cuando llegaron al pasillo, y uno de los marines... el sargento Park, se llamaba, los obligó a seguirlo.

—No hay tiempo para que se dirijan a sus camarotes. Tenemos algunos asientos libres por aquí, así que tendrán que ocuparlos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alex, que aceleró el paso para seguirle el ritmo.

—El equipo de asistencia ha empezado a dispararnos —respondió Park.

—¿Qué? —se sorprendió Bobbie.

Park no bajó el ritmo hasta llegar a una escotilla que daba a una sala de reuniones. La abrió y los hizo entrar. Alex se dejó caer en un asiento de colisión y se amarró con una eficiencia fruto de la costumbre y el entrenamiento. No dejaba de darle vueltas a la situación.

—¿Alguien ha falsificado códigos de transpondedor militares? —preguntó.

—No, las naves son las nuestras —dijo Park al tiempo que comprobaba el amarre de Alex.

—Pero ¿cómo...?

—Esperamos ser capaces de responder a esa pregunta lo más pronto posible, señor —aseguró Park. Se acercó a la silla de Bobbie y empezó a revisar los amarres mientras seguía hablando—. Por favor, quédense en sus asientos hasta que sea seguro salir. No sabemos qué ocurre, pero puede que las cosas se pongan...

La nave se agitó con fuerza, y los cardanes de los asientos se giraron cuarenta y cinco grados hacia la cubierta. Park salió despedido y consiguió agarrarse antes de golpearse contra la pared.

—¡Park! —gritó Bobbie al tiempo que empezaba a desabrocharse los amarres—. ¡Informe!

—¡Quédense en sus asientos! —gritó el marine desde detrás de Alex, y también desde debajo de él ahora que la nave había virado.

La presión de la gravedad de aceleración hizo que Alex se quedase enterrado en el gel del asiento. Una aguja se le clavó en la pierna y le inyectó un cóctel de drogas en el flujo sanguíneo para reducir las probabilidades de un derrame cerebral.

«Vaya, esto es más serio de lo que creía», pensó.

—¡Park! —volvió a gritar Bobbie, que luego soltó una retahíla de improperios mientras el marine trastabillaba hacia la puerta antes de salir al pasillo y dejarlos allí solos.

—Menuda mierda, joder. Esto es una mierda.

—¿Puedes hacer algo? —gritó Alex a pesar de que Bobbie solo estaba a un metro y medio—. Mi panel de control está bloqueado.

Oyó los jadeos de la marine por encima de las distantes vibraciones de los CDP y el grave retumbar de los torpedos al lanzarse.

—No, Alex. El mío también lo está.

Un gemido aflautado recorrió la cubierta y agitó los asientos, que volvieron a girarse. Sin duda, el timonel estaba poniendo la nave al límite de sus capacidades. Alex oyó otros sonidos además de los graves y muy reconocibles de las armas de la nave. Decidió pensar que se trataba de impactos en las naves enemigas y tenía muy claro que al menos en una ocasión habían dado en el clavo. Tenía un nudo en la garganta y le dolía el estómago. Siguió esperando a que, en cualquier momento, un proyectil Gauss atravesase el casco, y cada segundo que pasaba sin que ocurriera le hacía temer más ese desenlace.

—¿Estás bien? —preguntó Bobbie.

—Me gustaría ver qué está pasando. O hacer algo al respecto. No me importa luchar, pero odio quedarme encerrado como una sardina en lata.

Sintió que el estómago le daba un vuelco y, por un instante, confundió la falta de gravedad

con un acceso de nauseas. Su asiento de colisión se movió hacia su izquierda y el de Bobbie hacia su derecha, lo que los dejó muy cerca el uno del otro.

—Bueno, pues le han dado al motor —dijo Bobbie.

—Eso parece. ¿Te acuerdas de esa teoría tuya y de Avasarala de que alguien había empezado a apropiarse de las naves y suministros de la ARCM?

—Ahora todo encaja, ¿verdad?

Los asientos volvieron a moverse mientras los propulsores de maniobra de la nave luchaban contra la inercia imparable del acero y la cerámica. El agitar de los CDP y los bramidos que producían los lanzamientos de los misiles creaban una melodía ambiental un tanto irregular, pero Alex notó que detrás de ella se había hecho el silencio.

—Los tipos malos han dejado de disparar —aseguró.

—Vaya —dijo Bobbie al momento—. ¿Crees que nos van a abordar?

—Justo lo que pensaba.

—Bueno. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte en el asiento antes de que vayamos a hacernos con un arma?

—¿Cinco minutos?

—Me vale —dijo Bobbie al tiempo que sacaba el terminal portátil—. Pondré el cronómetro.

La puerta de la sala de reuniones empezó a realizar el ciclo de apertura a los tres minutos y veinticinco segundos. Tres marines con armadura de batalla ligera entraron flotando en la estancia impulsándose en el marco de la puerta. Llevaban fusiles de asalto colgando en un costado. El primero de ellos, un hombre de rostro enjuto con una cicatriz que le recorría la mejilla desde la nariz, avanzó.

Alex pensó que si los tipos malos tenían naves marcianas también podían tener armaduras marcianas, pero el hombre de rostro enjuto fijó las botas contra la cubierta.

—Señor Kamal. Sargenta Draper. Soy el teniente De Haan. La nave va a seguir maniobrando, por lo que debemos tener cuidado, pero necesito que me acompañen.

—Entendido, señor —dijo Bobbie al tiempo que se desabrochaba los amarres y se impulsaba hacia la puerta. Alex la siguió al momento.

Los marines avanzaron por la ingravidez de los pasillos con una eficiencia fruto de la práctica, entre coberturas y siempre preparados para disparar: uno detrás, otro delante y Bobbie y Alex en el centro de la formación. La nave se agitó mientras Alex flotaba de un asidero a otro en dos ocasiones. La primera vez consiguió aferrarse a otro asidero, pero la segunda empezó a rebotar por la cubierta hasta que uno de los marines lo agarró y consiguió estabilizarlo. Los sonidos de los disparos, que parecían ser de un solo bando, se volvieron más estridentes para luego pasar a ser más distantes. Una de las escotillas no se abrió cuando intentaban cruzarla, y descubrieron que era porque la estancia contigua había quedado despresurizada, lo que los obligó a dar un rodeo. Alex tuvo la impresión de que el viaje era interminable, pero también de que acababa al instante, como si no fuese más que un sueño agitado.

La capitana se encontraba amarrada a su asiento en el puente, y el primer ministro junto a ella. La tripulación que trabajaba alrededor se encontraba en sus puestos y no dejaba de gritarse información de la que Alex oyó breves fragmentos que le permitieron formarse una ligera idea de la situación sin darse cuenta. El motor principal estaba inoperativo. La batería de comunicaciones no podía realizar transmisiones por radio ni enviar mensajes láser. Había varias brechas en el casco cerca de la cubierta de ingeniería, el arsenal y la bodega de popa. Aún podía disparar misiles, pero los sistemas de rastreo habían dejado de funcionar. Nadie mencionó las dos fragatas que habían acompañado a la nave desde que la escolta principal se había retirado, lo que era

sinónimo de que habían quedado destruidas.

—Nos atacan y han empezado a abordarnos —dijo la capitana con voz demasiado tranquila—. Las naves de escolta también están siendo atacadas en estos momentos y no pueden venir en nuestra ayuda. Hemos realizado una llamada de emergencia de largo alcance, pero no creemos que nadie sea capaz de llegar a tiempo de evitar lo que quiera que vaya a ocurrir. Hemos empezado a prepararnos para defendernos a toda costa, pero es posible que sea necesario evacuar si no podemos garantizar su seguridad.

—¿En mitad de una refriega? —preguntó Alex.

—Sé que no es lo ideal —aseguró la capitana—. Con todos mis respetos, nuestra prioridad es la seguridad del primer ministro.

—Sí, mi capitana —dijo Bobbie al mismo tiempo que Alex—. Pero eso ha sonado un poco desalentador.

La capitana los ignoró a ambos.

—Hemos preparado media docena de cápsulas de rescate. El protocolo a seguir es meter a un guardia armado en cada una de ellas y soltarlas todas a la vez, con la esperanza de que el enemigo quede sobrepasado por la cantidad de objetivos y que así haya más probabilidades de que algunas pasen desapercibidas.

—Es un plan horrible —dijo Alex a la capitana. Luego se volvió hacia el primer ministro—. Sabe que es un plan horrible, ¿verdad, señor?

Smith asintió. Tenía el rostro sonrojado y una fina capa de sudor adherida al cuello y a las mejillas debido a la tensión superficial.

—Sí —continuó Bobbie—. Las cápsulas no tienen motor Epstein. Acabaríamos convirtiéndonos en blancos muy fáciles. Tenemos una pinaza de carreras aquí mismo. La *Jabali* está adaptada para altas velocidades.

La capitana levantó la mano para exigir silencio.

—Es justo lo que iba a decir a continuación. Podríamos dejar la *Jabali* para el primer ministro, a quien acompañarían un piloto y un guardia, pero eso significaría meter a dos civiles en esa picadora de carne.

—No la entiendo, capitana —interrumpió Bobbie—. Tenemos un piloto y un guardia aquí mismo, ¿no? Podríamos dejar al primer ministro en el catre y nosotros nos sentaríamos en los asientos. Alex tiene más experiencia pilotando esa nave que cualquiera de vosotros y, con todos mis respetos al teniente De Haan, a mí no se me da nada mal lo de disparar. Estaremos apretados, pero podemos hacerlo.

—Sí, eso es justo lo que iba a decir —dijo la capitana con un tono cargado de irritación—. Además, le han indicado al primer ministro que se requiere la presencia de la sargenta Draper en la Luna por razones políticas, así que...

—Déjese de cháchara, capitana Choudhary —dijo el primer ministro—. Han aceptado.

—¿Teniente? —llamó Bobbie—. Me vendría muy bien tener un arma si voy a encargarme de la seguridad del primer ministro.

El hombre de rostro enjuto sonrió y le dedicó una mirada fría pero deslumbrante.

—Puedo conseguirle una, sargenta. ¿Capitana?

La capitana asintió con brusquedad, y el teniente De Haan se impulsó hacia el ascensor seguido muy de cerca por Bobbie. El corazón de Alex latía desbocado, pero el miedo había dado paso a una emoción que aumentaba cada vez más. Sí, podía morir en cualquier momento. Sí, un enemigo desconocido los tenía rodeados y estaba a punto de abordar la nave. Pero iba a volar otra vez, y la parte más juvenil e inmadura de su alma no podía evitar impacientarse.

—Usaremos los CDP para cubriros todo lo que podamos —dijo la capitana, pero Alex volvió a interrumpirla.

—No será suficiente. Si aceleramos a toda máquina hacia la Tierra... seguramente podamos deshacernos de las naves enemigas, pero sus misiles no tienen el impedimento de tener personas en el interior y podrán ir más rápido que nosotros. Además, tampoco parece que haya ningún lugar en el que esconderse.

—Pues tendréis que pensar en algo —dijo la capitana.

—Genial —dijo Alex—. Poned un puñado de misiles en la misma frecuencia que la batería de comunicaciones de la *Jabali* y lanzad tantos como podáis mientras nos marchamos, así Bobbie podrá usar nuestro láser para dirigirlos hacia los que nos disparen a nosotros. Dejaremos atrás sus naves y dispararemos a sus misiles. A menos que nos topemos con algo antes de llegar a la Luna o que nos quedemos sin torpedos, todo debería ir bien.

«Y a menos que nos disparen nada más salir», pensó pero no añadió.

La capitana parpadeó y lanzó una mirada al primer ministro. El político tenía gesto inquisitivo. La capitana Choudhary se encogió de hombros.

—Pues ya tenemos un plan.

—Cree que...

—No —dijo la capitana—. Eso podría... podría funcionar.

—¡Capitana! —gritó alguien detrás de ellos—. Hemos confirmado contacto enemigo en las cubiertas siete y trece. ¿Permiso para usar armas pesadas?

—Permiso concedido —respondió la capitana, que luego se volvió hacia Alex—. Diría que es su señal para salir de aquí, señor Kamal.

—Gracias, capitana —dijo Alex—. Haré lo que esté en mi mano para que todo salga bien.

El primer ministro se desamarró y flotó sobre el asiento de colisión hasta que uno de los dos marines restantes lo agarró y lo orientó bien. El primer ministro y la capitana se estrecharon las manos, pero otra voz los interrumpió:

—Capitana, tenemos un mensaje de los atacantes. De la *Pella*.

—Es la nave que está al mando —dijo el primer ministro a Alex.

—¿Nos han vuelto a pedir que nos rindamos? —preguntó la capitana.

—No, señora. Es de radio, no un mensaje láser. Y bueno, es... Joder.

—Reprodúzcalo, señor Chou —dijo la capitana—. Desde el principio.

Se oyó el chasquido de una radio. Luego el estallido de la estática, que desapareció para volver a oírse al instante. Alguien gruñó, un sonido cargado de dolor. Cuando al fin se oyó la voz, sonó seria y lúgubre. Alex sintió una patada en el estómago al oírla.

—Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*...

Naomi

SABÍA que tendría que enfrentarse a ello antes de que ocurriese. Antes incluso de identificarlo. La sensación de que la nave había cambiado sin que nada hubiera cambiado en realidad, al menos no al principio. La tripulación seguía viendo los canales de noticias y vitoreando. Ella seguía vigilada a todas horas y seguían tratándola como una mascota: la novia domesticada de James Holden que habían conseguido volver a meter en la jaula de la que se había escapado. Marco era educado con ella, y Filip no tenía claro si quería estar a su lado o ignorarla. Pero ahora las cosas habían cambiado. La tensión se había apoderado del lugar, y Naomi no sabía si se debía a que estaba a punto de ocurrir otra catástrofe o si era algo más concreto y personal. Al principio solo tenía claro que le costaba más comer y dormir. La sensación de pavor le había formado un nudo en las entrañas.

Nadie le dijo nada y no fue capaz de sacar ninguna conclusión de lo que ocurría a su alrededor, así que empezó a rememorar los detalles de todos los días que había pasado en cautividad. Había algunos que se le habían escapado, algunos importantes que de alguna manera habían pasado desapercibidos. El de las alas fanfarroneando con un uniforme marciano, una chica de hombros anchos casi de la misma edad que Filip que hacía ejercicio con el ímpetu de alguien que sabe que se prepara para algo que puede llegar a sobrepasarle, Karal diciéndole que se pusiese a hacer inventario en la armería y en los suministros de servoarmaduras, la seriedad con la que Cyn sopesaba cada una de las armas que Naomi le veía en las manos. Eran como restos de tierra que se acumulaban en una cañería sin mantenimiento, cosas insignificantes que con el tiempo se convertían en ideas concretas. Se dirigían hacia la batalla. Iban a emboscar a una flotilla marciana, para ser más exactos.

Sabía que había llegado su momento cuando encontró a Miral y Aaman sentados uno junto al otro en el pasillo de la enfermería, y la esperanza que se había acumulado en su interior sin que ella se diera cuenta estalló y se abrió paso hacia su garganta con la fiereza de la rabia.

—Aquí la *Pella* —dijo Miral, concentrándose en cada sílaba—. *Confermé* ruta.

—Confirmando —dijo Aaman en voz baja.

Miral le dio un puñetazo a la cubierta con ambas manos.

—Joder, ¿qué he dicho?

—Has dicho «*confermé*». Tienes que decir «confirmando»

—Venga, repetimos —dijo Miral. Carraspeó—. Aquí la *Pella*. Confirmando ruta.

Aaman sonrió.

—Ruta confirmada, *Pella*.

Miral alzó la vista, vio que Naomi y Cyn se acercaban a él y les dedicó una mueca. Naomi agitó la cabeza.

—Da el pego —confirmó Naomi—. Muy marciano.

Miral titubeó. Naomi supuso que se debía a que no tenía muy claro lo que ella sabía y lo que se suponía que tenía que saber. El hombre le dedicó una sonrisa avergonzada. Naomi se la devolvió y siguió caminando como si de verdad formara parte del grupo. Como si encajara entre ellos. Cyn iba detrás y no dijo nada, pero la miró con el rabillo del ojo.

La comida del segundo turno de la nave eran fideos refritos y cerveza. Los canales de noticias realizaban un informe de todo el sistema, y Naomi lo vio con ansia por primera vez, no

por lo que decía, sino por lo que no decía. Las reservas de comida y agua se estaban agotando en Norteamérica y Asia, y a Europa no le iba mucho mejor. La ayuda al hemisferio sur cada vez se complicaba más debido a que los suministros empezaban a escasear. A Naomi no le importaba. Jim no estaba allí. La estación Medina había dejado de responder a los mensajes, aunque las comunicaciones funcionaban bien. Eso tampoco le importaba. El portavoz del parlamento de Marte de Londres Nova había pedido al primer ministro que regresase de inmediato al planeta, pero eso también le daba igual. Todas las historias que no afirmaban que una nave acababa de explotar en la estación Tycho eran una victoria para Naomi. Comió a toda prisa: sorbió los fideos blancos y dulces y se bebió de un trago la cerveza, como si al hacerlo la nave fuera a ir más rápido o el ataque fuese a tener lugar antes.

Era su oportunidad.

Cyn y ella pasaron el medio turno que les quedaba por delante en ingeniería y en el taller, asegurándose de que todo estaba bien sujeto. Era una nave llena de cinturianos y a Naomi no le cabía duda de que lo iba a estar. Así fue, pero el ritual le resultó muy tranquilizador. El orden y el control en los elementos de la nave eran sinónimo de seguridad. La selección natural se había encargado de los cinturianos que no lo comprobaban todo tres veces, y ver la armonía de la que hacía gala el taller le proporcionaba una sensación de comodidad casi atávica. También revisó el pasador estropeado de la caja de herramientas, pero se aseguró de no llamar la atención. Sintió que conseguía el efecto contrario, que seguro que Cyn se iba a dar cuenta del poco tiempo que había pasado revisando la caja de herramientas.

No relacionó sus pensamientos intrusivos y el entusiasmo casi insoportable que empezaba a sentir hasta que el terminal portátil de Cyn emitió un sonido y el hombre le dijo que dejara lo que estaba haciendo.

—*Wrócić do du* asiento de colisión, sí —dijo al tiempo que le tocaba el hombro a Naomi con suavidad pero con firmeza. Naomi no hizo como si no supiese lo que estaba a punto de pasar y no intentó ocultar su nerviosismo. Todos sus gestos indicaban que estaba nerviosa por el enfrentamiento.

Cuando llegaron al camarote, Naomi se amarró y Cyn revisó que lo había hecho bien. Luego, para sorpresa de la mujer, él se sentó junto a ella por un instante y su peso movió el asiento. Los músculos de Cyn se contraían bajo su piel con el más mínimo movimiento, pero de alguna manera conseguía parecer tímido y juvenil, como si su cuerpo no fuese más que un disfraz.

—*Zuchtig du, sa sa?*

Naomi sonrió de la manera más sincera posible.

—Claro que tendré cuidado —dijo—. Siempre lo tengo.

—*La*, no siempre, *du* —dijo Cyn. Había algo que no le estaba contando, y Naomi no sabía qué era—. El enfrentamiento será mano a mano, y eso significa que habrá muchas maniobras. Si no estás en un asiento, saldrás despedida contra un *mur*. O peor, una esquina.

Naomi se dio cuenta de que había empezado a notar el sabor metálico del miedo en la boca. ¿Cyn lo sabía? ¿Se había dado cuenta? El hombre extendió las manos, pero no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Te veo de *gute Stimmung*. Feliz desde que hablaste con Marco. He pensado que quizá hayas descubierto una razón para estarlo, ¿no? Una *sortir* de este lugar sin puertas.

«Suicidio —pensó— Está pensando en el suicidio. Cree que me voy a desamarrar en mitad de la batalla para dejar que la nave me destruya.»

Naomi no lo había pensado de manera consciente, pero era la típica idea que seguro había pasado por sus pensamientos intrusivos. Lo peor era que no se había asustado al darse cuenta, sino

que sintió bienestar. Desahogo incluso. Se preguntó si lo había llegado a pensar de verdad, si el peligro inherente de su plan podría convertirse en una excusa para dejarlo todo atrás o si que esas ideas salieran a relucir no era más que una vía de escape. No saberlo a ciencia cierta le molestó mucho.

—Mi idea es seguir aquí cuando acabe todo esto —dijo, pronunciando con firmeza las palabras, como si pretendiese convencer tanto al guardia como a ella misma.

Cyn asintió. Se oyó el aviso de maniobras de la nave, pero el grandullón no se levantó del asiento. Aún no.

—*Cette?* Es difícil para *alles*. Sobreviviremos, ¿vale? Todos. También tú. —Cyn se miraba las manos, como si tuviese algo escrito en ellas—. *Meine Familie* —dijo al fin—. Recuérdalo. *Alles lá sind Familie*, y tú *bist* también.

—Vete a amarrarte, grandullón —dijo Naomi—. Seguiremos hablando después.

—Después —repitió Cyn antes de dedicarle una sonrisa y levantarse del asiento.

Se oyó el segundo aviso, y Naomi se reclinó como si de verdad pretendiese quedarse sentada en el frío abrazo del gel.

No le cabía duda de que, en el puente, Marco estaba muy tranquilo y sosegado, interpretando a un capitán marciano y haciendo que todos los que se dejaban llevar por él se sintieran más seguros ahora que estaba ahí. Naomi tenía claro que las otras naves también la iban a creer. Se encontraban en un navío de Marte con un transpondedor de verdad. Sin duda estaban usando encriptación marciana militar para enviar los mensajes. Marco sabía interpretar muy bien su papel, algo que a Naomi no le pilló por sorpresa.

Naomi deseó poder preocuparse, pero no tenía tiempo.

El sonido de los misiles y el murmullo de los CDP se apoderó del ambiente mientras la estancia giraba treinta grados hacia la izquierda y su asiento chirriaba sobre los cardanes. Naomi se desabrochó los amarres y se incorporó en el asiento al tiempo que apartaba la pierna de la aguja. Hubiese esperado a recibir la inyección de no haber estado segura de que se trataba de un sedante. El tiempo se le echaba encima. El asiento volvió a colocarse en posición neutral. Naomi se dejó caer hasta el suelo y avanzó a toda prisa y con seguridad por el pasillo. Iba con los brazos extendidos, tocaba las paredes de ambos lados con la punta de los dedos y deslizaba los pies por la superficie de la cubierta. «De cuclillas para mantener bajo el centro de gravedad», pensó.

«Lista para cualquier contrariedad.» La nave se agitó a su alrededor. Le dio la impresión de que las paredes y la cubierta no se habían movido, y sus ojos le confirmaron que todo estaba como antes, tranquilo y estable. Pero su cuerpo tiró de ella y cayó hacia una pared, luego hacia la otra y luego, peor aún, hacia donde no había nada que la retuviese. Era una sensación peor que la ingravidez. El hecho de que su mente intentase interpretar su ubicación durante la ausencia de gravedad podía llegar a ser desorientador, pero aquello era muy diferente. Se abalanzó por el pasillo como un dado en un cubilete, dejándose caer cuando podía e intentando aferrarse a las paredes cuando los movimientos eran demasiado bruscos.

Cuando llegó al ascensor, seleccionó el taller y se agarró a los asideros mientras la cabina la llevaba a lo largo de la estructura de la nave. Sintió una sacudida que la dejó inquieta. Eran los marcianos que habían empezado a responder al ataque. Normal. Era lo que tenían que hacer. No podía permitirse prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. No hasta que hubiese terminado con lo que tenía que hacer.

El taller estaba vacío y todas las herramientas bien sujetas, aunque las oyó repiquetear cuando la nave volvió a sacudirse: metal contra metal, como si la embarcación intentara comunicarse con ella. Naomi se dirigió hacia la caja de herramientas estropeada, pero la cubierta

desapareció bajo ella de improviso y perdió pie. Trastabilló y se dio un cabezazo contra las estanterías de metal. Le dio la impresión de que el repiqueteo se atenuaba. Agitó la cabeza, y unas gotas de sangre salpicaron contra la pared y la cubierta.

«No es grave —se dijo a sí misma—. Las heridas en la cabeza siempre sangran mucho aunque sean superficiales. Sigue moviéndote.»

Los CDP restallaron y las vibraciones avanzaron por toda la estructura de la nave. Naomi encontró la caja de herramientas, la desenganchó, la cogió y se sentó en la cubierta con ella entre los brazos. Pensó durante un segundo largo y desesperanzador que la cerradura era diferente, firme e inaccesible, pero no fue así. Su mente le había jugado otra mala pasada. Era la caja que buscaba. Cogió el pasador, pasó los dedos sobre la fisura que no debería haber estado allí y tiró de él con fuerza como si su mano fuese una cuña, tanta fuerza que sintió cómo se le levantaba la piel y le empezaban a doler los huesos. Fue insoportable, pero consiguió ignorarlo. De improviso, se incrementó muchísimo la presión de su cuerpo contra la cubierta. La nave acababa de acelerar, y Naomi desconocía la razón. Le dolía la espalda. Habían pasado años desde que su columna había tenido que soportar su peso durante una aceleración. En esas circunstancias, normalmente se encontraba tumbada y rodeada de gel.

El pasador cedió con un chasquido de indignación. La caja de herramientas se abrió con brusquedad, pero el contenido no se desparramó. Todas las llaves inglesas, los soldadores de poliepóxido, los medidores de voltaje y las latas de aire y lubricante estaban bien sujetos en el interior. Empezó a ojear el contenido hasta que encontró una hilera de llaves octogonales y sacó la de diez milímetros. Aquella era una de las ventajas que tenía sobre Marco y su tripulación. Ella llevaba años viviendo en una nave marciana y sabía cuáles eran las herramientas que abrían los paneles de acceso. Se la conocía como la palma de su mano. Cogió también un medidor de voltaje, un empalmador de cables y un pequeño soldador eléctrico y se lo metió todo en los bolsillos. Si tenía suerte, solo necesitaría la llave, pero...

De repente, la cubierta volvió a desaparecer bajo sus pies, y dejó de notar la gravedad. Naomi no fue capaz de dilucidar si había empezado a rotar por los aires o era la nave la que giraba a su alrededor. Extendió una mano hacia la cubierta y las paredes, pero lo único que se encontraba a su alcance era la caja de herramientas flotante. Suficiente. La agarró y se la acercó al vientre. Luego la lanzó para impulsarse y, al mismo tiempo, se giró para agarrarse a la mesa de trabajo. La gravedad no tardó en regresar, y la caja de herramientas cayó al suelo mientras ella trastabillaba. Otro estallido grave volvió a sacudir la nave. Le empezaron a doler las rodillas y la columna, pero lo ignoró y corrió hacia el ascensor.

La gravedad volvió a desaparecer cuando entró en la cabina. Los CDP aún resonaban, pero mucho menos. Naomi no recordaba la última vez que había oído el disparo de un misil. Al parecer, la batalla empezaba a perder fuelle. Deseó que el ascensor fuese más rápido. Como oyese el sonido del aviso de todo despejado y la gente empezase a levantarse de sus asientos antes de que ella hiciera lo que tenía que hacer, Jim, la *Rocinante* y seguro que un buen porcentaje del personal de la estación Tycho morirían hoy mismo. Se lo imaginó mientras el ascensor avanzaba metro a metro: el motor sobrecalentándose hasta saltar por los aires, una explosión más deslumbrante que el Sol que acabaría por cubrirlo todo. La nave se movió, y Naomi se golpeó contra la pared con tanta fuerza que le hizo una magulladura. Luego volvió a quedar flotando en ingravidez. Paró el ascensor entre la cubierta de la tripulación y la esclusa de aire, y esperó que la desaceleración no la dejase atrapada en mitad del vacío del hueco al salir de la cabina.

El panel de control tenía unos quince centímetros de alto y cuarenta de ancho, y era el lugar en el que se encontraba el centro neurálgico del cableado de la parte central de la nave. Si cortaba

todos aquellos cables con el soldador, la energía se redistribuiría de manera automática por otros lugares. Se encenderían algunas señales de advertencia, pero no ocurriría nada más. Bien, tampoco quería estropearla. Iba a tener que usarla más adelante. Enganchó dos pies y una mano en los asideros y empezó a usar la llave octogonal con la que le quedaba libre. Los tornillos estaban metidos hasta el fondo en la placa y muy bien apretados, pero notó que la rosca empezaba a girar poco a poco. Sacó tres. Cuatro. Cinco.

Seis.

Vio el terminal por el hueco que había empezado a dejar la placa al soltarse. La nave se estremeció bajo ella y volvió a girar. Naomi aferró la llave, pero aun así se imaginó que se le resbalaba y la veía caer por el hueco. Un denso coágulo de sangre roja se le despegó del pelo y manchó la pared blanquecina. Lo ignoró. Ya había conseguido sacar siete tornillos. Ocho. Empezó a oír voces en la cubierta de la tripulación. Una mujer había dicho algo que fue incapaz de entender, y un hombre le había respondido que no. Nueve. Diez.

La placa se soltó del todo. Naomi cogió el terminal y comprobó la carga. Las baterías estaban casi al máximo. La cobertura era muy buena. No sabía qué circuito pertenecía a la radio, y el primero que probó le devolvió un código de error. Soltó una ristra de improperios que se confundieron con su respiración acelerada, puso el terminal en modo de diagnóstico y ejecutó una consulta. Tardó más de lo que esperaba, pero al fin le devolvió los resultados. Naomi revisó el informe con el pulgar hasta que encontró lo que buscaba. El canal dieciocho pertenecía a una batería de comunicaciones que usaba protocolos D4/L4, los mismos que la *Rocinante* empleaba para la radio. Introdujo el código de control manual que servía para enviar mensajes de diagnóstico de treinta segundos y luego intentó borrar la carpeta en la que se guardaban. Saltó un mensaje de error, que obvió gracias a los permisos, y consiguió borrarla. Estaba casi llorando. Se le resbaló el pie derecho y tuvo que agarrarse a la placa abierta del panel de control. Se arañó los nudillos con algo dentado y afilado. Gruñó de dolor, pero consiguió obviar las molestias. No tenía tiempo.

—Si alguien recibe este mensaje —dijo al tiempo que cogía el telefonillo del terminal—, que lo retransmita, por favor. Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Este mensaje es para James Holden. El programa que controla la botella magnética ha sido sabotado. No enciendas el reactor sin volver a cargar los controladores desde una fuente fiable. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor.

El terminal emitió un sonido a mitad de la última palabra para indicar que habían pasado los treinta segundos y que había vuelto al menú principal. Soltó el telefonillo, se desenganchó y se impulsó lejos de la pared. Extendió los brazos y soltó la llave octogonal. Esperó que hubiese funcionado. Se encontraban en mitad de una refriega y el mensaje podía toparse con interferencias creadas por Marco para que nadie descubriera qué era lo que estaba ocurriendo allí, pero Naomi sabía que él prefería montar un buen espectáculo. Y, si tenía razón e iban a por el primer ministro de Marte, el mensaje acabaría en manos de uno de los mejores servicios de inteligencia del Sistema Solar.

Jim no estaba seguro, aún no. Naomi lo sabía, pero se sintió aliviada por un instante. Sabía que aquella oscuridad regresaría a por ella, que la ansiedad asfixiante, la culpa y el miedo volverían a atosigarla. No le cabía duda, pero ahora, en aquel mismo instante, solo sentía alivio. Había llevado a cabo su plan y le había salido bien. Puede que su advertencia llegase o no a su destino, pero fuera como fuese, ella no podía hacer nada más. Y seguro que ahora mismo Marco estaba en el puente preguntándose qué era lo que Naomi acababa de hacer. La risa que surgió imparabable desde las profundidades de su pecho le supo a victoria.

Las voces de la cubierta de la tripulación elevaron el tono y empezaron a entremezclarse. La alarma no había terminado, pero Naomi oyó que había gente moviéndose a su alrededor. Reconoció la voz de Cyn, que gritaba inquieto. La pierna de Naomi golpeó la pared, y extendió el brazo para enganchar la muñeca en un asidero. El ascensor no era buena idea. Empezó a avanzar por el hueco asidero a asidero hasta que llegó a los pasillos. Las caras que miraban desde las puertas tenían los ojos abiertos como platos. Un hombre se dio la vuelta al verla. Naomi se impulsó por el pasillo con los pies y flotó como una flecha sin tocar ninguno de los asideros para estabilizarse. Le dolía el hombro. La herida de la cabeza había empezado a sangrarle otra vez. Se sentía muy tranquila.

Cyn apareció por una esquina, se agarró en un asidero y se quedó mirándola con la boca y los ojos muy abiertos. Naomi levantó un puño a modo de saludo y pasó flotando junto a él.

—Estaré en mi camarote si alguien me necesita, ¿vale? —dijo.

Holden

LA HUMANIDAD había usado mapas estáticos durante la mayor parte de su historia. Incluso durante épocas caóticas y llenas de cambios, períodos en los que las civilizaciones habían caído de la noche a la mañana, los lugares seguían siendo más o menos los mismos. La distancia entre África y América del Sur siempre había sido prácticamente la misma, al menos durante el período de tiempo en el que los humanos habían pisado el planeta. Y, lo llamas Francia o Zona de Interés Colectivo de Europa, París iba a estar más cerca de Orleans que de Niza. Pero cuando se mudaron a Marte y luego al Cinturón y a los mundos que había más allá, el tiempo se convirtió en un factor determinante para calcular la distancia entre los grandes núcleos de población de la humanidad. Holden estaba en la estación Tycho, y en aquel momento la Tierra y la Luna se encontraban al otro lado del Sol. Marte estaba más cerca, pero se alejaba cada vez más. Saturno estaba aún más cerca y las lunas jovianas muy lejos. Se había acostumbrado a que las cosas se acercaran y se alejasen, era algo que se daba por hecho y que no tenía nada de especial. Pero en momentos como aquel, el movimiento orbital parecía convertirse en una metáfora de lo que ocurría a su alrededor.

Holden había llevado sus cosas a la *Rocinante* desde que Fred había tomado la decisión de ir a la Luna. Sus cosas y también las del resto de la tripulación. Había encontrado la ropa de Amos doblada con esmero y bien ordenada en un morral de lona. Alex lo había tirado todo al azar en una maleta. La mitad estaba en una bolsa de malla y la otra no, pero Holden no supo distinguir cuáles eran las mudas limpias. Las cosas de Naomi estaban en la suite que ambos compartían. Un par de botas de repuesto, un calcetín desaparejado, ropa interior. También había dejado sobre el mueble del baño la maqueta de un *mecha* de combate marciano que no era más grande que su pulgar, de color rojo refulgente y negro. Holden no sabía si tenía algún significado especial para ella o si recordaba siquiera de dónde la había sacado, pero la recogió con cuidado y la guardó en una caja acolchada. Era lo más parecido a cuidar de ella en esas circunstancias, por lo que se lo tomó muy en serio.

Volver a la *Rocinante* era como volver a casa, pero lo malo fue que estaba muy vacía. Los estrechos pasillos de la cubierta de la tripulación le parecieron demasiado amplios. El repiqueteo y los chasquidos ocasionales de las juntas de expansión al ajustarse a los cambios de temperatura se asemejaban a sonidos fantasmales. Cuando el equipo de reparaciones estaba cerca y los oía trabajar, Holden se molestaba porque las voces y las pisadas no eran las de su tripulación. Cuando los trabajadores se marchaban, sentía la angustia del silencio.

Se dijo a sí mismo que era algo temporal, que Alex no tardaría en estar en la cabina, Amos en ingeniería y Naomi junto a él, diciéndole con amabilidad en qué la había cagado y cómo hacerlo mejor la próxima vez. Iría a la Luna y estarían allí. Todos. Seguro.

El problema era que no sabía nada de Naomi. Había recibido un mensaje de texto muy corto de madre Tamara en el que le decía que por ahora sus padres estaban bien, pero que había empezado a caer ceniza sobre el rancho como si fuera nieve y estuviesen en invierno. Tampoco sabía nada de Amos.

A veces uno sabía cuándo un adiós era definitivo, pero no siempre. No era lo más común. Las despedidas eran tan habituales que uno no sabía cuándo podía ser la última. Allí, en la oscuridad del centro de mando con media burbuja de bourbon flotando junto a él mientras escuchaba un blues de doce compases, Holden estaba muy seguro de que recientemente se había

despedido por última vez de muchas personas sin saberlo. Volvió a recordar aquellos momentos uno a uno, y sus recuerdos se volvieron menos auténticos y más dolorosos cada vez que lo hacía.

—Estamos solos —le dijo a la nave—. Eres lo único que me queda.

La *Rocinante* se quedó un rato en silencio, pero, para sorpresa de Holden, terminó por responderle. Un resplandor amarillo que indicaba una solicitud de llamada apareció en la consola que tenía delante. Se enjugó las lágrimas con la manga y la aceptó. Fred Johnson apareció en la ventana con el ceño fruncido.

—¿Holden?

—¿Fred?

—¿Estás bien?

—Ah... ¿Sí?

Fred se inclinó hacia delante y su cabeza se volvió enorme en la pantalla.

—Llevo quince minutos llamándote al terminal portátil.

Holden echó un vistazo al centro de mando a su alrededor y asintió.

—Puede que me lo haya dejado en los pantalones... digo... en mi camarote. Sí, eso.

—¿Estás borracho?

—Diría que sí —dijo, concentrándose para que no se le trabase la lengua.

—¿Y vas sin pantalones?

—Mira, Fred, creo que ese es un paso en nuestra relación para el que aún no estoy preparado.

—Bueno, pues vete a la enfermería, coge algo para despejarte y tápate ese culo. La tripulación de vuelo irá dentro de poco.

Holden encendió las luces y apagó la música.

—¿Qué pasa?

—Nos han llegado unos informes. Han atacado al primer ministro de Marte. Las naves que encontré tu compañero Alex eran señuelos para llamar la atención de las de escolta.

—Pero... había otras naves, el equipo de asistencia... —empezó a decir Holden.

—Esas son las que han empezado a dispararles.

Holden soltó un taco en voz baja.

—Alex está en esa nave. ¿Sabemos algo de él?

—No sabemos nada de nadie. Tenía varios radiotelescopios apuntados hacia esa dirección, pero esta es la única información que hemos conseguido averiguar. He hablado con Drummer y con el equipo de ingeniería. Dicen que la *Roci* está preparada, y yo cada vez estoy menos interesado en quedarme aquí sentado a la espera de que el que está detrás de todo esto vuelva a intentar matarme.

Holden se desamarró del asiento y flotó hacia delante. Tenía la cabeza un poco embotada. Echó un vistazo alrededor por el centro de mando. Era como si parte de su cerebro aún esperase ver a Alex, Naomi y Amos allí con él. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que tenía por costumbre mirar a sus compañeros antes de que la nave zarpara. Le dio mala espina que aquella fuese la primera vez que no iban a estar allí con él.

—Muy bien —dijo Holden—. Lo dejaré todo listo para cuando tenga compañía. ¿Cuándo tenéis pensado venir?

—¿Tan pronto como sea posible?

—El reactor está frío y deberíamos llenar las reservas de aire y agua —indicó Holden. Los efluvios del alcohol habían empezado a desaparecer, pero no estaba del todo seguro de si era así o si tan solo tenía la sensación de estar más sobrio—. Además, me has ordenado ir a la enfermería

a por algo para despejarme y taparme el culo.

—Me alegra comprobar que me prestabas atención —dijo Fred—. ¿Dos horas?

—Creo que me dará tiempo.

—Pues venga.

Holden se impulsó por el hueco del ascensor asidero a asidero. Una nueva tripulación estaba a punto de entrar en la *Rocinante*. Era lo que había que hacer, claro. El plan siempre había sido ese, pero pensar en ello ahora que estaba a punto de ocurrir le daba un pavor indescriptible. Habría desconocidos en los controles y los camarotes. Voces que eran diferentes a las que estaba acostumbrado a oír desde que había abandonado la *Donnager*. Su tripulación había sido el corazón de la nave incluso cuando trasladaban pasajeros. Esto era diferente, y no le gustaba nada.

Se detuvo en la enfermería de camino a su camarote. Una vez sobrio, las implicaciones simbólicas de una nueva tripulación de desconocidos para realizar un viaje a la Luna no le parecieron tan ominosas, pero la idea quedó grabada en su mente: sin Naomi, sin toda su tripulación, la *Rocinante* no iba a ser lo mismo. Cuando revisó el terminal portátil un rato después, solo tenía un mensaje de Fred. El silencio de Alex tampoco ayudaba nada.

El conducto de abordaje agitó la nave con suavidad al conectarse a la esclusa de aire, como si la estación Tycho carraspease. Holden se dirigió a la esclusa para recibir al equipo. El grupo ya se encontraba flotando entre ambas puertas y estaba formado por ocho personas: seis cinturianos y dos que parecían ser de la Tierra. Todos llevaban uniformes de vuelo de la estación Tycho y cargaban con el equipaje de mano. Drummer, ataviada con su uniforme de seguridad, también estaba con ellos.

—¿Capitán Holden? —saludó Drummer—. Me gustaría presentarle al capitán Foster Sales y su tripulación.

El que avanzó flotando con los brazos cruzados parecía demasiado joven para ser capitán. Tenía el pelo negro y rapado que se extendía hasta convertirse en una barba lustrosa que intentaba sin suerte disimular las facciones aniñadas para darle algo más de dignidad a su rostro. Fue él quien le presentó a los demás: los pilotos Arnold Mfume y Chava Lombaugh, los ingenieros Sandra Ip y Zach Kazantzakis, los técnicos de armamento Gor Droga y Sun-yu Steinberg y la especialista de comunicaciones Maura Patel. Holden estaba muy seguro de que se iba a olvidar de todos sus nombres después de aquella breve ceremonia.

Drummer pareció captar su incomodidad, porque cuando la tripulación se dirigió hacia sus puestos, se quedó allí para intentar hablar con él a solas.

—Son buena gente, capitán. Los he aprobado yo personalmente. Ninguno de ellos está en el bando equivocado.

—Claro. Me alegra saberlo —dijo Holden.

La sonrisa de Drummer era amable y extraña al mismo tiempo.

—A mí también se me hace muy raro.

—¿Sí?

—Estaba de servicio cuando entraron en la estación y robaron la puta protomolécula. Intentaron matar al jefe. Me paso todo el día intentando dar la impresión de que estoy tranquila y calmada, pero cuando llega la hora de dormir no dejo de apretar los dientes y mirar a las paredes. Si le soy sincera, estoy cagada de miedo ahora que el viejo se va.

Holden soltó un largo suspiro.

—Gracias.

—No hay de qué, señor. Todos estamos pasando un mal momento.

—¿Debería saber algo sobre...? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y Drummer le

informó un poco con frases cortas. El compañero de Ip había sido uno de los traidores y se sentía traicionada. Steinberg y Mfume se habían perdido el respeto, y aunque normalmente no habría sido un problema, si se metían en una pelea alguien iba a tener que meterse en medio para tranquilizarlos. Droga tenía familia en la Tierra y estaba preocupado, enfadado y triste. Holden se aseguró de acordarse de hablar con él si tenía la oportunidad. Cada pequeño detalle, cada tara o vulnerabilidad, cada fortaleza y cada una de las peculiaridades de la nueva tripulación hacían que Holden se sintiese un poco más tranquilo.

Vale, esos hombres y mujeres no eran su familia, pero sí su tripulación. Nunca llegarían a significar para él lo mismo que Alex, Amos y Naomi, pero iba a ser su capitán durante las próximas semanas. Y eso era más que suficiente.

Era suficiente... por ahora.

Drummer estaba terminando de contarle que Maura Patel tenía problemas de insomnio cuando Fred atravesó la esclusa de aire. Aterrizó con los pies por delante en el mamparo y enganchó los tobillos en los asideros, como si hubiese nacido en el Cinturón. Se quedó a noventa grados con relación a ellos con una sonrisa hirsuta en el rostro y el equipaje de mano amarrado a la espalda.

—Bueno, ¿y qué andáis haciendo?

—Drummer ha sido muy amable y me está contando cómo hacer las veces de buen hermano mayor con la tripulación —respondió Holden.

—¿En serio? —preguntó Fred.

—Puede que me haya puesto un poco sensiblera.

Fred asintió.

—Nos pasa incluso a los mejores de vez en cuando. ¿Cómo vamos?

Drummer fue la que respondió:

—La tripulación ha empezado a calentar motores. Nadie nos ha comunicado que algo vaya mal, así que todo debería salir según lo previsto.

—Excelente —afirmó Fred—. Apuesto lo que sea a que los mejores camarotes ya están ocupados.

—Los camarotes son todos iguales —aseguró Holden—. Excepto el mío. Y no te voy a dejar el mío.

—No esperaba que lo hicieses, capitán —dijo Fred—. El convoy marciano ha enviado una llamada de emergencia de largo alcance. Las primeras naves de escolta han empezado a acelerar hacia la nave del primer ministro, pero el equipo de asistencia ya ha empezado a atacar. Ha sido una emboscada de lo más efectiva.

—No me gusta nada cómo suena eso —dijo Holden—. Aún no tengo noticias de Alex.

—Bueno, tenemos que ser positivos —dijo Fred—. La última información que tenemos indica que los atacantes han dejado de disparar, por lo que parece que van a abordarlos.

Holden se quedó de piedra.

—El protocolo dice que hay que hacer estallar la nave si el enemigo consigue hacerse con la cubierta de ingeniería o el NIE.

—Eso se hace para que el enemigo no se apodere de los códigos —aseguró Drummer—. Pero también están volando en naves de la armada marciana. El daño ya está hecho.

Los tres se quedaron en silencio un instante. Fred volvió a hablar en voz baja y mordaz:

—Usted sí que sabe cómo animarnos, Drummer. ¿Quiere encargarse de comprobar el estado de la nave del primer ministro, capitán?

Holden miró a Drummer. Ella se quedó en posición de firmes, pero vio cierto atisbo de

incomodidad en su mirada. Fred Johnson se había hecho cargo de la estación Tycho durante dos décadas y ahora estaba a punto de marcharse. Tal vez no consiguiera volver. Quizá Holden tampoco.

Todos estaban pasando un mal momento.

—Dejemos que Foster se encargue de ello —respondió Holden—. Así se irá acostumbrando a la nave. Tengo asuntos pendientes en la estación antes de zarpar.

Monica se encontraba en una habitación nueva. Verla allí sentada en el sofá era como ver a una persona distinta. Holden se había olvidado de los meses que habían pasado sus dos equipos viajando hacia el Anillo, también del esfuerzo desesperado que había hecho en la *Bégimo* cuando aún no se había convertido en la estación Medina y del secuestro y el rescate posterior. Había dejado todo aquello a un lado. La mujer tenía una expresión educada y hermética.

—Bueno —empezó Holden—. He venido a decirte que estoy a punto de zarpar. No sé cuándo nos volveremos a ver, si es que llegamos a vernos de nuevo, pero no quería irme con la impresión de que nuestra relación está tocada.

—¿Por qué tienes esa impresión?

—¿Sin micrófonos?

El silencio se apoderó de la estancia. Monica sacó su nuevo terminal portátil del bolsillo y tocó la pantalla dos veces. El aparato emitió un sonido, y luego se lo dejó sobre el muslo.

—Venga. Sin micrófonos.

—Porque te mentí, y lo sabes. Y te enfadaste. Y porque tú intentaste hacerme hablar de cosas de las que no quería hablar soltándome preguntas en mitad de una entrevista, y me enfadé mucho.

Monica suspiró, pero su expresión se suavizó un poco. Parecía mayor que la primera vez que se habían visto. Aún tenía esa predisposición para las cámaras, pero era como si ahora cargase sobre sus hombros el peso de todo el universo.

—¿Qué te ha pasado, Holden? Solías ser alguien que no ocultaba las cosas. Eras la voz en la que todos podíamos confiar, porque, aunque no lo supieras todo, al menos te asegurabas de contarnos lo que sí sabías. Eso de amañar una entrevista no va contigo.

—Fred me pidió que no contase que habían atentado contra él.

—Ni que se habían llevado la muestra de la protomolécula —apuntilló Monica. Luego levantó el terminal portátil—. No estoy grabando. Hazme el favor de no volver a mentirme.

—Ni que se habían llevado la muestra de la protomolécula —repitió Holden.

La expresión de Monica se suavizó aún más y empezó a rascar la tela del sofá con las uñas.

—Es algo muy importante. Es lo más grave que ha ocurrido desde que empezó todo. ¿No crees que la gente tiene derecho a saber el peligro al que se enfrentan?

—Fred lo sabe. Se lo ha dicho a Avasarala y a Smith. La Tierra y Marte lo saben. La APE lo sabe. Sembrar el pánico entre la gente sin motivo...

—Es normal entrar en pánico ante una situación así... —dijo Monica—. ¿Decidir lo que la gente debería saber o no para que hagan lo que tú crees que deben hacer? Así no es como actúan los buenos. Es paternalista. Es condescendiente. Y no es propio de ti. Quizá sea normal para los estrategas y agitadores políticos, pero no es propio de ti.

Holden sintió una presión en el pecho. No estaba seguro de si era vergüenza, rabia o algo más complicado. Recordó a madre Tamara diciéndole: «La verdad duele». Le dieron ganas de espetarle algo cruel a Monica, de devolverle el golpe. Pero se limitó a entrelazar los dedos.

—¿Y lo que tú haces es importante?

—¿Qué?

—Informar. Contar cosas a la gente. ¿Crees que sirve para algo?

—Claro que sirve para algo.

—Entonces tú también tienes que controlar la manera en la que usas ese poder. No digo que lo de ocultar lo de la protomolécula estuviese bien, pero contárselo a todo mundo es aún peor, sobre todo ahora que la cosa se ha complicado tanto. Cuando estábamos en la zona lenta, tú fuiste la voz que consiguió traer algo de orden a ese momento de caos. Y eso hizo que la gente se sintiese más tranquila, más segura y más racional. Más civilizada. Necesitamos algo así. Lo necesito.

—¿Cómo te atreves a decir que...? —empezó a decir Monica, pero en ese momento le sonó el terminal portátil. Lo miró irritada, apartó la vista y lo volvió a mirar con gesto de sorpresa. Levantó un dedo hacia Holden durante un instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, pero ella había empezado a leer el terminal y abría los ojos cada vez más—. ¿Monica? Si esto es una lección práctica de lo pérfido que es ocultar información, admito que has conseguido sorprenderme. Pero déjalo ya...

—Las naves atacantes. Las que iban a por el primer ministro de Marte. El buque insignia ha enviado un mensaje. —Se quedó mirándolo con fijeza—. Es para ti.

La voz de Naomi a través del terminal portátil sonó débil y aguda, como si acabase de despertar de una pesadilla o algo peor.

—Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Este mensaje es para James Holden. El programa que controla la botella magnética ha sido sabotado. No enciendas el reactor...

Naomi se quedó en silencio, pero él ya había sacado su terminal portátil. Le dolían los dedos de apretarlo con tanta fuerza y tuvo que obligarse a relajar la mano. Envío una solicitud de llamada a Drummer. Pensó que el corazón se le iba a salir del pecho. Se sentía como si estuviese en caída libre, como si acabara de pisar mal la escalera de una alta torre y se hubiese caído al vacío. Monica empezó a soltar tacos en voz baja, pero a él le dio la impresión de que estaba rezando.

Si encendían el reactor y la botella perdía contención, la *Rocinante* desaparecería en una abrir y cerrar de ojos. Puede que la estación Tycho no quedara destruida del todo.

—Aquí Drummer —se oyó por el terminal portátil de Holden—. ¿En qué puedo ayudarle, capitán?

—¿Habéis encendido el reactor? —preguntó Holden.

Drummer se quedó en silencio durante lo que le pareció medio segundo, pero para él fueron años.

—Sí, señor. Está a un sesenta por ciento de potencia y, por ahora, todo parece ir bien.

—Apagadlo —dijo Holden—. Apagadlo ahora mismo.

Se volvió a hacer el silencio.

«Que no me pregunte por qué —pensó—. Que no me lo discuta ni me pida que se lo explique. Por favor.»

—Hecho. Reactor desconectado —indicó Drummer—. ¿Puedo preguntarle a qué ha venido eso?

Alex

—... NO enciendas el reactor sin volver a cargar los controladores desde una fuente fiable. Si alguien recibe este mensaje, que lo re...

El mensaje se cortó.

—Tenemos que retransmitirlo. Hay que enviárselo a Holden.

—Yo me encargo —dijo la capitana—. El primer ministro y usted tienen que evacuar ahora mismo.

Alex la miró, confundido. Naomi se encontraba en las naves que los habían emboscado. Alguien había saboteado la *Roci*. Sintió que se encontraba en ese momento de quietud entre un golpe en la cabeza y el instante en el que uno empezaba a sentir dolor. Su primer pensamiento irracional y semicoherente fue creer que si Naomi estaba con ellos no podían ser tan malos.

—¿Señor Kamal?

—Estoy bien. Es que...

El primer ministro Smith lo miró, y los ojos amables e inofensivos del hombre le dieron la impresión de estar muy fuera de lugar en aquella situación.

—¿Ese mensaje cambia algo de lo que tenemos que hacer nosotros?

—No —respondió Alex—. Es que... No. No, deberíamos irnos. Un momento. Bobbie...

—La señora Draper sabe adónde van —aseguró la capitana Choudhary—. Me aseguraré de que no se pierda.

Se dirigieron al ascensor con un marine delante y otro detrás. La cabina hizo que Alex recuperara la orientación cuando empezó a bajarlos al corazón de la nave. Solo tardaron unos pocos segundos en igualar la velocidad y luego volvieron a empezar a flotar, pero fueron más que suficientes para que su mente registrara lo que era arriba y lo que era abajo. El lugar era lo bastante amplio como para llevar el triple de personal. Los marines se apostaron junto a la puerta, listos para afrontar cualquier peligro. El primer ministro se colocó a un lado en la parte delantera, el único lugar donde había algo de cobertura. Nadie dijo nada al respecto. Era la dinámica del poder político reflejada en las posiciones dentro de un ascensor.

Naomi estaba allí. Justo allí. A menos de diez mil kilómetros, quizá. Era como si pudiera toparse con ella al doblar una esquina, algo que no iba a ocurrir, claro. Una batalla en aquella extensión tan reducida del espacio seguía suponiendo distancias enormes en cualquier otro contexto. Si la nave hubiera sido transparente, Alex solo habría sido capaz de ver los penachos de los motores, puntos de luz en un cielo que ya estaba lleno de ellos. La *Pella* podía estar a una distancia similar a la que había entre Boston y Sri Lanka, pero eso seguía siendo cerca a escala del Sistema Solar.

—Está pensando en su amiga —dijo Smith.

—Sí, señor —dijo Alex.

—¿Sabe por qué se encuentra dentro de la *Pella*?

—Lo que no sé es por qué no está en la *Rocinante*. Y no se ofenda, pero tampoco sé qué hago yo aquí. Cuanto más tiempo estoy fuera de mi nave, peor se ponen las cosas.

—Yo pensaba justo lo mismo, pero con mi casa —dijo Smith.

Uno de los marines, alto y con un acento muy marcado que Alex no fue capaz de identificar, asintió.

—Debería cubrirse, señor. Estamos a punto de cruzar una zona que no está bajo nuestro control.

Lo que aquel hombre quería decir es que el enemigo se había apoderado del camino que los separaba del hangar. Alex se apoyó con fuerza contra la pared frente al primer ministro y se preparó. El ascensor redujo la velocidad y lo que antes era abajo pasó a ser arriba. La poca gravedad que había también desapareció. Los marines se impulsaron hacia atrás y levantaron las armas al tiempo que se abrían las puertas. Un eterno segundo después, salieron al pasillo seguidos de Alex y del primer ministro.

Los pasillos de la nave estaban vacíos, ya que la tripulación se encontraba amarrada a sus asientos para la batalla o moviéndose en algún otro lugar para mantener a salvo sitios como aquellos. Los marines fueron avanzando por turnos desde una puerta hasta una intersección y luego hasta otra puerta. Fueron distanciándose con cada uno de los pequeños impulsos que daban, y Alex se asustó al darse cuenta de que las puertas que dejaban atrás podían abrirse en cualquier momento y no habría nadie para protegerle de quienquiera que apareciese tras ellas. A ellos no parecía preocuparles, así que lo dejó estar.

Las paredes tenían la misma membrana antimetralla que el puente y la cafetería, pero estaba marcada con códigos de ubicación y franjas de colores que ayudaban a situarse en el interior de la nave. Vio una franja de rojo oscuro que tenía la palabra HANGAR escrita en amarillo y en hindi, bengalí, farsi, chino e inglés. Era la que seguían.

Avanzaban rápido y en silencio, por lo que Alex pensó que no tardarían en llegar sin problema al hangar, pero el enemigo los encontró antes.

Fue una emboscada muy profesional. El marine del acento marcado se impulsó hacia delante y empezaron a dispararle. Alex no fue capaz de distinguir de dónde venían los tiros, pero se preparó de inmediato y se arriesgó a echar un vistazo. Vio los resplandores de los cañones de las armas y un pequeño círculo de cascos de armadura en la intersección que tenían delante. Los atacantes estaban de pie sobre un mamparo al fondo del pasillo y disparaban hacia abajo, como si lo hicieran hacia las profundidades de un pozo. Aunque hubiera tenido un arma, habría sido difícil apuntarles.

—Nos disparan —dijo el otro marine, y Alex tardó medio segundo en darse cuenta de que hablaba con ellos—. Le han dado a Tollivsen.

—Aguantaré —gritó el del acento marcado.

Alex vio que el primer ministro Smith se encontraba acurrucado detrás del marco de una puerta al fondo del pasillo. La mayoría de los civiles que intentaban pegarse a una pared acababan impulsándose hacia la línea de fuego, pero Smith sabía lo que hacía. Al parecer estaba bien entrenado.

Se oyó otra ráfaga de disparos que dejó franjas negras y alargadas en las paredes y en la cubierta, y también llenó el aire de un aroma a cordita.

—*Hé* —gritó uno de los atacantes—. Dadnos a Smith y os dejaremos marchar, *sa sa?*

El primer marine disparó tres ráfagas casi seguidas, y después se oyeron las risas de los atacantes. Alex no estaba seguro del todo, pero le pareció ver que los que les disparaban llevaban uniformes militares marcianos y una armadura ligera.

—¡Eh! —gritó Alex—. No os servimos de nada muertos, ¿verdad?

Se hizo el silencio, como si la voz de Alex les hubiese pillado por sorpresa.

—Anda, *¿bist du* Kamal?

—Pues... —empezó a decir Alex—. Sí, me llamo Kamal.

—El piloto de Nudillos, ¿verdad?

—¿Quién es Nudillos?

—La pinche traidora —dijo la voz—. Vete al *Hölle* y dile que Salo te envía cuando la veas allí.

—¡Granada! —gritó el marine de acento marcado con voz tan calmada que sonó muy extraña—. Comenzando táctica defensiva.

Alex volvió la cara hacia la pared y se llevó las manos a las orejas. La onda expansiva de la explosión le impactó por todo el costado. Se afanó por respirar. Vio que unos copos de algo parecido a nieve habían empezado a flotar a su alrededor, y el hedor del plástico y los explosivos empezó a ser tan fuerte que casi se asfixia. Luego oyó de nuevo una ráfaga de disparos en la lejanía.

—Granada mitigada —gritó el marine—, pero puede que vayamos a necesitar refuerzos.

El primer ministro tenía unas manchas de un rojo reluciente en el dorso de las manos y la sangre había empezado a mancharle el blanco de los puños de la camisa y a flotar en burbujas a su alrededor por el pasillo. Alex sintió que la pared se estremecía bajo su contacto como si algo acabase de detonar en la nave pero estuviese demasiado lejos como para oírlo. Alguien empezó a reír al otro lado del pasillo para luego jactarse en cinturiano, demasiado rápido para entender qué decía. Alex volvió a sacar la cabeza con cuidado para ver el fondo, pero otra ráfaga de disparos lo obligó a volver a esconderse.

Las risas que venían del fondo se convirtieron en gritos, y las ráfagas cortas y repentinas de disparos en algo más largo y amenazador. Los marines abrieron fuego, y el pasillo se convirtió en un caos. Un cuerpo empezó a rotar por los aires, flácido e inerte, y con el uniforme manchado de una sangre que manaba de más de una docena de heridas. Alex no era capaz de distinguir el bando del cadáver.

Los disparos cesaron. Esperó un rato con la cabeza gacha y luego volvió a asomarse. Después salió un poco más para ver mejor. La intersección en la que se encontraban los enemigos hacía un instante estaba bañada por una neblina de sangre y humo, así como de la espuma antigranadas. Había dos cuerpos flotando, uno con una armadura ligera y el otro con una armadura completa de reconocimiento. Una figura que llevaba puesta una servoarmadura levantó la mano para indicarles que la zona estaba despejada.

—Todo despejado —dijo Bobbie, que parecía encontrarse muy lejos ahora que la servoarmadura despojaba a su voz de los tonos agudos—. Podéis salir. Aunque quizá deberíais aguantar la respiración al pasar por aquí. Está lleno de partículas.

Alex se impulsó hacia delante y el primer ministro lo siguió de cerca. Pasaron junto a Bobbie y otros cuatro marines, lo que incrementó la escolta en seis efectivos. No había visto a Bobbie con la armadura puesta desde el enfrentamiento en Ío. Parecía estar muy cómoda con esa gigantesca coraza que cubría su ya de por sí enorme figura y rodeada de marines. Y también algo nostálgica, a sabiendas de que en realidad no había vuelto a alistarse y aquello no era más que una breve ilusión.

—Qué bien te queda, Draper —dijo Alex al pasar. El estruendo lo había dejado sordo y solo sintió las palabras en su garganta al pronunciarlas. La sonrisa de Bobbie le indicó que ella sí las había oído.

En el hangar, la *Jabali* estaba atracada en unos cepos fabricados para naves mucho más grandes que ella. Era como torrear un mondadientes como un torno industrial. La tripulación colgaba de varios asideros a su alrededor, y todos empezaron a hacerles señas a Alex, Bobbie y el primer ministro. Cuando Alex llegó a la nave, las enormes puertas del hangar ya habían empezado el ciclo de apertura. La jefa de vuelos le lanzó un traje espacial mientras gritaba para que pudiera

oírla.

—Nos estamos coordinando con artillería. Los CDP dispararán fuego de cobertura para abriros paso, pero tened cuidado. Sería muy triste que acabarais destruidos por nuestros proyectiles.

—Entendido —dijo Alex.

La mujer hizo un gesto con la barbilla hacia las puertas del hangar.

—No tenemos tiempo de despresurizar del todo el compartimento, pero quizá lleguemos hasta media atmósfera. Puede que al principio el viaje sea un poco movidito, pero no debería ocasionar ninguna fuga de aire.

—¿Y si hay una fuga?

Señaló el traje espacial.

—Pues aquí tenéis aire suficiente para pensar mientras buscáis una solución.

—Bueno, no es el mejor de los planes, pero algo es algo.

—No son las condiciones óptimas —dijo la jefa de vuelos.

Alex terminó de ponerse el traje y vio que el primer ministro ya lo llevaba y estaba entrando en la pinaza de camino al compartimento trasero. La *Jabalí* era un yate. Un bólido de carreras pensado para no alejarse mucho de la atmósfera, el descendiente filosófico de los barcos que nunca se alejaban demasiado de la costa. Además, era una nave vieja. La chica que había volado en ella llevaba muchos años muerta o algo peor, y la nave ya era vieja en aquella época. Ahora iba a usarla para atravesar un campo de batalla.

Alex comprobó el último de los sellos del traje y empezó a dirigirse hacia la *Jabalí*. Bobbie se encontraba en la zona de acceso y le habló a través de la radio.

—Tenemos un pequeño problema, Alex.

Alex pasó a su lado a duras penas. La mujer habría hecho que el interior de la nave pareciera demasiado pequeño incluso sin llevar la servoarmadura, pero con ella puesta el asiento parecía ridículo en comparación. No iba a caber.

—Haré que detengan la secuencia de lanzamiento —dijo Alex—. Así podremos meterte en un traje de maniobras extravehiculares normal y corriente.

—Han abordado la nave y nos están buscando. Al primer ministro, para ser más concretos —dijo Bobbie—. No hay tiempo. —Se volvió hacia Alex. Su rostro era una máscara de tristeza al otro lado del visor del casco—. Solo nos queda una opción.

—No —espetó Alex—. No te vas a quedar y me importa una mierda lo que digas. No te voy a dejar atrás.

Bobbie se agitó y abrió los ojos como platos.

—¿Qué? No, no. Me refería a quitar el asiento y usar los servos del traje para quedarme encajada en la estructura. ¿De verdad creías que...?

—Sí, eso. Haz eso. Venga —dijo Alex.

Bobbie se inclinó hacia delante con las botas magnéticas ancladas a la cubierta de la *Jabalí* y se agarró a la estructura de la nave con una mano. Aferró la base del asiento de colisión con la otra y tiró de él. Los pernos saltaron como si rajase una hoja de papel, y luego lanzó el asiento hacia el hangar. Los cardanes se agitaron y giraron al ritmo de la rotación del asiento en la distancia. Bobbie se colocó en el hueco y presionó los mamparos y la cubierta con manos y pies hasta que se quedó encajada con tanta firmeza que parecía que formase parte de la estructura del navío.

—Vale —dijo Bobbie—. Así estoy bien.

Alex se giró hacia la jefa de vuelos. La mujer le dedicó un saludo militar, y él se lo devolvió

con mucho ímpetu. Los marines que los habían escoltado y arriesgado sus vidas para que llegaran hasta allí ya se habían marchado. Se arrepintió de no haberles podido dar las gracias.

—Voy a mi puesto. En breve les sacaremos de aquí —dijo la jefa de vuelos—. Tengan cuidado ahí fuera.

—Gracias —dijo Alex. Se impulsó al interior de la nave, cerró la escotilla y empezó a revisar la lista de verificación. El reactor ya se había calentado y todas las lecturas del motor Epstein estaban en verde. Había agua y aire suficientes, y los recicladores también estaban listos.

—¿Todo bien ahí detrás, señor?

—Lo mejor que uno puede estar en una situación así —respondió el primer ministro.

—Agárrate fuerte —dijo Alex a Bobbie—. Las cosas pueden complicarse, y no estás en un asiento de colisión.

—Sí, tranquilo —dijo con una voz en la que Alex casi oyó su sonrisa traviesa—. El asiento es como si lo llevase puesto.

—Vale. Muy bien —dijo Alex.

Las luces de los cepos pasaron de la de advertencia a la de desconexión, y la *Jabali* empezó a flotar. Empezó a sonar la alarma, ahogada por la poca atmósfera del compartimento, y la enorme puerta del hangar comenzó a abrirse. El cambio de la presión exterior golpeó a la pinaza como un martillo. Alex viró hacia el hueco cada vez mayor de oscuridad y estrellas y aceleró. La *Jabali* salió disparada hacia el vacío, ansiosa y hambrienta. La pantalla indicaba que a su alrededor había una docena de naves demasiado pequeñas para verlas a simple vista, y también los contornos curvados de los proyectiles de los CDP, como si fuesen tentáculos que se agitaran en el vacío.

—Me encargo del láser de comunicaciones —dijo Bobbie.

—Recibido —comunicó Alex—. Te aseguro que las cosas se van a complicar.

La *Jabali* salió por las puertas del hangar a toda velocidad y se dirigió hacia el camino angosto que formaban los CDP al disparar en automático. Hizo que la nave entrase y saliese de las líneas por las que pasaban los proyectiles de wolframio con la esperanza de que detuviese cualquier torpedo que les lanzasen a bocajarro las naves que los emboscaban. Fue entonces cuando lo vio detrás: oleadas y oleadas de torpedos. La pantalla de la *Jabali* se llenó de ellos, ya que la densidad del enjambre de misiles era tal que los sistemas no podían diferenciarlos de manera individual. Acababan de disparar el arsenal completo de la nave al mismo tiempo, dirigido a la frecuencia del láser de comunicaciones de la pinaza.

—Nos han puesto una escolta de lujo —dijo Alex—. Salgamos de aquí. ¿Cuántos g puedes aguantar ahí detrás, Draper?

—Tú acelera, que si me rompo una costilla te lo haré saber.

Alex sonrió, viró la pinaza en dirección al Sol y aceleró. Dos g, tres, cuatro y medio... En ese momento, los sistemas empezaron a indicarle que no podían suministrarle nada a través de su traje de maniobras extravehiculares. Golpeó con la barbilla los controles que había en el casco para inyectarse todas las anfetaminas que había en el pequeño botiquín del traje. Las naves enemigas no parecían estar muy seguras de lo que acababa de pasar, pero los pequeños triángulos rojos de la pantalla que las marcaban empezaron a virar. Vio los pequeños penachos de los motores y las estrellas a su alrededor mientras caían hacia el Sol, hacía la Tierra, hacia la Luna y lo que quedaba de la flota de la ONU. Alex sintió que el júbilo empezaba a colmarle el pecho, como si se deshiciera de un lastre muy pesado.

—No me podéis quitar la *Jabali* —dijo a los pequeños triángulos rojos—. Se larga y larga y larga. —Cambió al canal general de comunicaciones—. ¿Cómo vais ahí detrás?

—Bien —gruñó el primer ministro—. Pero ¿vamos a estar a esta velocidad mucho tiempo?

—Un poco más, sí, señor —respondió Alex—. Cuando nos den un respiro, la reduciré a un g.

—Un respiro, dice. Qué gracioso —dijo el primer ministro con voz constreñida.

—Todo bien por aquí, Alex —respondió Bobbie—. ¿Puedo quitarme el casco? No me gustaría agotar el aire cuando podemos respirar en la nave.

—Sí, sin problema. Lo mismo le digo, señor primer ministro.

—Llámeme Nathan, por favor.

—De acuerdo, Nate —dijo Alex.

El Sol era una esfera blanca. Abrió el sistema de navegación y empezó a trazar rutas hacia la Luna. La más rápida cruzaba la órbita de Mercurio, pero la pinaza no era apta para acercarse a más de media UA de la corona solar, por lo que iba a ser un poco más complicado. Venus tampoco se encontraba en buena posición para aprovecharse de su órbita. Pero si Avasarala había enviado las naves de escolta para que se encontrasen con ellos, era posible que esos navíos sí que pudieran aprovechar la posición del planeta, por lo que ir en esa dirección tenía sentido.

—¿Alex? —llamó Bobbie.

—Aquí estoy.

—Eso que dijiste de que no pensabas dejarme atrás... Lo decías en serio, ¿verdad?

—Claro que lo decía en serio.

—Gracias.

Alex sintió que se ruborizaba aún más, a pesar de lo rojo que estaba por la presión del acelerón.

—De nada —dijo—. Ahora formas parte de la tripulación, ¿no? Tenemos que cuidarnos los unos a los otros.

—No se abandona a nadie —dijo Bobbie. Podría haber sido cosa de la aceleración, pero algo en su voz le dio a sus palabras un tono mucho más profundo. Acababa de hacer una promesa. Luego gruñó—: Alex, tenemos torpedos detrás. Creo que los malos han empezado a dispararnos.

—¿Está lista para arruinar sus planes, artillera?

—Sí, joder —afirmó Bobbie—. ¿Cuántas balas tenemos en el cargador?

Alex cambió la pantalla. La nube de misiles que estaban usando de escolta se convirtió en una lista numerada, todos en blanco y con un número de serie para identificarlos. La pantalla volvió a llenarse, y Alex cambió a una con menos información.

—Algo menos de noventa.

—Eso debería ser suficiente para llegar. Creo que casi todas sus naves también han empezado a acelerar a toda potencia hacia nosotros. ¿Qué te parece si les enviamos un par de regalitos para ver si conseguimos disuadir a alguna?

—Bueno, ahora no creo que se atrevan a acercarse. Supongo que sus CDP acabaran con los proyectiles antes de que se acerquen lo suficiente para hacerles daño, pero si quieres probar... —dijo Alex—. Menos... Un momento. —Cambió a la flotilla enemiga en la pantalla. Tardó varios segundos en encontrar lo que buscaba. Marcó la *Pella*—. Menos a esa. Nada de atacar a esa.

—Entendido —dijo Bobbie.

«No se abandona a nadie —pensó Alex—. Tampoco a ti, Naomi. No sé qué coño está pasando ahí dentro ni cómo va a acabar esto, pero no pienso abandonarte.»

Naomi

EN EL pasado, cuando era una niña y su experiencia era más limitada, había sido difícil para ella llegar a comprender que Marco era la mala persona en su pareja. Le había sido difícil incluso después de lo de la *Gamarra* o de que se llevase a Filip. Naomi había crecido pobre y sabía qué aspecto tenían las malas personas. Sabía que violaban a sus mujeres. O que les pegaban, a ellas o a sus hijos. Así era como alguien sabía que estaba tratando con una mala persona. Marco nunca lo había hecho. Nunca le pegó, nunca la amenazó con dispararle, tirarla por una esclusa de aire o derramar ácido sobre sus ojos. Fingía tan bien que era amable que hacía que Naomi se cuestionara si era ella la que estaba siendo poco razonable, irracional y todas las cosas que él insinuaba que era.

Marco nunca hizo nada que se lo pusiera fácil.

La puerta se había cerrado después de llegar a su camarote. Naomi no se molestó en pedir ayuda ni en intentar marcharse. Sabía que acababa de entrar en una celda y también estaba segurísima de que Marco no tardaría en ir a verla.

Ahora tenía a Marco sentado frente a ella, y aún llevaba puesto el uniforme militar marciano. La miraba con gesto amable, y apretaba los labios al tiempo que le dedicaba una sonrisa mezcla de diversión y remordimientos. Tenía el aspecto de un poeta. Un hombre con el que el mundo había sido inclemente, pero que aún era capaz de ser sensible. Naomi se preguntó si practicaba mucho aquella expresión delante de un espejo. Lo más seguro era que sí.

La herida de la cabeza de Naomi había dejado de sangrar. Le dolían todas las articulaciones y le estaba saliendo un moretón enorme en la cadera izquierda. Hasta sentía que se había raspado las yemas de los dedos y las tenía en carne viva, aunque en realidad solo estaban un poco más rojas de lo habitual. Se sirvió la misma manzanilla que se hacía en la *Rocinante* para así imaginar que tenía un aliado secreto. Tenía claro que pensar eso no era una muestra de raciocinio, pero la consolaba un poco.

La cafetería estaba vacía, las pantallas apagadas y la tripulación tenía orden de no entrar en la estancia. Ni siquiera Cyn o Karal estaban por allí. Todo parecía indicar que iba a ser una conversación privada, pero probablemente no lo fuese. Podía imaginarse a Filip viéndolos en otra cubierta. Parecía una trampa. Todo parecía una trampa con Marco. Porque todo lo era.

—No sé por qué me haces esto, Naomi —dijo Marco. No había rabia alguna en su voz. No, sí que había rabia, pero oculta detrás de una máscara de decepción—. Antes no eras así.

—Lo siento. ¿Te he chafado los planes?

—Pues sí —respondió Marco—. Ese es el problema. Antes eras más sensata, o al menos intentabas saber bien qué pasaba antes de hacer algo. Eras más profesional. Pero ¿esto? Has complicado mucho algo que ya de por sí era difícil, y ahora lo que podría haberse hecho con delicadeza va a necesitar mano dura. Solo quería que supieras la razón por la que me voy a ver obligado a hacer lo que voy a hacer, y también que no me has dejado elección.

Naomi sabía que podría haber sido más lista, que una mujer más sabia se habría puesto a llorar y a suplicar el perdón de Marco. Hubiese sido mentira, y era un error ser sincera con él. Hacer algo así sería una ventaja porque estaría engañándolo y dejándole el camino libre para que pensase que era débil y la subestimara o malinterpretara. Naomi lo sabía, pero era incapaz de hacerlo. Algo se lo impedía cada vez que lo intentaba. Quizá podía acabar creyéndose ella misma

que era débil al fingirlo. Y quizá ahora estuviera fingiendo ser fuerte.

Naomi escupió en la cubierta. Había un poco de sangre en la saliva.

—Guárdate los discursitos.

Marco se inclinó hacia delante y la cogió de la mano. La aferró con fuerza, como si pretendiera demostrarle que podía hacerle daño aunque por ahora no se lo estuviese haciendo.

«Bueno, es una buena manera de convertir el subtexto en algo físico», pensó. Luego rio entre dientes.

—Naomi, sé que no estamos bien, *du und moi*. Sé que estás enfadada, pero también sé lo que fuimos en el pasado. Fuimos uno, tú y yo. Por mucho que lo intentemos, nuestro hijo siempre estará ahí para recordarnos que nunca podremos separarnos del todo.

Intentó apartar la mano, pero Marco la agarró con más fuerza. Las posibilidades eran tirar aún más o dejar que Marco la tocara, que controlase su cuerpo aunque solo fuese esa pequeña extremidad. Los ojos del hombre brillaron de dicha. Ahora su sonrisa era algo más genuina, pero aún había en ella algo sospechoso.

—Tienes que entender lo que estoy haciendo, que no es por mí, sino por nosotros.

—¿Por nosotros?

—Por los cinturianos. Todos los cinturianos. Por Filip. Lo hago para que, cuando llegue su turno, exista un lugar para él. Para que no sea solo una nota al pie. «Hubo una vez un pueblo que vivía en las lunas, los asteroides y los planetas donde la vida no evolucionaba. Pero luego encontramos las puertas, y esa gente murió porque dejamos de necesitarlos.» Esa es la razón por la que tengo que hacer esto. Entiendo que no te gusten mis métodos, pero son míos y el fin los justifica.

Naomi no dijo nada. El procesador de comida soltó un chirrido muy agudo que significaba que el depósito de agua empezaba a escasear. Se preguntó si Marco lo sabía o si para él no era más que otro ruido carente de significado.

—Un discurso muy bonito, pero sigo sin saber qué hago aquí. No me necesitabas para nada de lo que has hecho hasta ahora, así que tiene que ser por otra cosa. ¿Sabes qué es lo que creo?

—Tú dirás —dijo Marco, que aflojó un poco la presión en la mano—. ¿Para que el gran James Holden no venga a desmontarme el chiringuito? En serio, creo que lo sobrevaloras demasiado. No es tan impresionante.

—No, es peor. Creo que querías la *Roci*. Creo que querías que mi nave volase entre las tuyas cuando ocurriese todo esto, pero cuando viste que no la había traído abandonaste la idea e hiciste que Sakai la saboteara. Te tengo calado.

Marco le dedicó una sonrisa apacible, pero su mirada había pasado a ser muy fría. Sobria.

—No te entiendo —dijo—. Has empezado la conversación diciendo que yo iba de «¿Por qué me obligas a hacerte daño? ¿No ves todo lo que te quiero?», y ahora has pasado a «Si no eres mía, no serás de nadie más». Puedes fingir que hablamos de la nave si quieres. No me importa.

Marco la soltó y se puso en pie. No era tan alto como Naomi recordaba.

—Lo has entendido mal desde el principio. Quería a Fred Johnson, el Carnicero de la estación Anderson, el que mató a gente como tú, como yo o como Filip solo porque eran cinturianos. Quería aislarlo. Quitarle tu nave. Primero intenté traerla, pero el plan fracasó. Luego hice que Sakai la inhabilitara. Inhabilitarla, *sa sa?* Que explotase al tres por ciento de energía, para que solo destruyese la popa y con suerte no matara a nadie.

—No te creo —aseguró Naomi, pero Marco había empezado a recorrer la mesa de un lado a otro y ya no iba a parar. Tenía los brazos extendidos como si le estuviese dando un discurso a una multitud invisible.

—Destruir la nave no formaba parte de mis planes. Tú me obligaste a ello. Lo que le ocurra a Holden es culpa tuya, no mía. Tienes que empezar a darte cuenta de que las cosas siempre empeoran cuando empiezas a actuar como has hecho ahora. No sabes nada, Naomi. No sabes nada porque no te he contado nada.

Naomi le dio un sorbo a la infusión e hizo un gesto de indiferencia con las manos.

—Pues venga, cuéntamelo.

Marco sonrió.

—Has notado que hemos reducido la velocidad hace unos pocos minutos, ¿verdad? Extraño en medio de una persecución, ¿no crees?

En realidad no se había dado cuenta. Se había pasado el rato metida en el camarote curándose las heridas y no se había fijado en los cambios de gravedad de la nave.

—Vamos a abordar una nave —dijo al tiempo que sacaba el terminal portátil del bolsillo y abría algo. Los altavoces del aparato chasquearon y sisearon. No apareció imagen alguna en la pantalla, pero luego se oyó una voz.

Su voz.

—Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Que alguien le diga a James Holden que estoy en peligro. Las comunicaciones no funcionan. No tengo control sobre la nave. Por favor, retransmitan este mensaje.

Marco tocó algo más en el terminal y encendió la pantalla de la cocina. La imagen correspondía a unas cámaras exteriores, probablemente conectadas a los cañones de defensa en punta. La *Chetzemoka* aceleraba a poco más de unos cientos de metros y un conducto de abordaje colgaba de la esclusa de aire como si de un cordón umbilical se tratara. Era una nave que podía dejarla en evidencia si investigaban bien y descubrían que había pagado por ella.

—Ponedla en rumbo de encuentro, más o menos —dijo Marco con voz triste y apenada que Naomi sabía que en realidad ocultaba emoción—. Preparadla para que la botella pierda contención cuando los sensores de proximidad se encuentren con otra nave. No tenía por qué ser así, pero ya no hay marcha atrás.

Naomi sintió que la desesperación empezaba a apoderarse de ella, pero consiguió sobreponerse. Era lo que Marco quería, por lo que estaba decidida a hacer y sentir cualquier cosa menos eso. Miró la pantalla. La nave parecía poco más que una caja unida con una línea de soldadura y otra de poliepóxido.

—Se la estás robando a nuestro hijo —dijo. Marco frunció el ceño. Naomi señaló la pantalla con la barbilla—. La *Chetzemoka*. Le dije a Filip que podía quedársela, que era su nave. Se la estás robando.

—Daños colaterales de la guerra —aseguró Marco.

—Un padre de mierda.

Naomi vio que apretaba un poco los dientes y que cerraba los puños. Pensó por un momento que le iba a poner las cosas fáciles y que iba a mostrarse tal y como era al público que lo estuviera viendo, pero no tardó en recuperar la compostura. Naomi no supo a ciencia cierta si sentirse aliviada o decepcionada.

—Si no te hubieras entrometido, James Holden habría sobrevivido. Pero lo hiciste. Te metiste donde no te llamaban y ahora va a morir por tu culpa.

Naomi se levantó y se frotó los ojos con el dorso de la mano mientras la reproducción falsa de su voz seguía resonando por la cocina:

«Que alguien le diga a James Holden que estoy en peligro...»

—¿Quieres algo más de mí?

—Haces como si no te importara, pero no es así —aseguró Marco.

—Lo que tú digas —dijo al tiempo que hacía un gesto de indiferencia con las manos—. Me está empezado a doler la cabeza, puede que sea por los golpes que me he dado antes... o por otra cosa. Voy a la enfermería a tomarme algo, ¿vale?

—Puedes fingir que...

—Mira, ¿puedo seguir fingiendo en la enfermería o necesitas tenerme delante para seguir dándotelas de listo?

Aquello era demasiado. Naomi sintió que todo lo que le quería decir de verdad se le empezaba a agolpar en la mente.

«Eres un egocéntrico y un sádico. No me puedo creer que te llegase a querer. Y si Jim muere, juro por Dios que encontraré la manera de hacer que la botella de esta nave pierda contención y nos vayamos todos al infierno con él.»

Pero Naomi sabía que enfrentarse a Marco también era una trampa, por lo que no lo hizo. Dejó que el silencio rompiera el ritmo de la actuación de Marco, y vio que sus hombros se relajaban cuando el hombre terminó por rendirse y se bajó del escenario imaginario que solo existía en su cabeza.

—¡Miral! —gritó. Empezaron a oírse cada vez más cerca los ruidos de la tripulación al salir de los camarotes—. Te has aprovechado de la libertad que tenías aquí dentro. Voy a tener que arrebatártela.

—¿Soy demasiado peligrosa para dejarme libre? —preguntó Naomi. Luego se lamió la punta de un dedo e hizo un trazo en un marcador imaginario—. Un punto para mí.

Cuando llegó a la enfermería, una mujer que no conocía le hizo unas pruebas para asegurarse de que no tenía una hemorragia cerebral y que las magulladuras no eran tan graves y no tenía ningún músculo destrozado que alterara sus niveles de potasio y le detuviese el corazón. Miral estaba apoyado junto al armario de suministros y no dejaba de soltar con rabia contenida una retahíla de insultos dirigidos a ella: «Zorra, *pute*, *Hure*». Naomi se había pasado los últimos días inventariando y sabía todo lo que había en aquel armario. En el primer cajón: gasa y vendas. En el segundo: unas tarjetas de un solo uso para analizar sangre. En el tercero: suministros médicos de emergencia como kits de descompresión, inyecciones de adrenalina y cinta desfibriladora. Naomi contempló a Miral mientras la insultaba. Él apartó la mirada por un instante, pero luego volvió a observarla y a pronunciar las palabras con más rabia.

La doctora le pidió que se incorporara, y Naomi sintió que el acolchado de la camilla restallaba bajo su peso. El analgésico que le administró era un aerosol oral que sabía a mohó y cerezas falsas.

—Necesitas un par de días de descanso, ¿vale? —dijo la doctora.

—Haré lo que pueda —dijo Naomi al tiempo que se bajaba de la camilla.

Nada más tocar el suelo, le dio una patada en la entepierna a Miral con la que lo empujó contra el armario y se hizo daño en dos dedos del pie. Ignoró la punzada de dolor, se abalanzó hacia él y empezó a golpearlo en la cabeza y el cuello. El hombre intentó zafarse, pero Naomi no lo soltaba. Las puertas del armario se habían abierto y las tarjetas y las inyecciones habían empezado a rodar por el suelo de la estancia. Miral le dio un codazo que le rozó la mandíbula, pero que aun así la dejó atontada.

Naomi cayó en la cubierta bocabajo mientras los kits de descompresión del tamaño de su dedo gordo le caían encima y Miral intentaba clavarle la rodilla en la espalda. La doctora había empezado a gritar. Naomi intentó darse la vuelta y evitar los puñetazos, pero le resultó imposible. Empezó a sentir un dolor atroz entre las clavículas hasta que, poco después y como si el tiempo

hubiese pasado a toda velocidad, notó que Miral ya no estaba sobre ella. Rodó bocarriba. Karal había agarrado a Miral, pero el viejo cinturiano no dejaba de forcejear y soltar tacos mientras le dedicaba a Naomi una mirada impertérrita e indolente.

—Estabas tan *en colère* que te pilló desprevenido —dijo Karal—. Marco ha dicho que no la toquemos, así que más te vale no hacerlo. ¿Vale, pendejo?

—*Sa sa* —dijo Miral.

Karal lo soltó. La doctora se encontraba en una esquina, más tranquila pero también enfadada por lo que acababa de ocurrir. Miral se frotó el cuello y contempló a Naomi, que aún estaba tumbada en la cubierta. Karal se acercó a ella para ayudarla.

—*¿Bist gut*, Nudillos?

Naomi asintió y aceptó la mano que le ofrecía Karal. Miral empezó a seguirla cuando se dirigió hacia la puerta, pero Karal le puso una mano en el pecho.

—*Ich* me encargo.

Naomi bajó la cabeza mientras caminaban, y el pelo le cubrió el rostro como si llevara un velo. La presión de la aceleración hacía que las rodillas y la espalda le doliesen más que las heridas. Todos los tripulantes le dedicaron un gesto péfido al pasar junto a ellos. Podía sentir el odio que irradiaban como si fuese el calor de una hoguera. Al pasar junto a la cocina, vio que la *Chetzemoka* aún estaba en la pantalla y que aquel cordón umbilical ahora unía ambas naves. Tendrían que reducir aún más la velocidad cuando lo desconectasen o se quedaría colgado por un costado de la nave como un tentáculo flácido. Ese sería el punto de no retorno, pero era un momento que aún no había llegado.

Karal la acompañó al interior de su camarote y cerró la puerta. El lugar se quedaba pequeño para los dos y una intimidad incómoda se apoderó del ambiente. Naomi se sentó en el asiento de colisión con los brazos cruzados y las piernas dobladas bajo su cuerpo, y luego le dedicó una mirada inquisitiva a Karal. Él negó con la cabeza.

—Tienes que parar, Nudillos —dijo con una voz sorprendentemente amable—. Esto es muy serio. *Ce* que estamos haciendo es historia, *oui*? Lo estamos cambiando todo para que sea mejor para nosotros. Sé que no te llevas bien con Marco, pero *du muss* hacerle caso.

Naomi apartó la mirada. Solo quería que se marchase, pero Karal no lo hizo. Se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared y recogió las rodillas contra el amplio pecho.

—Oí el plan en el que *gehst mit du*, ese con el que querían meterte en esta nave. Me opuse. Era una mala *idée*. ¿Para qué volver a abrir la herida? Marco decía que merecía la pena, que ibas a estar en peligro y que Filip merecía volver a ver a su madre. Y ya sabes cómo es Marco, *oui*?

Karal se frotó las manos en la cabeza. Se oyó un siseo casi imperceptible. Naomi sintió la inexplicable necesidad de tocarlo y consolarlo, pero no lo hizo. Cuando volvió a hablar, la voz de Karal sonaba muy fatigada.

—Somos personas insignificantes que viven momentos decisivos. Dejémosle todo esto de los libros de historia a los Marco y a los Carniceros. Todos esos pinche mundos *auch*. ¿Quién los quiere? Mejor dejarlos pasar. *Vielleicht* tu Holden no muerda el anzuelo. *Vielleicht* pase algo antes de que lo haga. *Vielleicht* pases desapercibida y consigas sobrevivir. ¿Tan malo es? ¿Hacer lo necesario para sobrevivir?

Naomi hizo un gesto de indiferencia con las manos. La estancia quedó en silencio y solo se oyó el ruido del reciclador de aire durante un rato. Karal se levantó con un gruñido. Parecía mayor de la edad que Naomi creía que tenía, pero supuso que no era solo por los años. Por un instante volvió a recordar cuando ella era joven, en Ceres y con Filip llorando en la cuna mientras ella veía las noticias de la *Agustín Gamarra*. Se dio cuenta de que todos los de la nave en la que

se encontraba ahora habían visto los impactos contra la Tierra en tiempo real, igual que ella había visto a la *Gamarra* iluminarse y estallar en las noticias una docena de veces mientras un reportero hablaba de fondo. Naomi quiso decir algo, pero no pudo, así que se limitó a mirar cómo Karal abrió la puerta y la cerraba al salir. Oyó el chasquido de la cerradura. Se enjugó las lágrimas de los ojos y, cuando estaba segura de que el hombre no iba a volver, escupió en su mano el kit de descompresión.

Estaba humedecido por su saliva y no era mayor que su pulgar, un seguro que cualquier operador de *mechas* siempre llevaba encima. Era una pequeña ampolla de sangre artificial oxigenada e inyectable que además tenía un botón del pánico que servía para realizar una solicitud de emergencia médica e iniciar el ciclo de apertura de una esclusa de aire. Las naves militares como la *Pella* o la *Roci* ignoraban ese tipo de solicitudes por seguridad, pero la *Canterbury* y otras naves comerciales las permitían, ya que solían viajar en ellas civiles descuidados cuya mayor amenaza eran ellos mismos, no los piratas ni alguien dispuesto a abordar la nave. Naomi no sabía si la *Chetzemoka* iba a aceptar la solicitud, pero solo había una manera de descubrirlo. Lo único que necesitaba aparte del kit era un traje de maniobras extravehiculares y tener una idea de cuándo las naves iban a dejar de acelerar.

Luego tenía pensado hacerse con el control de la nave, sabotando el núcleo quizá, y dejar atrás a Marco. Otra vez. Sintió una punzada de arrepentimiento al pensar en Filip, y en Cyn, Karal y el resto de las personas que había conocido y le habían importado en el pasado. Personas que hasta había llegado a querer. Pero no era más que el eco de un dolor mucho mayor, por lo que fue capaz de ignorarlo.

—No pudo someterme cuando era una cría —dijo al kit negro y pequeño—. No sé qué le hace pensar que puede conseguirlo ahora.

Holden

HOLDEN tenía muchas ganas de dormir, pero no lo conseguía. Lo máximo que había logrado era perder la consciencia durante unas horas, pero se había quedado agotado y atontado al despertar. Le habían dado la opción de volver a sus habitaciones en la estación, pero lo había rechazado. Seguro que hubiese descansado mejor con la gravedad empujando de él contra el colchón, pero no quería salir de la nave. No estaba seguro del tiempo que había transcurrido desde la última vez que se había afeitado, pero la barba incipiente de las mejillas y el cuello ya había empezado a picarle un poco. Mientras trabajaba no se sentía tan mal. La nueva tripulación se había puesto a comprobar los sistemas que ya habían revisado antes en busca de cualquier indicio de sabotaje, como ese que no habían descubierto, y al menos tenía algo que hacer. Gente con la que hablar. Cuando se marchaban, comía en la cocina, intentaba dormir un rato y luego deambulaba por la nave como si buscase algo pero no recordara el qué.

Y luego, inevitablemente y para llevarle la contraria a su juicio, veía los canales de noticias.

—El silencio de la estación Medina ha hecho que se pierda el contacto con todos los planetas coloniales. Se ha empezado a especular sobre el significado del informe parcial que hemos recibido del asentamiento Fólkvangr y que afirmaba haber encontrado actividad alienígena en el hemisferio sur de Nueva Tritón...

—Un representante de la autoridad portuaria ha dicho que la neutralidad de Ganímedes era un reflejo de su importancia universal y no una declaración política...

—Las fuerzas de la ONU están de camino, pero no está claro si el primer ministro Smith está a bordo de la nave de carreras o si no es más que una distracción para llamar la atención del enemigo mientras se realiza una evacuación más tradicional. En cualquier caso, la secretaria general en funciones Avasarala ha anunciado que se ha dispuesto una zona de seguridad en la ruta de la pinaza, y que todas las naves de la zona se queden a una distancia prudencial fuera del alcance de las armas hasta que...

Holden pensó que la velocidad de la luz era una maldición. Hacía que hasta los lugares más alejados de la humanidad pareciesen estar más cerca, y dicha ilusión era como un veneno. El retraso en las comunicaciones entre la estación Tycho y la Tierra era de poco menos de un cuarto de hora, pero para recorrer esa distancia se necesitaban días. Podría llegar a enterarse de la muerte de Alex o Naomi en tan solo unos minutos. Se apagaron las luces del compartimento, y Holden flotó en los amarres mientras revisaba las noticias una y otra vez por si ocurría algo, a sabiendas de que, si era el caso, no podría hacer nada. Se sintió como si estuviese de pie sobre un lago helado y bajase la vista para mirar a través del hielo cómo se ahogaban las personas que más le importaban.

Era consciente de que no podía hacer nada para dejar de mirar. Ojalá todo estuviese ocurriendo en algún lugar en el que le fuese imposible enterarse. De ser así, al menos podría cerrar los ojos y soñar con sus seres queridos. Oyó el tono de una solicitud de llamada en su terminal portátil y se alegró.

—Paula —la saludó Holden.

—Holden —lo saludó la *hacker*—. No estaba segura de cuál era tu turno y tenía miedo de despertarte.

—No —dijo Holden. No sabía por qué se puso a la defensiva por estar despierto, pero lo

hizo—. No pasa nada. Estoy bien. ¿Qué tienes?

La mujer sonrió.

—Un arma que aún está humeando. Tengo un informe que te puedo enviar ahora mismo...

—No. O sea, sí, hazlo. Pero ¿voy a entenderlo?

La mujer se estiró sin dejar de sonreír en la pantalla.

—Mira, estaba a punto de salir a cenar. ¿Quieres que nos veamos en La Fromagerie y te lo explique en detalle?

Holden abrió el mapa de la estación. No estaba lejos. Si Naomi moría en aquel mismo instante, se enteraría justo al llegar al lugar. Puede que antes. Se frotó los ojos irritados con la palma de la mano.

—Me parece bien —dijo.

—Invitas tú.

—Sí, claro. Qué le vamos a hacer. Voy de camino.

El restaurante era pequeño y estaba adornado con lo que parecían tablones de madera de verdad, pero en realidad era bambú prensado sacado de la hidroponía de la estación. Nadie que cobrara precios razonables por la comida podría haberse permitido algo de un árbol de verdad. Paula se encontraba en una mesa junto a la pared. El banco en el que estaba sentada daba la sensación de ser adecuado para su altura, pero cuando Holden se sentó frente a ella, sus pies casi no tocaban la cubierta.

—Jefe —saludó Paula—. Ya he pedido.

—No tengo hambre. Cuéntame lo que has descubierto.

—Echa un vistazo a esto —dijo la mujer al tiempo que le pasaba el terminal portátil. En la pantalla resplandecía una amalgama de líneas de código, estructuras anidadas dentro de otras estructuras en las que se repetían ciertas secciones que contenían variaciones tan sutiles que eran casi imperceptibles. Era como ver un poema escrito en un alfabeto que desconocía.

—¿Qué es esto?

—Esas dos líneas —dijo Paula—. Esta es la que envía la orden de desconexión a la botella, y estas son las sentencias condicionales que desencadenan dicha orden. Si la potencia hubiese llegado al noventa y cinco por ciento, la nave se habría convertido en una estrella y también destruido gran parte de la estación de haber estado en el embarcadero.

—¿Y el programa nuevo que está usando la nave ahora mismo?

—No están ahí —aseguró Paula—. Ahora es cuando te impresionas al descubrir que he encontrado dos líneas de código desconocidas en el controlador de la botella magnética de un reactor a fusión.

—Estoy impresionado —dijo Holden, obediente.

—Gracias, pero eso no es lo mejor. Mira la sentencia de ejecución. ¿Ves todas las condiciones que están configuradas en *null*? Son otros parámetros del sistema que no se están usando.

—Muy bien —dijo Holden. Por la emoción que destilaban las palabras de la mujer, sabía que algo se le estaba escapando. Quizá si hubiera podido dormir un poco más...

—Es una trampa muy elaborada. ¿Quieres que algo explote cuando la nave lleve seis días fuera de la estación? Pues solo hay que cambiar esta sentencia de aquí a medio millón de segundos. ¿Quieres que lo haga cuando se activen las armas? Pues habría que cambiar esta de aquí a uno. Hay más de una docena de formas diferentes de hacerlo, e incluso pueden llegar a combinarse.

—Interesante...

—Esa es el arma que aún está humeando —aseguró Paula—. Los fallos de contención de las botellas magnéticas no dejan rastro en la programación. Es algo que se supone que no tiene que ocurrir aunque a veces pase. Siempre hay accidentes, claro, es inevitable. Las naves explotan de vez en cuando. Pero esto es la prueba de que alguien creó una herramienta diseñada específicamente para que ocurriese. Y para poder hacerlo una y otra vez y de cualquier manera si conseguían introducir este código en la nave que habían decidido destruir. Esto que tenemos aquí es la prueba clave de que puede que miles de muertes fueran asesinatos sin que lo supiéramos.

La emoción constreñía la voz de Paula y hacía que le brillase la mirada. Holden sintió que se le cerraba aún más el nudo en la garganta.

«Tengo que hacer algo —repitió Naomi en sus recuerdos—. Y no puedo dejar que te involucres. Nada de nada.»

¿Era eso? ¿Sería esa la razón por la que se había separado de él y de la *Rocinante*? ¿Y por qué habría hecho algo así? Paula no había dejado de mirarlo con el rostro cargado de expectación. Holden no sabía cómo responder, pero el silencio empezó a volverse incómodo.

—¿Chachi? —dijo.

Fred se encontraba sentado detrás del escritorio de Drummer, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre en las manos. Parecía tan cansado como se sentía Holden. En la pantalla, Drummer y Sakai estaban en una de las salas de interrogatorio. Habían apartado a un lado la mesa que se suponía que tenía que estar entre ellos, y Drummer estaba reclinada en la silla con los pies apoyados en ella. Tanto el prisionero como la guardia bebían algo que parecía café. Sakai rio y negó con la cabeza. Ella le dedicó una sonrisa cargada de malicia. Parecía más joven. Holden se sobresaltó al darse cuenta de que llevaba el pelo suelto.

—¿Qué coño es esto? —preguntó a Fred.

—Una profesional —respondió—. Intenta comprenderlo y ganarse su confianza. Está a punto de convencerlo de que, trabajase para quien trabajase, esa persona quería que la estación saltase por los aires con él en el interior. Cuando Drummer lo consiga, Sakai será nuestro. Responderá a todas nuestras preguntas y, si le damos tiempo, incluso intentará recordar algunas en las que no habíamos pensado. No hay persona más entusiasta que un converso.

Holden se cruzó de brazos.

—Creo que estamos obviando la técnica de darle un buen golpe con una llave inglesa. Voto por eso.

—No, sabes que no.

—Bueno, en este caso haría una excepción.

—No, no la harías. La tortura es para principiantes.

—¿Y? Tampoco es que yo sea un profesional.

Fred suspiró y se volvió para mirarlo.

—La versión de Holden tipo duro y temerario es casi tan agotadora como la versión escultista. Ojalá la balanza llegue a equilibrarse algún día.

—¿Temerario?

Fred se encogió de hombros.

—¿Has encontrado algo?

—Sí —respondió Holden—. Pero no en el nuevo controlador. La nave está limpia.

—A menos que el problema esté en otro sitio.

—Eso es.

—Sakai dice que no.

—No sé muy bien cómo tomármelo —dijo Holden. Un momento después añadió—: Por eso

me ha dado por ponerme a pensar.

—¿En el mensaje que nos envió la *Pella*?

—Así es.

Fred se levantó. Tenía el rostro adusto, pero también compasivo.

—Sabía que íbamos a acabar así, Holden, pero tienes que tener en cuenta que hay más cosas en peligro aparte de Naomi. Si vuelven a convertir la protomolécula en un arma y vuelven a soltarla en el sistema...

—Eso da igual —aseguró Holden—. No, no quería decir eso. Claro que no da igual. Es importante, pero lo que quería decir es que no cambia nada. No podemos... —Hizo una pausa y tragó saliva—. No podemos ir a por Naomi. Yo tengo una nave y ellos tienen media docena. No me faltan ganas de acelerar al máximo e ir a rescatarla, pero no serviría de nada.

Fred se quedó en silencio. El sonido ahogado de la risa de Sakai inundó la estancia. Ambos lo ignoraron. Holden se miró las manos. Sentía que estaba a punto de hacer una confesión, y quizá fuera cierto.

—Sea lo que sea lo que está pasando —empezó a decir—, sea lo que sea en lo que está metida, no puedo arreglarlo enfundándome en mi brillante armadura y marchando a la batalla. Lo único que creo que podemos hacer es seguir haciendo lo que teníamos planeado. Llevarte a la Luna. Y si puedes usar a Dawes, Sakai o Avasarala para establecer algún tipo de comunicación con esos hijos de puta, a lo mejor conseguimos que Naomi se convierta en una moneda de cambio, que la liberen a cambio de algunos de los que tienes en el calabozo. O de Sakai. Algo así.

—¿Esa es la conclusión a la que has llegado?

—Así es —dijo Holden, a quien las palabras dejaron un regusto a ceniza en la boca.

—Has evolucionado mucho desde la primera vez que nos vimos —aseguró Fred. Holden sintió compasión y consuelo en su tono de voz—. Estás consiguiendo que me arrepienta de haberte llamado «temerario».

—Aun así, no estoy del todo convencido de que sea lo mejor. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Has tenido que dejar en peligro a alguien a quien amabas?

Fred le puso una mano en el hombro. Lo aferró con fuerza a pesar de la fragilidad evidente en su rostro y su cuerpo, propia de la edad y de los problemas a los que se había tenido que enfrentar.

—He perdido a más gente de la que crees. En casos así no puedes actuar con el corazón. Tienes que hacer lo que tu cabeza te dice que está bien.

—Porque si le hago caso a mi corazón... —dijo Holden, pensando que terminaría la frase con un «le daré una paliza a Sakai o conseguiré que nos maten a todos». Pero se sorprendió al ver que Fred lo interrumpía.

—Perderemos a Naomi.

—Ruta establecida —dijo Chava Lombaugh desde la cabina—. Cuando usted ordene, señor.

Holden intentó reclinarsse en el asiento de colisión, pero sin gravedad de aceleración y, por lo tanto, sin peso, terminó por estirar el cuello y poco más. El corazón le latía desbocado y notaba cómo la fría adrenalina le recorría el flujo sanguíneo.

Era una situación muy extraña. El centro de mando estaba lleno de gente. Sun-yi se encontraba en el puesto de armas, con rostro serio pero relajado. Maura había activado el puesto de comunicaciones y no había dejado de monitorizarlo porque era su trabajo, aunque en aquel momento no hubiese necesidad de hacerlo. La voz debería haber sido la de Alex. Y eran Naomi y él los que deberían haber estado sentados en esos asientos.

El miedo que sentía era muy extraño.

—Muy bien —dijo—. Vamos allá.

—Sí, señor —dijo Chava.

La luz de emergencia pasó de ámbar a rojo, y Holden quedó empotrado contra el asiento. La estación Tycho se perdió en la distancia tras ellos. Dentro de una hora sería tan pequeña que no la verían sin ayuda. Holden respiró hondo y de forma entrecortada tres veces. Cuatro.

—¿Cómo va todo, señora Ip?

—Todos los sistemas estables —respondió Sandra Ip desde la cubierta de ingeniería, lugar en el que debería haber estado Amos.

—No ha explotado nada, entonces —afirmó Holden.

Se hizo el silencio en el canal de comunicaciones.

—Así es, señor. No ha explotado nada.

Holden odiaba no sentirse seguro en su nave. La *Rocinante* había sido un lugar fiable para él desde que se había subido a bordo por primera vez. Confiaba tanto en la nave como en su propio corazón. Era algo más que un instinto, era del todo involuntario. No sentirse así le hubiese resultado muy extraño.

Antes. El sabotaje de Sakai no lo había matado, pero tampoco lo había dejado ileso. Pasaría mucho tiempo antes de que Holden estuviera seguro de que no había otra sorpresa desagradable oculta en la nave. Un programa camuflado que esperase el momento idóneo para vaciar el aire, realizar una aceleración mortal o cualquiera de los miles de maneras en las que una nave podía fallar y matar a su tripulación. Lo habían revisado todo y no habían encontrado nada, pero justo antes de eso habían hecho lo mismo y estado a punto de morir debido a los descuidos. No había procedimiento alguno capaz de cubrir todas las posibilidades. De ahora en adelante, quizá durante mucho tiempo o quizá para siempre, no podría dejar de pensar en cosas que antes ni se había planteado. Sintió rabia y resentimiento al ver cómo se tambaleaba su fe.

—Muy bien —dijo al tiempo que se desamarraba—. Voy a hacer café. Intentad no romper nada. Y si lo hacéis, contádmelo.

El coro de «Sí, señor» que resonó a continuación le pareció insólito y descorazonador. Ojalá hubieran entendido que lo decía de broma. Ojalá se hubiesen sentido tan cómodos como para devolverle la broma. La formalidad era otro de los indicios que le confirmaban que la nave había cambiado.

Encontró a Fred en la cocina hablando por el terminal portátil. Grababa un mensaje que sin duda era para Anderson Dawes. Holden se preparó el café en silencio mientras oía cosas como «líneas de comunicaciones» y «profunda falta de confianza». Al ver que Fred terminaba, cruzó los brazos y se quedó mirándolo.

—Ponme uno a mí también. Con crema y sin azúcar.

—Marchando —dijo Holden—. ¿Alguna novedad?

—Dos de las verdaderas naves de escolta marcianas se han rendido.

—¿En serio?

—Estaban demasiado lejos como para que sus acciones tuvieran consecuencias, y las estaban machacando. No me gusta, pero tampoco voy a cuestionarlas.

—¿Es cosa mía o esta gente nos está dando una buena tunda? —dijo Holden al tiempo que llevaba los cafés a la mesa—. ¿Tan buenos son? ¿O es que nosotros somos mucho peores de lo que creíamos?

Fred le dio un sorbo al café.

—¿Has oído hablar de la batalla de Gaugamela?

—No —respondió Holden.

—Darío III, emperador de Persia, contaba con doscientos mil soldados. Bactrianos,

aracosianos y escitas. También algunos mercenarios griegos. Se enfrentaron a los treinta y cinco mil soldados de Alejandro de Macedonia. Alejandro Magno. Cinco mil personas por cada macedonio. Debería de haber acabado en matanza, pero Alejandro flanqueó tanto al enemigo que consiguió abrir una brecha entre las líneas persas. Hizo que sus hombres formasen una cuña y lideró a la caballería para dirigirse directo hasta el emperador. Estaba rodeado por una ingente cantidad de tropas enemigas a ambos lados, pero no le importó porque había encontrado la manera de llegar hasta Darío. Alejandro había conseguido ver algo que los demás no.

»Pues lo mismo ocurre con esta gente, esta célula de la APE. Entre nosotros, la Tierra y Marte los superamos en número y también en potencia de fuego. Todo ha ocurrido porque alguien fue capaz de ver una oportunidad que nadie más había tenido en cuenta y tuvieron la audacia de atacar donde nadie más esperaba. Ese es el poder de la audacia, y si un general tiene suerte y determinación, puede llegar a aprovechar esa ventaja y coger desprevenido al enemigo.

—¿Crees que ese es el plan?

—Es lo que haría yo —dijo Fred—. El plan de esta gente no es intentar controlar el Cinturón o las lunas jovianas, sino hacerse con el control de todo. Hace falta un tipo de persona muy determinada para tener éxito en una empresa así. Alguien con carisma, genialidad y disciplina. Un Alejandro Magno.

—Suena un poco desesperanzador —aseguró Holden.

Fred levantó la taza de café. La palabra TACHI no se había desgastado del todo, unas letras rojas y negras medio borradas debido al uso, pero que aún no habían desaparecido. Por el momento.

—Ahora entiendo mejor cómo se pudo haber sentido Darío —dijo Fred—. Tener poder, ventaja y un buen posicionamiento, sobre todo cuando crees que sabes cómo funciona la guerra, hace que no te fijas en otras cosas. Y, cuando menos te lo esperas, la caballería macedonia se dirige hacia ti con las lanzas en ristre. Pero aquel no fue su fin.

—¿Ah, no? Porque la historia que me acabas de contar daba a entender que había perdido la batalla.

—No. Huyó.

Holden dio un sorbo al café. El murmullo de unas voces desconocidas en los camarotes era indicativo de que algo iba mal. Que las costumbres del pasado habían desaparecido y que tal vez nunca volviesen a ser las mismas.

—Iban a matarlo si no lo hacía. Alejandro habría acabado con él —dijo Holden.

—Quizá. O quizá Darío hubiese conseguido afrontar la carga. O quizá hubiese muerto y su ejército hubiese destrozado al de Alejandro llenos de rabia y tristeza. La muerte de un emperador no siempre es el final de un imperio. Mira lo que pasó en la Tierra. Mira Marte. O Tycho. O lo que me temo que ha pasado en Medina. La cuña de Alejandro Magno se dirige imparable hacia mí. Me han sorprendido como a Darío, y he sentido la misma consternación. Pero no soy él. Y Chrisjen Avasarala tampoco.

—Entonces ¿no crees que estamos bien jodidos?

Fred sonrió.

—Todavía no sé qué creer. No lo haré hasta que no sepa más sobre el enemigo. Si una cosa ha dejado clara la historia, es que son muchos los que se han creído Alejandro Magno sin serlo en realidad.

Alex

ACCELERARON a través del vacío con el enemigo en la cola. Cuatro navíos militares marcianos con el motor de Alex en el punto de mira se dirigían hacia ellos mientras avanzaban en dirección al Sol. Otras dos naves se habían quedado detrás para seguir atacando a la flotilla. Más de la mitad de los enemigos se habían separado para ir a por él. Alex esperaba que fuese suficiente para que la capitana Choudhary consiguiese hacerse con el control de la situación. Lo único que podía hacer él ahora desde allí era mirar y mantener la esperanza.

Alex se había pasado las primeras horas acelerando y esquivando. La naturaleza de la persecución cambió cuando consiguió dejar algo de distancia entre la *Jabali* y los atacantes. Habían dejado de jugar al gato y el ratón. Consiguió ventaja y vio que aún quedaban setenta y dos misiles flotando en una nube a su alrededor y formando un camino hacia la Luna. Además de los refuerzos que iban a su encuentro. Si nada se torcía, estarían a salvo en menos de dos días.

Lo único que podía hacer ahora el enemigo era forzarlos a cometer un error.

—Proyectiles de CDP en camino —dijo Bobbie.

—Qué amables —dijo Alex—. Voy a moverme para evitarlos. ¿Te encargas de avisar a los misiles?

—Hecho.

Las balas de wolframio de los cañones de defensa en punta del enemigo eran capaces de atravesar misiles en distancias cortas. Pero a la distancia que se encontraban ahora mismo, eran poco más que un obstáculo contra el que colisionar por error o un corte de mangas espacial. Alex registró los disparos y se agarró mientras los propulsores de maniobra los impulsaban hacia abajo y a la izquierda para evitar la leve curva del fuego enemigo, y luego arriba y a la derecha para volver a la posición original. A su alrededor, la nube de misiles se movió para dejar pasar las balas a través de sus cabezas explosivas y los penachos de sus motores.

—¿Se acercan más proyectiles enemigos además de esos? —preguntó Alex.

—No —respondió Bobbie un instante después.

—No los pierdas de vista. Nuestros amigos empiezan a desesperarse.

—Es lo que tiene ir perdiendo —dijo Bobbie. Alex fue capaz de oír la sonrisa en su voz sin llegar a darse la vuelta.

La voz de Smith surgió del compartimento trasero en intervalos irregulares. El hombre ni siquiera estaba acostumbrado a una modesta velocidad de un g. Llevaba horas enviando y recibiendo mensajes láser. Alex no había dejado de oír la voz grabada de Chrisjen Avasarala y la de un hombre de marcado acento marciano. Alguien en Marte, supuso.

En el pasado, la *Jabali* había sido un juguete y, aunque sus pantallas llevaban décadas pasadas de moda, aún tenían algunos trucos. Alex configuró las de pared para que casaran con las cámaras externas, y vieron cómo el firmamento se extendía a su alrededor. Allí el Sol era mayor y más brillante de lo que habría sido en la Tierra, pero gracias a las pantallas no era más que un resplandor blanco y ardiente. Las curvas de la Vía Láctea resplandecían por el plano de la elíptica, pero la luz de las estrellas llegaba suavizada debido a la distancia. Se encontraban rodeados por una nube de misiles que parecían luciérnagas flotantes y, detrás de ellos, brillantes como siete Venus vistos durante un anochecer en la Tierra, resplandecían los penachos del motor de los atacantes que querían acabar con ellos.

Y también Naomi.

Bobbie suspiró.

—¿Sabes una cosa? Mil de esas estrellas ahora son nuestras. ¿Cuánto es eso? ¿Tres milésimas partes de nuestra galaxia? Pues por eso es por lo que nos peleamos.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—Qué va —dijo Alex—. En mi opinión nos peleamos por ver quién se lleva el mejor pedazo de la carne que acabamos de cazar y también el derecho a beber primero del pozo de agua. Derechos de apareamiento. Quién cree en según qué dioses. Quién tiene más dinero. Los típicos problemas de los primates.

—Niños —dijo Bobbie.

—¿Niños?

—Sí, todos quieren asegurarse de que sus hijos tengan mejores oportunidades que ellos. O que los hijos de los demás. Algo así.

—Sí, es probable que eso también —dijo Alex, que cambió su monitor a la pantalla táctica y abrió la información más reciente de la *Pella*. Aún tenía esa extraña y barata nave civil conectada a ella. Alex no tenía claro si estaban sacando algo de ella o metiéndolo. Lo que sí sabía a ciencia cierta era que se trataba de la única nave de la flotilla que no tenía diseño militar. Naomi no había vuelto a ponerse en contacto con ellos. No sabía si considerarlo un problema o algo bueno, pero tampoco podía evitar comprobar si les había llegado algo cada cinco minutos, como si se rascase una costra.

—¿Tú no te preocupas por tu descendencia? —preguntó Bobbie.

—No tengo —respondió Alex.

—¿No? Pensaba que sí.

—Qué va. Nunca se dieron las condiciones óptimas para ello. O supongo que sí, pero no se dio el caso. ¿Y tú?

—Nunca tuve la necesidad —dijo Bobbie—. Me basta y me sobra con la familia que tengo.

—Sí. La familia.

Bobbie se quedó en silencio un instante. Luego dijo:

—Estás pensando en ella.

—¿En Naomi, dices?

—Sí.

Alex se volvió en el asiento. La armadura de Bobbie iba de lado a lado del compartimento y tenía los servomotores activados para dejarla clavada en el lugar. Daba la impresión de estar crucificada, de que había surgido del fondo de la nave a través del hueco que había dejado al arrancar el asiento de colisión de la cubierta. Tenía en el rostro una expresión firme y compasiva al mismo tiempo.

—Claro que estoy pensando en ella —continuó Alex—. Está allí mismo. Y seguro que se encuentra en apuros. Y lo peor es que ni siquiera sé cómo llegó allí. La caballería se presentará dentro de poco para salvarnos y, cuando lo hagan, no tengo ni idea de si deberíamos ayudarlos a atacar la *Pella* o protegerla.

—Es difícil —accedió Bobbie—. Pero sabes que tenemos una misión. Llevar a Smith a la Luna. Tenemos que cumplirla.

—Lo sé, pero no me lo puedo quitar de la cabeza. Ya he empezado a planear escenarios en los que usamos los misiles que nos queden para amenazarlos y obligarlos a que nos la entreguen.

—¿Y alguno de esos escenarios es plausible?

—Ninguno.

—No hay nada peor que estar de servicio mientras un ser querido está en peligro.

—Ya te digo. —Alex miró las lecturas de la *Pella*—. ¿Sabes una cosa? Puede que...

—A sus puestos, timonel. Prepárese. Los CDP han vuelto a disparar.

Alex ya los había visto y empezó a preparar la desviación de la ruta.

—Son unos cabrones optimistas, de eso no cabe duda.

—Quizá crean que te vas a dejar dormir.

Resultaba extraño y muy incómodo que la pinaza estuviese tan sobrecargada. Tanto Alex como el primer ministro de Marte tenían que pasar a duras penas junto a la servoarmadura de Bobbie para ir al baño. En el caso de Bobbie, la mujer tenía que dejar a Smith en el pequeño hueco vacío donde antes estaba el otro asiento de colisión y así poder utilizar el pequeño compartimento que ocupaba Smith para quitarse y volver a ponerse la armadura antes y después de usar el excusado. Ninguno de los tres sugirió dormir por turnos en el catre.

Smith parecía un hombre agradable, educado y considerado. «Inofensivo», fue la primera palabra que le vino a la mente. Alex había dejado de seguir las noticias políticas de Marte cuando se habían internado en la zona lenta, por lo que no tenía ninguna idea preconcebida sobre aquel hombre ni sus políticas. Solían hablar de temas triviales: la cultura popular de Marte cuando ambos eran jóvenes; la gratitud de Smith por el esfuerzo que tanto él como Bobbie estaban realizando para mantenerlo con vida; algunas preguntas sobre lo ocurrido en Ilo. Alex tuvo la impresión de que, en todo caso, era Smith el que había quedado deslumbrado por poder conversar con un famoso, algo que le resultaba muy extraño cuando lo pensaba con la cabeza fría.

Por eso, cuando Smith se asomó desde el compartimento trasero para decirle a Bobbie que Avasarala le había enviado un mensaje, lo vio como un secretario a quien no le hacía mucha gracia importunar a su jefe. Alex sintió la necesidad de decirle que podía relajarse un poco, pero no estaba seguro de cómo decirlo sin enrarecer más la situación.

Bobbie le dio las gracias a Smith y se quedó en silencio durante un rato. Alex no dejó de mirar al enemigo, al Sol y a los datos de las naves de escolta de la ONU que se acercaban a ellos y que aún quedaban ocultas a la vista por la corona solar.

—¿Alex? —llamó Bobbie con tono frustrado.

—Aquí sigo.

—No puedo conectar los sistemas de la nave con mi traje. ¿Podrías poner el mensaje en las pantallas? Lo haría yo misma, pero...

Alex cambió al sistema de comunicaciones, abrió una ventana en la pantalla de pared y envió el mensaje. Chrisjen Avasarala apareció en el interior de la *Jabalí*. Lucía mayor de lo que Alex la recordaba. Tenía unos círculos oscuros bajo los ojos y su piel tenía un tono grisáceo que llamaba la atención. El sari que llevaba puesto la hacía parecer más pálida aún. Pero cuando habló, su tono de voz tenía la misma determinación de siempre.

—Bobbie, necesito todos los datos que tengáis sobre las naves marcianas desaparecidas. Sé que vas a decirme que ya me los has dado todos y, como bien sabes, te creo a pies juntillas y todas esas gilipolleces que siempre se dicen, pero los necesito. Ahora. Me han confirmado que dos docenas de navíos militares marcianos han acelerado a toda velocidad hacia el Anillo. La *Barkeith* y unas pocas barcazas de suministros se encuentran entre ellas. Es una puta flota. Smith dice que lo está investigando, lo que podría significar que sabe exactamente lo que ocurre y no me lo quiere decir o que alguien ha dado un golpe de Estado en Marte y tampoco me lo quiere decir. Sea como fuere, está de mierda hasta el cuello.

—Lo siento —dijo Bobbie por encima del hombro.

—No es nada que no me haya dicho a la cara —aseguró Smith.

—¿Queréis que pare el vídeo? —preguntó Alex, pero Avasarala siguió hablando.

—Necesito saber si esas naves también se vendieron a quienquiera que os esté siguiendo. Eso sí, la cosa cambiaría mucho si fuesen navíos de la ARCM y su tripulación perteneciese a la armada de Marte. Pero como no responden, no me han dejado otra alternativa que ponerme a mirar por las ventanillas. Si me has ocultado algo, información delicada que te incomodaba compartir conmigo, lo entiendo, de verdad. Tu patriotismo y lealtad a Marte han sido como un puto grano en mi culo desde que te conocí, pero lo respeto. Habla bien de ti como soldado y como persona. Pero ha llegado el momento de dejarlo a un lado, joder.

»Y, Nathan, si me estás oyendo, que sé que lo estás, quiero que sepas que soy tu mejor y única amiga. Dale permiso para compartir lo que sabe o te juro por Dios que acabarás prestando tus servicios en un burdel de carretera prefabricado. Intento salvar a la humanidad. Sería genial que alguien me ayudase.

Su voz se quebró con la última palabra, y unas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Alex sintió que se le encogía el pecho y una pena que había conseguido ignorar hasta aquel momento. Avasarala respiró hondo, hizo una mueca y volvió a mirar a la cámara. Se enjugó las lágrimas bruscamente con el dorso de la mano. Como si la hubiesen traicionado.

—Venga. Se acabaron las gilipolleces. Te quiero mucho. Te adoro y tengo muchas ganas de que estéis a salvo aquí conmigo, de que todos lo estéis. Tened cuidado. Y enviadme esos putos datos. Ya.

El mensaje terminó en ese momento. Bobbie soltó un suspiro largo y entrecortado. Alex estaba muy seguro de que si la miraba también la iba a ver llorando. La voz de Smith llegó desde la puerta del compartimento trasero.

—Le he contado todo lo que sé sobre esas naves —dijo Smith—. No están registradas como perdidas y la tripulación se supone que es marciana. Pero lo mismo ocurría con las naves de escolta falsas y mirad qué ha pasado. Hasta que no haga una auditoría completa al personal militar y a las bases de datos de suministro, no puedo asegurar nada.

Alex carraspeó antes de hablar.

—Avasarala no siempre es una persona en la que se puede confiar al cien por cien, Nate. No te preocupes.

—Es una persona muy rigurosa —dijo Smith—. Y se encuentra en una posición muy complicada. ¿Sargenta Draper?

Se hizo un largo silencio. Cuando Alex la miró, el rostro de Bobbie le dedicaba una expresión impertérrita. Tenía los labios tan apretados que eran poco más que una simple línea.

—Por iniciativa propia y sin que Avasarala me dijese nada en... encontré pruebas de que se había perdido algo. Comprobé quiénes eran los oficiales al cargo de esos suministros. No hallé patrón alguno, pero quizá otra persona lo consiga si le paso la información.

Alex cerró la ventana del vídeo de Avasarala. El ambiente se acababa de enrarecer. Smith soltó un corto suspiro e hizo un sonido breve y ambiguo con la garganta.

—Sargenta Draper, asegúrese de que también me envía a mí una copia.

Smith cerró la puerta del compartimento al retirarse. Alex se incorporó en el asiento.

—¿Sabes? Tienes una relación muy complicada con el principio de traición. Por una parte, creo que eres una de las personas más patrióticas que he conocido, pero por otra...

—Lo sé. Para mí también es muy confuso. Desde hace mucho tiempo.

—Tu lealtad al ejército y tu lealtad a esa mujer siempre están enfrentadas. Va a ser un día muy complicado.

—No ocurrirá —dijo Bobbie—. Avasarala no lo permitirá.

—¿No?

—Eso sería perder. Y esa mujer odia perder.

El mensaje de la *Pella* llegó tres horas después. Tuvieron claro desde el primer momento que se trataba de un comunicado de prensa. Contenía las respuestas a las preguntas que todo el mundo se había estado haciendo: quién era el responsable de todo lo que había ocurrido y sus razones. El hombre se encontraba sentado detrás de un escritorio y en la pared que tenía detrás colgaban dos estandartes con el círculo dividido de la APE. Llevaba un uniforme arrugado y desconocido, les dedicaba una mirada casi arrepentida de lo amable y enternecedora que era y habló con un tono de voz grave e intenso como una viola.

—Me llamo Marco Inaros, comandante de la Armada Libre —dijo—. Somos el brazo armado legítimo de los planetas exteriores y al fin nos encontramos en una posición desde la que podemos explicar a los opresores de la Tierra y Marte, y también a los habitantes libres del Cinturón, los términos sobre los que se cimenta este nuevo capítulo de la libertad, la dignidad y la independencia de la especie humana. Reconocemos el derecho a la existencia de la Tierra y Marte, pero su soberanía acaba donde termina la atmósfera de sus planetas. El vacío es nuestro. Todos los viajes entre los planetas del Sistema Solar son derecho y privilegio de la APE y tendrán que ser consentidos por la Armada Libre. Todas las tarifas y tributos impuestos por la Tierra y Marte son ilegales y dejarán de respetarse. Todos los desagravios acometidos por los planetas interiores a los ciudadanos libres del sistema serán evaluados, y el impago en perjuicio de toda la especie humana será considerado delito.

La voz del hombre había adquirido un ritmo propio que no daba la impresión de haber afectado a las palabras ni a su tono. Se inclinó hacia la cámara, y el mensaje se volvió más íntimo pero amenazante al mismo tiempo.

—La apertura de las puertas alienígenas ha sido todo un hito en la historia de la humanidad. Ya hemos comprobado lo fácil que resulta llevar nuestras injusticias, prejuicios, opresión y explotación a esos nuevos mundos. Pero hay una alternativa. La Armada Libre y la sociedad y la cultura del Cinturón son los representantes de ese nuevo camino que se abre ante nosotros. Comenzaremos de cero y crearemos una humanidad libre de la corrupción, el odio y la avaricia de los planetas interiores. Tomaremos lo que es nuestro por derecho, sí, pero también mucho más. Haremos del Cinturón algo nuevo y mejor. Algo más humano.

»Las puertas a otros mundos quedan cerradas desde este mismo momento. Las naves coloniales de los planetas interiores serán redirigidas a las estaciones de nuestro sistema, y los bienes que transportan contribuirán a fortalecer a los planetas exteriores, como siempre hemos merecido. Hemos dejado de aceptar y acatar el yugo de los planetas interiores en cualquier parte del Sistema Solar. Las lunas de Saturno y Júpiter son nuestras por derecho. La estación Palas, la estación Ceres y cada bolsa de aire que se encuentre en el Cinturón y tenga al menos un humano en su interior son propiedad legal e inherente de sus habitantes. Dedicaremos nuestras vidas a proteger a esas personas, a los ciudadanos de una humanidad mejor, de los crímenes económicos consolidados por la historia y también de la violencia que han sufrido a causa de las armas empuñadas por la Tierra y Marte.

»Soy Marco Inaros. El comandante de la Armada Libre. Hago un llamamiento a todos los hombres y mujeres libres del Cinturón. Alzaos con alegría y decisión. La Armada Libre se compromete con vuestra seguridad. El presente es nuestro. El mañana es nuestro. El futuro de la humanidad es nuestro. Somos libres. Hoy, y por siempre jamás.

En la pantalla, Marco Inaros levantó el puño para dedicar un saludo a la manera cinturiana,

pero le dio al gesto una precisión y una brusquedad militar. Su rostro era una máscara de determinación y de belleza masculina.

—Consideradnos vuestro brazo —continuó—. Atacaremos a vuestros enemigos allá donde se escondan. Somos la Armada Libre. Ciudadanos del Cinturón y de la nueva humanidad, estamos a vuestra disposición.

Se empezó a oír una melodía que se convirtió en una canción protesta típica del Cinturón, pero transformada en algo más emocionante y también militar. El nuevo himno de una nación inventada. La imagen dio paso a un círculo dividido y luego se quedó en blanco. La tripulación de la *Jabali* se quedó en silencio.

—Bueno —dijo Bobbie—. Guapo es. Y también muy carismático. Menudo discurso, ¿eh?

—Seguro que en su cabeza era espectacular —dijo Alex—. Pero cuando acabas de asesinar a miles de millones de personas, cualquier cosa que digas a continuación va a sonar espeluznante y propio de una megalomanía.

Smith habló con voz calmada, pero fue incapaz de ocultar el miedo que irradiaba.

—No hablaba con nosotros —dijo. Se encontraba bajo la puerta del compartimento, con los brazos extendidos para apoyarse en ambos lados del marco. Les dedicaba la misma sonrisa amistosa, pero había en ella algo diferente—. Hablaba con los cinturianos. Y tened claro que esa gente no ha visto ni oído lo mismo que nosotros. Ese hombre acaba de hacer una declaración de victoria para todo su pueblo.

Amos

LA CENIZA cubrió todo de una capa gris de varios milímetros al asentarse. Todo apestaba a ella. Se tuvieron que apartar de la carretera en dos ocasiones para dejar pasar a dos convoyes de suministros y otra cuando un viejo camión de servicio eléctrico pasó chirriando con seis o siete personas aferradas al chasis. Dormían cuando oscurecía demasiado para poder ver, y ocultaban las bicicletas entre los arbustos o en callejones. Las raciones del tipo que Amos había matado sabían horrible, pero al menos no parecían estar intoxicadas.

Cuatro días después, las plantas que bordeaban la carretera empezaron a marchitarse: las hojas verdes se habían vuelto marrones y curvado hacia el suelo. Por otra parte, las aves parecían haberse vuelto locas y llenaban el ambiente de trinos, gorjeos y cantos. Seguro que era un gorrión diciendo: «Joder, pero ¿qué coño acaba de pasar? Vamos a morir todos», pero era un sonido precioso. Amos intentó evitar las ciudades más grandes, pero en aquella parte del lugar había pocas zonas sin urbanizar.

Al pasar por Harrisonburg, una manada de unos doce perros los siguió durante unos diez kilómetros mientras se preparaba para atacar. Dejó que Bombón fuese delante y él se quedó vigilando, pero la situación no llegó a complicarse lo suficiente como para tener que gastar munición. Cuando empezaron a acercarse a Baltimore, se les acabaron los recursos para evitar encontrarse con personas.

Se toparon con otro grupo cuando aún estaban a un día de la arcología, y el olor del mundo había cambiado a uno cargado de sal, agua y podredumbre. Vieron unas figuras que se dirigían hacia ellos desde la oscuridad mientras avanzaban por una calle comercial y solo dejaban a su paso el ligero siseo de las cadenas de las bicicletas. Amos redujo la velocidad, pero no se detuvo. Bombón hizo lo propio. La mancha de luz que había al este les hacía sospechar que eran alrededor de las diez de la mañana, pero la oscuridad aún era demasiado densa como para estar seguro de cuántos eran. Cuatro, como mínimo. Quizá hubiese más vigilando desde atrás. Era difícil saberlo a ciencia cierta.

Estaban manchados de ceniza, como todo. A Amos no le pareció ver que llevaran armas. Quizá pistolas. Si acababa disparándoles, al menos tendría ventaja en el alcance. Otra ventaja era que Bombón no parecía una amenaza, y seguro que esa gente se dejaba llevar por las apariencias. Era el tipo de malentendidos por el que las personas acababan muriendo.

El otro grupo también redujo la velocidad, pero no se detuvo. Amos se levantó en los pedales, cauteloso y atento.

—¿Qué tal si te quedas un poco atrás, Bombón?

—¿Los ataco por la espalda?

—No, empecemos por ser buenos vecinos.

La bicicleta de Clarissa se detuvo y la mujer quedó atrás. Frente a Amos, el grupo había llegado a una conclusión muy diferente de lo que él pretendía. Los cuatro se acercaron y levantaron la barbilla para saludar con reticencia. No habrá problemas a menos que quieras problemas. Amos sonrió amistoso, y se dio cuenta de que habían sido situaciones como aquella las que le habían enseñado a sonreír así.

—¿Qué tal? —saludó.

—¿Qué tal?

Uno de los cuatro dio un paso al frente. Era mayor y se movía con más gracilidad. Mantenía bajo su centro de gravedad. Quizá fuese un veterano o quizá solo alguien acostumbrado a boxear. Amos los miró uno a uno sin dejar de sonreír. La tensión empezó a acumularse en los hombros y la nuca. Respiró hondo y se obligó a relajarse.

—¿Venís de Baltimore?

—De Monkton —dijo el boxeador.

—¿Sí? ¿De las torres o de los apartamentos?

El rostro del boxeador se torció en una ligera sonrisa.

—De la torre Z —respondió.

—La Zadislaw —apuntilló Amos—. Tenía un amigo que vivió en esa. Hace mucho tiempo. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Pues son unas diez mil personas metidas en una caja sin comida y sin mucha agua.

—Pues no se puede decir que estén muy bien.

—La red eléctrica ha quedado destrozada. Y Baltimore está aún peor. Sin ofender, pero diría que vais en la dirección equivocada. —El boxeador se humedeció los labios—. Buenas bicis.

—Cumplen con su cometido —dijo Amos—. El sur está peor. Nos estamos alejando del impacto.

—Nosotros nos dirigimos hacia allí. Hay mejor clima. Vamos al complejo de Baja.

Uno de los otros carraspeó.

—Tengo un primo en el sur.

Amos silbó entre dientes.

—Vas a tardar mucho a pie.

—Mejor caminar que congelarnos aquí —dijo el boxeador—. Tu amiga y tú deberíais venir con nosotros.

—Agradezco la invitación, pero alguien nos espera en Baltimore.

—¿Estás seguro?

—Bueno, reconozco que es poco más que una hipótesis, pero es nuestro plan por el momento.

El boxeador volvió a mirar de soslayo la bicicleta y luego levantó la vista hasta la cara de Amos. Evitó a toda costa mirar al fusil que llevaba a la espalda. Esperó a que Amos siguiese su camino, y otro de los del grupo hizo un gesto con la cabeza.

—Bueno, pues que tengáis buena suerte. Todos la vamos a necesitar.

—Eso es verdad —dijo Amos—. Saludad a Baja de mi parte cuando lleguéis.

—Eso haremos.

El boxeador empezó a alejarse por la calle y el resto lo siguió. Amos abrió la tira que sujetaba el fusil, pero no desenfundó el arma. Los cuatro caminantes se perdieron por la carretera gris cenicienta. Bombón se acercó a Amos y pasó junto a ellos. El último giró la cabeza para mirarla, pero nadie hizo nada.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Claro —respondió Amos. Las sombras del otro grupo se perdieron en la oscuridad.

—¿Has resuelto las cosas hablando?

—¿Yo? Qué va. Lo hicieron ellos. La mejor defensa con la que podemos contar ahora mismo es que todo el mundo está más centrado en sobrevivir que en matar, pero pronto la gente empezará a dar por hecho que todo desconocido pretende degollarlos. Como poco.

Clarissa lo miró. Tenía la expresión apacible y una mirada impertérrita y astuta.

—No parece que te preocupe mucho.

—La verdad es que me sentiría cómodo.

Cada kilómetro que bajaba los llevaba más cerca del mar, y el hedor a salitre y podredumbre se volvía cada vez peor. Llegaron hasta una zona en la que vieron indicios de que había sido el punto más alto de la crecida. La hilera de escombros era tan perfecta que parecía que la hubiesen colocado allí de manera deliberada. También había un muro de baja altura hecho de escombros y barro. Cuando lo dejaron atrás, la ceniza empezó a ser más densa, y las carreteras estaban cubiertas de restos de madera, plástico de construcción, ropa ajada, muebles anegados y plantas negras, marchitadas por la oscuridad, la ceniza y el agua de mar. También se toparon con cuerpos de animales y personas muertas que nadie iba a molestarse en recoger. Las bicicletas dejaban a su paso el rastro de las ruedas en el barro, y tuvieron que pedalear con más fuerza para seguir avanzando.

Cuando aún les quedaban unos veinte *klicks* para llegar a la arcología, Amos cayó en un pozo lleno de agua que estaba cubierto por una capa de ceniza. La rueda delantera de la bicicleta quedó doblada, así que la dejó ahí mismo y Bombón también dejó la suya.

Amos era consciente de las voces que habían empezado a oírse a su alrededor. Alguien vigilaba cada uno de sus pasos, pero como tenían fusil y no parecían llevar nada más de valor, los asaltantes los dejaban en paz. A su alrededor, los pisos inferiores de los edificios estaban en ruinas: el agua inclemente había agrietado las paredes y el contenido de las tiendas, apartamentos y oficinas había quedado desperdigado por las calles. Había sitios en los que el primer piso estaba igual de destrozado, y otros en los que había corrido mejor suerte. Quitando eso, la ciudad parecía indemne. Amos empezó a imaginársela como si fuese una persona de aspecto saludable que tuviese gangrena del tobillo para abajo.

—¿Has visto algo divertido? —preguntó Bombón.

—Qué va —respondió Amos—. Solo pensaba.

La arcología seguía igual. Se erigía sobre las ruinas y las calles devastadas igual que antes lo hacía con la ciudad en perfecto estado. El reactor que daba energía a aquel enorme edificio parecía seguir funcionando, porque la mitad de las ventanas estaban iluminadas. Si solo se fijaba en el aspecto del lugar, podía imaginarse que la ceniza en realidad era nieve y que todo lo ocurrido no era más que una de las peores Navidades de la historia de la humanidad.

Se abrieron paso a duras penas hasta la entrada del lugar. El barro frío se les había metido en los pantalones y les llegaba hasta las rodillas. Unas pipas de fumar indicaban el lugar donde, con toda probabilidad, habían estado apostados los guardias, pero ahora no había nadie. Al menos Amos no veía a nadie.

—¿Y si tu amigo ya no está aquí? —preguntó Bombón mientras Amos pulsaba el botón de llamada del ascensor.

—Pues tendremos que pensar en otra cosa.

—¿Alguna idea?

—Todavía no.

Se sorprendió un poco al ver cómo se abrían las puertas del ascensor. Las inundaciones podrían haber arruinado la maquinaria. Y también hacer que se quedasen encerrados en la cabina a medio camino y morir en el interior. Amos eligió el piso del club y vio que la pantalla se encendía. En ella, una mujer de cara amplia con una cicatriz que le salía del labio superior los miraba con ojos entornados.

—¿Qué coño queréis?

—Soy Amos, un amigo de Erich.

—No damos putas limosnas.

—No queremos limosnas —respondió Amos—. Hemos venido a hablar de trabajo.

—Tampoco buscamos trabajadores.

Amos sonrió.

—Se nota que eres nueva, Machorra. Tengo un trabajo y he venido a ver si Erich quiere ayudar. Ahora es cuando vas a decirle que hay un psicópata en el ascensor que quiere hablar con él. Luego, él te preguntará que quién es, y tú le dirás que es alguien que se hace llamar Amos. Erich intentará no parecer sorprendido, te dirá que me dejes subir y entonces...

—¡Ya está bien, joder! —La voz de Erich se oyó en la distancia, pero Amos consiguió reconocerla—. Déjalo subir o se pasará todo el día hablando.

Machorra se quedó mirando la pantalla y luego su cara desapareció del menú azul del sistema de la arcología. La cabina del ascensor empezó a moverse.

—Bueno, al menos sabemos que está en casa —dijo Amos.

La oficina de Erich se encontraba igual que la última vez que Amos había estado allí: la misma pantalla de pared en la que se proyectaba la imagen de un océano, la gran pelota de goma que hacía las veces de silla de oficina y el escritorio lleno de monitores y terminales. Hasta Erich parecía estar igual. Quizá algo mejor vestido, incluso. Lo que lo cambiaba todo era el contexto. El océano de la pantalla había pasado a ser gris y blanco, y la ropa de Erich parecía un disfraz.

Machorra y otros cuatro matones muy armados y profesionales que los habían acompañado al salir del ascensor salieron del despacho y cerraron la puerta. Erich esperó hasta que se hubiesen marchado antes de hablar, y el puñito de su brazo malo no dejaba de abrirse y cerrarse como hacía cuando estaba nervioso.

—Vaya, Amos, estás más vivo de lo que esperaba.

—Tú también estás menos muerto de lo que esperaba.

—Según recuerdo, dijiste que no ibas a volver a mi ciudad. Quedamos en que te echaría a los perros.

—Espera un momento —dijo Bombón—. ¿Te había dicho que si volvías a este lugar te iba a matar?

—Qué va —dijo Amos—. Insinuó que haría que uno de sus empleados me matase, en líneas generales.

Bombón arqueó una ceja.

—Claro, y eso es diferente.

—Si estás aquí por el viejo, que sepas que la verdad es que aún no he comprobado si sigue vivo o no. El trato fue dejarle la casa, y es lo que hice. Ahora mismo tengo otros problemas.

—Y te aseguro que yo no seré uno de ellos —dijo Amos—. Supongo que estarás de acuerdo en que las cosas han cambiado lo suficiente como para dar por hecho que hay que replantearse las viejas normas.

Erich se dirigió cojeando hacia la pantalla de pared. Unas pocas gaviotas volaban en círculo, negras contra un cielo incoloro. La última vez que Amos había estado en el despacho se había fijado en los altos edificios que se veían en las imágenes. Los más cercanos seguían allí, pero los que se encontraban junto a la costa habían desaparecido.

—Estaba aquí mismo cuando ocurrió —explicó Erich—. No fue una ola normal, ¿sabes? De esas de surferos. Fue como si el puto océano al completo se elevase y cayese sobre la tierra. Algunos de los barrios que solía controlar han quedado devastados.

—No vi imágenes —dijo Amos—. Los canales de noticias eran una locura y ya teníamos bastante con lo nuestro.

—¿Dónde estabais?

—En Belén —dijo Bombón.

Erich se volvió hacia ellos. En su expresión no había rastro alguno de miedo o de rabia. Ni siquiera de desconfianza.

—Habéis estado viajando hacia el sur, entonces. ¿Está muy mal por ahí arriba?

—Ese Belén no, el distrito de Carolina del Norte.

—Donde está el Foso —apuntilló Bombón al tiempo que levantaba la mano como si interrumpiese en clase. Un segundo después añadió—: Estaba.

Erich parpadeó y se apoyó en el escritorio.

—¿Donde el tercer impacto?

—Cerca, sí —respondió Amos—. Me dejé en el hotel el tequila que me habías dado. Menuda mierda.

—Vale. ¿Y cómo es que seguís vivos?

—Práctica —dijo Amos con tono alegre—. Vayamos al grano. Tengo un trabajo. Bueno, es cosa de Bombón, pero yo ya me he subido al carro. Nos vendría bien algo de ayuda.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Erich. Su tono se volvió educado y perspicaz, como si hubiesen empezado a hablar de negocios. Era como si el hombre acabara de despertarse. Amos se volvió hacia Bombón y le hizo una seña para que hablase. Ella se rodeó el torso con los huesudos brazos.

—¿Sabes dónde está el lago Winnepesaukee?

Erich frunció el ceño y asintió al mismo tiempo.

—¿El lago falso?

—Sí, el lago reconstruido —continuó ella—. Pues hay un enclave en la isla Rattlesnake. Todo el lugar está amurallado y cuenta con un equipo de seguridad independiente. El sitio tiene el tamaño de cincuenta fincas.

—Soy todo oídos —dijo Erich.

—Han construido una plataforma de lanzamiento en mitad del lago. El lugar se creó para aterrizar desde la órbita, las estaciones Lagrange o desde la Luna y estar cerca de casa. Hay mucha gente que tiene un hangar privado. Lo más seguro es que no haya ninguna nave con un Epstein, pero sí alguna que nos pueda llevar hasta la Luna. Si vamos por carretera nos encontraremos con puestos de control, pero hay una manera de entrar a través del agua. Las cerraduras del atracadero son fáciles de burlar. Solo hay que poner la clave correcta y se abren aunque no tengamos el chip de seguridad encima.

—¿Y cómo sabes todo eso? —preguntó Erich.

—Solía veranear allí. Era como entrábamos y salíamos cuando nos íbamos de fiesta.

Erich miró a Bombón con extrañeza, como si no supiese muy bien qué era lo que hacía allí. Soltó una carcajada brusca y corta, pero aún no se había negado. Amos siguió hablando donde ella lo había dejado.

—La idea es entrar, conseguir una nave e irnos a la Luna.

Erich se sentó en la pelota con las piernas abiertas y se balanceó unos pocos centímetros con los ojos entornados.

—¿Y qué gano yo?

—¿Ganar? —preguntó Bombón.

—¿Qué nos vamos a llevar de allí? ¿No hay dinero?

—Pues no —dijo Clarissa.

—¿Y qué saco yo de todo esto?

—Pues salir de aquí —respondió Amos—. Este lugar ya era un puto agujero antes de que alguien le tirase encima el Atlántico. No creo que vaya a mejorar.

Erich apretó el pequeño y deformado brazo izquierdo contra su cuerpo.

—A ver, que me entere bien. ¿Tienes un plan para recorrer setecientos u ochocientos kilómetros, evitar a un escuadrón de la muerte de mercenarios privados y robar una nave, y lo único que saco yo es dejar todo atrás? ¿Cuál será tu próxima oferta? ¿Una ruleta rusa en la que, si gano, me quedo con la bala? —dijo Erich con tono agudo y constreñido, como si mordiese cada una de las palabras al pronunciarlas—. Esta es mi ciudad. Mi sitio. He sacrificado muchas cosas para ganarme la vida y llegar donde estoy. Mucho. ¿Y pretendes que me vaya con el rabo entre las piernas porque un cinturiano retrasado ha decidido medirse su micropene con los planetas interiores porque su madre no lo abrazó lo suficiente cuando era pequeño? ¡Y una mierda! ¿Me has oído, Timmy? ¡Y una puta mierda!

Amos se miró las manos e intentó decidir qué hacer a continuación. Su primer impulso fue reírse del discurso sensiblero de Erich, pero estaba muy seguro de que no era muy buena idea. Intentó pensar en qué habría dicho Naomi, pero antes de que se le ocurriese algo decente, Bombón dio un paso hacia Erich con los brazos extendidos como si fuese a darle un abrazo.

—Lo sé —dijo con una voz afligida por la emoción que Amos no supo interpretar.

—¿Que sabes qué? ¿Qué coño es lo que sabes?

—Sé lo que se siente al perderlo todo. Sé lo difícil que es, y que no puedes dejar de pensar en ello y en que hay una manera de recuperarlo todo. O que quizá, si actúas como si en realidad no lo hubieses perdido, no notarás que te falta.

El rostro de Erich se quedó de piedra. Su mano mala se abrió y se cerró a tanta velocidad que daba la impresión de que intentaba romperse esos deditos rosados.

—No sé de qué hablas...

—Cuando entré en aquel lugar conocí a una mujer. Había matado a sus hijos. A los cinco. Todos muertos. Lo sabía, pero hablaba de ellos como si aún siguiesen vivos, como si fuese a levantarse al día siguiente y fuesen a estar allí junto a ella. Pensé que estaba loca, y supongo que me lo notó, porque un día me paró en la cafetería y me dijo: «Sé que están muertos, pero estoy segura de que yo también lo estoy. Aquí dentro, tú eres la única zorra que cree que aún está viva». Supe a qué se refería tan pronto como lo dijo.

Para sorpresa de Amos, Erich empezó a llorar a moco tendido. Cayó en los brazos abiertos de Bombón, la rodeó con el brazo bueno y empezó a llorarle en el hombro. Ella le atusó el pelo y murmuró algo que bien podría haber sido un «Lo sé, lo sé» o cualquier otra cosa. Estaba claro que acababa de presenciar algo muy tierno y conmovedor, aunque no tenía ni puta idea de lo que era. Amos cambió el pie de apoyo y se limitó a esperar. Los sollozos de Erich se volvieron más intensos hasta que empezó a calmarse poco a poco. Pasaron unos quince minutos antes de que el hombre se apartara de Bombón. Luego se arrastró hacia el escritorio y cogió un pañuelo con el que se sonó.

—Crecí aquí —dijo con voz quebrada—. Todo lo que he hecho... toda la comida, todos los baños en los que he meado, todas las chicas con las que he estado... Todo ha ocurrido en el interior de la interestatal 695. —Por un instante, Amos tuvo la impresión de que iba a volver a llorar—. He visto muchas cosas crecer y desmoronarse. He visto cómo pasaban las malas épocas y cómo todo volvía a irse a la mierda. Siempre he pensado que las cosas son así y no hay remedio. Que son... las turbulencias. Esto es diferente, ¿verdad?

—Así es —dijo Bombón—. Esto es diferente. Algo que no ha ocurrido jamás.

Erich se volvió hacia la pantalla y la tocó con la punta de los dedos de su mano buena.

—Esa de ahí fuera es mi ciudad. Es un lugar infecto y horrible que ha acabado con todos los que han intentado cambiarlo. Y ahora... ha desaparecido. Se acabó, ¿no es así?

—Sí, lo más seguro —dijo Bombón—. Pero a veces empezar de cero no es tan malo. A mí no me ha ido tan mal a pesar de lo que hice. Y tú estás en una posición mejor que la mía.

Erich agachó la cabeza. Soltó un suspiro enorme con el que parecía que se quitaba un gran peso de encima. Bombón estrechó la mano buena de Erich con sus dos manos y ambos se quedaron un buen rato en silencio.

Amos carraspeó.

—Bueno. Eso significa que te apuntas, ¿no?

Naomi

NO LE quedaban días. Horas quizá. Puede que hasta minutos. Y su plan aún tenía lagunas.

Se encontraba sentada en la cocina, inclinada sobre un cuenco de pudín de pan. La gente salía de los camarotes con uniformes de Marte, ropas normales o unos pocos con el nuevo uniforme de la Armada Libre, pero el resto de las mesas estaban vacías, y ella y Cyn eran los únicos que estaban en el compartimento. Antes se hubiese podido decir que Naomi casi formaba parte de la tripulación, pero ahora era una prisionera y, como prisionera, su horario había cambiado. Comía cuando los demás no lo estaban haciendo, hacía ejercicio cuando los demás no lo estaban haciendo y dormía en la oscuridad con la puerta cerrada por fuera.

Se sentía agradecida. En esos momentos necesitaba tener la mente tranquila y, por raro que pareciese, así estaba cómoda. Los últimos días había ocurrido algo. No sabía muy bien cuándo ni cómo, pero sus pensamientos intrusivos habían desaparecido u ocupado su mente de una manera que ya no le permitía diferenciarlos. No creía que estuviese loca. Sabía lo que era sentir que estaba a punto de perder la cabeza, pero aquello era muy diferente. Tenía claro que podía llegar a morir, que Jim podía llegar a morir, que Marco podía salirse con la suya y que Filip podría no llegar nunca a perdonarla ni entenderla. Y también tenía claro que eran cosas que le importaban. Mucho. Pero no era una sensación que la agobiase. Ya no.

El enlace umbilical que unía las naves tenía unos cincuenta metros. Ni siquiera llegaba a la extensión de un campo de fútbol. La conexión entre ambas se había realizado entre las esclusas de aire de la cubierta de la bodega, donde era más fácil acceder a ingeniería y mover los suministros, lo que dejaba sin usar las esclusas de aire de la cubierta de la tripulación. En las taquillas de esas esclusas había trajes de maniobras extravehiculares. Naomi podría abrir una de ellas con una tira de cinta de soldar o una palanca en unos pocos minutos. Después se pondría uno de los trajes, saldría por una de las esclusas de aire de la *Pella* y forzaría la esclusa de la *Chetzemoka*, todo justo en el momento en el que la *Chetzemoka* apagara los motores y activase los propulsores de maniobra. No había calculado nada. Sabía que tenía el tiempo muy justo, pero que era posible conseguirlo. Y como era posible, tenía que hacerlo.

También tendría que resolver algunos problemas, claro. Para empezar, no tenía cinta de soldar ni una palanca, y ahora que los guardias desconfiaban de ella había perdido la oportunidad de robar el material mientras inventariaba los suministros. Después, cuando Marco descubriese que había robado un traje y salido de la *Pella*, Naomi no tendría forma de evitar que el hombre disparase un torpedo a la *Chetzemoka*. O peor, podría desactivar la bomba de proximidad que iba a instalar en la nave e ir a por Naomi. Pero si ella era capaz de conseguir el traje sin que nadie se diese cuenta para que la pérdida no se reflejara en el inventario, quizá podrían llegar a pensar que se había lanzado al vacío para suicidarse. Muerta no representaba amenaza alguna. Y conocía el sistema de inventario lo suficientemente bien como para conseguirlo, con el tiempo y los permisos necesarios, claro. Pero solo le quedaban horas. Quizá. Puede que menos.

Una voz aguda y familiar resonó en el canal de noticias que tenía puesto en la pantalla de la cocina casi vacía.

—La secretaria general Gao era más que la líder de mi gobierno. También era una amiga íntima, y la echaré mucho de menos.

Avasarala tenía una expresión cauta e íntegra. A pesar de estar al otro lado de la pantalla y a

varios cientos de miles de kilómetros, irradiaba calma y seguridad. Naomi sabía que podía estar fingiendo, pero si ese era el caso, lo hacía muy bien. El reportero era un hombre joven de pelo negro y rapado que estaba inclinado hacia delante e intentaba estar a la altura de la hazaña que era entrevistarla.

—El resto de las bajas de la guerra ha...

—No —dijo Avasarala—. Nada de guerras ni bajas. Son asesinatos. Esto no es una guerra. Marco Inaros puede decir que es un almirante al mando de una gran armada si quiere. Igual que yo puedo decir que soy la putísi... Buda. Pero eso no lo convierte en realidad. Es un criminal que se ha hecho con muchas naves robadas y que tiene las manos manchadas de sangre inocente, más que cualquiera en toda la historia de la humanidad. Es un monstruo.

Naomi le dio otro bocado al pudín de pan. No sabía cómo hacían las pasas, pero no daban mucho el pego, aunque no sabían mal. Dejó de pensar por un momento en la cinta de soldar y en la manera de engañar al programa de inventario.

—Entonces ¿no cree que esto sea una guerra?

—¿Guerra entre quién? Una guerra es un conflicto entre gobiernos, ¿no? ¿A qué gobierno representa él? ¿Cuándo lo eligieron? ¿Quién lo nombró? Después de lo que ha hecho se ha apresurado para afirmar que representa a los cinturianos. Pero ¿y qué? Cualquier matón de poca monta en su misma situación querría llamarlo guerra para que sonase más serio de lo que es.

El reportero hizo una mueca como si se hubiese tragado algo agrio e inesperado.

—Lo siento, pero ¿está usted diciendo que este ataque no es algo serio?

—Este ataque es la mayor tragedia de la historia de la humanidad —respondió Avasarala con voz grave y vehemente. Consiguió dominar la pantalla—. Pero lo han llevado a cabo unos criminales narcisistas y estrechos de miras. ¿Quieren una guerra? Pues siento decepcionarlos. Van a ser arrestados, procesados y tendrán un juicio justo con el abogado que puedan permitirse. ¿Quieren que el Cinturón se alce para así poder esconderse detrás de las buenas gentes que lo habitan? Los cinturianos no son matones y tampoco asesinos. Son hombres y mujeres que quieren a sus hijos, igual que cualquiera de nosotros. Son buenos y malos, sabios e ineptos, son humanos. Y esta «Armada Libre» nunca podrá hacer que nos olvidemos de eso por muchas personas que maten. El Cinturón tendrá que hacer un examen de conciencia, y veremos el resurgir de la decencia, la compasión y la bondad. La Tierra ha quedado devastada, pero no han acabado con ella. No mientras yo siga aquí. Joder.

La anciana se reclinó en el asiento, con mirada desafiante y llena de rabia. El reportero miró a cámara y luego a sus notas.

—Sin duda la Tierra va a necesitar mucha ayuda.

—Así es —dijo—. Tenemos reactores a máxima potencia en las principales ciudades del planeta, que han empezado a suministrar energía a...

La pantalla se quedó en negro. Cyn soltó el terminal portátil en la mesa con un ruido brusco y sordo. Naomi lo miró desde detrás de un mechón de pelo.

—*Cette zorra necesita dejar de sa yutak* —dijo Cyn con el rostro lleno de rabia—. *Leçon a totas* como ella, *ou non?*

—¿Para? —preguntó Naomi haciendo un gesto de indiferencia con las manos—. Si muere, otra como ella ocupará su lugar. Se le da bien lo que hace, pero aunque acabéis con ella, la persona que ocupe su lugar hará las mismas declaraciones.

Cyn negó con la cabeza.

—No será igual.

—Pero muy parecido.

—No —dijo al tiempo que inclinaba un poco la barbilla hacia delante—. No será igual. *Alles* hablan de grandes movimientos sociales *und* otras épocas *und* eso. Son historias que se inventan después para justificar lo que se dice. Pero no son reales. Lo real es lo que hace la gente. Gente como Marco, Filipito, tú y yo.

—Si tú lo dices —dijo Naomi.

—¿*Ce* coyo de Marte que nos dio todas las naves y nos confesó dónde encontrar los suministros? No es la «ruina económica de Marte» ni una «relación de deuda en aumento» ni la «desigualdad de ingresos o de integración». —Cyn agitó el dedo como un profesor dando una clase al pronunciar cada uno de esos términos pretenciosos. Naomi fue incapaz de evitar reírse. El hombre parpadeó al oírla, y luego le dedicó una tímida sonrisa—. Ese coyo es un coyo en concreto. Un hombre que hizo un trato y que convenció a otros. Y nosotros lo aprovechamos. Las personas importan, *ou non?* No son reemplazables.

Cyn la miraba con fijeza. No era un profesor dando clase, pero pretendía aleccionarla. Naomi se metió en la boca el último pedazo de pudín de pan.

—Tengo la impresión de que quieres decirme algo —dijo Naomi, que ignoró el resto del discurso.

Cyn agachó la cabeza e intentó recuperar la compostura. Naomi vio que se esforzaba, pero no entendía muy bien para qué.

—Filipito te necesita. No lo sabe, *aba* te necesita. Lo tuyo con Marco es algo aparte. No tomes la decisión más cobarde.

Naomi sintió que el estómago le daba un vuelco. Cyn pensaba que Naomi estaba desesperada y que iba a sucumbir a sus pensamientos intrusivos. Se preguntó qué le había hecho llegar a esa conclusión, y si en realidad el hombre cometía un error o se había dado cuenta de algo que ella no. Tragó saliva.

—¿Te refieres a que no me suicide?

—Suena muy mal.

Naomi se levantó con el cuenco sucio en las manos. Cyn hizo lo propio y la siguió hasta el reciclador. El peso de su cuerpo le resultó muy tranquilizador. Aún tenía tiempo. No habían desconectado los motores y le quedaba tiempo para planear la manera de salir de allí.

—¿Y qué debería hacer?

Cyn hizo un gesto de indiferencia con las manos, tal y como ella había hecho antes.

—Únete. Sé parte de la Armada Libre. Vamos donde nos necesitan y hacemos lo que hay que hacer. Ayudamos a los que piden ayuda, *oui?* Ya tenemos localizadas a ocho naves coloniales.

—¿Localizadas para qué?

—Para *redistribuí*. *Alles die Essen* y suministros que llevan camino del Anillo. *Plus* de lo que le han dado al Cinturón. Cogemos esas cosas y alimentamos al Cinturón para que mejore. Queremos saber lo que es la *vie* cuando no tenemos que arriesgarnos para conseguir aire y provisiones. Jardines en el vacío. Ciudades que hagan que la estación Tycho parezca poco más que una saltarocas. Un nuevo mundo sin un planeta, *ou non?* Olvidarnos de ese *bok* alienígena. Destruir el Anillo. Hacerlo saltar por los aires. Conseguir que las personas vuelvan a ser personas, *oui?*

Dos mujeres pasaron junto a ellos enfrascadas en una conversación acalorada. La que se encontraba más cerca los miró durante un instante y luego volvió a lo suyo. Había veneno en su mirada. Era un contraste llamativo. Por una parte, la idea de Cyn de un futuro en el que los cinturianos quedaban libres de la opresión económica de los planetas interiores y de los axiomas principales que habían formado parte de la juventud de Naomi. De toda su vida. Querían una

civilización construida por ellos y para ellos, empezar de cero. Por otra parte, había otros cinturianos que la odiaban porque se había atrevido a actuar en su contra. Porque no era lo suficientemente cinturiana.

—¿Cómo va a acabar esto, Cyn? ¿Qué queda?

—Si lo hacemos bien, no se acabará.

En su camarote no tenía nada que le sirviese, pero como estaba sola y encerrada en aquel lugar se dedicó a buscar. Durante horas, no días.

El asiento de colisión estaba atornillado a la cubierta con acero macizo y cerámica reforzada, de tal forma que llegara de donde llegase la fuerza se comprimiría a un lado u otro. Podría haber hecho palanca con cualquiera de los montantes, pero no tenía forma de desatornillar el asiento ni de arrancar ninguno. Así que no le quedaba otra que desechar ese plan. Los cajones eran de un metal menos denso, parecido al de las taquillas. Los abrió todo lo que pudo y examinó los cerrojos y las partes en las que se había doblado el metal en busca de inspiración. Pero no consiguió sacar nada en claro.

Tenía el pequeño kit de descompresión guardado en la cintura, preparado para usarlo si se daba el caso. Sintió cómo el tiempo se le agotaba segundo a segundo sin que ella encontrase una solución. Tenía que hacerlo. Seguro que era capaz. La *Chetzemoka* estaba cerca, pero quedaba lejos para lo que querían hacer. ¿Y si no esperaba a que conectaran el conducto de abordaje? Si conseguía acercarse a ella ahora y ocultarse allí hasta que volviesen a separar las naves...

Y si conseguía abrirse paso hasta la armería y quizá hacerse con un *mecha* de demoliciones que usar como traje de aislamiento... o uno que usar para abrir los mamparos lo suficientemente rápido como para que nadie le pegase un tiro en la cara...

—Piensa —dijo—. Deja de darle vueltas a las cosas. Piensa.

Pero no se le ocurrió nada.

Consiguió dormir unos minutos, pero fue un sueño ligero. No podía permitirse dejarse dormir por miedo a despertar y descubrir que la *Chetzemoka* ya se había marchado. Estaba tumbada en el suelo con la mano aferrada en la base del asiento de colisión para que la despertase al moverse en caso de que desconectasen los motores.

¿Qué haría Alex? ¿Qué haría Amos? ¿Qué haría Jim? ¿Qué haría ella? No se le ocurrió nada. Esperó la desesperación, la oscuridad, la apabullante sensación de fracaso, pero no entendía por qué no llegaban. Había muchas razones para sentirse desolada, pero no lo estaba. Lo único que sabía era que si volvía a tener esos pensamientos intrusivos, volverían con tanta fuerza que no podría hacer nada para enfrentarse a ellos. Pensarlo la reconfortaba.

Sárta abrió la puerta cuando Naomi la tocó para ir al tigre, pero daba igual porque tampoco pensaba hacer nada. Siguió a Naomi por el pasillo y la esperó fuera. En el tigre tampoco había nada útil, pero Naomi se tomó su tiempo por si le llegaba la inspiración. El espejo era de una aleación pulida incrustada en el propio mamparo. No le servía de nada. Si pudiese hacerse con los ventiladores de vacío que había en el retrete...

Oyó voces al otro lado de la puerta. Sárta con alguien más. Hablaban demasiado bajo como para comprender qué decían. Naomi terminó de lavarse las manos, tiró la toallita en el reciclador y salió al pasillo. Filip se quedó mirándola. Era su hijo y no había reconocido su voz.

—Filip —saludó Naomi.

—Cyn me ha dicho que querías hablar conmigo —dijo, con un tono inquisitivo y acusatorio al mismo tiempo.

—¿Lo sabía? Qué amable por su parte.

Naomi titubeó. Sintió la necesidad de conseguir un traje de maniobras extravehiculares, pero

su conciencia le susurró: «Si creen que estás viva, irán a por ti». La rabia y la timidez adornaban el rostro de Filip. Cyn pensaba que Naomi estaba pensando en suicidarse, y por eso había mandado a Filip a hablar con ella.

Sintió que el estómago le daba un vuelco, pero tardó en darse cuenta de la razón. Si Filip también lo pensaba, si cuando Naomi desapareciera su hijo iba a decirle a Marco que él también había visto mal a su madre, sería mucho más fácil de creer. Puede que ni siquiera llegasen a comprobar si les faltaba un traje de aislamiento.

—¿Quieres hablar aquí en el pasillo? —preguntó Naomi articulando bien cada palabra—. Sé de un sitio cerca al que podemos ir. No es muy espacioso, pero tendremos intimidad.

Filip asintió una vez, y Naomi se dio la vuelta y empezó a avanzar por el pasillo mientras Sárta y el chico la seguían. Ensayó la conversación en su mente mientras caminaba. «Estoy tan cansada que solo quiero que todo termine» y «Lo que haga es decisión mía. No es culpa tuya, pero no aguanto más». Había miles de formas de convencerlo de que estaba preparada para morir, pero pensar en hacerlo le retorció las entrañas a pesar de todo. Era una manipulación cruel e insensible. Era su hijo, el que había perdido, y ahora iba a usarlo para salirse con la suya. Iba a contarle una mentira para así engañar a Marco. Para que cuando ella desapareciese y fuese a la *Chetzemoka* todos pensasen que se había suicidado y no fueran detrás de ella. Hasta que fuese demasiado tarde.

Podía hacerlo. No podía hacerlo. Podía hacerlo.

Al llegar al camarote, se sentó en el asiento de colisión con las piernas dobladas bajo su cuerpo. Apoyó la cabeza en la pared, con los labios apretados y la barbilla alta. Se preguntó en qué estaría pensando Filip. Qué cosas amaba, temía o anhelaba. Se preguntó si alguien se lo había preguntado alguna vez.

«No aguantas más —pensó—. Límitate a decir que no aguantas más.»

—¿Estás bien? —preguntó Naomi.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé —dijo—. Me preocupo por ti.

—No tanto como para no traicionarme —dijo, y fue entonces cuando a Naomi se le deshizo el nudo del estómago. Sí, si le mentía sería como traicionarlo y, a pesar de todos los errores que había cometido, nunca había hecho algo así. Sí que podría. Podría hacerlo. Era algo que había decidido no hacer, pero ahora sabía que era capaz.

—¿Por el mensaje que envié?

—He dedicado mi vida al Cinturón para hacer libres a los cinturianos. Y después de todo lo que hemos hecho para que estés a salvo, nos escupes a la cara. ¿Quieres a tu novio terrícola más que a los tuyos? ¿Es eso?

Naomi asintió. Era como si oyese todas las cosas que Marco evitaba decir en voz alta. Detrás de ellas había un sentimiento que Naomi no había oído en las palabras del padre del chico. Que quizá nunca oiría. Filip se había empapado de la retórica de su padre, pero mientras que Marco lo hacía por egocentrismo, a Filip le salía de dentro. Del dolor provocado porque su madre lo abandonase para luego encima marcharse con un hombre de la Tierra, de ahí era de donde salía esa rabia. Traición era una palabra que se quedaba corta.

—Los míos —repitió—. Deja que te hable de los míos. En este conflicto hay dos bandos, pero no son los planetas interiores y los exteriores. O los cinturianos y todos los demás. No es así. Los bandos están formados por las personas que quieren más violencia y las que quieren menos. Y no importa qué otra variable introduzcas en la ecuación, esos dos elementos siempre estarán ahí.

»Fui dura contigo el día que cayeron las rocas, pero no me arrepiento de lo que dije. Tu

padre y yo siempre estuvimos en bandos diferentes y nunca nos vamos a reconciliar, pero a pesar de todo creo que tú aún puedes elegir. Incluso ahora que parece que has hecho algo de lo que jamás podrás redimirte. Aún puedes elegir cómo afrontarlo.

—Y una mierda —dijo Filip—. Eres una mentirosa. Eres una puta zorra terrícola y siempre lo has sido. Eres una grupi que lo único que quiere es meterse en las sábanas de cualquiera que cree que es una persona importante. Es lo que has hecho siempre. ¡No eres nada!

Naomi se cruzó de brazos. Filip estaba tan equivocado que nada de lo que decía le afectaba. Le entraba por un oído y le salía por el otro. Lo único que pensaba Naomi en aquel momento era: «Estas son las últimas palabras que le vas a decir a tu madre. Te vas a arrepentir durante el resto de tu vida».

Filip se giró y abrió la puerta.

—Merecías unos padres mejores —consiguió decir ella antes de que el chico diese un portazo. Nunca supo si la había oído.

Amos

ENTRE caminar, ir en bici, buscar comida y tomar una ruta que evitase los centros de población más habitados de la zona administrativa de Washington, el viaje de unos setecientos kilómetros entre Baltimore y Belén les había llevado unas dos semanas. Tardaron solo un par de horas en recorrer los casi cuatrocientos *klicks* que había desde la arcología hasta el lago Winnepesaukee. Erich le dio instrucciones a Machorra (cuyo nombre Amos fue incapaz de recordar incluso después de que se lo hubiera dicho) y a dos más, y luego le dijo a él y a Bombón que esperasen en otra habitación mientras lo preparaba todo.

Veinte minutos después, Amos, Bombón, Erich y diez hombres y mujeres más se encontraban en la azotea de la arcología subiendo a un par de helicópteros de transporte con el logo de Seguridad Al Abbiq. Erich no les dijo si los había robado o si tenía contratada a la empresa de seguridad, y Amos no le preguntó. A esas alturas era innecesario.

Sobrevolaron un paisaje lúgubre. La ceniza caía despacio, pero no había cesado. El sol era poco más que una mancha rojiza en el cielo occidental. Bajo ellos, las ciudades se superponían unas a otras con poco más que algún que otro árbol o matorral entre ellas. La mayoría de los edificios estaban vacíos. Las calles y las carreteras estaban llenas de coches, pero eran pocos los que se movían. Viraron al este y pasaron sobre Nueva York. El gran rompeolas había quedado destrozado, y las calles estaban inundadas como si fuesen canales. Varios de los edificios más altos habían caído y su ausencia llamaba la atención en el *skyline* de la ciudad.

—¿Dónde están todos? —gritó Bombón sobre el rugido de los rotores.

—Están allí —respondió Erich a voz en grito mientras hacía un gesto con la mano mala y se agarraba al cinturón de seguridad con la buena—. Están todos allí, pero ahora hay muchos menos que la semana pasada. Y la población seguirá menguando.

Alguien les disparó un misil desde la azotea de un centro comercial cuando sobrevolaron Boston, pero los helicópteros acabaron con él a tiros. El cielo oriental tenía un tono oscuro que a Amos le recordó al de las nubes de tormenta. En el occidental, el ocaso era rojo como la sangre.

—Vamos a tener problemas si se congelan los rotores, ¿verdad? —preguntó Amos al piloto, pero no recibió respuesta alguna.

Aterrizaron en un aeródromo que se encontraba tan solo a unos *klicks* al sur del lago, pero Amos consiguió ver el lugar antes de que descendieran: eran varias colinas bajas que albergaban el agua igual que lo haría la palma de una mano. Había alrededor de una docena de islas desperdigadas por el lago: algunas tan llenas de edificios como lo estaba la otra orilla, y otras que tenían bosquecillos en los que solo alguien rico podría permitirse vivir. La plataforma de aterrizaje era un cuadrado de cerámica flotante con luces rojas y ambarinas que aún seguían parpadeando por si alguien tenía que descender solo con contacto visual.

Cuando llegaron a la orilla del agua, el lugar no les resultó tan encantador. Apestaba a pescado podrido y había una capa de ceniza en la superficie que les hizo pensar que alguien había esparcido polvo de tiza por todo el lugar. El grupo de Erich se metió hasta la cintura y soltaron en el agua tres paquetes que se inflaron hasta convertirse en sendos pontones oscuros. El cielo era de un negro impoluto cuando empezaron a avanzar hacia el enclave de la isla Rattlesnake. No había estrellas ni luna ni rastro de contaminación lumínica. Era como si alguien les hubiese cubierto la cabeza con un saco.

Se dirigieron a la parte septentrional de la isla, donde un amplio puente con pilares de acero revestido se extendía hacia la plataforma de lanzamiento. Los hangares y los atracaderos se alineaban por la costa como cajas de juguetes para ricos y tan grandes como edificios en los que podrían vivir al menos mil personas. El pontón en el que se encontraba Amos se inclinó hacia delante debido al balanceo del agua. El embarcadero que eligieron estaba pintado de un azul cerúleo, pero el lugar estaba tan oscuro que sin luz podría haber sido cualquier cosa. Tardaron poco en encontrar el teclado en un poste que sobresalía de las aguas negras. Bombón se inclinó sobre él, extendió un brazo enjuto y tocó una serie de números. Tardó un segundo en el que creyeron que no había funcionado, pero al cabo las puertas del embarcadero se elevaron poco a poco y se encendieron unas luces automáticas. El interior estaba chapado de opulenta madera de cedro rojo, y había espacio suficiente para montar allí una cancha de tenis. Al entrar oyeron un ladrido iracundo que surgió de la oscuridad.

Había un perro lobo que apoyaba las patas delanteras sobre la barandilla de la cubierta de una pequeña lancha motora. Atracaron los pontones en el hueco que quedaba junto a la lancha. Amos se levantó, y el perro lobo se abalanzó entre gruñidos. Era un animal muy bonito. Fruto de la ingeniería genética, supuso, debido a lo brillante de su pelaje y a la simetría de su rostro.

—Tranquilo, chico —dijo Amos al tiempo que se agachaba para ponerse a su altura—. Parece que te han dejado aquí abandonado, ¿verdad? Menuda mierda.

El perro se quedó quieto, indeciso y asustado.

—Te propongo un trato. No nos hagas nada y no te dispararemos, ¿vale?

—No te va a hablar —dijo Erich mientras el perro empezaba a marcharse sin dejar de ladrar.

—¿Cómo lo sabes? Estos gilipollas tienen mucho dinero. A lo mejor le han puesto un traductor o algo así en el cerebro.

—Eso no se puede hacer —dijo Erich, que se volvió hacia Bombón—. No se puede, ¿verdad?

—Esta es la hacienda Cook —dijo Bombón—. Es donde vivían Darwa y Khooni. Solía dormir aquí los miércoles de verano. —Se estremeció un poco, y Amos inclinó la cabeza—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vine, pero ha cambiado menos de lo que creía.

—¿Sabes cómo llegar hasta su hangar? —preguntó Erich.

—Sí.

Pero el lugar estaba vacío cuando llegaron. Recorrieron el amplio patio de gravilla que llevaba hasta el hangar de al lado, el de los Davidovic, pero también estaba vacío. En el tercero al que entraron no había nave, pero sí seis personas. Estaban en medio del lugar con pistolas y los aerosoles de pimienta baratos que solían vender en las cajas de los supermercados. El hombre que estaba al frente tendría unos cincuenta años, el pelo canoso y una barba incipiente.

—¡Vosotros! ¡Todos atrás! —gritó a Amos, Machorra y tres más que entraban por una de las puertas laterales—. ¡Estáis en propiedad privada!

—Vaya, ¿y es tuya? —espetó Machorra—. ¿Todo esto es tuyo?

—Trabajamos para los Quarterman. Tenemos derecho a estar aquí. —El hombre agitó la pistola—. ¡Fuera! ¡Todos fuera!

Amos se encogió de hombros. Ya habían entrado otros seis del grupo de Erich, la mayoría con fusiles de asalto colgados al hombro. Los sirvientes siguieron apiñados en mitad de la estancia. De haber sido personas capaces o con algo de experiencia, hubiesen apostado a dos o tres francotiradores en los travesaños, listos para acabar con los malos mientras los de abajo los distraían. Pero Amos no vio a nadie.

—La verdad es que no creo que los Quarterman vayan a volver. Solo vamos a coger algunas

de sus cosas. Pero podéis quedaros todo lo que sobre.

El rostro del hombre se llenó de ira, y Amos se preparó para verse rodeado de cadáveres. Por suerte, Bombón interrumpió antes de que los de Erich levantasen las armas.

—Eres... eres Stokes, ¿verdad? —El hombre que estaba delante, Stokes al parecer, bajó el arma confundido mientras Bombón se acercaba a él—. Soy yo. Clarissa Mao.

—¿Señorita Clarissa? —Stokes parpadeó y vaciló.

Amos oyó que Machorra murmuraba algo como «¿En serio, joder?» en voz muy baja.

—¿Señorita Clarissa! ¿Qué está haciendo aquí?

—Intento escapar —respondió Bombón con tono alegre—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

Stokes le dedicó una sonrisa que luego paseó por Amos, Erich y los demás, una de dientes blancos que parecía irradiar una luz titubeante e insegura.

—Recibimos la orden de evacuación cuando impactó la segunda roca. Todos los Quarterman se han marchado. Se llevaron la nave y desaparecieron. Los Cook, los Falkner, el viejo Landborn. Todos se han ido con sus naves. Nos dijeron que el personal de seguridad nos mantendría a salvo hasta que llegase ayuda, pero la ayuda no llega. ¿Y los de seguridad? Los de seguridad son unos matones. Nos dijeron que teníamos que pagarles porque los Quarterman se habían marchado, pero no tenemos nada.

—Pues los Quarterman son unas personas horribles, lo que justifica lo que íbamos a hacer —aseguró Amos.

—¿No quedan naves? —preguntó Bombón—. Necesitamos una que nos lleve a la Luna. Para eso hemos venido.

—Sí, claro que hay. Los Bergavin dejaron la *Zhang Guo*. Está en su hangar. Podemos llevaros allí, señorita Clarissa, pero...

Se oyó un silbido agudo que venía de la puerta lateral. Del exterior. Machorra miró a Amos.

—Tenemos compañía —dijo.

Las calles de la isla eran amplias. Espaciosas. Lo suficientemente grandes como para recorrerlas con una nave de camino al puente. El coche patrulla del equipo de seguridad tenía la garra y el ojo propios del logo de Pinkwater. Los amplios conos de los dos faros hendían la oscuridad. Erich levantó la mano buena para cubrirse los ojos. Dos hombres se acercaban a él entre contoneos.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —dijo uno de ellos.

Erich cojeó hacia atrás.

—No queremos problemas, señor —dijo.

—¿Qué te parece si soy yo quien decide eso? —dijo el que parecía el líder—. Salid de aquí, joder. —Llevaba un sombrero de vaquero y tenía la mano colgada de la empuñadora de la pistola. Amos sonrió. La calidez que sintió en el estómago y en los brazos fue como oír una canción conocida después de mucho tiempo. Era muy reconfortante.

—¿Al suelo o te abro nuevos agujeros, lisiado hijoputa!

—¿Bombón? —llamó Amos al tiempo que se acercaba a la luz. Dos de los de seguridad desenfundaron las pistolas y le apuntaron—. Bombón, ¿estás ahí?

—¿Sí? —dijo ella.

La voz parecía venir de la puerta lateral. Bien. Amos vio que el par de hombres de seguridad miraban al resto de los de Erich que estaban en la oscuridad. Eran poco más que siluetas, pero tenían el cuerpo tenso. Al parecer se habían dado cuenta de que podría haber un tiroteo y ellos estaban en desventaja.

—¿Ves? Esto es de lo que te hablé —gritó Amos—. Las cosas empiezan a torcerse y las

tribus se vuelven cada vez más pequeñas. Seguro que estos tipos eran buenas personas cuando tenían un jefe ante el que responder. Cuando tenían clientes y accionistas. —Se volvió hacia el hombre con el sombrero y le dedicó una sonrisa amable—. ¿Qué tal? —dijo.

—Mmm. ¿Qué tal? —dijo el del sombrero.

Amos asintió y volvió a empezar a gritar hacia el hangar.

—El problema es que cuando no tienen eso, no son más que unos tipos con armas que actúan como tipos con armas. Hacen... cosas con las armas, ¿sabes?

—Te sigo —dijo Bombón.

—Deberíais dejar de apuntarnos —dijo Amos al del sombrero—. Tenemos muchas más armas que vosotros. Os lo recomiendo.

—Ya habéis oído —dijo Machorra—. Tirad las armas al suelo, por favor.

Los de seguridad se miraron confundidos.

—Podríamos haberos disparado —dijo Amos. El del sombrero y su compañero empezaron a bajar el arma, y Amos volvió a gritar hacia el hangar—. ¿Bombón? Mira, estos tíos han pasado de ser protectores y formar parte de esta gran tribu como-se-llame a ser los protectores de su pequeña tribu y dejar fuera a mucha gente. Lo importante es quién está dentro y quién fuera de cada tribu.

El del sombrero levantó las manos con las palmas hacia fuera a la altura de los hombros. Amos le dio un golpe en la mandíbula. Fue un puñetazo muy fuerte y le empezaron a doler los nudillos. El del sombrero trastabilló hacia atrás, y Amos dio un paso al frente al tiempo que empezaba a dar una patada. El golpe impactó en la rótula izquierda del tipo, que pegó un grito.

—El problema —siguió gritando Amos— es que la mayoría de nosotros no tenemos espacio en nuestras vidas para más de seis —le dio otra patada al hombre en mitad de la espalda mientras intentaba levantarse— o siete personas. Si se quiere llegar a más gente hay que empezar a contar historias.

El del sombrero empezó a arrastrarse hacia el coche. Amos le clavó la rodilla en la espalda, se inclinó sobre él y empezó a vaciarle los bolsillos y el cinturón: un aerosol de pimienta, una pistola táser, una cartera con tarjetas de identificación, un *walkie-talkie*. Una pistola ilegal que llevaba amarrada en el tobillo. Cogió las cosas una a una y las tiró al agua, asegurándose de que oía el salpicón al caer. El del sombrero había empezado a llorar, y el peso de Amos casi no lo dejaba respirar. El otro se había quedado muy quieto, como si pensase que si no se movía Amos no se daría cuenta de que estaba ahí. A esas alturas, tampoco podía hacer nada mejor.

Amos le dedicó una sonrisa.

—¿Qué tal?

El tipo no dijo nada.

—Tranquilo —aseguró Amos—. Tú no dijiste que nos ibas a abrir nuevos agujeros, ¿verdad?

—Verdad —dijo el otro.

—Pues muy bien. —Amos se levantó—. Será mejor que lo lloves al médico. Y también que le cuentes a cualquier amigo que tengas en esta isla lo que he hecho y que te he dejado en paz porque no te metiste conmigo. ¿Te parece?

—Me parece.

—Genial. Y ni se os ocurra volver por aquí.

—No volveré.

—No volveremos —dijo Amos—. Querías decir «no volveremos». Ni tú ni nadie de tu tribu.

—No volveremos.

—Perfecto. Pues sin problema. Y dale tus cosas a Machorra, ¿vale? También la pistola

ilegal.

—Sí, señor.

Amos se dirigió hacia el hangar. Bombón se encontraba en el umbral de la puerta con los brazos cruzados. Amos se limpió la mano. Los nudillos habían empezado a sangrarle.

—¿Ves? Esto es la civilización —dijo—. Un puñado de historias y poco más.

—¿Y qué si lo es? —dijo Bombón—. Se nos da muy bien contar esas historias. Todo se ha ido a la mierda y ya hemos encontrado la manera de empezar a solucionarlo. Stokes y el resto de los sirvientes estaban listos para luchar o que los matáramos, pero yo sabía quién era y él me recordaba. Ahora esa es nuestra historia. Has salido ahí fuera y les has enviado un mensaje a esos tipos para que nos dejaran en paz. A todos. A más de seis o siete. Por cierto, cambiando de tema, sabes que los tipos de Pinkwater van a volver para intentar acabar contigo, ¿verdad?

—Bueno, solo necesitamos que nos dejen en paz un rato mientras se preparan —dijo Amos—. Lo más seguro es que ya hayamos despegado para entonces. —Stokes salió de detrás de Bombón con rostro afligido—. Con estos sí que tenemos un pequeño problema.

El hangar era alto como una catedral, y la *Zhang Guo* se erigía en medio como una obra de arte gigantesca. La superficie de la nave estaba hecha para tener el aspecto de un lapislázuli cubierto de filigranas doradas y plateadas. Los conos del motor tenían ideogramas dorados estarcidos con algo que aparentaba ser oro, pero que al parecer no se derretía al sufrir las altas temperaturas. Al ver la nave, Amos supo que no tenía un motor Epstein. Era más o menos el doble de grande que la *Rocinante* y quizá, solo quizá, contaba con una cuarta parte de sus funcionalidades. Era una lanzadera orbital y también una muestra de decadencia.

Pero lo más importante era que no funcionaba.

—Las baterías están agotadas —dijo Stokes—. Sin energía no hay potabilizadora de agua ni calor ni conexión a la red.

—¿Me estás diciendo que tu plan era hacer que un grupo de personas que no saben cómo funciona un motor de fusión consiguiesen encender uno para recargar las baterías? —preguntó Amos—. Es de un optimismo suicida que no se ve muy a menudo.

Stokes se encogió de hombros.

—La nave estaba aquí porque necesitaba reparaciones. Nunca conseguimos hacerla funcionar.

Amos le dio una palmada en el hombro.

—Venga, tráeme todas las herramientas que tengáis. Esto no se me da mal.

Stokes se marchó a la carrera y empezó a gritar al resto de su grupo. Los de Erich se debatían entre empezar a montar un perímetro defensivo o ponerse a buscar lo más caro que le cupiese en los bolsillos. Erich y Bombón se acercaron a Amos.

—¿Estamos muy jodidos? —preguntó Erich.

—No lo sé —respondió Amos—. Mi primera impresión es que hay algo raro en el suministro de energía. Mucho ruido. Un acoplador defectuoso. Algo que activa el bloqueo de seguridad. Tengo que meterme entre los cascos y echar un vistazo.

—Yo puedo ayudarte a revisar los circuitos —dijo Bombón. Erich le dedicó una mirada cargada de confusión—. Trabajé unos meses como ingeniera electromecánica.

—Claro que sí. Cómo no —dijo Erich.

—¿Has traído equipo de diagnóstico? —preguntó Amos.

—Claro —respondió Erich—. ¿Por qué?

Amos señaló el cono del motor con la barbilla.

—Pues hazle una prueba y avísame para echar un vistazo a los resultados.

Erich frunció el ceño y usó su bracito para rascarse el cuello con gesto pensativo.

—Claro. Supongo que puedo hacerlo.

Bombón tosió y luego rio entre dientes.

—Erich. ¿Alguna vez has... ya sabes... matado a alguien?

—Soy el líder del imperio de la droga en Baltimore —respondió Erich—. Claro que he matado gente. ¿Por qué lo dices?

—Por nada —dijo ella—. Es que somos tres asesinos y, al parecer, lo que va a salvarnos el culo es saber arreglar un motor de fusión.

Erich sonrió.

—Bueno, al parecer no se nos da nada mal, ¿verdad?

—Al lío. Y será mejor que apostemos unos guardias mientras trabajamos —dijo Amos—. Puede que lo de conseguir escapar antes de que vuelvan a por nosotros no se cumpla.

—Puedo decirle a Stokes que se encargue —aseguró Bombón—. Esa gente no sabe pelear, pero seguro que son capaces de vigilar. Y también puedo comentar a algunos de los más capacitados que nos ayuden con la nave, si lo ves bien.

—Cuanto más, mejor —dijo Amos—. Mientras tengan claro que no pueden tocar nada a menos que se lo digamos nosotros.

—¿Vamos a decirles que nos acompañen? —preguntó Bombón.

—Claro —dijo Amos.

La mujer sonrió.

—¿Porque son de nuestra tribu?

—Joder, no. Mi tribu es la tripulación de la *Rocinante*, quizá vosotros dos y una mujer que ya está muerta. Lo cierto es que me importa una mierda si alguno de esos se muere.

—¿Y por qué nos los llevamos?

Uno de los del grupo de Erich pegó un grito. Otro rio, y uno de los sirvientes se unió a la conversación con cautela. Amos se frotó las costras que tenía en los nudillos y se encogió de hombros.

—Porque creo que es lo que haría Holden.

Naomi

NAOMI levantó los mangos de la máquina de resistencia sobre su cabeza y luego los bajó poco a poco. Sárta se encontraba sentada en una caja de gel de resistencia y la miraba con gesto similar al de alguien que se aburre en el zoo. A Naomi le daba igual. No hablaba. Naomi estaba sola para casi todo menos para lo más importante.

Había llegado a la conclusión de que lo mejor no era hacerse solo con uno de los trajes de maniobras extravehiculares, sino con todos. Corromper los datos y que nadie supiese si se había llevado algo o no. El problema era que si solo saboteara los datos de los trajes eso también la delataría. Levantó otra vez los mangos y le empezaron a doler los músculos de los brazos y de los hombros. Luego los soltó y disfrutó del dolor. Si pudiera hacerse con uno de los escáneres que había usado antes con las baterías, podría conseguir introducir datos falsos en el sistema, llenarlo de imprecisiones y hacer que diese la impresión de que había un millón de trajes llenando cada centímetro cuadrado de la nave. Así dejaría los sistemas inutilizados. El problema era que...

Empezó a sonar la alarma. Naomi sintió que el estómago le daba un vuelco. Estaban preparándose para dejar de acelerar. Se había quedado sin tiempo. No estaba lista. En el exterior, estarían empezando a preparar el conducto de abordaje y, cuando lo retirasen, la *Pella* y la *Chetzemoka* quedarían separadas para siempre y sus escasas esperanzas se desvanecerían. Soltó los mangos. El cable volvió a colocarlos en su lugar, como si la máquina se preparase para recibir a la persona siguiente.

Naomi no estaba lista. No iba a estar lista nunca, pero eso no significaba que no lo fuese a intentar.

Se acercó al gel de resistencia e hizo un gesto con la cabeza a la guardia.

—Voy al tigre.

—*Du* acabas de ir.

—Pues voy otra vez —dijo al tiempo que se daba la vuelta.

—Y una mierda. ¡Oye!

Naomi hizo como que ignoraba a la mujer y oyó que se apresuraba en ir detrás. Había sido una prisionera modelo hasta ese momento, y la desobediencia pilló a Sárta por sorpresa. Eso era lo que pretendía. Volvió a sonar la alarma y empezó la cuenta atrás. Ingravidez en tres. Dos. Naomi apoyó ambas manos en el marco de la puerta. Uno. La gravedad desapareció. Naomi se hizo un ovillo y se lanzó con todas sus fuerzas hacia Sárta. Golpeó a la guardia con ambos pies en el estómago y la lanzó por los aires del amplio compartimento en el que se encontraban. Sárta agarró la zapatilla izquierda de Naomi y tiró hasta quitársela mientras empezaba a rotar. Tardaría varios segundos en llegar hasta el otro lado de la estancia y tener algo en lo que impulsarse. Aquel era el momento de Naomi. Sárta ya había empezado a gritar.

Naomi se dio la vuelta hacia la escotilla y se impulsó por el pasillo a demasiada velocidad como para sentirse segura. Solo tenía unos minutos. Menos. ¿De verdad había llegado a pensar que le iba a dar tiempo de abrir una taquilla, ponerse un traje y esperar por el ciclo de apertura de la esclusa? En esos momentos los cálculos le parecieron válidos, pero ahora no estaba tan segura.

Oyó los gritos de Sárta detrás. Había empezado a dar la alarma, pero Naomi ya había doblado la esquina. Ahora que ya no podía ver adónde se dirigía, Sárta tendría que elucubrar. Con suerte, eso le daría unos segundos más. Solo necesitaba unos segundos más. Era lo único que

tenía. La esclusa de aire de la cubierta de la tripulación estaba cerrada. Activó el ciclo de apertura de la puerta interior y luego empezó a tirar de las taquillas. Puede que alguien se hubiese despistado y dejado alguna abierta. El metal rechinó y repiqueteó entre sus manos mientras ella no dejaba de tirar y tirar y tirar. ¿Habrían desconectado ya el conducto? ¿Habrían empezado a recogerlo? Le pareció lo más probable.

Se oyeron voces que venían del pasillo. Gritos de hombres y mujeres. Una de ellas era de Sárta. Otra, de Cyn. Sintió que empezaba a sollozar, pero lo ignoró. No podía fracasar. No. Esta vez no. Ahora no.

Se sobresaltó al no sentir el kit de descompresión en la cintura, pero se dio una palmada en el lugar en el que debería estar y comprobó que seguía ahí. Solo le hacía falta un traje. Probó en otra taquilla. Se le paró el corazón al ver que se abría. Había un traje de maniobras extravehiculares suspendido en las correas de plástico debido a la ingravidez. Extendió la mano para cogerlo.

Se detuvo.

«Sabrán que falta este traje —dijo una vocecilla en su cabeza—. Sabrán que te has escapado. Irán a por ti.»

Empezó a respirar cada vez más rápido y se le aceleró el pulso. Era un pensamiento que llevaba horas intentando evitar y que apareció en su mente como si fuese un viejo amigo.

«Son menos de cincuenta metros. No está lejos. Puedes hacerlo.»

Cerró la taquilla. La puerta interior de la esclusa terminó de abrirse. Se impulsó hacia ella y se obligó a jadear. A hiperoxigenar. No sabía si el mareo que sentía se debía al exceso de oxígeno o a una especie de vértigo existencial. Iba a hacerlo de verdad. Iba a quedarse a la deriva en el vacío. Apoyó las manos en la puerta exterior de la esclusa. Esperaba que estuviera fría, pero se sorprendió al comprobar que estaba a la misma temperatura que el resto de la nave.

Cincuenta metros a través del vacío. Puede que menos. A lo mejor llegaba a conseguirlo. No podía permitirse despresurizar. El tiempo que la esclusa iba a tardar en adecuarse al vacío del exterior era más del que se podía permitir. El aire tendría que salir de golpe. De tener presión a no tener nada en una fracción de segundo. Si contenía la respiración, seguro que le estallarían los pulmones. Tenía que vaciarse primero y dejar que el vacío penetrara en su cuerpo y le rodeara los órganos y el corazón. Pero sabía que, aunque lo consiguiese, iba a resultar herida.

Podía hacerlo.

Las voces estaban cada vez más cerca y se oían más nítidas. Alguien gritó:

—¡Encontrad a esa puta zorra!

Cyn pasó junto a las taquillas. Tenía los ojos abiertos como platos y Sárta iba detrás.

«Bien —pensó Naomi—. Perfecto. Veamos.»

El indicador pasó de verde a rojo bajo el pulgar de Naomi. Cyn se impulsó por la estancia con un grito mudo en los labios mientras la puerta interior empezaba a cerrarse. Pensó por un momento que el hombre no lo iba a conseguir, pero agarró el borde de la puerta con las manos y pasó. Ella intentó empujarlo para que no entrase, pero fue imposible evitarlo.

La puerta interior de la esclusa se cerró detrás de él, y se oyó el chasquido de los sellos magnéticos. Naomi estaba agarrada al asidero que había junto al panel de control y se preparó para que Cyn le diese un golpe. Una patada. Para que la agarrase por la garganta. La esclusa era tan pequeña que el hombre podía apoyar ambas manos en cada una de las puertas. Naomi no podía hacer nada por evitarlo si la atacaba, pero Cyn no hizo nada. Sárta no dejaba de gritar al otro lado de la puerta. Naomi pulsó el control de emergencia y aparecieron tres opciones: ABRIR PUERTA DE LA NAVE, ABRIR PUERTA EXTERIOR y REPETIR CICLO.

—Nudillos, *vous mach das nitch*. —Tenía las manos extendidas con las palmas hacia fuera, enormes y vacías—. *Bist gut. Bist gut alles*.

—¿Qué pasa? —preguntó Naomi, sorprendida por la pena que oyó en la voz del hombre—. ¿Por qué haces esto?

—Porque eres de los míos. Somos del Cinturón. Nacimos para flotar. Tú, yo. *Alles la*. —Sus ojos habían empezado a llenarse de lágrimas, y la falta de ingravidez hacía que la tensión superficial creara olas sobre sus iris—. Hemos llegado muy lejos, *vide... uns* la tierra prometida. Tenemos que ir todos juntos. *Du, ich und alles*.

—No me vas a salvar —dijo Naomi.

El grandullón se cruzó de brazos.

—Pues moriré intentándolo. Eres de los míos. Tenemos que cuidarnos los unos a los otros. Preocuparnos por nosotros. No me voy a quedar quieto mientras mueres. No.

Naomi ya debería haber empezado a jadear para tener más oxígeno en sangre. Ya debería estar flotando por el vacío. Vio a Cyn rotando junto a ella, en sentido horario y muy poco a poco, con los labios apretados y temiéndose que ella se negase, que se atreviese a creer que en aquel lugar nadie la quería, que allí tenía familia y que era una de ellos.

Alguien golpeó la puerta interior de la esclusa. Cada vez había más personas en el exterior y las voces se oían más. Naomi sabía que podía abrir la puerta, pero que si lo hacía ella también saldría del compartimento. El hombre ya podría haberla dejado inconsciente a golpes, pero había decidido no hacerlo. Naomi sintió que su corazón estaba entre la espada y la pared. No podía abrir la puerta, pero tenía que hacerlo. No podía matar a Cyn, pero tampoco podía salvarlo.

«Hagas lo que hagas en estos momentos —pensó—, será algo de lo que te arrepentirás durante toda tu vida.»

Pasaron los segundos.

Se oyó otra voz al otro lado de la esclusa. Era la de Filip. Naomi oyó que le decía que abriese la puerta a voz en grito. Sonaba desesperado.

¿Cómo se las apañaba para meterse en tantos líos?

—Sé fuerte —dijo Cyn—. Tienes que ser fuerte. Por Filipito.

—Muy bien —dijo ella.

Abrió mucho la boca como si bostezara para abrir al máximo la garganta y los tubos de Eustaquio. Cyn gritó mientras ella pulsaba ABRIR PUERTA EXTERIOR. El aire tiró de Naomi con fuerza, como si la esclusa hubiera empezado a vaciarse. La adrenalina fluyó por su cuerpo, y sintió cómo le recorría cada centímetro. El aire de sus pulmones salió al exterior e intentó llevarse sus órganos de paso. Cyn se agarró al marco de la esclusa para intentar mantenerse en el interior. Había dejado de rotar y de gritar.

Naomi tenía los pulmones vacíos. Nada de aire. No estaba conteniendo el aliento y solo sobrevivía gracias a lo que quedaba en el interior de su cuerpo. Una persona puede aguantar la respiración durante unos minutos, pero en el vacío y sin ayuda podía llegar a reducirse a unos quince segundos.

«Mil uno.»

Naomi avanzó poco a poco por la esclusa hasta que llegó a la puerta exterior y consiguió echar un vistazo. Vio el vacío, la gran cúpula de estrellas. La *Chetzemoka* resplandecía a la luz de un Sol más brillante que el que la Tierra había visto jamás. El conducto colgaba a la derecha, demasiado iluminado para mirarlo directamente, y habían recogido más de la mitad. Le empezaron a doler las costillas. Le dolían los ojos. El diafragma tiraba de sus entrañas, como si intentase inflar unos pulmones vacíos comprimidos hasta el tamaño de un puño. De haber tenido un traje de

maniobras extravehiculares, podría haber usado los propulsores, pero sin ellos solo tenía una oportunidad y ni un segundo que perder.

«Mil dos.»

Se impulsó.

Vio a Cyn con el rabillo del ojo durante un instante; era poco más que un borrón pálido. El Sol se encontraba bajo ella, enorme y refulgente. El calor de la radiación le golpeaba la cara y la garganta. La Vía Láctea se extendía y arqueaba por aquel cielo interminable. Sintió ansias por respirar, prueba de que el dióxido de carbono empezaba a acumularse en la sangre. La *Chetzemoka* crecía poco a poco.

«Mil cinco.»

Las sombras cubrían el flanco de la nave. Cada remache y protuberancia hendía la luz del Sol y creaba franjas de oscuridad. Vio que todo se desenrocaba a su alrededor a medida que sus globos oculares empezaban a deformarse. Las estrellas pasaron de ser puntos diamantinos a halos y luego a nubes, como si el universo entero empezase a disolverse. Pensaba que todo iba a estar en silencio, pero el sonido de sus pulsaciones era muy parecido al de alguien golpeando una cubierta con un martillo.

«Si muero aquí —pensó—, al menos será bonito. Es una forma maravillosa de morir. Mil ocho.»

El contorno de la *Chetzemoka* se volvió tan nítido que Naomi consiguió ver la esclusa de aire. No tenía botas magnéticas, por lo que tendría que agarrarse a los asideros con las manos desnudas. Ya estaba cerca. Casi había llegado. El mundo empezó a encogerse, y las luces empezaron a apagarse en su visión periférica a pesar de que la nave era cada vez más grande. Se iba a desmayar. Estaba a punto de desmayarse. Sacó el kit que llevaba en el cinturón y lo apretó para sacar la aguja, que se clavó con fuerza en la pierna.

«Mil diez.»

Sintió un frío que le recorría todo el cuerpo, pero su visión volvió a la normalidad a medida que la sangre hiperoxigenada se extendía por todos sus órganos. Era un poco de aire ahora que no tenía el lujo de poder respirar. El indicador de la esclusa de aire que estaba enclavado en el casco de la *Chetzemoka* parpadeó al recibir la llamada de emergencia, y se activó el ciclo de apertura. La nave se acercaba a toda velocidad. Iba a golpearse contra ella y no podía permitirse el lujo de rebotar. Extendió los brazos y los dedos y se preparó para cerrar la mano en cuanto tocasen algo. Había asideros en el casco exterior: algunos eran asideros propiamente dichos y otros los bultos de las antenas y las cámaras. Llegó con la misma energía con la que se había impulsado y se dio un fuerte golpe contra la nave. Lo sabía. Estaba lista. Consiguió aferrarse a un asidero. El impulso del cuerpo le tiró del hombro, pero consiguió sostenerse.

«Mil trece.»

Al otro lado del vacío, el conducto de abordaje estaba enganchado en la *Pella*. Los propulsores de maniobra se iluminaban por los flancos del navío de guerra, masa eyectada de agua supercalentada que resplandecía al salir al espacio. El cuerpo de Cyn, que seguro ya había perdido la consciencia, flotaba sin duda cerca, pero Naomi no consiguió verlo. El hombre ya estaría muerto, y al menos Sárta, Filip y quizá alguien más los había visto a ambos. Cyn y Naomi en la esclusa sin trajes antes de desaparecer. Lanzados al vacío. Muertos.

No, ella aún no había muerto. Tenía que seguir moviéndose. Su mente quedó paralizada durante una fracción de segundo. Naomi empezó a impulsarse con cuidado y centímetro a centímetro por el casco de la nave. Si lo hacía con demasiado ímpetu, no sería capaz de parar. Si lo hacía muy lento, no sería capaz de llegar a un lugar seguro antes de desmayarse. Solo podía

aspirar a calcular bien un punto intermedio.

«Mil... —Ya no sabía qué número tocaba—. ¿Quince?»

Su cuerpo al completo era una mezcla de dolor y un pánico visceral. Ya no distinguía las estrellas. La *Pella* era poco más que un borrón. La saliva de su boca había empezado a burbujear. A hervir. Oía un chirrido leve y muy agudo, una ilusión sonora en un lugar en el que no había sonido alguno.

«Han pasado muchas cosas —pensó, sin ser muy consciente de que era algo que le había dicho a otra persona hacía no mucho tiempo—. Incluso esto.»

Sintió que la paz se apoderaba de su cuerpo. Euforia. Mala señal.

Estaba cerca de la esclusa, a solo cinco metros. Luego cuatro. Volvió a notar un vahído, y la vista empezó a fallarle. Extendió el brazo para llegar hasta ella y se golpeó la muñeca con el marco. Lo intentó agarrar, tal y como había hecho Cyn. El impacto había aumentado su momento angular y la había hecho rotar, pero ahora se encontraba sobre la esclusa de aire. La puerta blanquecina se abrió bajo sus pies para luego pasar a estar sobre su cabeza. Una y otra vez. Una y otra vez. Extendió el brazo y vio que conseguía introducirlo en la nave, pero no consiguió tocar el marco. Fue incapaz de impulsarse hacia el interior. La *Pella* comenzaba a alejarse y a perder el color a medida que ella empezaba a quedar inconsciente. Qué cerca. Había estado muy cerca. Unos centímetros más y seguro que hubiese conseguido sobrevivir. Pero el espacio era un lugar inclemente, uno en el que la gente no dejaba de morir. Un chorro salió de los propulsores de maniobra de la *Pella*, como si asintiera con solemnidad.

Encogió las piernas sin pensar y empezó a rotar a más velocidad. Extendió una mano para quitarse la zapatilla que Sárta no le había arrebatado. Sentía algo raro en las manos, las notaba torpes, inútiles y dormidas. Cuando volvió a extender las piernas, la rotación volvió a la velocidad anterior. Intentó calcular el momento en el que agarrarse, pero la cabeza no le daba para más. Terminó viendo a la *Pella* al fondo de un pasillo oscuro y alargado, y justo en ese momento lanzó la zapatilla con todas las fuerzas que pudo sacar de su cuerpo magullado.

Masa eyectada. Se redujo la velocidad de rotación. Sus manos se internaron aún más en la esclusa. Flotaba hacia el interior. Se golpeó el talón con el marco de acero y sintió un dolor muy intenso pero distante. Volvió a notar un vahído. Le pareció ver el panel de control de la esclusa de aire y que las luces advertían de algo muy importante. No fue capaz de distinguir los colores ni los símbolos de la pantalla, ya que poco después perdió la consciencia.

La tos despertó a Naomi. Tenía la cara apoyada contra una cubierta. No sabía si era porque estaba muy débil o porque la nave en la que se encontraba había empezado a acelerar a toda velocidad. No veía muy bien la esclusa de aire en la que se encontraba. Volvió a toser, un sonido áspero y húmedo. Se imaginó que la sangre inundaba sus pulmones, pero el líquido que expulsó era transparente. Sus manos no se parecían en nada a unas manos normales. Tenía los dedos hinchados como salchichas, llenos de plasma y de fluidos. La piel le quemaba tanto que no podía tocarse, como si hubiera cogido demasiado sol. Le dolían las articulaciones desde los dedos de los pies hasta las vértebras del cuello. También la barriga, como si alguien le hubiese pegado más de veinte patadas seguidas.

Intentó respirar. Podía. Inhaló. Exhaló. Algo borboteó en sus pulmones, pero no era sangre. Se obligó a pensar que no era sangre. Rodó para ponerse bocarriba, encogió las piernas e intentó incorporarse. Volvió a caer al suelo de improviso. Estaban a más de un g. Imposible que estuviese tan débil. ¿O sí?

La *Chetzemoka* zumbaba bajo su cuerpo. Luego empezó a darse cuenta de que oía algunas palabras. Voces. Una voz. Sabía que no tenía sentido oírla, pero no era capaz de discernir la

razón. Se llevó las manos a la cara y sintió que un torbellino de emociones se apoderaba de ella: júbilo, pena, regocijo, rabia. Su cerebro aún no funcionaba lo suficiente como para relacionarlas a hechos concretos. Las sintió mientras esperaba, miraba a su alrededor e intentaba recuperar la compostura de su maltrecho cuerpo. Le empezaron a doler las manos y los pies; terminaciones nerviosas torturadas que no dejaban de gritarle a su cerebro. Las ignoró. El dolor no era más que dolor, al fin y al cabo. Había sobrevivido a cosas peores.

Lo volvió a intentar y, en esa ocasión, sí que consiguió ponerse en pie. Aún tenía clavado en la pierna el pequeño bulto negro que era el kit de descompresión. Se lo arrancó, lo levantó hasta ponerlo a la altura de los hombros y luego lo lanzó. Cayó a una velocidad que denotaba más o menos unos dos g. Bien. Sentirse así de mal a solo un g le hubiese preocupado mucho, aunque le dio la impresión de que debería preocuparse igualmente.

Activó el ciclo de apertura de la puerta interior y se arrastró hasta el vestuario cuando terminó de abrirse. Las taquillas estaban abiertas y había trajes de maniobras extravehiculares que colgaban de ellas o desperdigados por el suelo. Se habían llevado todas las botellas de oxígeno. Oyó una voz que le resultaba familiar. Se había dado cuenta de que era solo una voz y de que sus oídos parecían haber perdido la capacidad de distinguir los agudos, ya que solo oía una amalgama de graves. Le sonaba de algo. Recorrió la nave abandonada y se preguntó cuánto tiempo llevaría inconsciente y si había alguna manera de saber dónde estaba, hacia dónde se dirigía y a qué velocidad viajaba.

Llegó hasta un panel de control e intentó acceder al sistema de navegación, pero estaba bloqueado. También las comunicaciones, el diagnóstico de sistemas y las reparaciones. Apoyó la frente en el panel, más por cansancio que por desesperación. El contacto directo de su cráneo con la cerámica hizo cambiar el tono de la voz, como si el sonido se transfiriese por contacto, igual que ocurría cuando se juntaba dos cascos de un traje y se gritaba. Conocía esa voz. Y las palabras.

—Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Que alguien le diga a James Holden que estoy en peligro. Las comunicaciones no funcionan. No tengo control sobre la nave. Por favor, retransmitan este mensaje.

Volvió a toser aquel líquido transparente, escupió en la cubierta y volvió a reír. El mensaje era una mentira con la que Marco pretendía tenderle a Jim una trampa para matarlo.

Pero no dejaba de ser cierto.

Holden

ARNOLD MFUME, que no Alex, salió de la cubierta de la tripulación mientras aún se secaba el pelo. Cuando vio a Holden y a Foster, los dos capitanes, junto a la máquina de café, les dedicó un mohín.

—Se le ha hecho un poco tarde, señor Mfume —dijo Foster Sales.

—Sí, señor. Es lo que me acaba de decir Chava. Voy de camino.

—¿Quieres café? —preguntó Holden, que le tendió una burbuja de café recién hecho—. Con poca leche y sin azúcar. A lo mejor no lo tomas así, pero ya está listo.

—No diré que no —respondió Mfume con una sonrisilla nerviosa. Holden no reconoció su acento. Pronunciaba las vocales sin inflexión alguna y se comía algunas consonantes. Fuera de donde fuese, le pegaba.

Holden le dio la burbuja mientras Foster carraspeaba.

—Sabe que llegar tarde a su turno es una mala costumbre, ¿verdad?

—Sí, señor, lo sé. Lo siento. No volverá a ocurrir.

Poco después, Mfume empezó a subir por la escalerilla a más velocidad de lo que lo hubiese llevado el ascensor. Foster suspiró y negó con la cabeza.

—Ser joven está bien —dijo Foster—, pero hay algunos a los que se les da mejor que a otros.

Holden tocó la máquina para preparar otro café.

—A mí no me gustaría que la gente me juzgara por lo que hice cuando tenía veinte años. ¿Y tú? ¿Te preparo uno?

—La verdad es que soy más de té —dijo el otro capitán—. No sé si aquí es una opción.

—Pues creo que no he probado nunca.

—¿No?

—Es que siempre hay café.

La reunión matutina había empezado siendo poco más que una prueba. Entre la nueva tripulación y la incertidumbre que envolvía la nave, a Holden y a Foster Sales les había parecido buena idea que todos se conociesen un poco, compararan notas y se aseguraran de que todo estaba como tenía que estar. Foster se aseguró de tratar a la *Roci* con respeto, algo que le ponía las cosas muy fáciles a Holden. La nueva tripulación no era la suya y no se sentía cómodo, pero tampoco se habían puesto a rebuscar en las taquillas de la auténtica tripulación cuando nadie los estaba mirando. Su presencia se volvía más familiar día a día. Menos extraña.

Cada vez le resultaba menos raro llamar a ingeniería y que le respondiesen Kazantzakis o Ip. Encontrar a Sun-yi y a Gor con gafas de juego y disparándose en batallas simuladas (porque eran técnicos de armas y cada vez estaban más nerviosos por no poder dispararle a nadie) dejó de ser raro y empezó a parecerle más o menos adorable. Maura Patel pasaba sus turnos y su insomnio actualizando el sistema de mensajes láser. Holden sabía que era algo que Naomi tenía apuntado en su lista de proyectos, pero dejó que Maura lo hiciese. Lo cierto era que apreciaba la compañía después de pasar muchos días largos y demasiado tranquilos en el embarcadero durmiendo en su asiento y recorriendo una nave vacía. Puede que no fuese la gente que esperaba encontrar, pero al menos era gente. Tener invitados en su casa evitaba que cayese presa del miedo y la ansiedad. Siempre forzaba un gesto animoso al verlos, pero lo cierto era que cada vez se sentía más así.

—¿Algo más que deba tener en cuenta? —preguntó Foster.

—Solo que quiero saber al instante cualquier nueva información sobre la *Jabali* o la *Pella* —dijo Holden—. O si recibimos algún mensaje de la Tierra, de Amos Burton o de mi familia.

«Como si Amos no fuese mi familia.»

—Creo que ya se lo había dejado claro a la tripulación —dijo Foster con solemnidad, pero con cierto tono bromista. Lo más seguro era que Holden se lo hubiese dicho a todo el mundo varias veces.

La cafetera chirrió para anunciar que había terminado de preparar la burbuja de café recién hecho. Foster se acercó a la escalerilla y bajó hasta los tubos de los torpedos donde Kazantzakis se encontraba limpiando cosas que ya estaban limpias. Holden esperó unos pocos segundos y luego se dirigió a la escalerilla para subir al centro de operaciones. Chava bajaba por ella, se topó con Holden e hicieron el incómodo baile del «no, tú primero», antes de seguir su camino.

Fred estaba en el asiento de colisión que hacía las veces de su despacho. La escotilla que daba a la cabina estaba cerrada, pero Holden aún era capaz de oír el raï que escuchaba Mfume durante sus turnos en el asiento del piloto. Entre eso y el café, Holden estaba seguro de que no estaría durmiendo. Fred tenía puestos unos auriculares y no había oído llegar a Holden. La imagen de la pantalla le resultaba familiar. Marco Inaros, el autoproclamado líder de la Armada Libre y cara de la devastación que había asolado la Tierra. Y también el responsable de la muerte de Naomi si es que estaba muerta, algo que Holden pensó con cuidado por si le hacía mucho daño. Sintió que el estómago le daba un vuelco y luego desechó la idea. Pensar en Amos y Naomi era muy peligroso.

Fred se dio la vuelta con brusquedad, lo vio y se quitó los auriculares.

—Holden. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Acabo de llegar.

—Bien. No me gusta nada la idea de estar tan débil para no darme cuenta de que hay alguien en la misma habitación que yo. ¿Todo bien?

—¿Aparte de que estamos en mitad de un golpe de Estado a todo el sistema y que no sé dónde se encuentra mi tripulación? De puta madre. O sea, no puedo dormir y cuando lo hago solo tengo pesadillas, pero de puta madre.

—Vale, sí. Ha sido una pregunta estúpida. Lo siento.

Holden se sentó en el asiento de colisión que había junto a Fred y se inclinó hacia delante.

—¿Qué sabemos de ese tipo?

—¿De Inaros? —preguntó Fred—. Estaba en mi lista de sospechosos cuando impactaron las rocas. No el principal, pero sí entre los cinco primeros. Lidera un grupo escindido de cinturianos muy pobres. La clase de personas que viven en naves que tienen fugas y no dejan de quejarse de que los impuestos son un robo. He hablado con él una vez o dos, siempre para persuadirle de que no cometa una locura.

—¿Crees que es quien está detrás de todo?

Fred se reclinó en el asiento y los cardanes sisearon al moverse. Holden oyó la voz del hombre a través de los auriculares a pesar del raï de fondo.

—Comenzaremos de cero y crearemos una humanidad libre de la corrupción, el odio y la avaricia de los planetas interiores...

Fred gruñó y negó con la cabeza.

—No lo veo. Inaros es carismático y listo. Este comunicado de prensa sin duda deja claro que está al mando, pero hay algo que no encaja. Este tipo es un narcisista de primera y también un sádico. Nunca compartiría el liderazgo con nadie si pudiese evitarlo. Este nivel de organización y

de coordinación es demasiado para alguien así.

—¿Por qué?

Fred señaló la pantalla con la cabeza. La luz resplandeció en sus ojos, donde pequeñas copias de Inaros saludaban desde sus pupilas.

—Porque no me cuadra. Es el tipo de persona que tiene mucha influencia en círculos pequeños. Algo de esta envergadura no se le daría nada bien. Se le dan bien las tácticas de combate y los tiempos de los ataques dejan claro que quien estaba detrás era él. También se le da muy bien negociar. Pero...

—¿Pero?

—Pero no tiene una cabeza pensante de primera categoría, y esto es una operación de primera categoría. No se me ocurre una forma mejor de decirlo. Tengo la sospecha de que hay otra persona detrás aunque sea él quien está atribuyéndose el mérito.

—¿Qué hubieses dicho de él antes de lo de las rocas?

Fred no pudo evitar reír.

—Que era un incordio y un activista de poca monta. Sí, quizá sea impresión mía. No me gusta admitir que me la ha jugado alguien a quien solo se le da bien jactarse de que es una leyenda.

—¿Tienes alguna idea de lo que hacía Naomi en su nave? —Fred dejó de tener la mirada perdida entre pensamientos y se centró en Holden—. No me parece el mejor sitio en el que estar.

—¿La tienes tú?

—No, pero puedo especular. Naomi es cinturiana y, por lo que sé de ella, creció en el mismo ambiente que Inaros y su tripulación. Hay que dar por hecho que se conocían de antes y que seguro que tenían asuntos pendientes. Quizá estuviesen en el mismo bando, quizá fuesen enemigos o quizá ambas cosas. Pero sin duda se conocen.

Holden se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Por muy tranquilo que las dijese y por muy poco explícitas que fueran, sentía cada una de las palabras como un martillazo en el pecho. Tragó saliva.

—Holden, todo el mundo tiene un pasado. Naomi ya era adulta cuando la conociste. ¿Acaso creías que apareció por generación espontánea la primera vez que la viste?

—No, claro que no. Todos los que estábamos en la *Canterbury* teníamos nuestras razones para estar allí. Yo también. Es solo que creía que me lo hubiese contado de tratarse de algo tan importante como formar parte de una cábala cuyo objetivo era destruir la Tierra.

—¿Le preguntaste?

—No, pero ella sabía que estaba interesado. Sabía que podía contarme cualquier cosa. Como no lo hizo, lo dejé estar.

—¿Y ahora estás enfadado porque no lo hizo? ¿En qué quedamos? ¿Por qué crees que ahora tienes derecho a saber cosas que antes no?

El raí de la cabina dejó de oírse, y el silencio se apoderó del centro de mando. En la pantalla de Fred, el vídeo había dado paso a un círculo dividido que desapareció en un fondo blanco.

—Porque a lo mejor soy una persona horrible —respondió Holden—. Una que solo quiere saber por qué ha perdido a Naomi.

—Bueno, vamos a intentar que todo salga bien y se lo puedes preguntar tú mismo —dijo Fred. Volvió a oírse música en la cabina, y Fred miró la escotilla y frunció el ceño—. Si te sirve de consuelo, creo que podemos conseguirlo. No creo que ese tipo tarde mucho en querer negociar.

—¿No? —dijo Holden. Era un tenue rayo de esperanza, pero se dejó llevar.

—No. Es cierto que se nos ha adelantado a nivel táctico, pero ahora tiene que consolidar y mantener su poder. Eso no tiene nada que ver con la táctica. Es más bien estrategia, y no lo veo

capaz de hacer algo así.

—Yo sí.

Fred agitó una mano, como si las palabras de Holden fuesen humo e intentara despejar el ambiente.

—Es un plan cortoplacista. Está claro que ahora le va bien y lo más seguro es que siga así durante un tiempo. Pero está en mitad del camino que lleva a las puertas. Lo hace para evitar que la gente salga y forme colonias, pero eso es inevitable. Smith no pudo impedir que Marte se despoblara. Avasarala tampoco pudo hacer nada para detenerlo, y sabemos muy bien que lo intentó. Marco Inaros cree que puede hacerlo por la fuerza, pero no creo que funcione. No durante mucho tiempo al menos. Y no sabe nada de fragilidad.

—¿Te refieres a la Tierra?

—Sí —aseguró Fred—. Es lo malo de ser cinturiano. He visto cómo ocurre una y otra vez durante las últimas décadas. Tienen fe en la tecnología, en la idea de conseguir mantener un ecosistema artificial. Podemos cultivar en Ganímedes, por lo que creen que la humanidad ha conseguido liberarse de las ataduras que supone la Tierra. No piensan en el duro trabajo que hay detrás de esos cultivos: en los espejos que se usan para concentrar la luz solar ni en las modificaciones genéticas que se han hecho a las plantas. Tampoco en el proceso necesario para aprender a crear suelo cultivable a partir de sustrato y hongos con luces de amplio espectro. Tampoco le dan muchas vueltas a las complejidades de la vida en la Tierra. Y ahora que han aparecido esos mundos... Bueno, no creo que tenga nada que enseñarte sobre lo inhóspitos que son. Cuando todo el mundo se dé cuenta de que Marco está equivocado...

—Pero no se equivoca —aseguró Holden—. Bueno, está claro que no ha pensado mucho en la parte ecológica, pero no se equivoca con el Cinturón. Mira toda la gente que ha hecho las maletas para marcharse hacia los anillos. Ilo, Nueva Terra o comoquiera que se llame es un planeta terrible, atroz, pero hay gente que vive en él. Mira todas esas naves coloniales que se han marchado de Marte para intentar terraformar lugares que ya tienen aire y magnetosfera. En esas tripulaciones hay gente muy inteligente. Tienes razón en afirmar que el hecho de que la gente quiera marcharse a esos nuevos sistemas creará más tensiones de las que ese tipo espera. Eso solo quiere decir que quizá está condenado, pero no que se equivoque. Lo que tenemos que conseguir es que se equivoque.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó Fred—. Lo que yo intentaba hacer con la estación Medina habría...

—Habría conseguido mejorar la situación de los que viven en la estación Medina. Pero ¿y los prospectores de asteroides? ¿Los cargueros de agua? ¿La gente que casi no tienen para sobrevivir? Esas personas son el objetivo de Marco, y tiene razón porque nadie más las tiene en cuenta. Ni siquiera tú. Creen que en el futuro nadie los va a necesitar. Todo lo que hacen sería más sencillo en un pozo de gravedad al que ellos nunca podrán descender. Tenemos que crear un futuro en el que haya un lugar para ellos, porque a menos que lo hagamos esa gente no tiene nada que perder, literalmente. Ya lo han perdido todo.

El sistema emitió un sonido y se oyó la voz de Maura por los altavoces.

—Capitán Holden, señor.

—Diga —dijo Holden, que seguía mirando el ceño fruncido y rabioso de Fred—. ¿No se supone que debería estar descansando, señora Patel?

—Y lo estaba, pero no podía dormir, así que me ha dado por realizar un diagnóstico. El capitán Sales me dijo que quería que le informase de cualquier cambio referente a la *Jabalí* y sus perseguidores. ¿No es así?

Holden empezó a notar el sabor metálico del miedo en el paladar.

—¿Qué ha pasado?

—Nos han llegado informes que indican que las naves de la Armada Libre se han retirado, señor. Las fuerzas de la ONU aún se encuentran a medio día de camino, pero los navíos de la Armada Libre parecen tener la intención de evitar cualquier confrontación a gran escala.

—¿Y la *Pella*? —preguntó Holden.

—Con la flota de la Armada Libre, señor, pero cuando cambiaron de rumbo, una nave civil se separó de ellos y viró hacia otro lado. Tiene un montón de inercia, pero a no ser que cambie su patrón de aceleración, su ruta la dejará a menos de un millón de *klicks* de nosotros.

—Eso no ha sido fortuito —dijo Fred.

—No lo es, señor —convino Maura—. La nave está registrada como la *Chetzemoka* y transmite un mensaje en bucle. El siguiente.

A Holden le dolían tanto los puños que tuvo que obligarse a relajar las manos. La voz de Naomi se oyó por todo el centro de mando, y se sintió como si alguien le hubiese dado un vaso de agua justo cuando estaba a punto de desmayarse por la deshidratación. Holden disfrutó del mensaje a pesar de lo funesto que era. Cuando terminó, se dejó caer en su asiento como un trapo. Naomi estaba en apuros, pero era un problema que podían solucionar. Iba directo hacia él.

—Gracias, señora Patel —dijo Holden—. Puede quedarse todas mis cosas como agradecimiento. Ahora mismo, todo me da igual.

—¿La cafetera también, señor?

—Casi todas mis cosas.

Fred habló con voz impertérrita y brusca. Estaba preocupado.

—Señora Patel, ¿hay alguna nave del equipo de asistencia en los alrededores?

—Los datos de los transpondedores no muestran ninguna, señor. El tráfico de los planetas interiores ha quedado casi suspendido. Órdenes de la ONU.

Holden rodó a un lado y solicitó una llamada con Mfume. La música salió a todo volumen por los altavoces. Al mezclarse con los sonidos de la cubierta, hizo que el centro de operaciones pareciese mayor de lo que era.

—¡Mfume! —gritó Holden, que unos segundos después repitió—: ¡Señor Mfume!

Bajó el volumen de la música, pero no la apagó.

—¿Sí, señor?

—Necesito que compruebe el rumbo de la *Chetzemoka*. Calcule cuánto nos costaría ajustarnos a su órbita.

—¿Qué nave? —preguntó Mfume.

—La *Chetzemoka* —repitió Holden—. Mire los canales de noticias, seguro que sale ahí. Cuénteme lo que descubre tan pronto como sea posible. Cuanto antes, mejor.

—Me pongo a ello —dijo Mfume, y la música dejó de oírse tanto en la consola como a través de la escotilla. Holden respiró hondo dos veces y luego rio. El alivio no era solo una emoción, era demasiado tangible e intenso como para ser solo eso. Era algo físico, una droga invisible que le recorría el flujo sanguíneo. Empezó a reír, pero el jolgorio terminó por convertirse en un gemido similar al del dolor, o al de las consecuencias del dolor.

Fred chasqueó la lengua contra los dientes.

—¿Qué harías si te dijera que no quiero acercarme a esa nave?

—Te respondería que puedo dejaros a ti y a tus amigos donde sea antes de llegar a ella —respondió Holden—. Porque vamos hacia ella, a menos que hayas decidido darte a la piratería y vayas a tirarme por la esclusa de aire.

—Justo lo que pensaba —dijo Fred—. ¿Te parece si al menos nos acercamos con cuidado?

Holden sintió que una pequeña burbuja de rabia se creaba en su interior. Quería gritarle a Fred, castigarlo por haber mancillado aquel momento con sus dudas. Con la posibilidad de que fuese una trampa y no el regreso a casa de Naomi, al fin. Holden intentó ignorar el esplendoroso alivio y la ira que sentía.

—Claro —dijo—. Tienes razón. Podría ser una trampa.

—Puede que no —aseguró Fred—. Espero que no lo sea, pero...

—Pero vivimos tiempos interesantes —apuntilló Holden—. No pasa nada. Lo entiendo. Tendremos cuidado. Pero si es ella, tiene problemas, así que es mi prioridad. No pienso cambiar de opinión.

—Lo sé —aseguró Fred, cuyo tono en realidad parecía decir: «Lo sé. Y todo el que te conozca lo más mínimo también lo sabe. Por eso deberías tener cuidado».

Holden se volvió hacia el monitor y abrió los datos de navegación. Mientras los miraba, Mfume añadió los datos del rumbo que deberían seguir para llegar hasta donde se encontraba Naomi. O quienquiera que se encontrase en el interior de esa nave. La semilla de la duda que Fred le había plantado en el interior había empezado a germinar. No sabía si felicitarlo u ofenderse. Holden se fijó en las distancias y en las respectivas velocidades de las naves. Iba a ser complicado. Naomi avanzaba a gran velocidad en dirección a la Tierra, casi en dirección contraria a ellos. Si no era una trampa y Naomi estaba en apuros, aún cabía la posibilidad de que llegasen tarde. A lo mejor las fuerzas de la ONU podían ayudar, pero la *Chetzemoka* ya empezaba a alejarse demasiado de su plan de vuelo.

Holden aún tenía un as en la manga. Cambió al panel de comunicaciones y empezó a grabar un mensaje:

—Alex, como estás cerca y te fue tan bien la última vez que te pedí que investigaras una nave misteriosa, me preguntaba si estarías interesado en desviarte un poco.

Alex

NO SABER qué estaba pasando era lo peor. Los canales de noticias estaban llenos de información, pero era poca la que concordaba. Se decía que en la Tierra habían muerto cuatro mil millones de personas. O siete mil. Que la ceniza y el vapor que habían convertido a aquella canica azul en una grisácea empezaban a remitir, mucho antes de lo que decían las predicciones. O que pasarían años antes de que se viese la luz del sol y el cielo azul en la superficie de la Tierra. Que aquello podía ser el comienzo de un resurgir de la flora y la fauna debido al fin de la humanidad o la afrenta definitiva que destrozaría un ecosistema siempre sobrecargado.

Que habían capturado tres naves más que iban de camino a la puerta anular, y las habían hecho volver o abordado para tirar al vacío a la tripulación. O siete naves. O solo una. Que el anuncio de que los navíos de la Armada Libre podrían atracar en la estación Ceres era una provocación, una prueba de que la APE estaba unificada o la prueba de que la administración del lugar había cedido al miedo. Las naves de todo el sistema habían empezado a apagar los transpondedores, y los sistemas que en el pasado se encargaban de hacer un seguimiento visual gracias a los penachos de los motores habían empezado a desempolvase y a reprogramarse en lenguajes informáticos que los sistemas actuales fueran capaces de comprender. Alex se dijo que era algo temporal y que en unos cuantos meses, quizá en un año, todo el mundo volvería a usar los transpondedores. Que la Tierra volvería a ser el centro de la cultura y la civilización de la humanidad. Que volvería a estar en la *Roci* con Holden, Naomi y Amos.

Era lo que se decía a sí mismo, pero cada vez le costaba más creerlo. No saber qué estaba pasando era lo peor. Lo segundo peor era ser perseguido por un puñado de navíos de guerra último modelo que querían acabar contigo.

En la pantalla, uno de los misiles que hacía las veces de escolta pasó de verde a ámbar y luego a un rojo resplandeciente.

—Mierda —dijo Bobbie—. Hemos perdido uno.

—No pasa nada. Hay muchos más.

En las últimas horas, la *Pella* y su flotilla habían tenido la brillante idea de coordinar sus láseres de comunicaciones para apuntar a un misil en concreto y luego aumentar la energía hasta sobrecalentarlos. Por suerte, los misiles quedaban inertes y se dieron cuenta de la estrategia del enemigo antes de que una enorme reacción en cadena los dejase sin defensas. Consiguieron atar cabos y descubrir qué ocurría cuando solo habían perdido cuatro misiles, media hora después. Bobbie consiguió usar los sistemas anticuados e insuficientes de la *Jabalí* para crear un patrón de movimientos escalonados en la formación de los misiles y así evitar que ninguno de ellos estuviese en la línea de visión de las naves enemigas durante poco más que unos segundos. Al verlos a través de las cámaras, Alex recordó los documentales de la fauna abisal de la Tierra, grandes bancos de peces que se agitaban pero que nunca llegaban a separarse. Pero sabía que en realidad eran los pocos misiles que les quedaban.

El primer ministro no había salido del compartimento desde que había visto las declaraciones de la Armada Libre, y se había dedicado a enviar cientos de mensajes láser en los que parecía usar siempre el mismo tono cargado de rabia. Alex no había sido capaz de entenderle, y también se obligó a no escuchar por si alguien lo interrogaba más adelante. Pero las palabras «no está confirmado», «es un fracaso terrible» y «aún estamos investigando» se repitieron tantas

veces que comenzó a reconocerlas, como si empezase a entender la letra de una canción a base de oírla muchas veces.

La pantalla mostraba un mapa a gran escala del Sistema Solar en el que destacaban los elementos más importantes para él en aquel momento: la *Jabalí*, la escolta militar de la ONU que aceleraba para encontrarse con ellos, la *Pella* y su flotilla, la estación Tycho, Marte, la Tierra y la Luna; y un pequeño recuadro en el que se apreciaba el diagnóstico de los sistemas internos de la *Jabalí*. La pequeña pinaza no estaba preparada para un viaje interplanetario, y teniendo en cuenta la distancia a la que se encontraban la Tierra y Marte iban a llegar muy justos. El reactor tenía bolas de combustible suficientes para acelerar durante meses, pero cuando se quedasen sin masa eyectada no les iba a servir de mucho. Por el momento, todo iba según lo previsto. También le consolaba el hecho de saber que si llegaba a ocurrir algo así, alguien podría echarles un cable para remolcarlos. Ser rescatado por unos profesionales era una opción que nunca había dejado de tener en cuenta.

El sistema de navegación envió un aviso de alerta en la pantalla. Alex lo abrió.

—¿Qué es? —preguntó Bobbie.

—La *Pella* y su pequeña amiguita han vuelto a desactivar los motores —respondió Alex—. Y... ¡Anda! Creo que... Algunas de las naves han empezado a retirarse. ¡Se marchan!

Bobbie gritó de alegría y Smith dejó lo que estaba haciendo atrás para ver qué ocurría. Cuando Alex terminó de explicarlo todo, la *Pella* había vuelto a encender el motor y virado para seguir al resto. No había sido un giro brusco con acelerón, sino una especie de derrape con el que habían conseguido mantener algo de la inercia al tiempo que fijaban rumbo hacia el Cinturón y también hacia el sistema joviano, millones de kilómetros arriba, millones de kilómetros abajo. La *Chetzemoka* partió en dirección opuesta. Fuera cual fuese el objetivo de la *Pella*, iban a dejar marchar a la *Jabalí*.

Una tensión de la que Alex no había sido consciente hasta ese momento empezó a desaparecer gracias a los gritos de júbilo y las risas de Bobbie. La escolta de la ONU se puso en contacto con ellos. Las fulguraciones solares quedaban lejos de su ruta. Los disipadores de calor de la *Jabalí* mantenían a raya el calor de la radiación. Alex consiguió relajarse.

Una sensación que no le duró ni media hora.

—Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Que alguien le diga a James Holden que estoy en peligro. Las comunicaciones no funcionan. No tengo control sobre la nave. Por favor, retransmitan este mensaje...

Y cuarenta minutos después:

—Alex, como estás cerca y te fue tan bien la última vez que te pedí que investigaras una nave misteriosa, me preguntaba si estarías interesado en desviarte un poco. Le he dicho a mi piloto provisional que busque una ruta para acelerar al máximo y llegar hasta Naomi, pero tú estás más cerca y vas casi en la misma dirección. Existe la posibilidad de que sea una trampa de los tipos malos, así que no bajes la guardia. Pero si es Naomi, asegúrate de que aún respira hasta que llegue yo. Responde en cuanto puedas.

Alex apretaba tanto los dientes que habían empezado a dolerle. Ya sabía lo que iba a decir Bobbie, así que en lugar de hablar con ella empezó a introducir datos en el sistema de navegación para comprobar cuáles eran sus opciones teniendo en cuenta la velocidad a la que querían ir y el combustible que les quedaba; y también para ver qué decía la telemetría de la navecita y el convoy del que acababa de separarse. Había configurado las pantallas de pared para que se viese el exterior, por lo que fue capaz de ver el penacho del motor de la nave cuando levantó la cabeza de los datos. También abrió un canal de audio para reproducirlo en el interior de la *Jabalí*.

—Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita...

Sintió un aura de desaprobación detrás de él. Al principio Bobbie no dijo nada, no soltó un gruñido ni emitió el más mínimo ruido. Pero Alex sabía lo que estaba pensando, y cuando la oyó hablar se sintió aliviado de que al fin se desahogara.

—¿Qué hace, marinero? —preguntó Bobbie.

—Averiguar cuál es la mejor manera de rescatar a Naomi.

—¿Se puede saber por qué lo hacemos?

—Porque vamos a rescatar a Naomi.

—Estábamos a punto de hacer la parte del giro brusco de la técnica de giro brusco con acelerón. Cualquier cambio de ruta que hagamos ahora consumirá mucho combustible.

Alex se limitó a señalar la pantalla sin mirar atrás.

—Nos ha llegado una llamada de emergencia y la hemos registrado. Estamos obligados a ayudar.

—No —dijo Bobbie.

—Son las reglas.

—No me vengas ahora con que son las reglas. Tenemos una misión. A mí me gusta tan poco como a ti, pero debemos cumplir con nuestro deber. Tenemos órdenes.

A Alex le dolieron aún más los dientes. Intentó bostezar para relajar la presión, pero no funcionó. Giró el asiento de colisión para encarar a Bobbie. Se había quitado el casco y tenía el pelo recogido en una cola de caballo muy tirante y funcional que le empequeñecía la cabeza. Los puños de la servoarmadura aún seguían enclavados a cada lado de la nave. Bobbie podía enfrentarse a Alex y hacerse con el control de la pinaza si quería. Además, el piloto tenía que tener en cuenta que estaba incrustada en el compartimento y que lo más seguro era que no resistiera un acelerón muy brusco sin soltarse.

—Es cierto —dijo—. Tenemos órdenes. Las tuyas son de Nate y de Avasarala, y respeto que pretendas cumplirlas, pero yo tengo órdenes de mi capitán y mi objetivo está por allí y se aleja cada vez más.

—No estás siendo racional —dijo Bobbie—. Tienes que tener en cuenta los riesgos, Alex, porque es muy arriesgado hacer lo que dices. Si ganamos, conseguiremos rescatar a Naomi Nagata. Pero si perdemos, el líder de una de las organizaciones políticas más importantes de la especie humana morirá en un momento en el que la unidad y el liderazgo tienen una importancia crítica. No, mira, sé en qué estás pensando. Yo también lo he hecho, aunque con otra gente. Naomi es de los tuyos. Para ti es como de la familia y no te vas a arriesgar, y menos aún sacrificarla por un bien mayor que no sabes con seguridad que llegará. ¿No es así?

Alex apretó los labios durante un instante.

—Así es.

—Lo entiendo —dijo Bobbie—. De verdad. Tuve que entrenar mucho para llegar a comprenderlo. Seguro que a ti también te entrenaron así. Da igual que estemos o no en servicio activo. Servimos a Marte porque hicimos un juramento. No tendríamos que haber hecho ese juramento si hacer lo correcto fuese lo mismo que hacer lo más sencillo. Tenemos al primer ministro de Marte en esta nave. Y una escolta militar viene hacia nosotros para conseguir que llegue a salvo a la Luna.

—Y el enemigo está ahí fuera —dijo Alex, que odió las palabras nada más pronunciarlas—. Es una trampa, ¿no?

—Eso no lo sé —aseguró Bobbie—. Podría ser. Dejar a alguien maltrecho y activar los transmisores es una jugada muy sucia, pero tampoco espero menos de esos cabrones.

—No sé por qué dices que ir detrás de ella es más peligroso que mantener nuestra ruta actual —dijo Alex—. Si nos están apuntando con un cañón de riel, podrían agujerearnos tanto aquí como allí.

—Es un caballo de Troya —dijo Bobbie—. Esa nave podría estar llena de soldados, y si la abordamos estos misiles que nos rodean no servirán para nada. Y si es la *Rocinante* la que lo hace, acabarán con Fred Johnson.

—Las posibilidades de que...

—No pienses en las posibilidades —dijo—. Piensa en los riesgos. Piensa en lo mucho que perderíamos si nos arriesgamos y sale mal.

Alex se sintió embotado, como si estuviese empezando a ponerse enfermo. Se dio la vuelta para mirar el panel de navegación. La distancia entre la *Jabalí* y la *Chetzemoka* incrementaba a cada segundo. Respiró hondo y soltó el aire. Volvió a oír la tenue voz de Naomi por los altavoces:

—Que alguien le diga a James Holden que estoy en peligro. Las comunicaciones no funcionan. No tengo control...

Desde el compartimento trasero, surgió una voz suave, amable y coloquial.

—Ha sido un análisis interesante, pero incompleto.

Nathan Smith se encontraba en el umbral de la puerta. Tenía el pelo grasiento y desaliñado, y parecía haberse quedado dormido con la ropa puesta. Tenía los ojos inyectados en sangre, con los bordes rojos e inflamados. A Alex le dio la impresión de que el hombre había envejecido una década desde que habían despegado. El primer ministro se turnó para sonreír a ambos.

—Señor —dijo Bobbie.

—Se ha olvidado de algo, sargenta. De lo que perdemos si no lo intentamos.

—La razón por la que lo hacemos —explicó Alex—, la verdadera razón por la que lo hacemos es que hay una posibilidad, una muy grande en mi opinión, de que Naomi haya conseguido escapar. Es posible que esté ahí fuera y que necesite ayuda. Una ayuda que ha pedido. Y ya sabemos cuáles son las normas: tenemos que ir y ayudarla. Aunque no fuese alguien que conociésemos, aunque esa voz fuera de otra persona. Son las normas, porque cuando estamos ahí fuera, tenemos que ayudarnos. Y si dejamos de hacerlo porque nos creemos más importantes o porque con nosotros no se aplican las normas, todo parecería indicar que hemos dejado de ser los buenos.

Smith le dedicó una amplia sonrisa.

—Eso ha sido muy bonito, señor Kamal. Yo pensaba decirle a Chrisjen Avasarala que habíamos abandonado a un testigo clave de lo ocurrido en la *Pella*, pero creo que me gusta más su versión. Cambie de ruta y avise a la ONU de nuestro nuevo plan.

—Sí, señor —dijo Alex. Se volvió hacia Bobbie cuando se cerró la puerta del compartimento—. Lo siento.

—No lo sientas —dijo Bobbie—. Yo también quiero salvarla.

—¿Y si resulta que esa nave está llena de soldados?

—Pues iré a dar un paseo con la armadura —respondió Bobbie—. Tampoco es que me vaya a quejar.

Alex tardó unos pocos minutos en encontrar una ruta de intercepción óptima y envió el plan de vuelo a las naves de escolta de la ONU. Luego grabó un mensaje láser para Holden:

—¿Qué pasa, capi? Estamos de camino, pero vamos a tener cuidado. Nos acercaremos, echaremos un buen vistazo y, si vemos algo sospechoso, no la abordaremos. Por cierto, dile a ese piloto que tienes ahí que el que llegue primero invita al otro a una cerveza.

Naomi

ESTAR a un g constante podía llegar a ser incómodo para ella, por lo que la presión de dos g era una tortura muy lenta para su cuerpo. Empezó como un dolor intenso en las rodillas y en las lumbares, que luego se convirtió en uno muy agudo, como si le estuviesen clavando agujas en las articulaciones. Naomi revisó la *Chetzemoka* por fases: comprobaba una cubierta, se tumbaba hasta que remitía el dolor y luego iba a por la siguiente. Le dolían las manos y los pies a pesar de que ya no los tenía tan hinchados. No había dejado de toser, pero al menos su respiración no empeoraba.

La primera decepción con la que se topó fue comprobar que alguien había bloqueado los controles. Intentó varias contraseñas: ArmadaLibre, Marcoesgenial o Filip, pero aunque acertara no había razón para pensar que habían desconectado los sensores biométricos.

Las puertas de las taquillas de la esclusa de aire colgaban abiertas y vacías. Los tres trajes de maniobras extravehiculares que quedaban en ellas no tenían baterías ni botellas de oxígeno. No había raciones de emergencia. Esperaba que se hubiesen llevado las cajas de herramientas del taller, pero además de eso también se habían llevado los estantes en donde se almacenaban, los cajones de los muebles y los leds de las paredes. Los asientos de colisión estaban rajados, y todo el gel y el relleno estaba amontonado a un lado en la cubierta junto a ellos. Tampoco había ni rastro del sistema de inyección de drogas ni de los suministros. La única agua que quedaba era la de los propulsores, que se usaba como masa eyectada para impulsar la nave. La única comida que había era la que habían tirado en los recicladores, y aún no se había procesado para convertirse en algo comestible. El ambiente aún estaba cargado con el aroma de los equipos de soldadura, por lo que era probable que el reciclador de aire no tuviese filtros.

Naomi se tumbó en la cubierta, apoyó la cabeza sobre las manos y cerró los ojos. La nave había sido fabricada para un solo uso, a sabiendas de que acabaría como un siniestro total. Había empezado su vida útil siendo un cacharro de usar y tirar, y la habían saqueado para dejarla aún peor. Se habían llevado hasta los paneles y los monitores. La verdad es que había sido un regalo muy cutre para Filip. La cubierta se agitó bajo ella, y la vibración de la aceleración originó un traqueteo que ningún sistema intentó sofocar. Respirar le costaba más de lo habitual entre los g que había en la nave y el líquido de sus pulmones debido al paseo por el vacío.

Esa nave no era una nave. Tenía que dejar de verla así. Era una bomba. Era lo mismo que le había hecho a la *Agustín Gamarra* hacía años, aquel yugo que había sido incapaz de olvidar. Jim sabía el tipo de personas que acababan en los cargueros de hielo como la *Canterbury*. En una ocasión había dicho que todo el mundo tenía razones para estar en una nave así. También había razones para que hubiesen vaciado y convertido en una bomba la nave que Naomi le había intentado dar a su hijo. La nave podía matarla no solo a ella, sino a cualquiera que se acercase a ella. Había razones, sí. Tenía que intentar desactivarla, acabar con la amenaza y luego tomar medidas. Llevarla a Ceres, donde había empezado todo. Seguro que podía encontrar algo para hacerlo en el taller. Siempre había cosas útiles en los talleres.

Extendió las manos, pero vio que no eran manos. Estaba soñando. Se obligó a abrir los ojos y rodó para ponerse bocarriba con un gemido de agotamiento.

Muy bien. Si dejaba de moverse se iba a quedar dormida. Era bueno saberlo. Se incorporó y apoyó la cabeza contra la pared.

«Ya dormirás después. Cuando estés muerta. O mejor aún, cuando estés a salvo.»

Sonrió para sí. Le parecía un buen plan. Tendría que probarlo, por hacer algo diferente. Cerró las manos y le dolieron todas las articulaciones, pero consiguió mover mejor los dedos después de abrirlas. Seguro que eso podía considerarse una metáfora de algo.

Tenía que fijar prioridades. No contaba con muchos recursos. Si se centraba en lo primero que se le ocurriese, terminaría por quedarse agotada sin conseguir terminar lo más importante. Tenía que hacerse con comida y agua y asegurarse de que el suministro de aire era fiable. Tenía que advertir a cualquiera que fuese a salvarla que acercarse era peligroso. Necesitaba desactivar la trampa. Quizá pudiese desactivar el núcleo o reemplazar los controladores con una copia que no tuviera su código malicioso.

Y tenía que hacerlo todo antes de que la nave explotase. A dos g. Sin herramientas ni acceso a los controles. ¿Seguro? Tener acceso a los controles podía llegar a ser complicado, pero seguro que podía improvisar alguna herramienta. Los trajes de maniobras extravehiculares no tenían energía ni botellas de oxígeno, pero sí sellos y refuerzos. Podía arrancar la tela y hacerse con varios tramos de cable. Quizá algo lo suficientemente sólido con lo que cortar. Y también podía usar los cierres de los cascos como tenazas o cepos. No estaba segura.

Pero ¿para qué podía usar herramientas así?

—Es más de lo que tienes ahora —dijo en voz alta. Su voz resonó en el vacío del lugar.

Muy bien. Ese sería el primer paso. Segundo paso: desactivar el núcleo. O avisar a quienquiera que se acercara. Se levantó y se arrastró hacia las taquillas.

Cinco horas después, Naomi se encontraba en la pequeña y desolada cubierta de ingeniería sellando la escotilla a mano. Había destripado dos de los trajes de maniobras extravehiculares y obtenido de ellos lo poco que tenían que ofrecer: una pequeña e incompleta caja de herramientas. Había fracasado con los controles de la nave. Podía quedarse quieta como una rata encerrada o dejarse de intermediarios y meterle mano directamente a la maquinaria, al menos a parte de ella.

El espacio entre los cascos estaba despresurizado, y Naomi no creía que el casco exterior estuviese del todo sellado. El único traje que quedaba podía albergar unos cinco minutos de aire sin botella de repuesto y podía configurar la radio en modo pasivo para oír el tenue eco de su voz emitiendo aquel mensaje falso con la carga residual de los cables.

Se habían llevado la cerradura que debería haber atrancado la puerta de la zona de mantenimiento, pero aún podía convertir la cubierta de ingeniería en una esclusa de aire improvisada. Cerrar la escotilla al resto de la nave y forzar el panel de acceso para llegar hasta el espacio que había entre los cascos. Calculó que tardaría dos minutos en encontrar algo de utilidad: un repetidor que podía sabotear para forzar la desconexión del motor, el cableado del sistema de comunicaciones o una consola desprotegida conectada a los sistemas. Y otros dos minutos para salir de allí. Tardaría otros treinta segundos en cerrar y sellar la entrada a la zona de mantenimiento y llenar de aire la escotilla de ingeniería. La operación le iba a hacer perder mucho del aire que había en la nave, pero no tenía pensado perder más.

Se puso el casco, comprobó los sellos y luego abrió el panel de acceso. Al principio se le resistió un poco, pero no tardó en forzarlo. Sintió que una ráfaga de aire se escapaba a su alrededor, pero casi seguro que era su imaginación jugándole una mala pasada. Ya habían pasado veinte segundos. Reptó hacia el vacío entre los cascos, donde la oscuridad era tal que le dio la impresión de que había cerrado los ojos sin querer. Tocó los controles del traje, pero no se encendió luz alguna.

Volvió a salir, cerró el panel de acceso, abrió la escotilla y se quitó el casco.

—Luz —dijo a la nada—. Voy a necesitar algo de luz.

El monitor colgaba de unos cables, y en la pantalla había una solicitud de contraseña. Se encontraba justo después del panel de acceso y llenaba el espacio entre los cascos con una luz tan tenue que Naomi no veía los colores que la rodeaban. Las sombras de los montantes y los postes sumían el lugar aún más en las tinieblas y también lo llenaban de formas que no tenían sentido. Le quedaban cuarenta y cinco segundos antes de tener que salir de ahí. Era la quinta vez que intentaba quitarle el revestimiento a los cables. En las naves de verdad solían estar en el interior de conductos, pero en aquella barcaza todo el cableado se había fijado directamente al casco con una capa de epóxido amarillo. Por una parte, había tenido mucha suerte, pero por otra le aterrorizaba haber puesto su vida en manos de una nave así. De haber inspeccionado los cascos antes de marcharse de Ceres, habría dormido con traje de aislamiento durante todo el viaje hasta la *Pella*.

Consiguió quitar el revestimiento. Treinta segundos. Arrancó un tramo de cable y provocó un cortocircuito. Saltó un chispazo, y el mundo se sacudió. Una luz que se encontraba al fondo, quizá a unos cuatro metros de distancia, se volvió ámbar, y Naomi empezó a caer hacia un lado. Gracias a esa iluminación adicional, consiguió ver a su alrededor la estructura gruesa como el tronco de un árbol del propulsor de maniobra. Extendió los brazos y se agarró a un montante de acero. Cuando presionó el casco contra la estructura, oyó el rugido del motor, que ahogó la estática del silencioso canal de radio. Volvió a tirar del cable hasta desconectar otro tramo y cesó el rugido.

Se había quedado sin tiempo. Se volvió y sintió que todo se agitaba a su alrededor. La nave había empezado a rotar. No tenía manera de saber a qué velocidad, pero el efecto Coriolis era suficiente para hacerla tambalear por el camino de vuelta.

Cerró el panel, abrió la escotilla y se quitó el casco, para luego sentarse hasta que casi consiguió recuperar el equilibrio. Luego avanzó despacio entre tambaleos y apuntó con arañazos en el mamparo la nueva información que había sacado del viaje. Había empezado a dibujar el boceto de un mapa del interior de la nave y también a apuntar todo lo que iba descubriendo. Estaba lo suficientemente cansada como para no confiar en su memoria. Había contado las incursiones de cinco minutos y sabía que llevaba treinta. Aquella era la primera vez que conseguía algo. Solo era un propulsor, pero la nave había empezado a girar en círculos en lugar de acelerar en línea recta. El momento angular desdibujaría la aceleración y no avanzaría a tanta velocidad hacia Jim. Había conseguido ganar algo de tiempo. A ella le pondría las cosas más difíciles, pero había crecido en el Cinturón y en el interior de naves. El efecto Coriolis y los mareos no eran nada nuevo para ella. Sabía que el júbilo y la sensación de victoria que sentía eran muy exagerados para lo que había conseguido en realidad, pero sonrió de igual manera.

Treinta incursiones. Dos horas y media que había pasado en el vacío. Y eso sin contar los minutos que se pasaba el traje rellenando el aire y ella planeando el siguiente viaje. Quizá habían pasado unas cinco horas en total desde que había empezado con aquel plan. Estaba agotada. Le dolían los músculos y las articulaciones. No había comido; no podía comer. Tenía sed y empezaba a sentir el dolor de cabeza propio de un principio de deshidratación. No había razón para pensar que iba a ser capaz de sobrevivir a algo así, pero se sorprendió al darse cuenta de que estaba feliz. No era la alegría peligrosa, irracional e intensa de un ataque de euforia, sino una especie de placer y de alivio al mismo tiempo.

Al principio pensó que se debía a que estaba sola y no había nadie vigilándola ni juzgándola. Y llegó a la conclusión de que había algo de eso, pero también supo que en su mayor parte era porque estaba haciendo lo que tenía que hacer sin preocuparse de lo que pensarán los demás. Ni siquiera Jim. ¿No era raro? Lo que más quería en el mundo era que Jim estuviese allí con ella, y también Amos y Alex, una buena cena y una cama con una gravedad decente, pero había una parte de ella que se alegraba del silencio y de estar en soledad. No era un pensamiento intrusivo, no se

sentía culpable ni tenía baja la autoestima. Estaba muy cansada para sentirse así, o quizá algo había cambiado en su interior mientras le prestaba atención a otras cosas.

Supuso que aquella era la diferencia entre la soledad y el aislamiento. Ahora sabía algo nuevo sobre ella. Había sacado algo bueno de todo lo ocurrido, así que mejor que mejor.

Empezó a prepararse para la trigésima primera incursión.

Le quedaba casi un minuto, porque había descubierto que subir hasta la fuente de alimentación de la batería de comunicaciones llevaba mucho más tiempo que bajar. Era algo de lo que podría haberse dado cuenta mucho antes si no hubiera tenido la cabeza tan embotada.

El sistema de comunicaciones estaba afianzado con algo más que epóxido. Había unas largas tiras de cinta metálica que fijaban el transmisor, y los puntos de soldadura aún resplandecían como si se hubiesen hecho ayer mismo. Tres incursiones antes, durante la cuarenta y cuatro, Naomi había pensado que allí quizá hubiese una herramienta de diagnóstico portátil. No lo sabía a ciencia cierta, pero quizá con algo así hubiera sido capaz de enviar un mensaje. El problema era que, a pesar de que dichas herramientas eran obligatorias y muy comunes, no había ninguna en la nave.

Había tardado algo de tiempo en encontrar un plan alternativo.

Llevaba oyendo el mensaje con su voz falsa desde hacía cuatro horas, susurros que sobrevivían gracias a la energía de reserva:

—Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Que alguien le diga a James Holden que estoy en peligro. Las comunicaciones no funcionan. No tengo control sobre la nave. Por favor...

Duraba trece segundos y se oía poco más alto que su respiración a pesar de que tenía la cabeza a menos de un metro del transmisor. Había conseguido dejar expuestos los cables del aparato, por lo que ya lo tenía todo preparado. Tenía cuatro veces el tiempo del mensaje falso. Tenía que ser lo suficiente para que no se confundiese con interferencias fortuitas. Presionó la cabeza contra el casco para intentar centrarse y que todo dejase de dar vueltas a su alrededor.

—Soy Naomi Nagata de la *Rocinante* —dijo, con el mismo ritmo y cadencia que su voz falsa—. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Que alguien le diga a James Holden que... —Cortó uno de los cables con un resorte de acero. Sintió que la electricidad le recorría la punta de los dedos a pesar de que llevaba puestos los guantes del traje. La radio se quedó en silencio, pero ella siguió articulando las palabras, como una canción que no pudiese quitarse de la cabeza. Separó el resorte—. Tengo control sobre la nave. Por favor, retransmitan este mensaje. Soy Naomi Nagata de la *Rocinante*. Si alguien recibe este mensaje, que lo retransmita, por favor. Que alguien le diga a James Holden que... —Cortó. Hizo una pausa—. Tengo control sobre la nave. Por favor, retransmitan este mensaje.

Cuando lo había hecho cuatro veces, alzó el resorte que había estado usando como cuchillo y cortó el transmisor. La voz falsa dejó de oírse. Bajó a toda prisa entre los montantes, afianzando las manos y los pies a la perfección para no equivocarse. La gravedad de la aceleración hacía que le doliesen más los tobillos y las muñecas. El aire del traje aún no olía a cerrado; al parecer los filtros de dióxido de carbono funcionaban lo suficientemente bien como para que no sintiese el pánico de la asfixia a pesar de que no tenía energía. Se iría desmayando poco a poco hasta morir.

Se agachó ya en la cubierta de ingeniería y cerró el panel de acceso. De camino a la escotilla, sintió cómo le cedía la rodilla. Abrió la escotilla para presurizar la estancia, se quitó el casco y se dejó caer entre jadeos. Su campo de visión era cada vez más estrecho, y empezó a ver chiribitas en su visión periférica. Le dieron varias arcadas y luego sintió cómo su cuerpo caía hacia la cubierta que tenía bajo ella.

«Que alguien le diga a James Holden que se podría decir que he recuperado el control, más o menos», pensó. Luego rio. Tosió hasta que las costillas empezaron a dolerle mucho más. Después volvió a reír.

Llegó al límite antes de la septuagésima primera incursión. No fue algo sutil. Había cerrado la escotilla para aislar la parte principal de la nave, cerrado los sellos y luego se había puesto el casco del traje de aislamiento. Antes de fijarlo bien y dar comienzo a la siguiente cuenta atrás de cinco minutos, las manos le cayeron por los costados. Había ocurrido en contra de su voluntad. Sintió miedo, pero de una manera distante y vaga. Se sentó en la cubierta con la espalda apoyada contra la pared e intentó moverlas. La situación hubiese sido muy diferente de haberlas tenido paralizadas o algo así, pero aún podía cerrarlas y mover los hombros. Era agotamiento puro y duro. Incluso tragar le parecía un esfuerzo heroico en aquellos momentos. Cerró los ojos y se preguntó si se quedaría dormida al instante, pero estaba demasiado cansada, por lo que se dejó caer a un lado.

Si el traje tuviese batería habría empezado a registrar lo que pasaba en el cuerpo. La cabeza le dolía aún más debido a la deshidratación y había empezado a provocarle náuseas. Sentía la piel en carne viva en los lugares desprotegidos donde le había quemado el sol. No tenía mucha flema, pero tampoco dejaba de toser. Había llegado a la conclusión de que su sangre se había convertido en una mezcla a partes iguales de plasma y sustancias tóxicas producto de la fatiga.

Sus dos pequeñas victorias, el propulsor y el transmisor, habían sido las últimas. Desde aquel momento, o las cosas se habían complicado mucho, o ella ya estaba demasiado agotada. O ambas. No había conseguido encontrar los repetidores con los que pretendía desconectar el núcleo, por lo que o los habían obviado al fabricar la nave, o se encontraban en algún lugar al que no podía llegar desde allí. Habría sido magnífico poder alcanzar la batería de sensores que haría perder contención a la botella magnética cuando cualquier nave se acercase a socorrerla, pero le daba la impresión de que estaba montada en el exterior, lugar al que no podía acceder. Había media docena de lugares desde los que podría haber intentado conectarse a los sistemas, pero ninguno de ellos tenía interfaz y ella tampoco tenía ninguno a mano. Los planes y las estrategias revoloteaban por su mente como luciérnagas de vez en cuando. Seguro que alguno era bueno, pero no conseguía retenerlos lo suficiente como para valorarlos.

No sabía si se había quedado dormida o si su cerebro había dejado de percibir el paso del tiempo. Oyó una voz incluso más tenue que la suya propia antes por la radio, pero fue suficiente para hacerle recuperar la consciencia.

—¿Qué tal, *Chetzemoka*? Aquí Alex Kamal, ahora en la *Jabalí*. ¿Naomi? Si estás ahí, te agradecería que me enviases una señal. Me gustaría asegurarme de que eres tú antes de acercarme. Tu nave se comporta de forma un tanto rara y tenemos nuestras sospechas. Si quien está ahí no es Naomi Nagata, me gustaría hacerle saber que tengo quince torpedos apuntando a la nave ahora mismo, así que seas quien seas te recomiendo que te pongas en contacto conmigo.

—No —dijo Naomi a sabiendas de que no la iba a oír—. Aléjate. Márchate.

Le dolía todo, y la nave no dejaba de girar a su alrededor. Era una situación muy complicada. Consiguió ponerse en pie, pero la cabeza no dejaba de darle vueltas. Tenía miedo de desmayarse y sabía que si se tumbaba no iba a tener las fuerzas suficientes para volver a levantarse. Tenía que encontrar la manera de enviar un mensaje, de hacer que se marchara. Tenía que evitar que llegase a una distancia en la que se viese afectado por la explosión. Salvarse o no le daba igual. Las cosas le habían ido mejor de lo que esperaba. Y estaba tan cansada...

Abrió la escotilla de ingeniería entre jadeos por última vez y trastabilló hasta el ascensor. Y al salir del ascensor, hasta la esclusa de aire.

Amos

SE ALEGRABA de que volviesen a funcionar los terminales portátiles, aunque solo fuese a nivel local conectados a los sistemas de la *Zhang Guo*. Amos estaba en un soporte calzado en el espacio estrecho que había entre los cascos. El resto del equipo de reparaciones se dedicaba a trabajar con los cepos magnéticos entre sonidos metálicos e impregnaba el ambiente del olor suave y reconfortante de los soldadores. El medidor que había enganchado a la toma estaba a cero.

—¿Ahora? —preguntó Bombón.

—Nada.

Pasaron unos segundos.

—¿Ahora?

Pasó otro segundo. El medidor trinó, y el indicador pasó de cero a ochenta y nueve. Amos sonrió.

—Muy bien, Bombón. Estamos a un poco menos de noventa.

—Voy a dejarlo así —dijo ella, y aunque la llamada solo era de audio, Amos fue capaz de oír la sonrisa en su voz. Desenchufó el medidor y luego roció sellador sobre los agujeros que había hecho.

—¿Erich? Si estás ahí, estamos listos para otra prueba.

—Claro que estoy aquí —dijo Erich—. ¿Dónde iba a estar? Comenzando la prueba de diagnóstico. Podéis estirar un poco las piernas si queréis.

Amos silbó entre los dientes, y el eco hizo que el sonido durara más de lo que esperaba.

—Voy a descansar un poco. Chicos, dejad abierto el conducto y esperad por mí. No os pongáis creativos.

Oyó un estrépito metálico de aprobación mientras escalaba por los asideros y los apoyos estructurales para salir del panel de acceso. El equipo B no estaba siendo de mucha ayuda, pero al menos se habían dedicado a realizar las tareas más sencillas y mecánicas mientras Amos, Bombón y Erich se esforzaban para que la *Zhang Guo* volviese a volar. Por el momento, el trabajo había consistido más en solucionar los problemas creados por los sirvientes al intentar arreglar la nave que descubrir la razón por la que no podía volar. Era un navío llamativo y por dentro daba la impresión de estar casi como nuevo. Amos cogió un trapo de la cubierta de ingeniería y se limpió el sellador que empezaba a endurecerse en los dedos y la muñeca. Las manchas menos densas ya se habían endurecido y tuvo que arrancárselas como si de una costra se tratase.

Las dos puertas de la esclusa de aire estaban abiertas, y una escalerilla portátil descendía hasta el piso del hangar. No entraba luz alguna por las ventanas, y la lluvia sucia y terrosa no había dejado de tamborilear contra los cristales. El aire olía a ozono y a frío, y la respiración de Amos se condensaba al exhalar. Los leds que había en el techo proyectaban una luz penetrante que creaba unas sombras tan particulares que parecían falsas. Stokes y el resto de los sirvientes estaban apiñados contra una pared rodeados de sacos y maletines, y conversaban nerviosos. Machorra estaba apoyada en otra pared y se había llevado una mano a la oreja en un gesto de concentración. Amos la vio mientras bajaba por las escaleras. La mujer irradiaba una violencia casi incontenible. Amos había conocido a mucha gente que causaba la misma impresión: algunos eran criminales, otros policías. La mujer lo pilló mirándola y levantó la barbilla en un gesto a

caballo entre un saludo y un desafío. Amos le dedicó una sonrisa afable y levantó la mano para saludar.

Llegó al suelo del hangar casi al mismo tiempo que Bombón salía de la esclusa de aire y empezaba a bajar por la escalera. Stokes se separó del grupo y empezó a trotar hacia Amos con una sonrisa nerviosa en el gesto.

—¿Señor Burton? ¿Señor Burton?

—Puedes llamarme Amos.

—Sí, gracias. Me preguntaba si Natalia podría ir a la casa de la familia Silas. Su marido es el conserje y no quiere irse sin él porque nunca volverían a verse. Está muy preocupada, señor.

Bombón bajó de las escaleras que tenían detrás con pasos suaves y felinos. Su sombra se proyectaba en el pasillo frente a ella. Amos se rascó el brazo.

—Te explico: estoy casi seguro de que empezaremos la próxima revisión en unos cuarenta y cinco minutos. Todos los que estén por aquí cuando hayamos terminado pueden venir con nosotros, mientras haya sitio, y todos los que no estén aquí deberían alejarse lo suficiente como para que el despegue no los reduzca a partículas. Lo demás me importa una mierda.

Stokes rio entre dientes y ladeó la cabeza en un gesto parecido al de un pajarillo.

—Genial, señor Burton. Gracias.

Amos lo miró mientras se marchaba.

—¿Ahora eres el señor Burton? —preguntó Bombón.

—Eso parece —dijo él al tiempo que levantaba un pulgar para señalar a Stokes—. ¿Ese tipo pensó que le estaba contando un chiste o algo? Porque no he podido ser más sincero con él.

Bombón levantó un hombro.

—Cree que somos los buenos e interpreta lo que decimos con eso en mente. Si le dices que te da igual si vive o muere, pensará que es humor negro.

—¿En serio?

—Ya ves.

—Es una manera muy estúpida de ir por la vida.

—Es lo que hace la mayoría de la gente.

—Pues la mayoría de la gente es estúpida.

—Y aun así hemos alcanzado las estrellas —dijo Bombón.

Amos extendió los brazos y sintió el placentero dolor de los músculos de los hombros.

—¿Sabes, Bombón? Me gusta que nos ayuden y eso, pero la verdad es que echo de menos cuando estábamos solos tú y yo.

—Qué cosas más bonitas dices. Voy a buscar algo de café o té. O anfetaminas. ¿Quieres algo?

—Qué va. Estoy servido. —Amos la vio marchar. Aún estaba demasiado delgada, pero se la veía mucho más segura de sí misma desde que había vuelto a verla en la habitación del Foso en Belén. Se preguntó si aún querría que la ayudara a acabar con su vida. Lo más seguro era que mereciese la pena preguntárselo. Reprimió un bostezo y tocó el terminal portátil.

—¿Qué tal ahí arriba?

—Pues no me ha dado ningún error por el momento —respondió Erich—. ¿Esto es a lo que te dedicas ahora?

—Sí, llevo años dedicándome a ello.

—¿Y uno se puede ganar la vida así?

—Claro, si no te importa encontrarte de vez en cuando con alienígenas raros de cojones o pringados de seguridad corporativa que quieren matarte.

—No, nunca me ha importado —dijo Erich—. Bueno, ya está. Acaba de terminar el diagnóstico. Me ha saltado ese problemilla de la potabilizadora de agua, pero todo lo demás está bien.

—Si tenemos que quedarnos en este ladrillo tanto tiempo como para necesitar la potabilizadora de agua, es que las cosas se nos habrán torcido demasiado.

—Sí, eso mismo pensaba yo. ¿Quieres que empiece a calentar el reactor? Tienen por aquí los comandos y también una lista de verificación.

—Claro, pero espera a que...

Sonó un graznido de su terminal portátil, y Amos oyó la voz de un desconocido.

—¿Jefe? Creo que tenemos compañía.

—¿Qué ves desde ahí? —espetó Erich.

—Tres camiones.

—Vale, que le den. Voy a empezar a calentar el reactor.

Amos se dirigió a la carrera hacia el frente del hangar. Los guardias que estaban apostados en las ventanas se habían levantado y parecían tensos. Lo sabían. Los sirvientes aún estaban apiñados en una esquina, lejos de los problemas.

—Yo primero comprobaría la lista de verificación —dijo Amos—. Sería una pena haber hecho todo esto solo para que los de Vermont disfruten de un buen espectáculo de fuegos artificiales.

Se hizo un silencio sepulcral. Amos no supo cuál había sido el problema hasta que Erich volvió a hablar.

—No me des órdenes, Burton.

Amos puso los ojos en blanco. No debería haber dicho eso en un canal abierto. Tantos años, tantas catástrofes y aún le seguía importando no quedar mal.

—Más que órdenes, diría que es la opinión de un experto —dijo Amos. Luego añadió—: Señor.

—La tendré en cuenta. Mientras lo hago, ¿qué te parece si tú ayudas a vigilar el perímetro? —dijo Erich. Amos sonrió porque ya iba de camino a hacerlo, pero Erich siguió hablando—. Walt, empieza a meter a los pasajeros en la nave. Clarissa puede ayudar con el arranque.

—Voy de camino —anunció Bombón, y Amos la vio correr por el hangar hacia las escaleras mientras Stokes la miraba asustado. Amos le hizo una seña con el brazo.

—¿Señor Burton? —dijo el hombre.

—Sí, sé que no es la mejor idea que esa chica vaya al mismo sitio donde está su padre. Se lo comentaré.

Stokes se puso pálido y unos faros más resplandecientes que el Sol brillaron por las ventanas del hangar. Se oyó una voz amplificada por un megáfono que gritaba sílabas demasiado ahogadas por el eco como para llegar a formar palabras. No importaba. Todos habían pillado cuáles eran sus intenciones. Cuando Amos llegó a las puertas principales, había varias figuras recortadas contra la luz de los vehículos. Eran hombres con trajes antidisturbios que se acercaban al hangar con fusiles de asalto que parecían valer para algo más que controlar a las masas. Los sirvientes habían formado una fila en las escaleras que daban a la esclusa de aire de la nave y avanzaban rápido. Uno de los hombres de Erich, que tendría unos veinte años y llevaba un pañuelo rojo anudado al cuello, le dio un fusil a Amos y luego le dedicó una sonrisa.

—¿Disparamos a las luces?

—Mejor eso que no tener ningún plan —dijo Amos, que luego rompió el cristal de una ventana con la culata del fusil.

Empezaron a disparar antes de que le diese tiempo de darle la vuelta al arma para apuntar. Los disparos rugieron como una tormenta, sin silencios entre una ráfaga y otra. Se oyeron gritos, pero Erich y Bombón estaban en la nave y Holden, Alex y Naomi fuera del planeta, y Lydia a salvo en la tumba. No tenía nada de lo que preocuparse. El tipo que se encontraba a su lado había empezado a soltar un grito de guerra ininteligible. Amos apuntó, soltó el aire y apretó el gatillo. El fusil se agitó por el retroceso, y vio cómo se apagaba una de esas luces cegadoras. Luego alguien le dio a otra. Uno de los soldados de Pinkwater echó el brazo hacia atrás como si fuese a lanzar algo, y en ese momento Amos le disparó en la cadera. Un segundo después, todos se tiraron al suelo mientras la granada que el hombre había dejado caer estallaba y una nube de gas lacrimógeno se elevaba bajo la lluvia.

Alguien que por la voz parecía Machorra gritó:

—¡Hacedlos retroceder!

Amos se agachó y miró la *Zhang Guo* con el rabillo del ojo. Ya habían entrado casi todos los civiles, y Stokes estaba detrás agitando la mano y gritando que se diesen prisa. Amos oyó una detonación que hizo estallar los cristales de las ventanas que aún quedaban intactas. La onda expansiva golpeó a Amos en el pecho como si fuese una patada. Se puso en pie, miró a través de la ventana y disparó a la cabeza del que vio más cerca. Oyó un repiqueteo grave que venía del exterior y vio el resplandor titilante del cañón de un arma que iluminaba más que los faros que quedaban intactos. Aparecieron unos agujeros en la pared y unos haces de luz resplandecieron a lo largo de vasto espacio catedralicio del hangar.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó el del pañuelo.

—Estoy muy de acuerdo —dijo Amos al tiempo que empezaba a caminar hacia atrás sin dejar de disparar por la ventana.

Medio segundo después, tenía al lado al del pañuelo. El resto o los había visto o había llegado a la misma conclusión. Dos de ellos habían empezado a subir por las escaleras sin dejar de disparar. La situación había llegado al punto en el que nadie apuntaba a nada en concreto, sino que lo hacían para evitar que los atacantes se acercasen y les diera tiempo a todos a subir a bordo. Amos se quedó sin munición. Tiró el fusil y empezó a correr hacia las escaleras mientras sacaba el terminal portátil y se lo llevaba a la oreja.

—¿Cómo vamos? —gritó.

—Tenías razón —respondió Bombón a voz en grito—. Había un problema de energía en el arranque. Nos habríamos quedado sin propulsores de maniobra.

—¿Está solucionado?

—Diría que sí.

—Bien.

Amos se detuvo en la base de las escaleras, y el del pañuelo se agachó junto a él mientras recargaba el fusil de asalto. Cuando terminó de meter el cargador, Amos le arrancó el arma de las manos y señaló la escalera con la barbilla. El del pañuelo asintió para darle las gracias y empezó a subir con la cabeza gacha. Las sombras empezaron a proyectarse cerca de las ventanas, y una de las puertas laterales salió despedida cuando un equipo de tres personas entró a la carrera. Amos los masacró. Media docena del equipo de Erich ya se encontraban en las escaleras, y algunos no habían dejado de disparar mientras subían. Una de ellos, Machorra, se arrodilló al subir el cuarto escalón. Tenía un lado del cuello y un brazo llenos de sangre. Amos levantó el fusil, disparó al aire y se agachó junto a ella.

—Venga —dijo—. Tenemos que irnos.

—No creo que vaya a poder —aseguró Machorra.

Amos suspiró. Se metió el terminal portátil en el bolsillo y cogió con una mano el fusil y con la otra el cuello de la camisa de la mujer para echársela al hombro y luego empezar a subir corriendo las escaleras al ritmo de sus disparos. Machorra no dejaba de gritar y rebotar. Algo explotó, pero Amos no se detuvo a ver qué había sido. Cuando llegaron a la esclusa, metió a la mujer en el interior no sin antes disparar una última ráfaga hacia la parte baja de las escaleras. Luego pulsó el botón para iniciar el ciclo de cierre.

Los sirvientes de la casa y los hombres de Erich se apiñaban a su alrededor. Algunos estaban cubiertos de sangre. Él mismo estaba cubierto de sangre, y estaba casi seguro de que gran parte de ella era de Machorra. No lo sabía a ciencia cierta, porque a veces se concentraba tanto que no se daba cuenta ni de que le habían disparado. Dejó a la mujer en la cubierta y sacó el terminal portátil.

—Vale —dijo—. Estamos listos.

—El escape del motor va a matar a todos los que estén en el hangar —aseguró Erich.

—¿Y desde cuándo nos importan esos tipos? —preguntó Amos.

—Bien visto.

Se oyó el rugido del motor al encenderse.

—¡Al suelo! —gritó Amos—. No tenemos tiempo para amarrarnos en los asientos. Todo el mundo al suelo. ¡Os aseguro que os conviene tumbaros para que la aceleración se distribuya por todo vuestro cuerpo!

Se tumbó junto a Machorra. La mujer lo miraba con fijeza y una expresión que bien podría haber sido dolor o rabia. No dijo nada, y él tampoco. La voz de Erich surgió por los sistemas de la nave para advertirlos de que se agarrasen a algo y, justo después, Amos sintió que su peso aumentaba mucho de improviso. Se oyó un crujido estruendoso que sacudió la cubierta: la *Zhang Guo* al atravesar el techo del hangar de camino al cielo. La nave se agitó y se detuvo un poco, para luego continuar ascendiendo. Amos sintió que la cubierta le presionaba la espalda. Como hiciera falta realizar un giro, la casi docena de personas que se encontraban en la estancia iban a acabar apiñadas contra una esquina entre la cubierta y la pared.

Se encendió la pantalla que se encontraba sobre los controles de ingeniería. En ella, se podían apreciar las nubes y la lluvia cayendo contra las cámaras delanteras de la nave mientras ascendía. Se vio un relámpago, y el rugido del trueno se extendió por toda la embarcación. Amos no era capaz de recordar si la velocidad de escape para salir de la órbita era de tres o cuatro g, pero sí que sabía que hubiese sido mucho más agradable estar sentado en un asiento de colisión. Le dolía la mandíbula y tuvo que recordar tensar los brazos y las piernas para evitar desmayarse. Le dio la impresión de que los que lo rodeaban no se habían acordado a tiempo, o quizá ni lo sabían. Aquella era la primera vez que muchos de ellos salían del pozo de gravedad.

Los minutos siguieron pasando, y la lluvia y las nubes de la pantalla terminaron por desaparecer. Los rayos empezaron a caer muy por debajo de ellos. Poco después, aparecieron las primeras estrellas refulgentes en el gris anodino del cielo. Amos rio y vitoreó, pero nadie lo acompañó. Miró a su alrededor y le dio la impresión de que era el único que conservaba la consciencia, así que se tumbó en la cubierta y esperó a que desapareciese la gravedad de la aceleración una vez llegaran a la órbita.

Poco a poco, las estrellas empezaron a brillar más: primero titilantes a media que dejaban atrás las últimas y abrasivas capas de la atmósfera y luego más constantes. La Vía Láctea apareció como una nube oscura iluminada desde atrás. La gravedad de la aceleración empezó a remitir, y Amos consiguió ponerse en pie. Algunos de los que tenía alrededor habían empezado a recuperar la consciencia. El del pañuelo y varios más arrastraban a Machorra hasta el ascensor para llevarla

a la enfermería, si es que la *Zhang Guo* tenía una. Stokes y el resto reían, lloraban o tenían los ojos abiertos como platos debido a la conmoción o a la incredulidad. Amos comprobó si estaba herido, pero aparte de cuatro arañazos feos y profundos en el muslo izquierdo que no sabía dónde se había hecho, parecía estar bien.

Abrió el canal general en el terminal portátil.

—Aquí Amos Burton. ¿Os importaría si subo al centro de mando, chicos?

—Puedes subir si quieres, Burton —respondió Erich. Había cierta petulancia en su voz y Amos empezaba a hartarse de aquella farsa, pero en esos momentos estaba demasiado aturdido para darle importancia.

El centro de mando era tan lujoso que ofendía. La membrana antimetralla se había modificado para parecer terciopelo rojo, y la luz se proyectaba de unos candeleros dorados y plateados que recorrían las paredes. Erich estaba sentado en el asiento del capitán. Su mano buena se movía por los controles que tenía a la altura de los muslos, y con la mala se agarraba a los amarres. Bombón se encontraba en el puesto de navegación, con los ojos cerrados y una sonrisa angelical.

—Pilla un asiento —dijo Erich con una sonrisa. Se había convertido en su viejo amigo; ya no era el jefe criminal que necesitaba mantener a raya a Amos. Cambió al canal general de comunicaciones—. Agarraos, que vienen maniobras. Repito: agarraos, que vienen maniobras.

—Mira, eso no se hace así —dijo Amos al tiempo que se amarraba en el puesto de comunicaciones—. Eso solo lo dicen en las películas.

—Nos servirá por ahora —dijo Erich al tiempo que los asientos se movían bajo ellos mientras los propulsores hacían girar la nave. La Luna apareció poco a poco frente a ellos, y el Sol detrás. Recortada contra la luz, era un disco del todo negro a excepción de un ligero contorno blanco en un extremo y un entramado de luces de ciudad. Bombón empezó a reír. Ya había abierto los ojos y se había llevado las manos a la boca. Las lágrimas que se le habían empezado a acumular en los ojos no dejaban de resplandecer.

—No creías que volverías a verla, ¿verdad, Bombón?

—Qué bonita —dijo—. Todo es bonito y creía que nunca lo volvería a ser.

Se quedaron en silencio un instante, y luego Erich empezó a bajar poco a poco la cámara de la pantalla. Bajo ellos, la Tierra eran un borrón blanco y gris. El resplandor persistente y centelleante de las luces de los continentes había dado paso a un brillo tenue y apagado que solo se percibía en algunos lugares. Los mares y la tierra quedaban ocultos bajo aquella capa. Era como si el planeta hubiese quedado envuelto en una mortaja y todos supiesen lo que ocurría bajo ella.

—Joder —dijo Erich con un tono cargado de pesadumbre, asombro y desesperación.

—Sí —dijo Amos.

Se quedaron un buen rato en silencio. El hogar de la humanidad, la cuna de toda vida del Sistema Solar, era un lugar precioso a pesar de aquella imagen funesta y de que todos sabían las consecuencias de lo ocurrido.

El canal de comunicaciones los interrumpió. Amos aceptó la llamada y una joven con un uniforme de la armada de la ONU apareció en una ventana de prioridad alta.

—*Zhang Guo*, aquí la base de la Luna. No tenemos registrado ni aprobado ningún plan de vuelo para vosotros. Tengo que comunicarles que el lugar se encuentra bajo control militar. Identifíquense de inmediato o los derribaremos.

Amos activó el micrófono.

—¿Qué tal, base de la Luna? Me llamo Amos Burton. No queremos molestaros ni nada, pero

si hay por ahí alguien llamada Chrissie Avasarala, estoy seguro de que responderá por mí.

Alex

—¿QUÉ tal, *Chetzemoka*? Aquí Alex Kamal, ahora en la *Jabali*. ¿Naomi? Si estás ahí, te agradecería que me enviases una señal. Me gustaría asegurarme de que eres tú antes de acercarme. Tu nave se está comportando de forma un tanto rara y tenemos nuestras sospechas. Si quien está ahí no es Naomi Nagata, me gustaría hacerle saber que tengo quince torpedos apuntando a la nave ahora mismo, así que seas quien seas te recomiendo que te pongas en contacto conmigo.

Alex apagó el micrófono y se rascó la mejilla. Habían dejado de acelerar y seguían la misma ruta que la nave misteriosa, que solo se encontraba en una posición relativa de unos cincuenta kilómetros sobre ellos en el eje Z. El Sol era muchísimo mayor de lo que se veía desde Marte, resplandecía bajo ellos y calentaba la pinaza casi al límite de su capacidad para soportar la radiación. Bobbie veía el mismo canal detrás de él.

—No tiene buena pinta —dijo.

—Pues no.

Cuando vivía en Marte de niño, a veces sus amigos fabricaban fuegos artificiales para pasar el rato. Solo necesitaban un tramo de cañería ligero, un pico de minería y un motor de reacción de un solo uso. Se clavaba a una pared con el pico uno de los extremos de la cañería, se fijaba el motor en el otro extremo con poliepóxido con el escape apuntando hacia otro lado. Luego se encendía y el artilugio se convertía en un anillo de humo y fuego: la cañería empezaba a girar a tanta velocidad que era difícil verla, y la llama del escape del motor se convertía en un borrón titilante. A veces el motor se soltaba y empezaba a rebotar por los pasillos, lo que lo convertía en una amenaza para todos los que se quedaban mirando el espectáculo. A veces lo que se soltaba era el pico. Pero lo que ocurría más a menudo era que el invento dejaba un círculo de raspones y de chamusquina en la piedra de la pared y se convertía en un suplicio para los equipos de limpieza. Lo llamaban comadreja de fuego, pero Alex desconocía la razón.

Sobre ellos, la *Chetzemoka* había empezado a girar como una comadreja de fuego. No daba bandazos y giraba en un círculo muy cerrado. Toda la aceleración que antes había usado para escapar hacia el Cinturón y hacia Holden se neutralizaba cada vez que la nave giraba ciento ochenta grados. El penacho del motor era un chorro de llamas y de plasma que fundiría todo lo que intentara acercarse a ella a menos que se hiciese desde arriba o desde abajo. Y si lo hacían así...

—¿Qué crees que ha ocurrido? —preguntó Bobbie.

—Que se ha disparado uno de los propulsores de maniobra y no han compensado.

—¿Puedes igualar la trayectoria de eso? En caso de que necesitemos hacerlo, quiero decir.

Alex chasqueó la punta de la lengua contra los dientes y deseó con todas sus ganas recibir una llamada de Naomi, una señal que le indicara que aún seguía viva y que le confirmase que no iba a arriesgar su nave, su vida y las vidas de las personas que se encontraban con él solo para recuperar un cadáver.

—Será difícil, pero encontraré la manera.

Abrió la pantalla táctica y vio la *Jabali* y la nube de misiles a la que ya nadie disparaba. La *Chetzemoka* se perseguía el rabo como un perro que se hubiese tragado su peso corporal en anfetaminas. También vio en la lejanía cómo la escolta de la ONU realizaba la maniobra de desaceleración alejándose del Sol para casar el rumbo con el de ellos, y a la *Roci* haciendo lo

mismo pero acercándose desde el Cinturón. Todos habían terminado por juntarse en aquel lugar: el líder de la APE, el primer ministro de Marte, la mejor caballería de Avasarala; porque era el lugar en el que se encontraba Naomi Nagata y porque mientras Holden y Alex siguiesen con vida iban a hacer todo lo posible por salvar a los suyos.

La pantalla se iluminó al recibir otro mensaje, pero en esta ocasión no era de la *Chetzemoka*. Alex lo aceptó y fue Holden quien apareció en la pantalla. Durante casi cuatro segundos, el capitán no hizo nada más que mirar a la cámara y rascarse la nariz. Tenía aspecto cansado y estaba delgado. Alex se sentía igual. Poco después, una sonrisa iluminó la cara de Holden y se volvió a parecer a él mismo.

—¡Alex! Genial. Dime, ¿cuál es la situación?

—Bueno, no hemos recibido ningún mensaje más desde que la radio dejó de emitir, pero si se trataba de un mensaje intencionado, esa ha sido la peor definición de «tener el control» que he oído en mucho tiempo. Esa nave misteriosa no va a la deriva, pero poco le falta. Va a ser muy difícil acercarse a ella por la manera en la que se persigue la cola, pero estoy intentando encontrar la forma. La *Jabalí* no está preparada para conectar su esclusa con la de otra nave, ya que es el tipo de vehículo que solo se atraca en hangares. Pero aquí dentro hay trajes de aislamiento para mí y para Nate. Es el primer ministro, por cierto. Me deja llamarlo Nate. No te pongas celoso. Bueno, pues he calculado que podríamos colocar la *Jabalí* en el centro del círculo que forma la *Chetzemoka* con el morro apuntando hacia arriba y el trasero hacia la nave y luego empezar a rotar a la misma velocidad. Habrá que intentar que nadie vomite dentro del casco, pero así podríamos hacer que alguien entrase en la nave por la esclusa de aire. No estoy seguro de si funcionará, pero es lo mejor que se me ha ocurrido por el momento.

Se inclinó hacia delante mientras el mensaje láser cruzaba los cuatro segundos luz hacia la *Rocinante*, y luego esperó la respuesta durante otros cuatro segundos. A juzgar por el contorno de la cara de Holden, era muy probable que la *Roci* fuese a más de un g. La *Jabalí* hubiese sido la primera en alcanzar a la *Chetzemoka* aunque esta no se hubiese puesto a girar de improviso. El piloto provisional de Holden iba a tener que invitar a Alex a una cerveza, eso si algo no les hacía estallar antes. Alex no podía poner la mano en el fuego por nada.

Cinco segundos después, recordó que se había olvidado de mencionar que Bobbie tenía puesta la servoarmadura, pero no lo dijo porque interrumpiría el mensaje que le había enviado Holden y que aún tardaría unos segundos en llegar. Respetar los turnos era muy importante para comunicarse con retraso luz.

—¿Por qué no pruebas a simular eso que has dicho? —dijo Holden—. Si comprobamos que es factible, podríamos usar la *Roci* cuando lleguemos. Estamos mejor equipados para cortar el casco si es necesario. ¿Sabes algo de Naomi?

—Aún no... —empezó a decir Alex, pero luego comprobó que Holden no había terminado de hablar y que solo había parado para coger aire.

—Porque eso de «Que alguien le diga a James Holden que tengo control sobre la nave» me ha sonado rarísimo. He comprobado el registro vocal del mensaje que sale de la *Chetzemoka*... bueno, lo ha hecho Fred en realidad. A mí no se me había ocurrido. Pues Naomi pronuncia «James Holden» exactamente igual que en el mensaje de advertencia de los controladores defectuosos de la botella. Fred cree que este nuevo mensaje tiene que ser falso. Pero lo han modificado justo antes de que haya dejado de oírse... Es sospechoso, Alex, pero hay algo que se me escapa.

Alex esperó para asegurarse de que Holden había terminado antes de empezar a hablar.

—No tenemos contacto con el interior, pero da la impresión de que hay alguien en la nave intentando llamar nuestra atención. Y esto de volar así en círculos no parece una trampa. No hay

razón alguna para hacerlo a no ser que se quiera hacer vomitar a los que viajan en el interior. Sinceramente, no sé qué está pasando, capi, y no creo que lo sepamos hasta que no consigamos meter a alguien en esa nave.

Ocho largos segundos de espera para recibir respuesta.

—A mí me preocupa que Naomi esté ahí dentro y la nave se haya descontrolado mientras nosotros nos quedamos aquí de brazos cruzados sin saber muy bien qué hacer. No podría soportar perderla ahora que la tenemos tan cerca. Sé que es una locura, pero en una situación así es normal perder la cabeza. No puedo dejar de pensar en que ella está ahí dentro aplastada contra una pared debido a la rotación y yo aquí fuera donde no puedo hacer nada por ayudarla.

—Sí, los fallos de los propulsores no suelen acabar así —dijo Alex—. No suele haber tanto impulso lateral a menos que los propulsores sigan funcionando. Después, los que estaban detrás del centro de rotación caen hacia abajo y los que estaban delante suben hacia arriba, pero todo eso está alineado con el impulso del motor, por lo que...

—¡Alex! —llamó Bobbie—. Tenemos algo.

Alex se volvió en el asiento para encarar a Bobbie, que tenía la mirada fija en la pantalla de pared. Una de las ventanas de la pantalla mostraba la imagen de la cámara superior. La *Chetzemoka* no había dejado de girar con violencia, pero algo había salido de ella y flotaba por el límpido vacío recortado contra unas estrellas que se asemejaban a la pupila resplandeciente de un ojo gigantesco. El ojo de la tormenta. Bobbie intentó ampliar la imagen al mismo tiempo que Alex, y el sistema les respondió con un quejido iracundo y confundido mientras la imagen se desenfocaba para luego volverse más nítida. Era una figura con un traje de maniobras extravehiculares. El traje no tenía luces y se encontraba de espaldas. La intensidad de la luz del Sol hacía que el gris de los materiales resplandeciese tanto que costaba apreciar los detalles.

—¿Está viva? —preguntó Alex.

—Se mueve.

—¿Hace cuánto que ha salido?

—No mucho —respondió Bobbie—. Unos segundos.

La figura del traje levantó los brazos y los cruzó sobre la cabeza. El gesto cinturiano para indicar peligro. Alex notó que se le aceleraba el pulso.

—¡Alex! —gritó Holden, mensaje que había sido enviado hacía cuatro segundos—. ¿Qué pasa?

—Alguien ha salido de la nave. Deja que investigue un poco más y te informo —dijo Alex antes de cortar la llamada. En la pantalla de Bobbie, la figura había pasado a hacer otras señas. Unas que indicaban tiempo: «cinco minutos».

—¿Qué tenemos? —preguntó Alex.

—Esa mujer no deja de repetir lo mismo —respondió Bobbie—. Esto: «Cuidado. No acercarse. Peligro de explosión». Y también: «Poco aire» y «Cinco...». Joder. «Cuatro minutos.»

—¿Es ella? —preguntó Alex a sabiendas de que era una pregunta que no se podía responder. Aunque la figura girase la cabeza hacia ellos, no estaba seguro de que pudiesen haber reconocido a Naomi debido a la luz y al casco del traje. No era más que una persona con traje de aislamiento quedándose sin aire y advirtiéndolos una y otra vez de que era una trampa.

Alex no lo tenía claro, pero estaba seguro de que se movía como Naomi. Y ambos habían usado el femenino para referirse a ella. Puede que no lo supiesen a ciencia cierta, pero estaban muy seguros. La *Jabalí* se volvió de repente un lugar muy claustrofóbico, como si la aparición de Naomi allí mismo le hubiera creado una necesidad de espacio, el suficiente para llegar hasta ella. Alex apuntó los sistemas a aquel traje resplandeciente como un diamante y la nave empezó a

calcular.

—¿Hacia dónde flota? —preguntó Bobbie.

—Parece que va a la deriva y de camino a volver a encontrarse con la nave. Si no la golpea, es muy probable que sí que la alcance el penacho del motor.

—O veamos cómo se asfixia —añadió Bobbie.

—Podría acercarse a la nave.

—Y dejarla bien tostada con la desaceleración.

—Sí... tienes razón.

—Poneos los cascos —gritó Bobbie en voz alta, para que también se oyese en el compartimento trasero—. Voy a salir.

—¿Acaso ese traje puede acelerar lo suficiente como para hacer un giro brusco con aceleración de unos cincuenta *klicks* en menos de cuatro minutos? —preguntó Alex, pero mientras lo decía ya había empezado a sellar el casco de su traje.

—Qué va —respondió Bobbie al tiempo que extendía un brazo para coger el casco y el otro para acercarse a una botella de oxígeno—. Pero tiene unas botas y unos guantes magnéticos de primera categoría.

Alex comprobó los sellos y se preparó para abrir la *Jabalí* al vacío.

—Pues no se me ocurre de qué podrían servirte.

El compartimento del primer ministro ya se había sellado. En la pantalla, la figura (Naomi) hizo el gesto que indicaba «Cuidado. No acercarse. Peligro de explosión». Bobbie soltó un breve aullido y respiró de forma entrecortada. Ahora su voz surgió de la radio del traje:

—Joder, hacía mucho tiempo que no me picaba zumo. Qué desagradable, coño.

—Bobbie, nos quedamos sin tiempo. ¿Cómo vas a usar las botas magnéticas para rescatar a Naomi?

Bobbie sonrió detrás del visor del casco.

—¿Cómo de bien crees que se te daría controlar uno de esos misiles?

Naomi

SALIR de la esclusa de aire esa última vez había sido la experiencia más plácida que Naomi recordaba haber experimentado. El Sol y las estrellas dejaron de girar con violencia y se sintió mucho mejor. Había salido por la tangente de aquel círculo de vida y ahora avanzaba en línea recta. Bueno, en realidad no por la tangente, sino por la secante, lo que significaba que estaba condenada a volver a cruzarse con la nave. Pero quizá ya estaría muerta cuando ocurriese.

Disfrutó de flotar a la deriva por un instante. Notaba el Sol en la espalda, y cómo la luz irradiaba a través de su cuerpo y proyectaba su sombra en aquel lienzo de estrellas y galaxias. Empezó a acostumbrarse a la quietud de no estar girando, y se preguntó en qué lugar de aquel firmamento se encontraría Alex. Recordó que tenía que empezar a contar. Mil... ¿Cuánto tiempo llevaba fuera? ¿Siete? ¿Ocho segundos? Bueno, mejor si se ponía en el peor de los casos. Mil treinta. ¿Por qué no? Levantó los brazos por encima de la cabeza. «Cuidado.» Luego cambió. «No acercarse.» Otro cambio. «Peligro de explosión.» Se sentía como si le estuviese enviando la advertencia a las estrellas. A la mismísima Vía Láctea. «No vengáis. Alejaos. Aquí hay humanos y no se puede confiar en ellos.»

Con cada movimiento, se estiraba y soltaba el aire. Debería haberse sentido muy asustada, pero lo cierto era que no lo estaba. Se abalanzaba a su muerte, lo cual era un fastidio. Le hubiese gustado vivir más. Volver a ver a Jim. Y a Alex. Y a Amos. Le hubiese gustado decirle a Jim todo lo que había ocultado con tanto cuidado durante mucho tiempo. Mil sesenta. Hora de cambiar de gestos. Quedaban cuatro minutos. Cuatro minutos y una vida.

Filip estaba con su padre en algún lugar de aquel vacío, desde hacía años, desde que era un bebé. Y Cyn, el pobre Cyn que había muerto tal y como ella iba a morir porque la había visto en la esclusa y había pensado que detenerla la habría salvado, que merecía la pena conservar la vida de Naomi en las garras de Marco. Se preguntó qué hubiese pasado de haberse quedado, si la *Chetzemoka* hubiese seguido su curso sin ella en el interior. ¿Habría conseguido Jim desactivar la bomba? No quería pensar lo contrario. No era un hombre que se caracterizase por ponerle freno a su curiosidad. Las estrellas titilaron y se emborronaron. Había empezado a llorar.

«Cuidado. No acercarse. Peligro de explosión.»

Las alarmas de soporte vital ya se habrían activado si el traje hubiese tenido energía. Casi prefería que no la tuviera. Ni siquiera le dolía la cabeza. Naomi había visto a gente morir perdiendo el conocimiento. Todo iba a acabar de forma muy tranquila si los filtros de dióxido de carbono seguían funcionando. Sin asfixiarse ni entrar en pánico, solo un momento de desorientación para luego desvanecerse poco a poco. Allí estaba, muchos años después, lanzándose al vacío desde otra esclusa de aire. Aún recordaba la primera vez, en Ceres. Aquella estaba a ras de suelo, claro, pero aún recordaba la presión en los dedos cuando había activado el ciclo de apertura y la sensación de estar a punto de morir. Y aun así, en aquella época tampoco había querido morir. Solo quería poner punto y final a todo. Ser libre. Libre del dolor y de la culpa. Y acabar con esa sensación de sentirse atrapada. Puede que pudiese llegar a convivir con todo lo demás, pero no con esa sensación.

La muerte a la que se enfrentaba ahora no tenía nada que ver. Ahora se estaba interponiendo en la trayectoria de una bala para salvarle la vida a sus amigos. A su familia. La familia que ella había elegido. La que estaba formada por las personas que habían arriesgado sus vidas por ella.

Ojalá Cyn hubiese conocido a Jim, seguro que así habría entendido lo diferente que era de la niña que había conocido en Ceres en el pasado. Lo diferente que era de Nudillos.

Naomi no era una persona religiosa, pero había conocido a gente que sí. «Peligro de explosión. Poco aire. Tres minutos.» Se preguntó si esas personas opinarían que lo que estaba haciendo ahora era un acto pecaminoso. Entregarse al vacío con la esperanza de que Alex la viera, la entendiera y consiguiera salvarse.

Salvarse él y también a ella. Sería genial si encontraran la manera de salvarla. O que Jim apareciera de repente entre las estrellas para rescatarla. Rio entre dientes. Naomi tenía claro que lo iba a intentar. Su Jim siempre se las apañaba para hacerse el héroe. Ahora sabía lo que Naomi había sentido todas las veces que él había apretado los dientes para luego lanzarse de cabeza a los problemas. Era una pena que no estuviera allí con ella para echárselo en cara, porque quizá nunca llegaría a darse cuenta. O quizá sí. Los años le habían hecho cambiar y ya no volvería a ser el mismo de antes.

«Cuidado. No acercarse. Peligro de explosión.»

Naomi había vuelto a perder el hilo de la cuenta atrás. ¿Dos minutos? ¿Uno? No lo sabía. Se dio cuenta de que había empezado a tararear una melodía que había oído de pequeña y de la que no se sabía la letra. Puede que ni siquiera estuviese en un idioma comprensible para ella. Daba igual. Le alegraba disfrutar de la compañía de la música. Estaba agradecida, aunque quizá no fuese por la canción, sino por tener la posibilidad de no morir asfixiada.

«Vale, muy bien. Si todo va a acabar así, pues que así sea. He hecho cosas de las que arrepentirme, pero ninguna que no me permitiera seguir adelante. Aunque sí alguna en la que morir no era mala opción —pensó mientras contemplaba el universo—. Pero, si es posible, no diría que no a vivir un poco más.»

Algo se movió a su izquierda desde atrás. Era enorme, metálico, brillaba a la luz del Sol y se acercaba a toda velocidad. Parecía un misil que avanzara en dirección a la estrella para escapar de algo. No tenía el motor encendido, algo muy extraño que no tenía mucho sentido. Se preguntó si...

Sintió el impacto en el centro de la espalda, violento como si alguien la hubiese agredido. Notó que un brazo la envolvía sobre los hombros y que una pierna le rodeaba la cintura para inmovilizarla. Hizo un amago de zafarse por inercia, pero quienquiera que fuese la había pillado bien. No podía escapar. Sintió que una de las manos libres de aquella persona empezaba a palparle el traje, y luego que presionaba algo duro y metálico contra el lugar del muslo en el que iban las botellas de oxígeno.

Le estallaron los oídos cuando la presión cambió de improviso en el interior del traje. Sintió que un aire limpio y algo astringente le henchía los pulmones. Una botella nueva. Estuvo a punto de reír. La habían agarrado para rescatarla. El recién llegado hizo algo que Naomi no fue capaz de descifrar, y luego le enganchó un cable en la cintura y la soltó. Empezaron a rotar juntos, cara a cara, y el recién llegado le agarró el casco y lo pegó al suyo.

—¿Bobbie? —preguntó Naomi.

—¿Qué tal? —gritó la ex marine de Marte con una sonrisa en el gesto. El sonido de su voz pasó de traje a traje y se oyó muy lejano para ser alguien que la estaba agarrando con las manos—. Sabía que te encontraría aquí.

—Diría que me alegro mucho de verte —gritó también Naomi—, pero eso sería quedarme muy corta. ¡La nave! Está programada para hacer que la botella pierda contención si otra nave activa la alerta de proximidad.

Bobbie frunció el ceño y asintió. Naomi vio que la boca de la mujer articulaba unas palabras,

como si le estuviera pasando la información a alguien. A Alex. Naomi vio que luego Bobbie atendía a una respuesta que ella era incapaz de oír. Parecía mayor que la última vez que la había visto. Era guapa. Dijo algo más por el micrófono y luego volvió a unir los cascos.

—Voy a empezar a movernos —gritó Bobbie—. Tenemos que quedar apuntando al Sol con los pies. Poco a poco y con cuidado para recibir menos radiación. ¿De acuerdo?

La mente de Naomi bullía con preguntas que no necesitaban respuesta.

—Muy bien —gritó.

—¿Crees que necesitas ayuda médica inmediata?

—Lo más seguro es que sí. Ha sido un día muy complicado.

—Qué graciosa —gritó Bobbie con una voz que denotaba que el chiste no le había hecho gracia—. ¿Crees que necesitas ayuda médica inmediata?

—No, no lo creo.

—Muy bien. Pon los brazos sobre mis hombros y haz fuerza con los antebrazos. —Bobbie se echó unos centímetros hacia atrás y le indicó cómo tenía que hacerlo. Naomi le dedicó el gesto cinturiano que significaba «Recibido» y «Entendido». Unos segundos después, se activaron los propulsores de la armadura de Bobbie, y Naomi volvió a recuperar su peso. Sintió como si la levantasen para llevarla hacia las estrellas. El penacho del motor de la *Chetzemoka* resplandecía tanto como el Sol y hacía que la estructura negra de la nave pareciese mucho más pequeña. Naomi la vio caer poco a poco hacia el astro, y después de unos minutos que le resultaron largos y casi interminables, desapareció bajo ellas.

No cabían en la pinaza. Ni de lejos. La nave estaba hecha para una persona, quizá dos, y ahora eran cuatro, uno de ellos con servoarmadura. El aire estaba caliente y muy denso, y los recicladores habían empezado a fallar y a hacer sonar las alarmas. Alex apagó el reactor e hizo que los sistemas tiraran de las baterías para generar menos calor.

—Podríamos acelerar —dijo Alex—, pero tenemos cuatro personas y la mitad de asientos de colisión.

Estaba sentado en el único asiento que quedaba en la parte frontal de la nave. Bobbie estaba acucillada en la parte rota de la cubierta donde antes se encontraba el otro asiento. La puerta al compartimento trasero estaba abierta, y el primer ministro de Marte flotaba en el interior con una camiseta manchada de sudor, lo que le daba al lugar un ambiente onírico. Naomi flotaba cerca del techo, y Alex había configurado las pantallas de pared para que mostrasen el exterior. La imagen no era tan vívida como la realidad y no consiguió engañar a Naomi.

La *Chetzemoka* se encontraba bajo ellos, un punto negro y giratorio recortado contra un sol blanco. La vio en los bordes de las pantallas que estaban cerca del suelo. Alex también había hecho que los sistemas de la *Jabalí* marcaran las naves de escolta de la ONU que se acercaban y, en azul, la *Rocinante*.

—Vaya —empezó a decir Alex—. Segunda... eras tú la que estaba ahí fuera. No me lo esperaba.

—La verdad es que yo tampoco esperaba encontrarte aquí, Alex —dijo Naomi.

La sangre que le corría por las venas la hacía sentir rara, la sentía pausada y apresurada al mismo tiempo. También le costaba enfocar la vista. Al menos ya no tenía las manos tan hinchadas. El tiempo que había pasado trabajando entre los cascos seguro que había ayudado a su circulación. O eso creía. Le dolía todo el cuerpo, y las náuseas aún le seguían revolviendo las tripas. Tenía hinchadas y en carne viva las quemaduras provocadas por los veintidós segundos que había quedado expuesta al Sol al saltar de nave a nave, pero al menos no le habían salido ampollas. Seguro que mudaría la piel muerta tan pronto como sanaran. Se había bebido un litro de

agua de una burbuja al subir a la *Jabali*, pero aún no había ido al baño. El dolor de cabeza de la deshidratación empezaba a remitir. Bobbie le había ofrecido analgésicos, pero algo le decía que era mejor esperar a llegar a una enfermería antes de tomarse nada.

Se dio cuenta de que acababa de perder la consciencia. Bobbie y el primer ministro hablaban sobre los mejores restaurantes de fideos de los principales barrios de Londres Nova. El aire era denso, olía a cerrado y cada vez se notaba más el mal olor de los cuerpos. Naomi estaba sudando en el interior de su traje de aislamiento cutre. El punto azul que era la *Rocinante* se había convertido en un halo, que pertenecía al motor que la nave había apuntado hacia ellos para realizar la maniobra de desaceleración e igualar la trayectoria.

Naomi vio con el rabillo del ojo una oscuridad que no tardó en desaparecer.

—Alex —dijo antes de empezar a toser tanto que Bobbie tuvo que agarrarla. Cuando terminó de aclararse los pulmones, volvió a intentarlo—. Alex, ¿podrías prestarme algunos de esos misiles?

—Depende, segunda —dijo el piloto—. ¿Para qué los quieres?

—Para destruir esa nave —respondió Naomi.

—Ya da igual —dijo Alex—. Hemos advertido a todo el mundo de que es una trampa. Nadie va a...

—No es por eso. Es porque quiero que desaparezca.

«Porque intenté dársela a mi hijo en lugar de darle una infancia. Porque gasté mi dinero en ella y terminó por convertirse en una trampa para mí y para la gente a la que quiero. Porque todo en ella ha sido un error.»

—Ah. Parece que está registrada a nombre de una supuesta Cooperativa de Disminución de Riesgos Edward Slight. ¿Crees que les importará que la hagamos saltar por los aires?

—No pasará nada —respondió Naomi.

El primer ministro levantó un dedo.

—Yo creo que...

—Misiles fuera —dijo Alex al tiempo que le dedicaba al hombre una sonrisa como disculpa—. Eres el líder de mi gobierno, Nate, pero ella es mi segunda de a bordo.

—¿Nate? —preguntó Naomi—. ¿Tratas de tú al primer ministro?

—No te pongas celosa —dijo Alex al tiempo que abría una ventana en las pantallas. La nave era poco más que un pequeño borrón giratorio recortado contra el Sol que desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

«Lo siento, Filip», pensó Naomi.

Luego se volvió hacia la *Rocinante*, que cada vez estaba más cerca.

Holden

SI LA enfermería pudiese haber arqueado una ceja y haber hecho chasquidos enfáticos con la lengua, lo habría hecho. En lugar de eso, proyectó una lista de alertas color ámbar tan larga que Holden tuvo que desplazar la pantalla hacia abajo para leerla por completo. Naomi gruñó cuando la aguja se le clavó en la vena y el cóctel del sistema médico empezó a penetrar en su flujo sanguíneo. Holden se encontraba sentado junto a ella y le sostenía la otra mano.

Pasarla de la *Jabalí* hasta la *Rocinante* no había tenido mucha complicación. Después de que ambas naves hubiesen igualado la trayectoria, Alex había acercado la pinaza a la esclusa y los cuatro se habían mudado de nave. Holden la había esperado al otro lado de la puerta, incrédulo ante la certeza de que al fin iban a estar juntos de nuevo. Fred Johnson también se encontraba allí y llevaba puesto un uniforme adecuado para recibir a una importante eminencia política. Le resultó extraño descubrir cuánto cambiaba Fred ante una situación así, era una transformación sutil, pero al mismo tiempo tan profunda que daba la impresión de que hasta le había cambiado la forma del cráneo. Holden se cuestionó si Fred también fingía cuando trataba con él. Nunca lo sabría.

Cuando terminó el ciclo de apertura de la puerta interior, Holden se olvidó de Fred, del primer ministro de Marte, de la destrucción de la Tierra y de todo lo que no fuese Naomi. La mujer tenía la piel cenicienta en las zonas quemadas por la radiación. También unos ojos inyectados en sangre que aquejaban un profundo cansancio. Entró en la estancia con mucho cuidado, como si la más mínima sacudida pudiese ser muy dolorosa. Era lo más bonito que Holden había visto jamás. Sintió que, ahora que al fin la volvía a ver, era él el que regresaba a casa en realidad. Naomi le dedicó una sonrisa al verlo, y él se la devolvió. Fred Johnson y Nathan Smith se dedicaban alguna especie de saludo formal a lo que bien podían ser unos pocos metros o kilómetros. Le daba igual.

—¿Qué tal? —saludó Holden.

—¿Qué tal? ¿Has cuidado la nave en mi ausencia?

—Hemos tenido algún que otro problema con el mecánico, pero creo que está solucionado —dijo Holden.

En ese momento, Bobbie le puso una recia manaza en el hombro y dijo:

—Enfermería.

Y Naomi se dirigió hacia el ascensor mientras usaba a Alex para apoyarse. Parecía estar herida, agotada y casi muerta. Pero lo había visto y había sonreído, y eso era lo único que Holden necesitaba.

Sonó la alarma, una cuenta atrás y volvieron a notar la gravedad. Naomi tosió. Fue un sonido flemático y doloroso, pero la enfermería no parecía estar muy preocupada. A la máquina no se le daba muy bien tratar a los pacientes.

—¿Crees que deberíamos llevarte a un médico? —preguntó Holden—. Quizá es lo mejor.

—¿Ahora? —dijo Naomi.

—O en otro momento. Por tu cumpleaños. Cuando sea.

Las palabras salían de su boca sin dar tregua a su cerebro, y Holden no se preocupó por controlarse. Naomi había vuelto. Estaba allí con él. Sintió cómo empezaba a desaparecer el pánico inmenso que había tratado de obviar.

Holden se dio cuenta de que seguro que así era como se había sentido ella cuando él había entrado en la *Agatha King* o cuando se lanzó a la estación que había en el centro de la zona lenta. También cuando había bajado a la superficie de Ilo. Eso era lo que le hacía en realidad siempre que él creía que la estaba protegiendo de un peligro.

«Vaya. Menudo gilipollas estoy hecho», pensó.

Naomi abrió los ojos, dos rendijas relucientes, y también le dedicó una sonrisa.

—¿Me he perdido algo?

—Más o menos. Mi mente divagó por un instante, pero ya he vuelto. Y tú también. No sabes cuánto me alegro.

—Yo también me alegro de haber vuelto a casa.

—Pero mientras estabas... Mientras estábamos... Mira, cuando estaba en la estación Tycho empecé a hablar con Monica. Y con Fred. A Fred le hablé sobre ti, nosotros, lo que yo estaba autorizado a hacer y lo que pensaba. Y con Monica comenté mis razones para mentir y si ella tenía algún poder sobre la gente y si era ético o responsable usarlo. Y he estado pensando...

Naomi levantó una mano con la palma hacia fuera y frunció el ceño.

—Si estás a punto de decirme que te has liado con Monica Stuart, que sepas que este quizá no es el mejor momento.

—¿Qué? No. Claro que no.

—Bien.

—He estado pensando. En muchas cosas. De verdad. Y quería que supieras que sea lo que sea lo que has estado haciendo y lo que has sufrido, no tienes por qué decírmelo si no quieres. Tengo mucha curiosidad y ganas de saberlo, claro, pero sea lo que sea solo es asunto mío si tú quieres que así sea.

—Muy bien —dijo Naomi, que volvió a cerrar los ojos.

Holden le estrechó la mano. Tenía los nudillos pelados y también un moretón en la muñeca.

—Eso de «muy bien» significa que...

—Significa que yo también te he echado de menos y que estoy muy contenta de estar aquí. Y también si podrías traerme una burbuja de té verde.

—Claro —dijo Holden—. Claro que puedo.

—No te des mucha prisa. A lo mejor me echo una siesta.

Holden se detuvo en la escotilla y miró hacia atrás. Naomi lo miraba. Tenía los ojos cansados y el agotamiento no le permitía mover ni un solo músculo, pero aun así le dedicaba una sonrisa. Era todo un alivio ver que se alegraba de volver.

En la cocina se alzaba un parloteo de media docena de voces que se mezclaron hasta formar un entusiasmo sinfónico y también compartido que casaba muy bien con los sentimientos de Holden. Entró. Alex estaba sentado a una de las mesas con los pies sobre el asiento y hablando con Chava Lombaugh y Sun-yi Steinberg de cambiar de objetivos muy rápido para luego acelerar en una sola maniobra. Chava hablaba al mismo tiempo sin dejar de mover las manos para describir lo que fuera que estuviesen comentando. Sun-yi los miraba a ambos con gesto entretenido. Bobbie Drapper estaba sentada a la mesa contigua, inclinada sobre Sandra Ip y Maura Patel. Bobbie se había quitado la servoarmadura y llevaba un mono algo menos abultado que tenía la palabra TACHI estarcida en la espalda. Miró a Holden de reojo, sonrió y lo saludó con la mano. Él le devolvió el saludo, pero Sandra Ip ya había vuelto a demandar la atención de la marciiana, y Bobbie agitaba la cabeza para responder negativamente a una pregunta que no había oído.

Holden tuvo un recuerdo involuntario de su familia: ocho progenitores sentados para cenar

juntos con su único hijo al tiempo que tenían media docena de conversaciones con él y se iban turnando. Se dio cuenta de que era algo a lo que estaba acostumbrado, pero aun así sintió una paz y una tranquilidad indescriptibles. Actuaban y sonaban como una familia. Incluso la tripulación nueva, con la que Holden había intentado no sentirse incómodo, parecían primos lejanos que habían venido a visitarlos después de mucho tiempo en lugar de intrusos.

Alex se bajó del asiento y se acercó a él con una sonrisa en la cara. Se quedaron mirando un largo rato antes de rendirse y darse un fuerte abrazo, varias palmadas en la espalda y empezar a reír.

—No te vas a coger más vacaciones.

—Ni de broma, ¿eh? —dijo Alex—. Me cojo unas pocas semanas y todo se va al traste.

—Pero al traste de verdad. —Holden se acercó a la cafetera y lo acompañó—. Estas tienen que haber sido las peores vacaciones de la historia.

—¿Cómo está Naomi?

Holden cogió el té que más le gustaba a Naomi. La máquina soltó un repiqueteo calmado.

—Pues hidratándose. Me ha mandado a que le prepare algo de beber, pero creo que lo que quería en realidad era estar tranquila y que yo dejase de intentar hablar con ella.

—Puede que tarde un poco en recuperarse del todo.

—Sí, lo sé —dijo Holden al tiempo que cogía la burbuja de té. Olía a citronela y menta, aunque no había en la nave nada ni remotamente parecido. Sonrió—. La química es algo maravilloso, ¿sabes? Maravilloso.

—¿Sabes algo de Amos? —preguntó Alex, que dejó de sonreír al ver cómo se torcía el gesto de Holden. Intentó recuperar el tono apacible cuando siguió hablando, pero no consiguió engañarlo—. Bueno, no pasa nada. No sería la primera vez que estalla un planeta mientras él está en la superficie.

—Están empezando a confirmar los fallecimientos —dijo Holden—. Aún es pronto. Hay muchas cosas mal ahí abajo, y va a pasar mucho tiempo y cosas peores antes de que la situación empiece a mejorar. Pero lo he comprobado y no está en la lista.

—Son buenas noticias. Además, es Amos, ya lo conoces. Si muriese toda la población de la Tierra, él sería capaz de apilar los cuerpos para llegar hasta la Luna.

—Sí, es todo un superviviente —dijo Holden, pero se marchó a la enfermería con el humor algo más agrio.

Naomi no estaba en la estancia. La aguja que había tenido clavada en el brazo descansaba sobre el gel de la camilla, y el sistema médico requería atención. Sin soltar la burbuja, Holden revisó el tigre y la cocina antes de bajar a la cubierta de la tripulación.

Naomi estaba en su cama en posición fetal, los ojos cerrados y el pelo extendido sobre el gel. Emitía unos ronquidos suaves y animales de paz y tranquilidad. Holden le dejó el té en el escritorio que se encontraba junto a ella para que lo viese nada más despertar.

El centro de mando estaba en silencio, relativamente hablando. Gor Droga, uno de los técnicos de armas, se encontraba en su puesto vigilando la nave y escuchando algo con mucho ritmo por los auriculares. Lo único que Holden oía era una línea de bajo bastante regular y una frase ocasional cuando Gor se movía para cantar al unísono. Las letras eran algo cercano al francés sin llegar a ser francés.

Las luces estaban atenuadas y la mayor parte de la iluminación salía de los monitores. Holden no tenía unos auriculares a mano, por lo que dejó el volumen bajo y vio que entrevistaban a Monica Stuart. El hombre que hablaba con ella parecía estar ubicado en una estación que se encontraba en un punto L5, pero el retraso en la transmisión daba la impresión de haber sido

editado para que pareciese que se encontraban en la misma estancia.

—No, no me sorprende para nada que la APE ayude a escoltar al primer ministro Smith. Fred Johnson lleva años luchando para que la APE empiece a formar parte de las discusiones diplomáticas, y son los planetas interiores los que se han negado a ello. De hecho, me resulta muy irónico que esta serie de ataques realizados por la Armada Libre haya sido el catalizador que cimente la legitimidad de la organización a ojos de la Tierra y Marte.

La cámara pasó a enfocar al entrevistador.

—¿Está diciendo que no cree que la Armada Libre forme parte de la APE?

Volvió a centrarse en Monica. Holden rio entre dientes. Se había cambiado de blusa entre pregunta y pregunta. Se preguntó cuál había sido el retraso de la llamada antes de que se editase para la retransmisión.

—Para nada. La existencia de la Armada Libre es interesante porque, en parte, le da a los extremistas de la APE una bandera diferente que izar. Representa un compendio de los elementos que han impedido que los planetas interiores respeten al Cinturón. Y tenga en cuenta que Marte y la Tierra no fueron los únicos objetivos del golpe de Estado de la Armada Libre. Para los cinturianos, la estación Tycho tiene la misma importancia que la estación Ceres, y también la atacaron.

—Hay expertos que afirman que se ha producido un cambio de liderazgo en la APE. ¿Usted cree que es algo externo?

Monica asintió con solemnidad. Era un movimiento muy comedido que servía para hacerla parecer inteligente y reflexiva, pero también accesible. Lo había convertido en todo un arte.

—Bueno, Michael, hay momentos en los que hacer ese tipo de distinciones hace más por crearlas que por describirlas. Hemos presenciado cambios muy importantes en varios bandos. Parece que se ha confirmado que hay efectivos de la armada de Marte que han proporcionado equipo a la Armada Libre, y que el primer ministro Smith también formaba parte de sus objetivos. ¿Qué dirías al respecto? ¿Que hay un traidor en Marte o que hay una lucha interna por el poder? De hecho, creo que no deberíamos enfocar la situación en términos de ONU, República de Marte y APE, sino de un sistema tradicional que se enfrenta a una nueva amenaza. Es una situación que surge a partir de un conflicto, pero que se ha convertido en algo del todo diferente.

Fred rio entre dientes. Holden no lo había oído entrar, pero ahora vio que estaba junto a él mirando la pantalla por encima de su hombro. Holden pausó el vídeo y Fred se sentó frente a él.

—Periodistas que se entrevistan entre ellos... Una prueba fehaciente de que mi equipo de relaciones públicas lo está haciendo muy bien —dijo Fred.

—Creo que Monica está haciendo un buen trabajo —dijo Holden—. Al menos intenta contextualizar y darle sentido a lo ocurrido.

—También ha conseguido posicionarse como experta en mi persona. Y en la tuya, ya que estamos.

—Bueno, eso sí que es un poco raro. ¿Alguna otra noticia que deba saber?

Fred miró de reojo a Gor, frunció el ceño y luego se inclinó para tocarle el hombro. Gor se quitó los auriculares.

—Vaya a tomarse un descanso —dijo Fred—. Nosotros nos encargamos.

—Sí, señor —dijo Gor—. Cuidado con la temperatura, que estamos cerca de la corona solar.

—Tranquilo, lo tendremos en cuenta.

Gor se desamarró y se deslizó por la escalerilla. Fred lo miró marchar con una sonrisa en los labios.

—Aún recuerdo cuando podía bajar así por una escalerilla. Hace mucho ya.

—Yo tampoco lo hago ya.

—Quizá sea porque la edad nos vuelve más cobardes. O más sensatos —dijo Fred, que luego soltó un suspiro—. Inaros y sus naves aún no han llegado a la órbita de Saturno, y la piratería está repuntando en los planetas exteriores. Hay muchas naves coloniales cargadas de suministros y muy desarmadas.

—Normal. No esperaban una guerra civil.

—¿Crees que es eso a lo que nos enfrentamos?

—¿Dirías que no?

—Bueno, quizá. He hablado con Smith. No creo que Alex y Bobbie oyesen muchas de las conversaciones que tuvo en la *Jabalí*, ¿no?

Holden se inclinó hacia delante.

—No, no creo que lo espiesen. ¿Tú crees que sí?

—Esperaba que tu piloto sí lo hubiera hecho. Draper es demasiado patriota. No tenemos manera de confirmarlo, pero Smith afirma que hay una crisis en la armada. Puede que solo sea que alguien ha estado vendiendo artillería a Inaros, pero también que hayan realizado algún tipo de trueque.

—¿A cambio de la protomolécula? —preguntó Holden—. Todo ha sido por la protomolécula, ¿verdad?

—Tú, yo, los hombres de Drummer y quienquiera que se la llevase somos los únicos que sabemos que ha desaparecido. Lo mantendré en secreto todo el tiempo que pueda, pero cuando lleguemos a la Luna tendré que decírselo a Smith y Avasarala.

—Claro —dijo Holden—. ¿Por qué no ibas a hacerlo?

Fred parpadeó y luego soltó una risotada grave y vibrante que pareció salir de su estómago y abarcar todo el ambiente.

—Creía que habías cambiado, pero parece que aún tienes arraigadas algunas viejas costumbres propias de James Holden. No sé qué pensar de ti. De verdad.

—¿Gracias?

—De nada —dijo Fred. Un momento después añadió—: Algunas naves han empezado a acelerar hacia las puertas. Navíos militares marcianos. Me ayudaría muchísimo saber si están en el bando de Inaros o de otra persona.

—¿De la que se ha hecho con la protomolécula?

—Del que sea, en realidad. Tengo que hablar con Nagata.

El ambiente se enrareció de improviso.

—Vas a interrogarla.

—Así es.

—¿Y me estás pidiendo permiso?

—Quería ser educado.

—Yo hablaré con ella cuando esté algo más recuperada —dijo Holden.

—Me parece bien —dijo Fred al tiempo que se ponía en pie. Se detuvo al llegar junto a la escalera. Holden vio que se planteaba dejarse deslizar por la escalera tal y como había hecho Gor. Vio el momento en el que Fred decidió no hacerlo. En lugar de ello, bajó los escalones uno a uno, salió del centro de mando y la escotilla se cerró detrás de él. Holden volvió a reproducir el vídeo, pero no tardó en apagarlo. La cabeza no le daba para más.

Llevaba tanto tiempo intentando no pensar en la ausencia de Naomi, que ahora que había vuelto se sentía abrumado. Monica tenía razón. Las cosas habían cambiado, y Holden no sabía qué lugar ocupaba ahora en el panorama general. Aunque se apartase de Fred, Avasarala y la posición

política que le aportaba el hecho de ser una celebridad menor, ¿qué podía hacer una nave independiente en aquel Sistema Solar nuevo y tan cambiante? ¿Existían aún bancos que pudiesen pagarle si aceptaba un encargo de transporte de mercancías a las lunas jovianas? ¿Y los colonos que ya habían atravesado los anillos rumbo a esos mundos nuevos y alienígenas? ¿De verdad la Armada Libre iba a impedir que les llegasen suministros y que ellos enviaran materias primas e información sobre los descubrimientos?

Los ataques habían sido horribles, pero se podría decir que eran inevitables. Si los planetas interiores no se hubiesen pasado décadas demostrando a los cinturianos que eran insignificantes, quizá hubiera una manera... alguna forma de adaptar sus capacidades y su estilo de vida a este nuevo episodio de la expansión de la humanidad. Una manera de conseguir que todos los humanos y no solo una parte de ellos diesen un paso al frente.

¿Y cuánto tiempo iban Inaros y la gente como él a poder evitar que la afluencia de colonos atravesase los anillos? Quizá había algo que se le escapaba, alguna parte del plan de la que todavía no era consciente. Pensar en ello le hizo sentir pavor, una palabra más adecuada para definirlo que «miedo».

El monitor emitió un sonido. Era una solicitud de llamada de Alex. Holden la aceptó de buen grado.

—¿Qué tal, capi? —saludó Alex con una sonrisa—. ¿Cómo vas?

—Bien, creo. Estoy haciendo tiempo fuera del camarote para no despertar a Naomi. Supongo que se pasará doce o catorce horas durmiendo.

—Eres un buen tipo —aseguró Alex.

—¿Y tú qué tal?

—Le he estado enseñando a nuestro piloto provisional todas las formas de las que podría haber llegado hasta la *Chetzemoka* antes que yo.

—Pórtate bien —dijo Holden, aunque sabía que no iba a haber problema—. ¿Dónde estás? Voy contigo.

—En ingeniería —respondió Alex—. Lugar relacionado con la razón por la que quería hablar contigo. Tenemos buenas noticias de la Luna.

Amos

LOS *mechas* de carga movían palés de cajas de plástico blanco o gris por toda la extensión de los muelles de Aldrin, lugar que estaba ahogado en el parloteo de voces humanas y el repiqueteo y los chirridos de las máquinas. Stokes y el resto de los refugiados de la isla Rattlesnake se encontraban hacinados contra una pared gris e intentaban bloquear el tráfico de carritos lo menos posible mientras un funcionario con un terminal enorme los iba registrando uno a uno. El equipo de seguridad llevaba una armadura negra y estaba apostado con el ceño fruncido delante de la esclusa de aire de la *Zhang Guo*. Las pantallas de las paredes estaban programadas para mostrar la imagen del paisaje lunar, gris como las ruedas de un camión.

El sari rojo de Chrisjen Avasarala era una refulgente mancha colorida que destacaba en el lugar, y su voz hendía el alboroto como si todo estuviese en silencio.

—Pero ¡cómo que no podemos subir a la nave, joder! —dijo.

—No tenéis orden de registro —dijo Amos—. Y nadie va a subir a mi navío sin una orden de registro.

Avasarala ladeó la cabeza y luego miró a la mujer que estaba al mando del equipo de seguridad.

—Señora, creía que usted se entendería con él y no quería forzar la situación —dijo la jefa de seguridad.

Avasarala empezó a agitar el brazo como si aventase humo.

—Por el amor de Dios, Burton, sabes que esa no es tu puta nave.

—Claro que lo es —dijo Amos—. Es un rescate.

—No. Allanar un hangar privado y salir de allí montado en su nave no es un rescate. Es un robo.

—¿Está segura? Porque las cosas allá abajo estaban lo suficientemente mal como para considerarlo un rescate.

—Ten en cuenta que estamos bajo ley marcial, así que puedo hacer lo que me salga de los ovarios, incluido entrar en tu maldita navecita y hacer que te saquen de aquí atado como un puto cerdo y con un lacito. Así que ¿sabes lo que puedes hacer con tu jodida orden de registro? Puedes enrollarla bien y metértela fuerte por el culo. Venga, dime por qué me has hecho venir.

—Qué sepas que tener la posibilidad de hacer algo no significa que sea lo mejor para ti. Y que los lacitos no me quedan bien.

Avasarala se cruzó de brazos.

—¿Por qué me has hecho venir, Amos?

Amos se rascó la mejilla y miró por encima del hombro a la *Zhang Guo*. Stokes y todos los sirvientes habían salido, pero Erich, Bombón y el equipo de Baltimore aún seguían en el interior. Algunos de ellos, entre los que se incluía a Erich, no estaban registrados en el sistema o vivían con una identidad falsa.

—Te explico —empezó a decir Amos—. Si entras ahí, es posible que sientas la necesidad de hacer algo. Y al verte hacerlo, es posible que yo también sienta la necesidad de responder a ese algo. Y todos empezaremos a hacer cosas y acabaremos teniendo un día aún peor del que ya tenemos.

Avasarala se calmó y centró la vista a unos pocos centímetros a la izquierda de Amos. La

jefa de seguridad empezó a decir algo, pero Avasarala extendió el brazo para hacerla callar. Unos segundos después, la anciana gruñó, negó con la cabeza y se volvió hacia el equipo de seguridad.

—Pasad de la nave. Id a por una cerveza o haced lo que queráis. Todo despejado.

—Sí, señora —dijo la jefa de seguridad.

—Burton, más te vale que no me entere de que esto termina convirtiéndose en un problema y que la saques cuanto antes de mi luna sin que nadie la vea.

—Recibido, Chrissie.

—No me llames así. Soy la secretaria general en funciones de la Organización de las Naciones Unidas, no tu *stripper* favorita.

Amos extendió las manos.

—Podrías ser ambas cosas.

La risa de Avasarala reverberó en todo el embarcadero. El equipo de seguridad rompió filas y se marchó. Los *mechas* de carga continuaron con lo que estaban haciendo. Los carritos siguieron recorriendo el lugar de un lado a otro, como si alguien le hubiera dado un puntapié a un hormiguero.

—Me alegro de que sigas vivo —dijo la anciana cuando recuperó la compostura—. El universo sería un lugar mucho menos interesante sin ti.

—Lo mismo digo. ¿Qué tal va la recuperación del planeta?

—Como el culo —dijo al tiempo que agitaba la cabeza—. Seguimos perdiendo miles de personas cada día. Puede que hasta decenas de miles. Allá abajo se están quedando sin comida, y aunque tuviésemos arroz suficiente para todos, las infraestructuras están tan tocadas que no hay manera segura de distribuirlo. Eso sin mencionar que en cualquier momento podría volver a caer otra de esas putas rocas.

—¿Tu hija está bien?

—Ashanti y su familia están bien. Ya han llegado a la Luna. Gracias por preguntar.

—¿Y tu chico? ¿Arjun?

Avasarala sonrió, pero el gesto no se reflejó en sus ojos.

—No he perdido el optimismo —respondió—. La *Rocinante* está de camino. Al fin podrás volver a subirte a una nave que no ponga en entredicho tu hombría, machote.

—Me alegra saberlo. Esta barcaza no estaba hecha para mí.

Avasarala se dio la vuelta y se perdió entre la multitud con dificultad. Al parecer no estaba acostumbrada a la poca gravedad del lugar. Amos supuso que no habría pasado mucho tiempo de su vida fuera del pozo de gravedad. Aprender a flotar en el espacio era una habilidad que requería práctica. Amos se estiró, se dio la vuelta sobre los talones y esperó a que todos los del equipo de seguridad hubieran desaparecido. Había pocas posibilidades de que se pusiesen con tonterías después de recibir la orden directa de Avasarala, pero Amos prefirió ser precavido.

Mientras esperaba, dos cinturianos con el uniforme de trabajo de los muelles de Aldrin se apresuraron para pasar junto a él con la cabeza gacha. La Luna iba a ser un lugar terrible en el que ser un cinturiano durante muchísimo tiempo, aunque seguro que antes tampoco es que fuese la panacea. Se dirigió hasta la *Zhang Guo* y la puerta exterior de la esclusa se abrió al acercarse, como si le diese la bienvenida.

El interior de la nave era muy feo. La membrana antimetralla de los pasillos era de un rojo oscuro e imitación de terciopelo con flores de lis doradas repartidas por la pared en un patrón extraño que nunca se repetía. Las escotillas estaban esmaltadas de azul regio y dorado. El lugar estaba atestado de unos asientos de colisión enormes, en las esquinas de las estancias y también en huecos que había en los pasillos. Los recicladores de aire impregnaban el lugar de un hedor a un

incienso de sándalo sin humo. En resumen, la nave era la encarnación del típico burdel hecho por un diseñador que nunca había estado en uno de verdad. La estación de seguridad era básica, con un diseño nada agraciado y también estaba escasa de material, pero el equipo de Erich había ocupado el lugar como si fuese más que suficiente. Incluso Machorra, que aún llevaba vendas, tenía un fusil cargado apuntando hacia el pasillo.

—¿Qué tal? —saludó Amos—. Todo bien. No van a entrar.

Sintió que una brisa recorría el lugar cuando se alivió la tensión del momento, una brisa que en realidad fue el sonido de los cargadores al salir de los fusiles de asalto.

—Muy bien —dijo Erich al tiempo que levantaba una pistola con su mano buena—. Tyce, recoge todas las armas. Joe y Kin, vigila la esclusa. No quiero que nadie nos sorprenda.

—No lo harán —aseguró Amos—, pero podéis hacer lo que queráis.

—¿Tienes un minuto? —preguntó Erich mientras le daba su arma a un hombre de cuello musculoso que Amos supuso que era Tyce.

—Claro —dijo Amos. Empezaron a caminar hacia el ascensor.

—¿Esa era de verdad la líder de la Tierra?

—Hasta que ella misma convoque unas elecciones, supongo que sí. Nunca le he prestado mucha atención a cómo van esas cosas.

Erich soltó un gruñido breve y evasivo. Tenía el brazo malo encogido contra el pecho y cerrado en un puñito. Había metido la mano buena en un bolsillo. Era una postura que le hacía parecer muy nervioso.

—Y... ¿y la conoces? ¿La conoces tanto como para pedirle favores?

—Pues sí.

Cuando llegaron al ascensor, Erich tocó con fuerza el indicador de la cubierta de operaciones. No era donde Amos quería ir, pero parecía que la conversación iba a alguna parte, así que decidió esperar. El ascensor empezó a moverse entre tambaleos y luego ascendió hacia los techos altos de la nave.

—Todavía no sé si estoy en una nave o en un puto cojín decorativo —dijo Amos.

—No sé decirte —aseguró Erich—. Es la primera nave a la que subo.

—¿En serio?

—Nunca había salido de la atmósfera. Esto de la baja gravedad me resulta muy extraño.

Amos se puso de puntillas con cuidado y notó que estarían a un sexto de g, más o menos. La verdad es que no le había prestado mucha atención.

—Te acostumbras.

—Supongo. Tú lo has hecho —dijo Erich—. ¿Y cómo la conociste?

—Nos vimos de mierda hasta el cuello, y unos tipos a los que ella perseguía intentaron matarnos. Se puso de nuestra parte e intentó salvarnos.

—Y ahora sois amigos.

—Conocidos amistosos —apuntilló Amos—. No puedo decir que tenga muchos amigos.

El ascensor se detuvo con una pequeña sacudida que no debería haber hecho. El centro de mando estaba lleno de superficies negras y la cubierta era de un marrón oscuro como el chocolate. Las paredes tenían vetas parecidas a las de la madera, y las consolas y los asientos estaban tapizados de cuero falso. O quizá incluso de verdad. Tampoco es que él supiese cómo diferenciarlos. Erich se dejó caer en uno de los asientos y se pasó la mano buena por el cuero cabelludo.

—¿Sabes? —empezó a decir—, no podrías haber hecho esto sin nosotros. Sin mí ni sin tu amiga la prisionera. Y ahora encima conoces a la líder del puto gobierno. Perdona, pero me has

dejado a cuadros.

—Bueno, yo...

—No, sé que tú hubieses hecho algo, pero no lo que hemos hecho juntos. No podrías haber hecho lo mismo. Para realizar este plan nos necesitabas a nosotros. A todos. Y lo único que nosotros tenemos en común es a ti.

Amos se sentó frente a él. Erich no lo miró directamente a los ojos.

—Diría que «plan» es una palabra que le queda un poco grande —dijo—. Solo iba usando lo que tenía a mano.

—Ya, pero lo importante es que tenías cosas a mano. Yo pasé muchos años en Baltimore y la conozco como la palma de mi mano. La conocía. Y ahora estoy aquí con todos los míos, pero este lugar es del todo desconocido para mí, ¿sabes? ¿Quién se encarga de suministrar las drogas en este lugar? ¿Cómo falsificas una identidad? O sea, entiendo que la lógica es la misma, pero...

Erich giró la vista hacia la pared como si mirase algo. Amos hizo lo propio, por asegurarse.

—No sé lo que vamos a hacer ahora. No sé lo que voy a hacer. Hay gente que depende de mí para que la ayude a superar a la madre de todas las turbulencias, pero no sé adónde llevarlos ni lo que vamos a hacer.

—Sí, es una mierda.

—Sí que lo eres —dijo Erich.

—¿Que soy una mierda?

—Mira. Tú has estado aquí fuera. ¿Este lugar? ¿Todo esto? Es tu barrio. Conoces a gente y sabes cómo funcionan las cosas. Sabes cómo mantener vivos a los tuyos.

—Diría que sobreestimas la cantidad de tiempo que dedico a analizar las cosas —afirmó Amos—. Tengo una nave y tres amigos. Reconozco que es mucho, pero el resto solo son cosas que me han ido ocurriendo por el camino.

—Pero son esas cosas las que nos han traído hasta aquí. —Erich pasó a tener una mirada inclemente—. Tenía tanto dinero guardado que podría haberme comprado una nave pequeña. No una buena, pero una al menos. También podría haberlo usado para reubicar al equipo en algún lugar. Una de las estaciones Lagrange o Palas o... donde fuese. Podría haber vuelto a empezar. Quizá también dedicarme a otra cosa. Si quieres convertirte en nuestro líder, te cederé el puesto de buen grado.

—Vaya —dijo Amos—. No, claro que no.

—Estarán mejor contigo que conmigo.

—Sí, pero no los conozco lo suficiente como para que me importen. Tengo otras cosas de las que preocuparme y no puedo hacerlo.

No supo distinguir si lo que vio en la mirada de Erich fue alivio o decepción. Quizá ambos. Lydia seguro que lo habría sabido. O Naomi. O Holden. Alex puede que también. Para él no fue más que un cambio en la tensión muscular que bien podría no haber significado nada.

—Pues tendré que hacerlo a mi manera —dijo Erich—. Si lo consigo, saldremos de aquí dentro de unos días.

—Muy bien —convino Amos.

Sentía que la conversación no podía quedar ahí. Erich era la persona viva que conocía desde hacía más tiempo. Aunque se volvieran a ver una o dos veces, esas palabras pondrían el punto y final a algo. Las vidas de ambos podrían haber sido muy diferentes si Amos le hubiese dado otra respuesta. Sabía que tenía que decir algo más, pero como no se le ocurría nada, volvió al ascensor y se dirigió al taller.

Bajar a la zona técnica de la *Zhang Guo*, el lugar que los propietarios y sus invitados no

pisaban nunca, era como llegar a una nave completamente diferente. Todo el brillo y la belleza de antes se tornó en un diseño limpio y utilitario que no era tan bueno como el de la *Roci*, pero sí mejor que el de cualquier otra nave en la que Amos hubiese trabajado. Todas las esquinas habían sido suavizadas para prevenir golpes graves. Los cajones y los armarios del taller estaban cerrados con pestillos. El aire olía a filtros nuevos y a lubricante. Alguien había mantenido aquel lugar limpio y en mejor estado que el que merecía una lanzadera orbital venida a más. Amos se preguntó si el responsable aún seguía vivo. No era una pregunta que pudiese responder, por lo que no gastó mucha energía en ella.

Bombón estaba sentada a una mesa de trabajo. La ropa que habían conseguido durante el viaje a Baltimore contrastaba demasiado con aquel ambiente tan limpio y organizado. Tenía una rasgadura en el hombro y aún le quedaba demasiado grande. Daba la impresión de que podía nadar en el interior. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo con una brida y movía las manos con rapidez y precisión sobre un estuche abierto de electrónica modular. Movía las manos igual que un pianista en uno de esos antiguos vídeos. No levantó la cabeza al oír entrar a Amos, pero sonrió.

—Tengo algo para ti. He conseguido rescatar un terminal portátil. Uno que funciona. Lo he conectado a la red local. Cuando termine de configurarlo, es todo tuyo.

Amos sacó el asiento que se encontraba enclavado en el mamparo de la nave junto a ella. Clarissa le pasó el terminal, pero tampoco lo miró a la cara.

—Según Chrissie, esto no es un rescate.

—Bueno, pues he liberado uno. Iba a preparar uno para mí, pero no puedo. No tengo ningún lugar al que conectarme.

—Podrías usarlo como uno desechable —dijo Amos al tiempo que empezaba a introducir su información personal en el aparato—. Puedes conectarte igualmente.

—¿Qué más da?

—Bueno, si no lo ves necesario, tampoco hace falta.

Clarissa suspiró. Había lágrimas en sus ojos, y una sonrisa adornaba su rostro.

—Lo conseguimos. Hemos llegado a salvo a la Luna. Tal y como queríamos.

—Sí.

—¿Sabes lo que eché mucho de menos mientras estaba en el Foso? Que las cosas tuviesen un sentido. Me daban de comer, me mantenían con vida y teníamos un grupo de terapia en el que hablábamos de nuestros traumas infantiles y esas cosas, pero no podía hacer nada que tuviese un sentido. No podía trabajar. No podía hablar con alguien de fuera de la prisión. Solo vivía por vivir hasta que, tarde o temprano, muriese y metieran a otro en mi celda.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. Se había quemado el pulgar con algo, con un soldador eléctrico o con el cañón de un arma, y tenía la piel suave y rosada. Seguro que le dolía.

—No voy a volver a ese lugar.

—Bombón, ese lugar ya no existe. Además, estoy muy seguro de que Chrissie sabe que estás a bordo. Parece que lo ha dejado estar, así que mientras no hagamos nada raro y actuemos con normalidad...

La mujer soltó una carcajada breve y amarga.

—¿Y luego qué? No puedo ir contigo, Amos. No puedo ir en la *Rocinante*. Intenté matar a Holden. Intenté mataros a todos. Y asesiné. A gente inocente. Nunca podré librarme de eso.

—Eso casa muy bien con lo que somos en esa nave —dijo Amos—. Entiendo que ver de nuevo a la tripulación te ponga un poco nerviosa, pero todos sabemos lo que eres y lo que hiciste.

También lo que nos hiciste a nosotros. No es nada nuevo. Podemos hablarlo e intentar que funcione.

—Tengo miedo de que salga mal y Holden me vuelva a llevar ante las autoridades y...

Amos levantó una mano.

—Te olvidas de algo, Bombón. De algo que todo el mundo parece olvidar. Deja que te lo explique. No hay vuelta atrás, y todavía no sabemos cómo va a acabar esto. El gobierno que te metió en prisión existe a duras penas. El planeta que te metió en prisión va a convertirse en la tumba de miles de millones de personas dentro de poco. Ahora mismo, asegurarse de que cumples tu condena no está entre sus prioridades. Hay una nueva armada entre nosotros y el Anillo, y sigue habiendo miles de sistemas planetarios que podemos arruinar igual que hemos hecho con este. Sí, entiendo que te preocupe lo que hubiera sido de ti si nada de esto hubiera ocurrido, pero algo me dice que no te estás ateniendo a los hechos.

—¿A qué hechos?

—A que las cosas ya no son como antes.

—¿Qué ha cambiado?

—Todo —aseguró Amos—. La Tierra está en las últimas y Marte es poco más que un pueblo fantasma. Todo está cogido con pinzas. No se sabe quién es dueño de nada. Tampoco quién decide quién es el dueño de las cosas ni cómo funciona el dinero ni quién envía a la gente a prisión. Erich la acaba de llamar la madre de todas las turbulencias, y creo que no se equivoca. Es un nuevo comienzo para todos, y...

Le sonó el terminal portátil. Amos lo miró. El diseño era mejor que el que tenía antes, y el interfaz era un poco diferente. Le llevó unos segundos intentar averiguar qué significaba aquel sonido. Silbó entre dientes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bombón.

Amos giró la pantalla hacia ella.

—Setenta mensajes y veintitrés solicitudes de llamadas. Desde antes de que cayesen las rocas.

—¿De quién?

Amos miró la lista.

—La mayor parte son de Alex. Unos pocos, del capitán. Joder. Tengo seis horas de vídeo de Alex intentando hablar conmigo.

El gesto de Bombón se torció en una sonrisa exigua que no dejaba de ser una sonrisa.

—Al menos tienes gente que se preocupa por ti.

Alex

—¿UNA bicicleta?

Amos se inclinó sobre la barra.

—Claro. No necesitan combustible, no les suele pasar nada y te puedes encargar por ti mismo de la mayor parte de las reparaciones que necesitan. Las bicicletas son el vehículo postapocalíptico perfecto.

Alex le dio un sorbo a la cerveza. La elaboraban en un pub que estaba en ese mismo pasillo y tenía sabor a lúpulo y un color rojizo.

—Supongo que nunca lo había visto desde esa perspectiva.

La suite de la Luna era mayor que las que les habían dado en la estación Tycho, aunque muy parecida. Tenía cuatro dormitorios que se abrían a una zona común muy amplia. También una pantalla de pared que se curvaba alrededor de la estación y en la que se apreciaba un idealizado paisaje lunar mucho más fotogénico que el de verdad. De vez en cuando, una chica «alienígena» animada aparecía de detrás de una roca, ponía gesto sorprendido y se volvía a ocultar al momento. Alex sabía que era guapa, pero hubiese preferido contemplar el paisaje real.

—Sea como fuere, no quería atravesar Washington. Hay demasiada gente y no me apetecía pedalear con las aguas residuales hasta las rodillas si las alcantarillas habían dejado de funcionar. ¿No crees?

—Tiene sentido.

Holden estaba en la *Rocinante*. Naomi dormía en su camarote. Había dormido mucho desde que la *Rocinante* los había rescatado a todos del vacío. El sistema médico aseguraba que estaba mejorando poco a poco y que su cuerpo estaba bien, pero Alex estaba preocupado. No porque necesitase dormir, sino porque en realidad no fuese así y estuviera fingiendo. Volver a estar allí con Holden, Amos y Naomi era un alivio indescriptible. Quería que aquel fuera el fin de su separación y que todo volviese a ser como antes como si no hubiera pasado nada.

Pero las cosas no iban a ser como antes. Alex notó ligeras diferencias en Amos ahora que acababa de tener aquella charla con él. Una especie de abstracción, como si no estuviese del todo presente y dividiese su atención entre Alex y algo más. Naomi llevaba en observación médica desde que habían llegado, y los doctores solo habían permitido a Holden hablar con ella. Sería mala señal que Naomi estuviese forzando la situación para estar sola. No sabían todo por lo que había pasado para acabar dentro de la Armada Libre y luego escapar, pero era obvio que había sido una situación traumática. Así pues, Alex intentó disfrutar de la paz y el sosiego de haber recuperado a su tripulación e ignoró la ansiedad cada vez mayor que lo atormentaba, la sensación de que las cosas también habían cambiado en su nave, tal y como lo habían hecho los gobiernos y los planetas del Sistema Solar.

El terminal de Amos emitió un sonido. El hombre se bebió el medio vaso de cerveza que le quedaba y luego enseñó los dientes.

—Tengo que ir a hacer algo.

—De acuerdo —dijo Alex al tiempo que tiraba el resto de la suya por el fregadero—. ¿Adónde vamos?

Amos titubeó, pero solo una fracción de segundo.

—Al muelle. Tengo que ir a buscar algo para llevarlo a mi taller.

—Genial —dijo Alex—. Vamos.

Las estaciones de la Luna eran el hábitat más antiguo de la humanidad fuera de la Tierra. Se extendían por la superficie del satélite y penetraban en el interior. Las luces que había enclavadas en las paredes brillaban con un tono cálido y amarillento y se proyectaban por los techos abovedados. La gravedad, más baja allí que en Marte, Ceres o Tycho, era peculiar y placentera, como la de una nave de paseo sin prisa por llegar a ninguna parte. Olvidar la tragedia que seguía teniendo lugar a algo menos de cuatrocientos mil *klicks* sobre sus cabezas casi parecía posible. Casi.

Amos continuó hablando sobre lo que le había ocurrido en el pozo de gravedad, y Alex lo atendió a medias. Los detalles de la historia darían para cientos de conversaciones cuando volvieran a estar en la nave con la misión de ir a algún lado. No importaba que no lo oyese todo ahora, y la cadencia tan familiar de la voz de Amos era como oír una canción que le gustaba y que no había oído en mucho tiempo.

Cuando llegaron al muelle, Amos se puso a buscar por los pasillos hasta que se encontró con alguien a quien conocía y que estaba sentada en una caja de almacenamiento de plástico. Era azul y tenía unos rayones blancos en un lado que parecían como si alguien hubiese pintado olas. La mujer era de compleción fuerte y llevaba el pelo recogido en trenzas africanas negras, la piel marrón oscuro y un brazo escayolado.

—¿Qué tal, Machorra? —saludó Amos.

—Hombretón —dijo la mujer. No saludó a Alex—. Aquí lo tienes.

—Pues gracias.

La mujer asintió y se marchó. La baja gravedad parecía afectarle más que al resto de las personas que tenía alrededor. Amos alquiló un *mecha* de carga, cogió la caja y empezó a dirigirse hacia la *Roci* con Alex detrás.

—¿Puedo preguntarte qué hay ahí dentro?

—Mejor no —aseguró Amos—. Pues mira, estábamos en esa isla que solía estar llena de ricachones antes de que se cargaran el pozo, ¿vale? Y descubrimos que la mayoría de las naves ya no estaban en...

La *Rocinante* tenía todo un embarcadero con atmósfera para ella sola, no solo un espacio en una plataforma de lanzamiento y un conducto para llegar a la esclusa. El casco exterior estaba hecho de titanio y cerámica, y el metal pulido y la pintura negra del casco estaba tachonado de CDP y baterías de sensores. El cañón de riel montado en la quilla se abría en la proa como una boca que le dedicara un gesto de sorpresa. A la luz artificial del hangar, la nave parecía mucho menos espectacular de lo que había sido a la luz del Sol sin filtrar, pero no menos bonita. Ya no tenía marca alguna, pero eso no le quitaba nada de personalidad. Amos llevó el *mecha* a la esclusa de popa y activó el ciclo de apertura, todo ello sin perder el hilo de la historia que contaba con mucha tranquilidad.

En el interior, Amos bajó la caja a la cubierta, pero no activó los cepos electromagnéticos para fijarla. En lugar de ello, se bajó de la máquina y entró en la nave. La ingeniería, la bodega y el taller. La popa siempre había sido el territorio de Amos.

—¿Sabes si los otros, los de Johnson, ya han terminado de meter la cabeza donde no los llaman? —preguntó Amos.

—Sí, la nave vuelve a ser nuestra. Solo nuestra —respondió Alex.

—Bien —dijo Amos mientras entraba en la bodega.

—Entonces ¿los sirvientes, las criadas, los chóferes y esa gente llamaron a los de seguridad, pero luego cambiaron de bando o qué pasó? No me ha quedado claro.

—Bueno —dijo Amos al tiempo que abría los pestillos de la caja—. Teníamos a alguien que los conocía.

La tapa de la caja pareció moverse sola. Alex dio un brinco hacia atrás, se olvidó de la baja gravedad y trastabilló por la cubierta. Una cabeza de pelo negro salió del interior, seguida de un rostro enjuto de tez pálida y con ojos negros azabache. Alex sintió que se le aceleraba el pulso. Clarissa Mao, psicópata y asesina, le dedicó una sonrisa cautelosa.

—¿Qué tal? —saludó la mujer.

Alex respiró hondo y de manera entrecortada.

—Anda... ¿Qué tal?

—¿Ves? —dijo Amos al tiempo que le daba una palmada en el hombro de Clarissa—. Te dije que no iba a ser un problema.

—Tienes que decírselo —dijo Alex en voz baja. Bobbie le estaba contando a Holden el trabajo que había hecho en la comunidad de veteranos de Londres Nova, por lo que el capitán no les prestaba atención.

—Voy a decírselo —aseguró Amos.

—Tienes que decírselo ya. Está en nuestra nave.

Amos se encogió de hombros.

—Estuvo meses en nuestra nave mientras volvíamos de la zona lenta.

—Pero entonces era una prisionera. Por toda la gente que había asesinado. Y ahora está en la nave a sus anchas.

—Bueno, reconozco que la situación es diferente, sí —dijo Amos.

—¿Pasa algo? —preguntó Holden—. ¿De qué habláis?

—De una cosilla que quería contarte —dijo Amos—. Lo haré cuando terminemos con este numerito.

La arquitectura de la sala de reuniones del recinto de seguridad estaba pasada de moda: contaba con unas arcadas abiertas y con techos de un azul celeste iluminados con luz indirecta y un estampado geométrico muy sutil. Todo en ella parecía artificial, como si se encontrasen en un patio al atardecer, pero sin que fuese por la tarde ni estuviesen en un patio. Oyeron la voz de Avasarala antes de que entrara, entrecortada e impaciente. Cuando cruzó una de las arcadas, vieron que la acompañaba un joven trajeado. Bobbie se levantó, y Holden hizo lo propio.

—... si es que quieren tener voz y voto en la decisión. No estamos para postueros electorales de mierda.

—Sí, señora —dijo el joven.

Avasarala les hizo un gesto con el brazo para que volviesen a sentarse y tomó asiento mientras seguía hablando con su ayudante.

—Envíasele primero a Kleinmann. Cuando lo acepte, Castro y Najjar tendrán la justificación que necesitan.

—Como ordene, señora.

—¿Como ordene?

El ayudante inclinó la cabeza.

—Con todos mis respetos, señora, Chung cuenta con una posición más influyente que Kleinmann.

—¿Me estás cuestionando, Martinez?

—Sí, señora.

Avasarala se encogió de hombros.

—Pues que sea Chung. Puedes marcharte. —Mientras el joven salía de la estancia, la anciana

se volvió hacia ellos—. Gracias por... ¿Dónde está Nagata?

—En la enfermería —dijo Holden—. Los doctores aún no se han decidido a darle el alta.

Avasarala arqueó una ceja y abrió un mensaje en su terminal portátil.

—Pues que hagan una puta excepción. Quiero que esté aquí. Gracias por venir, aunque no estemos todos. Me hubiese gustado charlar un poco más para que os sintierais como en casa, pero llevo treinta y seis horas seguidas en reuniones y estoy un poco gruñona. Todos tenemos bien claro que la Tierra está jodida, ¿verdad?

—Ya te digo —afirmó Amos.

—Bien —dijo Avasarala—. No perderé el tiempo con eso entonces. También hay que tener en cuenta que la armada de Marte ha quedado comprometida y Smith tiene miedo de confirmar que se trata de una traición.

—¿Podría preguntar cómo de mal pinta esa situación? —preguntó Bobbie al tiempo que se inclinaba hacia delante. Tenía las manos abiertas sobre la mesa, como si se preparase para recibir un fuerte golpe.

—No voy a hacer ninguna declaración oficial, y menos en presencia de James Holden. No te ofendas, pero tu historial de soltar información inoportuna en los momentos menos indicados es legendario.

—Creo que ya lo llevo mejor —dijo Holden—. Pero sí, te entiendo.

—Hay una cosa que siempre ocurre cuando lo impensable se convierte en realidad —dijo Avasarala—. Siempre hay un momento de caos en el que todo parece estar en juego. La propia legalidad pende de un hilo. ¿Ese mierda de Inaros? Está de paseo por las lunas jovianas dándose las de pirata para que lo veamos bien. Ha hecho todo esto para crear un relato, para hacer ver que el Cinturón ha conseguido sobreponerse a generaciones de opresión y que ahora al fin ha llegado el momento de blablablá. Yo creo que...

—Pero tiene razón —dijo Holden. Avasarala se quedó mirándolo. Si las miradas matasen, Holden habría salido de la estancia con los pies por delante, pero se limitó a negar con la cabeza—. Si los cinturianos se terminan creyendo lo que afirma la Armada Libre, será porque han abandonado toda esperanza. Los nuevos sistemas y las colonias...

—Se han quedado obsoletos —dijo Avasarala—. Y es triste, y quizá podamos encontrar una manera de ayudarlos. Quizá entre ambas naciones podríamos haber creado una ayuda básica cooperativa, pero le han metido un petardo por el culo a la mayor ecosfera del Sistema Solar, y va a pasar mucho tiempo antes de que pueda conseguirles comida gratis o facilidades políticas.

—Nunca van a quedarse tranquilos ni a aceptar limosnas —dijo Amos—. Esos cabrones llevan tres o cuatro generaciones ahí fuera porque no querían vivir con la ayuda básica. Estoy totalmente en contra de la eugenesia, pero diría que del Cinturón no van a salir ciudadanos tranquilos que prefieren follar y ver canales de entretenimiento hasta morir.

—Soy consciente de que también es un problema cultural —dijo Avasarala—. Y, como intentaba explicar, a estas alturas da lo mismo, joder. Aunque quisieran ayuda, tal y como están las cosas no podría dársela. Hay que encontrar otra manera de doblegar a la Armada Libre. Y va a ser complicado porque la armada de la Tierra va a estar ocupada asegurándose de que no hay rocas invisibles atentando contra la vida del planeta, y Marte está haciendo todo lo posible por ocultar que ha sufrido un pequeño golpe de Estado. Mañana voy a anunciar algo y, como tenéis mucha suerte, os puedo hacer un pequeño adelanto.

»La Organización de las Naciones Unidas en colaboración con la República Congresual de Marte y la APE va a desplegar un cuerpo especial para enfrentarse a la conspiración criminal de piratas y terroristas que se hace llamar Armada Libre. No es una guerra. Es un cuerpo de

vigilancia policial. Y ahí es donde vosotros entráis en juego.

—Quieres que lo lidere —dijo Holden.

—Claro —convino Avasarala—, porque todos y cada uno de los oficiales de la armada de la ONU que no han sido expulsados están ocupados de repente. Por Dios, Holden, tengo cajas de antivirales para los herpes que tienen más derecho a realistarse a la armada de la ONU que tú.

La anciana agitó la cabeza, incrédula y disgustada. Holden frunció el ceño y empezó a ponerse rojo de vergüenza. Bobbie intentó ocultar su risa, pero Alex tuvo que admitir para sí que la situación había sido muy divertida. Fue Bobbie la que siguió hablando.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros exactamente?

—Primero, me gustaría contar con vuestra presencia y cooperación en la reunión informativa. Pero también es necesario que me contéis todo lo que sabéis. Lo que habéis descubierto. Tenemos que averiguar por qué el líder de una banda de poca monta ha conseguido ponernos contra la espada y la pared...

—No ha conseguido nada —dijo Naomi al tiempo que cruzaba la arcada escoltada por un guardia. Aquella luz que no proyectaba sombras le daba un aspecto muy frágil. Se le había empezado a pelar la piel y se movía con la cautela de alguien preparado para sufrir dolor en cualquier momento. Su esclerótica ya había perdido el color de la sangre y el hueso para dar paso a un amarillo marfileño que tenía un aspecto mucho más sano. También había dejado de arrastrar tanto las palabras. Alex se sintió muy aliviado.

—La prisionera, señora —dijo el guardia.

—Sí, gracias. Ya la he visto —dijo Avasarala. Luego se volvió hacia Naomi—. ¿Cómo que no ha conseguido nada?

—Solo hay que fijarse en todo lo que ha intentado hacer para luego fracasar. No asesinó a Fred Johnson. No asesinó al primer ministro Smith. No se hizo con el control de la estación Tycho ni la destruyó. La *Rocinante* sigue de una pieza. Tampoco ha conseguido retenerme. Siempre hace lo mismo. Si gana, se jacta de ello. Pero si pierde, desaparece del mapa.

—¿Y la muestra de la protomolécula que robó?

Naomi parpadeó y puso la mirada perdida por un instante. Luego negó con la cabeza.

—Nunca me dijo nada al respecto.

—¿Y estás segura de que te lo habría contado?

Naomi se sentó en la silla que estaba junto a la de Holden. Él le intentó coger la mano, y ella permitió que lo hiciese, aunque no había dejado de mirar a Avasarala. La reunión no era un buen lugar para averiguar cuál era el estado actual de su relación. Ojalá le hubiese contado más cosas de su pasado...

—Sí —aseguró Naomi—. Me lo habría contado. Le gusta fardar.

Aquella última frase estaba cargada de una intimidad que hizo que Alex tuviese un presentimiento. La expresión de Holden se quedó impertérrita. Indescifrable.

—Bien —dijo Avasarala con cierto tono de perspicacia—. Es bueno saberlo. —Sopesó las palabras de Naomi en silencio—. Parece que te sientes mejor. ¿Has oído lo que comentaba?

—Lo suficiente —respondió Naomi.

—¿Crees que podrás ayudarnos?

Se hizo un silencio muy significativo. La pregunta no había sido «¿Por qué estabas en esa nave?» ni «¿Cómo es que lo conoces?» ni «¿Tan importante eres para él que se dedica a fardar de sus planes contigo?». Solo «¿Crees que podrás ayudarnos?».

—¿Estás bien? —murmuró Amos.

—¿Qué? Sí, estoy bien —respondió Naomi.

—Pues se te ve un tanto inquieta —dijo Amos.

—Quiero inmunidad jurídica —dijo Naomi al mismo tiempo que él.

La estancia pareció quedarse sin aire. No era una confesión, pero sí era la prueba de algo que ninguno de ellos había querido admitir que pudiese ser cierto. Pedir inmunidad significaba admitir culpabilidad, aunque aún no supiesen de qué era culpable.

Avasarala le dedicó una sonrisa amable e indulgente. Alex también estaba seguro de que era falsa.

—¿Inmunidad total?

—Para todos.

—¿Quiénes son «todos»? —preguntó Avasarala, que articuló las palabras con mucho cuidado

—. ¿Tus amigos de la Armada Libre?

—La tripulación de la *Rocinante* —dijo Naomi, que titubeó por un instante. Hizo una pausa—. Y quizá para una persona más.

Alex miró a Amos. ¿Naomi sabía lo de Clarissa? ¿A qué otra persona podía referirse? La cara de Amos era una máscara de vacía afabilidad. Avasarala tamborileó con las uñas sobre la mesa.

—Por lo de la Tierra no —dijo Avasarala—. No puedo darle a alguien inmunidad total por haber lanzado las rocas.

Alex vio el golpe. Los ojos de Naomi se llenaron de unas lágrimas argéneas y resplandecientes.

—Pues para la tripulación de la *Rocinante*. Puede... puede que llegue a pedir clemencia y consideración por la otra persona. Si llegamos a ese punto.

—¿Inaros?

—No. A ese puedes quemarlo en una pira —dijo Naomi.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Avasarala—. Como antigua integrante de la banda de Inaros quieres inmunidad total para la *Rocinante* por cualquier cargo no relacionado con los ataques. Y también nos darás información detallada y precisa de sus actividades antes y después del bombardeo a la Tierra.

Alex se quedó muy inquieto al comprobar que Avasarala no había pronunciado ningún insulto.

—Sí. Lo has entendido bien.

El alivio relajó las facciones de Avasarala.

—Me alegra oírte decir eso, querida. Me preocupaba haberte juzgado mal. —Se puso en pie, se agarró a la mesa y soltó unos tacos en voz baja—. Hay que ver lo que echo de menos mi peso. No puedo quitarme de encima la sensación de estar todo el día en un puto trampolín. Voy a tumbarme y tomarme una pastilla para dormir antes de que me vuelva loca. La reunión informativa empezará mañana por la mañana.

—Muy bien. Iremos donde nos digas —comentó Holden—. No vamos a ocultar nada.

No había soltado la mano de Naomi, y ella se la aferraba con fuerza. Era una buena señal, al fin y al cabo. Y lo de que no iban a ocultar nada. Bueno... aún no sabía nada de cómo le había ido a Amos.

La reunión acabó, pero quizá solo en el aspecto más formal. Avasarala se marchó, pero los demás, Bobbie incluida, atravesaron el recibidor de seguridad en el que estaba el puesto de control y salieron juntos a la zona pública. La seriedad del silencio dio paso a conversaciones más mundanas: si había algún lugar con mejor comida que la cocina de la *Roci*. O, si no mejor, al menos diferente. Si Naomi tenía ganas de beber alcohol, porque había un pequeño bar en uno de

los niveles inferiores que se suponía que tenía unas cervezas muy buenas. Nadie le preguntó a Bobbie si iba a ir con ellos. Lo dieron por hecho. Holden y Naomi no se soltaron las manos mientras avanzaban dando brincos en la baja gravedad. Amos y Bobbie intercambiaron chistes verdes. Aquellas eran el tipo de conversaciones que le daban esperanza a Alex. Seguían compartiendo esos momentos a pesar de todo lo que había pasado, de lo que seguía pasando y de lo incierto e imprevisible que se presentaba el futuro. Y quizá, después de todo, las cosas no fuesen a ir tan mal.

Cuando llegaron a la amplia extensión de Chandrayaan Plaza, en la que el tráfico de los carritos, los *mechas* y las personas que avanzaban dando saltitos descendían por una gran rampa a los niveles inferiores de la Luna, Amos carraspeó.

—Oye, hablando del tema ese de la inmunidad para toda la tripulación.

—No era solo para ti —dijo Naomi con tono jocoso, como si fuera un chiste aunque iba en serio.

—Ya, me lo imaginé —dijo Amos—. Pero quería comentaros una cosa. Estaba pensando que quizá me vendría bien tener a una aprendiz. Ya sabéis, por hacer crecer un poco la tripulación y tener a alguien que pueda sustituirme si es necesario.

—Es una buena idea —comentó Holden—. ¿Has pensado en alguien?

Naomi

—NI DE broma —dijo Jim cuando llegaron a la suite—. Imposible. No, ni de puta broma. No. Tiene que haber miles de millones de maneras de decir que no y tendría que pronunciar cada una de ellas varias veces para expresar bien el calado de mi negativa. ¿Clarissa Mao? ¿En la *Roci*? Claro, ¿qué puede salir mal? ¿Es que no ve que no?

—Aun así —dijo Naomi al tiempo que flotaba poco a poco hacia la cama—, le dijiste a Amos que te lo ibas a pensar.

Jim intentó caminar por el dormitorio, pero la gravedad lunar le complicó las cosas. Se rindió y se sentó al pie de la cama.

—Acabábamos de reunir a la tripulación y Bobbie también estaba. No quería estropear el momento.

—Claro. El momento.

Naomi cerró los ojos. Le dolía todo, hasta la piel. Tenía los ojos hinchados y llorosos. Le dolían las articulaciones de las manos y los pies. Le dolían las rodillas. Tenía las puntas de los dedos demasiado sensibles, como si las tuviera en carne viva. También el típico dolor de cabeza que no era más que una ligera molestia hasta que se movía demasiado rápido, momento en el que empezaba a notar los latidos de dolor. A pesar de todo, en general estaba mejor. Y mejoraría aún más. Poco a poco. Tardaría unos días o quizá semanas, pero volvería a ser ella misma. U otra versión de ella misma. Pero aunque le quedasen secuelas, seguro que se iba a sentir mejor de lo que estaba en aquel momento. Aún no, pero pronto.

Alex, Amos y Bobbie se habían marchado. Seguro que a por una cerveza o algo de comida. Su comida. Pizza, falafel o sashimi. Comida de la Tierra. No había pensado en la Luna y, si lo había, con toda probabilidad no lo servían en los sitios a los que ellos iban a ir. Una parte de Naomi deseaba tener fuerzas suficientes para ir con ellos. Otra deseaba que Jim hubiese decidido acompañarlos en lugar de quedarse con ella. Otra estaba eufórica y al borde del llanto por estar allí, por haber escapado, porque todo hubiese terminado. Sentía que su alma era un puñado de dados que no habían dejado de rodar y que, cuando parasen, el resultado decidiría su futuro.

—¿Clarissa Mao? ¿En serio? —dijo Jim—. ¿Cómo puede pensar que es buena idea?

—Amos no tiene miedo a los monstruos —explicó Naomi. Las palabras le sonaron un tanto amargas. No, amargas no. Complejas.

—Es responsable de la muerte de muchas personas —imprecó Jim—. Destruyó la *Seung Un* y a un cuarto de su tripulación con ella. ¿Y te acuerdas del cuerpo que encontraron? ¿El que había metido en su caja de herramientas? ¿Te acuerdas?

—Sí que me acuerdo.

—Ese tipo era su amigo. No se limitó a matar a enemigos anónimos. Mató a personas que conocía a sangre fría. Personas que le caían bien. ¿Cómo puedes saber eso y decir «Que se una a la tripulación»?

Naomi sabía que tenía que hacer callar a Jim. Sabía que Jim no estaba hablando de la *Agustín Gamarra* ni de ninguna de las otras naves que habían sido saboteadas con el programa que ella había escrito. Tampoco de Cyn ni de cómo el hombre había intentado evitar su intento de suicidio falso. De haber sido así le habría dicho que cómo había sido capaz de abandonar a su hijo, de dejarle pensar que se había suicidado y de ocultar algo tan importante a sus seres

queridos. Pecados que eran suyos y no de Clarissa Mao.

Naomi sabía que tenía que hacer callar a Jim, pero no lo hizo. Comparó la voz de Holden con arrancarse costras. Sufrió al oírla y la dejaba expuesta, en carne viva y dolorida, pero el dolor le hacía sentir bien. Peor aún, sentía que era lo justo.

—No digo que haya que matarla. Y doy por hecho que eso que ha dicho Amos de que si en algún momento vuelve a prisión le pegará un tiro es una broma, pero...

—No es una broma.

—Vale, pues yo prefiero pensar que sí lo es, pero aun así no creo que merezca morir. No quiero que muera. Ni siquiera quiero que la encierren en una prisión horrible e inhumana. Pero no estábamos hablando de eso. Viajar con alguien en una nave es sinónimo de dejar tu vida en sus manos en todo momento. Y sí, vale que en la *Canterbury* había gente muy sospechosa, pero Byers, por ejemplo, solo mató a su marido. Clarissa Mao quería matarme a mí en particular. A mí. Yo... es que no... ¿Cómo puede haber pensado que era buena idea? Una persona que hace algo así nunca cambia.

Naomi respiró hondo y el aire llenó sus doloridos pulmones. Aun gorjeaba un poco al respirar, pero había tomado inhibidores de reflejos suficientes como para no toser y así no marearse. No quería abrir los ojos. No quería hablar. Abrió los ojos, se incorporó, apoyó la espalda en el cabezal de la cama y se rodeó las rodillas con los brazos. Holden se quedó en silencio, como si supiera que estaba a punto de ocurrir algo. Naomi se soltó el pelo y dejó que un mechón le cayese sobre los ojos, como si llevara un velo. Después, con rabia, se lo apartó de la cara.

—Bueno —dijo ella—. Tenemos que hablar.

—¿De capitán a segunda? —preguntó él con cautela.

Ella negó con la cabeza.

—De Naomi a Jim.

El pánico que se extendió por las facciones de Holden le sentó como un puñetazo en el estómago a pesar de que era algo que esperaba. Sintió cómo la sensación se extendía por todo su cuerpo. Le resultó extraño que, después de todo lo que había hecho, de todos los demonios a los que se había enfrentado cara a cara y conseguido escapar, aquello le costase tanto. El terminal portátil de Holden emitió un sonido, pero él ni miró la pantalla. Las arrugas de su boca se hundieron tal y como lo hacían cuando probaba algo que no le gustaba. Entrelazó las manos con fuerza, sosiego y cautela. Naomi recordó cuando se habían conocido, parecía que hacía toda una vida, en la *Canterbury*. Recordó el carisma y la certeza que irradiaba y cuánto odiaba esas virtudes. Recordó cuánto lo odiaba a él por parecerse tanto a Marco. Y también lo mucho que se había enamorado al descubrir que no se parecían en nada.

Y ahora tenía que romper su silencio y poner a prueba su relación con Jim. Era una sensación terrible. Marco aún era capaz de hacerla sentir fatal y ni siquiera se iba a enterar. La existencia de ese hombre era un tormento para ella.

—No quiero... —dijo Jim, pero se quedó en silencio. Levantó la vista para mirarla, como si fuese él el que se sentía culpable—. Todos tenemos un pasado. Todos tenemos secretos. Cuando te marchaste, me sentí... extraviado. Confundido. Como si hubiese perdido una parte de mi cerebro. Y ahora que has vuelto, solo siento una alegría inmensa, ¿sabes? Es más que suficiente.

—¿Intentas decirme que no quieres que te lo cuente?

—No, claro que no. Preferiría mil veces que me cortasen un dedo del pie. Es cierto que me reconcomen la curiosidad y los celos, pero son cosas con las que puedo convivir. No tengo derecho ninguno a obligarte a contarme algo que no quieres, igual que no lo tenía antes. Y sé que

no quieres contármelo...

—Es verdad que no quiero contártelo —dijo Naomi—, pero necesito que lo sepas. Vamos a tener que hacer un esfuerzo y superarlo, ¿no crees?

Jim se movió para sentarse sobre sus piernas a los pies de la cama y encaró a Naomi. Tenía el pelo del color del café con un poco de crema. Los ojos azules como las profundidades oceánicas. Del mismo color del que se suponía que era el cielo del atardecer.

—Pues venga. Hagamos un esfuerzo y superémoslo —dijo con un optimismo tan simple y desaforado que pilló por sorpresa a Naomi y la hizo reír. Incluso en una situación así.

—Bueno —empezó a decir Naomi—, cuando era adolescente vivía con una mujer que llamábamos *zia* Margolis, me dedicaba a apuntarme a todos los cursos de ingeniería que había en las redes y siempre había alguna nave atracada a la que echarle un ojo. Naves cinturianas. ¿Vale?

Jim asintió, y ella se sorprendió al comprobar que de repente todo se volvió más fácil. Siempre había pensado que la idea de hacer un recorrido por su pasado con Jim, o con cualquiera, iba a provocarle rabia, asco y recriminaciones. O peor: pena. Jim tenía muchos defectos, pero a veces era capaz de personificar la perfección. La escuchó con mucha atención y sin titubeos. Naomi había sido la amante de Marco Inaros. Se había quedado embarazada muy joven. Había estado involucrada, al principio sin saberlo, en el sabotaje de algunas naves de los planetas interiores. Tenía un hijo llamado Filip que le habían arrebatado para conseguir controlarla. También le contó sus pensamientos intrusivos y se dio cuenta de que aquella era la primera vez que hablaba de ellos sin ambages, sin un velo de ironía. «Intenté suicidarme, pero salió mal.» El simple hecho de pronunciar las palabras le hizo sentir que se encontraba en un sueño. O que acababa de despertar de uno.

Y luego, de alguna manera y en mitad de su confesión, la desnudez de su alma destrozada, que se suponía que tenía que ser algo traumático y terrorífico, se convirtió en una conversación normal entre Jim y ella. Le contó cómo había encontrado la manera de enviar un mensaje durante la batalla, y él le contó cuándo lo había recibido y también la conversación que había tenido con Monica Stuart y por qué se había sentido traicionado. Luego Holden le contó cómo la periodista había sido secuestrada y, antes de eso, el plan que tenía para usar la protomolécula como una tabla de *ouija* y así investigar las naves desaparecidas. Y luego volvieron a hablar sobre la *Chetzemoka* y el plan fallido de Marco, lo que llevó a Naomi a explicar cómo el hombre siempre anidaba los planes uno dentro de otro y, antes de que empezara a hablar de Cyn, llegaron Alex, Amos y Bobbie, y sus voces inundaron el ambiente como los trinos de los pájaros. Jim cerró la puerta del dormitorio y, cuando volvió a la cama, se sentó junto a ella y también apoyó la espalda en el cabezal.

Jim le cogió la mano cuando Naomi le contó cómo había matado a Cyn al saltar de la nave. Se quedaron un momento en silencio mientras ella sopesaba su pena. Era real y muy profunda, pero también estaba cargada de rabia por su antiguo amigo y captor. En aquel momento no se había dado cuenta, pero ahora que echaba la vista atrás, todo lo ocurrido en la *Pella* era como un ejercicio para aislarse en sí misma. Menos cuando había desafiado a Marco. Recordó decirle que Jim era todas las cosas que él siempre había querido ser y dudó sobre si contarle esa parte de la historia al propio Jim, pero terminó por hacerlo. Le dio la impresión de que se quedaba aterrorizado, pero luego rio. Perdieron el hilo de las historias y pasaron unos diez minutos intentando darle un sentido a la cronología: la *Chetzemoka* se había separado de la *Pella* después de que Jim y Fred ya hubiesen salido de Tycho. ¿O antes? Holden le había dicho a Alex que investigase la *Pau Kant* antes de que las rocas cayesen en la Tierra, ¿no? Vale, sí. Consiguieron atar cabos.

Se fueron quedando dormidos poco a poco sin soltarse las manos. Las pausas de la conversación cada vez eran más largas y silenciosas. Naomi pensó: «Vaya, deberíamos hablar de Amos y Clarissa Mao», pero luego empezó a soñar que se encontraba en una nave que aceleraba a toda velocidad para toda la tripulación menos para ella, que flotaba por los aires. El resto de los tripulantes caminaba sin problema por la cubierta mientras ella flotaba por los aires y alcanzaba conductos y herramientas que quedaban demasiado lejos para los demás. Alex le explicaba en el sueño que tenía mucha más inercia que el resto y que ellos tardarían en alcanzarla. En contexto, hasta tenía sentido.

Se despertó. No sabía si se había hecho mucho más tarde, pero ya no había voces en el salón. Jim estaba acurrucado a su lado y le daba la espalda. Respiraba lenta y profundamente. Naomi se estiró poco a poco con cuidado de no despertarle. Ya no le dolían tanto los músculos ni las articulaciones, y también sentía que se había quitado un peso enorme del pecho.

Llevaba años guardando esos secretos, sosteniéndolos como si fuesen la anilla de una granada. El miedo, la vergüenza y la culpa no habían dejado de aumentar sin que ella se diera cuenta. Las cosas que había hecho mal, que no eran pocas, habían acabado por controlarla. No tenerlas en su interior devorándole las entrañas la hacía sentir rara. Vacía, en cierta manera, pero un vacío muy apacible.

Tampoco es que de repente todo se convirtiera en luz y felicidad. Cyn seguía muerto por su culpa. Filip seguía abandonado. Dos veces. Marco aún era un cúmulo de rabia y odio. Nada de eso había cambiado, pero aun así ahora todo era diferente. Como una antigua fotografía que se convertía en algo nuevo al cambiar el marco. Jim se agitó en sueños. Entre los pelillos oscuros y finos de su nuca vio alguno blanco. Las primeras canas.

Algo había cambiado entre ellos. No solo debido a aquel año sabático en el infierno, sino también a que ella misma sentía que había regresado de su propio inframundo personal. No estaba segura de cómo cambiaría eso su relación con él, pero sí de que las cosas iban a ser diferentes. Porque ahora ella era diferente, y estaba segura de que el cambio no le iba a afectar, que Jim no intentaría obligarla a seguir siendo la Naomi de antes.

Las cosas cambian y no hay marcha atrás. Pero a veces los cambios son a mejor.

Salió poco a poco de la cama y se dirigió al pequeño escritorio que había en una esquina de la estancia, donde habían dejado los terminales portátiles y la botellita de medicina para el cáncer de Jim, ya que no estaban en la *Roci*. Naomi extendió la mano para coger su terminal portátil, hizo una pausa y terminó cogiendo el de Jim. Sabía que debería haberle pedido permiso, pero estaba dormido, no quería despertarlo y tenía claro que no le iba a importar.

El vídeo enviado por Monica Stuart en el que la *Rabia Balkhi* atravesaba el anillo no tenía nada de excepcional. No parecía haber nada raro en él a excepción de la historia que lo rodeaba. Se preguntó qué habría hecho Marco con ella y por qué había empezado esa ola de piratería mucho antes del golpe que le permitiría hacerlo a gran escala. El esfuerzo de manipular todos los registros de Medina ya era un riesgo más que innecesario. ¿Quizá tenía algo que ver con el sistema al que se dirigía la *Balkhi*?

Cambió a su terminal portátil, se conectó al sistema de la *Roci* y realizó unas consultas comparativas simples. No era difícil de hacer. La mayor parte de la información que tenía Stuart era de dominio público. Y ahora también había telescopios ópticos por todo el sistema que habían sido configurados para seguir a la Armada Libre desde el momento en el que había empezado el ataque contra el convoy marciano. La lista de sistemas donde se habían perdido las naves no era muy larga, pero el patrón tampoco es que fuese demasiado obvio. Naomi intentó recordar si alguien de la *Pella* había hablado sobre alguno de esos sistemas: Tasnim, Jerusalén, Nueva

Cachemira. Pero los nombres también eran un problema, ya que Nueva Cachemira también se llamaba Sandalfón, Alto Texas o LM-422. Buscó los nombres alternativos del resto de los sistemas. Ahora que Jim ya sabía lo peor sobre su pasado, Naomi tenía muchas ganas de ir a esa reunión informativa con el equipo de Avasarala. Quizá podía darles alguna pista con la información que tenía de la *Pella*...

Naomi frunció el ceño. Volvió a ejecutar la consulta con otros parámetros. Jim bostezó a su espalda. Oyó el frufú de las sábanas cuando se incorporó. La *Roci* le devolvió una lista de nombres posibles y empezó a echarle un vistazo. La *Ankara Slough* era muy similar a la *Rabia Balkhi*, pero al fijarse en las diferencias vio que los motores no coincidían. Les habría costado menos fabricar una nave nueva que cambiarle todo el motor a una existente. Alex dijo algo en el salón y Amos le respondió. Y luego se sorprendió al oír a Bobbie. Jim le tocó el hombro con la mano.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí —respondió Naomi—. Estoy bien.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

Miró la hora y soltó un gruñido.

—Tres horas y media.

—¿Quieres desayunar?

—Sí, joder.

Le molestó la espalda al levantarse, pero solo un poco. Estaba muy despierta, viva y entera, por primera vez desde hacía semanas. Quizá desde que había recibido aquel mensaje tóxico de Marco en Tycho. Ya no estaba en guerra consigo misma y se sentía bien, pero...

Jim tenía el pelo alborotado, pero le quedaba muy bien. Naomi lo cogió del brazo.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—No lo sé.

—¿Crees que un café lo mejorará, sea lo que sea?

—No me vendría mal —respondió ella.

En el salón de la suite, Amos y Bobbie conversaban sobre formas de viajar sin motor. Cada una de las aportaciones era mejor que la anterior, ambos lo sabían y parecían estar divirtiéndose mucho. Alex les sonrió a ella y a Jim cuando se sentaron para desayunar, y luego les sirvió a ambos una tacita de expreso coronado por una crema densa y marrón. Naomi le dio un sorbo y disfrutó del calor y de los complejos matices que se ocultaban bajo su amargor.

—Te veo mejor —dijo Alex.

—Me siento mucho mejor. Gracias. Bobbie, esas naves desaparecidas que buscabas eran todas de la ARCM, ¿verdad? Eran militares.

—Naves. Armas. Suministros. Todo —respondió Bobbie—. Supongo que ya sabemos lo que pasó con todo eso.

—¿No había naves coloniales?

La grandullona frunció el ceño.

—Tampoco busqué ninguna.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jim.

Naomi agitó el expreso en la tacita color marfil y se fijó en cómo se formaban espirales que desaparecían muy poco a poco debido a la baja gravedad.

—Hay dos tipos de naves desaparecidas. Navíos militares de Marte que ahora son propiedad de la Armada Libre, y también naves coloniales que se perdieron al cruzar los anillos hacia otros sistemas. He conseguido relacionar un sesenta, quizá setenta, por ciento de las naves de la Armada

Libre con naves de un antiguo registro militar, pero no soy capaz de encontrar ninguna de las coloniales. Tampoco veo patrón alguno en los sistemas a los que se dirigían ni en el cargamento que llevaban. Y no se me ocurre qué beneficios suponen para Marco esas naves.

Amos soltó un gruñido grave.

—Sí —respondió Naomi como si el mecánico hubiese dicho algo—. Hay algo en las puertas anulares que se está comiendo las naves.

Epílogo

Sauveterre

—TENGO un número de seguimiento —dijo el capitán de la pequeña fragata por sexta o séptima vez—. Tengo la documentación para atracar y un número de seguimiento de Farmacéutica Amatix. Sé que el cargamento llegó a Medina hace seis meses. Tengo un número de seguimiento.

Sauveterre le dio un sorbo a la burbuja de té ahumado mientras escuchaba. Hubiera preferido beber whisky en un vaso, pero estaba de servicio y la *Barkeith* no estaba en tierra. Lo primero le impedía beber whisky, y lo segundo usar un vaso. Sabía que el despacho del capitán era un lugar privado y podría haber hecho lo que le viniese en gana, y era eso mismo lo que hacía. Cumplir las normas le gustaba más que el whisky.

—*Ich weiss* que tienes un número de seguimiento, *Toreador* —dijo una voz desde la estación Medina—. El problema es Amatix. *Cette* tiene sede en la Tierra. En Medina no queremos empresas con sede en la Tierra.

La *Barkeith* era un acorazado de clase Donnager. Una pequeña ciudad espacial operada con precisión milimétrica y capaz de convertir no solo a la fragata ligera, sino a toda la estación Medina en partículas más pequeñas que granos de arena. Pero tanto la nave como el resto de la flota de Duarte esperaban a que el sistema de control de tráfico de Medina les diese permiso para atravesar la puerta anular y continuar con la segunda parte de su viaje, la más extraña. La flota se estaba tomando muy en serio el protocolo, pero había razones para hacerlo. Además, también estaba el hecho de que prefería no usar armas pesadas demasiado cerca de la estación alienígena que colgaba inerte en aquel vasto espacio vacío que había entre los anillos. No estaban listos para volver a despertar a esa cosa. Aún no.

Alguien tocó con suavidad la puerta. Sauveterre se alisó el uniforme.

—Entre.

La teniente Babbage abrió la puerta y se agarró a un asidero que había cerca del marco. Saludó con gesto nervioso. Sauveterre la dejó en posición un instante antes de responder a su saludo y permitirle entrar.

—¡Llevamos diez meses de viaje! —gritó el capitán de la *Toreador*—. La colonia acabará muy jodida si no recibe este cargamento.

—¿Ha oído esto? —preguntó Sauveterre al tiempo que señalaba los altavoces con la cabeza.

—No, señor —respondió Babbage. Tenía la piel morena, pero también cenicienta. Apretaba mucho los labios.

—Üzgün, *Toreador* —dijo la estación Medina—. Si tiene que atracar por motivos médicos, *wir koennen...*

—¡No necesitamos atracar por motivos médicos! ¡Necesito mis putos suministros! Tengo un número de seguimiento que indica que están en vuestra estación y no...

Sauveterre apagó el mensaje y le dio otro sorbo al té.

—Llevan más o menos así casi una hora. Es vergonzoso.

—Sí, señor.

—¿Sabe por qué quería que lo oyese, teniente?

La mujer consiguió tragarse el miedo. Bien. Y luego habló sin que le temblara la voz. Aún mejor.

—Para demostrarme lo que ocurre cuando no se respeta la disciplina, señor.

—Esa era mi intención, sí. He oído que ha quebrantado el código de vestimenta. ¿Es cierto?

—Era un brazalete, señor. Perteneció a mi madre y pensé que... —Se le quebró la voz—. Sí, señor. Es cierto, señor.

—Gracias, teniente. Aprecio su franqueza.

—¿Permiso para hablar, señor?

Sauveterre sonrió.

—Concedido.

—Con todos mis respetos, señor, el código de vestimenta era una norma de la ARCM. Si tenemos en cuenta todas las que hemos transgredido, diría que hay algunas más graves que también deberíamos tener en cuenta. Señor.

—Como estar aquí, por ejemplo.

La mujer tenía el gesto serio. Se había extralimitado y lo sabía. Había ocurrido. Vergüenza y la necesidad infantil de patear y decir que había sido injusto. De estar en su pellejo, Sauveterre no habría dicho algo así, pero poco podía hacer a esas alturas. Ella se lo había buscado.

—Los tiempos cambian, es cierto. Ahora que el gobierno electo no ha cumplido con sus obligaciones, el almirante Duarte se ha hecho con el control total de la flota. Y yo, siguiente en la cadena de mando, cumplo sus órdenes. Del mismo modo que usted también debería seguir la cadena de mando y cumplir las mías. Lo que hacemos ha sido una iniciativa independiente de la flota. No es un bufet libre.

—Señor. —Su intención había sido decir «Sí, señor», pero se había saltado el «sí».

—¿Sabe qué ocurriría si escribo un informe para indicar que se ha saltado el protocolo?

—Que podrían degradarme, señor.

—Podrían. Y si continúa así, podría ser expulsada. Ser privada de su condición. No por esto, claro. Esto no es tan grave. Pero podría ocurrir algo peor. ¿Me ha entendido?

—Le he entendido, señor.

—¿Qué cree que ocurriría si es privada de su condición?

La mujer lo miró, confundida. El hombre hizo un gesto con su mano libre, un movimiento circular con el que le indicó que tenía permiso para hablar.

—Pues... no... —titubeó.

—Yo tampoco lo sé —dijo él—. En Marte hubiese vuelto a la vida civil, pero en el lugar al que vamos no hay vida civil. No hay vida humana siquiera. ¿Se la dejaría a la intemperie para que intentara sobrevivir en un hábitat desconocido? ¿Gastaríamos tiempo y recursos para hacerla regresar al Sistema Solar? ¿Dónde iría en ese caso? Las fuerzas que se han hecho con el control de Marte la verían como una traidora, igual que al resto de nosotros. La meterían en un calabozo de por vida a menos que cooperase con ellos. Y si cupiese la posibilidad de una cooperación, no tendría sentido que la enviáramos de vuelta. ¿No cree?

—No tendría sentido, señor.

Sauveterre empezó a ver un atisbo de entendimiento en la mirada de la mujer. Solo un atisbo, por el momento. La humanidad tenía tantas imperfecciones. No solo ella, sino todo el mundo. La mitad de la población tenía una inteligencia por debajo de la media. Una dedicación por debajo de la media. Una lealtad por debajo de la media. La estadística es cruel. Le sorprendía que una especie así hubiese conseguido tantas cosas.

—Ahora que hemos tomado la iniciativa —continuó—, es más importante que nunca que nuestra disciplina sea muy estricta. Lo que hacemos podría compararse a las primeras misiones de largas distancias que se llevaron a cabo cuando no había motores Epstein. Meses, quizá años, en los que una comunidad de guerreros y exploradores tendrá que aprender a convivir. No hay lugar

para forasteros, porque no hay nada ahí fuera. Sé que le enfada que...

—No, señor. No estoy...

—Sé que le enfada que la amonestemos por solo un brazalete. Parece trivial, y en realidad lo es. Pero si esperamos a que llegue a convertirse en algo que no es trivial, estaríamos hablando de una cuestión de vida o muerte. Y no tengo la laxitud suficiente para protegerla.

—Lo entiendo, señor.

—Me alegra oírle decir eso.

El hombre alzó la mano con la palma hacia arriba. Babbage se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, y luego rebuscó un momento en el bolsillo. Le acercó el brazalete e hizo una pausa sin soltarlo. Significara lo que significase para ella, dárselo era todo un sacrificio. Sauveterre cerró la mano sobre la fina cadena de plata y el pendiente con forma de gorrión. Intentó dedicarle una sonrisa amable mientras hablaba.

—Puede marcharse.

Sauveterre volvió a girarse hacia los sistemas después de que la mujer cerrase la puerta detrás de ella. Había recibido un nuevo mensaje de Cortázar. Se le puso la piel de gallina. El científico amaestrado de Duarte no había dejado de enviar mensajes desde que los cinturianos habían dado el pistoletazo de salida al plan. El entusiasmo de aquel hombre enervaba a Sauveterre. Su personalidad era inquietante y su regocijo por el proyecto que llevaban a cabo en la nueva estación Laconia destilaba una expectación casi sexual.

Pero el deber era el deber. Tiró la joya de Babbage en el reciclador y abrió el mensaje. Cortázar estaba demasiado cerca de la cámara o había decidido deliberadamente quedar un poco desenfocado. Tenía la barbilla ancha y un pelo negro y ralo que le daban un aspecto ordinario. Sauveterre se frotó las manos como si intentara limpiárselas inconscientemente.

—Capitán Sauveterre —saludó el extraño hombrecillo—. Me alegra confirmarle que la muestra ha llegado intacta. Muchas gracias por custodiarla después de la recuperación. No obstante, me apena saber que la flota se ha retrasado.

—Solo serán unos días en un viaje de meses —dijo Sauveterre para sí mismo y para la pantalla—. Los recuperaremos.

—Sé que es consciente de que tanto los suministros como el tiempo escasearán hasta que hayamos conseguido dominar el artefacto. Para compensar la escasez, el grupo de investigación ha creado planes y especificaciones para algunas de las modificaciones que necesitará la *Barkeith* para atracar con el artefacto. Su equipo de ingeniería podrá comenzar los trabajos mientras se encuentran de camino. Y, por supuesto, estoy a su disposición si tiene alguna pregunta. Cortázar, cambio y corto.

La pantalla dio paso a una serie de dibujos técnicos que contenían información más que suficiente para inquietarlo. Llamaban protomolécula a toda la tecnología alienígena, pero sin duda esas micropartículas que habían llegado de los confines de la galaxia y que eran capaces de modificar a los seres vivos solo eran una pequeña parte de una caja de herramientas mucho mayor. Y si Cortázar había interpretado bien los datos clasificados de las sondas de la ARCM, la humanidad sería capaz de controlar y usar con mucha más facilidad lo que acababan de encontrar.

Aun así, los cambios que Cortázar quería realizar en la *Barkeith* eran desagradablemente orgánicos. No se parecían en nada a instalar un nuevo modelo de esclusa de aire en la nave, sino más bien a esculpir una inmensa prótesis.

«Es el comienzo de algo muy nuevo y muy poderoso, y si las buenas personas no damos el primer paso para usar ese poder, serán los malos los que lo hagan.»

Eso era lo que le había dicho el almirante Duarte la noche en la que lo había reclutado. Era

verdad entonces y lo seguía siendo ahora. Abrió la cámara, se atusó el pelo y empezó a grabar.

—Mensaje recibido. Les enviaré los planos a mis ingenieros ahora mismo y le haré saber a usted si encuentran alguna dificultad.

Un mensaje corto, al grano, minimalista pero sin ser maleducado. Eficiente. Esperó que le llegara a su interlocutor con la misma eficiencia. Lo reprodujo para asegurarse y sopesó volver a grabarlo y cambiar «encuentran alguna dificultad» por «tienen alguna pregunta», pero llegó a la conclusión de que eso sería darle muchas vueltas. Los sistemas emitieron un sonido cuando lo envió.

—Capitán, Medina nos ha concedido el permiso.

—¿Ahora sí, señor Kogoma? Qué amables. ¿Qué ha ocurrido con lo del número de seguimiento?

—El carguero se dirige a la estación para atracar, señor.

Bueno, pues los escuchimizados ya tenían otra nave que requisar. Si la *Toreador* hubiese estado al tanto de lo que ocurría, seguro que hubieran salido pitando hacia el planeta cochambroso del que venían e intentado sobrevivir sin eso que habían perdido, fuera lo que fuese. La Armada Libre seguía fagocitando las naves que se acercaban a la estación y dejando morir de hambre a las colonias para debilitarlas. Para cuando se diesen cuenta de que lo único que estaban haciendo era ponerles las cosas más fáciles, Duarte ya se habría hecho con el poder.

La guerra llevaba mucho tiempo sin centrarse en el control de los territorios, pensó Sauveterre mientras se impulsaba hacia el centro de mando. El trabajo de las fuerzas armadas era perturbar a sus enemigos. Las batallas que habían tenido lugar en el Cinturón no eran un intento por conservar el control de la estación Vesta, de Ceres o de cualquiera de las decenas de pequeños almacenes de suministros flotantes que había en el gran vacío. En realidad siempre habían sido una forma de evitar que la APE o cualquier otra organización del Cinturón llegaran a prosperar y a convertirse en una fuerza organizada. Pero las reglas cambiaron y esa fuerza organizada pasó a tener utilidad. La Armada Libre podría haberse formado décadas antes si hombres como Duarte lo hubieran permitido. Ahora que el Cinturón al fin lo había conseguido, se darían cuenta de lo inútil que era.

Serviría para mantener ocupados unos cuantos años a la Tierra y a lo que quedaba de Marte. Después... Su audacia se vería recompensada con la oportunidad de cambiar la historia.

El centro de mando estaba preparado. Todo el mundo se encontraba en sus asientos, las pantallas estaban limpias y los controles brillantados. La *Barkeith* llegaría a la estación Laconia igual de perfecta que había salido de Marte. Y ninguno de ellos portaría brazaletes. Sauveterre se impulsó hacia su puesto y se amarró.

—Señor Taylor, haga sonar la alarma de aceleración. Señor Kogoma, informe a la flota y a Medina que zarpamos.

—Señor —dijo el oficial de tácticas—, solicito permiso para abrir las portas.

—¿Cree que será necesario, señor Kuhn?

—No lo creo, pero nos conviene tener mucho cuidado.

Kuhn tampoco confiaba en los escuchimizados. Normal. No eran más que un puñado de matones y forajidos que pensaban que eran poderosos solo por tener armas. Sauveterre creía que era demasiado pronto para que la Armada Libre empezase a traicionar a Duarte, pero también sabía que eran personas estúpidas e impulsivas. Era lógico pensar que una fuerza armada repleta de aficionados no iba a tomar las mismas decisiones que una profesional.

—Permiso concedido. Y caliente también los CDP. Señor Kogoma, avise a toda la flota para que haga lo propio.

—Sí, señor —dijo Kogoma.

Empezó a sonar la alarma, y Sauveterre se colocó en su asiento mientras la sensación de peso regresaba poco a poco. El viaje hasta el anillo de Laconia sería corto. Aquel espacio entre anillos era un lugar claustrofóbico comparado con la inmensidad del vacío real y abierto. Era oscuro. No había estrellas. Los lumbreras científicos decían que detrás de los anillos no había nada. Que aquella burbuja o lo que fuese en la que se encontraban no terminaba en una barrera, sino en algo mucho más complicado que eran incapaces de comprender. Sauveterre no necesitaba comprenderlo.

La puerta de Laconia cada vez estaba más cerca, y un puñado de estrellas refulgían con fijeza al otro lado y crecían a medida que se aproximaban. Los penachos de los motores de la vanguardia de la flota brillaban con fuerza al atravesar el anillo. Seguro que en aquel lugar habría nuevas constelaciones. Verían la galaxia desde otro ángulo y tendría un nuevo firmamento.

—Nos acercamos al anillo, señor —dijo Keller desde el puesto de navegación—. Lo atravesaremos en tres, dos...

Keller desapareció. No, no fue del todo así. Keller seguía en su sitio, sentado tal y como estaba antes, pero se había convertido en un borrón. Todos se habían convertido en borrones. Sauveterre levantó las manos y las vio a la perfección: vio las rugosidades de las puntas de sus dedos, los espacios que había entre las moléculas, el batir de la sangre bajo ellas. También vio las moléculas del aire, cómo el nitrógeno, el oxígeno y el dióxido de carbono no dejaban de entrecuchar y así ocultaban el espacio mucho más profundo que había tras ellas. Un vacío que lo penetraba todo.

«Me está dando un derrame —pensó. Y luego—. No. Algo va mal y no soy yo.»

—¡Apaguen el motor! —gritó—. ¡Hay que dar la vuelta!

Y las ondas formadas por sus palabras atravesaron el aire invisible pero visible como si de una esfera en expansión se tratara, una que rebotó contra los mamparos y se agitó al cruzarse con los gritos de miedo del resto y también con el resonar de la alarma. Era un bonito paisaje. El borrón en el que se había convertido el señor Keller movió las manos y de milagro no se deslizó hacia el amplio vacío detrás de su puesto de control.

Sauveterre vio cómo las moléculas de sonido se acercaban a él antes de oír las palabras.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

No veía las imágenes de las pantallas y era incapaz de saber si las estrellas seguían ahí. Lo único que sentía eran los átomos y los fotones que proyectaban los monitores, no el patrón que conformaban. Alguien gritó. Luego otra persona.

Se giró y vio que algo se movía. Algo diferente, no un borrón como él o como los demás, no era materia. Era algo sólido pero oculto entre los intersticios de la propia materia, una sombra entre la niebla. Muchas sombras, ni oscuras ni luminosas, sino diferentes, como si fuesen la tercera cara de una moneda, como si atravesasen el espacio entre los espacios. Se precipitaron hacia ellos. Hacia él.

Sauveterre no llegó a ser consciente de su muerte.

Agradecimientos

LA CREACIÓN de cualquier libro es mucho menos solitaria de lo que pueda parecer, y durante los últimos años ha aumentado la cantidad de personas relacionadas con «The Expanse» en todas sus encarnaciones, incluyendo también las novelas. Este libro no existiría sin el trabajo duro y la dedicación de Danny y Heather Baror, Will Hinton, Tim Holman, Anne Clarke, Ellen Wright, Alex Lencicki y todo el maravilloso equipo de Orbit. También nos gustaría darle las gracias a DongWon Song y Carrie Vaughn por sus servicios como lectores beta, y a Ben Jones y Jordin Kare por su ayuda a la hora de elucubrar qué ocurre cuando falla un propulsor y a la banda de Sakeriver: Tom, Sake Mike, el Mike que no Sake, Porter, Scott, Raja, Jeff, Mark, Dan, Joe y Erik Slaine, sin los que esto no existiría.

El equipo de ayudantes de «The Expanse» también ha aumentado y ahora incluye a personas como Sharon Hall y Ben Roberts, Bill McGoldrick, Mark Fergus, Hawk Ostby y Naren Shankar, entre muchísimos otros empleados de Alcon Television, la Sean Daniel Company y Syfy. Nos gustaría darles las gracias especialmente a Alan por el café Boom y a Kenneth por todo lo demás.

Y, como siempre, nada de esto hubiera ocurrido sin el apoyo y la compañía de Jayné, Kat y Scarlet.

La quinta entrega de la saga superventas en la que se basa la serie de TV *The Expanse*.

Se han abierto miles de mundos y se ha desatado la mayor fiebre por ocupar el territorio de la historia de la humanidad. A medida que los colonos se marchan en oleadas sucesivas, las estructuras de poder del viejo Sistema Solar comienzan a ceder.

Las naves desaparecen sin dejar rastro. De manera clandestina, han empezado a formarse ejércitos privados. Alguien ha robado la única muestra de la protomolécula.

Diversos ataques terroristas que hasta este momento se tenían por imposibles han doblegado a los planetas interiores. Los pecados del pasado vuelven para cobrarse un coste terrible.

A medida que un nuevo orden se impone a base de sangre y fuego, James Holden y la tripulación de la Rocinante lucharán por sobrevivir y regresar al único hogar que les queda.

Detrás del pseudónimo de **James S.A. Corey** se esconden el autor de ciencia ficción y fantasía **Daniel Abraha** y **Ty Franck**, el asistente personal de George R.R. Martin durante el desarrollo de la adaptación televisiva de *Juego de Tronos*.